LO QUE EL ALMA NO OLVIDA

Ditar de Luna

LO QUE EL ALMA NO OLVIDA

Ditar de Luna

PRÓLOGO

Hispania, principios del siglo VIII

Ninguno imaginó que su historia se convertiría en leyenda. Aquellos guerreros, cuyos nombres el tiempo condenaría al olvido, protegían algo más valioso que sus vidas.

Liuva los dirigía. El sumo guardián de las riquezas que habían sido atesoradas durante siglos por su pueblo y que ahora corrían peligro de caer en manos del enemigo.

Llevaban dos jornadas de viaje cuando los alcanzó uno de los soldados que había permanecido en Toledo para defender la ciudad. Ensangrentado, cayó del caballo y a duras penas consiguió alertar de las malas noticias antes de morir. Los adversarios habían descubierto su huida y avanzaban hacia ellos sin demora. Liuva comprendió que tenía poco tiempo para tomar una decisión. La carga que transportaban era demasiado pesada y los carros se movían con dificultad por la maltrecha calzada. La fortaleza a la que se dirigían pertenecía al sobrino del rey y no estaba lejos, pero no podía arriesgarse. Debía evitar por todos los medios que el objeto más sagrado del tesoro que custodiaban les fuese arrebatado. Había jurado protegerlo con su vida, igual que seis de los hombres que le acompañaban en aquella misión.

Se acercó a uno de ellos y le entregó el colgante que portaba en su cuello. Aquel que lo identificaba como líder de los doce miembros de la Orden de Salomón: una rosa dodecapétala tallada en plata.

—Marcha hacia Pompaelo y busca a mi hermano. Dale esto y transmítele mi mensaje: «Encontrarás tu destino donde nuestros antepasados lloraron». Waville entenderá. A partir de ahora, él es mi sucesor.

El guerrero asintió y, antes de salir a galope en su caballo, cruzó con Liuva una última mirada. No había tiempo para despedidas y ninguna palabra endulzaría la amarga realidad. Ambos sabían que solo un milagro les permitiría volver a verse.

Cinco hombres y una mujer se dirigieron hacia el este. Wulmara se había negado a marcharse con el resto del grupo y Liuva no se opuso a

los deseos de su esposa. Había jurado protegerla y cumpliría su promesa hasta el final. Además, así ella también

contaría con la espada de su hermano Hernán, el mejor guerrero de la Orden de Salomón y el amigo más querido de Liuva.

Portaban un arcón de metal sostenido por dos caballos. El tortuoso camino que tenían por delante no admitía la posibilidad de usar un carro. Allí ya no había calzada, solo piedras, arbustos y árboles. El monte los envolvió con su espesura natural, acallando el miedo a ser descubiertos que se respiraba en el silencio de su avance.

Durante parte del trayecto siguieron el cauce de un arroyo cuyas aguas parecían guiarles. Liuva conocía muy bien la zona. Aquellas tierras pertenecían a su familia, las llevaba en su sangre y en su corazón. Allí se había criado junto a su hermano, allí había soñado de niño en convertirse en digno sucesor de su abuelo. Allí, antes de morir, este le había concedido el honor de ser el sumo guardián de la Orden de Salomón.

Ordenó detener la marcha. Solo Liuva sabía que, tras la frondosa vegetación que cubría la pared natural, se ocultaba una cueva disimulada a simple vista. Waville y él la habían descubierto por casualidad cuando una tormenta los sorprendió en medio del campo.

Su hermano era pequeño y estaba asustado, por eso inventó una historia para distraerlo. No había nada que temer, porque las gotas que caían del cielo eran las lágrimas de sus antepasados que lloraban por la reciente muerte de su padre. Desde ese día, aquella cueva se convirtió en su escondite secreto. Waville entendería el mensaje.

Aquel era el lugar al que tendría que ir en caso de que a él le sucediese algo.

No fue fácil acceder con la pesada carga que llevaban. Hicieron falta todos los hombres para trasportarla hasta su interior. Esa no era una simple oquedad en la tierra, sino más bien una gruta de gran tamaño cuyo final no se vislumbraba desde su posición. La visibilidad era muy escasa. Tuvieron que encender una antorcha que portó Wulmara cuando Liuva dio la orden de avanzar. El silencio era sepulcral, tan solo la cadencia de sus lentos y pesados pasos rompía la paz de aquel abrigo natural. Cuando las fuerzas de los porteadores comenzaban a debilitarse, su líder les hizo parar. Su rostro no transmitía ninguna emoción más allá de la férrea determinación por conseguir su objetivo. Debían ocultar el arcón, pero esa no era una tarea sencilla.

Utilizaron las espadas para arrancar del suelo la arenisca, y sus propias manos para extraerla. El tiempo pasó muy despacio mientras realizaban aquella ardua labor. Ninguno se quejó.

Cuando el agujero fue lo suficientemente profundo, enterraron el arcón disimulando su obra con algunas piedras. Tan solo el símbolo que Liuva trazó en la pared con ayuda de su daga, el emblema de la Orden de Salomón, señalizó el lugar. Al terminar, todos permanecieron allí unos instantes contemplando la tierra que ahora se encargaría de proteger el objeto sagrado que descansaba en su interior. En el futuro alguien lo

recuperaría, pero en el sentimiento colectivo pesaba la idea de que ese alguien no sería ninguno de los presentes.

No volvieron sobre sus pasos. Avanzaron por la gruta hasta que esta desembocó en una construcción humana con apariencia de ser una pequeña cripta. Luego ascendieron por las escaleras hasta llegar a la parte superior de la ermita. No era muy grande, pero para Liuva tenía un significado especial. En aquel recinto sagrado estaba enterrado su abuelo. Antes de salir, lanzó una última mirada hacia la zona en la que años atrás se había despedido del hombre que había sido el pilar de su vida. Quizá, pronto se reencontraría con él.

En el exterior todo parecía en calma. A pesar de que el ocaso se imponía veloz en el firmamento, desde aquel cerro pudieron admirar las hermosas vistas del monte que los rodeaba. Habían cumplido con su cometido, pero el hambre, el cansancio y la tensión acumulada, les hizo darse cuenta de que sus fuerzas también se estaban desvaneciendo como los rayos del sol que desaparecía por el horizonte. Debían descansar y alimentarse antes de proseguir su camino hacia la fortaleza donde, si todo había ido bien, ya debería estar a buen recaudo el resto del tesoro. La villa de la familia de Liuva no quedaba lejos, sería un buen lugar para pasar la noche.

Nunca llegaron allí.

En medio de un encinar, el enemigo cayó sobre ellos como una manada de carroñeros envalentonados ante una presa desahuciada. Superiores en número, los rodearon sabiéndose ganadores de aquella desigual batalla. Pero su líder no era el enemigo anónimo que Liuva esperaba, sino otro bien conocido con el que ya había tenido que enfrentarse muchas veces en el palacio real de Toledo. Sisenando, el traidor, la escoria humana que no tendría escrúpulos en asesinar a su propia madre para conseguir algún beneficio. Por eso los demonios

habían reaccionado tan rápido, él había conducido a un grupo hasta donde sabía que Liuva podría dirigirse.

La Orden de Salomón no se rindió y la lucha fue encarnizada. A pesar de sus fuerzas mermadas y del mal estado de las espadas, el coraje y la rabia consumían a los guerreros leales al rey. Sisenando no participaba en aquella refriega. Prefería observar, saborear por anticipado su victoria viendo cómo su odiado contrincante luchaba contra dos hombres en un intento desesperado por proteger a Wulmara. Hernán combatía a su lado con la misma ferocidad inútil. Comenzó a impacientarse. ¿Por qué renunciar al placer de eliminarlo él mismo sin arriesgarse demasiado?

Fue Hernán quien le vio sacar la daga y lanzarla contra Liuva. Intentó reaccionar, pero alguien lo hizo antes que él. La única persona que no sostenía una espada protegió a su marido con su propio cuerpo. Wulmara recibió el impacto en su pecho. Demasiado tarde, Liuva comprendió lo que había pasado y se giró para impedir que ella cayera al suelo. Los guerreros enemigos no desperdiciaron la oportunidad de clavar sus armas en la espalda del hombre indefenso. El aullido que salió de la garganta de Hernán fue terrorífico. Se lanzó contra Sisenando con la furia de un jabalí herido y acabó con su vida rebanándole el cuello.

El tiempo pareció congelarse en ese instante.

Solo Hernán quedaba en pie. Inmóvil. Cuatro espadas curvas lo rodearon, pero su mirada estaba fija en la pareja que moría desangrada en el suelo. Liuva acunaba a su mujer como si fuese un delicado bebé.

—Perdóname…Perdóname por no haber cumplido mi promesa de protegerte —

dijo con la voz desgarrada.

—No era tu protección lo que yo deseaba —susurró Wulmara acariciando el rostro de su marido—. Siempre te he amado, y juro que lo seguiré haciendo eternamente.

Esas fueron sus últimas palabras antes de que su mano cayera inerte en la tierra.

Liuva la abrazó con más fuerza, como si con ese gesto pudiese impedir que la muerte se la arrebatase.

Hernán, el fornido y aterrador guerrero, los observaba conteniendo las lágrimas.

Antes de morir, Liuva dirigió hacia él su última mirada. No hicieron falta palabras, ambos sabían todo lo que ese gesto significaba.

Cuando el cuerpo de Liuva se desplomó, Hernán apretó los puños con fuerza intentando contener el dolor que le impedía respirar. Se dio ánimos a sí mismo pensando en que aquel infierno duraría poco. Solo un acto más y todo habría terminado. Sabía que el enemigo lo había dejado con vida por una razón. Él era el último de los que habían ocultado el arcón, él único que podría decirles dónde estaba escondido. Pero eso no ocurriría jamás, el secreto se iría con él a la tumba. Sonrió antes de lanzarse con todas sus fuerzas contra una de las espadas que le amenazaban. Su corazón ya estaba desgarrado antes de que la hoja lo atravesara.

Sintió paz. Su muerte y la de los demás no sería en vano. Habían cumplido su misión, el tesoro sagrado permanecería a salvo esperando la llegada de su nuevo guardián.

CAPÍTULO 1

PATRI

Boadilla del Monte, Madrid. Siglo XXI

Me llamo Patri y siempre he sido una mujer de ideas claras y acciones certeras. Cuando era niña, un amigo solía decirme que le recordaba a la indómita reina de las amazonas, que el color rojo de mi pelo era el fiel reflejo del fuego que ardía dentro de mí, que me daba la fuerza para conseguir todo lo que me proponía. Yo me lo creí y eso hice. Cada reto logrado me alentaba para superar el siguiente. Esfuerzo y determinación, esas eran mis armas secretas. Tras finalizar la universidad, me dediqué en cuerpo y alma a mi trayectoria profesional y antes de los treinta ya gestionaba una fundación en Granada.

Me sentía tan orgullosa que, cuando me ofrecieron liderar la concejalía de Cultura de mi localidad natal, acepté sin ninguna duda. Volví a Boadilla del Monte, en Madrid, pensando que mi vida no podía ser más perfecta.

Qué ilusa, ¿verdad?

Mi soberbia me había hecho olvidar que en cualquier momento los acontecimientos pueden cambiar de golpe las reglas del juego. Así, mi gran futuro prometedor, quedó relegado a un segundo plano con la noticia de que mi padre sufría una enfermedad terminal que me lo arrebataría en poco tiempo. Al principio no quise creerlo. Mejor dicho, me negué a creerlo. Con tantos avances de la ciencia era imposible que no hubiese ninguna cura para el hombre más bueno del mundo. Removí cielo y tierra con la esperanza de encontrar al médico que cambiara su destino, pero durante seis meses vi cómo se iba apagando poco a poco sin que yo pudiese hacer nada para evitarlo. Me sentía impotente, pero no por ello dejé de buscar el milagro que lo salvara. Todo fue inútil.

Mi padre murió el 25 de noviembre del 2017 y, en aquel momento, yo no podía ni imaginar hasta qué punto su partida cambiaría mi vida.

La tarde anterior los médicos nos habían dicho que el final estaba próximo y que debíamos despedirnos. Lo único que restaba por hacer era dejar que la naturaleza siguiera su curso para que pudiese descansar en paz. Mi madre y yo pasamos la noche en el hospital. Ella consiguió dormir un poco, yo ni lo intenté. Estaba tranquilo. Por suerte, no tenía dolores, tan solo la respiración pausada de quien se

está preparando

para partir. Un proceso que también anunciaba la conclusión de esa etapa de mi vida.

Los momentos felices que habíamos compartido se sucedían en mi mente, pero venían teñidos por el desconsuelo de saber que ya no se repetirían jamás. Un futuro en el que mi padre no existiese me parecía irreal. Aterrador. Injusto.

A primera hora llegó Marcos, su mejor amigo desde la adolescencia, y mi madre insistió en que aprovechásemos para bajar a tomar un café.

Cuando regresamos, vi el rostro de Marcos atenazado por el mismo pesar que nos desolaba a nosotras. Mi madre y él se quedaron hablando fuera de la habitación. Yo entré y me fui directa hacia la cama. Entonces recordé el tiempo en que era mi padre quien se sentaba en la mía para contarme un cuento antes de dormir. Siempre me ponía música de fondo, decía que así mis sueños serían más bonitos. Aprendí a amar a los clásicos gracias a él. La música era la pasión de su vida.

Le tomé la mano y la apreté para que supiera que estaba allí. Me negaba a llorar en su presencia, pero la angustia que sentía pugnaba por vencer a mi voluntad. Hacía tiempo que mi padre había aceptado su destino, pero yo no.

—No llores, bichito. Todo va a estar bien —me dijo con un susurro apenas audible.

Sus palabras se me clavaron en el corazón. Desde pequeña yo siempre había sido su

«bichito». Nadie mejor que él comprendía mi naturaleza salvaje, a pesar de que mi padre era la persona más tranquila y sosegada del mundo. ¿Cómo podía decir que todo iba a estar bien si él me faltaba? No pude contestarle, solo asentí con la esperanza de que no fuera consciente del dolor que me estaba asfixiando.

—Necesito que seas fuerte para proteger a tu madre —dijo, y en sus ojos vi una determinación que hacía tiempo había desaparecido de su rostro.

Aquello me sorprendió. Mi madre no necesitaba que nadie la protegiera, mucho menos yo, que no iba a poder ni sostenerme a mí misma. Ella era la fuerte de la familia, la roca fría e inquebrantable a

la que nada podía hacer tambalear. Ni siquiera la muerte de mi padre lo haría, de eso estaba segura.

Él debió de ver mi cara de incredulidad, porque continuó hablando con más energía de la que le quedaba.

—Escúchame bien, bichito. Dentro de un año tu madre sufrirá mucho y solo tú podrás ayudarla.

—¿Qué? —respondí sin comprender lo que me estaba diciendo. ¿De qué demonios estaba hablando mi padre?

—Júrame que harás lo que sea necesario para protegerla —insistió apretando mi mano con fuerza.

—Pero papá…

El cansancio acumulado y la falta de sueño comenzaban a pasarme factura y mi padre se estaba alterando por algo que para mí no tenía ningún sentido.

—¡Júramelo! —exclamó con urgencia aunque su voz era apenas audible.

Entonces se me ocurrió que, quizá, todo aquello no fueran más que delirios de una mente que se estaba apagando.

—Mamá estará bien —respondí pausadamente—. Puedes estar tranquilo. Sabes que ella no permitiría que nadie le hiciese daño.

—Tu madre no es como todo el mundo la ve. Algún día lo comprenderás… Dentro de un año… Necesito saber que la ayudarás cuando yo ya no pueda hacerlo. Por favor, júrame que lo harás tú —me suplicó de forma tan lastimera que me partió el corazón.

¡Qué derecho tenía yo a hacer otra cosa más que dejar que se fuese en paz! Si él pensaba que existía algún peligro, mi obligación era quitarle esa preocupación sin importar nada más.

—Claro, papá —respondí forzando una sonrisa conciliadora—. Te juro que no permitiré que le pase nada malo. Puedes marcharte tranquilo, yo la protegeré.

Su rostro se relajó de inmediato y movió la cabeza con un gesto de aprobación apenas perceptible.

—Gracias, bichito —me dijo respirando de nuevo sosegadamente—. Y,

por favor, no le hables a nadie de esto, ni siquiera a ella.

—Será nuestro secreto… —respondí, como tantas otras veces en las que los dos nos aliábamos compartiendo confidencias ajenas a mi madre. Después cerró los ojos, pero no soltó mi mano.

—Siempre has sido mi niña valiente… Mi mayor orgullo.

—Y tú…—dije sin poder evitar ya las lágrimas—, el mejor padre del mundo.

Nos dejó unas horas más tarde. Se marchó tranquilo, en paz con una vida que, aunque breve, había sabido aprovechar para hacer de este mundo un lugar mejor. A pesar de mi desconsuelo, pude apreciar el afecto real de toda la gente que vino a acompañarnos en el velatorio.

Por mi parte, atesoré con cariño el recuerdo de aquella última conversación, aunque hubiera sido fruto de un desvarío de mi padre.

Qué equivocada estaba.

Un año después, tal y como él había asegurado, llegó el momento de enfrentarme al juramento que le había hecho en su lecho de muerte.

CAPÍTULO 2

PATRI

Llevaba mucho tiempo sin acercarme a aquella casa. Durante la enfermedad de mi padre había vivido allí para poder estar más cerca de él. Sin embargo, cuando se marchó, su recuerdo me obligó a buscar un refugio en el que cada habitación, cada mueble o cada esquina, no fueran un constante tormento de su ausencia. Alquilé un piso en la zona antigua del pueblo y en él pude recluirme con mi duelo. Dos habitaciones, un salón, una cocina y un baño de pequeñas dimensiones eran más de lo que yo necesitaba en aquellos momentos. Nada que ver con la enorme casa que me esperaba ahora detrás de la valla de la parcela.

No había nadie en la calle. Nunca lo había. Para muchos era su gran atractivo: vivir aislados del resto del mundo en su reducto de opulencia. Una urbanización de chalés en la que los muros delimitaban el espacio feudal de su dueño. Para mí, había supuesto tener que estar sola. ¡Cuánto me hubiera gustado tener una casa más pequeña a cambio de poder jugar con otros niños! Por suerte, pude contar con mi amiga Vera. A pesar de que a mi madre no le hiciera mucha gracia nuestra relación, ella siempre se comportó conmigo como si fuera una hermana mayor para mí.

Y, precisamente por mi madre, ahora me encontraba allí.

Desde el cálido refugio de mi coche, seguía sin encontrar el valor para enfrentarme al frío que me esperaba esa noche de noviembre. Un frío que nada tenía que ver con la temperatura del ambiente, sino con la certeza de que, aquel que había dado calidez al hogar de mi infancia, ya no estaría.

Durante casi un año había podido rehusar las continuas invitaciones de mi madre, pero ya no tenía ningún sentido seguir haciéndolo. Aquella noche había organizado una cena que, según sus palabras, era de vital importancia para ella, y me había pedido que asistiese. Pensé que quizá la compañía de otras personas me ayudase a evadir los recuerdos constantes de mi padre. Además, no estaría sola. Tenía un as guardado en la manga.

Al fin salí del coche con paso firme y me dirigí a la puerta de entrada de la verja, pero cuando fui a tocar el telefonillo me quedé inmóvil. Esta vez, mi padre no saldría a recibirme con su amorosa sonrisa.

—Puedes hacerlo.

Reconocí la voz suave de Nacho a mi espalda. Había estado tan concentrada en mi propio mundo que ni siquiera le había oído llegar. Él era el as que me ayudaría a sobrellevar aquella noche. Un amigo al que había acudido cuando comprendí que yo sola no iba a ser capaz de superar la muerte de mi padre. Ni siquiera podía escuchar una nota de música sin ponerme a llorar. Me sentía débil, desamparada, como si a pesar de mi edad no fuera más que una niña huérfana. Sabía que tenía que ser fuerte, pero no encontraba la entereza para reponerme. Y eso me cabreaba. ¿Dónde estaba la Patri enérgica que yo creía ser, la mujer que no se rendía nunca, que afrontaba los problemas de frente? Un fraude, eso era yo, como un personaje de cartulina que parece poderoso, pero que cae al suelo con el primer soplo de viento.

Por eso, desde hacía unos meses visitaba a Nacho regularmente en su consulta de psicología. ¿Quién mejor que él, que me conocía desde que éramos niños, para ayudarme? Siempre había sido una persona apacible que conseguía ganarse la confianza de los demás. Pensé que con él me sentiría más tranquila y no me equivoqué.

Las primeras sesiones fueron complicadas, pero poco a poco adquirí cierta seguridad.

Con su ayuda, el dolor no desapareció, pero por lo menos mi vida comenzó a normalizarse.

Nacho me había animado a asistir a aquella cena. Yo accedí a cambio de que me acompañase.

—Estas preparada y lo sabes —insistió al ver que seguía sin presionar el timbre.

—¿Tú crees? —respondí con cierta ironía—. Acabo de recordar que no he dado de comer al perro.

—Tú no tienes perro.

—Pues debería tenerlo, así tendría una buena excusa en momentos como este.

—No necesitas excusas —dijo colocándose a mi lado—. Solo entra y verás que no es tan difícil.

Me quedé mirándolo. Al pobre se le habían empañado un poco las gafas con la humedad del ambiente. Nacho siempre había sido un tipo

bastante atractivo, en plan intelectual con barbita de pocos días muy cuidada, de esos con los que cualquier mujer baja la guardia porque sabe que nunca le haría daño. Ahora sus ojos estaban clavados en mí como si quisieran contagiarme la confianza que me faltaba. Funcionó. Respiré con firmeza y tomé la decisión. Ya que estaba allí, no podía echarme atrás. Pulsé el botón y, después de encenderse la lucecita del visor, enseguida se abrió la puerta.

—Primera prueba superada —me alentó con una sonrisa.

—No cantes victoria tan pronto —respondí sabiendo que lo peor estaba todavía por llegar.

En silencio recorrimos el camino iluminado por discretos focos que llevaba hasta la puerta principal de la casa. Las baldosas de piedra apenas sobresalían del impecable césped natural que se extendía a su alrededor con la horizontalidad de un campo de fútbol. No había ni un solo árbol, ni una planta cuyas flores dieran una acogida más cálida al invitado que se acercara hacia la imponente fachada de dos alturas color terracota. A pesar de las luces que escapaban del interior, a esas horas se veía tan lúgubre como mi ánimo. La noche era muy fría y tenía pinta de que en cualquier momento podría ponerse a llover. Me cerré un poco más el cuello del abrigo pensando que el escenario era perfecto para la obra que se iba a representar.

Para mi sorpresa, la reina del castillo era quien nos estaba esperando en la puerta.

Mi madre no solía tomarse esa molestia. Prefería que fuera alguien del «servicio», como ella decía, quien recogiera los abrigos de sus invitados. Pero allí estaba. Tan elegante y estirada como siempre, luciendo un vestido azul marino que resaltaba el fantástico cuerpo que todavía tenía. Pero lo más llamativo de ella era el color de su pelo. Con ayuda del tinte, mantenía a raya las pocas canas que osaban profanar su tono pelirrojo natural, ese que casaba perfectamente con el ímpetu de su carácter. Ambos los había heredado yo. Sin embargo, ella sometía nuestras ondas naturales alisándolas cada mañana. Dominaba su melena de igual forma que lo hacía con las personas, con mano firme y sin miramientos.

—No me dijiste que vendrías acompañada.

Esa fue su cálida bienvenida.

—No me lo preguntaste —respondí con la satisfacción de haber provocado alguna desviación en su perfecta planificación—. Además,

ya sabes que Nacho es como de la familia. No necesita invitación.

—Espero no ser una molestia… —comenzó a decir mi amigo un tanto incómodo.

—¡Qué tontería! —le corté de inmediato—. Mi madre está encantada de que hayas venido conmigo. ¿A que sí?

Lo reconozco. A veces sentía cierto placer infantil en retar la frialdad de mi madre.

Además, esa noche estaba un poco enfadada con ella por haberme forzado a salir de mi zona de confort. Esa era mi patética venganza. Podía haberla avisado, pero no quería perderme su cara al ver que no todo salía según sus deseos. Esperaba que Nacho no se tomase muy mal mi pequeña treta.

—Por supuesto —respondió ella con arrogancia—. Ya me he ocupado de que Martina coloque un servicio adicional.

Dejamos los abrigos en el armario del recibidor mientras mi madre nos informaba de que los demás invitados ya estaban en el salón. El piso en el que yo vivía podría caber por completo en aquel vestíbulo que rezumaba lujo y sofisticación por los cuatro costados. Todo en esa casa era tan grande como el ego de su dueña. Miré hacia la gran escalera de mármol que conducía a la planta de arriba. Siete dormitorios y cinco baños para tres personas eran la prueba fehaciente de lo mal repartido que estaba el mundo.

Ahora mi madre vivía allí sola.

Entonces se me ocurrió que quizás no se sintiera tan bien como aparentaba. No la había visto llorar ni una sola vez. Ni antes ni después de la muerte de mi padre. En algunos momentos deseé detectar en ella algún resquicio de debilidad con la esperanza de poder consolarnos mutuamente, pero eso nunca ocurrió. Ni un abrazo, ni una palabra de ternura salieron de su boca. Al contrario, se mostraba tajante cuando me veía derrotada. Decía que ya no era una niña y que tenía que afrontar la pérdida de mi padre como una mujer adulta; que él por fin había descansado y que era cruel por mi parte desear que hubiera seguido sufriendo solo para tenerlo conmigo. Sé que tenía razón, pero yo era incapaz de hacer lo que me exigía. Pero ¿y si realmente lo hacía para darme la fortaleza que no tenía? ¿Y si ella también lo estaba pasando mal pero no quería que lo supiera?

Descarté de inmediato esa idea de mi cabeza. Mi madre no sabía lo

que era sufrir por alguien tanto como yo lo había hecho por la muerte de mi padre.

La seguimos hasta la puerta de acceso al salón que mi madre utilizaba para reuniones y cenas más íntimas, un espacio decorado al estilo francés que a ella tanto le gustaba. No puedo decir que fuera exagerado, salvo quizá por las molduras ornamentadas que delimitaban el techo y la enorme lámpara *chandelier* de cristal que lo presidía. El color verde agua de las paredes daba un toque elegante a la estancia, y las cortinas de seda en tonos claros contribuían a que entrase la luz natural en los días soleados. Tan solo un par de cuadros abstractos aportaban algo de modernidad al ambiente, pero se integraban perfectamente con los muebles clásicos de estilo Luis XVI.

El conjunto resultaba armonioso y, para qué negarlo, bastante romántico. La única muestra de que ese sentimiento pudiese habitar en mi madre.

No tenía ni idea de quiénes iban a ser sus invitados. Me relajé un poco al ver a Marcos y a Lidia, su segunda esposa. Ella me caía bien. Era tímida, pero muy educada y estilosa, de esas mujeres tan delicadas que parecen salidas de un cuento de princesas.

De familia adinerada, vivía en Miami hasta que se quedó viuda demasiado joven y decidió venir a España para comenzar una nueva vida. Marcos era mucho mayor que ella, pero se entendían bien. Ya llevaban tres años casados.

Dos hombres estaban con ellos. El más joven debía de tener mi edad, el otro la de Marcos, y también había una chica rubia que estaba hablando con…

¡No! Aquello tenía que ser una broma. ¿Qué hacía Persi allí?

Si hubiera tenido que hacer un ranking de personas a las que no soportaba, sin duda él se hubiera llevado la palma con creces. El mayor idiota, engreído y petulante que había conocido en mi vida, sonreía a la que supuse podría ser su pareja del momento por la mirada de adoración de la chica. «Que te aproveche, bonita», pensé con sarcasmo. Había que tener ganas de aguantar a semejante espécimen masculino por muy guapo que fuese.

—Mi hija Patricia y su amigo Nacho ya han llegado —dijo mi madre con la elegancia de una perfecta anfitriona, y a mí me repateó que, como siempre, me llamase así. ¡Cuántas veces le había dicho que no me gustaba!

Todos se acercaron a saludarnos y yo intenté forzar mi mejor sonrisa para no parecer antipática. El hombre mayor resultó ser el nuevo socio del último proyecto empresarial de mi madre y de Marcos. A ella le encantaba celebrar ese tipo de cenas cuando firmaban un buen acuerdo. Venía acompañado de sus dos hijos, por lo que entendí que el objetivo de mi presencia era equilibrar la balanza familiar.

—Soy Borja, y ella es mi hermana Laura —dijo el hombre más joven con una sonrisa muy agradable. Sí, era bastante mono y parecía simpático—. Me alegro de conocerte por fin, Patricia. Tu madre me ha hablado mucho de ti.

«¡Qué bien! Yo no sabía ni que tú existías. Gracias, mamá», pensé con ironía. Iba a comentarle que me llamase Patri, cuando Persi se adelantó.

—Si no quieres ver cómo la dulce damisela se convierte en el dragón del cuento, te aconsejo que la llames Patri. —Y, colocándose delante de mí, tomó mi mano y la acercó a sus labios. La aparté de inmediato —. Siempre es un placer volver a verte —dijo como si le hubiese hecho gracia mi brusquedad.

¡Dios, cómo odiaba esos ademanes caballerescos tan pasados de moda y esa sonrisa descarada de quien se cree el rey del mundo! ¡Cómo podía existir un hijo tan diferente de su padre! Aquel idiota no se parecía en nada a Marcos. Bueno, quizá físicamente sí.

Los dos eran altos y de complexión atlética, pero ahí terminaban las semejanzas. Persi había heredado el pelo rubio y los ojos claros de Sofí, su madre, pero la estupidez altiva y prepotente eran méritos propios.

—Siento tener que contradecirte —respondí intentando esconder mi irritación con una sonrisa mordaz—. Este dragón solo arroja fuego contra los caballeros engreídos que visten armadura de terciopelo y hablan más de la cuenta.

—Entonces debo sentirme privilegiado porque, sin duda, seré el objetivo de tus llamaradas esta noche —me contestó con un velado desafío.

—Pues si yo fuera tú, tendría cuidado —le advertí—. Ya sabes lo que se dice: quien con fuego juega, acaba quemándose.

—Cierto es, pero… —contestó dirigiéndose al resto del grupo mientras levantaba sus manos en señal de fingida resignación—, ¡quién puede

resistirse a la tentación de admirar una hoguera bien candente!

—Pues yo espero que esta noche el único fuego que tengamos en la cena sea el de los candelabros —dijo mi madre zanjando la conversación como si estuviese amonestando a dos niños pequeños—. Pasemos ya a la mesa.

Todos la obedecimos, como no podía ser de otra manera, y buscamos nuestros nombres en los papelitos que con tanto detalle lucían al lado de cada servilleta. No faltaba ni el de Nacho, que estaba situado a mi derecha. Miré hacia el lugar que siempre ocupaba mi padre en una de las cabeceras y que ahora estaba libre. Era la primera vez

que me había acordado de él desde que había entrado en el salón, y no pude evitar sentirme un poco culpable. Sin embargo, aquel pensamiento desapareció rápidamente al comprobar quién se iba a sentar justo enfrente de mí. ¿Se notaría mucho si cambiaba el papel con disimulo?

No tuve oportunidad de hacerlo. La parejita ya estaba ocupando sus asientos.

Entonces Persi se colocó detrás de ella y le retiró la silla.

—¡Qué galante eres, Persi! —dijo Laura con voz melosa.

—Es lo mínimo que puede hacer un caballero cuando tiene el honor de sentarse al lado de una dama tan refinada —respondió él colocándose a su izquierda.

¡Dios, cómo podía ser tan repelente!

—Ahora nos has dejado en mal lugar a los demás hombres de la mesa —bromeó Borja, que estaba sentado a mi lado.

—No tienes que preocuparte por eso —respondió Persi ocupando su lugar—. A los

«dragones» les da urticaria este tipo de atenciones.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¿Será verdad que por fin lo has comprendido? —contesté con burla levantando mi copa—. Brindo por este feliz e inesperado acontecimiento.

El resto de la cena transcurrió de forma relajada. Bueno, fue un suplicio el rato en el que Persi nos «deleitó» con el gran éxito que

estaba teniendo en redes sociales, sobre todo, con su canal de YouTube. Pero ¿qué se podía esperar de la conversación de alguien que tenía una vida de lujos asegurada gracias a la cuenta corriente de su familia? Porque eso era lo que hacía Persi. Nada. Vale, algo debía de hacer a juzgar por los miles de seguidores que lo escuchaban hablar sobre historia, arte y literatura, pero seguro que había encontrado algún truco para comprarlos. Era la única explicación lógica que yo imaginaba para que a tanta gente le gustasen sus comentarios satíricos y extravagantes sobre unos temas tan serios. ¡Y que conste que yo solo los veía de vez en cuando para poder criticarlo con conocimiento de causa!

Por el contrario, Borja resultó ser un gran compañero de mesa, divertido y elocuente. Pero cuando nos contó a qué se dedicaba, y mi madre insistió en lo mucho que teníamos en común, comprendí cuál había sido el verdadero propósito de que yo estuviese allí esa noche.

Para mi desgracia, no era la primera vez que intentaba liarme con alguien de buena posición social y económica. Al principio me cabreaba muchísimo. ¿Cómo podía pensar que yo iba a permitir que se entrometiese en mi vida de aquella manera? Luego la dejé por imposible. Era como pegarse continuamente contra una pared. Ya se cansaría cuando comprendiese que la vida en pareja no era para mí. Yo amaba mi independencia y no pensaba renunciar a ella por nadie. Y mucho menos por los motivos por los que mi madre quería que me casase. Porque ella no buscaba nietos, sino poder.

Desde la muerte de mi padre parecía que se había relajado bastante. Sin duda, un año era todo el margen que pensaba darme. Por eso no le había hecho ninguna gracia que apareciese con Nacho, y se había esforzado tanto en dejar claro que no teníamos ninguna relación. ¡Lo que me hubiese gustado ponerme en plan acaramelado con él solo para fastidiarla! Pero el pobre Nacho no tenía la culpa y tampoco le iba a hacer pasar un mal rato. Por lo menos, el elegido de mi madre me caía bien, y no me fue difícil mantener una conversación animada durante la cena. Todavía tenía que estar agradecida de que nunca se le hubiese ocurrido emparejarme con Persi, que también cumplía con sus requisitos y que, además, era el hijo único Marcos.

Y luego llegó lo que vulgarmente se conoce como una competición de «a ver quién la tiene más larga». El nuevo socio de mi madre comenzó alardeando de que, en su adolescencia, Borja había sido capitán del mejor equipo de la liga de fútbol, y Laura, la que ganaba todos los concursos de pintura. Por supuesto, mi madre no se dejó amilanar y contraatacó con las tres medallas de oro que yo gané un año en las

olimpiadas del colegio.

Parecía una pelea de gallos hasta que le llegó el turno a Marcos. Casi sentí lástima por Persi cuando su padre bromeó sobre lo débil y asustadizo que su hijo había sido siempre. «Casi». ¿Para qué engañarnos? Disfruté como una bruja malvada viéndolo bajar de su pedestal.

—¡A los seis años todavía gritaba por la noche y se hacía pis en la cama! —explicó entre risas.

—¡Marcos! —recriminó Lidia a su marido.

—¿Y quién te ha dicho que todavía no lo hago, padre? —replicó Persi siguiéndole el juego sin hacerse el ofendido—. ¡No sabes el presupuesto que gasto en sábanas de raso todos los meses!

—La enuresis puede producirse simplemente porque la vejiga urinaria no está madura. Algunos niños tardan más que otros en contener sus esfínteres —comentó Nacho, que se había mantenido bastante callado durante toda la velada—. No es algo de lo que preocuparse. Por supuesto, si no hay una alteración hormonal o psicológica detrás.

—¡Menos mal que alguien sale en mi defensa! —exclamó Persi complacido.

Era normal que Nacho lo hubiese hecho. A fin de cuentas, él era su mejor amigo desde la infancia. ¡Cómo dos hombres tan distintos podían llevarse tan bien! Nacho tenía el cielo ganado por soportarlo durante tantos años.

—Debiste de pasarlo fatal cuando eras pequeño —dijo Laura preocupada, y colocó su mano encima de la de él para dejar claro que ella también le apoyaba—. A mí me daba miedo la oscuridad y siempre tenía que dormir con una lucecita.

A esas alturas yo ya sabía dos cosas: que la dulce parejita se acababa de conocer aquella noche, y que, por mucho que a mí me pareciese inverosímil, a la chica no le importaría seguir aguantando sus majaderías en un ambiente más íntimo.

—Lo que yo pensaba. Somos almas gemelas —respondió él con una mirada tan almibarada que pensé que de un momento a otro iban a aparecer unicornios de colores alrededor de la mesa. Tanta cursilería me estaba dando ganas de vomitar. No pude contenerme.

—Pues yo nunca he comprendido ese tipo de miedos. Si no hay una amenaza real,

¿qué sentido tiene preocuparse? Es algo ilógico.

—Eso es verdad —confirmó mi madre—. Patricia siempre ha sido una niña muy valiente.

¡Y dale con «Patricia»!

—Ah, pero todos tenemos nuestro talón de Aquiles —respondió Persi girándose hacia mí con un aire maquiavélico en la mirada—. Si no recuerdo mal, el tuyo son las ratas, ¿verdad, Patri?

Tuve ganas de asesinarlo. Todavía se acordaba de eso.

—Las ratas sí pueden ser un peligro. Transmiten muchas enfermedades —repliqué desafiante—. Tú en cambio, te asustas con la sombra de una mariposa.

—¡Diantres, pero es que no todas son tan inofensivas como aparentan! —exclamó ofendido— ¿Sabías que hay una subfamilia de las *Miletinae* que son carnívoras?

¡Ya salió su aborrecible faceta de enciclopedia andante! Para desgracia del universo, Persi era capaz de recordar casi todo lo que leía. Y se había pasado la vida leyendo.

—No, pero menos mal que estabas tú aquí para ilustrarnos. La próxima vez que vea una mariposa volando saldré corriendo, por si acaso —respondí con sarcasmo.

—Entonces, ya me quedo más tranquilo. Sin duda, a una medallista de oro como tú, no la atraparía ni un guepardo hambriento. ¿Me equivoco, Julia?

—¡Apuesto a que sería el guepardo el que huiría de mi hija con el rabo entre las piernas! —respondió ella entre risas y los demás le siguieron la broma.

«Ojalá a ti te hiciese desaparecer un guepardo de la faz de la Tierra», pensé. Si las miradas matasen, en aquel instante Persi hubiese caído fulminado.

Al final la cháchara duró más de lo que yo esperaba, y en cuanto vi mi oportunidad me excusé diciendo que al día siguiente tenía que

madrugar. Me despedí rápidamente y me fui a por los abrigos. Nacho se quedó rezagado hablando con Persi y fue Marcos quien me acompañó hasta el vestíbulo.

—Has aguantado bastante bien la cena de hoy —dijo con aire paternal cuando estuvimos solos y alejados de oídos ajenos—. Julia me contó que no habías vuelto a esta casa desde que te mudaste después de la muerte de Mateo.

Lo último que me apetecía era sacar ese tema, así que respondí con una sonrisa bastante forzada.

—Ya me conoces. Soy una mujer muy ocupada.

—Tranquila, no pretendía traerte a la mente recuerdos dolorosos. Solo quería comentarte que necesito hablar contigo sobre un asunto.

Lo que yo quería era salir de allí, pero me resultaba imposible ser descortés con Marcos.

—Dime.

—No, aquí no. Es una conversación privada. ¿Te parece bien si nos vemos en mi casa el domingo?

Me quedé en silencio. Esa era la fecha del aniversario de la muerte de mi padre.

—Lo sé. No es el mejor día, pero es importante que hablemos.

Lo medité un instante. ¿Qué sentido tenía negarme? Tal y como había supuesto Nacho, había podido superar aquella noche y eso ya era un gran logro para mí. Echaba muchísimo de menos a mi padre, pero mi vida debía continuar. Quizá me vendría mejor hablar con Marcos que quedarme sola regodeándome en mis recuerdos.

—Claro. Sin problema —respondí con seguridad—. Dime a qué hora te va bien y me pasaré por tu casa.

Marcos asintió complacido por mi respuesta.

—A las once.

—Allí estaré.

Nacho llegó en ese momento y nos fuimos.

—¿A que no ha sido tan difícil? —me preguntó cuando salíamos por la puerta.

—No tanto como yo esperaba —respondí convencida—. Quizá a partir de ahora me sienta más tranquila.

Ingenua de mí. No tenía ni idea de que en cuestión de días mi mundo volvería a dar un doble salto mortal. Y esta vez con tirabuzón incluido.

CAPÍTULO 3

PATRI

Llegó el fatídico domingo y con él mis buenos propósitos se vinieron abajo. Quería haber salido a correr temprano, como todos los días, pero mi cuerpo y mi mente me sabotearon. Todavía estaba en la cama cuando recibí la llamada de Nacho.

—No quiero hablar —le dije secamente.

—¿Entonces por qué has contestado? —me respondió con su habitual calma.

—Para informarte.

—¡Qué considerada eres!

—En serio, no tengo ganas de nada —dije sin ánimo.

—Me imagino —respondió despacio—. ¿A qué hora vas a ir al cementerio?

—¿Y quién te ha dicho a ti que voy a ir? —Estaba molesta con el mundo y en ese momento Nacho era la única persona con la que podía desahogarme.

—Sé que vas a ir —respondió sin alterarse—. Te llamo por si quieres que te acompañe.

Entonces comprendí que ese era el verdadero motivo por el que no me había movido de la cama a pesar de llevar despierta desde las siete de la mañana. Quería ir al cementerio a visitar la tumba de mi padre, pero me angustiaba tener que enfrentarme al panteón familiar justo en la fecha del aniversario.

—¿Te gustó tanto la cena de mi madre que ahora quieres apuntarte conmigo a todos los saraos? —repliqué para ocultar lo que de verdad sentía.

—Solo a los que tú quieras que vaya. —A veces me desesperaba que no entrase nunca a las pullas que le lanzaba, pero así era Nacho.

Lo pensé un instante. No tenía ningún sentido seguir retrasando el momento de ir al cementerio, y la compañía de mi amigo evitaría que me dejase llevar por mis emociones.

—Está claro que no voy a poder librarme de ti tan fácilmente —dije haciéndome la resignada—. Abrígate bien que en el panteón hace un frío de muerte.

—Muy graciosa…

Mejor darle un poco de humor a la situación que regodearse en el dolor real.

—¿Te da tiempo si quedamos a las diez? —pregunté después de consultar mi reloj.

—De sobra. Allí nos vemos —confirmó antes de colgar.

Ya no tenía otra alternativa más que levantarme y afrontar el día que tenía por delante. Me di una ducha, desayuné y estuve tentada de llamar a mi madre, pero luego cambié de opinión. Si hubiera querido que fuésemos juntas me lo habría dicho.

Además, dudaba mucho de que ella apareciese por allí. Siempre decía que no le veía ningún sentido a visitar las tumbas de los muertos. Huesos o cenizas, eso era lo que había en los cementerios, no las personas que un día fueron.

El día estaba muy nublado, pero decidí hacer el recorrido a pie. El aire frío en la cara me vendría bien y no tardaría más de un cuarto de hora en llegar. Caminar por mi pueblo siempre me distraía. Cuántas historias del pasado conocerían esas calles, esa tierra que había albergado a romanos, visigodos y árabes; ese monte sobre el que podían contemplarse unas increíbles puestas de sol. Vivir rodeada de naturaleza, a tan solo veinte minutos del centro de Madrid, era todo un privilegio. Y no era la única que lo creía. Durante los últimos veinte años, miles de familias se habían asentado en la zona nueva, al otro lado de la carretera M-50. Yo solía decir que Boadilla era «la ciudad de las cigüeñas», y no solo por el gran número de estas aves que llegaban en primavera, sino porque allá donde mirases siempre podías ver niños pequeños o carritos de bebé.

Unas vidas llegaban, otras, como la de mi padre, se iban.

Él estaba enterrado en el antiguo Cementerio Parroquial de San Cristóbal, un recinto muy pequeño en comparación con el municipal ubicado a las afueras. Ni uno ni otro me gustaban, pero no por nada especial. Nunca había entendido ese sentimiento romántico que algunas personas sienten al pasear entre lápidas.

Subí por la calle Mártires, dejé a mi izquierda la ermita de San Sebastián, y llegué hasta la entrada de metal gris que daba acceso al camposanto. Hacía tiempo que no iba

por allí. Mi necesidad de visitar el panteón fue disminuyendo según avanzaba con la terapia de Nacho.

Abrí la puerta despacio. La imagen era desoladora. Cuando el sol brillaba, no era tan siniestra, pero con el cielo encapotado parecía el escenario perfecto para una película de terror. O, al menos, a mí me lo parecía. Las tumbas familiares de mis vecinos me recibieron formando un ancho pasillo de cruces. Sevilla Pozuelo, Callejo Rueda, Martínez Ortega… Siempre me tomaba mi tiempo para leer sus nombres. Quizá fuera mi manera de saludarlos, de mostrarles respeto. Aquel lugar pertenecía a los muertos, los vivos solo íbamos de visita.

Giré a la izquierda. El panteón de mi familia estaba situado justo en medio del cementerio. Una pequeña construcción de ladrillo pintada de blanco, la única de esas características, con un techo a cuatro aguas coronado por una diminuta cruz. A esa hora de la mañana y con el frío que hacía no había nadie más por allí, pero Nacho ya estaba esperándome.

Al acercarme, me di cuenta de un pequeño detalle. Él sostenía un ramo de flores.

Yo había venido con las manos vacías. Lo reconozco, para algunas cosas soy un desastre.

—Qué amable por tu parte haberme traído un regalo —ironicé.

—¿Desde cuándo te gustan a ti los crisantemos? —me preguntó con una mueca haciéndose el sorprendido—. Pensaba que tus favoritas eran las violetas.

—¡Muy bien! Veo que atiendes cuando te cuento mi vida en nuestras sesiones —me burlé dándole una palmadita en la espalda.

—Ya me conoces, soy todo un profesional —rio—. Pero esto lo sé desde hace años, no tiene mérito.

La puerta era de metal y bastante rudimentaria. Saqué de mi bolso la llave y entramos. El recinto era pequeño, el espacio justo para albergar dos tumbas familiares.

En la de la izquierda estaban enterrados mis abuelos y mi tío. Mi

padre estaba en la de la derecha. Solo. Allí también descansarían los restos de mi madre llegado el momento.

No se me ocurría lugar mejor para ella que en el más destacado del cementerio.

Pero todos esos pensamientos se desvanecieron de mi mente cuando vi lo que había encima de la lápida: un precioso y enorme ramo de rosas rojas recién cortadas. Nacho debió de ver mi cara de asombro, porque dijo bromeando:

—Ahora me da vergüenza dejar mis flores al lado de las de tu madre. Desde luego que le gusta hacer todo a lo grande.

No respondí. Todavía no podía asimilar que ella hubiese ido a visitar a mi padre con semejante regalo. Nadie más tenía llaves para entrar allí.

—¿Cuántas hay? —preguntó Nacho—. Una, dos, tres…

De forma automática las conté. El resultado me sorprendió aún más.

—Treinta y uno —dijo extrañado—. Qué número más raro para un ramo, ¿no?

—Una rosa… —murmuré sin poder creérmelo—, por cada uno de los años que estuvieron casados.

—No conocía yo esa faceta romántica de tu madre.

—Ni yo —fue lo único que pude contestar.

Después se hizo el silencio.

—¿Quieres que salga y que te deje un rato a solas? —me preguntó al ver que mi expresión se había vuelto más seria.

—No, no hace falta —negué con un gesto—. Quédate conmigo, pero dame unos minutos.

Así lo hizo. Y, a pesar de que yo había ido allí para «hablar» con mi padre, mi cabeza no paraba de darle vueltas al hecho de que mi madre le hubiese llevado aquel ramo. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué no me había dicho que iba a ir? Podríamos haber hecho la visita juntas. Entonces comprendí que ella quería estar sola.

La relación de mis padres nunca se había caracterizado por ser amorosa. Para mí eran más unos compañeros bien avenidos que un

matrimonio enamorado. A decir verdad, yo era lo único que tenían en común. Entonces, ¿por qué mi madre había tenido aquel gesto en el día del aniversario de su muerte? ¿Le echaría más de menos de lo que imaginaba?

Entonces recordé la última conversación con mi padre. Él me había asegurado que mi madre no era como todo el mundo la veía, que algún día lo comprendería. ¿Sería ese ramo una muestra de esa faceta suya que yo desconocía? Un escalofrío me recorrió la

espalda. Ese día también me había dicho que ella sufriría mucho y que yo tendría que ayudarla. En aquel momento no había dado ninguna credibilidad a sus palabras.

Pensaba que no eran más que delirios provocados por el final de su enfermedad. Pero

¿y si no lo eran? El aniversario de su muerte… Esa era la fecha en que ocurriría. Y ese día, había llegado. «Papá, ¿por qué tenías tanto miedo de que pudiese sucederle algo a mamá?»

Me removí incómoda, y me abracé de forma inconsciente. Aquella visita me estaba alterando de forma distinta a la que esperaba. Nacho pasó su brazo por mis hombros.

—¿Estás bien? —me susurró.

Su proximidad me reconfortó, pero no podía contarle nada de lo que rondaba por mi cabeza. Le había prometido a mi padre que sería un secreto entre nosotros. Además, probablemente no fuera nada. ¿Qué podría hacer que yo tuviera que proteger a mi madre? Era absurdo.

—Sí. Es que quería que me abrazases y no sabía cómo obligarte a hacerlo —contesté forzando una sonrisa.

Él se rio sabiendo que solo bromeaba. Entre Nacho y yo no había nada. Nada en rollo romántico, quiero decir.

—Vámonos o acabaremos congelados —dije separándome de él.

—¿No quieres estar un rato con tus abuelos? —preguntó señalando la otra tumba.

—¿Para qué? —respondí levantando los hombros—. No los conocí, murieron antes de que yo naciera.

—¿Es tu tío el que está enterrado con ellos?

Debajo del nombre de mis abuelos, en letras plateadas, se leía «Fernando Velasco de Salvatierra».

—Sí —confirmé—. A él tampoco lo conocí.

Entonces, se me ocurrió ser un poco malévola con Nacho.

—¿Sabías que mi tío fue también el primer marido de mi madre?

A juzgar por su cara, confirmé que había despertado cierto morbillo en él.

—Fernando era el hermano mayor y murió de un infarto. En mi casa nunca se ha hablado mucho de él, pero, por lo que sé, le sacaba bastante edad a mi madre. No creo que su matrimonio fuese para echar cohetes.

—¿Por qué? —preguntó extrañado. Había picado el anzuelo.

—Porque no había pasado ni un año desde su muerte cuando mi madre se quedó embarazada de mí —dije guiñándole un ojo—. Creo que por eso mis padres se casaron tan pronto.

Nacho levantó una de sus finas cejas con cara de fingida incredulidad y las gafas se le torcieron en una pose graciosa. Resultaba extraño que mi madre, una mujer a la que le gustaba tener hasta el mínimo detalle controlado, hubiera tenido que casarse de penalti.

—¡No me mires así! —dije riéndome con aire seductor—. No te iba a contar todos mis secretos familiares en la primera cita. Alguno tenía que guardarme para mantener tu interés.

—Ya veo, ya —rio—. No quiero ni imaginar lo que todavía guardas en la recámara.

—Tendrás que seguir aguantándome en tus sesiones si quieres averiguarlo.

—¡Qué remedio me queda entonces! —respondió con simulada resignación.

Cuando salimos del panteón había empezado a llover. Nacho me preguntó si me apetecía tomar un café, pero cuando miré el móvil me di cuenta de que ya iba apurada de tiempo si quería llegar a mi cita a la hora convenida. Le dije que había quedado, y se ofreció a

acercarme a casa para que no me empapase. Se lo agradecí en el alma. Pasé por el piso para coger un paraguas y bajé al garaje a por mi coche.

La residencia de Marcos también estaba en Las Lomas, no muy lejos de la de mis padres. Aquella urbanización había surgido de una pequeña parte de lo que los ancianos del pueblo decían que fue el Vedado de los Fabra. Lugar al que los hombres más influyentes de Madrid eran invitados para hacer negocios mientras disfrutaban de la buena caza que ofrecía el monte de Boadilla. De aquella familia, tan poderosa en otros tiempos, ya casi nadie recordaba ni su nombre. Cuántas historias como esa se habrían perdido con el paso de los años.

La lluvia caía con fuerza y los limpiaparabrisas no dejaban de moverse. Eso me mantuvo concentrada en la carretera y evitó que pensara en el motivo por el que Marcos quería verme. Era algo que los días anteriores me había preguntado repetidamente. Me intrigaba porque no era habitual que Marcos me pidiera que fuese a verlo a su casa. ¿Qué podía ser tan importante para no habérmelo dicho en la cena de mi madre?

Aparqué el coche y, haciendo un esfuerzo titánico para no mojarme el bajo de los vaqueros, corrí hacia la verja de entrada de la mansión de Marcos. Sí, mansión. Porque si la casa de mis padres era grande, la de él parecía su hermana mayor. Una enorme construcción blanca de estilo neoclásico, con sus columnas y todo. Solo el tímpano triangular de la entrada ya impresionaba. «No me extraña que Persi se haya criado aquí», pensé con ironía. «Así ha salido de egocéntrico».

La verja se abrió, y otra vez tuve que echar a correr para llegar a la puerta principal.

Me llevó mi tiempo, porque la parcela era enorme.

Creo que alguien me dijo alguna vez que medía unos seis mil metros cuadrados.

Una chabolita, vaya.

Allí me esperaba una chica vestida con un uniforme gris y un delantal blanco.

Mientras yo secaba mis zapatos en el felpudo, ella cogió el paraguas y me pidió el anorak. Luego los dejó en la habitación que servía de ropero.

—El señor la espera en su despacho. —Y con un gesto me pidió que la siguiera.

No era la primera vez que estaba en esa casa. Aun así, recorrí cada uno de sus detalles con el mismo embeleso. Cuatro columnas de estilo corintio delimitaban el recibidor, adornado con un artesonado de escayola y un suelo de mármol de dibujos geométricos en blanco y grafito. Una decoración muy clásica y algo recargada para mi gusto, pero la calidad de los cuadros y de los muebles eran dignos de admiración.

Subimos al primer piso por la escalera. Sin darme cuenta, acaricié el pasamanos de orfebrería negra. Siempre me habían llamado mucho la atención aquellas barandas de hierro forjado con forma de ornamentos florares. Eran una verdadera obra de arte.

En el distribuidor de arriba había una enorme lámpara de cristal y ocho puertas, todas ellas enmarcadas al estilo neoclásico. Si mi memoria no me fallaba, la última era la del despacho. La chica llamó con los nudillos y enseguida escuchamos la voz de Marcos

indicándonos que podíamos pasar. Solo entré yo. Ella se retiró cerrando la puerta antes de retirarse.

La habitación tenía casi todas las paredes forradas en madera y una preciosa chimenea de mármol negro digna de un palacio. La escasa luz del día entraba por tres ventanales protegidos por cortinajes de terciopelo marrón. Marcos estaba trabajando detrás de un elegante escritorio de madera tallada y yo me dirigí hacia allí para sentarme en una de las sillas confidente situadas al otro lado de la mesa. Sin embargo, él se levantó al verme y vino hacia mí con cara sonriente.

—Te lo agradezco que hayas venido —dijo dándome un cariñoso abrazo—. Me imagino que hoy es un día difícil para ti.

—Vengo del cementerio —respondí esperando que eso zanjara el tema.

—Tu padre era como un hermano para mí —continuó con voz pausada. Asentí sabiendo que él también lo había pasado mal durante el último año. Luego me indicó que tomara asiento en la zona de sofás que estaba en medio de la habitación. Él se acomodó en una de las butacas.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Un café?

—No, muchas gracias —respondí intentando no parecer descortés—. Me gustaría saber por qué querías que viniese a verte hoy.

—Directa al grano, como siempre.

No me sonó a reproche, más bien todo lo contrario.

—Lo que tengo que decirte no es fácil de explicar. Temo que te resulte complicado de entender y, sobre todo, de aceptar.

Su expresión me inquietó. Estaba muy serio y se le veía preocupado. Me removí en el asiento colocándome más erguida, como si inconscientemente me estuviese preparando para una noticia que no me iba a gustar. Y no me equivoqué.

—Tu madre está en peligro, Patri.

Aquella frase cayó sobre mí como una bomba. Sentí la boca seca y tragué con dificultad, arrepintiéndome de no haber aceptado el café que Marcos me había ofrecido.

No me encontraba yo muy bien ese día para sorpresas.

—¿A qué te refieres? —pregunté cuando al fin me vi con fuerzas para hablar.

Necesitaba ganar tiempo.

—Me da la sensación de que ya lo sabes —respondió mirándome fijamente—. ¿Qué te explicó tu padre?

No contesté de inmediato. Se suponía que aquello había sido una conversación sin sentido y sin mayor trascendencia, pero, a fin de cuentas, un secreto entre él y yo. ¿Por qué entonces lo sabía Marcos? ¿Había hablado también con él cuando se quedaron a solas en el hospital el día de su muerte?

—Estoy aquí para ayudarte —dijo inclinándose hacia mí—. Se lo prometí a Mateo.

Te aseguro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para protegerte a ti y a tu madre.

—¿De qué se supone que tienes que protegernos? —pregunté confusa.

—¿No te lo dijo tu padre?

Dudé. Repetir en voz alta sus palabras me resultaba disparatado, pero qué otra opción tenía.

—Él solo me contó que, pasado un año de su muerte, mi madre sufriría mucho y que yo tendría que ayudarla. —Quizá Marcos pudiera aclararme algo de todo aquello—

. La verdad es que no le di demasiada importancia. Fueron solo desvaríos provocados por su enfermedad.

—Ojalá fuese cierto —dijo con pesar.

—Estás empezando a asustarme, Marcos —respondí sin comprender por qué él sí parecía preocupado por el tema.

—No quiero que te asustes, Patri. Solo que seas consciente de la gravedad de la situación y actúes en consecuencia.

—Explícate mejor, por favor —le acucié. Tanto misterio me estaba matando.

—¿Sabes por qué se casó Mateo con tu madre?

La pregunta me pilló desprevenida. ¿Qué tenía que ver con nuestra conversación?

Pero bueno, esa respuesta sí me la sabía.

—Porque se quedó embarazada de mí. —Aquello no era un crimen. Por lo menos hoy en día no lo era, y dada su relación con mi familia estaba segura de que Marcos ya lo sabía.

—Esa fue una de las razones. Tu padre siempre estuvo enamorado de Julia —dijo esperando alguna reacción por mi parte.

Yo pensaba que lo del embarazo de mi madre tuvo que ser un calentón aislado con mala suerte, porque luego no habían sido lo que se dice una pareja apasionada. Pero si Marcos decía que lo suyo venía de antes, igual estaba equivocada. Después de ver el ramo de rosas esa mañana comenzaba a tener mis dudas.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con que digas que ella está en peligro? —pregunté sin comprender hacia dónde quería llevar Marcos la conversación.

—Porque tu padre tenía otro motivo mucho más poderoso para casarse con tu madre que el hecho de estar enamorado de ella.

—¿Algo más importante que el amor? —ironicé.

—Lo hizo para salvarle la vida —respondió con un tono dramático que erizó la piel.

—¿Qué pasa? ¿Iban a lapidarla por quedarse embarazada? Venga ya, Marcos, mis padres no vivieron en la Edad Media —dije exasperada. Él tomó aire antes de continuar.

—Julia fue condenada por el asesinato de su primer marido.

La expresión de mi cara tuvo que ser un poema. ¿En serio me estaba diciendo que alguien había acusado a mi madre de haber cometido un crimen? ¡Absurdo!

—¡Qué estupidez! —exclamé agitada—. Mi tío murió de muerte natural, de un infarto. ¿Por qué iba la policía a sospechar de ella? Además, yo no he oído hablar en mi vida de ningún caso abierto contra mi madre, mucho menos de que fuese condenada.

¡Por el amor de Dios, si la pena capital desapareció hace una eternidad!

No entendía nada y eso me estaba poniendo muy nerviosa.

—No fue la policía quien la condenó…—respondió mirando hacia el suelo.

—¿Y entonces cuál es el problema? Hasta donde yo sé, estos temas los lleva la policía.

Marcos parecía cada vez más abatido, como si le estuviese costando un esfuerzo terrible contarme aquello. Entonces se levantó y lentamente se dirigió hacia la mesa.

Seguí sus pasos con la mirada, como un autómata. Le vi abrir uno de los cajones y coger algo pequeño. Luego se acercó de nuevo a la butaca. Mi mirada seguía clavada en el objeto que guardaba entre sus manos y que parecía una caja de terciopelo rojo. Levantó la tapa y me mostró su contenido.

—¿Habías visto esto alguna vez?

Negué con la cabeza. La caja estaba acolchada por dentro y en su interior reposaba una especie de medalla de gran tamaño. Parecía estar hecha de plata muy antigua, a juzgar por el desgaste de su

relieve. Marcos me la acercó para que pudiese cogerla y examinarla con más detalle. En una de sus caras pude apreciar una especie de flor de cuyo pistilo nacían doce pétalos rodeados por un círculo exterior. Intuí que, en otro tiempo, unas palabras habrían bordeado su contorno, pero el tiempo las había desgastado hasta el punto de que solo una permanecía legible. Me costó trabajo leerla:

«SALOMONIS».

Sentí un estremecimiento extraño, y durante unos segundos no pude apartar mis ojos de aquella medalla que me atraía sin un motivo aparente. La notaba fría al tacto, sin embargo, algo en ella me produjo una oleada de calor en el cuerpo que hizo que me moviese incómoda en el asiento.

—¿Qué significa esto? —pregunté mostrándola en mi mano.

—Me la dio tu padre. ¿Él no te mencionó que era miembro de la Orden de Salomón?

Mi padre pertenecía a muchas asociaciones, pero todas estaban relacionadas con la música, y, por el nombre, me temía que aquella no era una de ellas. Sin embargo, tuve que reconocer que el símbolo que había visto me resultaba familiar.

—No, en la vida le oí hablar de algo así —confirmé.

—Entonces esto va a ser un poco más difícil de lo que yo pensaba —dijo Marcos abatido—. No tengo muy claro por dónde empezar.

—Por el principio.

—Está bien… —respondió inspirando profundamente—. Hay cosas que no te puedo contar, porque ni siquiera yo las sé. Lo que sí puedo decirte es que la Orden de Salomón es muy antigua y que, por lo que tengo entendido, desde que se fundó siempre ha habido algún hombre de tu familia en ella. Mateo nunca estuvo interesado en entrar hasta que lo hizo para salvar a tu madre. Fueron ellos quienes la condenaron.

Aquella respuesta no me la esperaba. Cerré los ojos y moví la cabeza intentando aclarar mis ideas. Ya me parecía extraño que mi padre perteneciese a un grupo que por el nombre parecía sacado de una película de Indiana Jones, pero que encima tuvieran intenciones de atentar contra mi madre era demasiado.

—¿Me estás diciendo que una panda de encapuchados querían cargársela? —dije apretando con fuerza la medalla. La imagen me resultaba de lo más rocambolesca—. Lo siento Marcos, pero todo esto es absurdo. ¿A santo de qué se les ocurrió que ella asesinó a su marido? ¡Fue un infarto! Mi madre jamás se atrevería a hacer una cosa así.

O por lo menos, eso era lo que creía yo. Ella podía ser muchas cosas, pero ¿una asesina? Imposible.

—Da igual si lo hizo o no. Lo importante es que la Orden lo creyó así. Tu tío era un miembro destacado entre ellos y su muerte no podía quedar impune —respondió decaído, con los hombros hundidos y la mirada perdida.

—¿Tú perteneces a esa «Orden»? —pregunté incrédula.

—No. Yo solo trabajo para ellos gestionando algunas de sus exigencias… No soy más que un títere como tantos otros a su servicio. Alguien me dice lo que tengo que hacer, y ahora ni siquiera sé quién es —respondió despacio, con pesar, y en su mirada creí percibir un atisbo de vergüenza—. Fue por pura casualidad que sospeché lo que planeaban, y entonces hice lo único que se me ocurrió para salvar a tu madre. Los traicioné. Por tu tío Fernando, que fue quien me reclutó, sabía que los familiares de los miembros de la Orden eran intocables y se lo conté a tu padre. Mateo me dijo que ya se habían puesto en contacto con él para que no se perdiese vuestro linaje entre ellos. A él no le interesaba lo más mínimo, pero aceptó con la condición de que no le hicieran nada a tu madre hasta que él pudiese casarse con ella.

Me recosté en el sofá intentado asimilarlo. Todavía me parecía increíble, pero ¿por qué iba Marcos a engañarme con semejante historia? ¿Por qué mi padre iba a advertirme sobre algo que…

Abrí los ojos de par en par. ¡Mi padre no había dicho que mi madre «estuvo» en peligro, sino que «estaría» en peligro después de su muerte! Entonces lo comprendí.

—Pero mi padre ya no está para protegerla—susurré.

—Veo que lo vas entendiendo —confirmó Marcos con un leve movimiento de su cabeza.

Mi mente seguía negándose a admitir que hubiera algo de cierto en todo aquello, pero ¿y si realmente existía un grupo de tarados que estaban dispuestos a matar a mi madre?

—¿Por qué ahora, un año después de su muerte? —pregunté sin darme cuenta de que estaba empezando a creer que aquella locura podía ser real.

—Fue una de las concesiones que Mateo consiguió de la Orden antes de morir. Un año de aplazamiento, sabía que ibas a necesitar ese tiempo para recuperarte. La otra fue bastante más difícil de obtener, pero al final logró que aceptaran la propuesta que les hizo.

—¿Qué propuesta?

—Mateo me contó que siempre ha habido un hombre de tu familia entre ellos.

Ninguna mujer. Las mujeres estaban excluidas. Él consiguió hacerles ver que debían cambiar esa regla anacrónica, que hoy en día las mujeres pueden aportar al grupo tanto como los hombres. —Marcos me miró directamente a los ojos antes de continuar—. Les pidió que te aceptasen a ti para continuar vuestro linaje.

—¡¿Qué?! —exclamé notando cómo mi cuerpo se quedaba rígido.

—Por eso te dijo que tú eras la única que podía salvar a tu madre, Patri. Si tú ingresas en la Orden, ella recuperará la inmunidad. No hay nadie más que pueda hacerlo.

Salté del asiento sin poder controlar mis nervios.

—No, esto es una locura sin sentido —dije, más para mí que para Marcos, moviéndome de un lado a otro de la habitación—. Si de verdad mi madre está en peligro, lo que tenemos que hacer es ir a la policía. Eso es. —Aquella idea parecía mucho más racional que la propuesta por Marcos—. Tenemos que averiguar quiénes son y desenmascararlos.

Marcos agachó la cabeza.

—¿Crees que si fuera tan sencillo no lo habría hecho ya? ¿Crees que tu padre no lo habría hecho hace años? —respondió casi ofendido—. Él sabía que ellos siempre consiguen lo que quieren. No es la primera vez que eliminan a alguien. Nunca hay pruebas, ni siquiera sospechas. Todo parece natural, pero la muerte les llega a los que se cruzan en su camino.

—¡Yo lo haré! —exclamé fuera de mí —. ¡Yo meteré a esos hijos de puta en la cárcel!

—Por favor, Patri, cálmate —me suplicó levantándose, aferrando mis manos entre las suyas para tranquilizarme—. No soportaría verte a ti también en peligro. Tu padre encontró la mejor solución. Debes hacerlo por él.

Aquello me desarmó. Cerré los ojos. La imagen de mi padre en su lecho de muerte se me clavó en el alma. Si él se había esforzado tanto, ¿cómo podía yo echarlo todo a perder?

—Lo siento Marcos. Todavía no puedo asimilarlo, necesito algo de tiempo para pensar —fue lo único que pude decir.

—Es comprensible… —dijo con voz paternal—. Pero tienes que ser fuerte, Patri, porque hay algo más…

—¿Algo más?

Él asintió con la cabeza. Tuve ganas de echarme a reír por mera desesperación. ¿Es que no era ya suficiente con lo que me había contado?

—La Orden accedió a aceptarte entre sus filas con dos condiciones.

—Dos condiciones —repetí como el eco de un demente.

—La primera es que tendrás que pasar por las pruebas de iniciación que exige la Orden. Pero no te preocupes, estoy seguro de que si tu padre tuvo esta idea es porque sabía que estabas cualificada para superarlas.

—¿Y la segunda?

Marcos permaneció en silencio durante un instante.

—Esa es la más enrevesada… La Orden accedió a abrir sus puertas a las mujeres, pero solo a las que estén casadas con alguien de dentro, o con un hombre que pase las pruebas con ellas.

Solté sus manos como si quemasen y volví a moverme nerviosa por la habitación.

—Entonces no hay más que hablar. Tendremos que buscar otra solución —respondí indignada—. Ni estoy casada, ni tengo intención de estarlo nunca. Fin del asunto.

—Me imaginaba que dirías eso…

—¡Y qué otra cosa podría decir, Marcos! —exclamé ofuscada. Aquella conversación era de locos—. ¿Cómo voy a casarme con alguien de ese grupo de fanáticos?

—Sé que es difícil de asimilar. Pero, al menos, la persona con la que deberás hacerlo no te dará problemas.

Me paré en seco.

—¡Ah, que ya tienen un candidato! ¡Cómo no! —exclamé con risa nerviosa estrangulando la medalla que todavía tenía entre las manos —. A ver si lo adivino…, ¡un octogenario chiflado que hará el sacrificio de ser mi marido!

Marcos negó rápidamente.

—Por eso no tienes de qué preocuparte. El elegido es un hombre de tu edad que hará la iniciación contigo. Primero tendréis que contraer matrimonio y luego superar las pruebas juntos. Solo así podrás entrar.

—¡Pero tú estás escuchando lo que dices! —exclamé tan cabreada que sentí las mejillas ardiendo a punto de explotar—. ¿Quién en su sano juicio iba a aceptar algo así?

—¿Lo dices por ti o por él? Te aseguro que por su parte no habrá ningún problema, quiere entrar en la Orden porque también obtendrá algo a cambio. Algo que desea mucho.

—¡Me importa una mierda lo que él quiera! —grité. Mi vocabulario iba subiendo de tono por momentos, pero ya me daba igual.

—Por favor, Patri, reconsidéralo —dijo sin alterarse—. Piensa que hay muchos tipos de matrimonios. El vuestro no tiene que ser real. Bastará con que el mundo se lo crea,

con que la Orden se lo crea. La mayoría de la gente vive así, de apariencias. Además, si no hay nadie con el que estés pensando en tener una relación seria, ¿qué más te da disimular con un marido ficticio que no te dé problemas?

Hipocresía. Algo que siempre había odiado. Pero ¿acaso no era eso lo que durante mucho tiempo pensé que había entre mis padres? ¿Y si la realidad era mucho más complicada de lo que yo jamás hubiera podido imaginar?

—¿No quieres saber quién será tu marido? —dijo Marcos captando mi

atención.

—¡Eso nunca sucederá! —respondí furiosa.

—¿Ni siquiera lo pensarás si te digo que fue Mateo quien lo eligió?

Me paré en seco. Imposible. Mi padre jamás me obligaría a aceptar algo en contra de mi voluntad… ¿O sí? Aquel pensamiento me ahogó. Sí, realmente ya lo había hecho al pedirme que le jurara en su lecho de muerte que protegería a mi madre. Él sabía lo que iba a pasar, lo que yo tendría que hacer para conseguirlo. «Siempre has sido mi niña valiente», había dicho. Una capa de sudor frío me cubrió la espalda.

—Quiero que sepas que yo no estuve de acuerdo con su elección, pero me hizo prometerle que te contaría todo esto y que te protegería. Y así lo haré, Patri —dijo con determinación—. Es lo único que puedo hacer ya para honrar su memoria y la amistad que nos unía.

—¿Por qué no querías?

—¿Qué? —preguntó sin comprenderme.

—¿Por qué no estuviste de acuerdo con el hombre que eligió mi padre?

Necesitaba aferrarme a la idea de que él se había preocupado por mí lo suficiente como para no haber escogido a cualquiera. Aunque aquel matrimonio fuera una farsa, mi vida se vería afectada, mi trabajo, todo aquello por lo que había luchado. Marcos miró hacia la ventana antes de responder.

—Porque una mujer como tú se merece tener a su lado a alguien mejor que mi hijo.

Aquella fue la estocada final. Si en algún momento había dudado sobre mi decisión, se desvaneció con la simple mención de Persi. Él era el último hombre de la Tierra con el que podría casarme. Mi mente se bloqueó y tuve la imperiosa necesidad de escapar.

—Lo siento Marcos, tengo que irme —dije devolviéndole la medalla.

Agarré mi bolso y salí huyendo hacia la salida. No podía permanecer ni un minuto más allí.

—¡Espera, Patri! —me pidió siguiendo mis pasos—. Sé que tienes que pensártelo, pero la Orden solo te ha concedido una semana para darles

una respuesta.

—Ya puedes decirles que no lo haré —respondí abriendo la puerta del despacho.

—Por favor, Patri. Recuerda. Siete días. Ese es el plazo para salvar a tu madre.

Las últimas palabras las escuché bajando a toda prisa por la escalera. Él no me siguió, y yo se lo agradecí. Tenía la cabeza a punto de estallar y el corazón bombeando como si estuviese huyendo de las garras de un asesino. Nada de lo que había ocurrido tenía sentido, pero el miedo sí era real. Miedo a que toda aquella pesadilla fuera verdad, a que mi madre estuviese en peligro. Porque, por mucho que se lo hubiera jurado a mi padre, sabía que no iba a ser capaz de encontrar el valor para poder salvarla.

CAPÍTULO 4

PATRI

El miércoles por la tarde estaba en el hospital Montepríncipe con mi madre. Sí, así de rápido habían actuado lo cabrones de la Orden de Salomón. Un coche la había atropellado al cruzar la calle y se había dado a la fuga sin testigos ni cámaras que pudiesen delatar al agresor. Aquello era una clara advertencia de lo que ocurriría si yo no aceptaba ingresar en la Orden.

Ver a mi madre inconsciente en una cama, con un brazo roto y algunas magulladuras, era suficiente para mí. Ella, la mujer más fuerte y con más vitalidad que yo había conocido nunca, podría estar muerta. Muerta. Ese pensamiento me derrumbó y fui consciente de que, a pesar de que nuestra relación nunca hubiese sido idílica, mis sentimientos eran mucho más profundo de lo que yo imaginaba. También comprendí por qué mi padre me había pedido que me sacrificara por ella. No se trataba de que él la antepusiera a mi bienestar, sino que su vida significaba para ambos más que cualquier otra cosa. Incluido un absurdo matrimonio sin pies ni cabeza.

No tardó en despertar y los médicos dijeron que no habría secuelas, pero el miedo a que desapareciese de mi vida ya había calado en mi interior. No podía permitirme perderla también a ella y sabía que eso era lo que ocurriría si no hacía nada para impedirlo.

El miedo se transformó en determinación. Todos mis esfuerzos por evitar la muerte de mi padre habían sido inútiles, pero sí estaba en mi mano salvar la de ella. ¿Casarme con un idiota y conseguir entrar en un grupo de lunáticos asesinos? De repente me parecieron nimiedades.

Sentí en mi interior una fuerza que había desaparecido, como si la Patri de antaño hubiera despertado por fin después de haber estado aletargada durante un año. No iba a permitir que le ocurriese nada malo a mi madre. Ahora sí tenía un objetivo: lograría ingresar en esa maldita Orden y la destruiría desde dentro.

Cuando Marcos vino al hospital yo ya no tenía dudas. Ni siquiera le dejé decirme lo mucho que sentía aquella situación.

—Diles que han ganado. Acepto.

Él asintió con un gesto.

—Haces lo correcto. Mateo estaría orgulloso de ti.

—Lo sé —respondí con arrogancia.

Mi padre podría descansar en paz, porque la Orden de Salomón iba a pagar por todo el daño que nos había hecho.

CAPÍTULO 5

PERSI

Mi nombre es Percival Olivares Falcón, pero todo el mundo me llama «Persi». ¿Qué puedo decir sobre mí? ¿Que soy un caballero elegante y bien parecido al que la vida ha tratado con el mimo propio del rancio abolengo y la fortuna económica de su familia?

¿Que mi mayor preocupación a lo largo del día es conseguir que mis miles de seguidoras en redes sociales sigan adorándome? ¿Qué los compromisos y las

obligaciones me dan una pereza terrible? En resumen, que he nacido para disfrutar de la vida sin complicaciones.

Suena bien, ¿verdad?

Lástima que todo sea una gran farsa.

Mi padre me dijo que quería verme un jueves de finales de noviembre y yo acudí a su presencia como un devoto sirviente. ¿Qué otra cosa podría hacer? Llevaba mucho tiempo dando vida al idiota en el que me había convertido y esa tarde no iba a ser diferente.

Me retrasé quince minutos. No hubiera sido propio de mi personaje llegar puntual a una cita con alguien que se tomaba tan en serio cada segundo de su tiempo. Al entrar en la casa sentí el mismo asco de siempre. Las columnas, los cuadros, las escaleras…

Signos de la opulencia que a mi padre le encantaba mostrar al mundo. Tan fría como el supuesto amor que sentía por su hijo. Afortunadamente, hacía ya mucho tiempo que yo no vivía allí.

Rosa me acompañó hasta su despacho como si fuera una visita más y no el hijo del amo. Porque eso se creía mi padre, el amo y señor de su mundo al que el resto de los mortales le debían pleitesía.

—¡Querido padre! —dije haciendo aspavientos—. Espero que sea interesante lo que tienes que decirme, porque he tenido que aplazar mi sesión de masaje tailandés por ti.

—Tranquilo —respondió sin levantar la vista de lo que fuera que estuviese leyendo sentado en su magnífico escritorio—. Estoy seguro de que lo que tengo que contarte compensará con creces tu pequeño sacrificio.

Interesante. Si mi padre quería hablarme de algo importante, me divertiría un poco sacándolo de quicio.

—¡Pequeño! —exclamé contrariado—. No sabes lo absolutamente indispensable que es para mí relajarme de mi exhausta vida. Me ha costado un terrible dolor de cabeza encontrar otro hueco para que Malee haga su magia. Esa chica ha nacido con un don en las manos. El otro día…

—¡Ya, ya! —me cortó tajante, cerrando el portátil—. Déjate de tonterías y escúchame.

—Vale. No te pongas así —dije levantando las manos como si intentara protegerme de su enfado—. Si quieres, luego puedo darte su teléfono. Creo que a ti también te vendría bien relajarte un poco.

—Lo que necesito es que, por una vez, te centres en algo y me escuches—respondió airado—. Siéntate.

—Soy todo oídos —dije sumiso acercándome a su mesa.

Me acomodé despreocupadamente en una de las sillas confidente que tenía para intimidar a sus visitas y, con disimulo, observé la expresión depredadora de su rostro.

Tuve claro que aquella no iba a ser una conversación trivial entre padre e hijo. Aunque, para qué negarlo, de esas no habían existido nunca entre nosotros.

—Pero, si lo que tienes que decirme es tan serio, ¿no deberías invitarme a tomar algo digno de tu reserva?

Era una forma de tantearlo. Mi padre guardaba un pequeño arsenal en su despacho. En función de la bebida que eligiese, podría prepararme para lo que vendría a continuación. Cuando le vi sacar el Macallan de 30 años, me temí lo peor. Ese *whisky* lo atesoraba para momentos muy especiales.

—Ahora sí que has captado toda mi atención —dije con un entusiasmo que no sentía.

—La ocasión lo merece —respondió acercándome uno de los vasos que había servido—. Vamos a brindar por tu próxima boda.

—¿¿Perdón??

El *whisky* casi se me cae al suelo del susto. Aquella respuesta era la última que podría haberme esperado. ¿Desde cuándo se preocupaba él por mi vida sentimental? Es más, ¿desde cuándo le importaba mi vida en general, si no era para criticarla en todo momento?

—Me has oído perfectamente —contestó sin darle mayor importancia —. Ya es hora de que te cases.

—¿Casarme? ¿Ahora vas a decirme que te mueres por tener unos nietos correteando a tu alrededor? —me burlé, repantigándome en el asiento mientras

removía la bebida de mi vaso con parsimonia. No podía dejar que supiera que me había pillado por sorpresa.

—Para eso tendrías que ser un hombre de verdad —respondió con desdén.

Apreté el cristal de mi mano con la rabia contenida que llevaba tanto tiempo ocultándole, pero mi rostro permaneció inalterable.

—Mira que estás anticuado. Eso de ser «un hombre de verdad» está tan pasado de moda… —contesté aburrido—. El macho alfa, del que tú eres un claro exponente, ya no es tendencia. Deberías dejarme que te dé algunos consejos.

—Me temo que me desagradaría escucharlos —respondió con hastío —. Pero eso ahora da igual. Me vale con que en tu DNI ponga que eres un hombre.

Mi padre era el rey de la manipulación, disfrutaba jugando con las vidas de los demás sin ningún remordimiento. Incluida la mía. Si pretendía que me casase, seguro que era para obtener algún beneficio. Iba a ser divertido hacer que, por una vez, sus planes fracasasen estrepitosamente. No había nada en el mundo que pudiese hacer que claudicase en ese tema. Me regodeé pensando que ahora sería yo quien jugase con él, aunque solo fuese durante el tiempo que durase aquella conversación.

—Así que ya tienes una candidata para ser tu nuera—respondí como si no me afectara en lo más mínimo—. Pues lo siento mucho, pero tengo una vida maravillosa.

¿Por qué iba a querer cambiarla?

—Porque podrías ayudar a alguien y, además, yo me encargaría de

que obtuvieses algo que sé que deseas desde hace tiempo. Tómatelo como un negocio que no podrás rechazar.

—Negocio. ¡Qué palabra más soez! —dije con apatía pensando en qué sería lo que tenía en mente ofrecerme—. Cualquier «negocio» de ese tipo implicaría un esfuerzo por mi parte que no estoy dispuesto a hacer.

—Tranquilo, no espero que te «sacrifiques» haciendo lo que para cualquier hombre que pueda llamarse así sería un regalo —respondió con desprecio—. Lo vuestro será solo un acuerdo. Podrás seguir con tu extravagante vida mientras seas capaz de guardar las apariencias.

—¡Un matrimonio de conveniencia! —exclamé sorprendido, ignorando deliberadamente sus constantes insultos—. Eso ya no se lleva, querido padre. Pero ¡qué diantres!, has hecho que me pique la curiosidad. Dime, ¿qué sacaría yo de todo esto?

—Bueno, por fin veo algo de lucidez en esa cabeza tuya llena de información que no sirve para nada —dijo con asombro.

—¿Qué estás dispuesto a ofrecerme a cambio de renunciar a mi envidiable vida de soltero? —pregunté dirigiendo la mirada hacia mi mano derecha, como si de repente la medida de mis uñas fuese algo mucho más interesante—. Espero que no seas tan ordinario de hablar de dinero. Ya sabes que ese tema me aburre muchísimo.

—¡Te aburre, porque nunca has tenido que mover un dedo para conseguirlo! —me escupió.

—Y eso es algo por lo que siempre estaré agradecido al abuelo, que en paz descanse

—contesté con una sonrisa radiante en mi cara.

—¡Si fuera por mí, ahora estarías mendigando por las calles en lugar de haraganear todo el día! —replicó subiendo el tono.

—Vamos, vamos, padre. No te exaltes de esa manera. A tu edad los disgustos no te sientan bien —me mofé—. Nos estamos desviando del tema que nos ocupa. Me ibas a decir qué ganaría yo con esta alianza que quieres que hagamos. «Alianza». Sí, este término me gusta más. Es exquisito y elegante, mucho más apropiada para alguien como yo. Lo de «acuerdo» suena vulgar, ¿no te parece?

Vi cómo tomaba aire antes de contestar y apretaba el vaso que tenía

en la mano. Sin duda, se estaba conteniendo para no soltarme otro de sus improperios. Eso era interesante. Significaba que todo aquel asunto le importaba de verdad. Pero ¿por qué?

Ya me estaba picando la curiosidad.

—Te daré como regalo de bodas la casa de tu abuelo —respondió clavando su mirada en mí para no perderse mi reacción.

Chasqueé la lengua haciendo ver que me había defraudado. Nada más lejos de la realidad. Aquella casa significaba mucho para mí.

—Por favor, ¿esa es tu gran apuesta? —dije con desdén—. Es cuestión de tiempo que la obtenga. Solo tengo que esperar a que te mueras y la heredaré sin problema.

—¿No crees que esas palabras se clavarían en el corazón de cualquier padre? —

respondió muy serio, como si de verdad le hubiese dolido lo que había dicho.

—Para eso el padre debería tener un corazón, y los dos sabemos que no es tu caso,

¿verdad? —me burlé sin un ápice de alegría en mi voz.

—¡Deja de comportarte como un adolescente, Persi! —explotó y yo me alegré.

Estaba consiguiendo mi objetivo de sacarle de sus casillas.

—¿Puedo preguntarte qué ganas tú con todo esto? —comenté cambiando de tema.

Si quería seguir jugando con él, necesitaba más información.

—¿Te parece poco ver que al fin sientas la cabeza? —respondió más tranquilo.

—Mi cabeza está perfectamente colocada en su sitio, padre. O por lo menos, eso es lo que dice Mauro, mi peluquero. ¿Te he dicho que adora la fuerza de mi cabello? Creo que eso es algo que también le debo a mamá —respondí comprendiendo que no iba a conseguir una respuesta directa si no le presionaba un poco más—. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué de repente quieres que me case? ¿Le debes dinero a alguien y vas a

«entregarme» para compensar el pago? Imagino que debe de ser una suma muy elevada para estar a la altura de mi valía.

—¿De tu valía? —respondió con sarcasmo—. Por favor, Persi, no me hagas reír.

¿Qué mujer en su sano juicio iba a querer cargar con alguien como tú si no te necesitase para conseguir algo?

—¡Ah! —exclamé haciéndome el sorprendido—. O sea, que ella también conseguirá algo a cambio. ¿Qué será? ¿Mi dinero, mi fama, mi rancio abolengo? Me muero por saber cuál de todas mis cualidades le interesa.

—El único motivo por el que le sirves es porque llevas el apellido de la familia de tu madre —dijo ya sin burla—. Al casarse contigo tendrá una oportunidad para entrar en la Orden de Salomón.

Aquella frase impactó en mi mente como si acabase de atravesarla una bala.

Certera, fría y demoledora. Sentí pánico de no poder contener el estruendo de los latidos de mi corazón, pero nada me había preparado para escuchar ese nombre en boca de mi padre. ¿Cómo era posible que él los conociera? ¿Sería uno de ellos? ¿Tendría por fin a mi alcance la pista definitiva que durante tanto tiempo había buscado?

La conversación acababa de entrar en un terreno muy peligroso y yo no podía fallar. Cualquier error por mi parte supondría echar por tierra el trabajo de muchos años, aquello por lo que había sacrificado mi vida. Si no me controlaba, él podría notar mi excitación y, sin duda, sospecharía. Mi padre podía ser muchas cosas, pero tenía que reconocer que una de sus escasas cualidades era leer el lenguaje no verbal de quien tenía enfrente. Y, ahora, era yo quien recibía su mirada escrutadora de ave rapaz.

Con un movimiento lento bebí un trago de *whisky*. Tenía la esperanza de que aquel gesto mostrase mi absoluta indiferencia por lo que acababa de decir. El calor del fluido me recorrió por dentro quemándome las entrañas, pero también me dio la entereza que necesitaba para enfrentar la mirada de mi padre.

—¿La Orden de Salomón? —pregunté con el tono más aburrido que conseguí forzar—. ¿Qué diantres es eso? Te aseguro que conozco todos los garitos de moda y ese no está en mi lista de imprescindibles. Pero me gusta el nombre. Suena tremendamente épico, aunque quizá

demasiado ochentero para lo que se lleva ahora. ¿Tiene terraza?

—¡Deja de decir estupideces, Persi! Esto es muy serio —exclamó enfadado y yo sentí que había superado la primera prueba.

—Bueno, bueno, no te pongas así —me disculpé gesticulando con las manos de manera excesiva—. Si no es un local de moda donde quiere entrar esa mujer, no se me ocurre cómo puedo serle útil yo. Pero, en fin, explícame qué es eso de la «Orden de Salomón», a ver si consigo entenderlo.

—De momento, lo único que tienes que saber es que es una sociedad secreta que…

—¡Una sociedad secreta! —le corté eufórico—. ¡Eso es muchísimo mejor que cualquier club de alto postín que yo conozca! ¡Siempre me han entusiasmado esos grupos de pirados! ¿Y tú eres uno de ellos? ¡No puedo creérmelo! ¿Lleváis máscaras y hacéis rituales paganos o sois más de conspiraciones antisistema? Espero que no sea una logia masónica, eso ya está muy pasado de moda incluso para ti, padre. ¡Por favor, tienes que contármelo todo con detalle!

—No se te ocurra volver a interrumpirme. ¿Está claro? —dijo tajante con su particular tono amenazador que yo tan bien conocía de mi infancia.

—Clarísimo como el rocío de la aurora —respondí sumisamente cerrando mis labios con una cremallera imaginaria.

—Lo que voy a contarte es muy serio —continuó, y yo esperé sus siguientes palabras sin atreverme a respirar—. La Orden de Salomón es muy poderosa. La mujer que se casará contigo quiere entrar en ella, y tú puedes ayudarla a conseguirlo. Hasta ahora solo se permitía el acceso a miembros masculinos, pero esa regla se ha modificado.

—¡Qué modernos!

Mi padre me fulminó con la mirada.

—Me callo… —murmuré como un niño amonestado—. Pero dime, si ya puede entrar, ¿para qué me necesita?

—Porque solo las mujeres que estén casadas con un hombre de la Orden pueden hacerlo.

—Y entonces ¿qué pinto yo en todo esto? Hasta hace un momento ni

siquiera sabía que existían —mentí.

—Tú eres su única opción —dijo con pesar—. La Orden solo admite entre sus filas a aquellos cuyo linaje familiar provenga de una estirpe de antigua nobleza.

—Mamá… —susurré, intentando comprender lo que ese nuevo dato significaba.

—Efectivamente —asintió como si le costase un mundo reconocerlo—. El apellido de tu madre te permitirá acceder a las pruebas de iniciación de la Orden. Después de vuestro matrimonio tendréis que superarlas juntos. Solo así ella podrá ser admitida.

Necesitaba asimilar toda aquella información, pero no había tiempo. Primero tenía que averiguar qué rol jugaba mi padre en esa trama. Por lo que me había dicho, descartaba la posibilidad de que él fuera miembro de la Orden. Hasta donde yo sabía, sus antepasados habían sido personas corrientes. Fue él el primero que despuntó con su habilidad para hacer negocios y su desmedida ambición sin escrúpulos.

—¿Y por qué estás tú metido en todo este lío? —pregunté extrañado —. Doy por hecho que no puedes ser miembro de la Orden, salvo que ahora me sorprendas diciendo que tus antepasados se remontan a algún honorable caballero de la Reconquista. Aunque, qué quieres que te diga, me cuadraría más que descendieses de un corsario dispuesto a dejarse la piel por un buen botín.

Mi padre apretó las mandíbulas con fuerza y, pensé que me iba a fulminar con algún rayo láser procedente de sus ojos. Falsa alarma. Por suerte para mí, él no tenía superpoderes, pero sí bastante capacidad para sobrellevar el golpe a su ego que le había asestado.

—Yo no pertenezco a la Orden —respondió al fin—. Solo soy un intermediario y, aunque no puedas creértelo, hago todo esto por una buena causa que no es de tu incumbencia.

«Buena causa» y «mi padre» en un mismo pensamiento formaban un oxímoron perfecto, pero no era el momento de ponerme a discutir ese tema. Había algo mucho más importante que empezaba a preocuparme.

Llevaba años intentando averiguar quién estaba detrás de la Orden de Salomón, un grupo de asesinos que se valían del anonimato y del poder para salir impunes de sus crímenes. Mi padre decía que

trabajaba para ellos, pero ¿sabría realmente lo que hacían?

Con el desprecio que yo le merecía por mi forma de ser débil y superficial, ¿cómo iba a creer que podría formar parte de una organización así? No, él no podía saber a qué se dedicaban, pero la arpía que quería casarse conmigo seguro que sí lo sabía.

«Matrimonio». Aquella palabra comenzó a darme vueltas en la cabeza y el estómago se me encogió como si un puño de hierro estuviera intentando pulverizarlo. Me costó asimilar que ese camino era la única opción que tenía si quería destruirlos desde dentro.

Una oportunidad de oro que no podía desperdiciar.

—¡Que me aspen si, Percival Olivares Falcón, no defiende una buena causa y acude solícito al rescate de una dama! —respondí con una de mis mejores imitaciones del hidalgo manchego—. Sea pues. Acepto el matrimonio que me propones, pero creo que además de la casa del abuelo deberías regalarme el yate que ibas a estrenar este verano en Marbella. Tú mejor que nadie sabes que el matrimonio puede estresar mucho, y seguro que voy a necesitar unas buenas vacaciones disfrutando del cálido sol del Mediterráneo, ¿no te parece?

—Es tuyo si la boda se celebra el 21 de enero —respondió mi padre sin titubear.

—¿Tan pronto? ¿Por qué tanta prisa? No sé si voy a ser capaz de asimilar el óbito de mi soltería en menos de dos meses…, pero ¿qué le voy a hacer? Sea pues —comenté con resignación—. Nadie podrá decir que no soy fiel a mi palabra. Me casaré y luego haré esas pruebas de iniciación que dices. Lo único que me preocupa un poco es en qué consisten. ¿Se requiere alguna indumentaria especial? Dímelo con tiempo porque mi sastre ya está hasta arriba con los encargos que le he hecho para el próximo trimestre y,

si encima tengo que añadir el traje de la boda, le va a dar un síncope cuando se lo diga.

Y, hablando de síncopes, ¿crees que tendré que realizar algún esfuerzo físico en las pruebas? Ya sabes que, salvo jugar al pádel, hacer esgrima o montar a caballo, cualquier otra actividad que me haga sudar me horroriza. Mi piel se enrojece demasiado con los excesos.

—¡Para ya de decir estupideces, vas a hacer que me estalle la cabeza! —exclamó desesperado llevándose una mano a la frente.

—Lo siento, padre —respondí compungido esperando que no notase mi satisfacción al verlo así—. Solo quería estar seguro de cumplir con todas tus expectativas.

—Hace tiempo que dejé de tener expectativas contigo —respondió en voz baja.

—Entonces me quedo mucho más tranquilo —comenté como si me hubiese quitado un peso de encima—. Sin expectativas, no existe la posibilidad de fracaso.

—Hay algo más —continuó mi padre—. La Orden exige que viváis en la casa de tu abuelo.

—¿Y a ellos qué les importa eso? —pregunté arqueando las cejas—. ¿Acaso van a poner cámaras para asegurarse de que nuestro matrimonio es real? No es algo que me importe mucho, de hecho, creo que puede ser estimulante la sensación de protagonizar un *reality show*, pero necesito saberlo para estar a la altura. Ya sabes que tengo una imagen que mantener.

—Solo sé que es un requisito que debéis cumplir. No me han dicho el porqué, ni tampoco lo he preguntado —respondió ignorando mis comentarios.

—Por mi parte no será un problema —dije apurando el vaso de *whisky* mientras me levantaba de la silla—. Y, si ya hemos terminado, me voy. Dentro de una hora tengo que grabar un video y debo relajarme para estar absolutamente deslumbrante.

Di por finalizada aquella conversación. Él había conseguido lo que quería, y yo también. Ahora necesitaba pensar con calma en toda la información que había obtenido y preparar mis próximos pasos.

—Siempre es un placer hablar contigo, querido padre —me despedí dirigiéndome hacia la puerta—. Avísame de la hora de la ceremonia, y allí estaré. Eso sí, espero que

no escatimes ni un céntimo. ¡Quiero la boda más sublime del siglo! Yo bastante tengo con elegir el *outfit* perfecto para la ocasión. Será elegante, sofisticado…

—Persi…, ¿no crees que se te olvida algo importante? —me cortó empleado un tono grave que me dio escalofríos—. ¿No quieres saber con quién te casarás?

—¿Acaso importa? —respondí indiferente girándome hacia él, pero manteniendo mi mano en el pomo de la puerta a modo de salvavidas. Me daba absolutamente igual quién fuera esa bruja. Por muy despiadada que resultase ser, caería con el resto de los criminales una vez desarticulada la Orden.

Pero al ver la expresión su rostro, comprendí que aquella conversación todavía no había terminado. Algo le seguía preocupando.

—No, la verdad es que no —me contestó despacio—, pero necesito asegurarme de que no te echarás atrás cuando sepas quién va a ser tu mujer.

—¿Lo dices porque es fea, gorda o mayor que yo? —pregunté imaginando que cualquiera de esos motivos podría haber sido un condicionante importante para él—. Si tal y como me has asegurado esto solo va a ser una farsa de matrimonio, ¿qué importancia tiene cómo sea mi futura esposa?

—No se trata de eso…

—Entonces, ¿qué problema tiene? —pregunté intrigado. Mi padre se estaba comportando de una manera extraña y eso era algo que no me gustaba.

—Ella no tiene ningún problema, pero me preocupa que tú sí lo tengas cuando sepas quién es.

—¿Acaso la conozco? —pregunté con más inquietud de la que me hubiese gustado reflejar.

—Sí. La conoces demasiado bien… Es una mujer guapa, inteligente y en la flor de la vida que, aunque no te soporta, haría cualquier cosa por entrar en la Orden. Incluso casarse contigo.

Creo que mi alma supo de quién estaba hablando, antes de que mi padre pronunciase su nombre.

—Patri. Vas a casarte con Patri —sentenció.

«Patri». Primero pensé que tenía que haberle oído mal. Era imposible que ella estuviese detrás de todo aquello. «Patri», repetí en silencio varias veces. Al comprender lo que significaba, poco a poco la rabia se apoderó de mi hasta el punto de temer que no iba a ser capaz de contenerla. Sentí un fuego destructor que me devoraba por dentro y tuve pánico de que la coraza que me había costado tanto crear se

resquebrajarse ante aquella noticia. ¡¿Por qué tenía que ser ella precisamente la que quisiese ingresar en esa maldita Orden?! Deseé poder desahogarme a puñetazos contra la puerta, contra cualquier cosa que hubiese en aquella odiosa habitación, pero, sobre todo, contra aquel hombre que una vez más era capaz de causarme un dolor insoportable.

Pero no podía hacerlo. Como siempre, tenía que tragarme mi furia para no darle ninguna muestra de lo que de verdad sentía. Había demasiado en juego. Mucho más de lo que yo había imaginado hasta ese momento.

Tuve que hacer un esfuerzo titánico para calmarme, para dejar que la ira que corroía cada célula de mi cuerpo y de mi mente permaneciera oculta a sus ojos.

—Espero que no sea un problema para ti —insistió al ver que yo no hablaba.

—¿Por qué iba a serlo? —respondí haciéndome el sorprendido mientras intentaba esconder la mano que se aferraba al pomo de la puerta como si pudiese volatilizarlo—.

¡Ya me habías asustado! De hecho, me parece una noticia excelente que sea Patri la que interprete conmigo el papel de pareja feliz. ¿Sabías que es una magnífica actriz? Ya lo estoy saboreando. Amor y odio, los mejores ingredientes para una buena tragicomedia.

¡Qué espectacular obra de teatro vamos a representar! Sin duda, con ella todo será mucho más divertido, ¿no te parece?

—«Divertido» no es la expresión que yo utilizaría, pero me alegra saber que lo aceptas así.

—Padre, deberías aprender de mí. La vida hay que tomársela como un mero entretenimiento del que disfrutar con entusiasmo. Preocuparse es de pobres —exclamé como si me importase un bledo toda aquella situación—. Y una vez aclarado este último detalle, con tu permiso, te dejo para que puedas empezar a preparar mi boda. Tienes poco tiempo y no puedes desperdiciar ni un segundo. De hecho, creo que te vendría bien contratar los servicios de alguna *wedding planner*. ¡Qué digo alguna! ¡Debería ser la mejor, la de mayor fama, la más cara! A fin de cuentas, tu inigualable vástago no se casa todos los días, ¿verdad?

Mi padre no contestó y yo aproveché para escapar de allí como si

todos los demonios del infierno me persiguieran burlándose de mí. Con gusto les hubiese entregado el alma a cambio de la oportunidad que acababan de darme para destruir a la Orden de Salomón, pero el precio exigido era superior. Reclamaban un sacrificio más cruel, más devastador, la aniquilación definitiva de la esperanza que en secreto albergaba mi corazón.

CAPÍTULO 6

PERSI

«¿Serás capaz de hacerlo sin echar todo a perder?». Esa era la pregunta que me repetía una y otra vez mientras conducía camino de la casa de mi madre y de su marido, Arturo.

Llevaba cinco años mostrando al mundo una máscara perfectamente diseñada, protegiéndome para no levantar sospechas en aquellos a los que quería descubrir.

¿Quién podría suponer que detrás del idiota engreído y pusilánime de Persi se ocultaba un hombre con la férrea determinación de hacer justicia? Un hombre que había renunciado a su vida para salvar la de otros. ¿Cuántas veces había tenido que tragarme el desprecio y las risas despectivas de los que me creían un imbécil rico, sin sesera, sin mayor preocupación que vestir a la última moda o ser el rey de las redes sociales? Todo habría merecido la pena si con ello conseguía averiguar la verdad y destruir a los asesinos que habían acabado con la vida de tantos inocentes. Pero, sobre todo, si lograba evitar que volviese a suceder.

Hacía tiempo que había renunciado a ser yo mismo, a tener una vida normal como los demás, a casarme, a tener hijos. Eso no era para mí. Lo había aceptado y actuaba en consecuencia sin permitir que me afectase. Pero ahora, cuando al fin estaba más cerca que nunca de conseguir mi objetivo, el suelo bajo mis pies se iba a convertir en arenas movedizas. Porque así sería mi vida con Patri. Desde fuera todos verían una relación de pareja normal, pero yo sabía que el menor movimiento en falso por mi parte acabaría hundiéndome sin remedio. Casarme con cualquier otra mujer no me habría preocupado, tan solo hubiera tenido que seguir fingiendo un poco más. Sin embargo, hacerlo con Patri supondría un gran riesgo. ¡Maldita fuera! ¿Por qué tenía que ser ella?

La rabia volvió a recorrer mis venas y el sabor amargo de la realidad me produjo

náuseas. ¿Cómo era posible que ella quisiera formar parte de la Orden de Salomón?

¿Tanto había cambiado? ¿Tan fría, calculadora y despiadada se había vuelto?

Tenía que quitarme esos pensamientos de la cabeza si quería disimular delante de mi madre. Iba a ser difícil, porque ella era capaz de leer en mí como en un libro abierto y sabía mejor que nadie lo que Patri había significado en mi vida.

Odié tener que fingir también con ellos. Arturo y mi madre conocían al verdadero Persi, no al fantoche en el que me había convertido. Y, sobre todo, conocían los motivos por los que lo había hecho y estaban más que dispuestos a ayudarme. Debía informarles de la decisión que había tomado, pero no podía dejar que me vieran en ese estado. Lo que iba a contarles significaba mucho para nosotros, y era absurdo preocuparles con mis conflictos personales. Sin ese matrimonio nunca podría acceder a la Orden, y eso era lo único que importaba.

Aparqué el coche delante de la verja de entrada del chalé que Arturo había diseñado para mi madre. Vivían en una urbanización de Boadilla, en Las Lomas. Una zona tranquila y refinada en la que los vecinos podían disfrutar de intimidad sin sentirse aislados.

Arturo era arquitecto, especialista en la reconstrucción de edificios antiguos, uno de los más afamados de su generación. A lo largo de su vida había viajado por todo el mundo para aprender de otras culturas. En una ocasión, en la que regresaba de la India, había coincidido con mi madre en el avión. Ella venía de pasar allí una temporada haciendo un retiro espiritual. Un vuelo de doce horas en el que cupido se había cebado con ellos. Reconozco que al principio tuve mis dudas sobre aquella relación. No podía haber dos personas más diferentes, y mi madre ya había sufrido demasiado. Pero me equivoqué. Arturo era serio y estirado, pero adoraba el suelo por el que ella pisaba y la comprendía como nadie. Bastaba con admirar el perfecto hogar que había creado para darse cuenta de lo mucho que la quería. Tanto como ella lo amaba a él.

Sorprendentemente, todavía quedaban parejas así. A veces, los envidiaba.

Tan concentrado había estado en mis pensamientos, que se me había olvidado avisarlos de que iba a verlos. Por suerte, a esas horas solían estar en casa. No tuve que llamar al timbre de la verja. Tenía las llaves que ellos mismos me dieron para recordarme que ese siempre sería mi hogar, el lugar al que podría acudir cuando lo necesitara. Sí, cuando se ponían en plan melodramático, eran peor que yo en modo

«Percival».

Aprovechando los últimos y escasos rayos de luz de la tarde, recorrí despacio el camino que llevaba hasta el edificio principal. Mi madre amaba la naturaleza y la parcela estaba llena de árboles y plantas de todo tipo. Siempre me había recordado a un pequeño paraíso salvaje. El olor a tierra mojada se coló en mis fosas nasales y lo disfruté. Allí se respiraba paz, armonía, amor, el reflejo de lo que ellos habían creado.

Ojalá me hubiera criado en ese entorno y no en el palacio de hielo en el que todavía vivía mi padre.

Llegué a la puerta principal de la preciosa casa de piedra blanca que parecía sacada de un cuento de hadas y entré. Enseguida apareció mi madre saliendo de la cocina y su sonrisa angelical me devolvió el ánimo.

—¡Cariño! ¡Qué alegría verte! —dijo abrazándome como solo ella sabía hacerlo, con esa ternura que caldeaba el alma y tranquilizaba el espíritu.

Mi madre era especial. Y no lo digo porque fuera mi madre, sino, porque de verdad, era «especial». Bastaba con verla para saberlo. Su larga melena color platino que siempre llevaba suelta, y los vestidos blancos propios de épocas pasadas, la hacían parecerse más a un ángel o a una ninfa, que a una señora de su edad típica de este tiempo. Irradiaba luz. Sus movimientos eran delicados, casi etéreos, y reflejaban la gran sensibilidad que tenía para percibir el mundo. Un mundo que se extendía más allá del que los demás podían apreciar. Mi madre guardaba muchos secretos que poca gente conocía.

—¿Te quedas a cenar? —dijo mirándome con dulzura.

—No, pero tengo que contaros algo —contesté más serio de lo que pretendía—.

¿Está Arturo?

—Sí, en su despacho —respondió un poco extrañada—. Acabo de avisarle para que me ayude en la cocina.

En ese momento el aludido bajaba por las escaleras. El contraste entre ambos era sorprendente. A pesar de su edad, Arturo seguía siendo un hombre corpulento, de facciones marcadas y estilo clásico. «Tierra y aire». Creo que esa sería una buena descripción de lo distintos que eran.

—Persi —dijo afable mi padrastro al verme—. Espero que hayas

venido a cenar para dejarme que luego me tome la revancha de la paliza que me diste ayer. Tuviste suerte, pero hoy vas a saber quién es el rey del tablero.

Arturo y yo jugábamos a menudo al ajedrez. Aquellos ratos eran para mí un tesoro.

Me sentía libre sin tener que simular la estupidez fingida que me ahogaba durante el resto del día.

—Mejor lo dejamos para otro momento —respondí serio—. Hoy he venido porque tengo que contaros algo importante.

Sus miradas se cruzaron en silencio y yo admiré la capacidad que tenían de comunicarse sin palabras.

—Vamos al salón, hijo —dijo mi madre preocupada—. Por lo menos, ¿quieres que te traiga algo de beber?

—No me apetece nada, gracias —Mi estómago había hecho voto de clausura desde que salí del despacho de mi padre y no me atrevía a importunarle sin que se rebelase—.

Prefiero que hablemos.

El salón-comedor siempre me había parecido muy acogedor. Emanaba de él una atmósfera de armonía y sosiego que calmaba el espíritu. Los tonos claros y los adornos en madera relajaban la vista, y los cómodos sofás alrededor de la chimenea encendida creaban un ambiente muy hogareño. Según mi madre, la gran amatista que había en un extremo eliminaba las energías negativas y propiciaba la cordialidad. Probablemente fuera cierto, porque era un hecho comprobado que aquel espacio invitaba a mantener placenteras charlas familiares. Por desgracia, aquella no iba a ser una de ellas.

—Mi padre quería verme esta tarde en su casa —expliqué cuando estuvimos acomodados—. Vengo directamente de allí.

No me interrumpieron, pero vi que Arturo arqueaba una ceja de forma interrogante. Yo no tenía muy claro por dónde empezar.

—Él conoce la existencia de la Orden de Salomón. De hecho, me ha dicho que trabaja para ellos como una especie de intermediario. Me ha ofrecido un acuerdo para que yo ingrese en ella —resumí a bocajarro. No tenía sentido andarme con rodeos.

Por sus caras comprendí que la bomba que acababa de lanzarles les había afectado tanto como a mí.

—Me ha explicado que los miembros de la Orden tienen que ser descendientes de algún linaje de nobles —continué aprovechando su silencio—. Por eso yo cumplo con sus requisitos. Gracias a tu familia, mamá, soy un buen candidato para ellos.

—¿Marcos está metido en todo este asunto? —preguntó Arturo con el ceño fruncido intentando asimilar la nueva información—. Y, ¿por qué quiere que «tú» entres en la Orden?

—¡No puedes aceptar, es muy peligroso! —exclamó mi madre preocupada—. Una cosa es averiguar lo que están haciendo y otra muy distinta meterte en la boca del lobo.

¿Qué pasará si te descubren?

—No lo harán, mamá —respondí para tranquilizarla—. Llevo muchos años fingiendo y hasta ahora no creo que sospechen nada.

Conociendo su rápida y mortífera forma de actuar cuando detectaban alguna amenaza, hacía tiempo que yo ya hubiera estado disfrutando de un alojamiento en el cementerio si hubiesen intuido algo.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Arturo muy serio—. No podemos fiarnos de esa panda de víboras.

—Lo sé —respondí convencido—, pero una oportunidad como esta tampoco podemos desaprovecharla. Hasta el momento todos nuestros esfuerzos han resultado inútiles.

Los dos sabían que tenía razón, pero el riesgo también era evidente.

—Dices que Marcos te ha ofrecido un acuerdo —preguntó Arturo—. ¿De qué tipo?

—Me dará la casa de mi abuelo —respondí mirando a mi madre. Lo del yate era irrelevante.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó ella llevándose las manos al corazón por el impacto de la noticia.

—Y no solo eso. La Orden ha exigido que viva en ella.

—¿Por qué? —preguntó Arturo cada vez más extrañado.

—Mi padre no lo sabía.

—En cualquier caso, debe de ser importante para Marcos que accedas a la Orden si te ha propuesto darte la casa de tu abuelo a cambio —comentó Arturo.

Eso mismo pensaba yo. Aquella casa había pertenecido a mi abuelo materno, que la había adquirido como residencia de campo para disfrutar del entorno natural que la rodeaba. Muchos años después, su debilidad por el juego hizo que la perdiera en una timba de cartas que ganó mi padre. El asunto no tuvo mayor trascendencia, porque al poco tiempo se casó con mi madre. Lo extraño fue que, durante las negociaciones del divorcio, mi padre se negó en rotundo a desprenderse de ella. Se convirtió en su reducto privado en el que ni siquiera su hijo tenía permitida la entrada. Ni mi madre ni yo habíamos vuelto a pisar aquella casa. El hecho de que ahora pasase a mis manos le permitiría regresar a ese lugar que para ella siempre había sido especial. Esa era una de las pocas cosas buenas del lío en el que me iba a meter.

Arturo interrumpió mis pensamientos.

—O no le ha quedado más remedio si la Orden ha puesto como requisito que vivas allí. ¿Te ha explicado Marcos por qué quieren que te unas a ellos?

—No es la Orden quien quiere que lo haga, sino una mujer que me necesita para ingresar también —respondí comprendiendo que había llegado a la parte más difícil de mi exposición.

—Pero ¿hay mujeres que quieran cometer semejantes atrocidades? —preguntó mi madre sorprendida.

—No seas ingenua, mamá —repliqué con disgusto—. Las de tu sexo son capaces de hacer las mismas cosas que cualquier hombre, buenas o malas. Y esta ya ha elegido un bando.

—Lo que no entiendo es por qué te necesita —preguntó Arturo intentando montar el rompecabezas.

—Hasta ahora no admitían mujeres entre sus filas, pero eso ha cambiado con ciertos condicionantes. La Orden impone un requisito. Solo pueden acceder las que estén casadas con un miembro o, como en este caso, las que lo estén con uno que pase las pruebas de iniciación con ellas.

—Espera, espera…—balbuceó mi madre—. ¿Nos estás diciendo que…?

—Sí, mamá —confirmé su deducción—. Para entrar en la Orden voy a tener que casarme.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Díselo tú, Arturo! —exclamó. Pocas veces la había visto tan alterada—. ¡Cómo vas a hacer algo así!

—No tienes que preocuparte, mamá. Será solo un matrimonio ficticio en el que fingiremos ser buenos esposos cuando haya gente delante. No habrá ninguna implicación personal —respondí intentando convencerme a mí mismo—. Piénsalo. Un trámite sin importancia me permitirá desenmascararlos por fin.

Arturo me miraba fijamente analizando la situación. Sabía que yo había tomado mi decisión y que no me echaría atrás.

—Tiene sentido —dijo Arturo—, pero es muy arriesgado.

—¡¿Sentido?! —protestó mi madre al verse sola en aquella discusión —. El matrimonio es algo más que firmar un papel. ¡No tenéis ni idea de las implicaciones que tiene a nivel espiritual! Es un juramento que liga a dos personas y tiene consecuencias.

¡No puedes aceptarlo!

—Voy a hacerlo, mamá —afirmé con rotundidad.

—¡Pero si ni siquiera la conoces! —insistió desesperada—. ¡Cómo vas a compartir tu vida con ella!

Tuve ganas de echarme a reír por la rabia, y no pude evitar que una sonrisa irónica cambiara mi expresión.

—Pero eso es lo más divertido, mamá. Sí la conozco —respondí ocultando mi dolor tras el tono almibarado de «Percival»—. De hecho, la conozco muy bien. ¡Qué digo bien!

Extraordinariamente bien, por eso sé que no será ningún problema. La mujer que se va a casar conmigo no es otra que nuestra «queridísima» Patri.

—¿¿Patri?? —preguntaron los dos a la vez con los ojos de par en par por la sorpresa.

—La misma. ¿Qué os parece la noticia? —dije repantigándome en el sofá como si la situación fuese de lo más cómica.

Pero mi madre no respondió. Permaneció en silencio sin creerse lo que acababa de decirles. O, por lo menos, eso intuí yo. Los pensamientos que surcaban su cabeza solían ser diferentes a los del resto del mundo.

—Es muy raro. ¿Por qué iba esa muchacha a querer relacionarse con ellos? —

comentó Arturo sin dejar de fruncir el ceño.

—¿Por un ascenso meteórico en su carrera política? —respondí intentado no mostrar la aversión que sentía—. Es hija de Julia, ¿de qué te sorprendes?

—Lo siento, pero no me cuadra —insistió Arturo—. Conozco bien a Patri, he visto el interés que pone en su trabajo, pero nunca ha demostrado que tenga intenciones políticas más allá de las actuales. Es una mujer impetuosa, pero sencilla. No creo que debas compararla con su madre.

—Pues está claro que esa imagen es tan falsa como la mía. En cuanto ha tenido la oportunidad de sacar los colmillos, lo ha hecho. Dime, ¿por qué si no iba a estar dispuesta a casarse conmigo cuando todo el mundo sabe que no me soporta? —dije tragándome la rabia que eso me producía.

—¿Has hablado con ella? —intervino mi madre—. ¿Le has preguntado por qué lo hace? Quizá haya otro motivo que desconocemos.

—¿Y qué pretendes que le diga? «Hola, Patri. ¿Podrías indicarme por qué quieres unirte a unos asesinos?» —dije alzando la voz más de lo que debería—. Mi padre lo ha dejado bien claro. Ella hará cualquier cosa para entrar en la Orden, incluso casarse conmigo. Yo también lo haré para destruirla.

Ambos me miraron en silencio. Sabían que mi decisión era firme.

—Yo tampoco me creo que Patri sea así —dijo Arturo tomando la mano de mi madre entre las suyas—. Quizá podamos averiguar la verdad antes de la boda. Estoy seguro de que entre todos hallaremos una solución.

Mi madre asintió con la cabeza, pero todavía había algo que le preocupaba. Yo sabía y temía lo que era.

—Cariño —dijo al fin—, ¿estás seguro de que vas a ser capaz de manejar una relación de pareja con Patri?

—Por supuesto —afirmé con seguridad para no dar muestras de mi debilidad—. En el fondo, siento pena por ella. Pienso fingir tanto que acabará replanteándose si tener un marido como yo le compensará. Por mucho que ellos le ofrezcan, no podrá aguantar a

«Percival» en todo su esplendor. Si ahora no me soporta, acabará odiándome. Será cuestión de tiempo que ella misma cancele la boda o que pida el divorcio. Luego

convenceré a la Orden para que me acepten a mí solo. Soy un candidato perfecto, ya no quedan tantas familias con un linaje tan ilustre y antiguo con el nuestro.

—Te cuidado, hijo —dijo mi madre con pesar—. Vas a jugar con fuego, y no me gustaría comprobar que eres tú quien se quema.

—Pero mamá —respondí relajado, intentando dar a mi voz un tono de humor que no sentía—, ¿de qué forma podría afectarme simular que soy el amante y devoto esposo de Patri?

—No hace falta que yo te lo diga, cariño. Lo sabes bien.

Y, como siempre, mi madre tenía razón. Porque nadie mejor que yo sabía el riesgo real que iba a afrontar. Poder actuar como si realmente estuviese enamorado de Patri supondría para mí la misma dicha que la del sediento que recibe agua en el desierto, o la del preso que por fin es liberado tras permanecer encerrado en una oscura mazmorra.

Dejarme llevar por mis sentimientos reales, en lugar de condenarlos para evitar el sufrimiento que yo mismo me había impuesto tiempo atrás, era una tentación demasiado peligrosa. ¿Tendría la fuerza de voluntad necesaria para permanecer firme a mi propósito? ¿Cómo iba a poder recrear y sabotear a la vez aquello que mi cuerpo y mi alma más deseaban? Y lo más importante, ¿conseguiría salir indemne cuando todo acabase o, por el contrario, sucumbiría ante las llamas de Patri, tal y como mi madre había dicho?

CAPÍTULO 7

PERSI

Me quité los guantes de boxeo con la misma furia con la que me los había puesto dos horas antes. Apreté las mandíbulas con rabia y a tirones fui desenrollando las vendas que protegían mis manos como si ellas tuviesen la culpa de lo que me sucedía. Mi sesión matutina de ejercicio físico no había conseguido aplacar el fuego que me quemaba por dentro, y ya llevaba cinco días así. ¿Qué más podía hacer? Si ni siquiera eso funcionaba, ¿de qué otra forma podría mantener bajo control al Persi que a diario se rebelaba contra el hombre en el que me había convertido?

Estaba exhausto por el sobreesfuerzo, pero la cólera que me carcomía seguía invicta. Llevado por la ira, cerré el puño con fuerza y volví a golpear al saco profiriendo un rugido de impotencia. Sentí el dolor de mis nudillos desnudos como un dardo tranquilizador que apenas consiguió apaciguarme. Ojalá hubiese podido descargar en ellos la irritación que me ahogaba, pero justificar esas heridas en las manos de un timorato como yo, solo me habría causado más quebraderos de cabeza. Además, aquel día iba a necesitar de toda mi fortaleza para hacer lo que tenía planeado y no podía permitirme ningún fallo ni distracción. Quizá, una buena ducha de agua fría sería un remedio mejor para templar mi humor.

Apagué la luz y salí de aquel cuarto que permanecía oculto a ojos ajenos gracias a una puerta disimulada en la pared. Esa había sido la razón por la que me había decidido a alquilar el chalé en el que vivía. Nadie podía saber que esa casa llena de obras de arte, de diseño ultramoderno y precio desorbitado, acorde con mi personaje, escondía en el sótano una habitación que para mí era como un sanctasanctórum. Un recinto sagrado en el que daba rienda suelta a mis demonios y me ayudaba a recordar quién era yo en realidad.

Después de la ducha, bajé a la cocina y me preparé el desayuno. Todavía era temprano, pero la luz que entraba por los enormes ventanales ya hacía intuir que ese sería un bonito día soleado de invierno. «Algo positivo», pensé para quitarme el mal sabor de boca que me había dejado la sesión en el gimnasio. Sentado en una de las sillas altas que había en un lateral de la isla de la cocina, tomé el primer sorbo de café mientras sacaba el móvil para leer las noticias. Todas las mañanas las revisaba, pero no las de política, deportes o economía, sino las de sucesos.

Fue entonces cuando lo vi. «Anticuario muere asesinado durante un robo perpetrado en su casa», rezaba el título de la noticia que venía acompañada por una foto de la víctima. Sentí que la bilis me llegaba a la garganta y no pude evitar dar un golpe que a punto estuvo de tirar la taza al suelo. De nuevo, la rabia, la frustración, el amargo sabor de saber que una vez más había llegado tarde para evitar un crimen como aquel.

Porque yo conocía a ese hombre. Se llamaba Ernesto Maldonado y hacía menos de dos semanas que lo había visto por última vez en un evento del sector de las antigüedades. Era un buen tipo, pero mis investigaciones me habían llevado a pensar que podía tener información útil para mí. Aquel día se le veía nervioso y, cuando se escabulló a una zona apartada para hablar con el móvil, le seguí disimuladamente. No pude escuchar bien lo que decía, pero sus gestos eran los de un hombre angustiado que, con decisión, se negaba a lo que quisiera que su interlocutor le estuviese proponiendo.

Cuando terminó de hablar, forcé un encuentro casual en el que le recordé que estaba dispuesto a pagar una gran suma de dinero si me conseguía alguna pieza «especial».

—Persi, me caes bien —dijo con la actitud paternalista de un anciano que parecía derrotado—, por eso te voy a dar un consejo. Olvídate de lo que estás buscando. Este negocio puede ser muy peligroso si te juntas con la gente equivocada. Mantente alejado de ellos.

Aquella fue la última vez que lo vi. Ahora estaba muerto.

Me levanté de la silla intentando apartar de mi cabeza los remordimientos. Bebí el café que quedaba en la taza y recogí el resto del desayuno sin haberlo probado. Me sentía incapaz de tragar nada. El peso de la culpa me aplastaba el estómago como una losa, la de todos los que habían muerto antes que Ernesto y que seguirían haciéndolo si yo no conseguía pararlo. No podía volver a fallar. Por fin tenía un medio real para acercarme a la Orden, pero para eso debía concentrarme en mi actuación de ese día. En unas pocas horas daría comienzo el primer acto de la obra que acabaría con su destrucción.

CAPÍTULO 8

PATRI

Mucho más tranquila, miré a mi alrededor con satisfacción. Había tenido que organizar aquel evento para los mayores de Boadilla en un tiempo récord, pero sin duda el esfuerzo había merecido la pena. Me bastaba con ver las caritas emocionadas de «mis abuelitos». Porque así los sentía yo, como si realmente fueran ya parte de mi familia.

Al principio me había costado un poco hacerme a la idea de que entre mis funciones se incluiría la de llevar la relación con la Asociación de Mayores de Boadilla.

Poco sabía yo de esos temas, ni siquiera había conocido a mis propios abuelos. Sin embargo, trabajar con ellos resultó ser una de las experiencias más enriquecedoras y emotivas de mi vida.

Aquel evento era muy especial y quería que saliese perfecto, por eso elegí para la ocasión la capilla del edificio más emblemático de Boadilla, el palacio del infante don Luis. Ya no se utilizaba para dar misa, pero sus proporciones y la rica decoración

corintia en bóvedas, arcos y cornisas hacían de ella un conjunto magistral. Diseñada por Ventura Rodríguez, como el resto del palacio, sorprendía a todo el que la contemplaba.

Sentadas en unas sillas acordes con tan bello escenario, estaban las parejas de mayores que habían celebrado sus bodas de oro ese año. Se les veía ilusionados escuchando la magistral ejecución de Josetxu Obregón, director y fundador de La Ritirata. En ese momento interpretaba la Sonata G.6 de Boccherini, el compositor favorito de mi padre. Gracias a la terapia de Nacho ya podía escucharla sin ponerme a llorar.

Me dejé llevar por el sonido del violonchelo, y dirigí la vista hacia la cúpula de la capilla que era la joya del palacio. Se elevaba hasta la parte más alta del edificio, aprovechando el espacio interior de una de las dos torres que coronaban la construcción. Sonreí con satisfacción. El cielo había querido aportar su granito de arena al evento, y había amanecido con un precioso día soleado. La luz que entraba a través de las cuatro ventanas ovaladas era preciosa. Iluminaba los casetones de flores que adornaban la cúpula como si esta fuese un campo en primavera y, la escultura de estuco del Espíritu Santo, una paloma que volase por él protegiendo con sus rayos a los asistentes.

Empezaba a pensar que había algo contagioso en el ambiente, porque yo no solía tener pensamientos tan románticos. Alguna magia oculta debían de tener aquellas parejas que llevaban tanto tiempo juntos. ¡Cincuenta años casados! A mí me parecía imposible, pero allí delante tenía la prueba de que esas cosas existían en el mundo.

Entonces recordé que yo también iba a casarme. Llevaba una semana sin poder quitármelo de la cabeza. No me arrepentía de mi decisión, pero todavía no había conseguido hacerme a la idea. ¿Cómo afectaría a mi vida? Por mucho que fuera un matrimonio ficticio, tendría que convivir con Persi, y yo no me veía preparada para soportarlo todos los días. O, por lo menos, no al hombre en el que se había convertido.

Porque él no había sido siempre así.

De niño parecía un angelito, de esos de ojos verdes cristalinos que salían en los anuncios. Tenía el pelo muy rubio y la piel tan blanca y delicada que muchas veces acababa roja si no tenía cuidado con el sol. Era bastante tímido, casi tanto como Nacho.

Él y yo éramos sus únicos amigos. Los conocí en el club de campo del que nuestros padres eran socios y, a pesar de ser tres años mayores que yo, enseguida me aceptaron en su mini grupo. Fue una suerte para mí, porque Vera ya se había marchado a estudiar a un internado en el extranjero. No nos relacionábamos mucho con los demás niños. Les

parecíamos raros, porque hablábamos de cosas «raras». Persi solía contarnos historias sobre lo que había leído en sus adorados libros y nosotros le escuchábamos embelesados. Su abuelo materno ya no vivía, pero fue él quien le inculcó aquel amor por la lectura de los clásicos y por las películas antiguas en blanco y negro que ya casi nunca ponían en la tele. Persi decía que su favorita era *La pimpinela escarlata*, porque el protagonista era un valiente aristócrata inglés que rescataba de la guillotina a los pobres franceses haciéndose pasar por quien no era. Se le notaba muy orgulloso de llevar su mismo nombre.

Por aquel entonces, me parecía fascinante su capacidad para recordar casi todo lo que leía. Eso era una ventaja para él, porque se enfermaba con frecuencia y faltaba mucho a clase. Aun así, destacaba por sus notas.

Durante esos estupendos años fuimos inseparables. Cuando su salud mejoró, también ganó confianza en sí mismo y comenzó a apoyarme en las travesuras que se me ocurrían. Al pobre Nacho no le quedaba más remedio que seguirnos. Fue una época muy buena, pero, por

desgracia, nada dura para siempre. La edad es lo que tiene. Llegó la adolescencia y, con el revuelo de mis hormonas empecé a interesarme por otros temas. Nacho me escuchaba sin rechistar cuando les hablaba de los chicos que me gustaban, pero Persi me echaba la bronca como si fuera mi madre. Él no me comprendía y la mayoría de las veces acabábamos discutiendo. Ninguno de ellos le parecía apropiado, para él todos eran unos idiotas sin sesera que no me convenían. Pero ¿con qué derecho me daba lecciones si él ni siquiera tenía novia a pesar de ser mayor que yo?

Luego sucedió algo, y todo cambió.

A comienzos de ese verano yo ya tenía catorce años. De hecho, apenas me faltaban unos meses para cumplir los quince. Por aquel entonces me gustaba Aitor, el chico más popular del momento. No por nada en especial, pero empecé a notar que se fijaba en mí y eso hizo que me sintiese muy mayor.

Seguía yendo todos los fines de semana al Club Las Encinas, y allí fue donde Aitor me dijo que quería quedar conmigo al día siguiente. Los dos solos. ¡Estaba tan nerviosa que me limité a asentir y luego salí corriendo! Era el primer chico que me pedía salir y yo no sabía a quién contárselo. Mi única opción era Nacho, pero seguro que acabaría diciéndoselo a Persi y él se enfadaría como siempre.

Iba pensando en ello camino de los aseos del edificio principal, cuando al pasar por delante del gimnasio oí unos ruidos extraños. La puerta estaba abierta y mi curiosidad hizo que echase un vistazo al interior. Era Persi quien estaba golpeando con fuerza a un

pobre saco de boxeo. Su pelo estaba mojado y solo llevaba puesto el bañador, como si hubiera ido allí directamente desde la piscina. En las manos tenía unas vendas que le protegían, pero con la fuerza que le estaba dando al saco iba a acabar destrozándoselas.

Me sorprendió porque, aunque sabía que había empezado a dar clases de boxeo, no me esperaba que lo hiciese con tanta agresividad. Le observé en silencio. Su cuerpo se movía con movimientos certeros y letales y, con cada golpe, los músculos se le marcaban como yo nunca hubiera imaginado. Desde el verano anterior no le había visto sin camiseta, y su transformación me dejó embobada. ¿De verdad ese era Persi? Aquel chico no se parecía en nada al ratón de biblioteca que yo conocía. De hecho, creo que fue la primera vez que me di cuenta de que era «un chico» y no una amiga con ropa masculina. Era más alto y mucho más guapo que Aitor. ¿Por qué nunca me había fijado en él de

esa manera?

Sentí un extraño calor recorriéndome el cuerpo y, sin saber por qué, el corazón empezó a latirme de forma acelerada. ¿Qué me estaba pasando que hasta tenía dificultades para respirar? ¿Y por qué seguía mirándole como si fuera un pastel de chocolate?

Entonces, Persi cambió de postura y me pilló espiándole desde la puerta.

—¿Qué estás haciendo ahí? —me preguntó de mal humor sin dejar de golpear al saco.

Noté que me ponía roja como un tomate y me sentí tan avergonzada que lo único que se me ocurrió para poder mantener mi orgullo a salvo fue atacarle.

—Estaba preocupada por si te lastimas tus delicadas manos —dije con ironía.

Él no me contestó. Normalmente respondía a mis pullas con otras, y a mí me divertía estar a la altura de sus respuestas. Pero en esta ocasión continuó con lo que estaba haciendo sin decir nada. Eso me molestó.

—¿Por qué estás tan enfadado? ¿Acaso se han llevado de la biblioteca el libro que querías? —pregunté acercándome hacia él con indiferencia.

Su única respuesta fue un golpe con más potencia que retumbó en las paredes del gimnasio. ¿Por qué no me contestaba? Pues si pensaba que podía ignorarme de esa manera, estaba muy equivocado. Avancé hasta situarme justo al lado del saco, y en cuanto Persi se separó un poco, me coloqué en medio de él y de aquella enorme masa de cuero negro que colgaba del techo. Tuvo que parar en seco para no lastimarme. Bien,

ya había captado su atención. Le costaba respirar a causa del esfuerzo, y me sorprendí pensando que estaba increíblemente guapo con el pelo revuelto y los ojos más claros y brillantes de lo normal.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —me gritó enfadado—. ¡He estado a punto de golpearte!

Me extrañó lo alterado que estaba, porque él solía ser un chico de lo más tranquilo.

Entonces un pensamiento me vino a la cabeza y no me gustó. Unos días antes lo había visto hablar con una chica en la calle. Nacho y yo le estábamos esperando, pero nos dijo que nos fuésemos porque él tenía algo que hacer. En aquel momento no le di importancia. Pero ¿y si…?

—¿Te estás desquitando con el saco porque la chica del otro día te dio calabazas cuando le suplicaste que saliera contigo? —dije mordaz.

La verdad, no sé por qué le solté aquello. ¿Qué me importaba a mí lo que él hiciera?

Quizá estaba más resentida de lo que imaginaba.

Y, por su mirada asesina, comprobé que él también lo estaba conmigo, aunque desconocía el motivo.

—Yo no me arrastro detrás de nadie como haces tú —respondió con rabia.

Aquello me dolió, pero no podía dejar que él lo supiera.

—¡Serás idiota! —grité—. Yo…

—No —me cortó—. La idiota eres tú. ¿Cómo puedes andar detrás del gilipollas de Aitor que lo único que quiere es meterte mano?

La furia me consumió. ¡Cómo se atrevía a insultarme de aquella manera! ¿Por qué me hablaba con tanto desprecio? ¿Por qué él podía ligar con esa chica y después criticarme a mí por querer estar con Aitor? No recuerdo exactamente lo que salió por mi boca, pero él me había ofendido tanto que quise herirle con todas mis ganas. Ahora era yo la que estaba muy cabreada. Por eso le ataqué diciendo que lo que le pasaba era que tenía envidia de Aitor, que él no era un maldito crío que no sabía hacer otra cosa más que leer libros y hablar de tonterías. Que iba a salir con Aitor, y que si quería meterme mano era asunto mío.

Lo que sí recuerdo con exactitud fue lo último que le grité:

—¡Porque él es más hombre de lo que tú lo serás jamás!

Fue un error y Persi actuó de la manera que yo menos podía prever. Se abalanzó sobre mí aprisionándome contra el saco hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del mío. Sentí una descarga de adrenalina recorriéndome de pies a cabeza y con toda mi furia intenté

apartarlo. No iba a consentir que pensara que podía intimidarme con su superioridad física. No lo conseguí, su cuerpo era como una mole de granito que hacía reaccionar al mío de una forma extraña.

—No tienes ni idea de quién soy yo ni de lo que soy capaz de hacer por ti —me desafió con la mirada encendida de un depredador justo antes de atacar a su presa.

Lo siguiente que sentí fue su boca cubriendo la mía con ferocidad. Un gesto tan inesperado que, en lugar de seguir rechazándolo, me quedé paralizada como si sus labios hubieran lanzado un hechizo sobre mí. Mi mente buscaba una explicación lógica a lo que estaba pasando, negándose a creer que Persi pudiese estar besándome. Luego dejé de pensar. El vendaval de emociones que me recorría por dentro acalló cualquier protesta por mi parte, y toda la furia anterior se transformó en perplejidad. Mucho más, cuando comenzó a calmarse y sus labios se volvieron suaves y delicados al besar los míos. Me sorprendió la ternura con la que su mano acarició mi cuello, con la que sus dedos se perdieron entre mi pelo mientras la otra me rodeaba despacio por la cintura, con la que su lengua despertó todos mis sentidos cuando entreabrí los labios para recibirlo. Me dejé llevar por esa nueva sensación, cálida y excitante, embriagadora como la melodía de un buen violín en manos de un maestro. «Mi primer beso». El corazón me latía a toda velocidad, creo que incluso me olvidé de respirar o, mejor dicho, no tenía ni idea de cómo hacerlo mientras su boca capturaba sin descanso la mía. Quizá por eso empecé a sentirme como si flotara en una nube y tuve que tocar su pecho para confirmar que no me caería al suelo. Noté sus latidos tan descontrolados como los míos.

Persi se estremeció cuando lo acaricié, y me apretó contra él con un gemido que ahogó en mis labios. Sentí una necesidad que me quemaba por dentro y que iba aumentando con la urgencia de sus besos. ¿Sería eso la locura? ¿Olvidarse de todo, perderse en un instante, dar un salto al vacío sin importar nada más?

No sé cuánto duró aquella felicidad efímera, pero sí recuerdo el momento exacto en que el sonido característico de una carraspera hizo que me diera de bruces con la realidad. Cuando abrí los ojos y miré hacia el lugar del que provenía aquella interrupción, fui consciente de lo que acababa de hacer. Sentí que me ponía roja de la cabeza a los pies.

—¿Qué pasa, Nacho? —preguntó Persi de mal humor sin dejar de abrazarme.

—Tu padre quiere hablar contigo y viene hacia aquí —respondió él con voz tímida desde la puerta, observándonos con cara de incredulidad—. Está a punto de llegar.

Marcos. ¿Y si él me hubiese sorprendido besando a su hijo? La vergüenza me dejó muda. Aquella situación no podía ser real, era demasiado humillante para mí. Mi mente se negó a aceptarlo y, en lugar de afrontar mi parte de culpa, me aferré a la idea de que había sido Persi el causante de todo. La vergüenza dio paso a la ira y, sin pensármelo dos veces, le aparté bruscamente de mí y le di una bofetada. Él ni siquiera se movió.

—¡No vuelvas a hacer esto en tu vida! —le grité—. ¿Me has oído bien? ¡Jamás vuelvas a besarme!

Vi cómo apretaba las mandíbulas con fuerza y su rostro adquiría una expresión que no le había visto nunca.

—¿Estás segura de que no serás tú la que quiera que vuelva a hacerlo? —me preguntó retándome con la mirada.

—¡Por supuesto! —grité con más seguridad de la que sentía—. Voy a dejártelo muy claro para que no haya ninguna duda. ¡Se congelará el infierno antes de que yo quiera salir contigo! ¿Me has entendido?

—Perfectamente —contestó con una mirada tan fría que me dio miedo.

Después de eso hui de allí y ya no volví a verlo. El resto del verano fue horrible. Me quedé sola. Nacho intentó acercarse a mí, pero durante un tiempo le di de lado por el bochorno que sentía. Yo no dejaba de pensar en lo que había sucedido. ¿Por qué se había comportado Persi así? ¿Para desquitarse por mis palabras? No tenía sentido. Él no actuaba de aquella forma. Hubiera podido enfadarse conmigo, pero ¿por qué me había besado? ¿Por qué después del primer impulso se volvió tan delicado? ¿Por qué sus manos me acariciaron con tanta suavidad? ¿Se podía fingir un beso como ese? ¿Acaso lo sentía de verdad?

Aunque tardé en aceptarlo, al final tuve que reconocer lo mucho que había significado para mí. Aquel había sido un momento mágico lleno de ternura. Un primer beso con el chico que jamás hubiera imaginado. Y me había gustado. Mucho.

Demasiado. Me di cuenta de que mis sentimientos por él habían cambiado y me dio vértigo. El que había sido mi amigo comenzó a

acaparar todos mis pensamientos de una forma muy diferente. Me resultaba absurdo fantasear con Persi de aquella forma, pero

no podía controlarlo. Y lo peor era que no tenía ni idea de lo que él sentía por mí, sobre todo después de mi reacción.

Hubiera sido muy fácil aclararlo con él, salir de dudas preguntándole por qué me había besado, pedirle perdón por la bofetada. Pero mi orgullo fue más fuerte que mis verdaderos deseos. Luego ya no tuve tiempo. Persi se marchó a estudiar a Stanford a principios de agosto.

Me obligué a olvidarlo, a borrar de mi cabeza y de mi corazón aquel episodio que nunca debió suceder. Y lo mejor para eso era salir con otro chico. Mi madre siempre decía que las mujeres no debíamos dejarnos llevar por nuestros sentimientos, sobre todo en temas amorosos. Hombres había muchos, obcecarse con uno que nos hiciese sufrir era de idiotas.

Por eso, después de un tiempo al final acepté la propuesta de Aitor. La cosa tampoco salió bien. Tal y como Persi había vaticinado, lo único que quería el muy cretino era meterme mano. Yo esperaba que cuando me besara desaparecieran de mi mente los recuerdos de mi primer beso, pero fue todavía peor. Con Aitor sentí un asco horrible cuando sus manos intentaron colarse por debajo de mi camiseta. Lo dejé plantado y me fui. Me llamó de todo, pero me dio igual. Aquella experiencia confirmó que el beso de Persi había sido especial. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo recordaba una y otra vez? Con el tiempo lo comprendí. Él había significado para mí mucho más que cualquiera de los otros chicos con los que luego salí.

Cuando Persi regresó años después, el corazón me dio un vuelco al verlo. Sucedió durante las Navidades, en la fiesta anual que solían dar mis padres por esas fechas. Yo ya tenía veintiséis años y el trabajo era lo único que me interesaba. Ninguna de mis anteriores relaciones sentimentales había conseguido cambiar aquello. Sin embargo, cuando vi a Persi, me temblaron las piernas como si fuese una adolescente. Estaba muchísimo más guapo de lo que yo recordaba. Se había convertido en un hombre que quitaba la respiración con su presencia, y cuando sentí sus ojos clavados en los míos, durante un instante pensé que aquel reencuentro podría ser el inicio de algo más.

Un mísero instante, eso fue lo que duró mi fantasía. El tiempo justo hasta que abrió la boca y se convirtió en el fantoche idiota pagado de sí mismo con el que ahora iba a tener que casarme. ¿Cómo había podido cambiar tanto? Esa pregunta me la había repetido infinidad de

veces a lo largo de los últimos años. Ya daba igual.

El Persi del que un día había estado enamorada solo existía en mis recuerdos.

La música dejó de sonar y aparqué mis pensamientos para concentrarme en la segunda parte del acto. El alcalde iba a entregar unas placas personalizadas para honrar a las parejas que estaban allí. Fue muy bonito. Algunos se emocionaron al recibir ese reconocimiento a toda una vida juntos. Otros permanecieron tan serios y formales como posiblemente estuvieron el día que se hicieron la foto típica de matrimonio tantos años atrás. Incluso, hubo algún osado que cogió a su mujer con todo cariño y le dio un tierno beso en los labios. Aquello provocó el alborozo del público.

Cuando el alcalde dijo sus últimas palabras, yo estaba muy contenta de ver a mis abuelitos tan felices. Ya solo quedaba bajar al salón de música del palacio para disfrutar del cóctel que estaba esperándonos. Todo había salido a la perfección.

O eso pensaba yo.

De repente, Josetxu comenzó a interpretar otra pieza y miré extrañada a mi ayudante. Aquello no estaba previsto. Ella se limitó a guiñarme un ojo. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién había modificado el programa sin mi consentimiento?

Luego me eché a temblar. Por la puerta de entrada a la capilla avanzaba Persi con el ramo más grande de violetas que yo había visto en mi vida.

¿Qué demonios estaba haciendo él allí?

CAPÍTULO 9

PATRI

No me atreví a moverme. Persi caminaba por el centro de la sala como si fuese un modelo desfilando por una pasarela. Vestía un impecable traje azul oscuro con camisa blanca y una corbata en tonos grises a juego con el pañuelo que asomaba por el bolsillo de su chaqueta. No fue su apariencia lo que me sorprendió. Él siempre iba excesivamente arreglado hasta para ir al campo. Lo que me hizo sentir pánico fue el enorme ramo que llevaba en la mano. ¿Qué se proponía? Me giré para mirar a mi jefe y, para mi total desconcierto, él le estaba sonriendo como si no le extrañase su presencia allí. Cuando Persi llegó a nuestro lado, ambos se saludaron con un afectuoso apretón de manos.

—Buenos días, señor alcalde-presidente del ilustrísimo Ayuntamiento de Boadilla del Monte —dijo Persi con una ligera reverencia.

—Lo que te gustan las formalidades —respondió mi jefe de buen humor.

—El protocolo es el protocolo —replicó él con una sonrisa burlona—. ¿Qué sería de nosotros sin unas reglas estrictas de comportamiento ante la autoridad?

—No cambiarás nunca —contestó el alcalde mientras Persi se dirigía a mí saludándome con el tratamiento correspondiente. Yo me limité a inclinar la cabeza a modo de respuesta. No me gustaban las sorpresas, sobre todo en mi trabajo, y su presencia allí desde luego lo era. Le observé con atención para ver si conseguía averiguar algo y entonces me guiñó un ojo con descaro.

—Vecinos —comenzó a decir el alcalde—, hace unos días recibí una petición especial del hombre que tengo a mi lado, y no pude negarme. Estoy seguro de que me comprenderéis. No se me ocurrió una manera más perfecta para finalizar un acto en el que el amor es el gran protagonista.

Sentí un nudo en la garganta. ¿De qué iba todo eso? ¿Por qué nadie me había informado de ese cambio en la planificación?

—Te deseo mucha suerte, Persi —dijo mi jefe con complicidad antes de separarse de nosotros. Yo hice ademán de seguirlo, pero él me lo impidió con una sonrisa traviesa—. Creo que tú deberías quedarte aquí.

Me estaba poniendo muy, pero que muy nerviosa. ¿Qué hacía yo allí, delante de todo el mundo con Persi, y sin saber lo que tramaba? No, definitivamente, aquello no pintaba nada bien y, para colmo de males, las cámaras seguían retrasmitiendo el evento en directo.

—Queridos mayores de Boadilla —comenzó a hablar el objeto de mi inquietud—, la mayoría ya me conocéis y sabéis lo mucho que os admiro. ¿Verdad, Manolo? ¡Menudas palizas me das al mus! O tú, Valeriano, toda una leyenda en el fútbol. Por no hablar de ti, María, la reina de las rosquillas, o de Matilde, la mejor narradora de cuentos que he conocido en mi vida.

Todos se rieron como si, efectivamente, lo conociesen y estuviesen acostumbrados a sus extravagancias.

—Pues bien, hoy os admiro todavía más, porque habéis demostrado que existe el amor verdadero. Ese que todos deseamos, el que triunfa en las novelas y nos emociona en las películas —continuó hablando como si fuera un orador dando una clase magistral—. Y, ¿qué queréis que os diga? Me dais una envidia tremenda. Yo también quiero tener un amor como el vuestro que dure para toda la vida.

Me tensé al escucharlo.

—Por eso he decidido que no puedo esperar más. Hoy, inspirado por vuestro ejemplo, me siento valiente. Espero que me ayudéis en esto. Sobre todo, vosotros, los caballeros de la sala que habéis pasado por una situación similar y podéis comprender los nervios que tengo.

Después se giró hacia mí.

—Querida Patri —dijo sin bajar el tono de su voz—, imagino que en estos momentos quieres matarme por haber invadido esta ceremonia que con tanto amor has organizado.

«No lo sabes tú bien. Espera a que salgamos de aquí y me vas a oír», pensé mientras forzaba una sonrisa para disimular mis ganas de estrangularlo.

—Pero ¿qué mejor oportunidad que esta, en la compañía de tantos amigos, para declararte mis intenciones?

«¿Intenciones? ¿Qué intenciones? ¿No se le ocurrirá…?»

—Sabes que me enamoré de ti la primera vez que te vi, cuando éramos solo unos niños y tú me defendiste de aquellos matones que

querían intimidarme—. Luego se giró al público y dijo con complicidad—. La vena peleona le viene desde pequeña.

Todos rieron. Yo no podía creer lo que estaba escuchando. Sin duda tenía que ser una de mis pesadillas.

—¿Sabéis que la primera vez que la besé me dio una bofetada?

—¡No te desanimes, muchacho! ¡A mí me pasó lo mismo con mi mujer! —gritó Román envalentonado, y se ganó un manotazo de Sole que rio algo avergonzada.

—¡Gracias, eso me da muchas esperanzas! —contestó Persi antes de mirarme de nuevo—. Sé que no te merezco, pero por favor, te ruego que aceptes estas flores, tus

favoritas, que simbolizan el amor que siento por ti. Tú eres la diosa que cualquier hombre veneraría. Valiente, inteligente y más bella que la mismísima Venus.

Noté cómo mis mejillas ardían. ¡No podía estar haciéndome eso! Me temblaron las piernas y tuve ganas de que la tierra me tragase en ese momento. No, mejor que se lo tragase a él por estar montando aquel espectáculo. Miré hacia el público. El muy hipócrita estaba actuando de maravilla. Todos estaban expectantes con su mirada clavada en mí. Incluso alguna señora había sacado su pañuelo para secarse las lágrimas por la emoción. ¡Dios, cómo me hubiera gustado asesinarlo! Me moría de ganas de gritarle que se callara, que dejara de decir tantas estupideces sin sentido. No tenía derecho a avergonzarme de aquella manera. Apreté los puños con fuerza y me mordí la lengua. «Piensa en tu madre», me recordé. Había dado mi palabra de que me casaría con él para salvarla, pero esa era la primera prueba y ya me estaba resultando imposible de superar.

—Patri, estoy muy nervioso, pero quiero que sepas que el amor hace que me sienta más fuerte y osado —continuó—. Por ti sería capaz de escalar una montaña de hielo, o de llegar a la luna si allí estuvieses tú para recibirme. Podría enfrentarme solo a un ejército para rescatarte, o dar mi vida si la tuya estuviese en peligro.

Miré hacia el ramo que me ofrecía, porque si le miraba a él estaba segura de que no iba a ser capaz de contenerme. ¡Se suponía que el acuerdo de matrimonio no afectaría a nuestras vidas, que lo ejecutaríamos de una manera discreta sin llamar mucho la atención! Pero ¿qué podía esperar de Persi? El muy granuja disfrutaba sacándome de quicio y aquella era la ocasión perfecta para hacerlo.

¿Cómo podía negarme si en poco tiempo todo el mundo sabría que íbamos a casarnos? Si lo rechazaba, la farsa no sería creíble.

No tuve más remedio que aceptar su ramo, pero al cogerlo, el suave y delicado perfume de las violetas se coló en mis pensamientos recordándome que no podía dejarme llevar por mis emociones. Debía tranquilizarme, ser más lista que él. Debía hacerle ver que no me había alterado, que yo también podía jugar a ese juego. Debía esforzarme en hacer que pareciera real. ¿Pero cómo? ¿Cómo iba a conseguir que todos creyesen que aquella absurda declaración de amor me hacía feliz? Yo no era tan buena actriz. Necesitaba pensar en algo y rápido.

Entonces, mis recientes pensamientos me dieron una idea. Hubo un tiempo en el que sí había estado enamorada de él. Si aquel chico me hubiese regalado un ramo de flores, no habría dudado en aceptarlo. Cerré los ojos y me obligué a recordar al Persi que ya no existía. El que había sido mi amigo de la infancia, mi compañero de

travesuras al que yo admiraba; el chico por el que suspiraba imaginando qué estaría haciendo en Stanford, deseando con toda mi alma que no me hubiese olvidado. Recordé los días que pasé preguntándome si él pensaría en mí, sintiéndome una idiota por no haberme dado cuenta antes de la suerte que tenía de tenerlo a mi lado, por haberlo echado todo a perder al rechazarlo de aquella manera tan contundente cuando me besó.

Y, como tantas y tantas noches había hecho en mi juventud, me concentré en nuestro beso, en lo que me hizo sentir mientras duró. Volví a deleitarme con la caricia de su mano en mi cuello, con el calor de su cuerpo al abrazarme, con la locura que despertó su boca al fundirse con la mía. Recreé cada instante de aquel maravilloso momento mientras seguía escuchando su voz.

—Patri, la vida sin ti ya no tiene sentido. Eres mi luz. En ti pienso antes de dormirme y cuando abro los ojos por la mañana. Sueño despierto a cada hora imaginando que estamos juntos y ya no puedo soportarlo más.

Oí un suspiro generalizado en la sala y abrí los ojos. Persi había hincado una rodilla en el suelo y me ofrecía un precioso anillo de compromiso. Miré su rostro. La burla velada que había visto antes en él había desaparecido por completo. Hasta su expresión había cambiado y me recordó a la de nuestro reencuentro años atrás. Sentí cómo se me aceleraba el pulso. ¿Por qué tenía que ser tan

endiabladamente atractivo? Mi mirada se dirigió hacia su boca, atraída por el seductor movimiento de sus labios mientras hablaba. ¿Seguirían siendo tan suaves y carnosos como yo recordaba? Y sus ojos tenían un brillo especial. Se veían cálidos y cristalinos, como si de verdad estuviese sintiendo lo que decía.

—Te juro que me esforzaré cada segundo de mi vida en hacerte feliz —dijo con una aparente sinceridad que me estremeció—. Estaré a tu lado cuando necesites un amigo, te consolaré cuando estés tristes, y besaré cada lágrima que derrames cuando te duela el corazón. Haré que te sientas la mujer más querida y deseada del mundo, porque para mí no hay ni, nunca habrá, ninguna como tú.

Aquellas palabras hicieron que contuviera la respiración.

—Patri, ¿quieres casarte conmigo?

Las respuesta que llegó a mi mente me dejó tan asombrada que moví la cabeza para hacerla desaparecer de inmediato. ¡¿En qué demonios estaba pensando?! ¡Por el amor de Dios, yo no quería casarme con Persi! ¡Todo era una farsa! Aquellos estúpidos recuerdos me estaban trastornando. Agobiada, miré al público que permanecía en el más absoluto silencio. Hasta el alcalde esperaba mi respuesta con atención. No podía

fallarles, pero me costaba horrores comportarme con naturalidad en aquella disparatada situación.

—Debo decir que esto es de lo más inesperado —dije titubeando un poco—. Me ha pillado tan de sorpresa…

—¡Dile que sí! —exclamó Matilde.

—¡Si tú no lo quieres, déjamelo a mí! —gritó la nieta de María, que también había asistido al evento con el resto de la familia.

—Lo siento Mabel —respondió Persi con dramatismo llevándose la mano libre al pecho—. Mi corazón solo le pertenece a Patri. Ella es su dueña y siempre lo será.

Por fin volvía el Persi cursi que yo tan bien conocía y eso me tranquilizó. Me sentí más segura cuando mi habitual hostilidad hacia él regresó, pero no podía dejar que se me notara. Debía dar el toque final a la obra que estábamos representado y rogué al cielo para que todo terminara lo antes posible.

—Persi, reconozco que nunca dejas de sorprenderme, y me encantaría que siguieses haciéndolo por el resto de nuestra vida. Por eso solo puedo darte una respuesta —dije, con tal expresión de adoración, que deberían haberme dado un Óscar allí mismo—. Sí quiero. ¡Por supuesto que quiero casarme contigo!

La sala estalló en aplausos mientras él deslizaba el anillo lentamente por mi dedo.

Muchas películas habían visto mis queridos abuelitos. Y Persi también. Cuando menos me lo esperaba, me tomó por la cintura y me inclinó hacia atrás con su cuerpo, al más puro estilo de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*. El corazón me dio un vuelco. Su boca se dirigió peligrosamente hacia la mía y no pude evitar estremecerme al recordar aquel otro beso que se había quedado grabado en mi memoria.

Pero no me besó.

Sus labios no llegaron a tocar los míos, sino que se desviaron ligeramente a la derecha. Al principio no lo comprendí, pero luego me di cuenta de que para los demás aquel estaba siendo un beso de enamorados en toda regla. El ángulo de inclinación y el ramo de violetas se encargaban de crear el engaño.

«Será un matrimonio ficticio», había dicho Marcos.

—Creo que ahora mismo el diablo está muy enfadado quitando el hielo congelado del infierno —me susurró al oído mientras sus labios acariciaban mi piel.

Se estaba burlando de mí. El muy cretino no había olvidado nuestro encuentro en el gimnasio y quería que me tragara mis palabras. «¡Se congelará el infierno antes de que yo quiera salir contigo!», le había dicho muchos años atrás.

—No lo creo —respondí con soberbia—. Sigo sin querer absolutamente nada contigo. Este matrimonio será tan falso como mi sonrisa.

—Si tú lo dices…

«Puedes estar seguro de ello», quise gritarle. Pero no me dio tiempo, porque él volvió a dirigirse al público con una expresión de satisfacción.

—Amigos, ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo. Mi mayor sueño se va a hacer realidad y vosotros habéis sido testigos de este momento sublime que recordaré toda la vida —exclamó atrayéndome más hacia él por la cintura con ademán posesivo.

Yo reprimí las ganas que tenía de empujarlo bien lejos—. Querida, con todo el dolor de mi corazón, tengo que dejarte para que puedas seguir haciendo tu maravilloso trabajo.

Pero quiero que sepas que hoy mismo voy a empezar con los preparativos de la boda.

¡Se celebrará lo antes posible! Y, por cierto, ¡todos los presentes estáis invitados! —

concluyó haciendo un sobreactuado aspaviento.

De nuevo, los aplausos repicaron por la capilla. Luego se separó de mí, y sin que yo pudiera evitarlo, atrapó mi mano con la suya y se la llevó a los labios haciendo una llamativa reverencia.

—Querida, me consume la impaciencia por verte convertida en mi esposa —dijo con una mirada cargada de intención antes de marcharse.

«Esto no va a quedar así, Persi. De eso puedes estar seguro», pensé mientras lo veía salir de la capilla, aceptando las felicitaciones del público como si fuera un general que hubiese ganado la batalla. «Prepárate. No tienes ni idea de con quién vas a tener que enfrentarte en este juego».

CAPÍTULO 10

PERSI

Una vez más, revisé las noticias por si había algún dato adicional sobre la muerte de Ernesto, pero parecía que aquel hecho tan impactante para mí no tenía demasiada repercusión en los medios. ¿A quién le importaba otro caso de robo con final funesto?

Tendría que hacer averiguaciones por mi cuenta cuando tuviese la oportunidad, quizá alguno de mis contactos en el mundo de las antigüedades supiese algo. Podría aprovechar la próxima subasta para acercarme a ellos, pero sospechaba que nadie relacionaría aquel suceso con un asesinato encubierto. La cuantía de los objetos robados justificaba de sobra lo ocurrido y, según se decía en la prensa, todo apuntaba a que los malhechores pertenecían a una banda criminal organizada que ya había cometido atracos similares en otras casas de la zona donde Ernesto vivía. Pero yo sospechaba que todo eso no era más que una cortina de humo. Por algún motivo, la Orden de Salomón quería deshacerse de él, quizá porque sabía demasiado. Eso me recordó que debía tener más cuidado. No podía dar un paso en falso. Sin duda, me estarían vigilando para asegurarse de que cumplía con sus exigencias. Y eso era exactamente lo que había hecho.

Después de mi gran actuación proponiéndole matrimonio a Patri, sabía que recibiría muchas llamadas porque yo mismo me había encargado de que la grabación se hiciese viral. La que más temía era la de Nacho. Mi amigo me llamó desconcertado para que le explicase de qué iba el espectáculo que había montado con Patri delante de todo el mundo. Yo no quise hablar del tema por teléfono y acordamos vernos esa misma tarde.

Nacho, Patri y yo. Me resultaba extraño recordar el tiempo en el que los tres éramos amigos inseparables. Casi, como si aquella época no fuera parte de mi vida, sino de la de otro hombre que ya no existía.

En el fondo, así era.

La primera vez que hablé con Patri yo tenía trece años. Por aquel entonces todavía era un crío débil y asustadizo que siempre estaba enfermo. Me mareaba con frecuencia y enseguida me dolía la cabeza, el estómago o las piernas. Mi padre se desesperaba conmigo, porque los médicos decían que no me pasaba nada. Él creía que mi continuo malestar, sin razón aparente, no era más que una maniobra para llamar la atención. Una

especie de protesta por la situación que él y mi madre vivían desde hacía tiempo. Pero para mí era muy real. No me encontraba bien y me sentía culpable por ser así. Era una deshora para él. Le avergonzaba tener un hijo como yo y aprovechaba cualquier oportunidad para recordármelo. Eso no había cambiado con el tiempo.

Buscaba desesperadamente evadirme de la realidad, y encontré una gran aliada en la lectura. Devoraba todos los libros que caían en mis manos, incluidos aquellos que todavía no eran adecuados para mi edad. A mi padre le daba igual. Debido a mi pésima salud me cansaba en cuanto hacía el más mínimo esfuerzo. Nunca jugaba al fútbol ni hacía ninguna actividad física propia de mi edad, por lo que los demás chicos solían dejarme de lado. Solo Nacho quería estar conmigo en los recreos o en el club de campo al que iban nuestros padres durante los fines de semana. Quizá, el hecho de que su madre hubiese muerto por un cáncer de pecho cuando él era apenas un bebé, y que la mía vivía en un hospital desde hacía varios años, nos había unido como a dos huérfanos.

El sábado que conocí a Patri yo no quería ir al club porque me encontraba muy mal.

Había pasado una noche horrible vomitando y todavía me dolía el estómago. A mi padre le dio igual. Dijo que tenía que ir y punto. Para mi desgracia, Nacho no fue ese día, así que cogí uno de los libros que siempre llevaba en la mochila y me fui a leer a una zona solitaria en la orilla del lago. Una amplia extensión de agua que algunos aprovechaban para pescar y otros para hacer actividades náuticas.

Antes de acomodarme en el tronco de un árbol, me fijé en la niña que se entretenía tirando piedras al agua a poca distancia de donde yo estaba. Ya la había visto muchas veces, pero nunca había hablado con ella directamente. Era la hija de unos amigos de mi padre. Siempre me había llamado la atención, porque su pelo tenía el mismo color que el fuego. Era más pequeña que yo, pero rebosaba vitalidad y sus movimientos eran ágiles y decididos. Me resultó más interesante observarla que leer el libro que tenía en las manos. Creo que fue porque me recordaba a Hipólita, la reina de esas amazonas mitológicas de las que había oído hablar en algún libro. De pronto, ella se giró y me pilló mirándola como un idiota. Me sonrió, y por su mirada comprendí que tenía la intención de acercarse a mí. Noté cómo la sangre me ardía en la cara, y rápidamente dirigí mis ojos al libro con la esperanza de que no se le ocurriese venir a hablarme.

Tan concentrado estaba que no los oí llegar.

Aitor y su panda de matones aparecieron desde detrás de la arboleda y me rodearon. No era la primera vez que se metían conmigo y tuve miedo. Uno de ellos me quitó el libro de las manos y, cuando le dije que me lo devolviera, se burló de mí y lo

tiró al lago. Sentí una ira tremenda, pero mi cobardía me dejó paralizado. Eran cuatro contra mí, ¿qué podía hacer? Entre todos me agarraron.

—Si quieres el libro, nosotros te ayudaremos a ir a buscarlo—dijo el más fornido riéndose de mí.

No hacía mucho frío, pero el verano había pasado y yo sabía que si me tiraban al agua acabaría otra vez enfermo. Intenté soltarme, pero fue inútil.

Entonces oí la voz de la niña amenazándolos. Creo que ellos se quedaron tan sorprendidos como yo, porque no la habíamos visto llegar.

—Como se os ocurra tirarlo al agua haré que vuestros padres os castiguen un mes sin salir de casa y sin ver la televisión.

—¿Es tu novia? —se burló uno de los matones—. Entonces, quizá debería acompañarte también al agua.

—¡No se te ocurra tocarla! —le grité sin saber de dónde me venía el valor para hacerlo.

—¿O qué? —me retó aquel capullo, soltándome a mí y agarrándola a ella por el brazo.

Pero no tuve tiempo de responder, porque la niña le dio un rodillazo en la entrepierna que lo dejó doblado.

—Ahora te vas a enterar —amenazó otro con furia.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo un hombre que salía de la arboleda en ese momento.

Fue nuestra salvación. Era Mateo, el padre de la chica, que miraba la escena con cara de pocos amigos. Los muy gallinas salieron corriendo al instante.

—Esos niños querían tirarlo al agua y no podía dejar que lo hicieran —dijo ella con seguridad. Yo había estado muerto de miedo, pero la

niña no parecía haberse inmutado por la situación. Estaba enfadada, pero nada más.

—Ya veo, ya —respondió el hombre dándole un abrazo—. Pero bichito, ¿no has pensado que ellos eran más que tú y podrían haberte hecho daño? Tienes que prometerme que no vas a volver a hacer una cosa así.

—Está bien, papá, te lo prometo —respondió ella, pero pude ver cómo cruzaba los dedos por detrás de su espalda.

La muy tunante estaba engañando a su padre. Aquella niña no dejaba de sorprenderme.

—¿Estás bien, Persi? —me preguntó preocupado—. ¿Te han hecho algo?

No me atreví a responderle, por lo que me limité a negar con la cabeza. Me daba vergüenza que supiera que mi libro estaba en el fondo del lago, porque no había tenido el valor para impedirlo. Él pareció entender mi situación y no indagó más. Luego se fue dejándonos solos.

La niña me recordó que se llamaba Patri y se interesó por el libro que aquellos energúmenos me habían quitado. Al principio me sentí incómodo, pero luego me relajé.

Imagino que cualquier otro chico en mi lugar no habría seguido hablando con una pequeñaja que además le había visto en una situación tan humillante, pero a mí me tenía fascinado y quise conocerla mejor. Así descubrí que no solo era valiente, sino también mucho más lista y divertida que la mayoría de los chicos de mi edad. Ese día comenzó nuestra amistad y, cuando se la presenté a Nacho, ya no volvimos a separarnos.

Nacho, Patri y yo, los tres mosqueteros. Aquellos tiempos habían quedado muy atrás.

Pedí una copa de vino blanco mientras esperaba a Nacho en la cervecería La Taberna. Ya, ya sé que ir a un local cuyo eslogan es “la cerveza bien tirada” y pedir el mejor vino blanco no es muy coherente, pero ese era uno de los sacrificios menores que mi personaje de sibarita y esnob me obligaba a hacer. El dueño, Loren, que me conocía desde hacía muchos años, siempre me tentaba diciendo que algún día tendría que bajar de mi pedestal y probar el néctar de los plebeyos. A lo que yo respondía que me daba miedo

sucumbir a la tentación, porque había oído que su cerveza era tan buena que podía competir con el nepente, la bebida de los dioses griegos que curaba el dolor y hacía olvidar los malos recuerdos.

Saboreé el caldo ambarino mientras mi mente repasaba lo que había planeado decir cuando mi amigo llegase. Tenía que darle una explicación, pero no podía revelarle los verdaderos motivos por los que había propuesto matrimonio a Patri y por qué ella me había aceptado. Intentaría que fuese lo más verídica posible, pero, por mucho que me doliese, todavía no podía confesarle lo que se ocultaba tras toda aquella farsa. Debía seguir protegiéndolo. Su padre había sido una más de las víctimas de la Orden de Salomón.

Se llamaba Fermín y yo le admiraba con devoción. No solo porque era el padre de mi mejor amigo, sino porque fue él quien se dio cuenta de que las continuas enfermedades de mi niñez se debían a un problema real. Era psiquiatra. Nacho le hablaba mucho de mí, de lo que me pasaba, y él comenzó a estudiarme sin que nadie se diera cuenta. Me diagnosticó depresión infantil. Cuando se lo contó a mi padre él no le creyó, pero permitió que me tratase por la amistad que tenían. Así fue como con el paso del tiempo me curé. Siempre le estuve agradecido por ello. La noticia de su muerte me dejó destrozado.

Cuando recibí la llamada de Nacho, yo acababa de desplomarme en la cama en un estado lamentable. El alcohol de la fiesta universitaria en la que había pasado la noche todavía inhabilitaba mi mente para pensar con coherencia, pero el tono angustiado de mi amigo tuvo el mismo efecto que si me hubiesen tirado un cubo de agua fría por encima. Sin embargo, tardé en asimilar lo que me estaba diciendo, porque la desesperación de su llanto era tal que le impedía hablar sin ahogarse. «Mi padre ha muerto, Persi. Mi padre ha muerto», repetía una y otra vez. Cuando al fin conseguí que se calmase lo suficiente para explicarme lo que había pasado, fui yo quien me eché a llorar. Fermín había fallecido por una explosión en su casa debida a un escape de gas.

Por fortuna, mi amigo no estaba en ese momento, si no también le hubiese perdido a él.

Me sentí culpable. Nacho estaba pasando por un momento terrible, y yo no estaba a su lado para ayudarle a superarlo. Le había abandonado por mi presuntuoso sueño de estudiar una carrera en una de las universidades más prestigiosas del mundo. Quise coger el primer avión que saliese para Madrid, pero él me lo impidió. Le bastaba con hablar conmigo, con saber que yo seguía ahí a pesar de la

distancia. Insistí, pero me dijo que no estaba solo, que Mateo le había ofrecido alojarse en su casa hasta que reconstruyesen la suya que había quedado en muy mal estado. Además, tenía a Patri, ella podría ayudarle a superar aquel horror.

Me obligué a rechazar el pensamiento que me vino a la cabeza, imaginando lo que aquellas palabras podían significar. Él y Patri siempre habían tenido una conexión especial que yo a veces envidiaba. Aunque Nacho no me había contado nada, quizá su

relación de amistad se hubiese convertido en algo más. Él se merecía tener a una chica como ella a su lado. Me forcé a pensar que era lo mejor para ambos.

Cuando años después descubrí la posibilidad de que la muerte de Fermín no hubiera sido accidental, sino provocada por la Orden de Salomón, el dolor volvió.

Aquel crimen no podía quedar impune. Ni ese, ni los demás que habían llevado a cabo sin que nadie se diese cuenta de ello. Costase lo que costase, debía impedir que volvieran a hacerlo.

Por eso, era mejor que Nacho permaneciese al margen de todo aquello. No tenía sentido causarle un dolor innecesario hasta que la verdad saliese a la luz y los culpables hubieran recibido su merecido. Si mis planes salían según lo previsto, eso ocurriría en unos meses.

—Lamento el retraso —dijo Nacho algo agobiado cuando llegó—. Mi último paciente quería contarme un tema al margen de nuestra sesión, y he salido un poco más tarde de lo que esperaba.

«Siempre tan profesional», pensé con orgullo y admiración. Nacho vivía entregado a su trabajo. Ayudar a la gente era su vocación, lo llevaba en los genes. Sus pacientes podían sentirse seguros con ese hombre al que le gustaba usar corbata con jerséis de pico. Todo un clásico.

—Tranquilo —respondí de buen humor—. He aprovechado para contestar a mis fans. ¡Se han vuelto locas con la noticia de mi próximo enlace! Instagram está que arde.

Si lo llego a saber me hubiese comprometido antes.

—Creo que no deberías tomártelo a broma —respondió con más seriedad de la habitual—. ¿Vas a contarme por fin de qué va todo eso de que le has propuesto matrimonio a Patri? Esta tarde no he parado

de recibir llamadas de gente que quería saber más sobre la gran noticia. Se supone que somos amigos, ¿por qué he tenido que enterarme por ellos?

—No te enfades. Sé que ha estado mal y lo siento. ¡Venga, para compensarte hoy pago yo la cuenta! —respondí intentando quitar hierro al asunto.

Su malestar era comprensible. Nacho siempre había sido el amigo incondicional que ni siquiera me rechazó cuando regresé convertido en «Percival». Le debía mucho más que una explicación.

—No quiero tus disculpas —dijo resentido—. Lo que quiero es saber desde cuándo me habéis ocultado vuestra relación y por qué lo habéis hecho.

—No te hemos ocultado nada, Nacho —respondí con sinceridad, con él me costaba horrores fingir—. ¿Cómo has podido creerte que era de verdad? Entre Patri y yo no hay nada. Todo es ficticio. Nuestro matrimonio no es más que un acuerdo que nos beneficiará a ambos.

—¡Qué tontería es esa! —exclamó enfadado, pero en ese momento llegó la camarera y Nacho pidió una cerveza, que yo envidié, y unas cuantas raciones para acompañarla.

Agradecí aquella interrupción, porque parecía más relajado cuando continué hablando.

—No te alarmes. Mi padre quiere que nos casemos y me propuso un trato que no pude rechazar —dije intentando mantenerme lo más cerca posible de la verdad.

—¿Un trato? —preguntó exasperado—. ¡Por el amor de Dios, Persi, estamos hablando de casarte con Patri! ¿Y desde cuándo haces tú lo que te pide tu padre? ¿Qué ha podido ofrecerte para que cometas una locura como esta?

—Lo siento, pero eso es un tema privado entre nosotros. Me gustaría contártelo, pero no puedo. Espero que lo entiendas —respondí con el dolor de saber que mis palabras le iban a angustiar todavía más—. No quiero que te preocupes. Nuestro matrimonio no será real, pero eso no puede saberlo nadie. Te estoy contando la verdad, porque confío en ti ciegamente.

Nacho me miró en silencio, debatiéndose entre seguir preguntando o conformarse con mi respuesta. Al fin, tomó una bocanada de aire y se

apretó la frente como si le fuese a estallar la cabeza.

—¿Y Patri? —dijo preocupado—. ¿Por qué ha aceptado esta farsa?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella —respondí intentando no delatar la rabia que ese tema seguía provocándome. A saber qué se inventaría para ocultar sus verdaderas intenciones—. Solo te pido que me apoyes en esto y que me ayudes a hacerlo creíble a los ojos de los demás. Hay mucho en juego. Más de lo que puedas imaginar.

Nacho volvió a guardar silencio y por su mirada supe que me estaba analizando.

Eso me pasaba por tener un amigo psicólogo.

—¿No será que sigues enamorado de ella? —preguntó clavando su mirada en mí.

¡Joder, otro igual que mi madre!

—¿A qué viene esa pregunta ahora? —contesté evadiendo la respuesta —. Ya te he dicho que todo esto no tiene nada que ver con el amor. Es un acuerdo entre Patri y yo.

No busques razones románticas donde no las hay.

—Y tú no intentes engañarme, te conozco demasiado bien —dijo sin dejar de observarme—. He visto el video en el que le propones matrimonio y te aseguro que parecía algo más que una mera representación.

¿Lo había sido? Sí, al principio sí.

Había entrado en la capilla disfrutando por anticipado de la cara que Patri iba a poner al verme. Me había tomado muchas molestias para organizarlo todo sin que ella se enterase y, para mi sorpresa, sus compañeros de trabajo se mostraron encantados de ayudarme. Parecía que la apreciaban de verdad y que querían que mi propuesta de matrimonio fuera un momento especial que recordase con ilusión toda su vida.

Reconozco que me sentí un poco rastrero por engañarlos de esa forma.

Había empezado la actuación saboreando mi victoria por anticipado. Sin duda, aquel sería un duro golpe para ella. Estaba invadiendo deliberadamente su territorio, el más sagrado, su trabajo. Pero luego

la situación se me fue de las manos y ocurrió lo que yo tanto temía. Al mirarla mientras me declaraba, de repente me olvidé de que estábamos rodeados de gente, de que todo era una farsa, y la coraza que me había obligado a crear se rompió en pedazos. Cuando le mostré el anillo de compromiso, por un instante volví al pasado y sentí todas y cada una de las palabras que le dije. Imaginé que se hacían realidad, que podía pasar el resto de mi vida a su lado siendo los mismos que éramos antes, sin ninguna Orden de por medio que nos separase. Deseé con toda mi alma que me aceptara, igual que lo había deseado el día que la besé.

Afortunadamente, las voces del público me trajeron de vuelta a la realidad. Aquello había sido una advertencia de lo que podía suceder en el futuro si no tenía cuidado.

—¿Qué puedo decir? Soy un gran actor —respondí a Nacho apoyándome en la silla relajadamente—. Después de mi actuación de hoy, creo que debería valorar la posibilidad de dedicarme profesionalmente al mundo del espectáculo.

—¿Has pensado en las implicaciones personales que esto puede tener para ti o para ella? —preguntó como si no me hubiese escuchado—. Imagino que viviréis juntos para guardar las apariencias, que tendréis que comportaros como un matrimonio feliz…

¿Qué pasará si no lo soportáis y acabáis odiándoos el uno al otro? O, peor aún, ¿qué pasará si alguno de los dos se enamora? ¿De verdad no te da miedo que se repita?

¿Estás dispuesto a arriesgarte a quedar tan destrozado como entonces? Porque te aseguro que ahora será mucho peor.

A veces es insufrible tener un amigo que te conoce tan bien. Incluso, aunque intentes ocultarle tus secretos. Porque yo jamás le había confesado lo que sentía por Patri.

Recordé el día en que todo comenzó. Por aquel entonces ya tenía dieciséis años y mis problemas de salud habían desaparecido completamente. Patri se había empeñado en que los tres fuésemos de excursión al Parque Regional del Curso Medio del Guadarrama y, aunque la distancia desde nuestras casas era considerable para ir andando, ninguno de los integrantes masculinos de aquel mini grupo pudimos negarnos. Yo seguía admirando su vitalidad y la energía que ponía en todo lo que hacía.

Era osada y decidida y, a pesar de ser la más pequeña, siempre

acabábamos haciendo lo que ella quería. Al final, nos inventamos una excusa en casa para que nos dejaran pasar el día fuera, y con un mapa y mucha inconsciencia, nos fuimos los tres solos en busca de aquel paraje natural.

Nuestro premio fue encontrar un paraíso escondido a un lado de lo que todo el mundo conocía como Carretera de los Pantanos. Era magnífico. El bosque de encinas atenuaba el calor de aquel día de mediados de junio y, el arroyo que encontramos acabó de satisfacer todas nuestras expectativas. Patri disfrutaba preguntándome cómo se llamaba cada planta que veíamos a nuestro paso y, aunque la mayoría las conocía por los libros de botánica que había leído, reconozco que algún nombre me lo inventé para no decepcionarla.

—¡Mira, Persi! —me dijo entusiasmada, agarrándose al tronco de un árbol cuyas raíces se perdían en el agua del riachuelo—. Aquí hay unos pececillos. ¿Sabes qué son?

Yo me acerqué más a ella para poder verlos, y en ese momento ocurrió. Patri se resbaló y hubiera caído al agua si yo no la hubiese agarrado a tiempo. La atrapé por la cintura y, para evitar que la inercia nos arrastrase a los dos, la acerqué más a mí en un movimiento que dejó su cuerpo pegado al mío. Me quedé paralizado cuando sentí algo mullido presionando contra mi camiseta. Fue como si un rayo me atravesase por dentro y estallase en mi entrepierna. Sentí tanta vergüenza que la solté de inmediato y, con la excusa de que tenía que cambiar el agua al canario, hui a esconderme para que no pudiese ver lo que de verdad le estaba pasando a mi «canario».

El resto del día fue un infierno. No podía dejar de observarla. Era como si la viera por primera vez, o, mejor dicho, como si la mirase con unos ojos que hasta ese momento no habían sido los míos. Tragué saliva y me avergoncé de estar sintiendo lo que sentía.

Aquello no estaba bien, ella era mi amiga. ¿Por qué entonces no dejaba de buscar con la mirada esa zona de su cuerpo que se escondía tras una camiseta ancha y algo descolorida? ¿Qué me estaba pasando?

Mi problema se acentúo considerablemente cuando, aquella respuesta física inicial, se transformó en algo mucho más profundo que no podía contar a nadie. Ni siquiera a Nacho. Él parecía ajeno a todo y yo prefería que fuese así. Tenía la sensación de estar traicionándolo, como si el hecho de que me gustase Patri le dejase a él fuera del vínculo que teníamos los tres.

Entonces todo fue a peor. Patri comenzó a interesarse por otros chicos y los celos me consumieron. No soportaba escucharla hablar sobre lo mucho que le gustaba alguien y me empecinaba en echar por tierra las supuestas cualidades que veía en ellos.

A mí todos me parecían unos idiotas. Al final, siempre acabábamos discutiendo. Alguna vez había estado tentando de confesarle los verdaderos sentimientos que escondía mi comportamiento, pero nunca me atreví. El miedo a su rechazo me aterrorizaba y estaba claro que yo no le interesaba de esa manera. Para ella era solo un amigo, nada más.

Pero, de igual forma que no se puede contener la explosión de una caldera cuando la presión sobrepasa su límite, mi cobardía fue incapaz de evitar que me delatara de la peor manera posible.

Sucedió cuando yo ya había cumplido dieciocho años. Aun así, seguía acudiendo con mi padre al club de campo cada fin de semana. Había quedado con Nacho en el gimnasio, pero era temprano y ese día acababan de inaugurar la temporada de verano en la piscina, por lo que decidí aprovechar para darme antes un baño. Fue una mala idea. Muy cerca de mí, el grupito de Aitor estaba fanfarroneando como siempre. Hacía tiempo que ya no se atrevían a meterse conmigo. Sobre todo, después de que uno de ellos acabase con un ojo morado al intentarlo. En el último año había aprendido a pelear para defenderme, nadie volvería a intimidarme.

No quería escuchar sus tonterías. Iba a salir de la piscina, cuando de repente oí que Aitor hablaba de Patri. Me paré en seco. El muy capullo estaba alardeando de que le iba a pedir salir y de que ella diría que sí por cómo babeaba cuando lo miraba. Se me revolvieron las tripas. Patri no me lo había contado, pero tampoco me extrañó. Nuestra relación ya no era igual que antes, y entendía que no quisiera hablarme de ello. Casi lo

prefería. No hubiera soportado oírla decir que estaba enamorada de ese gilipollas. Pero la cosa no terminó ahí. Uno de ellos comentó que no sabía que Patri le gustase.

—Yo no he dicho que me guste —respondió Aitor con soberbia y, haciendo un gesto grosero con las manos, continuó—. ¡Lo que me gustan son sus tetazas!

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para calmarme y no partirle la cara allí mismo. ¡Cómo se atrevía a hablar así de Patri!

Estaba muy furioso, pero me recordé que yo no tenía ningún derecho a meterme en ese tema. Era asunto de ella. Sin embargo, sabía que, si continuaba un segundo más escuchando aquello, no iba a ser capaz de contenerme y la cosa acabaría muy mal. Salí del agua con el demonio en el cuerpo. Por suerte, ellos ni se habían dado cuenta de que yo estaba allí.

Me fui directo al gimnasio para desahogarme con el saco de boxeo. La cabeza me estallaba. Solo podía pensar en que ella no sería tan tonta para aceptar a semejante hijo de puta. Patri era más lista que todo eso. Tenía que darse cuenta de lo que pretendía Aitor.

Pero me equivoqué. Cuando apareció en el gimnasio, yo no estaba en condiciones de hablar con nadie, y menos con ella. Intenté ignorarla con la esperanza de que se fuera y me dejara a solas con mi rabia. Pero la muy testaruda no lo hizo. En su lugar me atacó y fue más de lo que pude soportar.

—¡Porque él es más hombre de lo que tú lo serás jamás! —me gritó con ira, y supe que ya no había vuelta atrás. Llevaba tanto tiempo conteniéndome que, al oírla, algo estalló dentro de mí y no pude frenarlo. Quería que se arrepintiera de sus palabras, que comprobara que yo ya no era el niño con el que jugaba, sino un hombre que se moría de ganas por hacerla sentir el mismo fuego que me estaba devorando a mí por dentro.

Al principio me acerqué a ella para que se callara, para que dejara de herirme de aquella forma. Patri me rechazó, y sé que tenía que haberla soltado, pero no pude. En lugar de eso, fue mi boca la que impidió que continuase hablando. Cuando noté que se quedaba quieta, recobré la cordura por un instante y me arrepentí de haberla forzado.

Aun así, fui incapaz de separarme de ella. Por fin la tenía entre mis brazos y necesitaba que comprendiese; quería que supiera lo que de verdad sentía, lo que no me había atrevido a decirle con palabras. Cuando me devolvió el beso creí que iba a volverme loco de felicidad. Ella me estaba aceptando y, durante el tiempo que duró, fue increíble.

Mucho más de lo que yo había fantaseado en mi imaginación. Sus labios eran suaves y cálidos, pero tan provocadores que me hicieron perder la razón. Llevaba demasiado tiempo soñando con ese momento, y no pude controlarme. Necesitaba besarla mucho

más que respirar. Y, cuando su mano acarició mi piel, me convertí en un salvaje, en un depredador que devoraba su boca como si le

perteneciese, como si tuviera el absurdo derecho a hacerlo, porque ella y yo estábamos predestinados a estar juntos para siempre.

Entonces Nacho apareció.

Yo pensaba que todo iba a cambiar entre nosotros y ya no me importó que nos descubriera. Sentí un extraño sentimiento de posesión y no dejé de abrazarla. Patri me había aceptado y quería que lo supiera todo el mundo.

De nuevo me equivoqué. Solo había sido un espejismo, una fantasía creada por mi mente, porque cuando ella se dio cuenta de lo que había pasado reaccionó con furia. Su bofetada me dolió como ninguno de los golpes que había recibido en mi niñez. Pero no la sentí en la cara, sino en el corazón. Las palabras que me dijo quedaron grabadas en mi mente como una losa de mármol, fría e imperecedera.

—¡No vuelvas a hacer esto en tu vida! —gritó—. ¿Me has oído bien? ¡Jamás vuelvas a besarme!

Y así iba a ser. Aquel día supe que tenía que alejarme de ella. Necesitaba cortar de raíz cualquier relación entre nosotros, porque era incapaz de gestionar el dolor y la frustración que sentía. Nacho intentó hablar conmigo sobre lo que había pasado, pero yo me negué. Quería olvidarlo. Por suerte, enseguida me marché a estudiar al extranjero, pero la satisfacción de conseguir lo que tanto esfuerzo me había costado, una plaza en la Universidad de Stanford, quedó reducida a la nada ante la implacable certeza de haberla perdido.

Durante mucho tiempo seguí destrozado. Tenía una nueva vida, nuevos proyectos, nuevas chicas de las que enamorarme. Y, aun así, no conseguía quitármela de la cabeza.

A todas les encontraba algún defecto, porque ninguna era ella. No dejaba de pensar en lo que podría haber sucedido si no me hubiese comportado como un salvaje. Imagino que en el fondo seguía aferrándome al recuerdo de que, por un instante, Patri había respondido a mi beso.

El descubrimiento de la Orden de Salomón y mi juramento de destruirla fue lo que eliminó cualquier esperanza. Iba a regresar a España, pero Patri ya no tendría cabida en mi vida. Sería demasiado arriesgado para ella y yo no podía consentir que estuviese en peligro por mi culpa. En aquel momento tampoco podía imaginar que sería ella quien tiempo después tendría interés en relacionarse con esa panda de asesinos. Por eso,

cuando volví a verla y me sonrió con el mismo anhelo en su mirada que a mí me estaba devorando por dentro, estuve a punto de olvidarme de todo, de rogarle que me diese otra oportunidad, de cogerla entre mis brazos y no separarme de ella jamás.

Pero eso no iba a suceder. Con un dolor que me desgarró el alma, tuve que recordar que mi vida ya no me pertenecía, que había hecho un juramento que debía cumplir a cualquier precio. El Persi que Patri había conocido tenía que morir ese mismo día. Vi su cara de decepción cuando «Percival» apareció, y supe que la había perdido para siempre. Era lo que había planeado, pero no por eso dolió menos.

Desde entonces, había podido mantenerme firme forzando su desprecio cada vez que nos veíamos. Mi único consuelo era saber que no le era indiferente, aunque solo fuera por lo mucho que se alteraba en mi presencia.

Y ahora me encontraba en esa situación. Descubriendo que no era la persona que creía, que se había convertido en alguien capaz de aliarse con la gente que yo más odiaba y, aun así, deseando con toda mi alma que lo que iba a tener que fingir fuese real.

—¿Me has oído, Persi? —preguntó Nacho haciéndome volver de los recuerdos que habían invadido mi mente—. Te estoy preguntando si no te da miedo volver a enamorarte de ella.

—Puedes estar seguro de que eso no ocurrirá —respondí con seguridad.

—Por tu bien espero que sea verdad —dijo Nacho preocupado.

Pero yo no le había mentido. Sabía perfectamente que no iba a volver a enamorarme de Patri, porque para eso tendría que haber dejado de estarlo en algún momento. Algo que no había sucedido jamás.

CAPÍTULO 11

PATRI

—¿No te parece que hoy deberíamos empezar la sesión hablando de cómo te va a afectar tu repentino matrimonio? —me preguntó Nacho con un velado tono de reproche en la voz.

Ya me lo esperaba. La continua hostilidad entre Persi y yo era difícil de encajar con la noticia de que ahora pensábamos casarnos. Era imposible que se tragase que nuestra relación había pasado de cero a cien en tan solo unos días.

—Lo siento mucho —respondí esperando que mi disculpa dulcificase la expresión de esos ojos avellana que me reñían a través de sus gafas.

—¿Qué es exactamente lo que sientes? —preguntó intentando mantener una pose profesional—. ¿Casarte o habérmelo ocultado?

No sabía qué decirle. Nadie podía conocer la verdad, ni siquiera él.

—He estado hablando con Persi —continuó—. Me ha dicho que todo es una farsa, un acuerdo al que habéis llegado, que vuestro matrimonio lo será solo en apariencia.

¿Es cierto?

Sus palabras me alarmaron. ¿Conocería también la existencia de la Orden de Salomón y lo que pretendían? Me extrañó mucho. Nacho parecía más resentido que otra cosa. Decidí actuar con cautela. Asentí y esperé a que siguiese hablando.

—Patri, necesito que tú me cuentes la verdad —dijo dejando de lado al psicólogo.

Ahora el que hablaba era mi amigo—. No entiendo de qué va toda esta locura y me horroriza pensar en cómo puede terminar.

—¿Qué te ha dicho Persi? —pregunté sin andarme con rodeos.

—No mucho —respondió con pesar—. Tan solo que ha llegado a un acuerdo con su padre que no me puede explicar. Por eso estoy tan preocupado.

Así que Nacho no sabía nada. Persi le había mantenido al margen y, por una vez y sin que sirviese de precedente, me pareció que había

actuado con acierto.

—Pues no deberías hacerlo —dije con más seguridad—. Es verdad que vamos a casarnos, pero cada uno seguirá con su vida como hasta ahora. Solo de vez en cuando tendremos que disimular delante de la gente y ya está.

—Pero ¿por qué? —insistió desconcertado—. Tienes una vida independiente, un trabajo que te encanta y en el que te valoran, ¿para qué necesitas complicarte la existencia fingiendo un matrimonio y, nada más y nada menos que con Persi? Te juro Patri que no lo entiendo. ¿Qué vas a conseguir con todo este embrollo?

Aquella respuesta no era sencilla. No podía contarle la verdad, pero tampoco quería mentirle. Nacho no solo era mi psicólogo, también era mi amigo. Si le confesaba mis verdaderos motivos, intentaría convencerme para que no lo hiciera, para buscar otra alternativa. Pero yo sabía que no la había. El brazo en cabestrillo que todavía llevaba mi madre me lo recordaba cada vez que la veía.

—Lo siento mucho Nacho, pero yo tampoco puedo contártelo. Espero que lo entiendas —respondí apesadumbrada—. Quédate con la idea de que será beneficioso para mí.

—Pero ¿cómo va a ser beneficioso para ti, si cuando ves a Persi te exasperas y acabas cabreada? ¿O es que ahora me vas a decir que eso también era fingido? —dijo con incredulidad.

—No, te aseguro que eso sigue siendo muy real —respondí categórica.

Durante un buen rato continuó haciéndome preguntas que yo eludí como pude. Era difícil para él aceptar la situación.

—Pero ¿por qué tienes que hacer algo así? ¡Tú siempre vas de frente, odias la hipocresía y el engaño, y eso es precisamente lo que vas a tener que hacer a partir de ahora! —exclamó exasperado—. Sigo sin comprender qué puede ser tan importante para ti como para renunciar a tus principios.

«Mi madre, Nacho, la vida de mi madre». Pensé con dolor.

—¡No insistas más, por favor! —le corté. Si seguía recordándome todo lo que iba a tener que sacrificar por mi decisión, acabaría derrumbándome como un castillo de naipes, y eso era algo que no me podía permitir.

Creo que Nacho comprendió que me estaba presionando demasiado, y cambió de estrategia.

—Persi me ha contado que viviréis en la antigua casa de campo de su abuelo, que ese era uno de los puntos que había impuesto su padre en el trato—dijo más relajado—.

¿Eso tampoco te importa?

«Primera noticia»

Reconozco que sí me había planteado el tema de dónde íbamos a vivir. A mí me gustaba mucho el piso que tenía alquilado, pero dudaba mucho que Persi aceptase mudarse a un hogar tan modesto. Por eso imaginé que sería yo quien tendría que trasladarme a su casa mientras durase la farsa. Lo de que nos iríamos a vivir al campo me pareció surrealista. Yo no había estado nunca allí, pero tenía entendido que era una mansión muy antigua que estaba en mitad del monte. ¿Qué pintábamos nosotros en ese lugar? No me cuadraba para nada que Marcos le hubiese dicho eso a su hijo, si no era porque tenía alguna buena razón para hacerlo. Entonces se me ocurrió que quizá la exigencia no viniese de él, sino de los que estaban detrás de todo aquel asunto. Pero

¿qué más le daba a la Orden dónde viviésemos nosotros? A mí no me hacía mucha gracia la idea de salir del centro urbano, pero no era el momento de plateármelo, ni de añadir más leña al fuego.

—No es algo que me preocupe —respondí evasiva.

—¿Has considerado lo alejada que está del centro de Boadilla y de cualquier otra residencia? —insistió—. Estarás sola con él en pleno monte.

—Tranquilo, no creo que se le ocurra asesinarme allí —me burlé. Más bien sería yo la que tendría la tentación de hacerlo.

—¿No has pensado que en una casa de campo siempre hay animales que se pueden colar? ¿Y si hay roedores?

Sentí un escalofrío al oírlo. Solo de pensar en encontrarme con un ratón en la cocina o en cualquier otro sitio de la casa, me dio pavor.

—¡Ay, Nacho! —protesté removiéndome incómoda en la butaca—. ¿Es que quieres que vuelva a tener pesadillas?

—No, lo siento —respondió algo avergonzado—. Perdóname, no debería haberte dicho eso. Hace mucho que ya no tienes sueños de ese tipo y no me gustaría que volvieran por mi culpa.

Entonces, recordé algo que quizá me ayudase a desviar la conversación hacia un terreno más neutral.

—Hace unos días tuve una pesadilla horrible —comenté esperando que se tragase el anzuelo.

—¿Con ratas? —preguntó frunciendo el ceño.

—No, no, esta fue muy diferente. Soñé con una batalla… Bueno, ahora que lo pienso, no había tanta gente —rectifiqué—. Pero sí parecían guerreros y luchaban con espadas.

Nacho me escuchaba atento y no siguió con el otro tema. Mi ardid había funcionado.

—¿Qué más recuerdas? —preguntó entrando al trapo. El Nacho psicólogo no había podido resistirse a mi artimaña.

Lo malo era que ahora me tocaba volver a pensar en aquella dichosa pesadilla.

Después del día tan horrible que había pasado por el aniversario de la muerte de mi padre y la devastadora noticia de las intenciones de la Orden de Salomón, encima aquel sueño me había dejado echa polvo. Pasé un lunes de perros.

—Era como si estuviese viendo una película antigua de moros y cristianos, pero todo parecía demasiado real.

—¿Qué pasó?

Me concentré un poco más cerrando los ojos y a mi mente llegó una imagen muy concreta.

—Había un hombre —susurré—. Luchaba él solo contra otros dos.

—¿Recuerdas cómo era?

Noté que mis labios se curvaban formando una sonrisa picarona.

—Un guerrero de los pies a la cabeza —dije recreándome en su visión —. Alto.

Fuerte. Tenía una espalda impresionante…Pelo largo, hasta los hombros más o menos.

Una barba bien poblada…y una mirada salvaje… Parecía un león enfurecido defendiéndose de sus atacantes.

—¿Te dio miedo?

La voz de Nacho me hizo regresar de mi ensoñación y abrí los ojos para contestarle.

—No precisamente… —bromeé mirándolo con una mueca seductora —. Digamos, que no me importaría pasar una noche a solas con él.

—Lo que me estás contando parece una escena salida de Juego de Tronos —

comentó arqueando una ceja—. ¿Estás segura de que lo que tuviste fue una pesadilla y no un sueño erótico?

—Ya me hubiese gustado a mí que acabase con «final feliz», te lo aseguro —me burlé—. Dicen que el sexo después de una batalla es brutal. Testosterona en estado puro. ¿Tú qué crees?

—Yo prefiero no tener que arriesgar mi vida bajo ningún concepto.

—Ya me imaginaba que dirías algo por el estilo—bromeé.

—Continuemos con el sueño —dijo ajustándose las gafas—¿Qué pasó después?

¿Qué fue lo que te alteró?

—La lucha me hizo sentir mal. No estaba igualada. Los musulmanes superaban en número a los cristianos, pero estos se defendían bien. Uno de ellos no combatía. Se mantenía al margen. Reía… Creo que los había traicionado, porque su ropa era como la de los otros caballeros. Y había una mujer…

—¿Cómo era ella?

—Llevaba el pelo cubierto por una tela, pero los mechones oscuros le caían hasta el pecho. Vestía con una túnica larga… Y tenía mucho miedo… Estaba horrorizada con lo que estaba pasando… Creo que el primer hombre del que te he hablado intentaba protegerla. Pero entonces…

No pude continuar. ¿Cómo era posible que, después de los días que habían pasado, el recuerdo de aquel sueño todavía me afectase tanto?

—¿Qué ocurrió? —preguntó Nacho alentándome a seguir.

—El traidor lanzó una daga sobre el guerrero —murmuré.

—¿Lo mató?

—No. No llegó a herirlo, porque ella se abalanzó sobre él para protegerlo. La daga se clavó en su cuerpo… —dije con un nudo en la garganta—. Él no se dio cuenta de lo que había pasado hasta que fue demasiado tarde… La mujer cayó en sus brazos… Sus enemigos aprovecharon para asesinarlo por la espalda… Murieron los dos.

Terminé mi relato sin apenas voz. La sensación de angustia que había sentido al despertar había vuelto. Nunca había tenido una pesadilla que me impactase tanto.

—¿Algo más? —preguntó Nacho al ver que yo permanecía en silencio.

—Solo eso. Luego desperté —respondí negando con la cabeza.

Nacho terminó de tomar notas.

—¿Qué opinas? ¿Tiene algún significado?

—¿Lo tiene para ti?

—¿Que el amor nunca termina bien? —respondí con ironía.

—¡Cómo no ibas a llegar tú a esa conclusión! —respondió con resignación—. Los sueños solo son el resultado de la actividad de tu cerebro mientras duermes y me imagino que estos días no han sido precisamente fáciles.

Quizá tuviese razón, pero parecía tan real… No, no tenía sentido darle más vueltas al tema. Había sido un sueño, solo eso. En pocos días se me habría olvidado.

El resto de la sesión continuó sin más sobresaltos, como todas las semanas, pero cuando ya me marchaba, mi amigo volvió a la carga con el tema que le preocupaba.

—Prométeme que reconsiderarás lo de casarte con Persi —insistió.

Ya me extrañaba a mí que dejase correr el asunto sin más.

—No hay nada que reconsiderar, Nacho. Mi decisión está tomada —aseguré con determinación.

Fui a abrir la puerta, pero él me lo impidió parándola con su mano.

—¿Se te ha pasado por la cabeza qué ocurrirá si vuelves a enamorarte de él? —dijo clavando sus ojos en los míos.

No pude contener la risa nerviosa que me dio.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¡Venga ya, Nacho! —repliqué con burla —. En aquella época yo solo era una cría, ¿cómo puedes pensar que alguien como Persi pueda gustarme ahora? Es tu amigo y, aunque no puedo comprenderlo, sé que le tienes aprecio, pero te aseguro que a mí me da más miedo acabar en la cárcel por asesinato, que hundida en la miseria por él.

—El odio y el amor son dos caras de la misma moneda —respondió con su rostro muy cerca del mío—. Como terapeuta y amigo, te pido que lo pienses. Todavía no estás en condiciones de afrontar una relación así.

—Vale, lo pensaré —dije para tranquilizarlo y zanjar allí la conversación. Bien sabía yo que no había nada que pudiese hacerme cambiar de opinión.

La convivencia con Persi iba a ser dura, pero tendría que soportarla durante el tiempo que tardase en destruir a la Orden. Era imposible que pudiese volver a enamorarme de él. Ni aunque fuese el único hombre disponible sobre la Tierra y la esperanza de la especie humana dependiese de eso. Paciencia era lo único que necesitaba. Eso, y un buen par de tapones para no tener que oír su insufrible verborrea.

CAPÍTULO 12

PERSI

—Tenemos que planificar muy bien tus siguientes pasos, Persi. Por fin tenemos la oportunidad de aniquilar a esos cabrones, y no podemos permitirnos ningún error —

me dijo Claudia con rotundidad.

Su expresión me recordó a la que tuvo que poner Patton cuando pronunció su famosa frase: «Que Dios tenga piedad de mis enemigos, porque yo no la tendré».

Aunque claro, cualquier parecido entre ella y ese general de la Segunda Guerra Mundial era mera coincidencia. O quizá no. Claudia también intimidaba a la mayoría de los hombres con su sola presencia.

Madrileña de nacimiento, pero con el físico característico de las italianas tipo Sofía Loren heredado de su madre, era una mujer de armas tomar. Extrovertida y seductora por naturaleza, con una mente despierta y una lengua afilada, llamaba la atención allá por donde pasaba.

Ella era mi mano derecha. Ella se encargaba de hacer que mi tapadera fuera creíble.

Ella era la persona a la que le había jurado que no descansaría hasta haber destruido a la Orden de Salomón.

La conocí en Stanford cuando yo todavía soñaba con tener una vida normal y exitosa en el país de las grandes oportunidades. Al terminar mis estudios, me habían ofrecido quedarme a desarrollar mi carrera profesional en la universidad y a mí me pareció el mejor de los regalos. Allí me encontraba en mi salsa, con gente que apreciaba mi talento y con los que podía compartir mis inquietudes sin sentirme un bicho raro. En esa maravillosa época conocí a Claudia. Ella compartía piso con la novia de uno de mis amigos, y entre los dos intentaron liarnos en una de esas cenas a cuatro bandas que son tan del gusto de las parejitas con síndrome de casamentera.

Sería hipócrita por mi parte negar que cuando la vi no me quedé impactado.

Morena de rasgos mediterráneos, con unas curvas que ya las quisiera para sí la guitarra de Paco de Lucía, y un vestido rojo tan pegado a su

piel que bien podría haberse confundido con un tatuaje.

En cuanto nos sentamos a la mesa vi la expresión burlona en la cara de mi amigo que me restregaba en silencio un «te lo dije». Tuve que darle la razón. Sin duda, el espectacular físico de Claudia superaba con creces las expectativas que sus palabras habían creado en mi mente por anticipado. Ella también me observaba sin reparos y, según avanzaba la velada, nuestra conexión creció considerablemente. Pero no como mi amigo suponía.

Para los postres, yo ya tenía claro que lo que más me atraía de Claudia no era el generoso escote que lucía con orgullo, sino el vivo intelecto que evidenciaban su mirada directa y cada frase que salía por su boca. Era fascinante. Un genio mordaz y descarado que se camuflaba en un cuerpo nacido para el pecado.

Tiempo después me confesó que le había sorprendido que yo no intentase llevármela a la cama esa noche. Según ella, eso fue lo que le confirmó que yo merecía la pena. Ambos teníamos claro que nuestra relación podía ir más allá de un polvo —en ese sentido, nuestras necesidades estaban bien cubiertas—, y que no funcionaría en el terreno romántico. Sin embargo, una extraña y fortalecida amistad surgió sin buscarla.

Claudia fue para mí un regalo que no esperaba. En pocos meses nos convertimos en confidentes sin necesidad de palabras, nos entendíamos con una mirada o con un gesto.

No había secretos entre nosotros, ni censura alguna. Mis amigos no se creían que entre nosotros no hubiese algo más. Decían que era imposible tener a «ese pedazo de hembra» al lado sin volverse loco, sin intentar colarse entre sus piernas a la menor oportunidad. Ni me molesté en explicarles que hacía tiempo que yo no la veía como ellos. Aunque nadie pudiese entenderlo, Claudia estaba ocupando en mi vida el lugar de la hermana que nunca tuve.

Una Navidad vino a Stanford su verdadero hermano. Alonso era un tipo simpático, algo menudo, pero con la misma seguridad en sí mismo que los guerreros italianos en pleno apogeo del Imperio Romano. Claudia lo adoraba. Se respiraba en el ambiente su complicidad y entre los dos se encargaron de ponerme al día de todas las travesuras que habían hecho en su infancia. Podría decir que estando a su lado me sentía como en casa, pero la mía no se había parecido nunca al hogar feliz del que ambos hablaban.

Pasamos la Nochevieja en la fiesta que habían organizado unos amigos en su apartamento. El alcohol se evaporaba de nuestras copas como las horas del año que había quedado atrás. A nadie le preocupaba cómo acabaríamos al día siguiente, era un momento para hacer cualquier exceso sin pensar en nada más. Todavía recuerdo con envidia aquella época.

—Me caes bien, chaval —me dijo Alonso con voz pastosa, pasando un brazo por mi cuello mientras con la mano que tenía libre hacía chocar su copa contra la mía.

—Lo mismo digo —respondí devolviéndole el cumplido. Tampoco estaba yo muy sobrio que digamos y aquel momento de exaltación de la amistad me pareció de lo más coherente.

—Una pena que tú y mi hermana solo seáis amigos. Ese me parece un completo gilipollas —dijo intentando señalar con un dedo hacia la puerta por la que Claudia y el tío con el que salía en esos días habían desaparecido momentos antes—. Pero, qué remedio, ya es mayorcita para saber lo que hace.

—Eso seguro —confirmé con la esperanza de que no se me notara la gracia que me hacía imaginarme a Claudia siendo sermoneada por su hermano mayor.

—Por lo menos, sé que te tiene a ti —continuó Alonso sin enfocar la mirada—.

Tienes que prometerme que cuidarás de ella cuando yo me vaya.

—¡Por supuesto! Puedes contar conmigo —contesté chocando mi copa contra la suya para darle más énfasis a mi promesa. A punto estuvimos de caernos los dos al suelo por el ímpetu de mi movimiento.

Una vez que recobramos el equilibrio, y todavía sin soltarme, Alonso se acercó más a mí y comenzó a hablar de forma confidencial bajando el tono de su voz. Yo intenté fijar mi mirada en la cabeza de Alonso que se movía a mi lado sin compasión.

—Voy a contarte un secreto —dijo llevándose un dedo a los labios—. Ando tras la pista de una noticia brutal, pero todavía no puede saberlo nadie.

Alonso era periodista de investigación, un fuera de serie según Claudia, por lo que no me extrañó su comentario. Pero debí de hacer algún gesto raro, porque asintió muy despacio, y de forma reiterada,

como si necesitase que yo le creyese.

—Tengo que ser muy cuidadoso —dijo repitiendo con el dedo la advertencia de que lo que me estaba contando era un secreto—. Mi vida puede correr peligro si se enteran de lo que he averiguado

—¡No lo permitiré! —exclamé con la bravuconería estúpida de los borrachos—. Tú eres mi amigo y no consentiré que nadie te haga daño. ¡Quien se atreva a hacerlo, tendrá que enfrentarse con Percival Olivares Falcón!

—Si ya lo decía yo. ¡Detrás de esa cara bonita hay un gran tío! Vamos a por otra ronda —dijo al ver que nuestras copas estaban casi vacías —. Tú cuida de mi hermana, que yo me encargaré de dar su merecido a la Orden de Salomón.

Aquella fue la primera vez que oí ese nombre. Tres palabras que cambiarían mi vida para siempre y que, sin embargo, en aquel momento pasaron por mi mente sin pena ni gloria. De hecho, no las recordé hasta un tiempo después.

Para entonces, Alonso ya estaba muerto.

—Creo que de momento Patri es nuestra mejor baza—continuó Claudia ajena a mis pensamientos—. Si ella está tan interesada en entrar en la Orden, seguro que es porque los conoce. ¿Te ha dicho algo que pueda sernos de utilidad?

Mi mirada se perdió en el enorme cuadro de colorido impactante que decoraba su despacho. Claudia había montado una pequeña pero exitosa agencia de marketing, cuyo más distinguido cliente era yo. La oficina irradiaba descaro y vitalidad, con un estilo atrevido e innovador que casaba a la perfección con ella.

Negué con un gesto.

—Hemos quedado esta noche para cenar. Imagino que querrá echarme la bronca por la escenita de la capilla y dejarme claro que no se me ocurra volver a inmiscuirme en su vida de esa manera —dije con una sonrisa malévola—. Pobrecita. No sabe que este solo ha sido el primero de los muchos bochornos que la esperan.

Claudia no conocía a Patri en persona. Solo sabía de ella que tenía un cargo público y que había sido mi amiga durante la infancia.

Nada más. Lo que significaba para mí era un secreto, un terreno

prohibido que yo protegía con cadenas de hierro. Ni siquiera Claudia tenía acceso a él.

—¿Qué tienes pensado decirle? —preguntó llevándose a los labios la taza de café que nos habíamos servido al comienzo de nuestra charla.

—Cualquier cosa que la irrite —respondí burlón. Luego mi tono cambió—. Mi madre y Arturo no se creen que quiera ingresar en la Orden de Salomón por codicia, ansias de poder o por las dos cosas a la vez. Insisten en que averigüe si hay algún otro motivo que desconozcamos. Esta noche la presionaré, le daré la oportunidad de contarme la verdad, pero mucho me temo que todo será en balde.

—Esa mujer tiene fama de ser muy lista, no te dejes engañar.

—Tranquila. No bajaré la guardia. Si oculta algo, lo descubriré, pero creo que después de mi actuación tendremos que pensar en otra forma de acceder a la Orden. Me extrañaría que Patri supere el espectáculo que le tengo preparado.

CAPÍTULO 13

PATRI

Tuve que dejar el coche en una calle paralela a Avenida del Siglo XXI. Por muy invierno que fuese, allí los restaurantes rebosaban animación cualquier viernes a la hora de la cena y no resultaba tarea fácil encontrar aparcamiento. Mucho más, en esos días previos al ambiente navideño que en poco tiempo se propagaría por todos lados. Yo estaba para pocas fiestas. Ni las luces que ya decoraban los árboles consiguieron alegrarme el espíritu. Hacía frío y llovía a cántaros, así que cogí el paraguas y me cerré bien el abrigo.

Una noche de perros muy acorde con la cita que me esperaba. Echaba de menos un jersey calentito, pero no me arrepentía de haber elegido mi blusa negra favorita para la ocasión. Me encantaban sus mangas de encaje y la asimetría del cuello que dejaba un hombro al descubierto. En el local la temperatura no sería un problema y me vendría bien sentirme a gusto para manejar la conversación con Persi. Estaba un poco nerviosa.

Tenía muchas cosas que aclarar con él y no quería que se me olvidase ninguna. Entre ellas, que bajo ningún concepto iba a permitirle que sus extravagancias afectasen a mi trabajo como había pasado con la escenita de la propuesta de matrimonio.

Por fin llegué a Las Tres Nueces. Uno de mis restaurantes preferidos y, si mi memoria no me falla, de los primeros que se instaló en la zona nueva de Boadilla a principios de los años dos mil. Con el tiempo se había ido modernizando para estar a la altura de la nueva competencia, pero el ambiente cálido y elegante permaneció inmutable.

—¡Enhorabuena! —dijo Juan, el dueño, cuando me vio dejar el paraguas en la puerta. Su sonrisa era comedida, pero no ocultaba cierta complicidad. Él había sido testigo en más de una ocasión de los rifirrafes entre Persi y yo cuando quedábamos allí con nuestras familias—. Ya me he enterado de la gran noticia. ¡Qué calladito lo teníais!

—Mejor guardar las apariencias hasta tenerlo claro —respondí ofreciéndole con un guiño la excusa que había preparado para situaciones como esa.

—Funcionará, estoy seguro —dijo con afecto—. Ven, Persi ya ha

llegado.

Lo seguí hacia la parte interior del local en cuyo frontal había un enorme mapamundi iluminado, luego giró a la derecha. Aquella terraza acristalada siempre me

había parecido muy acogedora, pero en ese momento no estaba yo para fijarme en la decoración precisamente.

—Será mejor que vayas a rescatarlo —dijo Juan señalando con un gesto hacia un grupo de chicas que rodeaban a Persi—. Han salido escopetadas de su mesa en cuanto le han visto. Creo que son fans suyas.

—¿Rescatarlo? —respondí con ironía—. Ya lo conoces. Sabes igual que yo que está disfrutando.

Juan rio.

—Quizá, pero con una boda por delante tendréis mucho de qué hablar esta noche.

Todavía recuerdo los preparativos de la mía y me entra pánico solo de pensar que tuviera que repetirla —comentó con la confianza que da el trato de años.

«Si dependiese de mí, te aseguro que en diez minutos quedaría el asunto zanjado», pensé. Pero, claro, no podía decir algo así, por lo que me limité a asentir con un gesto antes de que se marchase.

Me dirigí hacia la mesa sin prisa, observando la escena con cierta incomodidad.

«Parecen una jauría de lobas acorralando a su presa». Enseguida me arrepentí de aquel pensamiento. ¿A qué venía? Esas mujeres solo estaban hablando con él. Por muy increíble que a mí me pareciese, sabía que Persi tenía muchas admiradoras y era lógico que se hubiesen acercado a saludarlo.

Al verme se escabulló de la prisión femenina y, con una sonrisa de oreja a oreja que yo intenté imitar sin mucho éxito, me ayudó a quitarme el abrigo haciendo alarde de su anticuada caballerosidad. Lo dejó en una de las sillas y, antes de que pudiese reaccionar, pasó su brazo alrededor de mi cintura atrayéndome hacia él. Aquel gesto me pilló por sorpresa.

—Querida, cada día que pasa tu exquisita belleza me resulta más tentadora —dijo con voz seductora y su rostro demasiado cercano al mío.

Oí algún suspiro mientras notaba las mejillas ardiendo por la vergüenza. Tenía que empezar a controlar aquella reacción, si no quería parecer una idiota cada vez que él abriese su enorme bocaza.

—Señoritas, permitidme que os presente a la mujer de la que hablaba. Ella es mi prometida, Patri, la reencarnación de la mismísima diosa Diana que ha accedido a hacerme el honor de convertirse en mi esposa.

Me repateó que emplease esos términos, pero a ellas les encantaron y todas me saludaron con simpatía. Todas menos una.

—¿Diana? —preguntó la que me miraba con un velado menosprecio —. Persi, hubiese apostado a que tu ideal femenino sería Venus, la más bella del panteón romano.

Estaba claro que aquella chica de aspecto provocativo quería llamar la atención, pero él no se inmutó.

—Pues en ese caso siento defraudarte —respondió mirándome a mí—. Cualquier hombre inteligente sabe que la belleza exterior es efímera. Mi adorada Patri no es solo una beldad, como salta a la vista, ella ha sido bendecida con los dones de la diosa de la naturaleza salvaje. Fuerte, enérgica, inteligente y protectora. ¿Qué más podría desear un pobre mortal como yo?

—Que no sea el culmen de la castidad…—insistió ella con recochineo sin darse por vencida—. Si no me equivoco, esa también era una de sus múltiples cualidades.

Aquella mujer estaba comenzando a tocarme las narices. Iba a responderle por su grosería, pero Persi me lo impidió rozando sutilmente mis labios con su dedo. Una caricia que continuó muy despacio bajando por mi cuello hasta el hombro que llevaba al descubierto. Mentiría si dijese que no me estremecí por el contacto de su cálida mano en mi piel. Sin duda, debido al contraste con el frío que había pasado antes. Sí, esa tenía que ser la explicación.

—Por suerte para mí, lo que se cuenta en los libros no siempre es cierto —susurró mirándome a los ojos—, o me hubiese vuelto loco sin poder ver cumplido mi mayor anhelo.

Tragué saliva y me removí nerviosa separándome un poco. ¿Desde cuándo era Persi capaz de fingir tan bien?

—Pero…

—Ya está bien, Carla. Te estás pasando —murmuró una de sus amigas agarrándola del brazo.

—Solo he mencionado algo que cualquier amante de la historia romana debería conocer —se defendió ella con altanería.

—Y tienes toda la razón, Carla —contesté por fin—. Es fascinante lo mucho que sabes de mitología. Apuesto a que ahora ibas a hablarnos de la principal cualidad de Diana. ¿Me equivoco?

Al ver su gesto de extrañeza, continué con un tono de voz cargado de intención que intenté edulcorar con una sonrisa.

—En ese sentido, te confirmo que también me parezco a Diana. La diosa de la caza nunca fallaba cuando algo se cruzaba en su camino. Ni yo tampoco.

Igual me había excedido un poco, pero no iba a aguantar más tonterías de esa chica.

Por muy ficticia que fuera mi relación con Persi, ella no lo sabía, y semejante comportamiento era del todo inaceptable.

—Creo que ya es hora de que volvamos a nuestra mesa, pero ¿os importa que nos hagamos un *selfi* con vosotros? Nos haría mucha ilusión —dijo otra para romper la tensión.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Persi complacido por la idea—. Y si lo subes a Instagram, no te olvides de etiquetarme. Ya sabes que me encanta crear historias de estos encuentros casuales.

—¿Y si hago yo la foto? —pregunté esperando no tener que salir en ella.

—¡Pero entonces no será igual! —respondió la chica con un mohín—. Queremos tener el recuerdo con los dos, ¿verdad?

Las demás asintieron y enseguida se colocaron a nuestro lado. Lo que me faltaba.

Otra vez a forzar una sonrisa para no quedar como una antipática. Por desgracia, estaba empezando a pensar que aquella situación iba a ser

algo habitual en mi futura vida. Un inconveniente más que añadir a la lista.

—Has estado magnífica —dijo Persi cuando al fin nos quedamos solos y el camarero se fue llevándose apuntados los platos que habíamos elegido para la cena—.

Casi has conseguido convencerme a mí también de que estabas celosa.

—¿Celosa? ¡No digas tonterías! —repliqué—. Esa chica necesitaba que alguien la pusiese en su sitio, eso es todo.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, querida —respondió con una pícara sonrisa—. Pero te ha quedado sublime. Con tu reacción, ahora ninguna de ellas tendrá la menor duda de que estamos «locamente enamorados» y se encargarán de difundirlo a los cuatro vientos en las redes. Simplemente perfecto. Creo que estamos preparando muy bien el terreno para cuando nos casemos en enero.

—¿Enero? —pregunté sin poder creérmelo.

—Claro —respondió enarcando una ceja—. ¿No te dijo mi padre que la boda será el 21 de enero?

No, no lo había hecho. ¿A qué venían tantas prisas?

—Entonces imagino que esta noticia te llenará de gozo. Mientras antes nos casemos, más pronto podremos comenzar las pruebas de iniciación para entrar en la Orden de Salomón. Y, ¿no es precisamente eso lo que deseas? —preguntó con un tono extraño en la voz que no supe descifrar—. Me pregunto por qué tienes tanto interés en conseguirlo.

Aquello me sorprendió. ¿Acaso Persi no estaba al corriente de mi situación? A juzgar por sus palabras, Marcos debía de haber manejado el asunto de mi madre con mucha discreción. ¿Se lo habría ocultado a su hijo? Mejor así. Otra cosa más que tenía que agradecerle.

Persi seguía esperando mi respuesta, por lo que no me quedaba más remedio que inventarme una excusa que justificase mi interés. Pero ¿cuál? Yo apenas sabía nada de la Orden, ¿qué podría decir para que sonase creíble? Debía actuar con cautela. Él tenía que pensar que mis motivos y los suyos eran los mismos.

Y en ese momento me di cuenta de algo importante. Tan ofuscada había estado por el hecho de tener que casarme, que no me había

planteado cuáles eran sus motivos para hacerlo. ¿Por qué querría ingresar en la Orden? Él podría ser muchas cosas que yo aborrecía, pero me resultaba difícil imaginarlo como alguien que estuviese dispuesto a aceptar las reglas de un grupo de asesinos. Marcos había dicho que Persi obtendría algo a cambio, pero él ya tenía todo lo que pudiese desear en la vida. En esta y en cinco más.

¿Qué le aportarían ellos entonces? ¿Y por qué había accedido a casarse conmigo si él no me necesitaba para ser admitido como candidato en la iniciación?

No me lo pensé dos veces, y se lo pregunté a bocajarro.

—¿Y tú, Persi? —dije devolviéndole la pelota—. ¿Cuál es tu interés en esto?

—¿Mi interés? —preguntó extrañado.

—Sí, ¿por qué quieres entrar en esa sociedad secreta? —dije utilizando un término más conciliador que el que tenía en mi mente.

Si la jugada me salía bien, él podría darme información muy valiosa sobre la Orden.

Tenía que aprovechar eso en mi favor. Si quería destruirlos con rapidez, ya era hora de empezar a conocerlos.

—Marcos me ha dicho que estás muy interesado en conseguirlo, así que me imagino que el premio merecerá la pena —insistí.

—¡Qué casualidad! A mí me dijo lo mismo de ti —exclamó divertido —. Sin duda, eso será fantástico para superar las pruebas juntos.

—¿Qué pruebas, Persi? —pregunté exasperada al ver que no contestaba a mi pregunta—. ¿Qué sabes tú de la Orden?

—¿Yo? ¡Nada, querida, absolutamente nada! —exclamó riéndose—. No sabía ni que existía hasta que mi padre me dijo que me necesitabas para entrar en ella. Pero me imagino que debe de ser algo increíble si tú estás dispuesta a casarte conmigo para conseguirlo. A ver, comprendo que cualquier mujer estaría encantada de contraer matrimonio con un partidazo como yo: guapo, simpático, famoso y obscenamente rico, pero no dejo de preguntarme por qué lo vas a hacer tú. Me consta que mis cualidades no son de tu agrado.

—De eso puedes estar seguro —dije arrastrando las palabras.

—¿De que soy un partidazo o de que no te agrado? —respondió con ironía—. Es que no me ha quedado del todo claro.

Tuve que respirar profundamente dos veces para no estrangularlo. ¡Dios, era imposible tener una conversación civilizada con él!

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dije intentando calmarme—. ¿Me estás diciendo que no tienes ni idea de qué es la Orden de Salomón y que el único motivo por el que te has metido en todo esto es porque tu padre te ha pedido que me ayudes?

—Correcto —respondió con una sonrisa infantil que me sacó de quicio.

—¡¿Y ya está?!

—¡Diantres! —exclamó extrañado—. ¿No te parece razón suficiente para participar en esta aventura? ¡Quiero conocer por dentro una sociedad secreta real! Pensaba que era por eso por lo que deseabas entrar tú. Recuerdo que te encantaban los libros que hablaban de ellas. Venga, cuéntame, ¿qué sabes de esta? Mi padre no ha querido darme más detalles, y me pierde la curiosidad morbosa. ¿Hay algún ritual erótico que merezca la pena? Avísame con tiempo, porque tengo que prepararme para que mi cuerpo se vea majestuoso a la luz de las velas. Eso sí, espero que no tengamos que beber nada asqueroso. Ya sabes que soy muy delicado de estómago.

Persi no paraba de hablar y a mí me iba a estallar la cabeza con tantas estupideces.

—¿Serán muy duros con las pruebas? —continuó—. Bueno, no me importa. ¡Un caballero siempre acude presto a la llamada de auxilio de una dama sin importar los peligros que deba afrontar! Puedes confiar en mí. Yo seré tu paladín si hay algún enigma que resolver… Pero, ya me conoces, igual las pruebas físicas las tienes que hacer tú sola —terminó encogiéndose de hombros.

—¡Deja de decir sandeces, Persi! —exclamé irritada—. Esto es muy serio. ¡No puedes tomártelo a broma!

—Vale, vale, no te pongas así —se defendió—. Pero si nadie me cuenta nada, ¿cómo voy a saber lo importante que es? A mí me parece divertido.

—¿Divertido? ¿Te parece divertido? —pregunté a punto de cortarme las venas.

—Sí, divertido… y muy lucrativo —dijo con una sonrisa de medio lado—. Para serte sincero, el hecho de que mi padre me vaya a dar la casa de mi abuelo como regalo de bodas es otro de los motivos que me ayudaron a tomar la decisión. ¡Ah! Y un yate, que no se me olvide el yate.

—¿Y de verdad estás dispuesto a meterte en este lío solo por una casa y un barco?

—¡Solo una casa! ¡Cómo puedes decir algo así! —respondió ofendido —. Si mi abuelo te oyese, se volvería a morir del disgusto. ¡Con lo que tuvo que luchar el pobre para que se la vendiesen sus antiguos dueños! Se pasó toda la vida adorándola y tú ahora la menosprecias de esa forma. Sinceramente, Patri, no esperaba algo así de ti —

dijo levantando un poco la nariz como si estuviese resentido por mis palabras, pero luego su expresión volvió a cambiar y me sonrió con picardía—. Además, aprovecho para informarte de que será nuestro «nidito de amor» cuando nos casemos. Quiero disfrutar lo antes posible de mi regalo y estoy seguro de que a ti te va a encantar.

Imagínate, los dos allí solitos con la única compañía de la naturaleza a nuestro alrededor… Bueno, y la de los fotógrafos que pienso contratar para que nos hagan un reportaje completo. Ya estoy viendo las fotos tan románticas que voy a subir a las redes.

Mis admiradoras se volverán locas cuando nos vean disfrutar de esta preciosa historia de amor, aislados del mundo, como si estuviésemos en un paraíso privado. ¿No te parece fabuloso?

«¡Dios mío, no lo soporto! ¡No lo soporto! ¡No lo soporto!» Tuve ganas de echarme a llorar. Mi vida iba a ser un infierno.

—Tengo que ir al aseo —dije levantándome de improviso del asiento.

Salí escopetada de allí. Si permanecía un segundo más escuchándolo, estaba segura de que acabaría rompiendo nuestro compromiso, y con él, cualquier posibilidad de salvar a mi madre. «Paciencia, Patri. Paciencia», me repetía una y otra vez en el baño.

«Persi no puede echar por tierra todos tus planes. Tienes que ser fuerte».

Hice un esfuerzo sobrehumano para calmarme. No podía dejar que él dirigiera la conversación o me volvería loca. Ya me había quedado claro que no sabía nada de la Orden. Para Persi solo era un juego, una

mera distracción dentro de su extravagante vida, y mejor que siguiese pensando así. Si supiera la verdad, probablemente se negaría a ayudarme, por eso Marcos no le había contado nada. Él era su padre y lo conocía bien.

No me quedaba más remedio que buscar la información que necesitaba en otra fuente.

Tomé aire para darme ánimos. Aclarado ese punto, ahora tenía que resolver el tema de nuestra relación.

—¿Todo bien, querida? —preguntó Persi cuando regresé a la mesa—. Me ha parecido que estabas un poco sofocada antes de marcharte. Igual es el calor. ¿Quieres que le pida a Juan que baje la temperatura?

—No. Estoy perfectamente, gracias —respondí obligándome a sonreír.

En el aseo había comprendido que necesitaba su colaboración para llevar a cabo mi plan, así que, por mucho que me resultase insoportable, debía mantener una postura conciliadora. Él no se jugaba nada en todo este asunto, pero yo sí.

El camarero llegó con los platos que habíamos pedido. Tenían una pinta estupenda, pero a mí se me había cerrado el estómago.

—Persi, me gustaría aclarar contigo las condiciones de nuestro acuerdo —comencé a decir de forma relajada mientras él probaba los huevos rellenos que le habían servido.

—Por supuesto, querida. Me parece bien —afirmó mientras cortaba uno en dos partes y me lo ofrecía con su tenedor—. Tienes que probar esto. ¡Está delicioso!

—No me apetece. Por favor, escúchame.

—¿Y me vas a rechazar así? ¡Qué pensará la señora de la mesa de allí que no nos quita ojo!

Miré disimuladamente y confirmé lo que decía. Para mi disgusto, era una de las amigas de mi madre que estaba cenando con su marido. De forma discreta la saludé y ella me devolvió una sonrisa cargada de intención.

El tenedor de Persi seguía esperándome y no tuve más remedio que abrir los labios para no defraudar a aquella mujer. Sería imperdonable por mi parte quitarle el placer de chismorrear a bombo y platillo que

nos había visto en nuestra cena «romántica».

—Uhm —murmuró Persi—, qué visión más placentera ver cómo tu boca degusta esta exquisitez. ¿Notas la textura tersa del huevo recorriendo tu lengua?

Me lo tragué de inmediato y tuve que recurrir al vino para no ahogarme con sus palabras. La conversación estaba yendo por un camino que no me gustaba. Debía poner foco en lo importante.

—Por favor, céntrate —pedí sin alterarme—. Tenemos que hablar de cómo vamos a afrontar nuestra relación.

—Soy todo oídos.

—Estoy dispuesta a que vengan los fotógrafos a casa de tu abuelo, pero a cambio necesito que aceptes mis condiciones —dije en un tono sosegado.

Había llegado a esa cena con la idea de imponerle mis reglas sin más, pero dada la nueva situación, no me quedaba más remedio que mostrarme comedida.

—¿Quieres negociar? —preguntó haciendo un mohín—. Sabes que me aburren mucho ese tipo de conversaciones. Además, no me parece justo. Tú eres la experta en estos temas, seguro que tienes que pasarte el día negociando en tu trabajo. Yo, en cambio, si quiero algo solo tengo que comprarlo. Es mucho más sencillo.

—Pero no todo se consigue con dinero, Persi —repliqué.

—¿Estás segura? —respondió enarcando una ceja.

—Sí, lo estoy, pero esa no es la cuestión. Te agradezco tu ayuda, pero tenemos que aclarar nuestra situación a partir de ahora y convendría que llegásemos a un acuerdo.

—Está bien. Ilústrame. ¿Cuáles son tus condiciones?

—Lo primero de todo, si queremos que esto salga bien, no puedes interferir en mi vida como lo hiciste el otro día. Situaciones como la de la capilla no pueden repetirse.

Mi trabajo es muy importante para mí y tienes que respetarlo.

Esa era la actitud. Dejarle las cosas claras, pero sin alterarme.

—¡Pero si la puesta en escena fue apoteósica! Creo que estuvimos sublimes los dos.

¿Qué fue lo que no te gustó? —preguntó contrariado.

—¿A ti te parece normal aparecer por sorpresa en medio de un acto oficial y pedirme matrimonio delante de mi jefe? —dije intentando mantener el tono de voz pausado.

—¡Por supuesto! —respondió ofendido—. ¿Acaso no fue de lo más romántico?

Pregúntale a cualquiera de los que lo presenciaron a ver qué opina. ¡Fuimos *trending topic* en las redes ese día!

—¡Esa es tu vida, Persi, no la mía! —protesté—. Yo no quiero ser famosa a costa de mi intimidad.

—Pero, querida, mis fans adoran conocer la mía, y a partir de ahora tú serás lo más importante en ella —respondió confuso—. ¿Qué clase de marido sería si te mantuviese oculta?

—Uno perfecto que respeta los deseos de su mujer.

—«Mi mujer», suena bien —comentó regodeándose en la palabra—. Un poco posesivo para mi gusto, pero creo que podré acostumbrarme. ¿No prefieres el término

«esposa»? Personalmente, me resulta más refinado.

—Llámame como quieras, pero no me hagas salir en más que lo imprescindible.

—Está bien. Puedo aceptarlo —respondió después de haberlo pensado —. Pero, a cambio, tendrás que esforzarte en aparentar que te mueres de amor por mí cuando posemos.

—Ni se te ocurra pensar que voy a hacerme una foto dándote un beso, ni nada por el estilo.

—Por supuesto que no, querida. Por supuesto que no…

—Bien. Entonces estoy de acuerdo en posar contigo, siempre y cuando no sea nada excesivo.

—¡Excesivo! —rio—. Teniendo en cuenta lo que se supone que tú y yo ya estamos haciendo en la cama, me extrañaría que a alguien le

sorprendiera vernos un poco acaramelados en una foto.

—¡Persi!

—¡Está bien! Nada de fotos subidas de tono —respondió elevando las manos—.

Todo muy formal para que no afecte a tu carrera política. Entendido. ¿Alguna condición más?

—Sí, dos más. Firmaremos un acuerdo prematrimonial. Cuando nos separemos, lo tuyo será tuyo y lo mío, mío.

—¡Qué previsora! Y yo que había llegado a creer que una de las razones por las que querías casarte conmigo era mi dinero —dijo con ironía.

Le lancé tal mirada que hubiera quedado fulminado en el sitio si hubiera sido un arma de verdad.

—¡Vale, vale, que era broma! Ya sé que eres inmune a este encanto personal mío.

Pero no sabes lo que te pierdes. Y, por cierto, como veo que lo tienes todo pensado,

¿cuándo crees que sucederá tan triste desenlace para nuestra historia de amor?

No sabía cuánto me iba a llevar cumplir con mi plan, pero un año me parecía tiempo más que suficiente para hacerlo y que nuestra ruptura no resultase demasiado sospechosa a la vista de la gente.

—¿Te parece bien un año?

—Sí, creo que sí —respondió después de pensárselo unos segundos—. ¿Y cuál será el motivo de nuestra separación? Como caballero te diría que deberías ser tú la que me dejase a mí, pero mucho me temo que mis admiradoras se te echarían a la yugular.

Alguna sería capaz hasta de hacer todo lo posible por destrozarte la carrera política y no sería justo. Mejor lo dejamos en tablas. ¿Qué te parece algo así como «que se nos acabó el amor»? Seguro que a mi público le encanta. ¡Ya me imagino los mensajes de consuelo que voy a recibir! Tendré que aparentar ser un hombre destrozado al estilo dramático del romanticismo decimonónico. ¡Cómo lo voy a disfrutar!

—Me alegro por ti —respondí con desinterés.

—¿Y la última de tus condiciones?

—Quiero que tengamos libertad. El nuestro no va a ser un matrimonio real, por lo que durante este año creo que deberíamos intentar que la vida que llevamos ahora se vea afectada lo menos posible. Eso sí, con discreción.

—¿Libertad? ¿De qué tipo de libertad estás hablando? —preguntó intrigado.

—En el más amplio sentido de la palabra —respondí sin vacilar esperando que comprendiera a qué me refería.

Persi me miró fijamente durante unos segundos con los ojos entrecerrados.

—¿Le estás pidiendo a tu marido que te dé permiso para tener un amante? —

preguntó con expresión desafiante inclinando su cuerpo hacia mí.

—No te lo estoy pidiendo, lo doy por hecho —contraataqué con decisión—. Solo digo que seamos discretos.

Para mi sorpresa, Persi exhaló un suspiro de alivio y se echó a reír de forma relajada.

—¡Uf, no sabes la alegría que me has dado! Reconozco que estaba un poco preocupado con este temilla, pero sabiendo que a ti te parece bien, será todo más sencillo. En este punto no tengo nada que objetar. Me parece correcto. Te aseguro que seré muy discreto.

«Tú no conoces el significado de esa palabra, Persi»

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en que a lo largo de este año no te acostarás con ninguna de tu fans que luego pueda difundirlo?

—Pero ¿por quién me tomas? —respondió ofendido—. ¿Cuándo has visto tú alguna noticia mía de ese tipo? Yo soy un profesional y respeto a mis seguidoras. Me insulta que creas que alguna vez me he aprovechado de mi fama para seducir a alguna. ¡Por favor, qué desfachatez!

—Está bien. Lo siento —dije para calmarlo—. Si ya estamos de acuerdo en todo, solo nos queda inventar una historia creíble para la

gente más cercana. Será difícil que se traguen lo de nuestro repentino matrimonio.

—Por eso no te preocupes. Ya lo tengo pensado —alardeó como si esperase recibir una medalla por ello.

—Sorpréndeme —respondí con desconfianza. A saber lo que se le había ocurrido.

—Podemos decir que lo manteníamos en secreto, porque a tu madre no le caigo muy bien y, después de lo que ha sufrido por la muerte de tu padre, no querías que lo pasase mal hasta estar segura de tus verdaderos sentimientos hacia mí.

—¡Qué tontería! —protesté. Ahora era yo la que me sentía ofendida—. Cualquiera que me conozca sabe que yo no me dejo influenciar por la opinión de mi madre, mucho menos en lo relacionado a temas de pareja. Además, ¿de dónde te has sacado que a ella no le caes bien?

—Es evidente. Siempre ha intentado emparejarte con todo joven distinguido que se le ponía por delante, pero, incomprensiblemente, nunca conmigo. Está mal que yo lo diga, pero tienes que reconocer que ninguno de esos candidatos era tan GDB como yo.

—¿GDB? —pregunté sin comprender a qué se refería.

—«Gente De Bien», querida —respondió con arrogancia—. Veo que no estás puesta en términos actuales, pero no te preocupes, yo me encargaré de actualizar tu vocabulario.

Me esforcé en pasar por alto ese comentario.

—Lo que no entiendo es por qué dices que no le caes bien a mi madre —insistí.

Nunca la había oído hablar mal de Persi y eso era mucho más de lo que se podría

esperar de alguien que se pasaba el día despotricando contra todo el mundo—. Siempre te trata con respeto y, ¿acaso no eres bienvenido a las cenas en su casa?

—¡De relleno! —exclamó ofendido—. Quizá para amenizar la velada con mi agudo ingenio, pero nunca soy su presa principal en la caza de un marido para ti. ¡Uno tiene su corazoncito y ese menosprecio me duele en el alma! Por ejemplo, la del otro día,

¿cómo pudo centrar sus esfuerzos en ese tal Borja teniendo a un partidazo como yo al lado? Ridículo, ¿verdad? Hay pocas cosas en esta vida que me sacan de quicio, pero, sin duda, esta es una de ellas.

Moví la cabeza con rapidez de un lado a otro, intentando sacar de ella lo que estaba oyendo. Tal cantidad de disparates estaban atentando contra mi salud mental.

—¡Venga ya, Persi! —exclamé horrorizada—¿Me estás diciendo que querías que mi madre intentara liarte conmigo?

—Lo que yo quiero es que se me valore como merezco. ¡Tengo mucha más clase que él y, sobre todo, muchísimo más dinero! Es inconcebible que una mujer tan lista como Julia no se dé cuenta de mis virtudes. Por eso me lo tomo como algo personal —

terminó su discurso elevando ligeramente la nariz—. Menos mal que la grata compañía de Laura me ayudó a endulzar ese mal trago. Una lástima, pero con el giro que ha dado mi vida me voy a quedar con las ganas de comprobar si hay tanto fuego en ella como prometían sus miraditas.

—¡Ni se te ocurra pensarlo! —exclamé indignada—. ¿Es que quieres que todos descubran que nuestra relación es solo un montaje, o peor aún, que crean que me pones los cuernos con la hija del socio de nuestros padres?

—Querida, no hace falta que te alteres —se burló—. Porque yo te conozco bien, si no pensaría que acabas de tener un ataque de celos.

—¿Celos? ¿De ti? No me hagas reír, por favor —repliqué—. Me da igual con quién te acuestes, siempre y cuando no sea nadie del círculo de nuestras familias o de mi trabajo, ¿entendido?

—Tranquila, ya te he dicho que por eso no tienes de qué preocuparte. Soy un caballero que siempre cumple sus promesas. Te prometo que no tendré ningún romance con alguien que pueda delatarnos —respondió levantando su mano como si estuviese delante de un juez.

Lo dijo tan seguro que me asaltó una duda. ¿Estaría pensando en alguien en concreto? Recordé su alivio cuando le hablé de mi tercera condición. ¿Tendría ya alguna relación que yo desconocía? Pero, en ese caso, ¿por qué había accedido a casarse conmigo? Deseché ese pensamiento. A mí me daba igual lo que hiciera con su vida mientras no afectase a nuestro acuerdo.

Y, hablando de acuerdo, todavía no habíamos cerrado la versión oficial que le daríamos a los más allegados cuando preguntasen por nuestra repentina boda.

—Propongo que digamos que nuestra relación comenzó a cambiar durante la enfermedad de mi padre, pero que no nos sentíamos cómodos haciéndolo público. Así, cuando nos divorciemos, podremos alegar que estábamos equivocados y que la propuesta de matrimonio llegó demasiado pronto. Todo el mundo sabe que en situaciones críticas se confunden los sentimientos.

—Suena bien —concedió Persi—. Tema resuelto. Y, ahora, centrémonos en lo más importante de este asunto.

«A saber qué es lo más importante para ti», pensé anticipándome a la siguiente memez que saldría por su boca. No me equivoqué.

—¿Has encargado ya tu vestido de novia? No es por meterte presión, pero con el poco tiempo que tienes creo que vas a necesitar un milagro para conseguir uno a la altura de las circunstancias. Afortunadamente, conozco a la persona perfecta para hacerte de hada madrina. ¡Te va a encantar!

Y, para mi desesperación, Persi siguió hablando durante mucho, mucho, mucho tiempo más.

CAPÍTULO 14

PERSI

—No conseguí averiguar nada de Patri —contesté a la pregunta de Claudia—. De hecho, me pareció que era ella la que quería saber por qué había accedido yo a este acuerdo.

—¿Y qué hiciste?

Claudia me miraba con interés desde el otro lado de la mesa de su despacho.

Habíamos quedado un rato antes de empezar con las grabaciones planificadas para ese día. Aquella excusa siempre nos servía para hablar en privado.

—Lo que mejor se me da —respondí recostándome en la silla confidente con aires de marajá. Aunque desde fuera no pudiesen oírnos, prefería mantener las apariencias.

Sus empleados podían observarnos a través de la pared acristalada que delimitaba el espacio en el que nos encontrábamos—. Me hice el tonto. Le conté que yo no sabía nada de la Orden de Salomón y que había accedido a seguirles el juego porque mi padre me iba a dar la casa de mi abuelo y un yate.

—¿Y se lo tragó?

—Creo que sí. Bastante tenía la pobre con aguantar la sarta de estupideces que salieron por mi boca —dije regodeándome en la gran actuación que había hecho delante de ella—. Enseguida dejó de insistir y se concentró en dejarme claras sus condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó frunciendo el ceño.

—Las que ya imaginábamos. ¡Ah! Además, quiere que firmemos un acuerdo prematrimonial para el reparto de bienes cuando nos divorciemos dentro de un año. Me dijo que no piensa quedarse con nada de mi patrimonio cuando nos separemos. Lo tiene todo planeado.

—No creo que sea dinero lo que busca. ¿Dijo algo relacionado con la Orden? ¿Algo que pueda ayudarnos? —insistió.

—Absolutamente nada —respondí pensativo—. Aunque tengo que reconocer que sí hubo algo que me extrañó.

—¿En qué sentido?

—Me preguntó qué sabía de la Orden y de las pruebas de iniciación.

—A mí no me parece tan raro. Yo hubiese hecho lo mismo en su lugar. Si es tan importante para ella, es lógico que quiera obtener toda la información posible para superarlas.

—Pues entonces la noche fue una completa decepción para ambos —respondí encogiéndome de hombros.

—Algo hay que hacer para que te cuente lo que sabe —dijo con la mirada perdida y un brillo en los ojos que yo conocía muy bien. Una idea se estaba formando en aquella cabecita, casi podía oír los engranajes de su cerebro trazando un plan—. Tendremos que cambiar de estrategia y ser más agresivos —aseguró al fin con decisión—. ¿Por qué no te la tiras?

—¡Perdón! —exclamé sin poder creerme lo que había escuchado.

—¡No me seas mojigato, Persi! —replicó exasperada—. Puede que sea nuestra mejor baza. Por muy dignas que nos creamos, las mujeres nos volvemos estúpidas ante un semental que nos hace gemir como perras en la cama. Es más fácil que te cuente sus secretos si te ve como un dios del sexo que como un idiota al que no soporta.

A veces me sorprendía la frialdad con la que Claudia afrontaba los problemas. Sin emociones, con una mente implacable y brutal que no se detenía ante nada para conseguir su objetivo.

—No —dije con rotundidad.

—De verdad, creo que tienes que intentarlo —continuó, obviando mi respuesta—.

No digo que consigas que se enamore, me basta con que empiece a pensar en ti cada vez que se masturbe.

—¡He dicho que no y punto! —respondí alzando la voz.

Me miró confundida. Yo nunca era tan tajante en nada, ni mucho menos me mostraba tan agresivo. Ella no sabía lo que me estaba pidiendo y no pensaba explicarle mis motivos para negarme a hacerlo.

—Lo siento —dijo después de un silencio incómodo—. No me había parado a pensar en la repulsión que debe darte alguien ligado a la

Orden. Ni siquiera yo sé si sería capaz de hacerlo.

La dejé pensar que esa era la razón por la que no quería acostarme con Patri.

¿Repulsión? Nada más lejos de la realidad. Si todavía era incapaz de quitarme de la cabeza el breve instante en el que había acariciado la piel de su cuello en nuestra cena, cómo iba a arriesgarme a ir más allá. Por no hablar de que sería ella la que rechazaría cualquier acercamiento por mi parte. De eso no tenía ninguna duda.

—Entonces no nos queda más remedio que esperar hasta que hayáis ingresado en la Orden para descubrir algo más —dijo con desaliento acariciando la foto de su hermano que tenía en la mesa. Aquella alegre sonrisa, ajena a lo que sucedería en el futuro, era el recordatorio constante de que no podíamos permitir que muertes como la suya se repitiesen.

Después de la noticia del fallecimiento de Alonso, Claudia volvió a España para estar presente en su entierro. Llegó justo a tiempo para darle el último adiós. Cuando regresó estaba destrozada. Jamás la había visto así. Se recluyó en su habitación y apenas comía. Yo estaba muy preocupado porque no sabía cómo ayudarla. Me sentía inútil.

Igual que me ocurrió con la muerte de Fermín, el padre de Nacho. Nadie te enseña a afrontar la pérdida de un familiar ni a servir de apoyo a los amigos que están pasando por un trance como ese.

Unos días más tarde, intenté animarla llevándole a su piso una cena completa recién salida de la cocina de su restaurante favorito. Su compañera me lanzó una mirada desolada antes de marcharse. Había quedado para salir, pero se la notaba angustiada por la situación de Claudia.

Nos pasamos la noche hablando de Alonso. Lo más duro para ella fue saber que había muerto a consecuencia del navajazo que le habían asestado a la salida de un garito de pésima reputación. No había cámaras y tampoco nadie vio nada. La policía decía que el intento de robo se les había ido de las manos a sus agresores. Alonso estaba en el lugar equivocado, en el momento menos oportuno.

—¿Sabes que me envió un video esa misma noche? —dijo con una sonrisa apagada mientras buscaba algo en su móvil—. El muy idiota siempre me decía que tenía un gusto horrible con los tíos y que más me valía sentar la cabeza contigo. Le causaste una gran impresión. Mira, me pidió que te recordara algo que habíais hablado en la fiesta

de Nochevieja.

Claudia activó el video y por su expresión adiviné que lo habría visto infinidad de veces. Alonso aparecía en un lugar oscuro, con mucho ruido de fondo, como si estuviese en una zona apartada de un local de copas bastante cutre. Nada hacía sospechar que un rato después estaría muerto.

—¿Qué haces, pequeñaja? —Alonso parecía nervioso, pero hablaba con el tono de humor que le caracterizaba—. Te mando este video para que no te olvides del careto de tu hermano, porque a este paso no sé cuándo volveré a verte.

Alonso miró hacia atrás despreocupado y luego enseñó una copa a la cámara.

—Espero que no estés ya con el cretino que conocí cuando estuve por allí. ¿A quién se le ocurre salir con semejante inútil teniendo a tu alcance al cerebrito de Stanford? Y, hablando del rey de la sabiduría, dile de mi parte que tenemos a medias la conversación de la fiesta de Nochevieja. ¡Un fiestón, por cierto! —dijo guiñando un ojo—. Yo sigo pensando que la imagen de la Dama de Elche que te regalé por Navidad no es tan femenina como todo el mundo asegura. ¡Joder, si solo le falta que le cuelguen los cojones para ser más hombre que yo! Anda, dile que se ponga sus gafas y la observe con atención. Seguro que acaba por descubrir que tengo razón.

Alonso siguió hablando con su hermana sobre otros temas y, después de volver a mirar hacia atrás, se despidió diciendo que iba a pedirse una copa.

—Y recuerda que eres mi hermana favorita, pequeñaja —dijo antes de que finalizara la grabación. Los ojos de Claudia ya estaban anegados de lágrimas.

—El muy bobo solo me tenía a mí —dijo apartándolas de su rostro como si así pudiese eliminar el dolor que sentía—. Ser su hermana favorita no tiene ningún mérito

—Sabes que te quería más que a nada en este mundo —acerté a decir convencido de que era verdad.

—Mira —dijo levantándose de la mesa para dirigirse hacia una de las librerías del salón. Allí tomó la figurita que le había llevado Alonso—. ¿A quién se le ocurre regalarme esto por Navidad?

Yo sabía que aquella reproducción tenía un significado más profundo de lo que Claudia quería admitir. La familia de su padre era de Elche, el municipio de Alicante en el que se había encontrado la escultura original. Ambos habían bromeado al recordar el verano en el que de niños fueron de visita al yacimiento arqueológico La Alcudia. Su padre era un apasionado de la historia de su tierra y quería que sus hijos se sintiesen orgullosos de sus orígenes. Alonso casi se hizo pis encima al ver un esqueleto que reposaba dentro de un sarcófago de piedra. Por supuesto, Claudia nunca perdía la oportunidad de recordárselo riéndose de lo miedica que había sido siempre.

—Toma —dijo tendiéndome la figurilla con una mueca—. Ponte «tus gafas» y obsérvala con atención como él quería.

Imaginé que Alonso habría dado por sentado que un intelectual como yo tendría unas, aunque la realidad era que no las necesitaba. Pero no pensaba defraudarlo. Así que me llevé las manos a los ojos y formé dos círculos imitando unas lentes imaginarias.

—Que nadie diga que no cumplo su último deseo —dije con una sonrisa.

Cogí la figurilla como si fuera de cristal en lugar de plástico, porque sin duda era un objeto sagrado para mi amiga. No era más grande que mis manos, pero el relieve estaba bien definido. Según las últimas interpretaciones de los expertos en la materia, el busto representaba a una dama de la aristocracia íbera cuyos descendientes la habían divinizado. Honrando la memoria de Alonso, me fijé en su rostro de facciones perfectas, idealizadas, que no mostraban ninguna expresión. Se la veía severa, de ahí que muchos considerasen la hipótesis de que fuese un hombre.

El caso era que yo no recordaba haber hablado sobre ese tema con Alonso durante la fiesta de Nochevieja. Quizá iba más borracho de lo que me imaginaba. Giré la figurilla para ver la parte trasera y me sorprendió el error tan garrafal que habían cometido. En la espalda debería haber un hueco que en la original contenía restos de cenizas de huesos. De ahí que la teoría más extendida fuera que la escultura se había utilizado como urna cineraria.

Pero, aunque estaba marcado su perímetro, la oquedad no existía. Mi curiosidad hizo que deslizase un dedo por encima y entonces noté que la pieza se movía ligeramente. La apreté sin darme cuenta, y entonces ocurrió.

La base de la figurilla se abrió y de su interior salió algo que cayó encima de la mesa. Miré a Claudia y vi en sus ojos que estaba tan sorprendida como yo. Lo que había estado a punto de caer en mi plato era un *pendrive*, un pequeño dispositivo que servía

para almacenar información digitalizada. No me atreví a tocarlo. Fue Claudia quien lo hizo.

—¿Qué se supone que significa esto? —me preguntó perpleja.

—No tengo ni la más remota idea —respondí tan sorprendido como ella—. Lo único que puedo asegurarte es que en el siglo V antes de Cristo todavía no se habían inventado estos cacharros.

No lo pensó dos veces. Se levantó rápidamente y fue hacia su habitación. Yo la seguí despacio, pensando si debería dejarla a solas. Cuando llegué, ya lo había conectado al puerto USB del ordenador que nunca apagaba. En su interior solo había una carpeta en la que se podía leer «Orden de Salomón», junto a un archivo de video titulado «IMPORTANTE».

Fue como un jarro de agua fría para mí. De repente, nuestra conversación de fin de año regresó con toda claridad a mi memoria. Claudia abrió el video y se hizo el silencio cuando la imagen de Alonso apareció en pantalla.

—Hola pequeñaja. Si estás viendo esto es porque se te ha caído al suelo mi regalo, o porque ya estoy muerto y te has tomado en serio mi última voluntad. Por mi bien, me encantaría que fuera la primera opción, pero mucho me temo que no será así —dijo atusándose el pelo algo nervioso—. La información que encontrarás en la carpeta es fruto del trabajo de investigación al que llevo dedicándome durante los últimos meses.

No se me ocurrió una forma mejor de protegerlo que entregarte una copia a ti para que la custodies. Creo que saben que ando detrás de ellos y esta gente no se detiene ante nada. Podrás comprobarlo tú misma cuando veas los informes y fotografías que están dentro de la carpeta. Si yo ya no estoy, te pido que hagas el mejor uso posible de ellos.

La Orden de Salomón debe ser destruida.

Terminaba la grabación pidiendo perdón a Claudia por el dolor que debía de estar sufriendo, pero era incapaz de mirar a otro lado mientras «esos cabrones» seguían asesinando a gente inocente. Sus

últimas palabras eran una despedida cariñosa. Le decía que hubiese deseado poder compartir muchos más años con la mejor hermana del mundo, pero que el destino y su terquedad no lo habían permitido.

Claudia lloraba en silencio. Sin decir nada, con dedos temblorosos arrastró el ratón hacia la carpeta. Como Alonso había dicho, en la pantalla aparecían varios documentos y fotografías.

—Tu hermano me habló de esto. Fue durante la fiesta de Nochevieja —comencé a hablar susurrando mis palabras. Ella me miró con los ojos vidriosos abiertos de par en par—. Me dijo que andaba tras la pista de una gran noticia por la que su vida podría correr peligro. Mencionó ese nombre, la Orden de Salomón.

—¿¿Y me lo dices ahora?? —gritó dejando salir toda la rabia y el dolor que la consumían—. ¿¿Mi hermano estaba en peligro y tú no hiciste nada para que parase??

—Lo siento mucho —respondí agachando la cabeza con vergüenza—. Esa noche bebí demasiado… Había olvidado nuestra conversación... La he recordado al leer ese nombre.

—¡Márchate de mi casa! —me escupió con ira—. ¡He dicho que te largues!

Me debatí entre hacer lo que me pedía o quedarme con ella para intentar averiguar algo más sobre lo que había provocado la muerte de Alonso. Me bastó con mirar sus ojos en llamas para tomar mi decisión. Ya habría tiempo después, cuando se calmase lo suficiente para entrar en razón.

—Estaré esperando tu llamada. No pienso dejarte sola en esto. Se lo prometí a tu hermano y yo siempre cumplo mis promesas.

No me respondió. Abandoné aquel piso atormentado por todo lo que había pasado, culpándome por lo que debería haber hecho y no hice. Algo en mi interior se había roto y no sabía cómo iba a ser capaz de vivir con ese remordimiento.

Claudia estuvo varios días sin hablarme. Luego apareció una tarde en mi apartamento sin previo aviso.

—Todavía no te he perdonado —dijo desde la puerta.

Asentí en silencio, moviéndome hacia un lado para que pudiese entrar. Nuestra relación no necesitaba de más explicaciones. Se fue

directa a la mesa donde yo tenía mi portátil y me enseñó el *pendrive*.

—Tienes que ver esto.

Acerqué otra silla mientras ella accedía a la información de la carpeta. Miré el contenido de algunos documentos sin poder creerme lo que estaba leyendo. Alonso llevaba una especie de registro donde iba anotando sus impresiones sobre lo que había descubierto. Decía que la Orden de Salomón era una organización que se dedicaba al

lucrativo tráfico de antigüedades, y que no tenía reparos en chantajear o asesinar a quienes se le pusieran por delante. Continuamente se lamentaba por ser incapaz de averiguar el nombre de alguno de sus miembros, de hallar alguna pista que pudiese identificarlos. Había fotos de víctimas y de objetos que según él se habían comercializado de forma ilegal, pero nada concluyente que sirviese a la policía.

Alonso explicaba que había conseguido esa información gracias a su compañero de piso, un hacker especialista en investigar por la Dark Web todo tipo de ciberdelincuencia. Al principio no sospechó de su muerte, pero cuando la policía dijo que se había salido de la carretera por culpa del alcohol, su mente despierta de periodista no lo creyó. Su amigo no solía beber, mucho menos si tenía que conducir.

Luego descubrió por casualidad la información que este escondía en el interior de una figurita de Darth Vader y ya no tuvo ninguna duda de que lo habían eliminado. Pensó en denunciar su hallazgo, pero comprendió que de poco serviría. Allí no había suficiente información para justificar una investigación. Por eso decidió continuar él mismo el trabajo y sacar a la luz los crímenes de esa organización. Había conseguido recopilar una serie de sucesos relacionados con personas afines al mundo del arte y de las antigüedades que él creía que podían tener una conexión. Empleados de museos, de casas de subastas, transportistas de arte, restauradores, arqueólogos, coleccionistas privados, incluso funcionarios de patrimonio histórico. Sin embargo, no había dado con la clave que los vinculase entre ellos y mucho menos con la Orden de Salomón.

—Voy a destruirlos —dijo Claudia con determinación.

Sus palabras no me pillaron por sorpresa. La conocía bien para saber que esa sería su reacción.

—Es una locura —respondí con calma—. Ni siquiera tu hermano consiguió descubrir alguna prueba que pudiese incriminarlos.

—Yo lo haré. Esos hijos de puta van a pagar por lo que me han hecho.

No había emoción en sus palabras y eso me asustó más que la frialdad de su mirada.

—Entiendo cómo te sientes, pero lo único que conseguirías es acabar como él. En el momento en que se den cuenta de que andas tras ellos, irán a por ti y te eliminarán como a toda esa gente que se ha cruzado en su camino. No puedo dejar que lo hagas.

—Creo que no solo me dejarás, sino que me ayudarás en cuanto veas esto —dijo muy seria mientras abría uno de los documentos más recientes—. Por eso he venido a verte hoy. Tienes que saberlo.

Comencé a leer. Alonso explicaba que andaba tras la pista de un tipo que podía ser uno de los secuaces de la Orden, pero no especificaba cómo había conseguido esa información. Sus pasos le habían llevado hasta un municipio de Madrid llamado Boadilla del Monte. Sentí que mi cuerpo se ponía en tensión. Alonso decía que allí había algo que la Orden buscaba con gran interés, un objeto muy antiguo cuyo paradero podía estar escondiendo una tal Hermandad de san Babilés. Lo llamaba el «Tesoro del Santo». Avancé en la lectura con miedo hasta de respirar. Lo que para el hermano de Claudia no era más que otra vía de investigación, a mí me resultaba un entorno demasiado familiar. El tipo al que estaban vigilando, el que podía tener la información que necesitaban, era el comisionado principal del archivo de la cofradía. Había una foto incrustada al final del texto. Sentí que se me paraba el corazón. «Arturo Duarte», rezaba el título encima de la imagen en la que se veía claramente al marido de mi madre. Y ella estaba con él.

—Es tu familia, ¿verdad? —preguntó Claudia muy despacio, comprendiendo el golpe que acababa de recibir.

Asentí sin poder articular una palabra ni separar mis ojos de la fotografía. Me estaba costando asimilar lo que aquello significaba.

—¿Entiendes ahora por qué debemos pararlos? No podemos permitir que haya más víctimas inocentes.

—Tenemos que avisar a la policía —dije cuando al fin pude reaccionar —. Esto nos queda grande a ti y a mí. Ellos podrán protegerlos.

—No me fío —respondió Claudia negando con la cabeza—. Una organización como esta seguro que tiene espías infiltrados por todas partes. Correríamos el riesgo de delatarnos nada más empezar. Es

mejor actuar en la sombra hasta haber conseguido alguna prueba real de su culpabilidad.

Aquel asunto me parecía una pesadilla. El argumento de una novela negra en la que mi familia podía ser la protagonista de uno de los crímenes del asesino, y yo un simple lector sin capacidad para cambiar su final. Pero ¿qué podíamos hacer nosotros solos contra una organización criminal? ¿Qué posibilidades teníamos? Necesitábamos

ayuda profesional. Pero ¿y si ella tenía razón? ¿Y si metíamos la pata? ¿En quién podríamos confiar? ¿Por dónde empezar?

Claudia intuyó mis dudas.

—Lo primero que tenemos que hacer es avisar a Arturo. Debe tener cuidado, y tu madre también. Aunque me temo que contarles esto por teléfono puede resultar difícil de asimilar —comentó pensativa—. ¿Por qué no los invitas a pasar una temporada aquí? En este piso tienes sitio de sobra y creo que les vendría bien quitarse de en medio, por lo menos hasta que averigüemos algo más.

Claudia tenía razón. Debíamos sacarlos de Boadilla y la excusa de venir a visitarme era perfecta. Esperaba contar con el apoyo de mi madre para conseguirlo, pero, una vez aquí, convencer a Arturo no iba a ser tarea fácil. Por aquel entonces yo no conocía mucho a mi padrastro, pero sí lo suficiente como para anticipar su incredulidad ante una historia que bien podría existir solo en las notas que Alonso había dejado.

—Además —continuó Claudia—, si Arturo sabe cuál es ese objeto de gran valor que se supone está buscando la Orden de Salomón, podríamos utilizarlo como cebo y tenderles una trampa.

—Yo nunca he oído hablar de algo parecido —respondí desesperanzado—. Esa Hermandad es muy conocida en Boadilla, hasta mi padre pertenece a ella. San Babilés es el patrón del pueblo. La gente le tiene mucha devoción, pero no existe ninguna reliquia de interés relacionada con él. Si en algún momento del pasado la hubo, te aseguro que se perdió hace ya muchos años. Guerras y expolios, lo de siempre.

—No podemos rendirnos tan fácilmente —insistió—. Atando cabos sueltos podríamos descubrir algo que se le haya pasado a mi hermano. Estoy pensando que, cuando Arturo venga, podríamos preguntarle por uno de los asesinatos encubiertos que mencionaba Alonso. Quizá él sepa algo.

—¿Por qué crees eso? —pregunté extrañado mientras ella abría otro de los documentos.

—Sucedió en Boadilla hace unos años, tú ya estabas aquí —dijo dando por supuesto que yo no me habría enterado—. Alonso dice en sus notas que no le encuentra sentido, que este hombre no tenía ninguna relación con el mundo de las antigüedades.

Era psiquiatra. Hicieron pasar su muerte por un accidente, una explosión de gas en su casa. Nadie sospechó nada. Mi hermano lo descubrió por casualidad, pero no tenía

pruebas para demostrarlo. Mira. Se llamaba Fermín —terminó su explicación mostrándome una foto que, por segunda vez en menos de una hora, hizo que mi existencia se tambalease.

—Es el padre de Nacho —logré decir sin balbucear.

Por su cara de horror supe que había comprendido lo que aquello significaba para mí. No dijo nada, tan solo puso su mano en mi hombro. Yo apreté los puños con fuerza para controlar la furia que me estaba devorando por dentro. Era injusto, cruel, despiadado. ¿Por qué esos desgraciados habían eliminado a un hombre como Fermín?

¿Con qué derecho habían causado tanto sufrimiento a Nacho? Los odié con toda mi alma y el rencor me dio la fortaleza que necesitaba para superar ese momento de duelo tardío. Claudia permaneció en silencio mientras yo aceptaba la situación y las implicaciones que aquella noticia tenían. Luego dijo mirándome fijamente a los ojos:

—No hay vuelta atrás. Tenemos que hacerlo. Yo he jurado que no descansaré hasta destruirlos. ¿Qué vas a hacer tú?

No contesté de inmediato. Aquella decisión no podía tomarse a la ligera. Había demasiado en juego. El riesgo era evidente y nada nos garantizaba tener éxito en una tarea en la que otros habían encontrado la muerte. Entonces pensé en Alonso, en Fermín y en Nacho, en Arturo, en mi madre, y un sentimiento de absoluta certeza me invadió.

No podía quedarme de brazos cruzados sin hacer nada, no podía permitir que esos malnacidos continuasen haciendo daño a personas inocentes. Si había una posibilidad de pararlos, por muy remota que fuera, debía intentar llevarla a cabo.

—Juro que te ayudaré a conseguirlo —respondí sin un ápice de duda.

No fueron palabras dichas en un momento de exaltación, o quizá sí, pero no por ello dejaron de ser ciertas. Había hecho un juramento y pensaba cumplirlo a cualquier precio.

Claudia soltó el aire que había estado conteniendo y me sonrió con aprobación.

—Mi hermano me dijo que tu carita de niño bueno disimula muy bien los huevos que tienes. Me alegro de comprobar que no se equivocaba.

Y esa fue la clave para idear nuestro plan. Tardamos bastante tiempo en darle forma, porque sabíamos que era imprescindible crear una tapadera que no levantase sospechas en la Orden. Tendríamos que combatir el peligro con astucia. Yo iba a ser el gancho perfecto para atraerlos hasta nosotros. Mi posición acomodada y mi pasión por todo lo antiguo, me harían pasar por un buen comprador de su mercancía. Pero con eso

no iba a ser suficiente. Además, tendría que parecer inofensivo. Así creamos al nuevo Persi, un personaje pusilánime del que mucha gente se reiría y otros aborrecerían. Me tomarían por frívolo, idiota, simple y cobarde, pero merecería la pena con tal de conseguir nuestro objetivo. También iba a ser necesario volver a España, porque, según habíamos descubierto en los informes de Alonso, él creía que los líderes de la Orden de Salomón estaban allí. Eso haría más fácil proteger a Arturo.

Así diseñamos un futuro que nada tenía que ver con el que yo había recreado en mi mente cuando me fui a estudiar a Stanford. Pero como dice el refrán, «si quieres hacer a Dios reír, cuéntale tus planes».

Mi madre y Arturo llegaron un par de semanas más tarde. Como habíamos sospechado, no fue fácil que él aceptase aquella historia de asesinos, chantajistas y expoliadores de antigüedades. Creo que fue la determinación y el dolor que vio en la mirada de Claudia lo que le hizo plantearse la posibilidad de que fuera cierta.

—No te cierres en banda, Arturo —rogó mi madre—. Si tu vida corre peligro, debemos intentar averiguar por qué.

—Os repito que no hay absolutamente nada de valor económico en nuestra Hermandad —insistió molesto—. Ni siquiera la imaginería del santo lleva adornos de oro.

—¿Y no tenéis algún tipo de documentación sobre la historia de la cofradía que podamos revisar para ver si en otra época existió algo

que pudiesen llamar el Tesoro del Santo? —preguntó Claudia sin rendirse.

—Arturo lleva años trabajando en recopilar la información que se ha perdido con el tiempo sobre san Babilés y su Hermandad. Ahora está preparando un libro con lo que ha averiguado —explicó mi madre—. Antes de él no había nadie que se encargase de guardar lo poco que quedaba. Durante la Guerra Civil se perdió toda la documentación que había en Boadilla. Mi marido ha tenido que visitar los archivos históricos para hallar lo que hoy sabemos.

—Eso confirma por qué la Orden te tiene en el radar, Arturo. Si hay alguien que puede saber algo de lo que buscan, ese eres tú —dijo Claudia sacando un cuaderno y un boli del bolso que tenía a su lado.

—¿No fue en la Biblioteca Nacional donde hallaste las ordenanzas? —continuó mi madre dando pie a que su marido compartiera con nosotros sus conocimientos.

—Sí, en la sala Cervantes —respondió el aludido—. Allí encontré un manuscrito catalogado como MSS 19333.

—¿Y eso qué es? —preguntó Claudia con cara de que aquel nombre le sonaba a chino.

—Como decía, es un manuscrito que contiene diversas ordenanzas escritas con varios siglos de separación. Recoge la normas por las que se ha ido rigiendo la Hermandad a lo largo del tiempo. Pensamos que es el más antiguo de los referidos al mundo cofrade de la Comunidad de Madrid.

—¿De qué fecha estamos hablando? —dijo Claudia sin perderse una coma de lo que Arturo decía.

—Las primeras son de 1478, pero por alguna circunstancia que desconocemos, no llegaron a ser autorizadas por el arzobispo. Es decir, que no tenían validez. Luego, en 1578, añadieron unos capítulos adicionales y se llevaron a Toledo. Ahí sí fueron registradas y autorizadas. También incluye otra de 1580 y una de 1789 que fue copiada a la letra. Cada una de ellas están manuscritas por diferentes personas.

—En el libro que está preparando Arturo aparecerá una copia de este documento original y una traducción para que la gente pueda entender mejor lo que dice —apuntó mi madre.

—No me extraña —comentó Claudia—. Siendo tan antiguo, su estado debía de ser lamentable.

—No te creas —respondió Arturo orgulloso—. Tampoco estaba en tan malas condiciones de conservación, aunque sí tenía algunos pasajes de difícil lectura debido a la acidez de la tinta y al paso del tiempo. Para transcribir lo que dice me están ayudando los paleógrafos de la Universidad Autónoma.

—Si necesitas mi ayuda, cuenta con ella —me ofrecí recordando que en breve volvería a España.

—¿No has encontrado algún otro documento en el que se hable de vuestra Hermandad? —insistió Claudia.

—Sí, varios. En la Real Biblioteca del Monasterio del Escorial encontré uno de 1576, *Relaciones topográficas de Felipe II*, en el que se menciona la gran devoción que existía en esta zona por san Babilés. También se hace referencia a los milagros que el santo había

hecho curando especialmente a los quebrados. El más famoso de todos sucedió un siglo más tarde. Nada más y nada menos, don Baltasar Carlos de Austria, hijo del rey Felipe IV, vino a la ermita con su padre pidiendo la sanación al santo.

—¿Y se curó? —preguntó Claudia con incredulidad.

—Así lo atestiguan otros documentos que encontré —respondió Arturo afirmando rotundamente—. Personajes tan ilustres como don Antonio de Quintanadueñas de la Compañía de Jesús, contemporáneo de los hechos, el cardenal Lorenzana, en sus *Descripciones* de 1785, o don Tomás López de Vargas Machuca, que en su obra *Geografía histórica de España* dejó constancia de los hechos en 1788.

Estaba pensando lo mucho que a Arturo le gustaba explicar sus hallazgos, cuando de repente una idea se coló en mi mente.

—Espera un momento —interrumpí—. Si alguien de la realeza se curó de esa forma, ¿no recompensarían con algo de valor a la Hermandad? Me consta que era una práctica bastante habitual. ¿Y si es eso lo que busca la Orden? ¿Podría ser el Tesoro del Santo?

—No lo creo —negó Arturo con un gesto de la cabeza—. Has acertado con lo de que el rey mostró su satisfacción, pero lo hizo de otra forma. En agradecimiento, el Real Erario otorgó a la ermita una contribución recurrente de trescientos reales y seis maravedís, aunque

desconocemos en qué momento se dejaron de pagar.

—Pues yo sigo creyendo que algo se nos escapa —insistió Claudia—. Quizá tengamos que remontarnos un poco más. ¿Decías que la Hermandad comenzó en 1478?

—Arturo cree que ya existía antes de esa fecha, porque en uno de los capítulos se indica que, «el que ya fuera cofrade» podía elegir pagar o no la cuota de entrada —

comentó mi madre—. Que lo único que hicieron fue oficializarla para evitar sospechas sobre ellos. Pensad que en ese mismo año fue cuando los Reyes Católicos crearon la Santa Inquisición.

—Estoy convencido de que la antigüedad de nuestra Hermandad se remonta a los tiempos del martirio.

—¿Y eso cuándo ocurrió? —preguntó Claudia—. Creo que estaría bien que me contases quién fue ese tal san Babilés.

Arturo la miró horrorizado. Yo sabía que, para alguien tan devoto como él, el término de «ese tal» le había escocido en el alma. Sin embargo, se contuvo de soltar algún improperio y su voz reflejó la veneración que sentía por su santo.

—Casi todas las fuentes coinciden en decir que sucedió a principios del siglo VIII.

San Babilés era obispo de Pamplona cuando los musulmanes ocuparon la Península.

—Así que estamos hablando de un religioso visigodo, ¿correcto?

—Correcto —confirmó Arturo—. La tradición cuenta que de allí se marchó a Toledo para ayudar a los cristianos de la zona. En esa ciudad sí se les permitía practicar su religión si pagaban un impuesto especial.

—Lo que hace el dinero —ironizó Claudia.

—Luego se trasladó hasta Odón. Así se llamaba por aquel entonces al territorio de las actuales Boadilla del Monte y Villaviciosa de Odón —especificó Arturo—. Quizá fuese un lugar más apropiado para enseñar a los niños mozárabes tanto las letras como el catecismo, que era su objetivo. Se asentó en una ermita y enseguida adquirió gran popularidad. Pero esto no debió de hacer mucha gracias a los

musulmanes y decidieron dar un escarmiento. Según cuenta la tradición, el 30 de octubre del 715 lo degollaron junto a dos de sus hermanos y a ochenta niños.

—¡Ochenta! —exclamó Claudia horrorizada—. ¡Menuda salvajada! ¿Pero tantos había?

—Eso es lo que dicen las fuentes, muchos venían de otros pueblos cercanos —

aseguró Arturo.

—Quizá no fuesen ochenta exactamente, pero sí una verdadera masacre para que su recuerdo haya permanecido en la memoria de la gente hasta nuestros días —apunté yo.

—Esa tragedia tuvo que dejar destrozada a la población. No quiero ni imaginar lo mal que debieron pasarlo aquellas familias—comentó mi madre apesadumbrada.

—Se me está ocurriendo una idea —comentó Claudia. Estaba tan metida en la historia que hasta había dejado de escribir en el cuaderno —. Igual el Tesoro del Santo sea el propio santo. Quiero decir, tengo entendido que los huesos de los mártires se venden muy bien como reliquias. ¿Y si es eso precisamente lo que busca la Orden?

—Entonces, tendrán que seguir esperando —respondió Arturo encogiéndose de hombros—. Por los documentos sabemos que los restos de san Babilés permanecieron en un sepulcro de la ermita durante muchos siglos, pero algunos creen que desaparecieron durante el saqueo que se produjo en ella durante la Guerra de Sucesión, a principios del siglo XVIII. Pero…

—¿Pero? —le animó Claudia a continuar.

—Nos ha costado mucho, pero en febrero del año que viene por fin comenzarán las primeras excavaciones arqueológicas serias en la zona donde los más ancianos de Boadilla piensan que estaba la ermita de san Babilés. Tengo la esperanza de que allí, en el cerro, encontraremos los restos de nuestro patrón. Quizá también descubramos ese tesoro del que habláis. Pero ¿qué queréis que os diga? A mí me parece del todo improbable.

—Pues yo creo que tiene mucho sentido —rebatió Claudia animada—. ¿Por qué descartar que el santo pudo ser sepultado con él? Sería lo más lógico en caso de tratarse de una cruz o de una joya de gran

valor, por ejemplo.

—Entonces ya tenemos una pista que seguir cuando volvamos a España —dije con optimismo—. Puede que me equivoque, Arturo, pero si lo que busca la Orden sigue bajo tierra, todavía existe una oportunidad de desenmascararlos antes de que atenten contra tu vida.

El tiempo me dio la razón, o por lo menos eso creímos todos hasta que, años después, el Tesoro del Santo volvió a aparecer en escena.

CAPÍTULO 15

PATRI

Dos semanas más tarde de mi cena con Persi, seguía sin averiguar nada sobre la Orden de Salomón. En un intento un poco absurdo por mi parte, había buscado en Internet alguna información que pudiese servirme de pista. Como digo, una idea estúpida. Ni que una panda de criminales como ellos fuese a anunciarse en las redes a bombo y platillo. Lo único que encontré fue algo llamado Orden del Sello del Rey Salomón. Se trataba de una condecoración que el emperador de Etiopía, Haile Selassie, creó como máximo reconocimiento a monarcas y jefes de estado extranjeros. Franco recibió una en 1971, en el transcurso de la entrevista que mantuvieron en el Palacio de El Pardo.

Reconozco que al principio me ilusioné pensando que podía haber encontrado una conexión. Pero mi castillo de naipes se vino abajo en cuanto vi que esa insignia no tenía nada que ver con la que yo había visto en casa de Marcos. La medalla etíope tenía una estrella de David, una cruz copta y la tradicional cruz del calvario en su centro.

Me sentía inútil. Marcos tampoco resultó ser de mucha ayuda. El hombre intentaba darme ánimos, asegurándome que a mi madre no le sucedería nada mientras la Orden viese que los preparativos de la boda seguían según lo previsto. Y así era. De hecho, esa misma noche de mediados de diciembre, se iba a celebrar la fiesta de compromiso en casa de mis padres.

Mi madre se había tomado bastante bien la noticia de mi repentina boda con Persi.

Por supuesto, no me libré de una buena bronca por haberle ocultado nuestra relación secreta. ¡Con el tiempo y esfuerzo que había malgastado la pobre en buscarme un candidato adecuado, cuando el mejor partido estaba tan cerca! Lo más sorprendente vino después. Me confesó que siempre lo había descartado porque pensaba que era gay.

—Un hombre como él, tan guapo, elegante, culto y de ademanes refinados, parece imposible que sea normal —alegó para justificar su falta de visión.

Para mi madre, el término «normal» solo incluía a los heterosexuales. Ni siquiera me molesté en hacerle ver que su comentario había sido retrógrado y ofensivo. Hacía tiempo que había tirado la toalla con ella en algunos temas. Además, insistió en que, por algún comentario que

había hecho Marcos, él también dudaba de que su hijo se sintiese atraído por las mujeres. Por enésima vez desde que había empezado todo aquello, a mi mente regresó el beso que Persi me había dado cuando éramos unos

adolescentes. No podía descartar que sus inclinaciones sexuales se hubiesen ampliado con el tiempo, pero me costaba creer que en aquel momento solo lo hubiera fingido para castigarme.

Cambié de tema para eliminar de mi cabeza esos pensamientos y le solté de sopetón la fecha de la boda. Tal y como esperaba, mi madre se mostró horrorizada.

—No estarás embarazada, ¿verdad? —me preguntó con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

Una idea malévola se me pasó por la cabeza y tentada estuve de decirle que sí, que había seguido la tradición familiar. Pero no lo hice, en el fondo soy buena persona. Me limité a explicarle que simplemente queríamos casarnos y que no veíamos ningún sentido a esperar más.

Fue entonces cuando me preguntó muy seria:

—¿De verdad estás enamorada de él?

Aquella frase tenía trampa y yo lo sabía.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por favor, dime que no serás tan idiota de casarte por amor.

Lo que me imaginaba. Desde que tuve edad para que me gustasen los chicos, mi madre se había esforzado en inculcarme que no me dejase llevar por estúpidas ideas románticas. Según ella, las películas y las novelas solo servían para engañar a chicas ingenuas, haciéndolas pensar que lo más importante en la vida era el amor. La realidad era muy distinta. Una mujer debía tener claro que el matrimonio solo era el medio para conseguir un aliado masculino en los proyectos de su vida. Si este era rico, estaba bien relacionado y tenía un carácter manejable, mucho mejor. Por eso Persi era perfecto para ella. Irónicamente, en lo de que sería un «aliado en mi proyecto», no se equivocaba.

—Amor, amor —respondí con desgana—. ¿Quién sabe lo que de verdad es el amor? Persi y yo nos entendemos. Aunque parezca que

siempre estamos discutiendo, no es más que pura diversión. Desde que éramos niños nos ha gustado picarnos, y ahora es más interesante. Además, este matrimonio nos vendrá bien a ambos. La sociedad suele ver con mejores ojos a las parejas casadas que a los solteros. Seguro que será bueno para nuestras carreras. ¿No te parece?

—Claro hija, me alegro de que hayas aprendido algo —dijo satisfecha —. Además, según tengo entendido, el linaje de Sofí es todavía más antiguo que el de tu padre, creo que desciende de un antiguo Grande de España. Emparentar con esta familia será muy beneficioso para tu futuro.

Y yo no pude evitar que sus palabras me doliesen igual que siempre había sucedido en el pasado. ¿Por qué era ella así? ¿Es que nunca había sentido nada por mi padre, por un hombre que había hecho lo imposible por salvarle la vida? Tuve que hacer un esfuerzo descomunal para no contarle la verdad allí mismo. Para no echarle en cara todo lo que su marido había hecho por ella, y que yo iba a tener que hacer por lo mismo. Pero no lo hice. Mi madre debía permanecer al margen de la amenaza que se cernía sobre su cabeza. Seguro que acabaría complicándolo todo aún más, por eso mi padre me había hecho prometer que no le diría nada.

Luego la conversación se centró en los preparativos de la boda. Ella se ofreció, mejor dicho, se autoproclamó la organizadora oficial del evento. Planificar, mandar y controlar, las tres cosas que más le gustaban en la vida. No me quedó ninguna duda de que lo utilizaría para reforzar algún negocio que tuviese entre manos. Por mi parte podía invitar a quien le diese la gana. Le dije que mi único requisito era que el acto lo oficiara el juez de paz de Boadilla y que Persi estaba de acuerdo conmigo en eso. Las bodas por la Iglesia siempre me habían dado urticaria. Además, José María era como de la familia, uno de los mejores amigos de mi padre. Con él la ceremonia sería sencilla y rápida, justo lo que yo necesitaba para no echarme atrás en el último momento. Del resto del espectáculo podía encargarse ella.

Y eso incluía la fiesta de compromiso que había organizado en su casa. Según mi madre, la etiqueta de esa noche exigía que las damas lucieran vestido de cóctel y los caballeros traje oscuro. Aposté a que Persi estaría encantado con tanto protocolo pasado de moda. Por suerte, yo tenía en el armario un vestido que podría servirme. Me lo había comprado para la boda de una amiga de Granada, pero seguía en el armario sin estrenar por una horrible gripe que me impidió asistir. ¡Quién me iba a decir que acabaría poniéndomelo en semejante ocasión! Era verde esmeralda, un diseño tipo sirena sin mangas que se

ajustaba a mi figura como un guante. «Discreto, pero bastante sexy», pensé con picardía delante del espejo. Los zapatos no acababan de convencerme.

Entonces recordé que en las rebajas me había encaprichado de unas preciosas sandalias que estaba deseando estrenar. ¿Por qué esperar al verano para hacerlo? En la calle hacía un frío del demonio, pero podría soportar el breve trayecto del coche a la casa de mi madre. Esa noche aparcaríamos dentro de la parcela.

Miré el reloj que tenía en la habitación. Persi había insistido en venir a buscarme.

Conociéndolo, estaría a punto de llegar. Dicho y hecho. En ese momento sonó el timbre de la puerta. «Un caballero jamás debe hacer esperar a una dama», pensé mientras me dirigía hacia la entrada. Su puntualidad era lo único que me agradaba de él.

Cuando lo vi tuve que tragarme mis palabras.

La apariencia del hombre que tenía delante me impactó como nunca hubiera creído posible. Aquella noche se había superado. El esmoquin le quedaba perfecto, sin una arruga, tan adaptado al cuerpo que no podía ocultar el espectacular físico de su dueño.

Me quedé embobada, mirándolo como una estúpida, sin hablar. Él tampoco dijo nada.

Quizá fue su silencio lo que me sorprendió, la expresión salvaje de sus ojos lo que aceleró mi pulso, el aroma afrodisíaco de su piel lo que hizo despertar a la mía. No me atreví ni a respirar. Y cuando mi mirada se dirigió a sus labios, en mi mente saltó una señal de alarma. ¿Cómo era posible que mi cuerpo me estuviese traicionando de aquella forma?

CAPÍTULO 16

PERSI

«Esto es un gran error», pensé al ver a Patri.

Por mucho que me hubiese repetido hasta la saciedad que debía mantener el control, mi entrepierna se burló de esa pretensión en cuanto la vi. ¿Para qué engañarme? Mi inconfesable deseo siempre había sido ella y aquella noche se mostró implacable. Ni un santo hubiera podido resistirse a una mujer así y yo estaba a años luz de la santidad. Cada curva de su cuerpo estaba perfectamente delineada bajo el vestido de satén verde, y su piel clara se veía más suave y delicada que nunca. La tentación carnal de una diosa de alabastro convertida en mujer. Y yo, pobre mortal, caí rendido a sus pies.

La sangre me ardía por dentro con una voracidad infernal, y un instinto salvaje y primario se apoderó de mí. Necesitaba tocarla, besarla, arrancarle a mordiscos aquel vestido que me estaba volviendo loco. Apreté con furia mis puños como último recurso para salvar la poca cordura que me quedaba. Mi mente seguía luchando por mantener su posición de poder. Restregándome que todo era una farsa, que Patri no me soportaba y que jamás sería mi mujer de verdad, que el único motivo por el que me esperaba aquella noche era para alcanzar un objetivo que yo odiaba. Pero entonces sentí que algo en ella cambiaba, que su habitual mirada de hostilidad se convertía en otra muy distinta. Quise pensar que lo que veía en sus ojos era fuego, uno nacido del deseo, del mismo que me estaba consumiendo a mí. De repente, todos los argumentos para no besarla me importaron una mierda.

Juro que lo hubiera hecho.

Habría tirado por tierra mis planes con tal de atravesar aquel umbral y apoderarme de su boca, de su cuerpo, como un depredador voraz que llevara una eternidad deseando a su presa. Ya no podía resistir por más tiempo la necesidad de demostrarle que yo no era el hombre que ella creía, sino otro que hubiese entregado su alma a cambio de que ella le aceptase.

Por suerte, o por desgracia, el sonido de una puerta al abrirse me salvó de cometer semejante insensatez. Un jarro de agua helada que aniquiló mis fantasías sin piedad. La cordura se impuso en forma de la vecina del piso de enfrente que salía a pasear a su

perro. En ese momento no supe si agradecérselo o maldecirla por devolverme a la realidad, pero me obligué a mostrar mi mejor sonrisa y la saludé con educación. La señora me devolvió el gesto sin mostrarse cohibida por el repaso visual que me dio, y luego guiñó un ojo a Patri con picardía en señal de aprobación.

—Enhorabuena, chicos. Ya me he enterado de que vais a casaros muy pronto. Me alegro por vosotros, hacéis una pareja fantástica —dijo divertida antes de continuar su camino.

Nos quedamos solos. Patri no dijo nada, solo me miraba confundida. Supuse que intentaba asimilar mi extraño comportamiento, y no me quedó más remedio que atacar con toda la artillería para salir de aquella situación.

—Querida, debo recalcar que estás absolutamente arrebatadora. Vaya por delante mi más sincero agradecimiento. Veo que te has tomado muchas molestias para representar tu papel esta noche —dije inclinándome con una exagerada reverencia—.

Me atrevo a vaticinar que voy a ser la envidia de todos los caballeros presentes en nuestra fiesta de compromiso. No me extrañaría que más de uno intente hacerte cambiar de opinión. Por favor, avísame lo antes posible de ser así. Tendría que modificar toda la campaña de marketing que me han diseñado, por no hablar del disgusto que se llevaría mi sastre ante la cancelación del fastuoso pedido que le he hecho. ¡Y no sabes cómo se pone! Ese hombre tiene un genio de mil demonios cuando se enfada.

Logré mi propósito, pero el enojo que vi en su mirada me golpeó en el estómago como un martillo demoledor.

—¡Vámonos ya! —me dijo cabreada. Cogió el abrigo y el bolso, y salió escopetada hacia la escalera cerrando la puerta de un portazo.

Mi humor no era mejor que el suyo. Había estado a punto de perder los papeles y eso que ni siquiera estábamos todavía casados. Era imposible que mi plan funcionase.

Debía encontrar la manera de evitar aquella boda. Solo la negativa de Patri podría permitirme intentar que me admitiesen en la Orden por méritos propios. No quería ni imaginar el tormento que me supondría tenerla tan cerca día y noche, durmiendo a escasos metros de mi habitación sin poder tocarla.

Entonces una idea llegó a mi mente como caída del cielo. Miré el reloj.

El tiempo era escaso, pero merecería la pena si conseguía anular el compromiso. Nos montamos en el

coche y comencé a conducir más relajado. Al poco tiempo, vi que Patri se movía inquieta en el asiento.

—Te has equivocado de camino —dijo enfadada—. Por aquí no se va a casa de mi madre. Salte por esa vía de servicio y da la vuelta en la rotonda.

—Querida, te aseguro que sé perfectamente bien cómo llegar a la fiesta —respondí con mi mejor sonrisa—. Lo que pasa es que tengo una sorpresita para ti que te va a encantar.

Noté que se ponía tensa.

—No quiero sorpresas. Déjate de tonterías. Nos están esperando y no podemos llegar tarde.

—Oh, claro que podemos. Sabes que no empezarán sin nosotros, somos las estrellas de la noche. Los invitados irán disfrutando del cóctel hasta que lleguemos. No hay prisa.

—Sí que la hay. No pienso ir contigo a ningún sitio que no sea mi fiesta de compromiso.

—Querida, no sabía que te hacía tanta ilusión —bromeé con descaro —. Tranquila, no tardaremos mucho. Ya casi hemos llegado.

Si las miradas matasen, en ese momento hubiésemos tenido un accidente. Por fortuna, Patri se quedó tan sorprendida al ver que salíamos de la carretera y nos metíamos por un camino apenas asfaltado que no replicó más.

—¿A dónde me llevas, Persi? —dijo sin apartar los ojos del cristal.

Reconozco que la situación podía dar un poco de miedo. La única luz que nos guiaba era la de los faros de mi coche y la visión del monte rodeado por una niebla fantasmagórica evocaba al escenario de cualquier película de terror. Era perfecto para mis planes.

—A nuestro nidito de amor, querida —respondí ocultando la malicia de mis palabras—. Estoy seguro de que te mueres de la curiosidad por saber dónde vas a vivir a partir del día de nuestra boda.

Patri no respondió y supe que mi plan estaba dando resultado. Ella

miraba a un lado y a otro con desesperación, como si estuviese en medio de una pesadilla.

— *Voilà*, ahí la tienes.

Apenas se veía algo más que la tétrica silueta de una casa antigua a la que nadie se atrevería a acercarse en una noche como esa. Por el rabillo del ojo vi que se estremecía y, a juzgar por la temperatura interior del coche, deduje que no era debido al frío.

Aparqué delante de la alambrada que bordeaba el perímetro de la parcela y entonces se me ocurrió una maldad. Saqué de la guantera las llaves que mi padre me había dado esa misma mañana, y se las mostré como si fueran un obsequio.

—Querida, ahora que somos un equipo necesito que me ayudes. ¿Te importaría bajarte y abrir el portón para que pueda meter el coche dentro?

Su cara fue todo un poema y, por mucho que me esforcé, no pude evitar que la broma de mis palabras se reflejara en mis labios que se curvaron ligeramente. Estaba deseando escuchar sus protestas. A saber los sapos y culebras que saldrían por esa boquita. Y no únicamente por lo que le estaba pidiendo, sino porque fuera debía de hacer por lo menos cuatro grados bajo cero y ella solo llevaba puesto un abrigo ligero y unas delicadas sandalias nada apropiadas para la gravilla húmeda de la tierra.

Pero, como siempre, Patri volvió a sorprenderme y con una mirada desafiante me dijo:

—Mientras antes acabemos con esto, mejor. No apagues el motor del coche, tardaré solo un instante.

No me dio tiempo a reaccionar. Después de quitarme las llaves con un gesto brusco, salió tan rápido que apenas pude darme cuenta de lo que estaba pasando.

¡Maldita fuera! Yo no quería que lo hiciera, solo pretendía sacarla de quicio con mi petición, preparar el ambiente para lo que vendría después. ¿Cómo iba a imaginar que la muy tozuda se enfrentaría al frío y a la posibilidad de romperse un tobillo con tal de demostrarme que ella no se amilanaba ante nada? Debería habérmelo imaginado. Ella era así, siempre lo había sido.

Cuando quise salir del coche, Patri ya forcejeaba con el cerrojo del

portón de alambre. Estaba temblando y los dedos no le respondían. De su boca salió un improperio nada femenino que confirmó el grado de cabreo que tenía. Me miró con instintos asesinos.

—Métete en el coche —dije sin un ápice de burla mientras le cubría los hombros con mi propio abrigo—. Acabo de recordar que mi padre me comentó que la llave se encasquilla. Mejor déjame esto a mí y tú acerca el coche hasta la puerta de la casa. Yo iré andando.

No protestó. Quizá el repiqueteo de sus dientes se lo impidió. Eso sí, con el orgullo de una reina, me devolvió el abrigo y salió bufando hacia el coche. Sufrí mirando cómo sus pies hacían malabares sobre las piedras. ¡En qué hora se me había ocurrido tremenda estupidez! Abrí el portón y cuando lo cruzó volví a cerrarlo. Después aceleré el paso hacia la casa. Al llegar allí, Patri ya había salido del coche y se encaminaba hacia la puerta. El suelo estaba mojado y la maleza se extendía hasta la entrada. La vi hacer equilibrios para evitar que sus tacones se incrustasen en el barro. Volví a maldecir en silencio por mi absurda idea. Ella no se merecía algo así. Sin que pudiese anticipar mis movimientos, la levanté del suelo y la llevé en brazos. Lo último que iba a consentir es que se hiciese un esguince. Por supuesto, ella protestó.

—¿¡Qué se supone que estás haciendo!?

—Lo que rige la tradición, querida. La novia debe atravesar el umbral de la casa en brazos para evitar los malos espíritus. Algunas teorías dicen que viene de la época de los romanos, de cuando raptaron a las sabinas. Los pobres andaban un poco escasos de mujeres por aquellos tiempos.

—¡Déjate de tonterías y suéltame!

—Imposible —respondí sin alterarme—. No quiero correr el riesgo de acabar en un hospital, tu madre me ha asegurado que el champán que va a servir esta noche es digno de la realeza.

Quizá su vena racional superó a la furia que la consumía. Eso, o que ya habíamos llegado a la puerta principal de la casa y estaba tan impresionada como yo. Aquel sería nuestro hogar durante los próximos meses. El lugar en el que viviríamos juntos, alejados del resto del mundo. Solos.

Recé para que la visión de aquellas viejas paredes hiciera que Patri me evitara semejante tormento.

CAPÍTULO 17

PATRI

Tenía que ser una pesadilla. Un mal sueño del que pronto me despertaría con el alivio de saber que no había sido real. Porque era imposible que lo fuera. ¿Cómo podía serlo?

¿Cómo podía alguien obligarme a vivir allí?

Desde fuera parecía el escenario perfecto para Halloween y, a juzgar por lo que vi cuando Persi encendió las luces, el interior no vaticinaba nada mejor. No me atreví a moverme. El cabreo que tenía se transformó en desolación en cuanto supe lo que me esperaba si seguía accediendo a las exigencias de la Orden. Marcos ya me había confirmado que habían sido ellos los que imponían que viviésemos allí.

Aquella casa olía a humedad, a cerrado, a viejo. El polvo y las telarañas cubrían el único mueble que adornaba la entrada, un pequeño pero recio aparador tallado, encima del cual había un espejo repleto de puntos negros. La escasa luz procedía de una lámpara de latón oxidada en el techo que amenazaba con caerse en cualquier momento.

Miré a mi alrededor y tuve una sensación extraña, de esas en las que crees que ya has estado en un sitio, aunque sea la primera vez que lo ves. La pintura blanca de las paredes estaba desconchada, en el zócalo había agujeros y la madera de la escalera lateral que subía a la planta superior hacía tiempo que necesitaba de un buen mantenimiento. Solo la robusta puerta de madera ubicada al fondo de la entrada parecía haber aguantado con dignidad el paso de los años. Las otras estaban a punto de caerse a pedazos.

—Igual no ha sido tan buena idea venir aquí esta noche —dijo Persi con cara de asco—. Recuérdame que recrimine a mi padre severamente. Una casa del siglo XVII como esta no se merece semejante trato.

—¿Tan antigua es? —pregunté con incredulidad. Era un milagro que siguiese en pie después de tanto tiempo.

—Por supuesto, esa fue una de las razones por las que la compró mi abuelo. Si el pobre levantase la cabeza, se llevaría un gran disgusto al verla así.

—¿Y tú por qué no has hecho nada para mantenerla en buen estado? —repliqué—.

No me parece justo que le eches toda la culpa a tu padre.

—¡Ja! Ya veo cómo lo defiendes. Pues para tu información te diré que desde el divorcio no ha permitido que nadie venga por aquí. Mi madre y yo llevamos años sin poder pisarla—respondió ofendido.

Eso me sorprendió, pero en aquel momento tenía otras preocupaciones más acuciantes.

—Creo que antes de continuar esta «visita» improvisada, deberíamos dejar que un profesional le eche un ojo —dije cambiando de tema—. ¿Por qué no se lo decimos a Arturo o a Ventura? Ellos son expertos en edificios antiguos. Está claro que así es imposible que vivamos aquí.

—Y yo que pensaba que seguías siendo la Patri aventurera de nuestra infancia —se mofó—. Con diez años ya estarías investigando la planta de arriba.

—A eso lo llaman madurar —respondí sabiendo que Persi tenía razón. ¿Desde cuándo me habían parado a mí un poco de polvo y unas telarañas? Si no tenía en cuenta que aquella casa iba a ser el lugar donde tendría que vivir, descubrir un tesoro como ese debería haberme emocionado. Ni el vestido de fiesta ni las sandalias me hubiesen impedido investigar lo que se escondía tras las puertas cerradas que veía desde mi posición. Pero allí estaba yo, inmóvil, con un nudo extraño en la garganta. No era miedo, tampoco precaución. Entonces, ¿qué me pasaba? Aquella casa me atraía, pero también me provocaba una sensación de ahogo difícil de explicar.

—¿De verdad que no quieres echar un vistacillo? —insistió Persi con malicia—. Si no recuerdo mal, hay una habitación preciosa desde la que se puede ver todo el monte.

Desde allí los ocasos son espectaculares.

Según lo dijo, la imagen de un paisaje arbolado al atardecer, enmarcado por una ventana de madera, llegó a mi mente con total nitidez.

—Si te gusta, puedo cedértela, yo ocuparé la de al lado —dijo con un gesto caballeroso—. ¿Por qué no subes a verla?

—Mejor otro día —respondí con acritud—, cuando no corramos el

riesgo de que la escalera se hunda bajo nuestros pies. Ya es tarde, deberíamos irnos.

—¿Tan pronto? Pero si no has visto nada. Déjame que te muestre por lo menos el patio que hay detrás de esa puerta. Te va a encantar.

—Por favor, Persi, vámonos ya. Tengo frío y nos están esperando. En la fiesta pediré a Ventura que nos eche una mano con esto. Él es arquitecto y sabrá qué hacer.

—Y mi hermanastro lo hará de mil amores. No conozco a nadie que se niegue a tus deseos, querida —dijo con una sonrisa torcida que me irritó.

Iba a contestarle, pero en ese momento algo pequeño y con bigotes asomó por uno de los agujeros de la pared lateral, y un grito desgarrador salió de lo más profundo de mi garganta. Me giré horrorizada, tapándome los ojos como si así pudiese hacer desaparecer el estremecimiento que me recorría el cuerpo. ¡Maldita fobia! ¿Por qué tenía que reaccionar de aquella forma? ¿Por qué no podía dejar de temblar cada vez que veía un insignificante ratón? Al instante oí el ruido de un mueble al moverse. Imaginé que Persi estaría tapando el agujero con el pequeño aparador de la entrada. En silencio se lo agradecí, pero no me calmé. En mi cabeza seguía viendo cómo aquel odioso hocico se acercaba a mí y mis manos se movieron solas intentando apartarlo de mi piel. Lo que no me esperaba fue lo que sucedió después.

No fue el ratón lo que me tocó, sino los brazos de Persi atrayéndome hacia su cuerpo como si fuesen un escudo protector. Aquello me sorprendió tanto que dejé de moverme.

—Ya está, ya se ha ido —dijo sin burlarse de mi patético comportamiento. Luego guio mi cabeza hacia su pecho, permitiéndome ocultar la vergüenza que me producía mi absurdo miedo—. Siento mucho lo que ha pasado. Vámonos de aquí.

Pero no me moví. El aroma de Persi estaba actuando como un sedante para mi respiración alterada, y la proximidad de su cuerpo se coló en mis pensamientos haciéndome olvidar la imagen de aquel horrible bicho. Sentí su mano acariciando mi pelo y deslizarse después hasta mi mejilla. Abrí los ojos. Su rostro estaba por encima del mío, pero su cercanía hizo que el corazón comenzara a latirme muy deprisa. Nos miramos en silencio. La expresión de aquel hombre no tenía nada que ver con la del que había entrado conmigo en la casa. Me quedé

hipnotizada observando la firmeza que irradiaba. No había sarcasmo, vanidad o altivez en el brillo de sus ojos oscurecidos por algo que me resultaba incomprensible. De igual forma que tampoco podía entender por qué, por segunda vez esa noche, su presencia me estaba afectando tanto, por qué la sangre bullía dentro de mí hasta el punto de convertir el frío en calor, ni por qué sus labios me parecieron de repente el más tentador de los pecados.

Tenía que parar aquella locura de inmediato.

—Sí, será mejor que nos vayamos —dije poniendo distancia entre nosotros como si su cuerpo quemase.

Salí corriendo hacia el coche. Todavía tenía las llaves y pude refugiarme en su interior intentando dejar fuera todo lo que había pasado. Persi llegó enseguida.

—¿Estás mejor? —preguntó con el ceño fruncido.

—Perfectamente —respondí quitándole importancia—. Solo ha sido una tontería.

—Las fobias no lo son, no se pueden controlar.

—¡Te digo que ya estoy bien! Vámonos. Nos están esperando.

—¿Por qué quieres seguir con esto, Patri? —me preguntó con una furia en la mirada que no comprendí—. ¿Por qué estás dispuesta a vivir en una casa como esta, a casarte conmigo si está claro que no soportas ni que me acerque a ti cuando lo estás pasando mal? ¿Por qué no me cuentas de una vez lo que conseguirás cuando seas miembro de la Orden de Salomón? ¿Tan importante es? Piénsalo, todavía estamos a tiempo de cancelar la boda.

«Ojalá pudiera». Ojalá esta pesadilla no fuera más que un mal sueño. Pero no lo era, ni el hombre que me hacía las preguntas el chico valiente y decidido que yo admiraba en mi juventud. El que tenía delante solo era un niño incapaz de comprender la gravedad de mi situación. Si le explicaba mis motivos, lo más probable sería que se echase para atrás y, sin él, nunca me permitirían ingresar en la Orden. Podría intentar destruirlos por mi cuenta, pero me llevaría un tiempo que no tenía y las consecuencias las pagaría mi madre.

—Eso es asunto mío y no te importa —respondí sabiendo que no se merecía que le tratase así—. Siempre te vanaglorias de cumplir tus promesas, espero que esta no sea la primera vez que fallas.

Vi la frustración en su rostro, pero no insistió.

—Como quieras —dijo arrancando el coche con rudeza—. Ojalá no tengas que arrepentirte de tu decisión.

CAPÍTULO 18

PATRI

Permanecimos en silencio durante el resto del viaje y, cuando al fin llegamos a casa de mis padres, ninguno parecía estar de ánimos para la celebración. Sin embargo, el estado de humor de Persi cambió en cuanto entramos en el salón que mi madre siempre utilizaba para los grandes eventos. El rey Sol se hubiera sentido como en casa ante aquel despliegue de glamur francés. ¿De dónde habían salido tantos jarrones de porcelana a rebosar de flores blancas? ¿Y los candelabros dorados? ¿Y aquel ejército de camareros perfectamente uniformados que deambulaban entre semejante marabunta de invitados?

Si aquello solo era el compromiso, no quería pensar en lo que mi madre estaría planeando para la boda.

—¿Se puede saber qué estabais haciendo? —dijo enojada al vernos—. Hace media hora que deberíais estar aquí.

—Querida suegra, te aseguro que preferirás no saber la respuesta a esa pregunta delante de tanta gente —contestó Persi con picardía. Mi madre abrió los ojos como platos y yo tuve ganas de estrangularlo—. Pero no te preocupes, ahora te dejo con Patri para que puedas disfrutar «en familia» de la velada.

Tomó una copa de champán de la bandeja que portaba una de las camareras y desapareció de nuestro lado guiñándome un ojo antes de escabullirse. Mi madre no le dedicó ni un segundo más, se centró en lo que de verdad le importaba. De grupo en grupo fue presentándome a un montón de invitados, sin que yo hiciese el menor esfuerzo por recordar tanto nombre. Aquel era su negocio, no el mío. Por fortuna, Marcos se apiadó de mí y en cuanto vio la oportunidad me liberó de ella con una excusa.

—¿Demasiada presión para una novia que aborrece este tipo de celebraciones arcaicas llenas de extraños? —me preguntó ofreciéndome una copa de vino.

—No tanta como para que unas cuantas de estas no puedan amortiguarla —

respondí brindando con él—. Aunque dada la nochecita que llevo, igual necesito beber más de lo que esperaba. Persi me ha llevado a la casa donde vamos a vivir.

Su sonrisa desapareció.

—¿Cómo la has visto? —preguntó con un deje de preocupación en la voz.

—¡Horrible! —exclamé sin poder contenerme—. Aquello es una ruina. Es imposible que nadie viva en ella en las condiciones que está. ¿Cuánto hace que no vas por allí?

—Demasiado tiempo —respondió con pesar—. Yo sigo siendo su dueño legal, pero hace años que no me pertenece.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir? Persi me dijo que te la habías quedado tú cuando te divorciaste de Sofí —comenté extrañada.

—Y así fue. La Orden me obligó a hacerlo —dijo agachando los hombros, apartando su mirada como si le diese vergüenza—. ¿Crees que de otra forma le hubiese arrebatado una propiedad que a ella le traía tantos recuerdos? Te aseguro que no soy tan cruel como mi hijo piensa.

—Eso ya lo sé —respondí apretando su mano—. ¿Y por qué hicieron algo así?

—La querían utilizar para algo, pero no me lo dijeron y yo no me atreví a intentar averiguarlo. Sus órdenes fueron que me mantuviese alejado de ella. Les entregué una copia de las llaves y ya no volví a aparecer por allí. Lamento en el alma que la hayan descuidado. Una casa que ha soportado el paso de los siglos con la dignidad de esta no merece que la traten de esa forma.

Ver abatido a un hombre tan poderoso como él me conmovió en el alma. ¿Qué podían tener contra Marcos para que accediese a todos sus deseos con esa sumisión?

—Nunca me has llegado a contar por qué acatas todas sus órdenes —comenté intentando que se sincerase conmigo.

—No puedo hacerlo —dijo apesadumbrado—. Ni siquiera a ti. Espero que lo entiendas.

Asentí con un gesto. Yo no tenía derecho a inmiscuirme en una parte de su vida tan dolorosa. Pensé que sería mejor cambiar el tono de la conversación.

—¡Por qué hablar de cosas tristes en una fiesta! —exclamé con mi

mejor interpretación de diva de la noche—. Quizá me haya precipitado un poco al hacer mi valoración de la casa. Puede que no esté tan mal. De día seguro que tiene otro aire más habitable —dije para animarlo—. Lo que es seguro es que sus paredes no van a ser el

peor de mis problemas. Mucho me temo que soportar a tu hijo en ella se llevará la palma de mis quebraderos de cabeza, ¿no crees?

Mi broma surtió efecto, porque sonrió con resignación.

—Apuesto a que ese va a ser tu mayor reto —respondió elevando su copa.

El tiempo de descanso que me había dado mi madre duró poco. Volvió a secuestrarme un rato más, pero esta vez me escabullí yo sola alegando que tenía que hablar con Nacho. Como siempre, él era mi tabla de salvación. Lo vi en una esquina del salón conversando con Arturo y con Sofí.

—Cariño, estás radiante esta noche —me dijo ella con la misma dulzura de siempre cuando me acerqué. Mi madre me había hecho un comentario despectivo sobre su atuendo, pero a mí me parecía que estaba radiante con aquel vestido de seda blanca que le llegaba hasta los pies—. Justamente, comentábamos lo que nos alegramos de que vayas a formar parte de nuestra familia.

Luego me dio uno de sus cálidos abrazos y mi conciencia se removió incómoda.

Sofí siempre me había tratado bien y me dolía pensar en su reacción si descubría la verdad.

—Todavía estamos intentando averiguar cómo Persi ha conseguido engañarte para que te cases con él —dijo Arturo con su habitual seriedad, pero sin ocultar el tono de humor que había en sus palabras.

—¡Arturo! —protestó Sofí bromeando—. ¿Acaso no puedes reconocer la buena planta y modales exquisitos que tiene mi hijo?

—Por supuesto y, mientras mantenga la boca cerrada, todo irá bien.

No podía estar más de acuerdo con él.

—¿Cómo llevas la velada? —me preguntó Nacho—. ¿Mucha tensión?

—La verdad es que no —respondí con una mueca—. Más bien un

tostón con tantas presentaciones, pero nada que no pueda manejar. La fiesta realmente es para mi madre y ella la está disfrutando. Con eso ya me vale. ¿Y vosotros? ¿Lo estáis pasando bien?

—¡Por supuesto! Y lo mejor es veros felices a Persi y a ti —respondió Sofí con tanto amor que tuve que buscar una excusa para huir de allí. Si me quedaba más tiempo sería capaz de confesarle toda la verdad con tal de no sentirme tan culpable.

Por suerte, mi madre había tenido la gentileza de invitar a algunos de mis compañeros de trabajo y pude distraerme con ellos un rato. Hasta mi jefe parecía estar pasándolo en grande recordando el día de la propuesta de matrimonio de Persi. Un hecho memorable que pasaría a la historia. Según ellos, claro. Yo tenía mi propia opinión al respecto.

Pero cuando vi a Ventura, el hijo de Arturo, me disculpé con ellos y me fui directa hacia él. El esmoquin le sentaba muy bien, pero no podía ocultar la desazón que llevaba por dentro. Él, que siempre había sido un espíritu vital, ahora se veía apagado tras las gafas que no ocultaban la tristeza de sus ojos. Me partía el alma verlo así.

—Has venido solo —afirmé con pesar después de saludarlo.

—Lo siento —respondió cabizbajo.

—Tengo que hablar contigo sobre otro tema —dije desviando la charla a un terreno menos doloroso—. Necesito tu ayuda.

Pero antes de que pudiese explicarle nada, apareció Persi y tomó el protagonismo de la conversación.

—Veo que no pierdes el tiempo, querida. A mí me ha costado un poco más escaparme de tanta felicitación. Hay mucho incrédulo en esta fiesta que todavía no comprende cómo he conseguido «pescarte». ¿Tú qué opinas, Ventura? ¿Crees que estaré a la altura de mi flamante esposa?

Ventura sonrió y me alegré de ver que Persi conseguía animarlo un poco con su extravagante humor.

—Creo que ninguno de los dos podría haber encontrado una pareja mejor —

respondió con sinceridad. La relación de aquellos hermanastros era digna de admiración, sobre todo por Ventura que era quien se llevaba la peor parte—. Os deseo que seáis muy felices —dijo levantando su

copa en un brindis.

—Amén —respondió Persi.

—Bien, y ahora que ya has aclarado tus dudas, ¿podemos centrarnos en algo importante? —dije esperando que no me interrumpiese más—. Ventura, necesitamos tu ayuda profesional. Nos hemos encaprichado de la antigua casa del abuelo de Persi, y nos vendría bien saber qué reformas tendremos que hacerle para poder vivir en ella.

Según dicen, es del siglo XVII.

—Realmente es Patri la que se ha «encaprichado» de ella, y yo no he podido negarme. Me da igual lo que cueste, mi dama tendrá su palacio —dijo Persi ocultando la burla que había en sus palabras.

—¿De verdad quieres vivir allí? —me preguntó Ventura extrañado—. Nunca hubiera imaginado que ese edificio pudiese interesarte para algo más que restaurarlo como patrimonio histórico de Boadilla.

Ventura me conocía mejor de lo que yo pensaba. Ahí tenía la prueba.

—Quiero experimentar en primera persona lo que se siente entre paredes con tanta historia —mentí.

—Claro —respondió sin mucha convicción—. Pues por mí no hay problema.

Espero que por dentro haya aguantado bien el paso del tiempo, de otra forma será complicado que esté lista para la boda. ¡Pero quién dijo miedo! —continuó, estimulado con la idea de poder remodelar una propiedad tan antigua—. Será todo un reto. Ya sabéis que esos trabajos son los que me apasionan y más si es para vosotros. ¿Os viene bien que quedemos para verla el martes por la tarde?

Me gustó comprobar que recuperaba el ánimo. Sin duda, aquel proyecto acababa de alegrarle la noche.

—¡Allí estaremos! Ya sabía yo que tú tampoco podrías negarte a una petición de Patri —comentó Persi mirándome con sorna—. Y ahora, con tu permiso, debo robártela.

Todavía no le he presentado a una persona que quiero que conozca —dijo deslizando su brazo por mi cintura

—¿Te parece que no he tenido suficientes presentaciones por esta

noche? —le pregunté cuando estuvimos solos.

—Querida, te aseguro que esta es la más importante —respondió con un toque misterioso en la voz, mientras nos dirigíamos hacia el otro extremo del salón.

«¿Qué estará tramando?»

Me llevó hasta un grupo de tres personas. Una mujer morena acompañada por dos hombres que, a juzgar por la cara de babosos que tenían, estaban intentando ligar con ella sin mucho éxito. Yo no la había visto en mi vida, de eso estaba segura. Alguien así no pasaba desapercibida. Aquella mujer tenía un cuerpazo increíble que destacaba con el vestido negro ajustado que llevaba. Y lo demás no se quedaba atrás. ¡Qué pelazo!

¡Qué ojos! ¡Qué boca! Todo en ella rezumaba un erotismo salvaje digno de admiración.

—Caballeros, espero que nos disculpen por esta interrupción, pero les agradecería que nos permitiesen hablar a solas con Claudia —dijo Persi en un tono amable, pero que no dejaba lugar a réplica.

Los hombres parecieron algo molestos y tan extrañados como yo, pero se marcharon sin protestar. Por su actitud deduje que no se iban a dar por vencidos tan fácilmente. Sin duda, volverían a la carga en cuanto tuvieran ocasión. No pude culparlos. Aquella mujer tenía que ser un imán para el sexo masculino.

Lo que no me esperaba fue la mirada de complicidad que vi entre ella y Persi cuando él se situó a su lado y pasó el brazo por su hombro. Ahí empecé a sospechar. Él nunca se tomaba esas confianzas con ninguna mujer. ¿Quién demonios sería esa tal Claudia?

—Querida, te presento a la persona que ha hecho realidad mis sueños, el genio al que le debo mi éxito profesional. La que me comprende y me apoya todos los días. Mi mano derecha en el mundo de las redes sociales. Sin Claudia, yo no sería nada —dijo cogiendo su mano y llevándosela a los labios con devoción.

Casi me caigo al suelo allí mismo cuando comprendí lo que sucedía. Persi me estaba presentando a su amante sin ningún tipo de reparo, con la más absoluta naturalidad, como si además se sintiese orgulloso de estar haciéndolo.

—Es un placer conocerte al fin —dijo Claudia con una sonrisa que

mostraba unos dientes perfectos—. Persi me ha hablado mucho de ti.

Yo los miraba sin poder creer lo que veía. «La persona más importante de todas».

¿Lo sería para él? Dada la presentación que había hecho de ella, sin duda lo era. Se notaba que lo decía de verdad. Esa mujer no solo era su amante, era mucho más. Seguro que se refería a ella cuando me había garantizado que por su parte no habría ningún problema en mantener relaciones discretas fuera del matrimonio. Sentí un sabor amargo a bilis en mi garganta. De repente me los imaginé en la cama, haciendo el amor

sabiendo que esos momentos no iban a terminar por mucho que Persi estuviese casado conmigo.

¿Qué pensaría ella de mí? ¿Cómo me sentiría yo si estuviese en su lugar? ¿Si otra mujer aparentase delante de todo el mundo tener algo que me pertenecía? Y, aun así, ella había tenido el coraje de venir a nuestra fiesta de compromiso. ¿Sería una declaración de intenciones por su parte? ¿Quería dejarme claro que no pensaba desaparecer de su vida? Pero entonces, ¿por qué había accedido él a ayudarme? ¿A cambio de una casa en ruinas, de un yate que podría comprar sin inmutarse? Aquella situación no tenía ninguna lógica. ¿Estaría ocultándome algo? No, imposible. Eso sería demasiado enrevesado para alguien a quien lo único que le importaba era disfrutar de su mera existencia.

Me di cuenta de que mi silencio estaba a punto de resultar un poco incómodo y tuve que reaccionar.

—El placer es mío —logré responder haciendo un esfuerzo titánico por mostrar una sonrisa que no sentía—. Sin duda eres un auténtico prodigio de la naturaleza para que Persi reconozca que su éxito te lo debe a ti. Creo que es la primera vez que no se adjudica todo el mérito de cualquier cosa que hace.

—Más le vale —contestó dirigiéndole una mirada cargada de seducción—. Sabe que no puede vivir sin mí.

—Eso es un hecho —respondió él como si la conversación tuviese un trasfondo íntimo que solo ellos conocían—. Me tienes esclavizado.

Aquello me irritó. Había que estar ciego para no darse cuenta de que su relación iba mucho más allá del terreno profesional. Ya estaban separados, pero bastaba con observarlos para percibir la química que

había entre ellos. ¿Y si encima alguien los escuchaba hablando así?

—Debes de ser una santa para lidiar con él a diario —comenté tomándome a broma su flirteo. Necesitaba desviar la atención de oídos ajenos que pudiesen captar el matiz real de la situación.

—No tanto como tendrás que hacerlo tú a partir de ahora, querida —dijo Persi con ironía, pero a mí me sonó a amenaza.

—Tranquila, ya me encargaré yo de que no te incordie mucho. Tengo preparada una agenda que le dejará exhausto durante los próximos meses —comentó Claudia

como si me estuviese haciendo un favor—. El lanzamiento de su novela va a ser un gran éxito, pero para eso tendremos que trabajar muy duro.

Yo no tenía ni idea de que Persi escribiese.

—Confío en que con tu ayuda será todo un *best-seller*. —Mi tono delató la incredulidad que sentía por que algo así pudiese ocurrir.

—Puedes contar con ello. Yo siempre estaré a su lado para hacer que consiga lo que quiere —dijo Claudia con decisión. Comprendí que ya no estábamos hablando de libros.

A pesar de su sonrisa, sus ojos destilaban una hostilidad que me erizó la piel. Quizá no se sentía tan segura con nuestro matrimonio como pretendía fingir. Mantuve su mirada sin amedrentarme, noté la adrenalina fluyendo por mis venas, y supe que aquella mujer sería una rival implacable para quien se interpusiese en su camino. Yo no iba a hacerlo… ¿o sí?

«Demasiadas emociones para una sola noche», pensé. Esa era la única explicación para que una idea tan absurda se hubiese cruzado por mi mente.

—En ese caso, te dejo con Persi para que podáis hablar de vuestras cosas —

respondí a modo de despedida intentando parecer cordial—. A mí todavía me toca saludar a un montón de invitados antes de que Marcos y mi madre den su discurso oficial del compromiso. Te dejo que disfrutes de Persi hasta ese momento. Luego será mío.

Me marché de allí irritada conmigo misma por haber empleado unas

palabras tan poco acertadas. ¿En qué demonios estaría pensando para decir algo así?

CAPÍTULO 19

PERSI

—¿Se puede saber a qué ha venido esta escenita para dar celos a Patri? —preguntó Claudia en cuanto nos quedamos solos.

—Estoy desesperado —dije tocándome la frente para reducir la presión que sentía en ella. Las últimas horas habían sido un infierno. Un delicioso infierno al lado de Patri en el que desearía poder quemarme toda la vida.

—¿Por qué? —respondió con el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo malo esta noche?

—He estado a punto de mandar todo a la mierda —confesé—. No puedo seguir con este juego. Me está volviendo loco.

Claudia me miraba fijamente, intentado adivinar qué había podido pasar para que yo hablase así.

—Hay algo que no me has contado, ¿verdad?

Asentí. Sería absurdo seguir engañándola. Claudia me conocía lo suficiente como para saber que mi comportamiento no era normal, que la debilidad que mostraba en ese momento no era propia de mí.

—Estoy enamorado de Patri —dije como si fuese una condena, reconociendo por fin en voz alta algo que había intentado ocultar toda mi vida. Los acontecimientos de las últimas horas me habían hecho explotar.

Claudia puso cara de espanto y se llevó las manos a la cabeza.

—¡No me jodas! —exclamó desconcertada moviéndose de un lado a otro—. ¿Tan pronto ha hecho esa mujer que pierdas la razón por ella? ¡Pero si ni siquiera os habéis acostado todavía! —exclamó parándose en seco—. ¿O sí?

—Te aseguro que no ha sido por falta de ganas —dije burlándome de mi patética situación—. Por mi parte, claro.

—¡Y entonces por qué cojones te negaste en rotundo cuando yo te propuse que lo hicieras! —bufó exasperada—. ¡Joder, hasta me hiciste sentir culpable por obligarte a tener sexo con una mujer relacionada con ellos!

—Precisamente por eso, porque a pesar de que sé lo que representa, no puedo quitármela de la cabeza.

—¡Pues si tan encoñado estás, tíratela de una vez y libera esa tensión! —replicó con su lógica aplastante—. A juzgar por las miradas asesinas que me ha lanzado esta noche, te aseguro que ella tiene tantas ganas de hacerlo como tú.

—Te equivocas.

—Sabes que tengo razón.

—Esta vez no. Desconoces nuestra historia.

—¡Ah! —dijo abriendo los ojos y la boca como un mimo horrorizado —. Así que hay un «historia» que no me has contado. ¿Y a qué estás esperando para hacerlo? ¿Cómo quieres que te ayude si no sé toda la verdad?

No quería que ella me ayudase, nadie podía.

En ese momento, oímos que mi padre y Julia iban a comenzar su actuación, y me llamaban para que representase mi papel en escena. Un tormento más.

—Salvado por la campana —dije ridiculizando mi voz, adoptando por anticipado el personaje que todos esperaban.

—Ni lo sueñes —replicó—. Termina de hacer este paripé y nos vamos a mi casa. De esta noche no pasa que me lo cuentes todo. Tengo una botella de bourbon esperando para ocasiones especiales. Y te aseguro que esta lo va a ser.

Era difícil llevarle la contraria, mucho menos cuando alguien estaba tan agotado como yo. Acepté su invitación y cuando terminó la fiesta me excusé con Patri para no acompañarla de vuelta a su casa. Nacho se ofreció a sustituirme y se lo agradecí.

Ya en su piso, el alcohol me sirvió para dejar salir todo lo que tenía que haberle contado hacía mucho tiempo. Claudia debía saber la verdad. Mis sentimientos estaban poniendo en peligro el juramento que le había hecho. Le expliqué lo que Patri había significado en mi vida desde que éramos unos niños hasta que regresé de Stanford; que

por muchas mujeres con las que había estado, nunca había podido sacármela de la cabeza ni del corazón. Le hablé del dolor que sentía

cada vez que su mirada delataba el desprecio que le inspiraba un hombre como yo; la rabia que me consumía porque, a pesar de eso, ella había aceptado casarse conmigo por un fin repugnante. Pero, sobre todo, le confesé mi vergüenza por dudar de si iba a ser capaz de continuar con nuestros planes.

Claudia me escuchó en silencio. Sabía que era la única forma de que yo desnudase mi alma. Sin interrupciones. Como un suicida al que lentamente se le va escapando la vida por sus muñecas seccionadas. En mi caso sucedió algo parecido. También fue una liberación.

—Lo siento —dijo abrazándome.

Aquel no era un gesto habitual en ella, ni yo solía aceptar con agrado esas muestras de compasión, pero no la rechacé. Necesitaba saber que Claudia no me culpaba por ser tan débil.

—Por lo que me has contado, no parece que Patri sea una mujer que cuadre con lo que sabemos de la Orden —continuó un rato después, cuando el momento sentimental había pasado y yo me sentía un poco más animado.

Me angustiaba que mi confesión pudiese cambiar su forma de actuar conmigo. Lo último que necesitaba era ver en sus ojos que la había decepcionado, pero eso no sucedió. Al contrario, su mente vivaz ya se había puesto en marcha para buscar una solución.

—¿Y si nos estamos equivocando con ella? —explicó.

—Ojalá tuvieras razón —respondí con un atisbo de esperanza que me negaba a reconocer—. Mi madre y Arturo piensan igual que tú. A mí también me parece imposible que Patri haya podido cambiar tanto, pero no quiero hacerme ilusiones.

—Pero ¿y si es cierto? ¿Y si tiene un motivo que desconocemos para hacer lo que está haciendo? Tendría que ser una razón muy poderosa para arriesgarse de esa manera. Quizá ni siquiera sepa a lo que se enfrenta —respondió pensativa—. Tenemos que averiguarlo, solo así sabremos cómo actuar.

—Te recuerdo que ya lo he intentado —repliqué sintiéndome el aguafiestas del equipo.

—Entonces tendremos que cambiar de estrategia.

Enarqué una ceja dejándole claro que lo del sexo era inviable.

—No estoy pensando en eso —respondió como si me hubiese leído la mente—.

Creo que lo que tienes que hacer es bajar la tensión, conseguir que se relaje. Es decir, dejar de ser tan insoportable. Tiene que confiar en ti y la única forma de hacerlo es que te vea como un aliado, no como un idiota. Bueno, un poco sí —reflexionó—, tampoco es cuestión de que cambies ahora de repente.

Parecía una idea razonable. Arriesgada, pero razonable. Y era la única que teníamos.

CAPÍTULO 20

PATRI

—¡Patri, despierta!

La voz de Nacho me devolvió a la realidad, pero el dolor insoportable que sentía en el cuello no cesó. Me estaba ahogando. El oxígeno no llegaba a mis pulmones y el pánico se apoderó de mí. El corazón me latía desbocado. Llevé mi mano al pecho como si así pudiese evitar que se me saliera. Estaba mareada, desorientada y con una sensación de asfixia tan grande que pensé que iba a morir.

—¡Mírame, Patri! —exclamó con urgencia Nacho, mientras me agarraba la cabeza con sus manos de forma que mi rostro quedó enfrentado al suyo—. Solo ha sido un mal sueño. Puedes respirar. Vamos, hazlo… Despacio… Así, poco a poco. Coge aire, suéltalo… Otra vez… Lo estás haciendo muy bien.

Sus palabras me fueron calmando lentamente y comprendí que no me ocurría nada, que todo había sido producto de la maldita pesadilla que acababa de tener.

—¿Estás mejor? —preguntó preocupado.

Asentí levemente. Todavía me costaba respirar con normalidad. Pero lo peor fue la vergüenza que sentí cuando vi dónde estábamos. Nacho había tenido que aparcar en el arcén para que no sufriésemos un accidente.

Estaba tan cansada cuando me monté en su coche que debí de quedarme dormida al instante. Una vez más, pensé que habían sido demasiadas emociones de golpe: la casa, la fiesta, el compromiso y la amante de Persi. La mujer perfecta había bebido demasiado y él se había ofrecido a llevarla a casa. O quizá, todo había sido una excusa para acabar la noche juntos.

—¿Qué estabas soñando? —me preguntó mientras arrancaba de nuevo el coche.

Aquella pesadilla había sido tan real que me estremecí al pensar en ella.

—No sé cómo empezó —murmuré—. Estaba en la casa que he visto esta noche, pero era distinta… Los muebles parecían más antiguos… Yo vivía allí con mi marido, pero en ese momento estaba sola…

—¿Con Persi?

—No —negué con rotundidad—, él no aparecía en mi sueño.

—¿Y qué ocurrió?

—Me dirigía hacia las escaleras —continué con la visión clara en mi mente—, pero entonces oí unos golpes terribles contra la puerta de entrada y la voz de unos hombres gritando en una lengua que no entendí. El pánico me paralizó, no sabía qué hacer.

Cuando comprendí que acabarían por entrar, empecé a correr y atravesé la puerta del fondo… Daba a un patio porticado... Dudé… Mi primera intención fue continuar hacia el siguiente patio, en el que estaba el ganado y había una salida al camino, pero al final me dirigí hasta la cocina para esconderme. Por algún motivo pensé que allí estaría segura. Me equivoqué. Ellos fueron más rápidos de lo que yo esperaba y me acorralaron.

No pude continuar. El miedo que había sentido en el sueño volvió a sobrecogerme.

—¿Quiénes eran? —preguntó Nacho sin apartar la vista de la carretera —. ¿Los conoces en la vida real?

—No… Eran soldados. Llevaban uniformes antiguos… Casacas rojas, tricornios negros y unos enormes fusiles que dejaron de apuntar al asegurarse de que estaba sola.

Me miraron como si yo fuese un suculento plato con el que darse un gran festín —

respondí horrorizada al recordarlo—. Olían a alcohol, a un sudor tan asqueroso que me revolvió el estómago y a punto estuve de vomitar. Se rieron de mí cuando los amenacé con un insignificante cuchillo que había en la mesa de la cocina... Ellos eran cinco, una jauría de lobos recreándose con mi miedo… No se movieron… El que parecía el cabecilla habló en español, pero con acento extranjero… Me dijo que no me harían nada si me portaba bien y les contaba lo que querían saber. No lo creí, pero intenté ganar tiempo preguntándole a qué se refería… Habló de algo llamado «el Tesoro del Santo».

Lo estaban buscando y alguien les había confesado que yo sabía dónde encontrarlo.

—¿Se lo dijiste?

—No podía. Debía impedir que cayese en sus manos.

—¿Por qué?

—No lo recuerdo… Solo sé que era algo muy importante que debía permanecer oculto, y ya no quedaba nadie más que yo para protegerlo.

—¿Lo conseguiste?

—Sí… De la única forma posible. —Cerré los ojos y me llevé las manos a la garganta, intentado aliviar el dolor lacerante que sentía de nuevo—. Si yo moría, ellos no podrían hacerme nada y el secreto se iría conmigo a la tumba… Utilicé el cuchillo para degollarme el cuello… Luego desperté.

Nacho permaneció en silencio. Yo aproveché para recomponerme. Solo había sido un mal sueño sin importancia, seguro que en un rato ya se me habría olvidado.

—Creo que todo esto te está afectando demasiado —dijo con voz grave—. Tus pesadillas son cada vez más descabelladas. No puedes seguir así. Tienes que pararlo. Si no lo haces tú, lo haré yo. Mañana mismo hablaré con Persi y le diré que vais a cancelar la boda.

—No puedes hacer eso —repliqué, aunque la idea de que pudiese ser verdad no me gustó—. ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? Creo que estás exagerando.

—¿Exagerando? ¿No te parece suficiente prueba que hayas situado una escena tan horrible en la misma casa en la que vas a vivir? ¿Cuántas pesadillas más como esta quieres padecer? ¿Es que no ves que tu subconsciente te está diciendo a gritos que lo dejes?

Nacho podía tener razón. Desde la muerte de mi padre había tenido sueños pesados, pero nunca tan reales y angustiosos como los que había sufrido a partir de la conversación con Marcos. La Orden de Salomón y el peligro que corría mi madre me estaban trastornando. Pero ¿qué podía hacer? Echarme atrás no era una opción.

—Solo son sueños, Nacho —respondí para calmarlo—. Me alteran un poco, pero luego se desvanecen. Es verdad que estoy nerviosa con lo de la boda, pero eso le pasa a todo el mundo. Además, seguro que desaparecerán si antes de dormir me tomo alguna infusión para relajarme. No tienes que preocuparte tanto por mí. De verdad que estoy bien —dije poniendo mi mano sobre la suya para convencerlo.

Nacho movió la cabeza de un lado a otro refunfuñando entre dientes.

—Pero mira que eres cabezota.

—Y aun así me adoras —respondí con voz zalamera.

—Eres imposible.

—Sí, esa es otra de mis cualidades —bromeé—. Venga, no me regañes más. Si estás enfadado no vas a querer hacerme el favor que te voy a pedir.

Llevaba tiempo intentando hablar con él sobre ese tema, pero nunca veía la ocasión para hacerlo. Sabía que no le gustaría lo que iba a proponerle, pero cuanto antes lo hiciese mejor. No tenía sentido demorarlo más.

Nacho aparcó el coche y se giró hacia mí dedicándome toda su atención.

—Que conste que sé que intentas desviar el tema de esta conversación, pero no me opondré. Es muy tarde y los dos estamos agotados. Dime, ¿cómo puedo ayudarte?

—Me gustaría que fueses nuestro padrino en la boda.

Su cara de estupefacción anticipó la respuesta que ya esperaba.

—¡Tú has oído algo de lo que he dicho sobre que no me parece bien que te cases con Persi! —exclamó malhumorado—. ¡Encima pretendes que sea yo quien actúe de padrino en semejante despropósito! No, lo siento, pero por ahí no paso. No, no y no.

—Por favor…

—¡Que no! Digas lo que digas no me vas a convencer.

—No quiero que otra persona más que tú ocupe el lugar que debería tener mi padre.

Hasta a mí me sonó a chantaje emocional, pero no lo era. De verdad pensaba que Nacho era el único que podría sustituir a mi padre, por muy falsa que fuese aquella boda.

—Eso es un golpe bajo y lo sabes —dijo cambiando el tono por otro más conciliador.

—Te necesito. Tú siempre has sido como una especie de hermano mayor para mí y es lógico que quiera tenerte a mi lado ese día, ¿no te parece?

—Precisamente por eso —respondió contrariado—. Un hermano se opondría en rotundo a que continuases con una locura que te está haciendo daño. ¿No lo entiendes?

Yo solo quiero lo mejor para ti.

—¿Y no crees que a Persi le encantará la idea de que seas nuestro padrino?

Piénsalo. Desde niños habéis sido inseparables, ¿por qué no ibas a ocupar un puesto relevante en su boda?

—Ese es el problema…—susurró.

—Por favor, dime que sí…

Nacho cerró los ojos y tomó aire como si le costase hacerlo. Sabía que era egoísta por mi parte forzarlo a hacer algo en lo que no creía, pero de verdad necesitaba que aceptase mi petición. Aguardé en silencio con el corazón en un puño, él nunca tomaba decisiones a la ligera.

—Vas a acabar conmigo, pero sabes que nunca he podido negarte nada —

respondió al fin con una sonrisa de resignación.

Me tiré encima de él abrazándolo como una niña a la que hubiese concedido su mayor deseo.

—Gracias. Persi se va a poner loco de contento cuando se entere. Sabía que podíamos contar contigo.

—Y yo tengo la certeza de que algún día acabaré en serios problemas por vuestra culpa —contestó con una mueca.

Ninguno de los dos podíamos imaginar hasta qué punto sus palabras se harían realidad.

CAPÍTULO 21

PERSI

—Y así fue cómo el gran filósofo Aristóteles tuvo que reconocer su derrota. Él, que había reprendido a su discípulo Alejandro Magno por enamorarse de la bella cortesana Filis, experimentó en carne propia cómo la razón queda nublada ante los deseos del amor —dije delante de la cámara con una mueca—. No seré yo quien le contradiga. Ya sabéis que cupido ha disparado todo su arsenal contra mí y ando contando los segundos que faltan para mi boda. Y hablando de cupido. ¿Sabéis que…

Continué un rato más con la sesión de grabación planificada. Ese día estaba con el equipo de Claudia en su oficina, porque además teníamos que hacer una colaboración con una famosa marca de plumas que quería que promocionase el nuevo producto que sacaban al mercado. Parecía que iba a ser una mañana tranquila, pero todo cambió cuando Claudia se acercó y me dijo que teníamos que hablar. Por su gesto anticipé que lo que tuviera que decirme no iba a estar relacionado con el trabajo. Salimos de la sala y nos fuimos a su despacho.

—Mi secretaria me acaba de decir que ha llamado la policía. Uno de ellos viene hacia aquí para hacerme unas preguntas.

—¿Unas preguntas? —pregunté sorprendido—. ¿Sobre qué?

—No lo sé, no le han explicado nada más, pero no me gusta que la policía ronde por mi oficina. —Estuve de acuerdo con ella.

Media hora después, a través de la pared de cristal del despacho vimos cómo se acercaba la recepcionista. Iba acompañada por un tipo que debía de rondar mi edad y llevaba una chupa de cuero negra cuyo estilo yo solía denominar «soy el más malote del barrio». Alto, de apariencia musculada, rasgos angulosos y corte de pelo degradado hasta rozar el cero, bien podría haberse confundido con uno de los modelos masculinos que habitualmente pasaban por la agencia de Claudia. Pero él no lo era. Sus movimientos delataban el instinto cazador de un policía. Andaba despacio, seguro, con un casi imperceptible balanceo de sus anchos hombros y una mirada que escaneaba a su paso todo lo que le rodeaba sin apenas girar la cabeza. La sonrisa se la había dejado en casa.

No tuve duda de lo que me iba a encontrar cuando dirigí la vista hacia

Claudia. Mi amiga se lo estaba comiendo con los ojos y se mordía el labio inferior como tantas veces le había visto hacer cuando un hombre la impresionaba. Y, a juzgar por su expresión, aquel poli le gustaba, y mucho.

—¿Prefieres que te deje a solas con él? —bromeé.

—Todavía no —respondió con voz melosa, sin apartar la mirada del hombre que se acercaba a la puerta de su despacho—. Pero estate atento a mi señal.

No hizo falta que me explicase nada más. Hubiera apostado a que ya estaba fantaseando con las esposas de ese poli en el cabecero de su cama.

—Inspector Carles Caralps —se presentó con voz grave cuando nos quedamos los tres solos.

—Qué honor tener a todo un inspector en mi despacho —dijo Claudia con cierto toque seductor en el tono—. ¿Eres catalán?

—No. Gaditano —respondió seco, dejando claro que no estaba allí para tontear con ella—. Y, si ya ha resuelto su gran duda, le agradecería que a partir de este momento sea yo quien haga las preguntas.

Zasca. Los ojos de Claudia se abrieron como platos y tuve que disimular con una carraspera la risa que me provocó. Mi amiga no estaba acostumbrada a que ningún hombre la tratase así. Más si cabe, cuando yo sabía que aquel día se había esmerado para salir de copas después del trabajo. Sin duda, esa charla sería todo un espectáculo.

—No tengo mucho tiempo —dijo ella herida en su orgullo, adoptando la pose de una reina—. Soy una mujer muy ocupada, así que dígame rápido para qué ha venido y zanjemos esta conversación lo antes posible.

—Esto es una investigación policial y espero que colabore… Pero, si lo prefiere, puedo citarla en comisaría. Usted decide —dijo muy despacio desafiándola con la mirada.

—No será necesario, inspector —intervine para calmar los ánimos.

—¿Y usted es?

—Percival Olivares Falcón —me presenté con una sobreactuada

inclinación de cabeza—. Su esclavo.

—Yo no uso de eso —respondió cortante sin cambiar el rictus serio de su rostro que cada vez me recordaba más al de Harry, el Sucio—. Me temo que debo pedirle que nos deje a solas. El tema que voy a tratar con la señora Galán es confidencial.

Tuve que morderme la lengua para no soltar una carcajada al escuchar cómo la había llamado y me dio la sensación de que lo había hecho a propósito. El pobre no tenía ni idea de que Claudia se transformaba en Medusa cada vez que escuchaba ese nombre.

—«Señora» lo será tu…

—Inspector Caralps —dije apretando el brazo de mi amiga antes de que por su boquita saliese la burrada que iba a soltar—, Claudia me ha pedido expresamente que asista a esta reunión.

—¿Es su marido? —le preguntó ignorándome a mí.

—«Yo no uso de eso» —respondió Claudia intentando petrificarlo con los rayos mortíferos que salían de sus ojos—. Persi se queda. Lo que tenga que decirme lo hará delante de él.

Pero el inspector no se achantó. Sostuvo su mirada con más coraje que el mismísimo Perseo, y ya no tuve dudas de que aquel duelo de titanes iba a merecer la pena.

—Inspector Caralps —comenté en tono conciliador—, a Claudia y a mí nos une una estrecha amistad de muchos años. Le aseguro que mi presencia no le supondrá ningún problema.

—Está bien —concedió al fin poco convencido—. Pero insisto en que esta conversación debe ser confidencial.

—Por supuesto, tiene mi palabra de caballero —aseguré llevándome la mano al pecho—. ¿Tomamos asiento?

Carles se quitó la cazadora y luego se acomodó en la silla que le ofrecí. Yo me senté en la otra. Enfrente de la mesa, ella mantuvo su pose como si estuviese concediendo audiencia a un insignificante vasallo.

—Dispare. ¿Qué quiere preguntarme? Ya le he dicho que no dispongo de mucho tiempo.

El inspector Caralps sacó el móvil de su bolsillo y después de buscar algo en él se lo mostró a Claudia.

—¿Reconoce esta imagen?

Ella contestó rápido, pero con desgana.

—No. ¿Debería?

—Pues sí, según mis fuentes, este grabado pertenecía a su hermano y usted se lo regaló a uno de sus amigos cuando él falleció.

La mención de Alonso hizo que los dos nos incorporásemos hacia delante en nuestros asientos. Claudia arrebató el móvil de las manos de Carles y lo observó con más detalle frunciendo el ceño.

—¿Por qué? ¿Por qué quiere saberlo? —preguntó después con un tono menos beligerante— ¿Para qué ha venido exactamente?

—¿Eso quiere decir que sí lo reconoce?

—Podría ser, pero no pienso responderle hasta que no me cuente de qué va todo esto. ¿Qué tiene que ver Alonso con la policía si lleva cinco años muerto?

El inspector no respondió y supuse que se estaba tomando su tiempo para decidir hasta qué punto podía compartir con nosotros los datos de su investigación. No apartaba los ojos de Claudia, y pude apreciar en su mirada las dudas de un hombre desconfiado por naturaleza.

—¿Han oído hablar del asesinato que se produjo hace unas semanas, el de un anticuario que murió cuando se perpetraba un robo en su casa? Salió en los medios de comunicación, pero no tuvo mucha repercusión mediática.

Ahora fui yo quien se quedó impactado por el giro que estaba dando aquella conversación. Por suerte, Claudia fue capaz de reaccionar más rápido y mencionó a la ligera que algo había leído en internet.

—Descubrimos que este hombre tenía en su casa un grabado similar al de Alonso.

Al principio no reparamos en él, pero uno de los periodistas de sucesos que estaba informándose del caso nos dijo que le había llamado la atención. Mientras entrevistaba a la viuda, esta le explicó que su marido lo había recibido la víspera de su muerte.

Aquello despertó sus sospechas y habló conmigo.

—¿Por qué? —pregunté yo al ver que se quedaba en silencio. Pero no me respondió. Seguía con la mirada fija en Claudia.

—Porque mi hermano también recibió el suyo el día anterior a ser asesinado —dijo ella muy lentamente, como si estuviese en trance.

Carles afirmó con un gesto esperando a que continuase hablando. Claudia cerró los ojos y tomó aire, llevándose la mano a la boca como si quisiese frenar las emociones que aquella noticia le habían removido por dentro. Yo hice ademán de levantarme para consolarla, pero el inspector me frenó en seco extendiendo su brazo hacia mí. Ese fue el tiempo que ella necesitó para reponerse.

—Dos amigos de Alonso fueron los que me ayudaron a recoger sus cosas cuando él murió —continuó con la mirada muy lejos de aquellas cuatro paredes—. Uno de ellos era compañero del periódico, no recuerdo su nombre. Al ver el cuadro, me dijo que le parecía mentira lo que había sucedido, que tan solo unos días antes, en la víspera de su muerte, había estado tomando copas con mi hermano en esa misma casa. También me contó que llegó un mensajero con un paquete, pero que Alonso no tenía ni idea de quién lo enviaba. En su interior estaba ese cuadro. La imagen representaba a un monstruo y bromearon diciendo que tenía que ser de alguna antigua ex despechada. El amigo de mi hermano se había ofrecido a quedárselo, porque a él sí le iba el rollo de terror. Era un fanático de Lovecraft, según me dijo. Cuando me contó su historia se lo regalé. Estaba convencida de que a Alonso le hubiese gustado que él lo tuviera.

Permanecimos los tres en silencio hasta que Claudia recuperó su expresión habitual. Aquel tema siempre avivaba en ella un dolor que todavía le resultaba insoportable.

—¿Satisfecho? —preguntó airada.

—Esto confirma lo que ya sabíamos —respondió Carles sin el tono autoritario que había empleado hasta aquel momento—. ¿Tiene alguna idea de quién pudo haber enviado el grabado?

—Si ni siquiera lo sabía mi hermano, ¿cómo se le ocurre que pueda saberlo yo? —

replicó ella malhumorada.

Pero no era verdad. Estaba seguro de que por la mente de Claudia

también había pasado la posibilidad de que detrás de aquel envío estuviese la Orden de Salomón. Dos asesinatos y dos cuadros entregados en la víspera de los hechos. ¿Sería aquella la pista que nos faltaba para relacionar los crímenes?

—¿Me permite ver la imagen? —pedí a Carles. Él me miró como si de repente recordase que yo también estaba en la misma habitación—. Además, debo informarle de que suelo moverme por el mundillo del arte y de las antigüedades, y que conocía al anticuario. La última vez que coincidimos fue en un evento del sector dos semanas antes de su fallecimiento. Una trágica noticia, sin duda.

Intuí que el inspector Caralps acabaría por descubrirlo y callarme aquella información hubiera resultado sospechoso. No hizo ningún comentario, pero yo estaba seguro de que investigaría sobre mí en cuanto saliese de aquel despacho. Por lo menos accedió a mostrarme su móvil.

La imagen que vi bien podría haber sido sacada de un sueño. Quizá de una pesadilla, por la figura central que protagonizaba la obra, pero la belleza de la composición resultaba hipnótica. Un monstruo oscuro, de orejas puntiagudas, ojos afilados y cuerpo hercúleo, de cuya espalda nacían unas enormes alas de fuego.

Succionaba el pulgar derecho de un hombre joven que parecía inconsciente tendido sobre un lecho. Los rodeaba una bruma tenebrosa en tonos morados, azules y negros, que iba disminuyendo hasta convertirse en rayos de luz brillante en el extremo superior derecho del cuadro. Allí, la figura de un ángel alado, rojo y dorado, emergía en toda su gloria como el salvador del pobre infeliz que yacía desmadejado en la cama.

Estaba seguro de que era la primera vez que veía aquella magnífica creación, sin embargo, algo en ella me resultaba conocido. ¿Acaso su autor se habría inspirado en otra obra famosa para realizarla? No, no era eso. Los trazos, el color, la forma dramática e impactante de representar las figuras, el misticismo que enarbolaba… ¿Dónde había visto yo algo parecido?

—¿Se sabe quién es el artista que lo hizo? —pregunté al inspector con la esperanza de averiguar algo más.

—Un tal Blake —respondió sin darle mucha importancia—. Es lo único que sé, todavía no tengo el informe de los expertos que están analizando el cuadro.

—¿William Blake? —pregunté sorprendido.

Carles me miró cambiando su expresión.

—Podría ser, la inicial que aparece delante en la firma es una «W» —dijo despacio, con los ojos entrecerrados—. ¿Lo conoce?

Una tormenta de imágenes llegó a mi cerebro, ideas entrelazadas que buscaban una explicación a lo que aquella información podría significar, pero no acababa de encontrarle ningún sentido.

—Todo lo que se puede conocer a un poeta, pintor y visionario inglés que vivió entre el siglo XVIII y principios del XIX —respondí intentando aclarar mi mente.

—¿Me está diciendo que esta obra puede tener algún valor económico? —preguntó el inspector frunciendo el ceño—. ¿Está seguro?

—No soy experto en Blake, pero hace unos meses leí el trabajo que un colega escribió sobre él y la influencia que tuvo en las generaciones posteriores. Puedo asegurarle que este grabado no aparecía en ninguna de sus referencias.

Entonces me di cuenta de que aquel descubrimiento me había hecho abandonar mi pose habitual, algo que tenía que cambiar de inmediato. Todavía no podíamos fiarnos del inspector Caralps.

—Claudia, me temo que cometiste un gran desacierto cuando regalaste el grabado al amigo de tu hermano —dije empleando un tono irritante de lo más agudo mientras hacía aspavientos exagerados —. ¡Mira que te lo tengo dicho, nunca debes menospreciar una obra de arte por muy rocambolesca que parezca!

—Pero ¿no acaba de decir que este cuadro no puede pertenecer a ese tal Blake? —

me increpó el inspector sin comprender mi reacción.

—¡Absolutamente todo lo contrario! —le reproché—. Esta puede ser una obra inédita que no esté catalogada, lo que la convertiría en un filón para su dueño. ¡No quiero ni pensar cuánto pagarían algunos de sus fans por poseerla!

—¿Tan importante es ese hombre? —preguntó Carles que parecía cada vez más extrañado.

—¿Importante? ¡Por favor! —respondí como si su ignorancia me hubiese ofendido en el alma—. William Blake fue un visionario incomprendido en su tiempo, un espíritu libre al que muchos tacharon de loco. Escribía y pintaba sobre lo que veía en su imaginación. Fíjese en esta imagen, quién podría decir que fue grabada en plena Ilustración, cuando todos sus contemporáneos se afanaban por tratar temas de la Antigüedad Clásica. ¡Un genio que fue reconocido por las generaciones futuras!

¿Conoce al grupo The Doors? Pues se pusieron ese nombre por una cita de Blake que aparece en su obra *El matrimonio entre el cielo y el infierno* —dije tomando aliento para seguir como si estuviese recitando a Shakespeare—. *If the doors of perception were cleansed, everything would appear to man as it is: infinite*. Sublime, ¿no le parece?

El inspector Caralps permaneció en silencio con los brazos cruzados y por la mueca que hicieron sus labios apretados supe exactamente la pregunta que se estaba haciendo:

«¿Qué demonios tiene esto que ver con la muerte de dos hombres del siglo XXI?»

Yo no tenía esa respuesta, pero sí empezaba a vislumbrar una posible relación que no pensaba compartir con él. Blake había nacido en el seno de una familia muy religiosa y estaba familiarizado con la Biblia. De hecho, muchas de sus obras representaban su propia versión de pasajes de ese libro, como *La escalera de Jacob* o *El gran dragón rojo y la mujer revestida de sol del Apocalipsis*. «Salomón» también era un personaje bíblico, algo en lo que no había pensado hasta ese momento. ¿Y si la Orden había adoptado ese nombre por algún motivo en concreto?

—A mí me da igual quién fue ese tal Blake o si sus obras tienen valor o no —dijo Claudia interrumpiendo mis pensamientos—, lo único que me interesa saber es si ahora van a investigar la muerte de mi hermano.

—Es parte del caso —se limitó a responder Carles—. Es lo único que puedo decirles.

—Nos hacemos cargo, inspector —comenté antes de que Claudia le saltase a la yugular—. Y, si podemos ayudarle en algo, por favor, no dude en contar con nosotros.

—Creo que de momento no será necesario —respondió levantándose —, pero voy a quedarme con sus móviles por si surgiera alguna

novedad.

—Por supuesto —dije solícito—. También nos convendría tener el suyo por si recordásemos algo relevante, ¿no le parece?

Él afirmó con un gesto. Claudia no parecía muy contenta con aquel intercambio, pero al final accedió, aunque de mala gana.

Desde la puerta, vimos al inspector Caralps salir del despacho con el mismo paso firme con el que había llegado y una pequeña maldad se me ocurrió para quitar tensión a la cara de pocos amigos de Claudia.

—Llámame loco, pero creo que ahí va el hombre que podría robarte el corazón —

dije sin mirarla. No me sorprendió el empujón que recibí por su parte.

—¡Serás idiota! —exclamó ofendida—. ¡Se congelará el infierno antes de que yo quiera salir con ese energúmeno!

¡Dios, cómo odiaba aquella frase!

CAPÍTULO 22

PATRI

El martes por la tarde, Persi y yo fuimos a ver la casa con Ventura. De día no me parecía tan sobrecogedora y tuve que reconocer que el entorno era precioso. Estaba rodeada de encinas, del sonido de la naturaleza, de una paz que invitaba a recrearse en ella. A la fachada le hacía falta un buen encalado para que recobrase su color blanco original, pero la cubierta de tejas a dos aguas tampoco se veía del todo mal, así que me animé un poco. Una vez restaurada, esa casa podría quedar preciosa.

—Es una vivienda magnífica —dijo Ventura—. Estoy deseando verla por dentro, pero primero echemos un vistazo al exterior.

Así lo hicimos. Recorrimos su perímetro y yo me sorprendí de sus grandes dimensiones. Ventura me explicó que lo normal en ese tipo de arquitectura de labranza era que dentro hubiese dos patios. En torno al principal se distribuían las estancias que servían de residencia a sus moradores y en el otro la zona de trabajo en la que se guardaban los útiles del campo y se criaban animales. Luego accedimos al zaguán, así había llamado Ventura a la entrada de la casa, y yo no pude evitar mirar hacia el mueble que mantenía tapado el dichoso agujerito. Esta vez no tuvimos que encender las luces, porque la claridad que entraba por el hueco de la puerta principal era bastante buena. Aun así, Persi se adelantó para abrir también la del fondo, la que supuestamente daba al primer patio que había mencionado Ventura.

—De día no se ve tan mal, ¿verdad? —me dijo gesticulando para que le siguiese al exterior—. Ven, esto te va a gustar.

Le obedecí sin mucha convicción, pero cuando atravesé el umbral me quedé paralizada. Un sudor frío me recorrió la espalda y a punto estuve de taparme la boca para no proferir una exclamación. Aquel patio era exactamente igual al que yo había visto en mi sueño. Estaba empedrado y en torno a su planta cuadrada había una serie de columnas de piedra que soportaban la galería de acceso a las habitaciones de arriba.

Una escalera servía para llegar hasta ellas. En un extremo del patio había un pozo y a su lado una higuera que parecía gozar de mejor salud que lo demás. Se me erizó la piel al contemplar el portalón que conducía al segundo patio, el que en mi sueño podría haber elegido para escapar. ¿Cómo era posible que todo aquello apareciese en mi

pesadilla si era la primera vez que lo veía?

—¡Hola! —saludó una voz femenina desde dentro de la casa. Luego vimos a Lidia entrar en el patio—. La puerta estaba abierta. Espero no molestar. Marcos me dijo que estaríais aquí con Ventura y he pensado venir por si yo también puedo ayudaros.

La noche de la fiesta se lo había mencionado a Marcos al despedirme. Recordé que Lidia era decoradora de interiores y, según tenía entendido, bastante buena.

—¡Claro, pasa! —respondió Persi con amabilidad—. Tu aportación nos vendrá estupendamente. Aunque me temo que primero va a hacer falta una buena reforma.

Su atuendo delataba que la pobre no tenía ni idea del estado de la casa. Hasta Persi llevaba unos vaqueros y una cazadora menos glamurosa de lo habitual. La exquisitez de ella y la delicadeza de sus movimientos contrastaban con la tosquedad que nos rodeaba, pero a Lidia no parecía afectarle en absoluto. Sonreía como una niña pequeña ilusionada con un nuevo juguete.

—Estoy segura de que va a quedar ideal. Si el resto de los muebles son tan buenos como el aparador que he visto en la entrada, tendremos muchas posibilidades cuando los restauremos. ¿Me dejarás ayudarte, Patri? —me preguntó dando por hecho que sería yo quien tomaría las decisiones en ese asunto.

—Será estupendo poder contar con tu experiencia —dije para quedar bien. Por mi parte podía hacer allí lo que le diese la gana. Con suerte, mi estancia entre aquellas paredes no duraría mucho.

—Entonces lo dejaremos en tus manos —comentó Persi—. Yo tengo un gusto exquisito creando *outfits*, pero reconozco que la decoración no se me da nada bien.

—Qué extraño, pensé que jamás te oiría decir que tienes debilidades —ironicé sin poder acallar la pequeña maldad que me vino a la mente.

—Querida, ese comentario me ha dolido —respondió llevándose una mano al corazón—. ¡Cómo puedes decir eso si sabes que mi mayor debilidad eres tú!

—Qué mujer tan afortunada eres, Patri —dijo Lidia dedicándonos una de sus tiernas miradas—. Se nota que Persi te adora.

«Ya, si tú supieras», pensé mientras emprendíamos la marcha para revisar el resto de la vivienda.

Las habitaciones del primer patio estaban bastante bien cuidadas y todavía quedaban algunos indicios de que, en otros tiempos, habían servido para almacenar aceite y todo tipo de productos agrícolas propios de una casa de labor como esa. En las estancias del segundo patio también encontramos algunas herramientas de trabajo y los restos de las estructuras en las que ovejas, gallinas, cerdos y caballos habían vivido en épocas pasadas. A mí seguía pareciéndome surrealista tener que trasladarme allí.

Ventura comentó que le extrañaba que no hubiera una bodega, porque la mayoría de las viviendas de la zona la tenían. Eso sí, nos aseguró que la casa parecía estar en mejores condiciones de lo que se apreciaba a simple vista, por lo menos a nivel estructural, aunque no descartaba que nos llevásemos alguna mala sorpresa al empezar la obra.

La sorpresa me la llevé yo cuando entramos en la cocina. De nuevo, las imágenes de mi pesadilla se hicieron realidad. Sentí que las piernas me fallaban. Si descubrir el patio me había impresionado, confirmar que la estancia del suicidio también era real me dejó sin habla. Miré a mi alrededor con horror mientras los demás permanecían ajenos a mi turbación. Uno de los laterales parecía más moderno, con una encimera y electrodomésticos que calculé serían de los años noventa, pero el resto era igual. Allí estaba el enorme tiro de la chimenea abierta, debajo del cual todavía quedaban restos del fogón que yo había visto en sueños. Y no solo eso. La alacena, el locero con platos antiguos, las tinajas de barro ubicadas delante de unos paneles de madera que cubrían la pared. Todo seguía allí. Incluida la mesa robusta que había utilizado para protegerme de los soldados. Sentí que me faltaba la respiración y un escozor extraño se propagó por mi cuello como si se abriese la herida causada por el cuchillo de mi pesadilla.

Necesitaba que me diese el aire. Lidia admiraba la bella decoración de los platos de porcelana. Los hombres seguían comentando las reformas que tendríamos que hacer.

Intentando disimular mi angustia, salí de la cocina. ¿Qué me había pasado allí dentro?

¿Tendría Nacho razón y la situación me estaba superando?

Por suerte, cuando los demás se reunieron conmigo ya me había recuperado y mi mente racional volvía a funcionar perfectamente. No tenía sentido darle vueltas a algo tan absurdo, a una mera casualidad. Todavía quedaba la planta de arriba por inspeccionar y decidí poner toda mi atención en eso.

Ventura nos dijo que la escalera que conducía a las habitaciones de arriba desde el patio no corría peligro de derrumbamiento, así que subimos y continuamos con nuestra visita.

Según Persi, la primera en la que entramos era la más pequeña. Cuando abrimos las contraventanas descubrimos que estaba bien iluminada y se veía muy acogedora.

—Esta será perfecta como habitación infantil —dijo Lidia entusiasmada—. ¡Ya me imagino a un pequeño rubito durmiendo aquí!

Casi me atraganto con el comentario. ¿Persi y yo teniendo hijos? Imposible. Pero en ese momento me vino a la memoria la imagen del niño tierno, noble e inteligente que había sido mi amigo y me dio un vuelco el corazón. ¿Cómo sería tener un hijo así?

—A mí me gustaría que fuese una niña pelirroja, y tan diablillo como lo era su madre —oí que decía Persi. Al girarme me topé con su mirada fija en mí—. Pero no tenemos prisa. De momento creo que Patri preferirá que lo convirtamos en un despacho para ella.

—Sí, eso será perfecto —aseguré con el ritmo cardiaco todavía acelerado. Me dirigí hacia el armario que estaba a mi lado y lo abrí para desviar la conversación a un terreno más seguro—. Lidia, ven a ver lo que hay aquí. A lo mejor podemos aprovechar algo.

Así lo hizo, en esa y en otras dos habitaciones más. Revisamos el contenido de todos los muebles. En ninguno había ropa, pero sí mantas, sábanas y algunos enseres domésticos. También vimos un cuarto de baño. El otro estaba en la planta baja, pero ambos tendrían que ser remodelados por completo. Yo no paraba de preguntarme para qué habría utilizado la Orden de Salomón aquella casa que parecía tan abandonada.

La última habitación era la principal, la de matrimonio, la que se suponía que sería la nuestra. Entré allí con Persi mientras Ventura y Lidia se paraban a comentar algo en la galería. Fui yo quien se dirigió hacia la ventana para dejar que entrase la luz.

—Ya te dije que las vistas desde aquí eran espectaculares —oí que Persi me susurraba al oído—. Apuesto a que ahora sí que quieres que este sea tu dormitorio.

Creo que te lo cedí demasiado deprisa.

Me quedé inmóvil. Pero no por lo que me había dicho, sino por la imagen que tenía delante. La ventana de madera, el manto verde de encinas, la puesta de sol… Todo era exactamente igual a como yo lo había imaginado la primera vez que él me habló de ello la noche de nuestro compromiso. Por mucho que me negara a aceptarlo, tantas casualidades estaban empezando a inquietarme.

—Este tocador es precioso—dijo Lidia intentando captar mi atención —. Creo que deberíamos restaurarlo y mantenerlo en el mismo sitio. ¿Qué te parece? Es una pieza

muy especial, ya no quedan muchos muebles como este en el mercado. Si lo combinamos con una cama de matrimonio más moderna, le dará un toque único al ambiente.

Asentí, pero mi mirada seguía atrapada en dirección a la ventana.

Un rato después, estábamos de vuelta en el zaguán acordando los últimos detalles del proyecto. Había poco tiempo y mucho trabajo por hacer.

—Este aparador es ideal, pero no debería estar colocado ahí —oí que comentaba Lidia de pasada moviéndolo hacia un lado. Casi me da algo al ver lo que hacía, pero fue Persi quien actuó con más rapidez que yo.

—Mejor lo dejamos como está —dijo mirándome—. El otro día ya tuvimos un desagradable encuentro con un habitante inesperado. No he visto pruebas de que haya más ratoncillos de campo deambulando por la casa, pero creo que de eso también tendrás que encargarte tú — pidió a Ventura mientras empujaba de nuevo el mueble para ocultar el agujero.

Al hacerlo, una de sus puertas se abrió. Lidia fue la primera que se agachó para cerrarlo, pero se entretuvo al ver que no estaba vacío.

—¿Lo habéis revisado ya por dentro? —preguntó pidiendo permiso de forma sutil para investigar su contenido.

Negué con la cabeza. De su interior sacó una caja alargada de cartón marrón y me la entregó. Ella continuó con su escrutinio. Cuando la

cogí me recordó a un envase para bombones, pero sin ningún tipo de decoración, salvo por un pequeño dibujo pintado a mano en una de las equinas de la tapa. Lo reconocí enseguida. La piel se me erizó al instante. Era el mismo símbolo que había visto en la medalla de la Orden de Salomón que Marcos me había enseñado.

—Aquí no hay nada más —dijo Lidia desilusionada—. ¿Algo interesante en la caja?

Yo todavía no me había atrevido a abrirla. Mis pensamientos volaban a gran velocidad y me entraron dudas. ¿Debería hacerlo delante de todos? Aquella era la prueba de que la Orden de Salomón había utilizado esa casa. ¿Y si tenía en mis manos una pista para saber algo más de ellos, algo que pudiese incriminarlos?

—Querida —dijo Persi—, nos tienes a todos en ascuas. ¿Haces los honores?

No se me ocurrió ninguna excusa razonable para negarme. Levanté la tapa conteniendo la respiración, mientras notaba las miradas de los demás clavadas en mis movimientos. Dentro había una hoja de papel doblada en cuatro partes con algo pintado en ella y a su lado una bolsa de terciopelo negro. Fue Persi quien tomó la iniciativa sacando esta última de la caja para inspeccionar su contenido.

—¡Sorpresa! —exclamó mostrándonos una pulserita de plata con abalorios—. No creo que tenga gran valor, pero es original. Le preguntaré a mi madre, quizá sea de cuando era pequeña.

En ese momento sonó un móvil y a punto estuve de tirar la caja al suelo por el susto. ¡Lo que me faltaba! Bastante nerviosa estaba yo ya como para encima tener más alicientes.

—Trabajo —se disculpó Ventura antes de salir a la calle para responder la llamada.

—¿Y este folio qué será? —murmuró Lidia revisándolo durante unos instantes sin poder ocultar su expectación. Los demás hicimos lo mismo—. Vaya, estos dibujos a plumilla están muy bien. ¿Pueden ser también de Sofí, Persi?

—Me extrañaría. Nunca la he visto utilizar esta técnica. Además, lo suyo son los paisajes naturales. Árboles, montañas y ríos, ya sabes.

Y lo que allí estaba representado no tenía nada que ver con eso. En una de sus caras se apreciaba el interior de un edificio antiguo con

columna y mucha ornamentación. En la otra, una mujer ataviada con una túnica. ¿Qué podría significar todo aquello?

—¡Son preciosos! —dije disimulando mi verdadero interés para poder verlos más de cerca.

—Querida, si tan feliz te hacen estos dos simples dibujos, encargaré al mejor pintor que te haga cientos.

El regreso de Ventura evitó que tuviese que contestarle.

—Pues si ya hemos terminado aquí, me voy —se despidió mirando el reloj—. Le prometí a Valle que esta noche jugaríamos a su juego favorito antes de irse a la cama.

Mucho me temo que hoy encontraremos el tesoro escondido descifrando una sola pista.

—Dile a mi sobrina que le he comprado un libro que le va a encantar —comentó Persi—. Se lo llevaré el sábado cuando la recoja para ir al cuentacuentos que le prometí.

Reconozco que me agradó ver cómo Persi ejercía de tío con tanta devoción.

—Mejor no le digo nada, o me torturará hasta la saciedad estos días —rio Ventura.

—Yo también me voy —dijo Lidia devolviendo la hoja de papel ya doblada a su lugar y me dio un beso de despedida—. De verdad que deseo que seáis muy felices en esta casa. Los dos os lo merecéis.

«¿Felices?» Ese concepto estaba muy lejos de mis pretensiones a corto plazo.

Cuando al fin nos quedamos solo, me di cuenta de que Persi me observaba en silencio con los brazos cruzados y una ceja levantada. Luego hizo un gesto en dirección a la caja, que yo seguía aferrando entre mis manos como si tuviese miedo de que alguien pudiese arrebatármela.

—Querida, cualquiera diría que proteges con tu vida el contenido de ese cartón. Me sorprende que te hayan llamado tanto la atención unos objetos sin importancia —

comentó intrigado—. ¿O es que me estoy perdiendo algo?

No sabía qué hacer. Lo lógico hubiera sido devolver la caja a su sitio, pero algo me decía que ellos la habían dejado allí para mí, para nosotros. Persi no se había sorprendido al ver el símbolo en la tapa, algo normal si desconocía todo acerca de la Orden de Salomón. ¿Debía explicarle lo que significaba? Y, si no lo hacía, ¿qué excusa iba a ponerle para llevármela sin que resultase extraño? Él pensaba que pertenecía a su familia. Para mi fastidio, comprendí que solo tenía una opción.

—Vamos a mi casa. Tengo que hablarte de algo —respondí soltando el aire que había estado conteniendo.

Persi me miró con ojos entornados como si intentase descubrir qué había detrás de mis palabras, pero no dijo nada. Luego se inclinó ligeramente, y con un gesto de su brazo me indicó que pasase delante de él.

Había tomado una decisión. Iba a contarle parte de lo que yo sabía. No todo, por supuesto, pero sí lo justo para que me ayudase a desvelar el significado del contenido de la caja. Quizá se tratase de una prueba y entonces tendría todo el sentido que la Orden quisiera que la superásemos juntos. Sentí vértigo al comprender que el juego había comenzado.

CAPÍTULO 23

PERSI

—Querida, debo decir que me tienes en ascuas. Has conseguido que me muera de curiosidad por saber qué tienes que contarme —dije sentándome en el sofá de Patri de forma relajada. No podía dejar que ella supiese la verdadera ansiedad que me consumía.

Ver el símbolo de la Orden de Salomón dibujado en la caja de cartón me había impactado como a ella. Lo reconocí enseguida por la documentación de Alonso. Patri también había intentado disimularlo, pero se notaba que no tenía tanta práctica como yo en esas tesituras.

Se movió nerviosa por el salón. No era muy grande, pero resultaba bastante acogedor. El espacio era diáfano y se integraba con la cocina, pero lo que más me llamaba la atención era un pequeño sillón colocado al lado de la ventana. El rincón perfecto para un amante de la lectura como yo. Pero aquella era la casa de Patri, no la mía.

—¿Has visto alguna vez este símbolo? —me preguntó sentándose a mi lado con la caja entre las manos.

Me tomé mi tiempo para responder, como si estuviese intentando recordarlo.

—No. Creo que no —mentí—. ¿Y tú?

Ahora le tocó a ella el turno de guardar silencio. Patri no podía disimular que se estaba debatiendo entre hablarme de él o no. Al final se decidió y yo respiré aliviado.

Aquel iba a ser un paso importante en nuestra relación.

—Sí. Tu padre me lo enseñó. Es el símbolo de la Orden de Salomón.

—¡Diantres! —exclamé haciéndome el sorprendido—. ¿Y qué hace en esta caja de cartón?

—Eso no lo sé, pero creo que su contenido les pertenece.

—¿Y por qué estaba en la casa de mi abuelo?

—Creo que ellos la dejaron allí.

—Imposible. Solo nosotros y mi padre tenemos las llaves.

—Eso no es del todo cierto… Marcos me dijo que la Orden le había obligado a cedérsela. Por eso había insistido tanto en quedársela durante el divorcio, a pesar de que su intención era que la mantuviese tu madre.

Aquella respuesta me pilló desprevenido. Jamás se me hubiese ocurrido algo así.

Siempre pensé que lo había hecho por pura maldad. Pero tenía sentido, ya que nunca volvió a dejarme ir allí y, ahora que lo pensaba, tampoco recordaba que él hubiera ido.

O, por lo menos, a mí no me lo había dicho. Esa era una nueva información que tendría que sopesar. Que alguien estuviese obligando a mi padre a hacer algo que no quisiera me resultaba, cuanto menos, sorprendente.

—¿Y por qué crees que lo hicieron? —pregunté intentando averiguar todo lo posible.

—Creo que esperaban que la encontrásemos nosotros. Fíjate, está en perfecto estado, no hay ni polvo en su superficie. He pensado que igual es un mensaje o un adelanto de nuestras pruebas de iniciación.

—Podría ser. ¿Me permites? —respondí tomando la caja y depositándola encima de la mesita baja que teníamos delante. Luego la abrí y saqué la hoja de papel para poder observarla mejor.

—¿Te dice algo? Yo no dejo de darle vueltas, pero estoy perdida. ¿Qué quieren que hagamos con esto?

Me fijé en uno de los dos dibujos realizados a plumilla, el que representaba a una mujer. Llevaba el pelo recogido en un moño y vestía una *stola* típica de las mujeres romanas, pero no había ningún nombre o símbolo que la identificase. Sin embargo, dos elementos me llamaban la atención. El primero, que la postura de la dama no era la habitual. Tenía el brazo derecho levantado de forma que el dedo índice se acercaba a su rostro en posición vertical. El segundo era todavía más extraño, su boca estaba tapada por una venda.

—¿Y bien? —preguntó Patri—. ¿Tienes alguna idea de lo que puede significar este dibujo?

—La verdad es que no —respondí despacio—. Pero hay algo que me resulta familiar en esta imagen, aunque no acabo de descubrir qué es.

—Se la ve tan distinguida que parece una diosa —comentó pensativa —. Me recuerda a las esculturas antiguas. ¿No será alguna representación de Venus o algo así?

¡Eso era! Patri había dado con la clave.

—¡Querida, eres un genio! ¡Cómo no he caído antes! —exclamé entusiasmado mostrándole el dibujo—. Te presento a Angerona, la diosa romana del silencio.

—¿Ange... qué? —preguntó confusa—. ¿De dónde te has sacado ese nombre? Yo no lo he oído en mi vida y sabes que me encanta la mitología.

—Muy poca gente la conoce. No suele aparecer en las recopilaciones de dioses del panteón romano, porque es una de las deidades más enigmáticas —dije para justificar su desconocimiento.

—¿Y qué tiene de especial? —preguntó con curiosidad.

—Pues que ella era la diosa que protegía a Roma —expliqué—. Se cree que los sacerdotes romanos conocían el verdadero nombre de la ciudad, uno que era secreto y sagrado, y que no podían revelar a nadie. Algunos eruditos opinan que «Angerona» era también ese nombre y que por eso la estatua de la divinidad tenía una venda en la boca, para ordenar a quienes la servían que se abstuvieran de nombrarla.

—¿Por qué?

—Porque en aquella época tenían la creencia de que, si el enemigo conocía su nombre sagrado, podrían invocar a la deidad y persuadirla de que abandonase su puesto como guardiana de la ciudad. Precisamente fue así como yo la conocí. Algunos historiadores, como Plutarco, mencionan a un tribuno de la plebe llamado Quinto Valerio que fue condenado a muerte por haber divulgado el secreto.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la Orden de Salomón? Te juro que no entiendo nada —protestó Patri desesperada.

—Pues de momento, lo único que se me ocurre es que nos advierten de que debemos guardar silencio —dije encogiéndome de hombros—. Quizá, cuando averigüemos el significado de las demás pistas lo entendamos mejor.

Patri asintió con un gesto y, tomando de mis manos la hoja de papel,

le dio la vuelta y me mostró el otro dibujo.

—¿Y sobre este sabes algo? Por los arcos de herradura y la decoración tiene pinta de mezquita, ¿no crees?

Estuve de acuerdo con ella. Parecía un edificio musulmán, pero había algo que no acababa de encajarme.

—Quien haya hecho esto se ha tomado muchas molestias —dije observándolo con atención.

Había tantas líneas diminutas y perfectamente trazadas en aquella obra que, si se miraba a una distancia razonable, parecía una fotografía en blanco y negro.

—Quizá debamos averiguar qué edificio es. A lo mejor ahí está la clave —dijo cogiendo su móvil para realizar una búsqueda en internet. «Interior Mezquita», tecleó.

La primera que salió fue la de Córdoba, que en nada se parecía a la nuestra, junto con un montón más. Aquello podía convertirse en una odisea si teníamos que ir una por una comparándolas.

Mientras ella miraba su móvil, yo saqué la pulsera de la bolsita de terciopelo. Al observarla, una idea se me cruzó por la mente. ¿Y si la clave estaba en los abalorios que colgaban de ella?

—¿Tienes una hoja y un boli a mano? —solicité a Patri esperanzado.

—¿Has descubierto algo? —me preguntó mientras se levantaba y sacaba lo que le había pedido de un cajón del mueble del salón.

—Todavía no —respondí con dudas—, pero me gustaría probar una teoría.

—Soy toda oídos.

—Esto puede ser una joya acróstica.

Por su expresión comprendí que no sabía de qué le estaba hablando, así que continué con mi explicación.

—El término viene de la poesía. Su finalidad es componer un mensaje oculto dentro del texto. Hay que leerlo en vertical —dije con mi mejor voz de sabelotodo—. Se suele utilizar la primera letra, alguna del medio o la que finaliza el verso.

Para ilustrar mejor mi clase magistral, escribí un poema en la hoja que me había dado:

Al anochecer te digo,

Mi dulce dama de

Ojos brillantes, que mi dolor es

Real como amargos son tus desplantes.

—Muy bonito, Persi —respondió con su habitual tirantez—, pero ¿qué tiene que ver esto con la pulsera?

—En el siglo XVIII —continué sin hacerme el ofendido—, hubo un joyero francés que comenzó a utilizar este sistema de mensajes ocultos en sus obras. En lugar de versos, utilizaba piedras intercaladas de forma específica en las joyas. Por ejemplo, si hubiese querido esconder la misma palabra que este poema, podría haber utilizado una Amatista, una Malaquita, un Ópalo y un Rubí. Las iniciales de las gemas formarían también la palabra «AMOR».

—Pero aquí no hay ninguna piedra —argumentó contrariada.

—Correcto. Pero ¿qué pasaría si utilizásemos el mismo procedimiento por cada uno de los abalorios que sí tiene?

Sus ojos brillaron con entusiasmo. Interpreté que le había gustado mi razonamiento, y sentí una pequeña punzada en el corazón. Hacía muchísimos años que Patri no me miraba de aquella forma, con admiración.

—Por probar no pasa nada —dijo mientras estiraba la pulsera abierta encima de la mesa—. ¿Por qué extremo empezamos?

—Da igual. Una vez que tengamos las iniciales, veremos cuál de las dos opciones forma alguna palabra con sentido.

El cierre de la pulsera tenía dos estrellas, cada una en un extremo. No eran iguales, se diferenciaban en el número de sus puntas, cinco y seis. Pero las dos representaban la

misma palabra, así que empecé escribiendo la letra «E». Le seguían cuatro piezas con forma plana y redondeada, como diminutas monedas que estaban perforadas en el centro. Las descarté, ninguna palabra podría repetir tantas consonantes ni vocales iguales

consecutivas. Además, había más como ellas en el resto de la pulsera y parecía evidente que se habían utilizado para separar los abalorios principales que eran: una luna, un sol, una llave, una flecha y un corazón. Me extrañó que su número no fuera el mismo en cada intervalo, pero en ese momento no le di más importancia.

La desilusión de ambos se hizo evidente cuando leímos el resultado. Ni de un lado ni de otro, aquellas letras juntas podían tener un significado coherente.

—Me temo que tendrás que inventarte otra teoría —dijo Patri con aire abatido—.

Está claro que esta no nos vale.

—Es tarde, igual deberíamos dejarlo para mañana —respondí sin muchas ganas de que terminase aquella velada improvisada que tanto estaba disfrutando.

—¿Te apetece cenar algo antes de irte?

Su propuesta me sonó a música celestial, pero sabía que debía retirarme a tiempo.

Compartir más momentos agradables con Patri socavaría mi voluntad.

—No me digas que vas a cocinar para mí. Sin duda, esto será un gran hito en nuestra relación. Si quieres, puedo darte algunos consejos sobre la mejor forma de hacer un *filet mignon* digno de un restaurante con tres estrellas Michelín —comenté sabiendo que mis palabras provocarían que me echase de su casa con viento fresco.

—No te hagas ilusiones —respondió cortante—. Tendrás que conformarte con las sobras que tengo en la nevera.

—En ese caso, querida, me temo que tendré que rehusar tu ofrecimiento. Ya sabes que mi estómago es bastante delicado y protesta concienzudamente si no lo atiendo como se merece —alegué levantándome del sofá. De mil amores me hubiese quedado allí con una simple lata de sardinas, pero ella no podía saberlo. Luego, saqué mi móvil y fotografié todo lo que había en la mesa—. Me llevo esto para ver si se me ocurre algo.

Patri se limitó a asentir con un gesto mientras me acompañaba hasta la puerta de salida. Yo sabía que estaba haciendo lo correcto, pero era frustrante. Bajé las escaleras deseando darme la vuelta para que

aquella noche no terminase ahí, arrastrando mis pies como si llevasen cadenas pesadas. Las de un condenado que se había impuesto su propio castigo. Cuando llegué a mi coche no paraba de darle vueltas a la misma

pregunta. ¿Cuánto tiempo más iba a ser capaz de soportar aquel tormento sin revelar lo que de verdad sentía?

CAPÍTULO 24

PATRI

Cuando Persi se fue, tuve una sensación extraña. De repente, la casa se me hizo demasiado silenciosa. Solitaria. Estaba inquieta. No podía dejar de pensar en el contenido de la caja, en el mensaje que podía ocultar. Me hubiese gustado seguir buscándolo con él, ideando posibles soluciones para desentramar aquel enigma. Hacía mucho tiempo que no me agradaba tanto su compañía. A pesar de que al final lo había estropeado, el resto de la velada se había comportado como si hubiese dejado de lado al fantoche, y durante unas horas fuese un hombre normal. Ojalá lo hiciese más a menudo.

Sin duda, nuestra relación sería muy distinta. Podríamos volver a ser amigos o, incluso, algo más…

Descarté ese pensamiento de inmediato. Persi era Persi, de nada servía hacerse ilusiones con algo que no existía. Fui a la cocina y saqué los restos de la nevera. Me supieron a rayos. El muy majadero tenía razón. Había hecho bien en largarse a su casa para comer como Dios manda. Yo solía tomarme muy en serio mi alimentación, pero desde que había empezado todo aquel lío, hasta ese aspecto de mi vida estaba descontrolado.

Cuando terminé de cenar me senté en el sofá. No tenía sueño. En la mesa permanecían los objetos de la caja tal y como los habíamos dejado. Fui a coger la pulsera que estaba encima del dibujo de la mezquita, cuando algo llamó mi atención. Me fijé más detenidamente, y entonces el corazón me dio un vuelco. ¿Serían imaginaciones mías?

No, no lo eran. Allí, disimulado entre los elaborados adornos de uno de los capiteles, se podía apreciar la forma de una llave. Busqué esa misma representación en los abalorios de la pulsera y, para mi satisfacción, comprobé que eran iguales. Pero no solo eso, además tenían el mismo tamaño, porque las piezas eran muy pequeñas, como las que llevaría una niña. Por eso Persi había pensado que podría haber pertenecido a su madre. Quizá no fuese solo una casualidad. Como una loca me puse a buscar el resto de las figuras en los trazos del dibujo. Me llevó un rato, el creador las había camuflado con mucho acierto, pero ahí estaban. Todas. La luna, el sol, la llave, la flecha y el corazón.

Estaba eufórica con mi hallazgo y, sin pensármelo dos veces, cogí el móvil y llamé a Persi.

—¿Ya me echas de menos? —contestó con voz socarrona.

—Ya quisieras tú —repliqué—. He descubierto algo. ¿Puedes volver?

—En diez minutos estoy en tu casa —dijo sin más antes de colgar.

Se me hicieron eternos, pero cuando oí el timbre intenté parecer calmada. Persi se había cambiado de ropa. Seguro que había aprovechado para darse una ducha. Volvía a ser el maniquí de pasarela de siempre, con su camisa blanca y unos vaqueros negros que se ajustaban a su trasero como una segunda piel. «¡Patri!», me recriminé a mí misma por tener ese tipo de pensamientos con él.

—¿Qué has descubierto? —preguntó mientras se sentaba por segunda vez esa noche en mi sofá. Yo hice lo mismo.

—Mira esto —le pedí mostrando con el dedo la forma escondida de la llave—. Es igual a la de la pulsera. Y aquí está el corazón, aquí la luna. Todos los abalorios aparecen en el dibujo.

Persi no respondió. Miraba con detenimiento lo que le estaba enseñado.

—Fíjate. Y, además, son exactamente del mismo tamaño. No puede ser una casualidad. —Para confirmar lo que estaba diciendo, coloqué la pulsera de forma que las figuras en tinta y metal quedasen superpuestas—. Hasta las estrellas de los cierres están representadas.

—¿Tienes alguna teoría?

—Ninguna —respondí con pesar—. Mientras te esperaba he llegado a plantearme que fuese un mapa, un camino en el que cada pieza marcase un hito, pero no sé a dónde puede conducirnos.

Entonces vi cómo sus ojos se abrían de repente como si hubiese descubierto algo.

No me contestó, pero sus manos se dirigieron hacia la pulsera para hacer coincidir las figuras con exactitud.

—Creo que no te equivocas del todo. Puede ser que nos estén mostrando un camino, pero no de un lugar físico. Mira las piezas redondas, las que están perforadas

con un cuadrado como las monedas chinas. En ese espacio, todas dejan a la vista una parte del dibujo.

Yo ya lo había visto antes, pero no le había dado importancia. No eran más que rayas y puntos unidos sin formar nada relevante. Aunque si Persi lo decía, seguro que era por algo.

—¿Morse? —pregunté cuando la idea se cruzó por mi cabeza, pero enseguida la descarté—. No puede ser. Que yo sepa, no hay trazos verticales en ese código.

Le vi coger el folio que habíamos utilizado antes, y comenzó a trasladar allí los dibujos que aparecían en el hueco de cada moneda.

—De camino a casa no podía dejar de pensar en este edificio. Cuando llegué, revisé la foto que le hice antes de marcharme. Me resultaba familiar, entonces recordé algo y lo comprobé. Es Santa María la Blanca, la he visitado un par de veces en Toledo —dijo terminando de escribir el último signo—. Mucha gente se confunde por su diseño, pero no es una mezquita, sino una sinagoga. El mensaje está escrito en hebreo. Mira.

Me quedé de piedra. Persi tenía razón. Lo que había representado en el papel tenía toda la pinta de ser un texto judío.

. התא אל בלד . י נ א ן ג א י לעך

—¿Y cómo sabremos lo que dice?

—Por eso no tienes de qué preocuparte —respondió con fanfarronería —. Yo puedo traducirlo para ti.

—¿Sabes hebreo? —pregunté con incredulidad.

—Querida, creo que todavía hay muchas cosas que desconoces sobre mí —dijo sonriendo descaradamente—. ¿Cómo si no iba a leer los libros antiguos judíos? Algunas traducciones son terribles. Pero si no te fías de mis aptitudes, siempre puedes utilizar algún traductor de internet.

—¡Dime de una vez lo que pone! —exclamé irritada.

—Tus órdenes son deseos para mí. ¿O era al revés?

—¡Persi!

—Está bien, dame un minuto. Soy un erudito, pero hasta los maestros necesitan cierto tiempo para algunas cosas —dijo centrándose por fin en el texto.

Me dieron ganas de arrancarme las uñas mientras esperaba. Sobre todo, cuando vi que fruncía el ceño contrariado.

—¿Qué pasa? ¿Tan terrible es lo que dice?

—No, todo lo contrario —respondió pensativo—. Si no me he equivocado, la traducción exacta es: «No estáis solos. Yo os protegeré».

Me recosté en el sofá intentado entender qué podía significar ese mensaje. Desde luego, no era lo que me esperaba. Persi tampoco dijo nada.

—¿De qué nos tiene que proteger? —pensé en voz alta—. ¿Quién nos ha enviado esto?

—No lo pone, pero parece que tenemos un aliado dentro de la Orden.

—¿Será tu padre? —Marcos era el único que se me ocurría que pudiese querer ayudarnos.

—Primero, él no es miembro de la Orden —argumentó con una mueca —. Segundo,

¿para qué se iba a tomar tantas molestias en mandarnos un mensaje encriptado? Le hubiese bastado con decírnoslo en privado, ¿no crees?

—Tienes razón…

—Creo que quien puso la marca en la caja lo hizo para que supiésemos que es alguien de dentro, pero también nos advierte que debemos mantenerlo en secreto. Eso explicaría el dibujo de la diosa del silencio.

—Puede que sea como esa historia que me has contado sobre el romano que fue condenado a muerte por revelar lo que no debía. Quizá tenga problemas si alguien se entera de que nos está ayudando. O, peor aún, que seamos nosotros los que corramos peligro si nos descubren —dije agobiada.

—¡Peligro! —exclamó Persi contrariado—. ¿Por qué íbamos nosotros a correr peligro? ¿Qué es lo que no tienen que descubrir?

Me quedé en silencio. No sabía qué contestarle. Yo solita me había delatado.

—Sé que me estás ocultando algo —continuó muy serio—. ¿No te parece que ya va siendo hora de que me cuentes de qué va todo esto?

Cerré los ojos con la estúpida esperanza de hacer desaparecer lo que me atormentaba. Estaba cansada, agotada de no poder compartir con nadie la angustia y el temor que me recorría por dentro cada vez que pensaba en la maldita Orden de Salomón. Ya no aguantaba más. Me debatí en silencio. ¿Qué podía hacer? Corría el riesgo de que todos mis planes se viniesen abajo, pero Persi merecía saber dónde iba a meterse.

—Si te lo cuento, no querrás seguir ayudándome —confesé al fin.

—No podré hacerlo si no sé lo que te preocupa —susurró.

Y, entonces, le conté la horrible pesadilla que estaba viviendo desde la conversación con Marcos. Le hablé del juramento que había hecho a mi padre en su lecho de muerte sin saber a qué tendría que enfrentarme; de la incredulidad que sentí cuando Marcos me explicó por qué mi madre estaba condenada y qué era lo que tenía que hacer para salvarla; de la angustia de verla inconsciente en el hospital después del accidente; de mi determinación por destruir a la Orden de Salomón desde dentro, aunque para eso tuviese que aceptar un matrimonio que no deseaba y mi vida corriese peligro si me descubrían.

Cuando terminé estaba exhausta. Había puesto voz a todos los pensamientos que me martirizaban, a las emociones que oprimían mi pecho con una carga que cada vez me resultaba más difícil de sobrellevar.

—Y ahora comprenderé que no quieras seguir con esto —concluí anticipándome a la que supuse sería su reacción—. El riesgo es muy real. Tú tienes tu vida y nada te obliga a verte envuelto en esta locura. Ya me las ingeniaré yo para conseguirlo de otra manera.

Durante un instante Persi continuó sin decir nada. Sus ojos estaban clavados en los míos. Contuve el aliento. Sentía el peso del mundo sobre mis hombros, pero aquella carga solo me correspondía soportarla a mí.

—Sabía que tenías un bajo concepto de mí, pero no hasta este punto —respondió con una expresión que no supe descifrar.

Lo miré confundida y él continuó hablando.

—¿De verdad has esperado tanto tiempo para contarme esto, porque pensabas que te iba a dejar tirada? ¿Qué me echaría atrás cuando supiera el riesgo que tendríamos que afrontar?

Asentí con un gesto.

—Tú tienes una vida perfecta, sería estúpido que la arriesgases por mi culpa.

—Pero, querida, ¿se puede saber cuándo he dejado de seguirte por muy peligrosas que fuesen las aventuras que se te ocurrían? —dijo cruzando los brazos en señal de desaprobación—. ¿Tengo que recordarte que una vez casi pillo una pulmonía, porque te empeñaste en que nos bañásemos en el río en pleno invierno? ¿O cuando nos escapamos al monte una noche, porque querías hacer un ritual mágico durante el solsticio de verano y mi padre me castigó una semana sin salir de casa?

—Aquello fueron tonterías de críos, no puedes compararlo con esto —murmuré con pesar—. Además, tú ya no eres ese chico. Has cambiado, Persi.

—Todos lo hacemos con el tiempo, pero la esencia siempre permanece —dijo con serenidad.

¿Sería verdad? ¿Debajo de aquella fachada insoportable seguiría existiendo algo del Persi que yo conocía?

—Nunca te dejé sola y tampoco lo voy a hacer ahora.

Me quedé mirándolo sin decir nada, intentando comprender lo que aquello significaba. Quizá al día siguiente se arrepintiese de sus palabras, pero en ese momento fueron una bendición para mí. Una bocanada de oxígeno, un desahogo absurdo pero reconfortante.

—¿Estás seguro? ¿Eres consciente de las implicaciones que esta decisión puede tener en tu vida? —pregunté pensando no solamente en el riesgo que podría correr, sino también en su relación con Claudia. Mi egoísmo impidió que se lo dijera directamente. Era un tema demasiado personal del que yo prefería no saber nada.

—Más de lo que puedas imaginar —murmuró—. Pero nunca deberíamos dejar que el miedo domine nuestras decisiones.

—Gracias —contesté con sincera gratitud.

—Mejor dámelas cuando hayamos conseguido salvar a tu madre. ¿Tienes algún plan?

—Ninguno —respondí abatida—. Estoy perdida. Solo sé lo que te he

contado. He intentado averiguar algo, pero me temo que hasta que no pasemos esas dichosas pruebas, no habrá forma de desenmascararlos. Es desolador.

—Por lo menos, parece que contamos con alguien que nos quiere ayudar desde dentro. Quizá nos envíe más mensajes como el de hoy con información que nos sirva.

—Ojalá.

—¡Y lo que vamos a disfrutar jugando a los acertijos! —bromeó.

—Si no llega a ser por ti, dudo mucho que yo sola hubiese podido descifrarlo —dije pensando que no se me ocurría otro compañero mejor que él para esa labor. Persi tenía la mente más brillante que yo había conocido nunca.

—Querida, no menosprecies el poder de san Google —respondió guiñándome un ojo.

Luego me hizo muchas preguntas sobre la situación de mi madre. Intentó tranquilizarme con la idea de que ella estaría a salvo mientras cumpliésemos con lo que la Orden nos exigiese. Lo mismo que me había dicho Marcos.

Hablar de todo aquello hizo disminuir la opresión que sentía. Nunca hubiera imaginado que Persi pudiese convertirse en un apoyo para mí. Pero ahí estaba, escuchándome, permitiendo que liberase mis miedos sin hacer bromas ni comentarios estúpidos. Durante unas maravillosas horas volvió a ser el Persi de un tiempo demasiado lejano.

Nos dieron las dos de la madrugada. Yo no solía acostarme tan tarde, y el cansancio del día se hizo evidente en mis párpados que varias veces intentaron cerrarse por voluntad propia. Él se dio cuenta y se levantó del sofá diciéndome que ya era hora de que me fuese a la cama. Nuestra charla había llegado a su fin. Lo vi coger el abrigo y volví a sentir la misma sensación extraña de antes. Tuve claro que esa noche no quería estar sola.

—Quédate a dormir —solté de improviso.

Persi se paró en seco. Su rostro mostraba absoluta incredulidad.

—Es muy tarde y los dos estamos cansados —argumenté mi propuesta intentado que sonase lógica—. Tengo una habitación de invitados. Bueno, hay un sofá cama, pero tiene pinta de ser cómodo.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó con voz grave.

—Por supuesto. Fui yo quien te hizo venir a estas horas y no me perdonaría que te pasase algo a la vuelta.

Sabía que mi explicación era absurda, su casa no debía de estar muy lejos de la mía a juzgar por el poco tiempo que había tardado en volver, pero él la aceptó sin cuestionarla.

Preparamos el sofá en el que iba a dormir y le mostré dónde estaba el baño.

Tampoco es que fuera complicado encontrarlo en un piso tan pequeño, pero me pareció lo correcto. No hablamos mucho, como si cada uno estuviese sumido en sus propios pensamientos. A mí todavía me sorprendía que hubiese accedido a pasar la noche conmigo renunciando a la comodidad de su cama.

¿Por qué lo habría hecho?

Me metí en la mía pensando que me iba a costar conciliar el sueño, la ansiedad solía acampar a sus anchas en cuanto posaba la cabeza en la almohada. Pero, esa noche, cerré los ojos y me dormí.

Todo está oscuro en el interior del subterráneo de piedra. La única luz procede de unas antorchas apoyadas en los muros. Los hombres se afanan en sacar los objetos de la cámara. Hay cofres repletos de joyas y multitud de enseres valiosos. Siglos de lucha han generado semejante tesoro.

No hay tiempo. El enemigo viene ya. Liuva está al mando, en él recae la obligación de poner a salvo las reliquias. Basta con observar la determinación de su mirada, de sus movimientos, para saber que hará cualquier cosa por cumplir con su deber. Yo le admiro. Le amo. Pero mis sentimientos no tienen cabida en el mundo que nos ha tocado vivir. Probablemente, nuestra propia vida está cerca de ser segada a manos de ese pueblo que llega del sur. El mismo al que nuestros adversarios han permitido la entrada para derrocar al rey.

Una lucha insaciable de poder que a su paso se cobra la vida de gente inocente.

Salimos de Toledo con la certeza de que será un milagro que volvamos a verla. Nuestra vida va a ser muy distinta a partir de este momento. Debemos llegar a la fortaleza del sobrino del rey antes de que los demonios se echen sobre nosotros. Pero con los carros y el peso que

llevamos es una tarea suicida. Todos lo sabemos, pero nadie se atreve a delatar el miedo que se respira en el grupo que avanza despacio por esta calzada. El tiempo ha dejado su huella en ella, al igual que en el espíritu invencible que poseía mi pueblo antaño.

Liuva ha tomado una decisión. Vamos a separarnos de los demás. Yo iré con él hasta el mismísimo infierno. El tesoro real continuará su camino hasta el refugio protegido por la mayoría de los soldados. Pero la Orden de

Salomón tiene una misión más importante. El contenido de este arcón debe ser protegido. Un mensajero parte hacia Pompaelo. Él será nuestra última esperanza en caso de que todo lo demás falle.

Hemos conseguimos esconderlo en el interior de una cueva. Alguien regresará algún día para recuperarlo. El símbolo de la Orden ha quedado grabado en la roca. Lo miramos en silencio, jurando que ni la muerte conseguirá arrebatarnos el secreto.

La noche se nos echa encima y, con ella, el traidor de Sisenando que se ha aliado con el enemigo. La lucha es desigual, pero la palabra rendición carece de significado para la Orden de Salomón. Dos espadas se clavan en la espalda de Liuva. Es el final para mí.

—¡Patri, despierta! —oí que alguien me gritaba desde muy lejos.

Cuando abrí los ojos nada tenía sentido. ¿Dónde estaba Liuva? ¿Dónde la masacre que hacía un momento me rodeaba? Todo había desaparecido. En su lugar, una luz deslumbrante me obligó a cerrar los párpados, pero no evitó que el dolor que me angustiaba en el corazón desapareciera. Me faltaba el aire y las convulsiones de mi cuerpo me impedían pensar con claridad. Sentí mi rostro húmedo por las lágrimas y fui incapaz de contener el sollozo que me ahogaba.

Luego, alguien hizo que me incorporara y unos brazos fuertes me abrazaron. Me aferré a ese cuerpo como si mi vida dependiese de ello. Deseé con toda mi alma que fuera el de Liuva. Pero era imposible. Él estaba muerto.

—Ya pasó, ya pasó —oí que la misma voz me decía con ternura. Esta vez la sentí muy cerca de mí—. Solo ha sido una pesadilla.

¿Una pesadilla? No, aquello había sido real. Todo mi ser clamaba a gritos que lo era.

Poco a poco, mi mente volvió a la normalidad y fui consciente de lo

que había pasado. Abrí los ojos. Estaba en mi habitación. El cuerpo que me abrazaba era el de Persi. Sé que debía haberme apartado de él. Ya estaba despierta, el mal sueño había pasado, pero algo dentro de mí se negaba a hacerlo. «Solo un segundo más», me concedí.

Fue él quien puso distancia entre nosotros. Sentado en mi cama me miraba con cara de preocupación y, por un instante, la imagen de Liuva volvió a mi mente, como si ambos hombres se hubiesen fusionado en uno solo. Comenzaba a pensar que me estaba volviendo loca.

—¿Sueles tener pesadillas como esta? —me preguntó intranquilo. Tenía el pelo revuelto, y los ojos todavía adormecidos de alguien a quien una urgencia acaba de arrancar de los brazos de Morfeo. Aun así, su estricto sentido del decoro le había llevado a ponerse los pantalones y la camisa apresuradamente. Lo delataba el hecho de que ninguno de los dos estuviese abrochado. La visión de la piel de su torso me atrajo como un imán. Blanca y tersa como el mármol, pero cálida como el mejor de los refugios.

—Patri —insistió ante mi silencio—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué estabas soñando que te ha producido tanto miedo?

No era miedo. Era angustia por la muerte del hombre que amaba. Yo jamás había experimentado un sentimiento tan intenso en la vida real. Me tomaría por idiota si trataba de explicárselo.

—No ha sido nada. Una tontería con la Orden de Salomón. Siento haberte despertado —dije quitándole importancia—. Imagino que ha sido por todo lo que ha pasado.

—¿Has tenido más pesadillas como esta?

Sí, pero la que acababa de vivir había sido mucho más impactante que la primera.

Más completa, más dolorosa, más real, pero igual de absurda.

—Ninguna digna de mención —mentí.

—¿Quieres que me quede contigo un rato?

Deseaba decirle que sí. Todavía no se me había pasado del todo el malestar, pero la situación ya era lo suficientemente bochornosa como para hacerla durar más.

—¡Venga, Persi, que no soy una niña pequeña a la que su padre deba acurrucar después de un mal sueño! —dije forzando una salida digna —. Vete a la cama, o mañana tendrás unas ojeras espantosas y saldrás horrible en las fotos.

No parecía muy convencido, pero al final cedió.

—Como quieras —respondió saliendo de mi habitación.

Lo vi desaparecer por la puerta, y cerré los ojos para quitarme la frustración que me dejó. Me hubiese encantado que se quedase a mi lado durante el resto de la noche.

CAPÍTULO 25

PERSI

—Julia está en peligro —dije captando la atención del pequeño grupo que me miraba expectante—. Si no lo evitamos, ella puede ser su próxima víctima.

Nos habíamos reunido en el salón de mi madre. Claudia también estaba. Tenía que ponerlos al corriente de mi descubrimiento. Algo que todavía me costaba asimilar por las implicaciones que tendría para mí. Cuando les conté lo que Patri me había dicho, el malestar se adueñó de todos. La situación era más crítica de lo que suponíamos.

—¿Y tú le dijiste lo que nosotros sabemos? —preguntó Claudia cuando terminé mi explicación.

Negué con un gesto.

—No tuve valor para hacerlo —respondí sintiéndome un cobarde—. Patri no es tonta, enseguida hubiera comprendido el verdadero riesgo que corremos todos. No pude causarle más dolor.

Hubiera sido tan fácil confesarle la verdad, decirle quién era yo en realidad, por qué había creado una falsa imagen de mí… Pero eso hubiese significado tener que desvelarle todas las atrocidades que había llevado a cabo la Orden, y lo que probablemente tenían en mente hacer con Julia.

—Es tu decisión —dijo Claudia frunciendo el ceño—, pero creo que estás cometiendo un grave error. ¿Te has parado a pesar cómo reaccionará cuando descubra que la has engañado a pesar de que ella se ha sincerado contigo? No me parece que sea una mujer débil que no pueda asumir la situación. Tratarla como si lo fuese hará que te odie.

Claudia no se equivocaba. Sin duda, esa sería su reacción cuando todo terminase.

Entonces, ¿por qué me empeñaba en mantenerla al margen? ¿Por qué tenía esa sensación de que la mejor forma de protegerla era alejándola de mí?

Me había sentido fatal mientras Patri me contaba la verdad. No solo por lo que aquello implicaba con respecto a la Orden, sino porque la había juzgado sin ni siquiera

otorgarle el beneficio de la duda como habían hecho los demás. ¿En qué clase de cretino me había convertido? ¿Cómo había permitido que la rabia me obcecase hasta el punto de creer que una mujer como ella querría formar parte de la Orden por propia voluntad? El amor de mi vida estaba pasando por un tormento y yo, que creía conocerla mejor que nadie, la había condenado sin inmutarme. Una razón más para confirmar que no era el hombre que ella se merecía.

Arturo y mi madre me observaban en silencio, y en sus rostros leí claramente que ya no tenía sentido seguir negando lo evidente. Por mucho que me hubiese empecinado en ocultarlos, mis sentimientos por Patri no eran un secreto para ellos.

—Eso no importa —respondí con un nudo en la garganta—. Me basta con impedir que no sufra más de lo necesario.

Claudia movió la cabeza contrariada, dándome por imposible.

—No voy a insistir más en este asunto. Solo espero que sepas lo que estás haciendo.

Fue Arturo quien dirigió la conversación hacia otro tema, quizá para evitarme el mal rato que estaba pasando.

—¿Y quién puede ser ese ángel de la guarda que dice que os va a proteger? ¿Tenéis alguna idea?

—He estado pensando en ello —respondí—. Creo que tiene que ser alguien que nos conoce bien. Envió su mensaje oculto tras unas pistas que no serían fáciles de resolver para un neófito en la materia. Tenía que saber que yo cuento con los conocimientos necesarios para resolver el enigma que nos planteó.

—Siento discrepar contigo —replicó Claudia—. Cualquiera que te siga en redes sociales podría suponer que serías capaz de hacerlo.

—Sea quien sea nos vendrá bien —dijo Arturo.

—Pero ¿por qué nos ayudará? —comentó mi amiga intranquila—. ¿Por qué pondrá en riesgo su vida para proteger la vuestra? Creo que todavía hay mucho en esta historia que desconocemos. Las piezas no acaban de encajarme. Por ejemplo, una de las cosas que Persi nos ha contado de la confesión de Patri me tiene descolocada.

Esperamos que continuase su explicación sin interrumpirla.

—Dices que la única forma que tiene de proteger a su madre es ingresando en la Orden, porque Marcos le ha dicho que los familiares de los miembros son intocables.

Pero que, como al principio se negó a hacerlo, Julia sufrió un accidente a modo de advertencia de lo que podía pasar si no lo hacía. ¿Por qué?

La miramos sin saber a dónde quería llegar.

—¿Por qué iban a hacer una cosa así? —insistió—. Esos malnacidos no avisan, solo ejecutan. Si hubieran querido matarla, lo habrían hecho. Ellos nunca fallan. ¿No será que, por algún motivo, quieren que Patri ingrese en la Orden y han utilizado lo de su madre como medida de presión?

Aquel razonamiento tenía su lógica. Un punto de vista diferente e inesperado.

—Pero ¿qué podrían querer de esa muchacha? —preguntó mi madre planteando la misma duda que teníamos todos en la cabeza.

—Quizá les interese por su posición, por el puesto que tiene en el Ayuntamiento —

aventuró Claudia.

—Pero su cargo no es tan relevante como el de otros, ni tiene tanto poder —replicó Arturo.

—Entonces, ¿qué tiene ella que la Orden pueda desear? ¿Qué les podrá aportar una vez que esté dentro? —continuó Claudia pensativa.

Todos reflexionamos sobre lo que había dicho. Fui yo quien rompí el silencio.

—Lo que planteas no acaba de convencerme. Si la quieren a ella, ¿por qué no la han admitido sin más? —alegué—. Eso hubiera sido lo más fácil. Sin embargo, la obligan a pasar unas pruebas y a casarse conmigo para poder ingresar en la Orden. ¿Y si yo no hubiese aceptado? ¿Qué pasaría entonces?

—¿Y si al que de verdad quieren es a ti? —preguntó Claudia despacio, entornando los ojos como si estuviese a punto de dar con la solución de un acertijo.

—¿A mí? —respondí con incredulidad.

—¿Por qué no? ¡Piénsalo! —exclamó excitada—. Por tu posición y tu linaje reúnes muchos atractivos para ellos, pero, si se lo hubieran ofrecido directamente al personaje que representas, la respuesta más lógica hubiese sido una negativa. ¿Qué podrían

ofrecerte que ya no tengas? Pero ¿y si saben que tu punto débil es ella y la han utilizado para atraparte?

La miré horrorizado. ¿Por mi culpa Patri estaba pasando por ese infierno?

—¿Cómo van a saber algo así? Persi se ha esforzado mucho en ocultarlo, ni siquiera a nosotros nos lo confesó —replicó mi madre.

—Quizá fue solo una apuesta que les está saliendo bien —aventuró Claudia.

—Eso da igual —afirmé viendo de repente una salida a aquella situación—.

Hablaré con mi padre. Si es a mí a quien quieren, me tendrán, pero ella y Julia deberán quedar al margen o no habrá trato. Mi compromiso con Patri ya no será necesario.

—No creo que sea tan fácil —negó Arturo—. Estoy de acuerdo con Claudia en que lo del accidente de Julia suena a chantaje. Pero, por lo que nos has contado, la historia de su condena viene de lejos. Fue Mateo quien evitó entonces que la ejecutaran.

—Yo puedo volver a hacerlo —aseguré convencido.

—Estás olvidando cómo lo consiguió él —dijo Arturo con pesar—. A Mateo también lo querían entre sus filas, pero tuvo que casarse con Julia para hacerla intocable. Lo siento, Persi, pero me temo que en tu caso será igual. Solo un matrimonio con Patri hará que su madre pase a formar parte de tu familia. Si ahora rompes vuestro compromiso, ya no tendrán excusa para dejarla con vida por más tiempo.

Cerré los ojos. Por un instante había pensado que teníamos una posibilidad de solucionar el problema sin involucrar a Patri, pero nada había cambiado. Me sentí agotado.

—Pues yo creo que estamos preocupándonos por algo que no va a suceder —dijo Claudia—. Ya sea a Patri o a Persi a quien quieren,

mientras paséis las pruebas y os convirtáis en miembros de la Orden la vida de Julia estará a salvo. De otra forma, estarían incumpliendo sus propias reglas.

—Puede ser, pero no estoy tranquilo.

—¿Y ese policía no podría ayudarnos? —preguntó mi madre fijando la vista en Claudia—. El otro día nos dijisteis que lo habíais investigado y que parecía un hombre legal.

—Legal sí, pero insufrible también —refunfuñó ella.

Tal y como había dicho mi madre, el inspector Carles Caralps tenía un expediente intachable y, después de nuestra conversación y de lo que habíamos descubierto sobre él, me costaba creer que pudiese ser uno de los esbirros de la Orden. Quizá había llegado el momento de incorporar a un nuevo miembro en el equipo.

—No me parece mala idea, mamá. Él puede contar con recursos para proteger a Julia, pero para eso tendríamos que explicarle lo que nosotros sabemos.

—¡Te has vuelto loco! ¡Cómo vamos a confiar en un hombre así!— exclamó mi amiga horrorizada.

—Piénsalo bien —respondí intentando que comprendiera lo que su colaboración podría ayudarnos—. Hasta el momento, la única pista que tenemos para establecer una posible conexión entre los asesinatos de la Orden son los grabados de los que Carles nos habló. Si nosotros le explicamos lo que sabemos, para él será más fácil averiguar si las otras víctimas también recibieron cuadros similares en las vísperas de sus muertes, ¿no te parece? Nunca nos hemos atrevido a contar con la policía, porque no teníamos nada que avalase nuestras sospechas. Esta puede ser la pieza que dé sentido al rompecabezas y que justifique una investigación.

—Pero ¿y si nos pone en peligro? —insistió ella—. Aunque él no lo sea, no podemos descartar que haya alguien infiltrado o que esté sobornado por la Orden.

—Le dejaremos claro que solo colaboraremos si permanecemos en el anonimato —

contesté—. Además, también tendrá que mantenernos informados sobre los avances del caso, por si podemos aportar algo más.

—¿Y cómo pretendes que haga eso sin delatarnos? ¿Quién nos asegura que no tiene el teléfono o el correo vigilado? No, te digo que esta no es una buena idea.

—Puede que tengas razón en eso. Será mejor quedar con él en persona de forma discreta.

—¿Discreta? ¡Que tú y yo quedemos con un policía te parece que no resultará sospechoso! ¡Venga ya!

—¿Y si quedas tú sola con él? —preguntó mi madre con la mayor inocencia del mundo—. A nadie tendría por qué parecerle extraño que un par de jóvenes saliesen una noche a tomar algo, ¿no? Quiero decir, en plan de pareja, ya me entendéis.

Los ojos de Claudia casi se salen de sus órbitas y yo miré a mi madre planteándome si no estaría tramando algo. Ella nunca daba puntada sin hilo.

—Mamá, eres un genio —dije intentando disimular la sonrisa que su propuesta me había provocado.

—¡Ni loca quedo yo a tomar copas con ese tío! ¡Me niego! No, no y no —protestó Claudia levantándose de sofá.

—¿Pero por qué? Por lo que habéis averiguado, él tampoco sale con nadie, así que no creo que le importe —insistió mi madre sin alterarse — ¿Qué problema tienes con ese hombre?

—¡Que es un…un…! —exclamó exasperada sin que la palabra que buscaba llegase a su boca. Aquello también era nuevo, pensé con ironía.

—No es algo tan difícil. Solo será un rato, como si os estuvieseis conociendo, lo justo para intercambiar información y ya está —dije quitándole importancia—. Nadie te está pidiendo que te acuestes con él.

Claudia me fulminó con la mirada, y yo contraataqué elevando una ceja para recordarle que eso era justamente lo que ella me había sugerido que hiciese con Patri.

Por su gruñido deduje que podía proclamarme vencedor de aquella lid.

—¡Está bien! —exclamó ofuscada—. Pero no os garantizo que no lo

mande a la mierda como me toque mucho los huevos. Quedáis advertidos.

—Por supuesto…—dije en tono conciliador—. Solo te pido que aguantes lo suficiente para que te enseñe la imagen del grabado que enviaron a Ernesto Maldonado y puedas hacerle una foto. Al final, el otro día no nos la mostró. ¡Ah, y también consigue la de tu hermano!

Como esperaba, mi comentario apaciguó a la fiera y su mente rápida se centró en los motivos que yo podía tener para pedirle eso.

—¿Por qué? —preguntó volviéndose a sentar en el sofá.

—Nunca se nos ha ocurrido que detrás del nombre de la Orden de Salomón hubiese algún simbolismo oculto, pero después de ver ese cuadro estoy empezando a pensar que es así —dije esperando que entendiesen mi razonamiento—. Existe un libro

llamado *Testamento de Salomón*, en el que se describe cómo este rey judío obligó a los demonios a construir su templo, gracias a la ayuda de un anillo mágico que recibió de Dios a través del arcángel Miguel. No es muy conocido, porque se separa de la tradición religiosa para adentrarse en la esotérica. Para muchos, Salomón fue el primer mago de la historia. De hecho, otro de los libros vinculados con él, *La Clavícula de Salomón*, es uno de los textos más referenciados por los ocultistas de la Edad Media.

—¿Y crees que una organización de mafiosos asesinos van a saber eso? —preguntó Arturo escéptico.

—Quizá. He estado investigando qué significado podría tener la representación del grabado de Alonso. ¿Os acordáis del monstruo que estaba succionando el dedo del hombre, mientras un ángel aparecía en escena para salvarlo? —Arturo y mi madre ya estaban al corriente de aquello—. Pues bien, estoy casi convencido de que se trata de Ornias, uno de los demonios que aparecen en el primer libro del que os he hablado.

—¿Magos? ¿Esoterismo? —replicó Claudia—. ¿Nos estás diciendo que nos estamos enfrentando a una especie de secta demoníaca?

—No lo sé —contesté—, solo digo que el grabado que enviaron a tu hermano hace alusión a uno de los pasajes de ese libro. Según él, Ornias era un demonio que succionaba la energía vital de sus víctimas chupándoles el dedo pulgar de su mano derecha, y siempre se le ha representado como a una especie de vampiro envuelto en llamas.

Además, el único que podía combatirlo era el arcángel Uriel y, si mal no recuerdo, la figura angelical que aparecía en el cuadro sostenía en una mano un sol y en la otra un pergamino. Estos son sus principales atributos, simbolizan la Verdad de Dios y la Sabiduría.

—¿Y el sello de Salomón? —preguntó mi madre—. Yo también he leído ese libro.

Aunque cada demonio se ve obligado a decir quién es el ser que frustra sus acciones, el que de verdad consigue someterlos es el anillo y no lo habéis mencionado.

—Quizá no nos fijamos bien, aunque también existe la posibilidad de que a William Blake no le pareciese un elemento significativo para su composición.

—Sigo sin entender para qué va a servirnos todo esto —dijo Claudia —. ¿Qué más da lo que representen los grabados? Lo importante es demostrar que los enviaron ellos para culparlos.

—Tienes razón, pero a estas alturas no podemos permitirnos pasar por alto ningún dato, y algo me dice que el simbolismo de esas obras es relevante para la Orden.

Entenderlos mejor nos ayudará a encontrar el modo de destruirlos — dije convencido.

Todos estuvieron de acuerdo conmigo.

—De momento, lo único que podemos hacer es que Persi y Patri ingresen en la Orden y que ese inspector colabore con nosotros, y esto último depende de ti, Claudia

—dijo Arturo desafiándola—. ¿Crees que podrás conseguirlo?

—Que conste que sigo sin tragarlo —respondió orgullosa—, pero si todos creéis que puede sernos útil, os aseguro que conseguiré que ese energúmeno acabe comiendo de mi mano como un perrito faldero.

Algo me decía que no iba a ser tan fácil, pero la hostilidad que había visto entre ellos quizá podría transformarse en algo bien distinto si se veían forzados a relacionarse. Era una posibilidad. En cualquier caso, como había dicho Arturo, el siguiente paso dependía de Claudia. Casi sentí lástima por el inspector Caralps. El pobre no tenía ni idea de la que se le venía encima.

CAPÍTULO 26

PATRI

El único problema que planteaba casarse por el juzgado era tener que pasar el cuestionario que confirmase que el nuestro no iba a ser un matrimonio de conveniencia.

Un requisito legal para evitar un delito que cada vez tenía más adeptos. Nosotros íbamos a ser parte de ellos, pero por motivos bien distintos a los habituales.

Intentamos prepararlo un poco, como en las películas, pero ambos sabíamos que podrían pillarnos en cualquier tontería. Mi única esperanza era que las personas que nos harían las preguntas nos conocían bien, quizá no fuesen muy exhaustivos con el interrogatorio.

La oficina judicial de Boadilla estaba situada en la calle Isabel II. Pasaba bastante desapercibida, salvo por las dos enormes banderas que delataban su importancia como organismo de la Comunidad de Madrid. En la recepción indicamos que teníamos cita con el juez de paz, y enseguida apareció José María para recibirnos.

El amigo de mi padre se había jubilado en una multinacional española, de esas que lo hacen de forma anticipada, y decidió presentarse al cargo. Desde entonces, se dedicaba a servir a los ciudadanos con gran entusiasmo y sensatez. Era un hombre recatado y serio, pero la mirada cálida que transmitía a través de sus gafas delataba la gran humanidad que habitaba en él. Lo acompañaba Ángeles, la oficial que gestionaba asuntos como el nuestro. Su acogida fue afectuosa. Ninguno podía sospechar el nerviosismo que llevaba yo en el cuerpo. Persi estaba como siempre, relajado y sonriente, haciendo comentarios jocosos sobre el examen que nos iban a hacer. Nos dijeron que no teníamos de qué preocuparnos, que eran preguntas sencillas, un mero trámite en nuestro caso. Después nos condujeron hasta el despacho de José María. Yo entré primero mientras Persi permanecía fuera esperando su turno. La sala no era muy grande, pero imponía, sobre todo por las cuadro banderas que se encontraban en uno de los laterales. El juez se sentó tras el solemne escritorio de madera que estaba vigilado desde arriba por un retrato del rey Felipe VI colgado en la pared. Ángeles ocupó la silla al lado de la mía. Así empezó la prueba.

Primero me preguntaron por mis datos personales y luego por los de Persi. Esa parte fue fácil. A su familia la conocía muy bien y no supuso

ningún problema. La siguiente tanda de preguntas estaba relacionada con mi profesión y con la suya. Ahí

tuve que morderme la lengua para no decir lo que pensaba realmente. Aunque, para qué negarlo, estaba empezando a sospechar que me había equivocado con él en ese aspecto. Se quedaron sorprendidos cuando enumeré los múltiples idiomas que hablaba Persi, sobre todo cuando mencioné que sabía leer hebreo. Aquel dato les impactó tanto como a mí.

Luego tuve un momento de tensión cuando salió el tema económico. «¿Qué ingresos mensuales tiene su cónyuge?». Habíamos acordado decir la verdad en todo lo que pudiésemos, así que me limité a encogerme de hombros y comenté que manteníamos economías separadas, por lo que no podía darles una respuesta concreta.

Y la cosa se complicó cuando me preguntaron la dirección donde él vivía. ¡No tenía ni idea! Me puse muy nerviosa. Yo no había estado nunca en su casa, pero intenté recordar cualquier dato que pudiese servirme. Él había mencionado en una ocasión que estaba cerca del colegio Mirabal Infantil, y en alguna de sus fotos de Instagram se veía un chalé blanco de estilo moderno con formas rectangulares. Aquello tendría que servir, así que me hice la tonta y argumenté mi falta de memoria para dar el dato exacto que me pedían. Por lo menos sabía que la casa era de alquiler, porque el propietario no había querido vendérsela. Adorné mi discurso como pude, intentando desviar su atención hacia la nueva residencia que estábamos rehabilitando para vivir en ella cuando estuviésemos casados.

La parte de hábitos fue más fácil. Persi proclamaba a los cuatro vientos en redes sociales sus aficiones. Cuando me preguntaron si había sufrido alguna enfermedad grave, pude tirar de recuerdos del pasado para mencionar su ansiedad infantil y cómo se curó. Aproveché para hablarles de nuestra infancia, de la relación tan estrecha que habíamos tenido, incluso comenté que ya en aquella época habíamos estado a punto de empezar a salir. Justifiqué que no habíamos llegado a hacerlo, porque él se había marchado a estudiar fuera. Eso me hizo sentir un poco más segura, y cuando salió el tema de cuándo y dónde habíamos decidido casarnos, utilicé la propuesta de matrimonio que había tenido lugar delante de todo el mundo. También mencioné el ramo de violetas, que me sirvió de respuesta al último regalo que me había hecho. Sin embargo, me asaltó un temor. ¿Qué iba a responder él si yo no le había regalado nada?

—¿Han convivido ustedes antes del matrimonio?

Tenía que responder con la verdad, pero ¿qué pareja en la actualidad se casa sin haber pasado por eso antes? Lo único que se me ocurrió decir fue que todo había sucedido tan rápido tras la muerte de mi padre que no nos había dado tiempo. Bromeé con la idea de que tendríamos que sufrir la misma experiencia que las parejas antiguas, pero mi nerviosismo no parecía muy convincente.

Vi cómo se miraban extrañados. Entonces, José María me observó y supe que la pregunta que iba a hacerme no estaba en el guion.

—Patri, ¿por qué quieres casarte con Persi?

Me quedé en silencio. ¿Qué podía responder a eso? Tomé aire y cerré un momento los ojos en busca de inspiración. Mi respuesta sería clave para su decisión.

—¿Has conocido alguna vez a alguien cuya sola presencia te exaspere tanto que no puedas dejar de prestarle toda tu atención? ¿Que cuando estás a su lado el mundo a tu alrededor se desvanece y sientes a flor de piel cada partícula de tu cuerpo? —respondí inclinándome hacia él para dar más énfasis a mis palabras—. Así me sentía yo cada vez que veía a Persi después de su regreso de Stanford. Me irritaba como nadie lo había hecho jamás. Su arrogancia, su forma de hablar, sus anticuados ademanes caballeresco y, sobre todo, esa faceta de sabelotodo que lo hacía insufrible. Me repetía una y otra vez que era imposible que hubiese podido cambiar tanto. Nada de eso iba conmigo y, sin embargo, me sentía incapaz de ignorarlo. Era como un chute de adrenalina que despertaba en mí una sensación de vitalidad indescriptible —dije recordando cada momento que había compartido con él. Pero cuando pensé en los últimos días, mi discurso cambió—. Luego empecé a tratarlo más, a conocerlo mejor, y descubrí que, tras toda esa fachada, se escondía otra persona que no solía mostrar a la gente. Me di cuenta de que sigue siendo el niño que yo admiraba. Persi no es como todo el mundo cree. Es alguien en quien se puede confiar, atento, cariñoso, detallista, y el hombre más inteligente que he conocido jamás.

Volví a hacer una pausa. Sabía lo que estaban esperando, las palabras que querían que dijese, pero me costaba un mundo decirlas en voz alta.

—No puedo explicar cómo ha pasado. Lo único que puedo decir es que estoy enamorada de él.

Mi discurso pareció dejarles más tranquilos, pero a mí me provocó una

conmoción que no esperaba. Salí de la sala con la mente hecha un lío y, cuando vi a Persi, el corazón me dio un vuelco. Delante de mí tenía a un hombre increíble, se mirase por dónde se mirase. No solo era atractivo a rabiar, también tenía una mente fuera de serie y una personalidad única. Insoportable la mayoría de las veces, eso sí, pero empezaba a sospechar que, tal y como acababa de asegurar, detrás de aquella fachada se escondía un Persi distinto.

—¿Todo bien, querida? —me preguntó acercándose a mí. Ahora le tocaba entrar a él y se le veía tranquilo, como si lo tuviese todo controlado. Entonces recordé la pregunta del regalo y una idea insólita cruzó por mi mente para ayudarle a responderla.

Delante de la puerta abierta, pero a una distancia prudencial para que los de dentro pudiesen vernos sin oírnos, pegué mi cuerpo al suyo y con mi mano acaricié su mejilla.

Pude ver un ligero gesto de sorpresa en su rostro, pero permaneció inmóvil dejándome hacer.

—Este regalo te dará suerte —dije en un susurro esperando que captase el mensaje.

Como un acto habitual entre nosotros, dirigí mis labios a los suyos rozándolos levemente, una muestra de cariño sin importancia entre una pareja a punto de casarse.

Fue una equivocación. El contacto duró apenas unos segundos, pero el impacto inesperado que sentí fue demoledor. Un beso tan casto no podía haber despertado en mí semejante respuesta, un anhelo que me dejó desorientada. Nunca hubiera imaginado que la calidez de su piel pudiese adentrarse en mi cuerpo con el efecto de un rayo, que su textura firme y carnosa me hiciese desear seguir probándola. Observé su boca como si fuese un fruto prohibido, peligroso, pero no por ello menos tentador. Mi dedo delineó su contorno, dibujando un camino que continuó hasta llegar a su cuello. Nuestras miradas se cruzaron en silencio y pude ver cómo sus ojos cristalinos se enlazaban a mí atrayéndome como un imán. Me quedé atrapada, hipnotizada, y cuando Persi comenzó a inclinar la cabeza hacia mi boca, cerré los ojos.

Pero no sucedió lo que yo esperaba.

Volví a abrirlos al notar el contacto de su mano en la mía. Fue allí donde posó sus labios. Luego se separó de mí y entró en el despacho cerrando la puerta tras de sí.

Me quedé tan desconcertada que tuve que salir a la calle a que me diese el aire. Me ardían las mejillas y mi cabeza amenazaba con explotar ante el caos de emociones que me consumía: excitación, incredulidad, frustración. Un cóctel difícil de digerir y mucho más de aceptar, porque, si la causa que me había producido todo aquello era lo que sospechaba, acababa de toparme con un problema mucho más difícil de afrontar que la mismísima Orden de Salomón.

CAPÍTULO 27

PATRI

Íbamos a casarnos en el antiguo Convento de la Encarnación, donde en otro tiempo vivieron en clausura las Carmelitas Descalzas de Boadilla. Un edificio del siglo XVII que había sido rehabilitado, preservando todo su valor histórico, para convertirlo en un hotel de lujo. Había quedado genial. Juan González de Uzqueta, miembro del consejo real y señor de estas tierras en aquella época, y su mujer María de Vera, se sentirían orgullosos al ver cómo el recinto que ellos habían financiado seguía luciendo en todo su esplendor gracias a la mano experta de Arturo. Él fue el arquitecto encargado del proyecto de su restauración.

El día anterior a nuestra boda, Persi y yo habíamos ido a dejar varias cosas en la suite nupcial y el director del hotel se ofreció a hacernos una visita guiada que yo agradecí. Aquella joya del barroco merecía el mimo con el que la habían tratado. Se notaba la gran experiencia que tenía Arturo en proyectos similares, el cuidado y detalle que había puesto en todo. Utilizando ladrillos similares a los originales, la fachada mantenía su dignidad intacta. Por dentro era todavía más bonito. Se había recuperado mobiliario de la época y numerosas obras de arte para completar la refinada decoración.

¡Si aquellas monjitas pudiesen ver ahora sus austeras celdas! Camas con dosel, arcones, vigas de madera, telas de exquisito tejido… Esas habitaciones recreaban a la perfección el ambiente noble del siglo de su construcción. Allí pasaríamos Persi y yo nuestra primera noche de casados. Lástima que a uno de los dos le tocase dormir en el suelo.

Un sol espléndido lucía aquella mañana del 21 de enero y la chaqueta de pelo sintético que llevaba me protegía bastante bien del frío. A pesar de que mi madre había puesto el grito en el cielo por mi traje de novia, yo me encontraba muy a gusto con mi mono de satén blanco que se anudaba al cuello dejando la espalda al descubierto. Los vestidos de princesa no iban conmigo. Ni tampoco los moños. Mi atuendo era práctico y cómodo, justo lo que necesitaba para superar el día que tenía por delante.

El de Persi no podía ser más opuesto al mío, una prueba adicional de las diferencias que nos separaban. ¿De qué demonios iba disfrazado? Cuando llegué a su lado, agarrada del brazo de Nacho, me quedé observándolo sin poder creerme lo que estaba viendo. Persi vestía un traje de levita azul, con adornos en dorado y cuello estilo Napoleón,

que parecía estar sacado de una película de vampiros decimonónicos. Un pañuelo de satén blanco sobresalía del bolsillo de su levita y, en lugar de corbata, lucía

un lazo ancho del mismo color que se anudaba al cuello tras realizar varias vueltas alrededor de él.

—¿Te he impresionado, querida? —dijo con una sonrisa pícara al ver mi cara de estupefacción—. Por mi parte debo decir que tú estás absolutamente arrebatadora.

—Se te olvidó decirme que esto era una fiesta de disfraces. Hubiera venido vestida de Escarlata O´Hara —respondí mordaz—. Siento haberte decepcionado.

—Para nada, querida. Me congratula comprobar que no me equivoqué al suponer que elegirías unos pantalones para la ocasión. Sin duda, son una muestra irrefutable de quién lleva la voz cantante en nuestra relación.

Quise protestar, pero no me dio tiempo. El juez de paz ya nos estaba diciendo que debía dar comienzo la ceremonia.

Sería injusto decir que no fue emotiva. José María intercaló el protocolo exigido a una boda civil, con unas palabras cercanas propias de alguien que nos conocía y que además nos apreciaba. Pero yo seguía sintiéndome incómoda. Por mucho que me hubiese repetido que aquello era solo una actuación, que los votos pronunciados no significaban nada, me resultó difícil respirar cuando Persi deslizó por mi dedo la alianza. Jamás hubiera imaginado que yo accedería a llevar un anillo como ese en mi mano, y mucho menos que sería él quien lo colocase en ella. Desde niños habíamos compartido aventuras rocambolescas, pero ninguna podía compararse con aquella. Y la boda solo era el principio.

—En virtud de la autoridad conferida por las leyes, y el consentimiento libremente expresado por los contrayentes, yo, juez de paz, os declaro unidos en matrimonio —dijo José María—. Al considerar lo actuado conforme a la Ley, se ordena que se proceda a la inscripción…

Pero yo ya no le escuchaba. Lo habíamos hecho. Desde aquel momento, Persi era oficialmente mi marido delante de todo el mundo. Pero, si todo era una farsa, ¿por qué me sentía tan rara? Lo miré. Necesitaba comprender lo que me estaba pasando, pero la única explicación que venía a mi mente me resultaba tan ilógica como

desconcertante.

—Puedes besar a la novia —dijo José María en aquel momento y mi corazón se saltó un latido. Me sorprendí deseando que lo hiciese. Entonces Persi me guiñó un ojo y sus manos rodearon mi rostro. Utilizó sus pulgares para acariciar mis labios y luego se inclinó hacia mí. Cerré los ojos. Volví a abrirlos. ¡No me estaba besando a mí, sino a sus

dedos! ¿A qué venía esa tontería! Pero nadie pareció percatarse del engaño, porque el público comenzó a aplaudir complacido. A mí no me hizo gracia. Me sentí como una estúpida. Eso me pasaba por pensar en ideas tontas.

La ceremonia concluyó, firmamos los papeles que hacían nuestro matrimonio legal, y recibimos las felicitaciones de todos los invitados con nuestra mejor sonrisa. Después de la exasperante sesión de fotos llegué a pensar que la mandíbula se me quedaría encajada para siempre. Por supuesto, Persi la disfrutó como un niño.

Sin embargo, cuando llegó la hora del convite y entramos en el antiguo claustro que estaba cubierto por una cúpula de cristal, decidí enfocar la situación de otra forma. ¡Qué narices! Puestos a tener que pasar por todo aquello, mejor aprovechar para divertirme.

Era una fiesta, «mi» fiesta, y no iba a desperdiciarla. A Persi se le veía la mar de contento, pero eso no era nada raro en él. Estaba en su salsa siendo el centro de atención. Reía, bromeaba y saboreaba a placer todos los majares que nos pusieron en el planto. Entonces, un pensamiento vino a mi mente, y con la mirada recorrí el recinto hasta encontrar a la persona que me preocupaba. Allí estaba Claudia, en una mesa cercana a la nuestra, deslumbrando al resto de comensales con su espectacular presencia. Quizá notó que la estaba observando, porque sus ojos también se posaron en mí. Levantó su copa de vino y realizó un brindis a distancia que me sorprendió. Por mucho que me esforzase, seguía sin comprender el papel que jugaba ella en todo ese asunto. No me cabía la menor duda de que mantenían una relación especial, pero entonces, ¿por qué habría permitido que Persi se casase conmigo? Y, sobre todo, ¿por qué lo habría hecho él teniendo a una mujer como ella a su lado?

—¿Ocurre algo, Patri?

Oí la voz de Sofí a mi derecha y rompí el contacto visual con Claudia. Sonreí con amabilidad a la que acababa de convertirse en mi suegra.

Por lo menos, de eso no me podía quejar. La madre de Persi era tan adorable y considerada conmigo que hasta había tenido el detalle de cambiar el color blanco que siempre lucía en toda su ropa por un tono verde clarito. No es que me hubiese importado, pero le agradecía el gesto.

—No, ¿por qué lo dices? —pregunté extrañada.

—He visto en tus ojos que algo te alteraba —respondió poniendo su mano encima de la mía.

—¿Te parece que no tengo motivos para estarlo? —bromeé—. Te recuerdo que acabo de casarme.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —dijo apretando mi mano con cariño—. Persi te quiere y eso es lo más importante para afrontar los problemas que puedan surgir en el futuro. El amor es la única luz que puede iluminar un camino de sombras.

Noté que se me ponía un nudo en la garganta. Sofí no tenía ni idea de lo que estaba hablando. No solo porque Persi no me amaba como ella suponía, sino porque, si supiera la verdad, que yo estaba poniendo en peligro la vida de su hijo, probablemente no fuera tan amable conmigo. Lo que no acababa de cuadrarme era lo que había dicho. Sin duda, Persi había tenido que hacer una gran actuación delante de ella para hacerla creer que estaba enamorado de mí. Iba a responder, cuando oí la voz de mi marido al otro lado.

Todavía me resultaba extraño pensar en él con ese término.

—Mi madre tiene razón, formamos un equipo fantástico, ¿verdad, querida? —dijo rodeándome con su brazo—. Estoy seguro de que juntos podremos superar cualquier prueba que nos ponga la vida.

Yo sabía a qué «prueba» exactamente se estaba refiriendo. Afirmé deseando que así fuera.

Una vez finalizado el convite, pasamos a otro salón para que diese comienzo el baile. Sonó un vals y pude comprobar que Persi era un excelente bailarín. Otra más de las múltiples cualidades que estaba descubriendo en él.

La noche avanzó y poco a poco me fui relajando. Incluso, conseguí disfrutar de la fiesta como si fuese un invitada más y no la protagonista del evento. Por lo menos, de aquella parte tendría buenos recuerdos en el futuro. Hasta Nacho se había mostrado comedido y en

ningún momento me había reprochado nada. Al contrario, me dijo que esperaba que todo saliese bien. «Sí, todo está marchando a pedir de boca», murmuré satisfecha.

Lástima no haberme quedado calladita.

Algunos de los invitados ya se habían retirado, cuando Marcos se acercó a mí con un gesto que me alarmó.

—Siento tener que decirte esto, Patri, pero un coche está en la puerta esperándoos a Persi y a ti.

Lo miré extrañada. Él sabía que mi madre había reservado la suite del hotel para que, según ella, pasásemos allí una noche de bodas «inolvidable». ¿Para qué necesitábamos un coche?

—Lo envía la Orden —dijo Marcos con voz grave—. Solo he recibido un mensaje para que os lo comunique, pero mucho me temo que su intención es que iniciéis las pruebas hoy mismo.

Me quedé pasmada. Aquello tenía que ser una broma de mal gusto. ¿A qué mente retorcida se le podría ocurrir que intentásemos superar cualquier reto en un día como ese? Busqué con la mirada a Persi y lo encontré hablando con un grupo de invitados.

—¿Y no podemos dejarlo para otro momento? —repliqué—. A ellos qué más les da.

Ya nos hemos casado como querían, ¿para qué tantas prisas? Es imposible que hoy tengamos la mente en condiciones para hacer nada. Lo más seguro es que fallemos. ¿No puedes pedirles que lo aplacen?

—Ojalá pudiera —dijo Marcos apretando mis manos con las suyas—. Con ellos no hay alternativas. Si quieren que sea hoy, tendréis que acatarlo. No habrá segundas oportunidades.

—Pero ¿y si no lo logramos, Marcos? ¿Y si no superamos las pruebas? —dije presa del pánico.

—Sé que lo conseguiréis —respondió poniéndome una mano en el hombro para darme ánimos—. Te conozco bien, y nada puede impedir que logres lo que te propones.

Julia estará a salvo gracias a ti.

Pero sus palabras no me sirvieron de mucha ayuda. Al contrario, me

causaron una angustia mayor de la que ya sentía. ¿Qué pasaría con mi madre si no lograba superar las pruebas? Rechacé la respuesta que ya sabía y, después de despedirme de Marcos, me dirigí hacia el lugar donde Persi permanecía ajeno a lo que nos esperaba. El momento clave había llegado y no podíamos fallar. Con triste ironía pensé que mi madre había acertado. Al final, mi noche de bodas sí que iba a ser inolvidable.

CAPÍTULO 28

PERSI

Cuando Patri me dio la noticia, todas las alarmas saltaron en mi mente. ¿Por qué razón habían elegido precisamente ese día para comenzar las pruebas de iniciación? Aquello no podía ser nada bueno. Empecé a temer que quisieran pillarnos desprevenidos por algún motivo.

Patri estaba muy nerviosa, bastaba con observar el temblor de sus manos para confirmarlo. Pero lo que menos me gustó fue el miedo que percibí en sus ojos. Debía hacer algo para que reaccionara. Verla así me dolía en el alma.

—Está claro que esta Orden no tiene sentido de la oportunidad. Resulta del todo inapropiado privarnos de nuestra noche de bodas —dije contrariado—. ¿Acaso no saben lo agotador que es casarse? Nos merecemos un buen descanso. No sé a ti, pero a mí esta fiesta me ha dejado exhausto. Y, para colmo, no nos dan tiempo ni para cambiarnos de ropa. Mi atuendo no es apropiado para otra actividad que no sea tomar champán. ¡Me parece una completa desfachatez! Mejor les decimos que lo dejen para otro día.

Tal y como esperaba, su respuesta fue inmediata.

—Será esta noche —respondió con firmeza—. Un coche nos está esperando en la puerta y no se va a ir sin nosotros. Tú y yo vamos a superar esas pruebas cueste lo que cueste.

—Querida, ¿te he dicho alguna vez lo sexy que estás cuando te pones en plan mandona? —respondí ladeando la sonrisa—. Así no hay quien pueda resistirse a tus deseos.

Patri hizo un gesto de desesperación contenida y se dio la vuelta para marcharse dejándome plantado. Pero yo se lo impedí.

—¿No te estás olvidando de algo? —pregunté agarrándola de la mano —. Sería de mala educación marcharnos de una manera tan grosera.

Me miró extrañada y, antes de que pudiese responder, comencé a hablar en voz alta llamando la atención de los invitados. Quería distraerla para que no pensase en lo que nos esperaba. Por suerte, en ese momento sonaba una balada y no me resultó difícil hacerme oír. Enseguida la música cesó y todos me escucharon atentos.

—Queridos amigos, Patri y yo deseamos que hoy hayáis disfrutado de esta maravillosa celebración tanto como nosotros, y os damos las gracias por habernos acompañado en un día tan importante en nuestras vidas —dije con solemnidad—. Sin embargo, ya sabéis que yo soy un caballero chapado a la antigua, y que hay ciertos rituales que debo cumplir según dicta la tradición. Así que espero que me entendáis y perdonéis que en este momento me retire con mi esposa para ocuparme del último

«requisito» que dará validez a nuestro matrimonio. ¡Ahora que todavía estoy en condiciones de hacerlo después de tanto alcohol, ya me entendéis! —bromeé, y las risas se propagaron por la sala— ¡Pero la noche es joven! ¡Que siga la fiesta!

Antes de que Patri pudiese poner el grito en el cielo por mi actuación, la cogí en brazos y salí con ella del salón rodeados por los vítores y aplausos de los invitados.

Ninguno podía imaginar que con mi discurso final acababa de despertar los instintos asesinos de la mujer que llevaba en volandas.

—¡Te juro que un día voy a estrangularte! —me amenazó conteniéndose para no hacerlo de verdad.

—Pero hoy no, querida. Me temo que esta noche vas a necesitarme y no precisamente de la forma que sería de esperar —respondí con ironía, satisfecho por haber conseguido mi propósito. Cuando la dejé en el suelo y le ofrecí mi levita para salir al exterior, la Patri débil había desaparecido por completo. La fierecilla indomable que yo adoraba volvía a su ser.

Aunque igual me había excedido un poco, porque estaba tan enfadada que, cuando llegamos al coche y el conductor nos pidió los móviles, la pagó con él respondiéndole con un bramido. ¿Dónde pensaba el pobre iluso que podía guardar un móvil en la ropa de novia que llevaba, si no le había dado tiempo ni de coger su chaqueta? Luego se metió en el interior del auto cerrando la puerta de un portazo.

Yo no fui tan rápido. Improvisé una excusa para ver la matrícula y así poder memorizarla. Podría ser una pista cuando la prueba terminase, aunque lo más seguro es que fuese fuese falsa. Después tuve que entregar mi móvil. Supuse que el conductor lo apagaría en cuanto me metiese en el coche. A partir de ese momento estábamos a merced de la Orden de Salomón.

—Mira, querida, por lo menos han tenido el detalle de dejarnos

champán para amenizar el camino —dije mostrando una botella y dos copas situadas enfrente de nuestros asientos.

—No lo bebas. No podemos fiarnos —respondió Patri sin apartar su mirada de la mampara oscura que nos había aislado del chófer.

Tampoco podíamos ver el exterior, una lámina superpuesta había vuelto los cristales del vehículo completamente opacos. Tan solo las pequeñas lucecitas distribuidas por el techo y los laterales nos permitían tener algo de visibilidad. Un habitáculo muy apropiado para una panda de mafiosos como ellos.

—Pero, querida, sería una grosería por nuestra parte rechazar una invitación como esta, ¿no te parece? —razoné mientras abría la botella—. Además, de alguna forma tendremos que entretenernos durante el trayecto… Pero, ahora que lo pienso, se me ocurre una idea mejor… —dije con voz seductora acercándome más a ella hasta que mis labios estuvieron pegados al lóbulo de su oreja. Seguí hablando en voz muy baja, apenas un susurro perceptible solo para sus oídos—. No descartes que tengan cámaras o micrófonos ocultos.

Por la expresión de sus ojos comprobé que ella no había pensado en ello.

—Eso tendrá que esperar. Estoy demasiado cansada —respondió separándome con sus manos. Me quitó la botella devolviéndola a su sitio y, para mi sorpresa, se acurrucó junto a mí dejando reposar su cabeza en mi hombro—. Creo que voy a aprovechar para dormir un poco. Avísame cuando lleguemos.

Sabía que era una excusa. Era imposible que Patri pudiese dormirse en un momento así. Sin embargo, su respiración se fue relajando y noté que su cuerpo perdía la tensión inicial. Permanecía en vigilia, pero más tranquila. Yo aproveché para mirarla sin que ella se diese cuenta, embrujado por el aroma a violetas que desprendía su cuello. Tendría que haberme concentrado en lo que nos esperaba, pero mi mente fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuese el bello rostro de la mujer que descansaba sobre mí. Era preciosa. Siempre lo había sido, pero la madurez le añadía un aura de distinción imponente. Sonreí como un idiota al fijarme en las diminutas pecas que adornaban sus mejillas y en esa nariz respingona que tanto elevaba cuando se enfadaba conmigo. Mi mirada descendió hasta sus labios y estuve perdido. Cómo era posible que un pedazo de piel tan diminuta pudiese provocar tantas emociones. Me bastaría con inclinar un poco la cabeza para rozarlos, para sentir su aliento junto al mío, para volver

a experimentar la dicha que me habían regalado el día que Patri me besó en el juzgado de paz.

Todavía tenía que esforzarme para no pensar que lo había soñado. Sabía que para ella no había significado nada, un suceso sin importancia que formaba parte de nuestra actuación, pero no por ello el impacto fue menor. En aquel momento tuve que contenerme para no hacer lo que de verdad quería, sobre todo, cuando Patri cerró los ojos esperando que continuase el beso. No, no podía hacerlo. Si algún día rompía mi juramento sería porque ella lo deseara, no para escenificar una farsa.

En esa posición permanecimos por un espacio de tiempo que a mí me pareció algo más de media hora. Podíamos estar en cualquier sitio, no descarté el hecho de que el conductor hubiese estado dando vueltas para despistarnos. Patri se enderezó cuando la velocidad disminuyó y el movimiento nos inclinó ligeramente hacia adelante.

Estábamos bajando por una rampa. Luego paramos y el hombre nos abrió la puerta para que pudiésemos salir.

—Vamos a conseguirlo —aseguré apretando su mano. Ella me miró un instante y asintió con la cabeza antes de salir del vehículo. Yo la seguí.

Todo estaba bastante oscuro, pero no tanto como para no distinguir las paredes de hormigón que nos rodeaban, ni la puerta de acero que había al fondo. El chófer nos indicó con un gesto que pasásemos por ella. Así lo hicimos. Al otro lado había un pasillo y otra puerta, pero esta estaba cerrada y no tenía picaporte.

Entonces oímos una voz distorsionada que procedía de un altavoz camuflado en el techo.

—Aquí dan comienzo vuestras pruebas de iniciación. Tendréis que demostrar que sois dignos candidatos y que estáis dispuestos a hacer todo lo que sea necesario para llegar a ser miembros de la Orden de Salomón. Si aceptáis pulsar el botón y atravesar este umbral, no habrá vuelta atrás. Si no lo conseguís, tendréis que afrontar las consecuencias.

Sentí que Patri se estremecía ante aquellas palabras. Ambos sabíamos lo que significaba «afrontar las consecuencias», pero no lo que nos exigirían que hiciésemos si aceptábamos el reto. Por mi parte no había dudas, pero aquella decisión no era solo mía.

Tendría que ser ella quien diese el siguiente paso.

—Decidas lo que decidas, yo estaré contigo hasta el final —dije con seguridad. Ella cerró los ojos, tomó aire, y al volver a abrirlos apretó el botón con determinación. La puerta se deslizó hasta perderse en el interior de uno de los muros.

No sé lo que había esperado, pero desde luego no lo que nos encontramos.

Entramos en una habitación de unos cincuenta metros cuadrados, que podría haber hecho las delicias de cualquier noble del siglo XVII. La puerta se cerró detrás de nosotros. No había ventanas ni luz eléctrica, tan solo unas velas distribuidas en tres candelabros permitían que viésemos lo que nos rodeaba. Una gran mesa de madera, con tres cajones tallados, ocupaba el centro de la estancia. Encima se encontraba uno de los candelabros, y a su lado había un cuchillo, un par de copas de metal, una jarra de barro y un rollo de papel lacrado con el símbolo de la Orden de Salomón. Otros muebles antiguos complementaban el escenario, pero lo que más me sorprendió fue la enorme cama con dosel que se apoyaba en una de las paredes forradas de madera. Tuve un mal presentimiento.

—Aquí no hay nadie —dijo Patri quitándose mi levita, porque la temperatura del ambiente era bastante alta—. ¿Qué es lo que quieren que hagamos?

—No tengo ni idea, querida, pero creo que voy a tener que tragarme mis palabras de antes —respondí volviendo a adoptar mi pose de «Percival» para que los que seguro nos estaban vigilando no sospecharan—. Está claro que mi indumentaria es casi ideal para la ocasión. Debo decir que a veces yo mismo me sorprendo de mi capacidad para estar perfecto en cada momento. Ya ves, aún sin proponérmelo, apenas me he desviado un par de siglos con mi vestuario.

Ante su mirada de incredulidad por mi comentario, tuve que centrarme para no ponerla más nerviosa de lo que ya estaba.

—Algo me dice que deberíamos ver lo que pone en ese papel —dije señalando el rollo que seguía en la mesa.

Patri no se lo pensó dos veces. Rompió el lacre y extendió la hoja para leer su contenido. Sin embargo, instantes después me lo entregó a mí con cara de pocos amigos.

—Creo que está escrito en latín —dijo contrariada—. Como me digas que no sabes leerlo me corto las venas.

—Querida, la duda ofende —respondí con una sonrisa altiva.

Lo tomé en mis manos y vi que estaba manuscrito con tinta negra y una caligrafía refinada. Comencé a traducirlo en silencio. Prefería averiguar su contenido antes de trasladárselo a ella.

—¿Qué pone? —preguntó con impaciencia.

—Son indicaciones. Me temo que lo de la boda que acabamos de hacer no les ha parecido suficiente —respondí extrañado de que su petición fuese tan simple—.

Quieren que hagamos unos votos especiales según su propio ritual. También explican el porqué de la fecha elegida. Esta noche hay una superluna de sangre. Hoy el Sol, la Tierra y la Luna están alineados, produciendo un eclipse lunar completo. Según ellos, la energía espiritual irradiada favorecerá nuestra unión.

—¿Solo eso? ¿Y para algo tan simple han montado todo este circo? —dijo frunciendo el ceño. Ella tampoco se fiaba, pero su vena pragmática se impuso—. Pues si eso es lo que quieren, empecemos cuanto antes. ¿Qué tenemos que decir?

—Primero debemos unir las palmas de nuestras manos —respondí elevando las mías como si estuviese siendo atracado. Ella hizo lo mismo y pude sentir el contacto cálido de su piel. Aquel era un gesto que se solía utilizar en algunos rituales para que la energía fluyera de un cuerpo a otro, y di fe de que funcionó a juzgar por el calor que me recorrió por dentro.

—¿Y ahora qué?

—Escucha mi juramento y luego dilo tú —dije temiendo que no quisiera pronunciarlo después de oírlo. La miré a los ojos y comencé a recitar con la emoción a flor de piel:

En el día y en la noche,

mientras me quede un soplo de vida,

mi sangre será tu sangre,

mi cuerpo será tuyo,

y mi destino estará ligado a ti

como el río que al morir se une con el mar.

Tal y como suponía, Patri se quedó en silencio mirándome con una expresión que no pude descifrar. Tragó saliva y empezó a respirar de forma agitada. Ya pensaba que se iba a echar atrás, cuando el sonido de aquel juramento escapó de sus labios. No titubeó, al contrario, lo pronunció con tal seguridad que me dejó pasmado. Fue estúpido por mi parte sentir que el alma se me llenaba de gozo al escucharla, pero no pude evitarlo. Durante un instante llegué a creer que lo decía de verdad, pero cuando se separó de mí de forma abrupta, comprendí que había sido un iluso.

—Prueba superada. Ya podemos irnos —declaró moviéndose nerviosa por la habitación.

Pero en ese momento, oímos el sonido de un resorte y uno de los cajones de la mesa se abrió de repente. Nos miramos en silencio sin comprender qué estaba pasando. Fue Patri quien se acercó a él y luego extrajo de su interior otro rollo de papel similar al anterior. Sin pensárselo dos veces, rompió el lacre y, al comprobar que no entendía su contenido volvió a entregármelo.

Lo leí despacio. Aquella prueba iba a ser más difícil de superar que la primera.

—¿Y bien? ¿Podemos irnos ya? —preguntó impacientándose por mi silencio.

—Me temo que esto no ha terminado.

—¿Y qué es lo que quieren que hagamos ahora? —dijo acercándose más a mí.

Me tomé mi tiempo antes de contestar. Explicarle lo que nos pedían no era fácil, tenía que utilizar las palabras adecuadas para que no se desmoronase.

—Quieren que les demostremos que el juramento iba en serio. Nos dan instrucciones específicas para continuar con el ritual.

—¿Qué ritual? —preguntó despacio al ver la expresión preocupada de mi cara.

Patri iba a necesitar de todo su valor para afrontar lo que nos exigían, por lo que decidí enfocar la situación desde otra perspectiva.

—Uno que no tiene nada de original, la verdad —respondí con desgana—. ¿Te acuerdas de la película que dirigió Coppola sobre

Drácula? Pues creo que alguno de los miembros de la Orden es super fan de ella, porque no se les ha ocurrido otra cosa que ponernos a representar una de las escenas.

Tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo el color desapareció de su rostro.

—¿Qué escena? —preguntó con temor.

—Pues una que quedó muy romántica en la pantalla, pero que dista bastante de la que escribió Bram Stoker en su novela —respondí como un purista al que esa libre adaptación le hubiese molestado mucho—. Creo que el pobre se sentiría horrorizado de ver a la protagonista enamorada del vampiro. Imagínate, en su historia el conde muerde a la chica y la obliga a beber su sangre inmortal en la misma habitación en la que se encuentra el marido inmovilizado. Por suerte, a nosotros nos servirá con hacer una pequeña incisión en tu cuello y en mi pecho. Luego podremos quitarnos el sabor bebiendo un poco del vino que he visto en la jarra. Espero que la Orden se haya tomado las molestias de ofrecernos una cosecha de calidad, mi exquisito paladar no soportaría probar uno de esos horribles morapios.

—¡No voy a ser capaz de hacerlo! —dijo tapándose el rostro con las manos intentando controlar la angustia que sentía.

Ya me esperaba aquella reacción. Patri sufría de hematofobia. Cada vez que veía sangre real, no la de las películas, se le aceleraba el ritmo cardiaco, le bajaba la tensión y se mareaba. Un par de veces había llegado incluso a desmayarse.

—Tranquila —dije rodeando sus hombros con mi brazo—. Yo me encargaré de todo. Tú solo tienes que cerrar los ojos y dejar que te guíe. ¿Confiarás en mí?

Supuse que mis palabras habían funcionado. Eso, o que el simple contacto con mi cuerpo le resultaba insoportable, porque afirmó con la cabeza y acto seguido se movió poniendo distancia entre nosotros.

—¿Cómo lo harás? —preguntó todavía nerviosa.

—Por lo que dice en el manuscrito, el objetivo de esta prueba es que ambos compartamos la sangre del otro, así que imagino que les dará igual el orden en el que lo hagamos. Creo que será mejor que empiece yo —dije quitándome el chaleco. Después desaté el lazo de mi cuello y continué con los botones de la camisa.

Patri me observaba en silencio, mirando cada uno de mis movimientos con tanta atención que parecía que estaba supervisando lo que hacía. Iba a deshacerme también de la camisa blanca para que no se manchase, pero al ver cómo su respiración se alteraba, supuse que la estaba haciendo sentir incómoda y decidí dejármela puesta.

—Aprovecharé el alcohol del vino para desinfectar el cuchillo y mi piel —dije moviéndome hacia un extremo de la habitación. Después vertí un poco del contenido de la jarra sobre ambos—. Espero que no nos pasen la factura de la limpieza del suelo

—bromeé mientras me acercaba a ella.

Había llegado el momento. Tendría que hacerme un corte y, aunque en las películas a los héroes les clavan puñales y ni pestañean, a mí no me iba a resultar tan llevadero.

La tolerancia al dolor nunca había sido mi fuerte.

—Creo que voy a necesitar algo de ayuda. ¿Puedes sujetarme la camisa mientras realizo la incisión?

Sus dedos deslizaron la tela hacia un lado con cierto temblor.

—Ahora quiero que cierres los ojos —dije con voz aterciopelada para calmarla. Ella obedeció.

Tuve que pensármelo dos veces antes de extender la piel con una de mis manos, mientras con la otra colocaba la punta del cuchillo en posición. Tomé aire con fuerza y lo clavé en el lado izquierdo de mi pecho. Fue un ligero corte. Escocía, pero no demasiado. Un hilillo de sangre brotó enseguida. Esperaba que con eso fuese suficiente para la Orden. Dejé el cuchillo en la mesa y luego dirigí mi mano hacia la mejilla de Patri. Se estremeció al sentir la caricia. Muy despacio, deslicé mis dedos por su cuello hasta situarlos en la nuca y con una leve presión conseguí guiarla hasta mí.

Jamás hubiera imaginado la reacción que el roce de sus labios provocó en mi cuerpo. La suavidad de su lengua recorriendo mi herida me aturdió como un afrodisíaco y, cuando su boca succionó la sangre que brotaba de ella, mi entrepierna despertó de manera inoportuna. Quise rodearla con mis brazos, estrecharla contra mí para sentirla por completo. Pero no lo hice. Lo más sensato sería poner distancia entre nosotros para evitar que mi excitación fuese en aumento.

—No abras los ojos hasta que yo te lo diga —murmuré con dificultad.

Después, serví un poco de vino en una de las copas y se lo puse en la mano para que pudiese quitarse el sabor de mi sangre. Mientras ella lo hacía, cogí el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la levita, lo humedecí con el líquido que todavía quedaba en la jarra y taponé la herida intentando no manchar la camisa.

—¿Te ha dolido mucho? —preguntó Patri lamiendo sus labios para limpiarlos. A mí me pareció el gesto más erótico que había visto en mi vida—. Sentiría haberte hecho daño.

—No, tranquila, solo ha sido un rasguño —logré decir haciendo un esfuerzo.

Patri asintió, tras lo cual puso una mueca traviesa que me descolocó.

—Lo malo de tener los ojos cerrados es no poder comprobar si tu sangre se ha vuelto tan azul como tu ego —bromeó. Eso era bueno. El humor ayudaría a mitigar el miedo que todavía la mantenía en tensión.

—Querida, si mi sangre tuviera un tono digno de mi persona, te aseguro que sería púrpura. Solo el color destinado a la realeza me haría justicia —me burlé.

—Pues siento recordarte que la mía es de un rojo bastante vulgar. Tendrás que conformarte.

Acto seguido se retiró la melena e inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás. Me quedé absorto, sin poder apartar mi mirada de esa piel delicada que quedaba expuesta ante mí como si fuese una ofrenda. ¿De dónde iba a sacar la entereza para profanarla con un cuchillo?

—¿A qué esperas? —me apremió con los ojos todavía cerrados.

Ella tenía razón. De nada serviría demorar lo inevitable. Para no manchar su ropa, empapé un extremo de mi pañuelo en el vino y lo pasé por su cuello como si fuese un algodón. Luego llené mi copa y sumergí el cuchillo en su interior. Cuando mis dedos rozaron su piel para tensar el lugar donde iba a hacer la incisión, la sentí como puro terciopelo. Patri se puso rígida al notar el frío acero del cuchillo y yo rogué para que mi mano permaneciera firme. Realicé el corte con rapidez, intentando profundizar lo menos posible. Me dolió en el alma ver la línea roja que apareció en su cuello. Ya estaba hecho. Dejé el cuchillo en la mesa tras limpiarlo con el pañuelo. Puse mi mano en su nuca y acerqué mi boca hasta la herida.

Mi intención era calmar su dolor con mis labios, pero cuando mi lengua probó su sangre eso cambió. El sabor metálico que yo esperaba se fundió con otro más dulce de violetas, y me produjo una descarga que me atravesó todo el cuerpo. Sin darme cuenta de lo que hacía, rodeé su cintura con mi brazo y la estreché contra mí succionando su cuello para obtener más de aquellas gotas que me sabían a néctar. Era embriagador, una pócima carmesí que amenazaba mi cordura. En ese momento comprendí el mito

sensual que siempre había acompañado a las historias de vampiros. Yo acababa de convertirme en uno de ellos, uno que estuvo a punto de caer en la locura cuando el cuerpo laxo de Patri se aferró al mío y un gemido seductor escapó de su garganta.

El sonido del resorte que se accionó en ese momento me devolvió la razón y evitó el desastre. Agaché la cabeza con vergüenza y puse distancia entre nosotros. Tomé la copa de vino y bebí de ella con la esperanza de borrar las pruebas de mi comportamiento salvaje. Luego limpié su herida con el pañuelo que había vuelto a mojar y lo escondí en el bolsillo de mis pantalones para que ella no pudiese ver la sangre. En el cuello de Patri solo quedaba una sutil marca que comenzaba a cicatrizar. La de mi pecho también estaba sanando y ya no supondría un riesgo.

—Puedes abrir los ojos —murmuré.

Ella tardó en reaccionar, como si le costase volver del trance en el que ambos habíamos caído. Durante un instante nos miramos en silencio. La tensión se respiraba en el ambiente, pero ninguno nos atrevimos a decir nada. Aparté mis ojos de ella y me obligué a concentrarme en el cajón que acababa de abrirse. Comprobé que un nuevo rollo de papel nos esperaba en su interior. Esta vez fui yo quien lo cogió. Rompí el lacre temiendo averiguar su contenido.

Solo había una frase. Una cuyo significado me impactó tanto que mis piernas perdieron su firmeza y tuve que agarrarme a la mesa para no perder el equilibrio. El mal presentimiento que había tenido al entrar en aquella habitación acababa de hacerse realidad.

—No podemos irnos todavía, ¿verdad? —preguntó Patri al ver mi reacción.

Cerré los ojos. Si la segunda prueba había sido difícil de superar, esta era insalvable.

—Me estás asustando —replicó—. Suéltalo de una vez y terminemos

con esto lo antes posible. ¿Qué quieren que hagamos ahora?

No me salía la voz del cuerpo y noté que mi corazón se aceleraba hasta el punto de explotar en el pecho. ¿Cómo iba a decírselo?

—Sea lo que sea, estoy preparada —dijo con seguridad—. Pero dilo ya. La incertidumbre me está matando.

El juramento que habíamos hecho se repetía una y otra vez en mi cabeza: «mi cuerpo será tuyo». Tomé aire antes de responder.

—Para superar esta prueba tendremos que consumar nuestro matrimonio.

Lo dije sabiendo el impacto que mis palabras tendrían en ella. Patri no podría acceder a tal exigencia. Si a duras penas soportaba que la rozase, cómo iba a aceptar que hiciésemos el amor. Era impensable. Me sentí abatido. Nuestro plan había fracasado.

Debíamos empezar de cero, idear una nueva estrategia para salvar a Julia. Ser miembros de la Orden ya no era una opción.

—No pueden obligarnos a hacer algo así, les diré que no aceptamos —murmuré acercándome a su oído para que no pudiesen escucharnos—. No te preocupes, ya se nos ocurrirá otra forma de mantener a tu madre fuera de peligro. Averiguaremos quiénes son y los destruiremos sin tener que pasar por esta prueba.

Para mi sorpresa, Patri no reaccionó como yo esperaba. Pensaba que aceptaría mi sugerencia, pero en lugar de eso me separó de ella con violencia. Sus ojos lanzaban fuego y su rostro me recordó más que nunca al de las amazonas guerreras que no se amedrentaban ante nada. Estaba furiosa cuando me agarró por la camisa y me atrajo hacia ella con rudeza.

—Me prometiste que seguirías conmigo hasta el final —dijo amenazante—.

Quieren que consumemos nuestro matrimonio y eso es exactamente lo que vamos a hacer.

La miré con los ojos abiertos de par en par. ¿De verdad me estaba «exigiendo» que me acostase con ella? Aquello era imposible, pero la posibilidad de que fuera cierto hizo que cada partícula de mi cuerpo se encendiese como una hoguera.

—Yo me encargaré de todo —continuó tajante—. Tú solo tienes que tumbarte en la cama y dejarme hacer a mí. Puedes cerrar los ojos si eso te ayuda, pero ten por seguro que no voy a rendirme hasta que hayamos superado esta prueba. Has jurado que tu cuerpo será mío y lo vas a cumplir.

Noté cómo la sangre de mis venas se encendía hasta el punto de entrar en ebullición, cómo tomaban el impulso de un toro preparándose para embestir. ¿Patri creía que yo iba a necesitar «ayuda» para acostarme con ella? ¿Tan poco hombre me consideraba? Fue demasiado para mí.

Como un bárbaro en pleno saqueo, la levanté en brazos y la llevé hasta la cama sin pensar en las consecuencias. No se resistió, ni siquiera cuando la tumbé y me coloqué encima de ella sujetando sus manos con las mías a ambos lados de su cabeza.

—Si esto es lo que quieres, que así sea, pero ni se te ocurra pensar que voy a cerrar los ojos ante el cuerpo de mi mujer —dije con un sentimiento de posesión que me sobrecogió por lo que significaba. Matrimonio ficticio o no, nuestra unión sería real.

Patri lo había querido, iba a ser mía con todas las de la ley.

Con un gesto desesperado me quité los zapatos y arranqué los cordeles que mantenían sujetos los visillos, que caían al lado de los postes de la cama, para poder extenderlos. La tela era casi transparente, pero nos daría algo de intimidad. Cuando me giré hacia ella, comprobé que se había incorporado y que esperaba mi siguiente movimiento con la mirada desafiante de una guerrera dispuesta a presentar batalla.

¡Qué demonios estaba haciendo! ¡De verdad iba a dejarme llevar por el animal en celo que me dominaba! Debía calmarme, no podía comportarme como un energúmeno en mi noche de bodas. Por muy excitado que yo estuviese, ella había accedido a tener relaciones conmigo solo por salvar a su madre. Si no la preparaba adecuadamente, aquella situación acabaría en desastre. Cerré los ojos y me esforcé en respirar más pausadamente buscando la serenidad que no tenía.

—Permíteme. No tenemos prisa —susurré al fin solicitando su pie para descalzarla—. Hagámoslo bien.

Llevaba esperando ese momento toda mi vida y no podía desaprovecharlo. Quería atesorar cada segundo de aquella noche como el mejor de mis recuerdos. Sería lo único que me quedase cuando todo hubiera terminado.

Patri accedió a mi petición y no protestó cuando me deshice de sus zapatos de aguja que parecían sacados de la colección privada de un fetichista. Luego me acerqué más a ella.

Sus labios atrajeron mi mirada y durante un segundo estuve tentado de romper mi promesa. Pero no podía, su boca seguía siendo terreno prohibido para mí. En lugar de eso, acaricié sus brazos desnudos y fui deslizando mis manos hacia arriba, muy despacio para que pudiese acostumbrarse a mi contacto. Mis dedos se perdieron detrás de su melena, impetuosa y suave como un ramo de rosas rojas. Casi con timidez, desaté la lazada que mantenía el mono en su sitio y, cuando este cayó hasta su cintura, me quedé sin respiración.

El pecho de Patri, oculto por un delicado encaje, se alzaba majestuoso en un vaivén desenfrenado que me volvió loco. No me atreví a tocarlo. Fue mi boca la que tomó la iniciativa saboreando la cálida piel de su cuello. Noté cómo se relajaba, cómo su cuerpo perdía tensión con cada avance de mis labios, con cada caricia de mi lengua, hasta llegar a la frontera de su lencería blanca. Con mi cuerpo intenté guiarla para que se tumbase, pero ella me lo impidió. Por un momento temí que se hubiese arrepentido, que aquel sueño hecho realidad se desvaneciera de repente. Pero me equivoqué. Contuve el aliento cuando la vi desprenderse muy despacio de la ropa que la cubría. Con la seducción de una sirena, dejó caer el sujetador y continuó con el resto de las prendas hasta quedarse casi desnuda. Después se tumbó en la cama y tendió sus brazos hacia mí para que la acompañase.

Entrelacé sus dedos con los míos, pero permanecí en mi posición recreándome con la visión que me ofrecía. Verla cubierta tan solo por un pequeño triángulo de encaje me volvió loco. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrancárselo con los dientes. «No te apresures», volví a recordarme. Pero era imposible no desearla. Patri tenía el cuerpo voluptuoso de una diosa y yo necesitaba perderme en él más que nada en el mundo. Mis dedos acariciaron su vientre y lentamente fueron subiendo hasta encontrar la redondez de su pecho. Sentí que me temblaban las manos al rozarlos. Eran firmes, suaves, enloquecedores como su dueña. Mi boca se deslizó hasta uno de ellos y lo reverencié como se merecía. Con gran satisfacción por mi parte, noté cómo el cuerpo de Patri se arqueaba ante mis besos, ofreciéndome lo que para mí era el más exquisito de los manjares. Lamí, succioné, veneré cada porción de esa piel tersa que se moldeaba a mi paso.

Pero no era suficiente. Cada vez estaba más excitado y la necesidad de saborearla por completo se hizo acuciante. Reprimí la ferocidad que

sentía y, con la lentitud, esmero y temor de un artificiero, mis labios fueron descendiendo hasta llegar al encaje que ocultaba su monte de Venus. El triángulo sagrado. Para mí, ningún símbolo representaba mejor la concepción de lo divino.

Deslicé mis dedos por encima de él, como si temiera que mi tacto pudiese hacer que se desvaneciese de repente. Un gemido escapó de la garganta de Patri y me alentó a continuar. Retiré la lencería y mi boca ocupó su lugar. El sabor de Patri me excitó como si fuera un bebedizo que hechizaba mis sentidos hasta perder la razón. Yo quería que ella sintiese lo mismo, que se olvidase de los motivos que la habían llevado a aceptarme en esa cama, que no se arrepintiese del momento más dichoso de mi vida. Me empleé a fondo para darle placer. Mi ego masculino me pedía a gritos que marcase aquella zona de su cuerpo como mía. Sabía que en el futuro otro hombre ocuparía mi lugar, y ese pensamiento me enloqueció todavía más. Ninguno podría amarla como yo. Mi único

consuelo era hacer que nunca olvidase lo que había sentido conmigo, entregarle todo mi amor en la única noche de sexo que compartiríamos.

Las convulsiones de su cuerpo llegaron de repente y, el ímpetu con el que Patri hacía todo en la vida se materializó en forma de un gemido salvaje que yo escuché con orgullo. Aquel orgasmo me pertenecía.

Me incorporé para poder admirarla sin impedimentos. Verla desnuda, con el rostro velado por el deseo satisfecho, a punto estuvo de hacer que yo también explotase en ese mismo instante. A duras penas mis pantalones podían contener ya la magnitud de mi miembro que clamaba por ser liberado. Sobre todo, cuando la mirada de Patri se posó directamente en mi entrepierna.

—Ahora me toca a mí —dijo poniéndose de rodillas sobre la cama como si acabase de recibir un chute de energía.

Me quitó la camisa a toda prisa y se tumbó encima de mí colocándose a horcajadas.

Intenté protestar, pero me tapó la boca con una de sus manos.

—No me obligues a atarte. Sabes que sería capaz de hacerlo —dijo en un tono autoritario que no admitía réplica.

Tampoco me sentía yo capaz de negarle nada en ese momento. Su boca se posó en mi piel y con la lengua recorrió mi abdomen

dirigiéndose hacia el centro neurálgico que desde hacía rato controlaba todo mi ser. Sus manos se mostraron seguras cuando se deshicieron del resto de mi ropa. Yo estaba al borde del abismo, y la necesidad que me arrastraba a caer en él se hizo apremiante. Ni el más santo de todos los santos hubiera podido resistirse al deleite que experimenté cuando Patri me recibió en su boca. El universo entero se concentró en esa parte de mi cuerpo que pugnaba por explotar como el Big Bang primigenio. Pero eso era algo que no podía permitirme por mucho que lo deseara. No sé de dónde saqué la fuerza de voluntad para frenar sus caricias. Quizá todavía quedara un resquicio de sensatez en mi cabeza. Me incorporé y, con un movimiento que la pilló desprevenida, logré intercambiar nuestras posiciones.

Sabía que estaba preparada para recibirme, pero necesitaba oírselo decir. Nuestra unión podría tener consecuencias y Patri tenía que ser consciente de ello.

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás —dije en voz muy baja, ofreciéndole la última oportunidad para rechazarme—. No tenemos protección y te aseguro que me va

a resultar imposible comportarme como un caballero una vez que esté dentro de ti. Tú decides.

Patri no respondió, pero sus ojos buscaron los míos como si pudiesen darle la respuesta que estaba buscando. Fueron segundos agónicos para mí. Ella estaba en todo su derecho de negarse a continuar y yo tendría que aceptarlo.

—Hazlo ya —me ordenó al fin enlazando sus piernas alrededor de mis caderas.

Me quedé sin aliento. En ese momento, el paso del Rubicón de César me pareció una nimiedad comparado con lo que suponía el consentimiento de Patri. Ya no había excusas ni posibilidad de retroceder. Delante me aguardaba el mayor de mis anhelos.

Nadie podría arrebatarme esa victoria.

Fui incapaz de mostrarme delicado. Llevaba tanto tiempo conteniéndome, que cualquier posibilidad de controlarme desapareció cuando sentí la suavidad de Patri acogiéndome en su interior. Un instinto animal, salvaje y primario, despertó en mí anulando por completo al «Percival» que ella conocía. Sujeté sus manos con fuerza, entrelazando sus dedos con los míos mientras el resto de mi cuerpo le demostraba en cada embestida el sentimiento de posesión que me

devoraba. Esa noche Patri era mía.

«Mía». Me daba igual parecer un cavernícola, era lo que sentía y punto.

Tampoco ella se quedó atrás. Liberándose de la prisión a la que la había sometido, se tomó la revancha clavándome las uñas en la espalda con la ferocidad de una pantera.

Un gruñido gutural escapó de mi garganta. Esa mujer acabaría por volverme loco sin remedio. Con desesperación, mi boca buscó su cuello por el lado que no estaba herido.

Esta vez, fueron mis labios, mi lengua y mis dientes los que dejaron huella en su piel sin encontrar oposición por su parte. Al día siguiente, Patri llevaría mi marca. Aunque intentara esconderla, yo sabría que estaba allí. Su respuesta fue inminente. Casi me dieron ganas de echarme a reír cuando se tomó la revancha con mi cuello. «Ojo por ojo y diente por diente», literalmente. La diferencia estaba en que yo mostraría con orgullo la impronta de mi mujer. ¡Dios, cómo me hubiese gustado poder demostrarle durante toda la noche lo que esas palabras significaban para mí! Hacerle el amor de mil formas distintas, como siempre había soñado.

Pero tendría que contentarme con tenerla una sola vez y, a juzgar por mi grado de excitación, aquel sueño no duraría mucho más. Me quedaba poco tiempo y necesitaba que Patri terminase antes que yo. Quedar como un adolescente inexperto no me parecía el mejor final para esa noche. La agarré con descaro por los glúteos, y profundicé nuestro contacto en una última embestida. Fue demoledor. Brutal. Sentí su cuerpo

contraerse en el instante justo en el que el mío explotaba con el efecto arrasador de un tsunami.

En toda mi vida había tenido un orgasmo igual. A duras penas podía respirar cuando me tumbé a su lado. ¿Qué hechizo había lanzado sobre mí que me hacía sentir el hombre más poderoso de la tierra sin ser capaz de mover ni las pestañas?

Como pude giré la cabeza para ver cómo se encontraba ella. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo laxo, pero su rostro delataba que lo había disfrutado. No me engañaba pensando que Patri había accedido a hacer el amor conmigo por otro motivo diferente a la imposición de la Orden, pero ¡qué narices!, me sentía bien orgulloso de haberla dejado exhausta.

—Recuérdame que no vuelva a dudar de tu palabra —dijo sin moverse ni abrir los ojos con la voz entrecortada por la respiración agitada—. Gracias por esforzarte tanto en superar esta prueba.

Fue un duro golpe para mí. Sintiéndome como un completo idiota, me di cuenta de que en el fondo había esperado que ella comprendiera el verdadero motivo por el que lo había hecho. ¿Cómo podía estar tan ciega? Un hombre solo hace el amor con tanta devoción a la mujer que ama. Su agradecimiento me dejó hecho polvo, pero la cordura hizo que permaneciese en silencio ocultando mi frustración. Un necio, eso era yo. En el fondo tenía que estar agradecido de que no hubiese descubierto la verdad. Nada había cambiado entre nosotros. Patri y yo volveríamos al punto en el que estaba nuestra relación antes de entrar en esa habitación. Por lo menos, eso era lo que tendría que pensar ella.

Para mí sería muy diferente. El recuerdo de aquella noche me acompañaría por el resto de mi vida. Eso, nada ni nadie podría arrebatármelo.

CAPÍTULO 29

PATRI

De vuelta al hotel me sentí incapaz de mirar a Persi. La vergüenza me lo impedía.

¿Cómo había podido ser tan egoísta de exigirle que consumara nuestro matrimonio sabiendo que él tenía una relación con otra mujer? Y no solo eso, además le había dejado mi marca en el cuello para que ella lo viese. Sí, lo había hecho adrede.

Todo había empezado en ese mismo coche, durante el trayecto de ida. Ni siquiera sabía por qué me había parecido una buena idea recostarme en su hombro para calmar mis nervios. El caso es que había funcionado. Pero al estar tan cerca de él, los recuerdos de nuestra infancia y adolescencia juntos habían asaltado mi mente, y un sentimiento de pertenencia se había apoderado de mí. Persi y yo habíamos compartido mucho más que unos juegos. Él había sido mi amigo, mi confidente, el pilar en el que me apoyaba cuando todo lo demás fallaba. Jamás me había dejado sola y tampoco lo estaba haciendo en ese momento. Iba a enfrentarse a un peligro desconocido solo por ayudarme. ¿Cómo podía haber estado tan ciega para no ver que, en el fondo, Persi seguía siendo el mismo chico del que me enamoré?

El escenario que nos encontramos al llegar no había ayudado a mejorar mi nerviosismo, pero tenerlo conmigo me dio ánimos. Con él me sentía segura, me inspiraba una confianza difícil de explicar. Quizá fueran los años de aventuras en las que juntos conseguíamos cualquier cosa que nos propusiésemos.

Luego le escuché hacer el juramento y deseé que fuera real. Tan real, como la certeza que tuve de estar confirmando algo en lo que de verdad creía cuando lo pronuncié yo. Aquello me dio terror. Mucho más que las pruebas. Quise huir. No me atrevía a afrontar lo que significaba y la proximidad de Persi en aquella habitación lo complicaba todo. Y mi tormento no había hecho más que empezar.

La siguiente prueba arrasó la poca cordura que me quedaba. Verlo desabrochar su camisa volatilizó cualquier pensamiento casto que hubiese tenido hasta ese momento.

Su cuerpo me atraía como un imán y cuando bebí su sangre, un instinto salvaje despertó en mí haciendo que deseara mucho más.

Cuando él succionó mi cuello, de mil amores le hubiese entregado hasta la última gota con tal de que no parase.

Por eso me enfurecí tanto cuando se negó a completar la tercera prueba. Sabía que lo hacía por Claudia y aquello me dolió en el alma. Unos celos irracionales me consumieron. Y de golpe, todas las noches en vela que pasé en mi juventud deseándolo en silencio, volvieron a mí con la fuerza de un huracán. No, no podía aceptar mi derrota. Me arrepentiría el resto de mi vida si no aprovechaba aquella oportunidad.

Aunque solo fuera por una vez, Persi sería mío.

Lo conocía bien. Sabía que no podría negarse si le exigía que cumpliese la promesa que me había hecho. «En el amor y en la guerra, todo vale», tuve que recordarme para acallar los reproches de mi conciencia.

Sin embargo, Persi volvió a sorprenderme al comportarse como el más solícito de los amantes. Yo, que creía que iba a tener que emplear todas mis armas para seducirlo, acabé rendida como una damisela virginal ante la pericia del maestro. ¡Por favor! ¡Si hasta me hizo creer que hacía el amor conmigo como si me amase de verdad!

Jamás me había sentido tan deseada, tan adorada por un hombre. Incluso, llegué a pensar que la Orden tenía razón al elegir aquella noche, porque nuestra unión me resultó mágica, como un acto sagrado y ancestral que nos vincularía para siempre.

Estaba segura de que él me había llamado «su mujer» para que lo oyese la Orden, pero yo no pude evitar creérmelo. Hasta ese punto llegaba mi locura, y a quién le importaba cuando me sentía más viva que nunca. A mí no, desde luego.

Aquel acto estaba abrasando las barreras que yo misma había creado para protegerme y de las cenizas renacía una mujer diferente. ¿Sería eso el amor? El de verdad, ese que mi madre decía que solo existía en las películas. Pero ¿y si no eran cuentos para niñas ingenuas? ¿Y si era real? ¿Y si yo había caído presa de él sin saberlo?

¿Qué otra explicación podía haber para sentir todo lo que estaba sintiendo? Mis dudas se disiparon cuando una corriente de placer infinito inundó cada partícula de mi ser, sentí que el universo entero volvía a explotar en mi interior dando comienzo a un nuevo mundo. A uno en el que solo existíamos Persi y yo. En toda mi vida había experimentado algo así y eso me hizo comprender la verdad. Amaba a

ese hombre más allá de lo que mi mente se negaba a aceptar. Era una locura, pero ya no había marcha atrás. Persi podría haber cambiado mucho, pero en el fondo seguía siendo el mismo de siempre, ese chico que me hacía sentir invencible, especial, viva. No podía renunciar a eso, mejor dicho, no quería.

Pero entonces me di cuenta de la realidad y un jarro de agua fría cayó sobre mis ilusiones. Persi no estaba enamorado de mí. El recuerdo de Claudia rompió en pedazos el castillo de cristal que había empezado a hacerme y sentí un dolor agudo

aprisionándome el pecho. ¡Era tan injusto! ¿Por qué tenía que existir esa mujer en la vida de mi marido? ¿Cómo iba a poder competir con ella? Claudia no solo tenía el cuerpo de una diosa, además era simpática, lista, decidida y se notaba a la legua que adoraba a Persi. ¿Qué hombre no caería rendido a sus pies?

«No, Patri, injusto es lo que has hecho tú esta noche», me abofeteó la voz de mi conciencia. «Ya conocías la relación que hay entre ellos y, aun así, te has aprovechado de la buena voluntad de Persi para conseguir lo que querías. Has sido tú la que has roto las reglas».

Llegaron los remordimientos, la culpa, el desprecio por mí misma al recordar lo que había hecho. Lo que le había obligado a hacer a él. Persi no se merecía algo así. Se había comportado conmigo como un amigo de verdad y yo le había utilizado. Aquello no tenía que haber pasado. Solo podía hacer una cosa para intentar enmendarlo.

Aunque me doliera en el alma, debía tragarme mis sentimientos para que él pudiese continuar con su vida sin más cargas de las que ya estaba soportando por mí.

Persi no me lo dijo, pero supe que se sentía mal cuando, intentando restar importancia al momento que habíamos compartido, le di las gracias por haberse esmerado en la prueba. Al abrir los ojos y ver su rostro compungido, la certeza me dolió como un puñal clavado en las entrañas. Lo había hecho por mí, por mi madre, pero ahora tendría que afrontar las consecuencias con Claudia. La marca que le había dejado en el cuello no pasaría desapercibida al día siguiente. ¿Cómo se lo tomaría ella? Me sentí fatal. Ni siquiera el hecho de recordarme que Persi era mi marido y no el suyo me ayudó. Nuestras firmas en un papel no significaban nada comparado con el vínculo que se percibía entre ellos.

Pude apartar aquella tortura de mi mente cuando la voz distorsionada

volvió a dirigirse a nosotros.

—Enhorabuena. Habéis superado la primera de las pruebas de vuestra iniciación.

¿La primera de las pruebas? ¿Acaso había más? Temblé solo con pensar que aquel horror no había terminado aún. En ese momento oímos por tercera vez el sonido del resorte que abrió el último cajón.

Nos vestimos tan rápido como pudimos y buscamos el rollo de papel que nos indicaría lo que tendríamos que hacer. Persi lo revisó y me miró contrariado.

—Me temo que esta prueba nos llevará más tiempo —dijo mostrándome el documento.

Lo mismo pensé yo.

Debajo de un texto escrito en latín, aparecía una lista de nombres de ciudades y finalizaba con un rectángulo que enmarcaba un galimatías de diminutas rayas y puntos sin sentido.

—¿Qué significa esto, Persi? —pregunté desesperada.

Me sentía incapaz de resolver ni una adivinanza para niños y aquella prueba parecía estar pensada para expertos de la NASA. No podía más. Lo único que yo quería era salir de allí cuanto antes, olvidarme de todo lo que tuviese que ver con la Orden y con la pesadilla en la que se estaba convirtiendo mi vida.

—No tengo la más remota idea, querida. Estoy tan perdido como tú —respondió encogiéndose de hombros—. Lo único que puedo decirte es la traducción de la frase.

«El mundo es de los que saben ocupar su posición en él». Eso es todo.

—Pero ¡cómo vamos a superar esta prueba si ni siquiera sabemos lo que tenemos que hacer! —exclamé derrotada. Era frustrante pensar que habíamos llegado tan lejos para perder ahora.

—Podéis marcharos —dijo la voz distorsionada y yo sentí que las piernas se me aflojaban de alivio—. El chófer os está esperando. Pero recordad que esto aún no ha terminado. Tenéis dos meses de plazo. Marcos nos hará llegar vuestra respuesta.

Dos meses. Un tiempo que podría ser escaso para resolver un enigma

tan complejo, y a la vez interminable si tenía que pasarlo junto él. En el coche de vuelta al hotel no dejaba de hacerme la misma pregunta. ¿Cómo iba a ser capaz de manejar aquella situación sin que mis sentimientos por Persi acabasen delatándome?

CAPÍTULO 30

PERSI

Un mes después de nuestra boda, la relación entre Patri y yo continuaba como si nada hubiese cambiado. Ninguno mencionó lo que habíamos tenido que hacer para superar las pruebas y su recuerdo se diluyó en el tiempo como si fuera un hecho irrelevante en nuestras vidas. Nada más lejos de la realidad para mí.

Las reformas en la casa ya habían terminado y habitábamos en ella como un par de compañeros bien avenidos. Aunque a Patri antes le hubiese parecido increíble, la convivencia no era mala. Contratamos a una chica para que se encargase de las tareas domésticas y nos repartíamos el resto de quehaceres sin muchos conflictos. Creamos una cuenta común para los gastos y cada semana decidíamos lo que había que comprar.

Ella iba al supermercado y yo preparaba la comida. De día apenas nos veíamos, pero de noche cenábamos juntos y comentábamos las novedades. Sí, podríamos decir que hacíamos una vida de pareja normal. Salvo por dos «pequeños» detalles.

Uno era el muro infranqueable que separaba nuestras camas. El otro, la pesada losa de no conseguir descifrar la prueba de la Orden.

La mayoría de los fines de semana nos encerrábamos en casa con la esperanza de descubrir alguna pista que nos permitiese entender a qué nos estábamos enfrentando.

¿Qué querían que hiciésemos con esa lista de cien ciudades? ¿Y con las rayas y puntos que no tenían ningún sentido? Planteamos mil hipótesis, pero todas sin éxito. La frase,

«el mundo es de los que saben ocupar su posición en él», tampoco nos decía nada. El tiempo corría en nuestra contra como la hoja de una guillotina que se deslizaba lenta pero implacable sobre nosotros.

Al menos, y aunque Patri permanecía sin saber nada de todo eso, sí habíamos conseguido ganar un aliado en el inspector Caralps. No había sido fácil convencerlo. Lo de que existiese una organización secreta le sonaba a novela de Dan Brown, pero accedió a estudiar la información que le entregamos. Al final, no tuvo más remedio que aceptarlo. Nuestros datos incrementaban considerablemente la magnitud y la relevancia de su caso.

Claudia había cumplido con su parte y se reunía con él de vez en cuando para mantenernos al corriente. Así descubrimos que nuestras sospechas no eran infundadas.

La mayoría de las víctimas habían recibido grabados similares al de Alonso el día anterior a sus muertes. De hecho, Carles había ampliado la búsqueda hallando otras que se nos habían pasado a nosotros. La lista era espeluznante. En todos aparecía la imagen de uno de los demonios del *Testamento de Salomón* y la representación del ángel que podía combatirlo. Algunos incluso se repetían, por lo que los expertos de la policía habían concluido que debían de existir unas planchas con las que los grabados se estaban reproduciendo a demanda. De encontrarse, valdrían una fortuna, porque ya no tenían dudas de que el artista que las había creado era el mismísimo William Blake. Eso sí, otras manos más actuales habían completado las obras dando color al papel.

Además, un análisis exhaustivo de los grabados había desvelado que todos habían sido tratados con un residuo procedente de una planta de flores blancas con forma de campanas. Su nombre nos dejó perplejos: «Sello de Salomón». Ahí estaba, el elemento simbólico que mi madre había echado en falta y que ellos no habían pasado por alto. Sin embargo, seguíamos sin encontrar la prueba que nos llevase hasta algún miembro de la Orden. Parecían fantasmas que ocultaban sus crímenes sin dejar ninguna huella, ningún cabo suelto que pudiese delatarlos.

Por lo menos, la investigación no había trascendido a los medios. Carles nos había asegurado que nadie salvo él conocía nuestra participación y que su equipo estaba trabajando en el caso de manera confidencial. Aun así, le preocupaba que en cualquier momento alguien pudiese sospechar y la situación se volviese peligrosa. Ese era un riesgo que todos teníamos muy presente.

CAPÍTULO 31

PATRI

En marzo llegó el cumpleaños de Persi y, para mi sorpresa, decidió hacer una celebración íntima en nuestra casa. Solo familiares y amigos más allegados como Nacho.

Mi madre y Marcos estaban de viaje de negocios, pero Lidia sí asistió. Por supuesto, entre esos «amigos» también se encontraba Claudia. Verla en mi casa, con mi marido, me estrangulaba las entrañas, pero no me quedaba más remedio que disimular. Tenía que tragarme la rabia por no poder luchar por un matrimonio que ahora tenía la certeza de que habría funcionado. Estaba atada de pies y manos. Todavía necesitaba a Persi para superar aquella indescifrable prueba y, si volvía a traspasar la línea que sostenía nuestro acuerdo, todo se vendría abajo

En ese tiempo, Persi no me había hecho ningún comentario sobre nuestra noche de bodas. Imaginé que deseaba olvidarla. ¿Qué le habría contado a Claudia? Seguían trabajando juntos y se comportaban como si nada hubiese ocurrido. Mantenían las formas, bromeaban, y hacían comentarios entusiastas sobre el éxito que estaba teniendo el libro que Persi ya habían lanzado al mercado. Nada hacía indicar que detrás de todo eso se escondía un sentimiento más profundo. Pero yo sí captaba las miradas que compartían de vez en cuando. Tenían un secreto, de eso estaba segura, pero seguía sin entender por qué ella había accedido a que Persi me ayudase. Encima tenía que estarle agradecida, pero eso no evitaba que los celos me mortificasen como clavos ardientes cada vez que los veía juntos.

Por eso, cuando ese día entré en la cocina y los vi cuchicheando el uno al lado del otro mientras fingían estar vigilando el asado del horno, no pude aguantar más y salí corriendo hacia mi habitación. Solo allí podría calmarme. Necesitaba un lugar seguro en el que esconder las lágrimas que amenazaban con delatarme.

Cuando alcancé mi refugio me fui directa a la ventana. Las vistas desde allí me harían sentir mejor. El monte era un bálsamo para mis nervios y últimamente pasaba mucho tiempo ensimismada mirando a través de los cristales como si contemplase un cuadro de extraordinaria belleza.

No podía seguir así. Por si mi relación con Persi no fuera ya suficiente, el hecho de que estaba a punto de vencer el plazo que nos había dado

la Orden, me traía de cabeza.

Ni siquiera por las noches conseguía descansar. Tenía unos sueños tan reales que al

despertarme seguían solapándose con la realidad. Casi todos sucedían en esa misma casa. Tuve miedo de estar volviéndome loca. Tampoco podía desahogarme con Nacho.

Ya habíamos finalizado nuestras sesiones y, cuando quedábamos para tomar algo, prefería hablar de temas más livianos. «Te lo advertí», me hubiese repetido hasta la saciedad.

—¿Puedo pasar? —oí que decía Sofí detrás de mí. Al girarme comprobé que estaba en la puerta esperando mi permiso.

—Por supuesto —respondí forzando una sonrisa que no me llegó a los ojos.

—Espero que no te moleste que haya subido a verte, pero me apetecía charlar un rato contigo a solas —dijo acercándose a mí mientras su mirada vagaba ensoñadora por las paredes—. ¿Sabes? Esta era la habitación de mis padres y de pequeña solía pasarme horas observando el paisaje por esa ventana. Siempre me ha parecido especial.

Tragué saliva. Aquello era justo lo que me ocurría a mí.

—Sí, tiene algo que atrae. Quizá sea la tranquilidad que inspira.

—Desde luego, la naturaleza es una fuente de energía que apacigua el alma. Solo hay que estar dispuesta a recibirla.

Sofí siempre decía cosas de ese estilo. Yo ya me había acostumbrado a escucharla.

Desde que me había casado con Persi, solíamos quedar para dar paseos por el monte al atardecer. Hablábamos de muchas cosas y a mí me encantaba. Me hacía sentir bien.

Durante el rato que estaba con mi suegra lograba evadirme de todos los problemas que tenía en la cabeza. Me trataba con el mismo cariño que a su hijo y muchas veces me había llegado a plantear cómo habría sido mi vida si hubiese tenido una madre como ella.

—¿Y de qué querías hablarme? —pregunté para no recrearme en mis

miserias.

Me miró con sus ojos cristalinos y me recordó a un hada madrina. Su melena suelta, su vestido que parecía una túnica medieval, su piel. Todo en ella transmitía luz blanca, como si fuese un ser etéreo materializado en mujer para ayudar a los pobres mortales como yo.

—Estoy preocupada por ti. Hace tiempo que te veo triste. No estás bien, ¿verdad?

—dijo despacio, con esa voz dulce de un ángel.

Podría haber mentido, decirle que no me pasaba nada, pero me sentía tan agotada física y mentalmente que necesitaba desahogarme con alguien contándole al menos una parte de lo que me angustiaba.

—Es que últimamente no duermo muy bien —respondí pesarosa.

—¿Hay algo que te quite el sueño?

—Al contrario —negué con un gesto—. Me paso las noches soñando y luego me acuerdo de todo como si lo hubiese vivido de verdad. Es agotador.

—¿Pesadillas?

—Alguna he tenido —recordé—, pero la mayoría son escenas tranquilas. Por eso no comprendo por qué me afectan tanto.

—¿Y qué es lo que sueñas?

Dudé un instante, pero luego pensé que con ella no tenía nada que temer. Sabía que Sofí me escucharía sin tomarme por una paranoica. Me senté en la cama para estar más cómoda y ella se colocó a mi lado.

—Túmbate y así podrás relajarte un rato. —Estaba tan cansada que accedí de buen grado a su sugerencia. Cerré los ojos—. Dime, ¿qué ves en tus sueños?

—En ellos vivo en esta casa, como ahora, pero no soy yo —respondí recreando mis vivencias nocturnas.

—¿Quién eres?

—Otra chica, siempre la misma, pero mi edad varía en cada sueño. En unos soy una niña y en otros una mujer adulta. El caso es que todos parecen estar relacionados entre sí, aunque no siguen un orden

cronológico.

—Eso suena interesante. Continúa.

—Me llamo Cristina, no es un nombre muy corriente en el pueblo… Tengo familia, mi padre y una hermana mayor. Mi madre murió cuando nací yo.

—¿Estás en otra época?

—Sí. Mi ropa y la de los que me rodea es sencilla, como de gente del campo de hace unos siglos. No sabría decirte de cuándo exactamente.

Sin darme cuenta, comencé a hablarle de mis sueños como si fueran algo real. Una vida que en nada se parecía a la mía, pero que sentía igual de auténtica.

—Tenemos viñas y olivos —continué ensimismada en mis recuerdos —. También cultivamos avena, trigo, cebada y nuestros garbanzos tienen fama en el mercado. Mi padre paga a algunos hombres del pueblo para que nos ayuden. Vivimos bien. Mi hermana me quiere mucho. Me cuida como lo hubiera hecho nuestra madre. Es muy dulce conmigo.

Aunque solo hubiese sido en sueños, vivir la experiencia de tener una hermana me había agradado.

—Pero ella está enferma —continué. Al recordarlo, se me puso un nudo en la garganta.

—¿Qué le pasa?

—Su salud es débil como la de nuestra madre. Ella es especial.

—¿Especial?

—No quieren decírmelo. Creen que todavía soy pequeña para comprenderlo, pero a escondidas los he oído hablar del secreto de mi hermana. Mi padre insiste en que es peligroso que la gente del pueblo se entere.

—¿Qué ocurre, cariño? —me preguntó Sofí al ver que me costaba trabajo seguir hablando.

—Mi hermana murió —respondí con tanto dolor como si fuera real—. Unas fiebres se la llevaron. Yo ya era mayor, pero me sentí muy sola.

—Lo siento mucho —dijo Sofí apretándome la mano para darme consuelo—. ¿Y

qué pasó después? ¿No tenías amigas que te ayudasen a superarlo?

—Sí, algunas —respondí recordando otros sueños mejores—. En las fiestas nos encantaba cotillear sobre los chicos del pueblo. Había uno muy guapo y de buena familia. Había estudiado en la capital. Se parecía a Persi. Rubio, de ojos claros y

apariencia refinada. Venía mucho por mi casa y mis amigas decían que al final me pediría que me casara con él, pero…

—¿Pero?

—Pero yo estaba enamorada de otro hombre.

—¿Y él te amaba a ti?

—Sí, mucho.

—¿Cómo se llamaba?

—Agustín.

—¿Os casasteis?

—No, no podíamos.

—¿Por qué no podíais?

Aunque solo hubiese sido un sueño, reconocer aquello me costaba.

—Porque era sacerdote.

—Vaya… Imagino lo mal que tuvisteis que pasarlo.

—Sí, nos amábamos muchísimo, pero sabíamos que jamás podríamos estar juntos.

Él era un hombre de Dios que creía firmemente en sus votos y yo una joven que no podía deshonrar a mi padre cometiendo semejante pecado —respondí con pesar—. Al final, tuve que casarme con otro.

—¿Con el chico del que me has hablado antes?

—Sí, con ese… Mi padre había muerto y yo me quedé sola. Él era mi

mejor opción para sobrevivir.

—Pero tú no le querías, ¿verdad?

—Fue horrible —dije tragando con dificultad—. ¿Te imaginas? Casarme con otro hombre, siendo el que yo amaba quien oficiaba la ceremonia. Odié cada instante de ese día.

—¿Y después qué pasó? ¿Conseguiste olvidar al sacerdote?

—Lo intenté. Me esforcé en hacer feliz a mi marido, pero fue inútil. Él me quería, pero yo era incapaz de corresponderle como debiera haberlo hecho. Mi corazón seguía perteneciendo a Agustín y creo que él lo descubrió. Luego llegó la guerra y ya nada importó.

—¿Qué guerra?

—Una que no tenía ningún sentido para mí —dije encogiéndome de hombros—.

Las guerras son todas iguales.

—¿Y por qué dices que ya no importó?

De nuevo, aquel dolor en el pecho por algo que nunca había sucedido más que en mis sueños.

—Porque los soldados enemigos mataron a Agustín cuando entraron en el pueblo.

Murió delante de mí, en la iglesia de San Cristóbal. Ellos no me vieron, porque instantes antes me había escondido en el confesionario, pero yo sí presencié cómo acabaron con su vida.

Sentí lágrimas deslizándose por mis mejillas y con una mano las retiré intentando que con ellas desapareciera mi sufrimiento. Aquello no era real.

—Después de eso, ¿cómo fue tu vida? ¿Tuviste hijos, nietos? ¿Acabaste amando a tu marido?

—No me dio tiempo… —respondí recordando la primera pesadilla. Puse mi mano en el lugar en el que el cuchillo había acabado con mi vida—. Los soldados que mataron a Agustín llegaron a mi casa buscando algo… Yo me suicidé.

Esta vez Sofí se quedó en silencio.

—¿Entiendes ahora por qué es tan agotador? —dije soltando el aire de mis pulmones como si fuera un peso insoportable.

—No es fácil vivir dos vidas en una —respondió con ternura.

—Desde luego que no lo es —confirmé incorporándome con los ojos abiertos—. Y

lo peor es que las escenas vuelven a mi memoria cuando estoy despierta. Es horrible estar en cualquier habitación de esta casa y recordar lo que he soñado. Un día hasta me extrañó no encontrar las trébedes debajo de la chimenea de la cocina. ¡Imagínate! Antes yo no sabía ni lo que era eso.

—¿Me equivoco si digo que empezaste a tener los sueños cuando viniste aquí?

—No, así fue. La pesadilla de mi muerte sucedió la noche que Persi me enseñó esta casa por primera vez —respondí recordando las palabras de Nacho—. Pero es normal,

¿no? Tantos cambios en mi vida me están pasando factura. Es la única explicación que encuentro para que mi imaginación se haya disparado de esta forma.

—Y, además de la casa, ¿hay algo que te resulte familiar? Quiero decir, si tuvieses que identificar a los personajes de tus sueños con gente que conoces, ¿quiénes crees que serían?

Aquella pregunta me extrañó, pero la respuesta vino a mí con claridad. No la pensé, la sentí.

—Vera. Vera sería mi hermana —afirmé convencida—. Ella siempre se ha comportado conmigo como si lo fuera, así que entiendo que tiene sentido que mi subconsciente haya creado esa realidad para mí.

Empezaba a sentirme mejor. Buscar una explicación lógica a lo que me estaba pasando me animó.

—¿Y a quién le darías el papel de Agustín?

Sofí me sostuvo la mirada un instante y en sus ojos leí la certeza de que ella ya conocía mi respuesta. No llegué a contestar. Una voz nos interrumpió.

—Así que es aquí donde os habíais escondido —dijo Persi apoyándose

en el vano de la puerta con los brazos cruzados— ¡Que me aspen si no estoy exhausto después de buscaros por toda la casa! ¿Cómo voy a celebrar mi cumpleaños sin vosotras?

Sentí vértigo. Por un instante, la imagen de Persi se fusionó con la de Agustín como si fuesen una única persona. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo que

significaba. El amor imposible de mis sueños acababa de materializarse en alguien muy real.

CAPÍTULO 32

PATRI

Los tres regresamos al salón, donde el resto de los comensales ya estaban ocupando sus puestos alrededor de la mesa. Yo seguía ensimismada con la revelación que había tenido. Mi paranoia estaba llegando al extremo de identificar a Persi con un hombre al que amaba en sueños, pero que era inalcanzable para mí. Lo mismo que ocurría en la vida real. Quizá sí debía contarle a Nacho lo que me estaba sucediendo. La otra opción era acabar loca de remate.

Persi se había encargado de organizar el banquete, a mí eso no se me daba muy bien. Mejor dicho, no me sentía con mucho ánimo para las florituras que a él le apasionaban. Por supuesto, la mesa estaba impecable y no pude evitar pensar con malicia que a mi madre le había salido un duro competidor. Lástima que se lo hubiese perdido.

En el salón se respiraba un ambiente agradable. Lidia se había esforzado mucho en tener en cuenta mis gustos para decorarlo y el resultado transmitía una sensación bastante hogareña. Nada recargada a pesar de los muebles elegante y de alta calidad que había seleccionado Persi. El conjunto se veía moderno, práctico, y Sofí me había asegurado que la energía podía fluir por él sin ningún impedimento. Sí, tenía que reconocer que me gustaba mi salón. Allí nunca me sentía angustiada, porque era la parte de la casa que menos se parecía a la de mis sueños.

La comida transcurrió relajadamente, como si de verdad fuésemos una familia celebrando un cumpleaños. Por un rato me obligué a pensar que Claudia era solo una amiga, como Nacho, alguien que amenizaba la velada con su elocuente conversación y su humor ácido. En ningún momento percibí ninguna mirada de hostilidad hacia mí, al contrario, parecía que se esforzaba en incluirme en la charla cuando me quedaba al margen. Era como si la mujer que Persi me había presentado en la cena de nuestro compromiso no fuera la misma de ahora. Hacía tiempo que se comportaba conmigo de forma diferente y eso me tenía todavía más intrigada.

—Valle, ¿te gustó el libro que el otro día le di a tu padre para ti? Me lo recomendó una de mis clientas que es librera —dijo Lidia y después guiñó un ojo a la niña—. Tengo entendido que eres una gran experta resolviendo enigmas.

—¡Me encantó, gracias! —exclamó la niña entusiasmada—. Lo he

leído con papá y ya sé *discifrar* los mensajes de esos señores. ¿A que sí? —dijo buscando la confirmación de su padre.

—¡Por supuesto! —respondió Ventura exagerando su tono solemne—. Y hoy podrás demostrárselo a todos en cuanto terminemos de comer. Lidia te ha traído una sorpresa, pero primero tendrás que averiguar dónde se oculta. Es una dura prueba,

¿aceptas el reto?

La carita de Valle se iluminó expectante. Aquella niña era excepcional. Parecía un angelito rubio de ojos claros que en ese momento daba palmadas de alegría. Sin embargo, lo que más me llamaba la atención en ella era la mirada inteligente que protegían sus gafitas. A pesar de su corta edad, la mente despierta de mi ahijada nunca dejaba de sorprenderme.

—Madrina, ¿te apuntas a encontrar el tesoro? —me dijo en voz baja cuando llegó la hora del café.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondí levantándome de la mesa.

A mí me encantaba acompañarla en sus juegos, Valle siempre era un soplo de alegría en mi vida.

—¿Admitís a uno más en el equipo? —preguntó mi marido poniendo morritos para que ella no pudiese negarse.

Valle me miró como si tuviésemos que tomar una decisión de suma importancia.

Con un gesto le di mi aprobación.

—El tío Persi sabe mucho de estas cosas. Nos vendrá bien tener a un timonel como él en la tripulación —respondí imitando la voz de un pirata con pata de palo. Esas cosas le encantaban.

—Está bien —concedió al fin—. Pero que conste que en esta aventura mando yo.

—Será un honor para mí servir a las órdenes de tan ilustre capitana —respondió él mientras hacía una ligera reverencia.

Como dos sirvientes la seguimos, dejando a los demás comentando la gran imaginación que tenía la niña.

—En el libro que me ha regalado la abuela Lidia decía cómo resolver el mensaje secreto de papá —explicó mostrándonos una hoja de papel.

Valle había resuelto el galimatías de los parentesco de nuestra enrevesada familia, llamando también «abuelos» a Marcos y a su mujer. Eso era algo que a Lidia le encantaba, a pesar de lo joven que era todavía.

—Suena emocionante. ¿Me dejas verlo? —pidió Persi.

—Sí, pero lo voy a *discifrar* yo solita, ¿vale? —comentó temiendo que su tío se quedase con toda la diversión.

—¡Vaya, vaya! ¡Que me aspen si esto no es un mensaje francmasón! —exclamó Persi sorprendido—. Si a tu edad eres capaz de resolverlo, seré tu más fiel admirador.

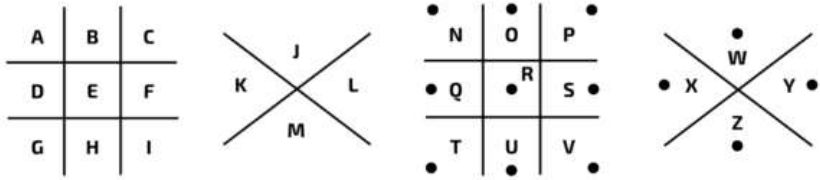
Valle levantó su cabecita dorada con orgullo y una sonrisa traviesa le iluminó el rostro. A través de las gafitas, sus ojos despiertos mostraron una seguridad desafiante.

—Solo necesito papel y un lápiz.

—Creo que en eso puedo ayudarte yo —dije cogiendo su mano para que me acompañase—. Vamos a mi despacho.

Subimos las escaleras y llegamos a la habitación que habíamos acondicionado para que pudiese trabajar en ella. Solía utilizarla cuando tenía algún proyecto delicado entre manos o me interesaba ampliar mis conocimientos en alguna materia. Busqué en uno de los cajones de mi mesa, y le mostré el cubo con los bolis para que eligiese el que ella quisiera. Como una reina en su trono, se subió en mi silla y me resultó enternecedor ver sus piernecitas balanceándose sin llegar a tocar el suelo. Con toda delicadeza extendió el folio encima del escritorio.

Me quedé sorprendida al verlo. ¿De verdad iba a ser capaz de descifrar aquel conjunto de símbolos extraños? Estaban todos alineados entre sí. Algunos formaban cuadrados completos, a otros parecía que les faltaba alguno de sus lados. También había unos que me recordaron a puntas de flechas orientadas en distintos sentidos, pero lo que me llamó más la atención fueron los puntos negros marcados en el interior de algunas formas.



Valle parecía saber muy bien lo que se hacía. Cogió el papel que le había dado y lo colocó de forma apaisada. En el extremo izquierdo del papel, dibujó con un lápiz tres líneas verticales y otras dos horizontales. El resultado se asemejaba a un tablero para jugar a las tres en raya. Después repitió la operación un poco más a la derecha, pero esta vez pintó un punto negro en cada una de las nueve casillas resultantes. Yo la miraba expectante. Dejó otro hueco y dibujó dos líneas formando un aspa. A su lado otra igual, pero con cuatro puntos distribuidos en cada uno de los espacios triangulares que habían formado las líneas al cruzarse. ¿Qué estaba haciendo?

—Vas muy bien, cariño —oí que decía Persi a mi lado. Ambos la observábamos de pie detrás de la silla.

—Esto es lo que más me cuesta —dijo ella con una mueca—. Hay letras que a veces se me olvidan.

—¿Quieres que te ayude?

—Bueno, pero no se lo digas a papá, ¿vale? —susurró entregándole el lápiz.

—Tranquila, será nuestro secreto.

Entonces vi cómo Persi escribía letras en los huecos de los cuatro dibujos, empezando por el de la izquierda y siguiendo un orden alfabético.

— *Voilá* —dijo complacido con su trabajo—. El resto te lo dejo a ti.

Valle se removió en la silla como si así pudiese concentrarse mejor en su siguiente tarea. Yo la observaba sin querer perderme nada. ¿Qué iba a hacer ahora? Con el lápiz en sus deditos, vi cómo señalaba el primer símbolo del mensaje que tenía que descifrar.

Era un cuadrado vacío. Luego miró hacia la cuadrícula de la izquierda que ella misma había trazado en la hoja blanca y apuntó a la E. Entonces lo comprendí. Esa letra estaba enmarcada en un cuadrado cerrado y sin ningún punto en su interior. Ambas figuras, la del mensaje encriptado y la del papel de Valle, eran iguales. Ya no me sorprendí cuando escribió la vocal E debajo del primero de los símbolos de su padre. Después continuó con el segundo, que parecía una flecha apuntando hacia abajo, y colocó una S.

—Los francmasones utilizaban un cifrado por sustitución simple. Es muy sencillo

—me explicó Persi—. Si no quieres que nadie pueda leer tu mensaje, lo único que tienes que hacer es cambiar las letras por los símbolos que se obtienen al separar en porciones estos cuatro diagramas. Cada una de ellas representa una letra. De la A a la I están en el primero, de la J a la R en el segundo, de la S a la V en el tercero, y de W a la Z en el último. Nuestra Ñ queda descartada.

Valle seguía concentrada en su trabajo. Cuando terminó, puso cara de estar esforzándose por leer el resultado y al final exclamó eufórica.

—¡Ya sé dónde está mi regalo!

Una vez agrupadas las letras formando palabras, la frase resultante decía así: «Está escondido en el congelador».

Mi ahijada salió como un cohete hacia la puerta, sin esperar a los dos adultos que la observaban con orgullo. Miré a Persi y él me devolvió una sonrisa burlona.

—Quizá deberíamos dejar que ella descifre nuestro mensaje. Está claro que es un lince resolviendo enigmas —dijo con ternura.

No pude estar más de acuerdo con él.

CAPÍTULO 33

PATRI

Ya era de noche cuando todos se marcharon de la fiesta. Persi se retiró a su habitación.

Decía que quería disfrutar del libro que le había regalado por su cumpleaños. Una edición limitada de *Las mil y una noches* con ilustraciones de Gustave Doré, papel imitando a pergamino y encuadernación estilo arabesco en símil piel. Me alegré al comprobar que le había gustado. No fue fácil encontrar un regalo para alguien que tiene de todo, pero después de asesorarme con algunos entendidos en la materia, pensé que aquella obra de arte era mi mejor opción.

No tenía sueño. El día había sido agotador, pero me notaba intranquila. Quizá una buena lectura me ayudara a relajarme, a evadirme por un rato de todo lo que me rodeaba. Regresé a mi despacho. Allí tenía mi pequeño refugio en el que las estanterías rebosaban de libros, algunos todavía pendientes de leer. Mi tiempo era limitado, pero mi afán por descubrir historias nuevas no.

Al entrar, vi en la mesa los dibujos de Valle y volví a sorprenderme de la capacidad de mi ahijada para resolver enigmas. El premio había sido un helado de *stracciatella* que era su favorito. Solo podía tomarlo en verano, pero al ser el cumpleaños de su tío, mi cuñado había hecho una excepción con la sorpresa de Lidia. Me había acostumbrado a llamar a Ventura así. Lo de *cuñarastro*, que sería el nombre más apropiado por ser hermanastro de Persi, había quedado descartado después de una tarde de risas.

Me quedé ensimismada mirando los papeles de la mesa. Aquellos diagramas y letras me llamaban mucho la atención. Cogí mi móvil y busqué en internet más información sobre ese código secreto que usaban los francmasones. Me hizo gracia descubrir que le llamaban Pig-Pen, el «corral de los cerdos» en inglés. El motivo era la similitud de las cuadrículas con los cercados para cerdos, pero además escondía un guiño al Big Ben, la gran campana del palacio de Westminster en Londres.

También leí que se parecía mucho a otro código muy famoso, el de la Orden de los Templarios, los monjes soldados encargados de defender a los peregrinos en Tierra Santa durante las cruzadas. Aquello despertó mi curiosidad. Al igual que el de los francmasones, también su código secreto consistía en sustituir cada letra por un símbolo. Pero

ellos no utilizaban como guía unas cuadrículas, sino las partes de la cruz que adornaba sus escudos. En ella, tanto el palo como el travesaño tenían el mismo

tamaño, pero los brazos eran más anchos en los extremos y se iban estrechando conforme se acercaban al centro.

Me removí nerviosa en mi asiento, como si intuyera que estaba ante una información importante que no acababa de vislumbrar. Fue entonces, cuando leí la siguiente frase, que algo hizo clic en mi cerebro y una idea repentina me aceleró el pulso: «Gran número de códigos históricos, como el de los templarios o el de los francmasones, estaban ligados a una iniciación».

Nosotros también teníamos que descifrar un mensaje en clave para pasar las pruebas de iniciación de la Orden de Salomón. ¿Y si el código que empleaban ellos era similar al de los templarios? El símbolo de estos era la cruz. El de la nuestra la rosa dodecapétala.

Podía parecer una idea rocambolesca, pero tenía que intentarlo. Con gran agitación, cogí un boli y una hoja en blanco. En ella tracé seis rayas que se cruzaban en el centro simulando los doce pétalos. A su derecha repetí la operación, pero esta vez incluí un punto negro en los espacios en blanco, igual que había visto que hacían los templarios y los francmasones. Más abajo dibujé un círculo grande y a su lado otro más pequeño.

Aquellos elementos también estaban en la medalla que Marcos me había mostrado.

Empecé colocando las letras en los espacios del primer diagrama en el sentido de las agujas del reloj, de la A a la L. En el segundo de la M a la X, descartando la Ñ. Al anillo grande le asigné la Y, y al pequeño la Z. ¿Sería solo casualidad que hubiera podido colocar el número exacto de letras en los elementos que daban forma al símbolo de la Orden de Salomón?

Como si me fuera la vida en ello, saqué del cajón de mi escritorio el mensaje de la prueba. Obvié el texto en latín y la secuencia de ciudades, concentrándome en observar el conjunto de cientos de puntos y rayas diminutas enmarcado dentro de un rectángulo que ocupaba casi todo el ancho de la hoja. Aquel revoltijo no me decía nada y a punto estuve de tirar la toalla, pero entonces mi mirada se dirigió a una de las esquinas y me quedé sin aliento. Dos líneas, que estaban más cerca la una de la otra que del resto, se inclinaban hacia

abajo de forma que sus extremos inferiores casi se tocaban. Entre ellas había un punto. Cerré los ojos un instante para calmarme. ¿Serían imaginaciones mías o aquello coincidía con la parte de mis diagramas que representaba la letra A? Tenía que comprobar si las demás también tenían su paralelismo dentro del rectángulo. ¡Dios mío, allí estaban! La L, la M, hasta la Y que yo había identificado con un anillo grande, todas mezcladas como si de una sopa de letras se tratase. «¡Un sopa de letras!» Eso me dio una idea. Busqué un lápiz para no estropear la hoja original y, sin apretar mucho, fui

separando con un círculo cada conjunto de signos que al unirse tenían significado. Me sorprendió comprobar que quedaban perfectamente alineados en vertical y en horizontal.

Luego tomé otro folio en blanco y, con la misma expectación de Valle, dibujé una cuadrícula para no perderme. En cada una de sus casillas escribí la letra del signo ya descodificado. Tardé una eternidad en terminar mi tarea. Nada más y nada menos que setecientas veinte casillas rellené. Estaba agotada, pero la adrenalina me impedía rendirme al cansancio. Contemplé mi obra con entusiasmo, como si fuera la octava maravilla del mundo. ¡Había dado con la clave para resolver el enigma!

Entonces me dio todo el bajón de sopetón. Allí había muchas letras, pero por sí solas no tenían ningún significado legible. Durante un rato estuve revisándolas como si de verdad se tratase de una sopa de letras. Un completo fracaso. Todas las palabras que encontraba carecían de importancia y ninguna superaba las cuatro letras. Estaba frustrada. ¡Cómo me hubiese gustado resolver yo sola aquel enigma para ponerme una medallita delante de Persi! «¡Persi!». ¡Quizá a él se le ocurriese alguna idea para continuar!

Al principio pensé que no eran horas para despertarlo, que mejor se lo contaba al día siguiente, pero la paciencia nunca ha sido una de mis virtudes y acabé saliendo disparada hacia su cuarto. Si tenía que pasar la noche en vela, mejor hacerlo en compañía.

La puerta estaba abierta, pero apenas había visibilidad en la habitación. Con cuidado para no tropezarme con nada, fui despacio hasta la cama guiada por la respiración relajada de mi marido. Al llegar, tanteé con las manos el edredón y di con el bulto que era su cuerpo.

—Persi, despierta —dije sin alzar mucho la voz para no asustarlo—. Tienes que venir a ver esto.

Se incorporó sobresaltado y encendió la lamparita de la mesilla de noche a toda prisa.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —dijo preocupado mientras intentaba acomodar sus ojos a la luz.

Sentí ternura al verlo. El pobre estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por parecer despierto, pero se notaba a la legua que en aquel momento no sabía ni dónde estaba.

—Tranquilo, no pasa nada —lo tranquilicé—. Pero es importante que veas lo que he descubierto. Creo que he dado con una pista para descifrar la prueba de la Orden.

Ni un café doble bien cargado hubiera surtido tanto efecto como mis palabras. Todo rastro de sueño desapareció de su cara como por arte de magia.

—Vamos —dijo sin más levantándose de la cama.

Persi dormía tan elegante como un marqués, con un pijama de tela tipo traje acorde con los que lucía durante el día. Di gracias de que no fuera uno de esos hombres que se acostaban en calzoncillos. Verlo casi desnudo saliendo de la cama hubiera hecho estragos en mis prioridades de aquella noche.

Llegamos a mi despacho y le expliqué lo que había descubierto. Él me escuchó en silencio sin perderse ningún detalle.

—Lo que pasa es que ahora no sé cómo continuar —dije desalentada —. ¿Se te ocurre alguna idea?

No me contestó, pero con una mano cogió la «sopa de letras» que yo había descifrado en el folio y con la otra el mensaje de la Orden. Comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación en silencio. Yo lo observaba sin querer interrumpir sus pensamientos, pero me sentía un poco decepcionada porque no había dicho nada sobre mi hallazgo. Vale que no hubiera resuelto el enigma completo, pero sí había conseguido un gran logro al que él no parecía darle importancia.

De repente, dejó ambas hojas en la mesa y vi cómo se ponía a contar las casillas de la parte inferior de la cuadrícula que yo había trazado. Después hizo lo mismo con las del extremo vertical izquierdo.

Entonces, levantó la vista y me sonrió con los ojos iluminados por la emoción.

Tomó mi rostro entre sus manos y por un instante pensé que iba a besarme. Como siempre, acabé recibiendo su muestra de cariño en la frente. ¡Dios, cómo aborrecía que hiciera eso!

—¡Querida, eres un genio! —exclamó eufórico—. Creo que has dado con la clave para resolver el mensaje.

Sin darme tiempo a reaccionar, salió del despacho a toda prisa.

—¿Pero a dónde vas? —le grité atónita.

—Ahora mismo vuelvo. Tardo solo un segundo —contestó desde el otro lado de la pared.

Cuando regresó, llevaba consigo su portátil, un libro que parecía un atlas y la silla que utilizaba en su despacho.

—Estaremos más cómodos si nos sentamos los dos —dijo esperando a que me colocase a su lado.

—¿Vas a explicarme de una vez qué se te ha ocurrido? —pregunté inquieta mientras observaba cómo abría el libro y buscaba algo en él.

—¿Recuerdas la traducción del texto en latín?

Como para olvidarla. Tantas veces habíamos intentado encontrarle una explicación que la tenía grabado a fuego en mi memoria.

—«El mundo es de los que saben ocupar su posición en él» —repetí como un papagayo.

—Exacto. ¿Y qué ves aquí? —preguntó señalando una ilustración a doble cara que mostraba un mapamundi.

—¡Venga, Persi, déjate de acertijos! —respondí con cara de pocos amigos—. ¡Dime ya qué relación tiene este mapa con nuestro mensaje!

—Paciencia, querida, paciencia… Por favor, pásame ese rotulador rojo que hay en el cubilete.

Resoplé resignada y le di lo que me pedía. Persi lo utilizó para resaltar la línea horizontal y la vertical del medio de mi cuadrícula, las que se cortaban en el punto central del rectángulo. Le observé ensimismada cuando, con un boli azul, escribió un 0

en la parte inferior de la cruz que había formado. A su derecha un 10, haciéndolo coincidir con la recta vertical de al lado, en la siguiente un

20 y así sucesivamente hasta que llegó a la última que marcó con un 180. Después repitió la misma operación hacia el lado izquierdo. Luego escribió otro 0 en el extremo izquierdo de la cruz y completó hacia arriba la misma secuencia numérica, pero esta vez solo llegó al 90. No había más

líneas horizontales. Hacia abajo hizo lo mismo. Al finalizar su tarea, cogió el folio y lo situó al lado de la ilustración del atlas.

—¿Lo ves ahora? —preguntó moviendo su dedo índice de un dibujo a otro—. ¿Ves cómo coinciden?

¡No podía creerlo! Persi tenía razón. Al principio no había reparado en ello, pero la imagen del libro era un mapamundi en el que estaban representadas las coordenadas geográficas de la Tierra, formando una cuadrícula igual a la que contenía las letras que yo había descifrado. Las líneas rojas resaltadas por Persi coincidían con el meridiano de Greenwich y con el Ecuador. ¡Cada una de las setecientas veinte casilla de mi «sopa de letras» tenía su equivalente en aquel mapa!

Mi marido me miró satisfecho al comprender que lo había entendido. Aunque la emoción me impidiese hablar, mi cara de asombro no debía dejar lugar a dudas.

Entonces, cogiendo el papel que nos había dado la Orden, Persi señaló la parte que todavía no habíamos utilizado. La lista de ciudades. Luego me lo dio a mí.

—Conociendo su latitud y su longitud, se puede identificar la «posición que ocupa en el mundo» cualquier ciudad. Y nosotros tenemos cien para situar. —Abrió su portátil, accedió a internet y buscó la aplicación de Google Earth—. Te propongo que me vayas diciendo el nombre de cada ciudad. Yo encuentro sus coordenadas y tú las escribes en una hoja. Después solo tendremos que situar esa posición dentro de tu cuadrícula y sabremos a qué letra corresponde.

Así lo hicimos. En otro folio en blanco creé tres columnas. Una para la ciudad, otra para las coordenadas, y la tercera para la letra. La primera era Bogotá. A lado escribí

«4ºN 74ºO». Solo necesitábamos conocer los grados y si estaban al Norte, al Sur, al Este o al Oeste. Antes de decirle la siguiente ciudad para que la fuese buscando, no pude resistirme a descubrir en mi cuadrícula la letra que identificaba Bogotá. Era una L.

—No seas impaciente, querida. Este proceso va a ser largo, mejor

dejar para luego lo de encontrar las letras. ¿Te parece bien?

—¡Aguafiestas! —repliqué sabiendo que tenía razón.

Tardamos más de media hora en completar la operación. Cuando al fin rellenamos la tercera columna, luego tuvimos que poner las letras en horizontal, separándolas de forma que creasen palabra y frases coherentes. Sin embargo, nuestro ánimo se vino abajo al comprender que, a pesar de haber llegado hasta allí, de haber acertado en el

método para desencriptar el mensaje, seguíamos sin saber cómo superar la prueba que nos había puesto la Orden. El texto decía así: «La sangre tiñó el suelo donde el hijo de Dios yacía custodiado por el Espíritu Santo. Mostradnos el símbolo de su victoria».

¿Qué demonios significaba eso?

CAPÍTULO 34

PATRI

—No vamos a ser capaces de superar esta prueba —dije a Marcos abatida tres días después de nuestro hallazgo.

El padre de Persi había venido a verme esa mañana para invitarme a tomar un café.

Yo no tenía mucho tiempo, pero acepté y acabamos de pie en la barra de un bar al lado de mi trabajo. Marcos estaba preocupado. El plazo que nos había dado la Orden estaba próximo a su vencimiento y quería saber si podía ayudarnos en algo. Me confesó que no se atrevía a hablar con su hijo sobre ese tema, porque parecía que le incomodase.

Se le veía tan angustiado como lo estaba yo. Marcos conocía nuestra victoria en la primera prueba, pero no lo que tuvimos que hacer para conseguirla. Cuando hablamos sobre aquello me guardé para mí los detalles y él comprendió que no debía indagar más. Se conformó con saber que la Orden nos había lanzado otra prueba y que él iba a ser el intermediario para hacerles llegar nuestra respuesta.

—¿Habéis avanzado en algo? —preguntó buscando un resquicio de esperanza.

—Hemos conseguido descifrar el mensaje encriptado —respondí cabizbaja—, pero es tan enrevesado que no sabemos ni por dónde empezar.

—¿Tan extraño es lo que dice?

Pronuncié en voz alta aquella dos frases que nos traían de cabeza a Persi y a mí, y por su expresión deduje que él tampoco comprendía nada.

—¿Entiendes ahora por qué estamos preocupados? —dije resoplando con frustración—. Está claro que «el hijo de Dios» es Jesús, y él murió en Palestina. Eso cuadra con el mensaje, porque esa es una zona en la que continuamente se ha derramado sangre por las luchas de religión. Nosotros no podemos ir allí en estos momentos, así que estamos buscando por internet los sitios en los que la tradición sitúa aquel hecho. Sin embargo, el resto del texto no tiene sentido. El Espíritu Santo no se apareció a los apóstoles hasta tiempo después. En ese momento Cristo no podía

«yacer», porque según la Iglesia ya había resucitado. Esa fue su verdadera victoria, pero

no somos capaces de encontrar el símbolo que lo demuestre y que cuadre con el resto del mensaje.

Marcos me escuchaba atentamente, pero empezó a negar con un gesto de la cabeza cuando terminé mi explicación.

—No, creo que ese no es el camino —dijo al fin—. Tu padre no me contó exactamente cuáles fueron las pruebas que tuvo que superar, pero por algún comentario intuí que eran enigmas que estaban al alcance de su mano. No sé cómo, pero la Orden os conoce, igual que lo conocían a él. Me dio la sensación de que lo que pretendían era que se superase así mismo, que se enfrentara con lo que más le aterraba para ser digno de pertenecer a su grupo. ¿Qué reto puede haber en encontrar por internet la imagen de un símbolo? No, tiene que ser algo más cercano a vosotros, algo de vuestro entorno.

Me quedé en silencio analizando lo que acababa de decirme. Tenía sentido. Me bastaba con recordar la primera prueba para confirmar sus palabras. ¡Dios mío, tanto sabría la Orden sobre nosotros! Yo había tenido que enfrentarme a una prueba en la que la sangre era la clave, y después Persi se había visto obligado a consumar nuestro matrimonio teniendo una relación con otra mujer. ¿También en esta ocasión tendríamos que hacer algo que nos impactase tanto?

Con desesperación me llevé las manos al rostro para ocultar mi zozobra. Todo aquello me estaba convirtiendo en alguien débil que sucumbía con facilidad a sus emociones y eso me atormentó todavía más.

—Ya…ya. No puedes rendirte ahora —dijo Marcos abrazándome como habría hecho mi padre—. Tú eres más fuerte que todo esto.

Aquello me reconfortó y con mis brazos le devolví el gesto de cariño sin importarme quién pudiese observarnos. Sin embargo, al hacerlo noté que, en un costado a la altura de la cintura, había algo duro que no debía estar allí. Me separé de él y, con un movimiento rápido que le pilló por sorpresa, retiré la amplia chaqueta que llevaba. Me quedé anonadada al contemplar lo que escondía. ¿Marcos llevaba una pistola?

Lo miré como si acabaran de salirle un par de cuernos. Él se tapó rápidamente y cerró los ojos agachando la cabeza.

—No te asustes —dijo un instante después. Su mirada era la de un hombre derrotado—. La llevo por protección.

—¡Protección! —exclamé alarmada, y él hizo un gesto para que bajara la voz.

—Hay muchas cosas que no te he contado, porque no me siento orgulloso de ellas, Patri —dijo desolado—. Pero quizá ha llegado la hora de que me sincere contigo.

Esperé a que continuara conteniendo la respiración.

—Yo no he sido siempre el hombre bien posicionado que tú conoces. Mi familia estaba lejos de proporcionarme la clase de vida que un joven con muchas ambiciones como yo quería. Por eso busqué por otros medios el futuro que pensaba que me merecía

—comenzó a explicar despacio, buscando las palabras, desviando su mirada hacia un punto lejano—. Tu padre y yo éramos amigos desde niños, él nunca distinguió entre clases sociales. En cambio, tu tío Fernando era todo lo contrario. Nunca se fijó en mí, de hecho, hasta veía mal la relación que me unía a Mateo. Sin embargo, con el tiempo supo reconocer el potencial que yo tenía para serle útil en sus «negocios».

—¿Qué tipo de negocios? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Piénsalo, Patri. Eres lo suficientemente lista para deducir que no eran asuntos muy legales —respondió con pesar—. En aquella época a mí me daba igual, lo único que me importaba era el dinero que me proporcionaban y poco a poco, gracias a mi inteligencia y a mi falta de escrúpulos, conseguí mejorar mi estatus social hasta el punto de hacerme digno de casarme con una de las chicas más ricas del pueblo.

—Sofí —murmuré.

—Sé que fue ruin por mi parte, pero tienes que comprender que para mí ella era una princesa de cuento de hadas. No solo pertenecía a un círculo al que yo jamás habría podido aspirar, también era guapa, divertida y me quería. Sí, me quería —dijo con una sonrisa cargada de tristeza—. Quizá todavía era demasiado joven y se dejó obnubilar por sus sentimientos, pero te juro que en aquel momento yo hubiera dado mi brazo derecho por ser su marido.

Me sentía incapaz de hacer ningún comentario. ¿Quién era yo para condenarlo?

—Lo de mi matrimonio ya sabes cómo acabó —continuó encogiéndose de hombros—. En el fondo estoy agradecido de que encontrara a un hombre como Arturo.

Con él parece feliz y, como ya sabes, nuestra relación no es del todo mala.

Asentí. No se me ocurría qué podía decirle para darle ánimos.

—Mi vida era demasiado complicada, me involucré en asuntos cada vez más turbios y, al final, Fernando me chantajeó para que accediera a hacer de esbirro de la Orden. No pude negarme. Desde entonces, vivo sometido a lo que ellos me mandan —

dijo avergonzado.

—¿Y la pistola? —pregunté temiéndome que aquella historia no había terminado.

Él guardó un instante de silencio, como si le costase responder a mi pregunta.

—Temo por mi vida, Patri —respondió depositando todo el peso de su mirada en la mía—. Tengo la sensación de que los dirigentes de la Orden han cambiado. Están pidiéndome cosas que ya no me siento con ánimo de hacer. Estoy mayor, y mis prioridades en la vida no son las de antes. Creo que para ellos comienzo a ser un lastre.

Aquella respuesta hizo que se me erizase la piel. ¿Marcos también estaba en peligro? El suelo bajo mis pies comenzó a tambalearse y sentí que todo el bar daba vueltas a mi alrededor. ¿Es que no había forma de parar a esa panda de asesinos? «Sí, sí la hay, pero primero tienes que formar parte de ellos», me respondió una voz interior.

Entonces comprendí un hecho que Marcos no había mencionado.

—Pero, si Persi consigue ser un miembro de la Orden, tú estarás a salvo —dije esperanzada.

Él mantuvo mi mirada antes de responder.

—Por favor, no le cuentes nada de todo esto a él. Sabes que nuestra relación no es muy buena, pero es mi hijo y no puedo permitir que cargue con este peso. Ni siquiera tú deberías hacerlo a pesar de ser mucho más fuerte que él. Por eso no te lo he contado antes. Mis problemas son míos, yo solo me los he buscado. El único responsable

de mi situación soy yo.

—Todos cometemos errores —dije tomando sus manos entre las mías.

De pronto, la angustia que sentía por lo que Marcos me había contado se transformó en determinación, y una energía renovada brotó de mi interior dándome la fuerza que había perdido.

—Eres parte de mi familia y te juro que no voy a consentir que te pase nada —dije convencida—. Persi y yo vamos a entrar en la Orden y, cuando sepamos quiénes son, acabaremos con ellos. De eso puedes estar seguro.

Por fin conseguí que la expresión de Marcos cambiase y una sonrisa de admiración apareció en su rostro.

—No sabes cuánto me gustaría que mi hijo fuese consciente de la suerte que ha tenido de casarse con una mujer como tú.

«A mí también me gustaría», pensé con frustración. Por desgracia, aquello era más difícil de conseguir que vencer a la Orden de Salomón.

CAPÍTULO 35

PATRI

Ese día corría una ligera brisa en el cerro de san Babilés. Un sitio privilegiado con vistas a Boadilla, al palacio del infante don Luis, a la Ciudad Financiera y al monte. El terreno era árido, pero debajo de esa apariencia se escondía una parte muy importante de la historia de mi pueblo. Y ahora, por fin, estaba saliendo a la luz tras años de permanecer oculta.

Habíamos subido hasta allí para celebrar el acto oficial de apertura de lo que sería la nueva campaña de excavaciones que realizaríamos ese año en el yacimiento. El alcalde y la prensa nos acompañaban. Desde hacía unos meses las competencias del patrimonio histórico también recaían bajo mis funciones y, para qué negarlo, era algo que me apasionaba. Una enorme responsabilidad, pero el esfuerzo merecía la pena.

Boadilla poseía una gran riqueza histórica que el mundo debía conocer en todo su esplendor, y yo me lo había tomado como un reto personal. El problema era que eso también incluía tener que lidiar con el personaje que estábamos esperando.

—¿Sabes cuándo va a llegar el nuevo responsable de Patrimonio que envía la Comunidad de Madrid? —preguntó Arturo a mi lado mirando su reloj—. Ya hace veinte minutos que debería estar aquí.

—Creo que su secretaria ha llamado diciendo que se iba a retrasar —respondí para tranquilizarlo—. Teniendo en cuenta que acaba de ocupar su cargo, no creo que le haya sido fácil buscar un hueco en la agenda para venir a visitarnos. Tenemos que estarle agradecidos de que lo haya hecho.

Por supuesto, eso no era lo que pensaba, pero debía mantener una pose civilizada delante de todos. Para mi desgracia, yo conocía muy bien al figura que había ocupado el puesto. Casi me dio un síncope cuando me enteré de quién era. Aitor Valderrobles. Sí, el imbécil engreído de mi adolescencia. Ahora tendría que poner buena cara para tratar con él, aunque me repatease el hígado hacerlo. Volví a recordarme, por enésima vez, que el sacrificio merecería la pena si con ello conseguía cerrar los acuerdos que tenía en mente para potenciar la visibilidad de nuestro patrimonio.

Mientras, la prensa estaba aprovechando para hacer una entrevista a

mi jefe.

Aquella publicidad nos vendría muy bien.

—Los mayores situaban en esta zona la ermita del santo patrono del pueblo, cuya tradición nos dice que murió decapitado junto a ochenta niños a principios del siglo VIII. De hecho, seguían llamándola así, «la tierra de san Babilés», pero a simple vista ya no quedaba nada —explicaba el alcalde a los medios—. Desde el Ayuntamiento, nos tomamos muy en serio el proyecto y, cuando comenzó el levantamiento del terreno pudimos constatar que sí había restos arqueológicos que coincidían con la época que marcaba la tradición.

«Pero todavía no hemos encontrado al santo», apunté yo mentalmente, pensando en la gran ilusión que tenían de que eso ocurriese Arturo y Rafael, el presidente de la Hermandad de san Babilés.

—En las primeras fases hemos conseguido estabilizar el conjunto arquitectónico de la ermita visigótica que se remonta a los siglos VI y VII y de la necrópolis. Nuestros planes de futuro pasan por un proceso de musealización de la mano de la Dirección General del Patrimonio Histórico del Gobierno Autonómico, que son los que tienen las competencias plenas — continuó mi jefe—. Se levantará una ermita a escasos metros de donde se ubicaba la original. Tendrá la misma orientación y planta, seguirá los modelos medievales en cuanto a volumen, trazado y materiales, pero también incorporará soluciones propias de la arquitectura del siglo XXI. En el futuro, podremos venir a celebrar nuestra querida romería de san Babilés al sitio original que marca la tradición.

Había que reconocer que mi jefe tenía un don para hablar en público, la cámara le adoraba. A mí no era algo que se me diera tan bien, pero por suerte mis intervenciones solían ser menos frecuentes.

—Hasta ahora se han hecho visitas organizadas por los propios directores arqueológicos de esta excavación, pero es insuficiente. El centro de interpretación permitirá a un mayor número de personas disfrutar del yacimiento —comentó respondiendo a la pregunta de uno de los periodistas—. Se organizará el espacio para que no solamente haya unos restos arqueológicos, sino que el entorno sea visitable por turistas que quieran conocer el palacio del infante don Luis, la parroquia de San Cristóbal y el convento de la Encarnación. El cerro de san Babilés, cerrará el círculo de patrimonio histórico cultural del municipio de Boadilla.

Yo seguía absorta escuchando la explicación del alcalde, por eso no me di cuenta de que Aitor había llegado.

—Creo que ya está ahí —me dijo con disimulo Jorge, el director arqueológico de la campaña de ese año y del anterior.

Me giré tomando aire para darme ánimos. «Venga, tú puedes», me alenté. Sin embargo, cuando lo tuve delante volví a sentir la misma repulsión de antes. Aitor vestía de forma casual, con vaqueros y una camisa blanca, pero se notaba a la legua que su indumentaria estaba perfectamente elegida para resaltar el físico cuidado que mantenía.

De niño parecía que iba a ser bastante alto, pero, como todo en él, la realidad se había quedado muy por debajo de las expectativas. No era su aspecto en sí lo que me asqueaba. Lo que de verdad me producía recelo eran sus pequeños ojillos de comadreja y la sonrisa de prepotencia que no había cambiado con el tiempo. Su predecesor era un hombre íntegro y respetado por todos los que lo conocían, ¿por qué le habrían sustituido por semejante fantoche? No me atrevía siquiera a imaginar las tretas que un ser sin escrúpulos como él habría orquestado para conseguirlo.

Tras las presentaciones oficiales de nuestro pequeño grupo, Aitor se dirigió a mí.

—Veo que sigues igual que siempre, Patri —dijo con un tono y una mirada tan lasciva que noté cómo Arturo se envaraba a mi lado. La expresión de Jorge también era de incomodidad por lo que acababa de oír—. Me va a encantar colaborar con una vieja

«amiga» como tú.

Miserable. Quería dar a entender que entre nosotros había habido algo en el pasado y que no descartaba la posibilidad de que se repitiese en el futuro.

—Veo que tú tampoco has cambiado —respondí tragándome el asco que me inspiraba.

—Creo que el alcalde ya ha terminado con la prensa —dijo Jorge para romper la tensión que se respiraba en el ambiente—. Será mejor que nos acerquemos.

Yo me quedé rezagada para controlar la mala leche que se me había puesto.

Aquella mañana iba a ser más dura de lo que había imaginado.

—¿Y de qué conoces a este imbécil? —me preguntó Arturo indignado por su comportamiento.

—Ojalá pudiese decirte que de nada —respondí todavía molesta—. Aitor es de Boadilla y una vez salí con él cuando éramos unos críos. Ya ves, estupideces que se hacen en la adolescencia.

—No me gusta ese hombre.

—Te aseguro que a mí tampoco, pero no nos va a quedar más remedio que aguantarlo.

—Me preocupa que te ponga en alguna situación incómoda.

—Tranquilo. Por desgracia no es el primer impresentable con el que he tenido que toparme —respondí recordando algunas de mis experiencias pasada—. Si a este le mandé a la mierda de adolescente, creo que a mi edad podré ponerlo en su sitio sin problema.

Él no pareció muy convencido.

Cuando nos acercamos, Aitor ya estaba al lado del alcalde escuchando las explicaciones de Jorge. Las excavaciones realizadas en temporadas anteriores desde el 2014 permanecían ahora colmadas con grava para evitar su deterioro, pero las siluetas de las estructuras se identificaban perfectamente en el suelo.

—El territorio de san Babilés se organizaba en pequeñas comunidades aldeanas en torno al Arroyo de la Vega. Aquí hemos hallado dos necrópolis con cuarenta tumbas de la época visigoda y los restos de una ermita de planta basilical con ábside semicircular y atrio, con posteriores fases de ampliación en los siglos XV, XVI y XVII.

—¡Así que era esto lo que pensabais encontrar cuando hicisteis que desviaran la carretera M-50! —exclamó Aitor con un ligero tono de mofa en la voz—. Ya me he enterado de la que liasteis.

—El patrimonio histórico de nuestro pueblo estaba en peligro. La Hermandad de san Babilés no podía permitir que fuese destruido, esta tierra atesora la historia de nuestras tradiciones y debía perdurar para la posteridad —justificó Arturo bastante ofendido.

—Por supuesto… —contestó Aitor con menosprecio mirando de nuevo a Jorge para que continuase su explicación.

El arqueólogo parecía incómodo, como todos los demás.

—Este debió ser un punto neurálgico de la zona por lo menos desde época visigótica, un centro de poder social y religioso dirigido por un personaje de gran relevancia. Quizá a él perteneciera la tumba que hemos hallado bajo una gran losa de granito en el centro de la iglesia. Tanto la calidad de los materiales, como el hecho de

que se haya encontrado una estela romana en este enterramiento visigodo, son indicadores de la importancia del hombre que la ocupaba.

Jorge le mostró una lámina plastificada con la fotografía de la tumba en el momento de su hallazgo. Los restos originales ya reposaban en el Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid.

—Se trata de un individuo adulto colocado en decúbito supino, que tenía como ajuar una pequeña botella de cerámica de cuello esbelto y cuerpo globular situada junto al cráneo. A los pies de la fosa encontramos un fragmento de ara con una moldura horizontal en la parte inferior —continuó Jorge—. La tumba puede ser fechada entre los siglos VI y VII. De este dato, hemos deducido que la estela de época tardorromana situada en su cabecera fue reutilizada en época visigoda.

—Pues digo yo que, siendo tan poderoso, ya podía haberse costeado una nueva —

comentó Aitor como si fuese un chiste.

—No podemos descartar que existiese algún motivo específico para hacerlo —

apuntó Jorge sin reírle la gracia—. Los objetos antiguos casi siempre han sido valorados por las generaciones posteriores.

Aquella visita se estaba tensando demasiado. Mi jefe intentó calmar los ánimos haciendo un comentario a Aitor y yo aproveché para situarme al lado de Jorge.

—Aguanta un poco más —le dije de forma que nadie más pudiese oírnos—. No le des la oportunidad de que se vaya de aquí sin escucharte.

Jorge asintió y cambió de lámina mostrándonos una foto en la que aparecía la estela en primer plano. Al verla sentí un escalofrío. Aquella

imagen era bastante conocida, de hecho, yo la había contemplado infinidad de veces, pero hasta ese momento nunca había tenido ningún significado especial para mí.

En la parte superior aparecía tallada una hilera de cuatro arcos de medio punto y, en la inferior, un cordón grueso cuyos extremos se unían al primero y al último de ellos formando un semicírculo. En el medio de ambos relieves, otro atrapaba mi mirada como un imán. Una roseta con doce secciones en forma de pétalos de flor y un círculo resaltando su núcleo. Se parecía demasiado al símbolo de la Orden de Salomón.

«Estas paranoica», pensé intentando recuperarme de la impresión. «Esta piedra tiene más años que Matusalén, es imposible que esté relacionada con ellos».

Jorge seguía hablando sobre las diferentes tipologías de tumbas que se habían encontrado, mencionando algunas destacables como la de una pareja o la de un hombre hallado con un cepo en los pies. Después, fuimos avanzando hasta otra zona del yacimiento y Aitor aprovechó para caminar a mi lado.

—Creo que tú y yo deberíamos irnos a comer cuando esta excursión termine —dijo bajando la voz para que solo yo pudiese oírlo.

—Ya tengo planes —respondí categórica.

—Venga, mujer. Tenemos mucho de qué hablar.

—Por supuesto. Me gustaría explicarte en detalle el proyecto que queremos acometer aquí. Lo de hoy es solo una presentación.

—No estaba pensando precisamente en eso.

—Pero yo sí.

—Fíjate que estoy convencido de que vas a ser tú misma la que quieras que nos tomemos algo después —dijo con altivez.

No me gustó su expresión. ¿Por qué tenía la sensación de que Aitor me estaba ocultando algo? Lo observé intentando averiguar de qué podía tratarse y me sorprendió ver que se remangaba las mangas de la camisa alegando que hacía mucho calor ese día.

Tampoco es que la temperatura fuese tan elevada para eso.

—¿Y será allí donde construiréis la nueva ermita? —me dijo señalando a la lejanía de forma que la piel de su antebrazo quedó expuesta delante de mis ojos. Me quedé petrificada al contemplar el tatuaje que estaba mostrando con toda intención. Por un instante me faltó el aliento. Aitor llevaba dibujado en su piel el símbolo de la Orden de Salomón. «Será una casualidad, como la de la estela», pensé intentando recuperarme del impacto. Pero cuando lo miré a la cara supe que no lo era. Había tanta soberbia y maldad en sus diminutos ojos que me dio hasta miedo.

—Creo que va a interesarte mucho lo que tengo que contarte. ¿De verdad que no quieres que hablemos?

Por supuesto que no quería. Pero si él era parte de la Orden, y tenía un mensaje para mí, no me quedaba más remedio que hacer de tripas corazón y escucharlo.

—Está bien —respondí sintiendo bilis en mi garganta—. Acepto.

—Eso me imaginaba —dijo con una sonrisa que me dio náuseas—. Lo vamos a pasar bien.

A partir de ese momento Aitor no volvió a prestarme atención. Se centró en las explicaciones y en mantener una charla un poco más educada con mi jefe y con las otras personas que nos acompañaban. Yo ya no era consciente de lo que me rodeaba. Todos mis pensamientos estaban centrados en la conversación que me esperaba cuando la visita terminase. A pesar de lo mucho que me había alterado descubrir que Aitor era un miembro de la Orden, me esforcé en mantener una apariencia sosegada. Sabía que intentaría utilizar mi debilidad en su provecho. Pero ¿qué querría contarme? El plazo que nos había dado la Orden para resolver la prueba estaba a punto de expirar. ¿Por eso decía que me interesaría hablar con él? En ese caso, debía jugar mis cartas sin dejarme llevar por lo que aquel cretino me inspiraba. Si conseguía ganar algo más de tiempo, valdría la pena el suplicio que me esperaba. Además, no podía desaprovechar la oportunidad de sonsacarle toda la información posible sobre la Orden. Si él pertenecía a ella, seguro que sabría algo que pudiese sernos de utilidad.

—¿Qué me recomiendas? —me preguntó Aitor sin levantar la vista de la carta.

Habíamos quedado en La Abuela Lola, un restaurante tranquilo y hogareño donde podríamos hablar sin que resultase extraño. No

estaba lejos del Ayuntamiento y mis compañeros y yo solíamos ir a allí cuando teníamos alguna comida de trabajo.

—Aquí está todo bueno —respondí sabiendo que se me iba a atragantar cualquier cosa que pidiese.

Normalmente me gustaba sentarme en la zona acristalada del restaurante, pero en aquella ocasión pedí a Casto, el *maître*, que nos acomodara al fondo del local. Ese día los únicos espectadores que teníamos cerca eran los campesinos y los bueyes del mural fotográfico en blanco y negro que ocupaba toda la pared a nuestra espalda.

—¿Qué es lo que quieres contarme? —pregunté después de que el camarero nos trajese las bebidas—. ¿Por qué tienes ese tatuaje en tu antebrazo?

—Vaya, veo que sigues siendo tan directa como siempre. ¿Ni si quiera vas a preguntarme cómo me va la vida desde que no nos vemos?

—Sabes cuál es el único motivo por el que estoy aquí, así que te pido que no me hagas perder el tiempo con banalidades.

—Y yo que pensaba que te morías de ganas de quedar con un viejo amigo.

—Al grano, por favor.

—No te alteres, Patri. Solo quiero hablar contigo porque estoy muy preocupado por ti —dijo con voz edulcorada mientras intentaba coger mi mano. La retiré como si una víbora estuviese a punto de morderme. Para mí él lo era. Aitor no se molestó, pero cambió su tono por otro más altanero y se acomodó en el asiento como si fuese un marajá—. Tengo entendido que estás muy interesada en ingresar en una «asociación» y yo puedo ayudarte a conseguirlo.

—¿Por qué crees que voy a aceptar tu ayuda? —repliqué sin acobardarme.

—Porque el tiempo corre en tu contra y estás a punto de fallar.

El problema era que tenía razón.

—¿Y qué pintas tú en todo esto?

—Digamos que soy alguien a quien te interesa mantener «contento» si quieres lograr tu objetivo.

La insinuación que escondían sus palabras me revolvió el estómago y sentí que la sangre de mis venas burbujeaba como un río de lava. Solo con imaginar lo que me estaba proponiendo hacía que deseara estrangularlo con mis propias manos. Miserable.

Siempre había sido así, un ser despiadado que disfrutaba con el miedo de los más débiles.

Pero yo no pensaba darle esa satisfacción. Haciendo acopio de toda mi entereza, me erguí en el asiento y lo reté con la mirada.

—No te necesitamos —dije con altivez. Todavía no había vencido el plazo, todavía existía la posibilidad de que Persi y yo superásemos aquella prueba sin su ayuda. En aquel momento me hubiese aferrado a un clavo ardiendo para darme ánimos.

—«¿Necesitamos?» ¿En serio crees que tu maridito te va a servir de algo? ¡Por favor, no me hagas reír! —se burló—. Ese idiota, engreído sigue siendo un blandengue.

—No te consiento que hables así de Persi —dije apretando la servilleta con mi puño para no estampárselo en la cara.

—¿Por qué? Es un simple peón —respondió sin inmutarse—. Un idiota que no ve más allá de sus modales anticuados y afeminados. Nunca tendría que haber formado parte de esto. Por suerte, las cosas están cambiando.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con el corazón en la boca.

—Que no deberías menospreciar mi ayuda —respondió acercándose más a mí—.

Corren tiempos revueltos y las reglas del juego podrían cambiar. Un hombre tan delicado como Persi siempre está expuesto a cualquier accidente desafortunado, ¿no te parece?

Un sudor frío me recorrió la espalda antes de que mi cerebro pudiese aceptar la amenaza velada que Aitor acababa de lanzarme. Sentí miedo. Mucho.

—No te atreverás —repliqué en un intento vano de mantenerme firme. Mi voz apenas fue un susurro.

—¿Yo? ¡Por favor, Patri! ¡Me halagas, pero de qué forma podría interferir en el destino de alguien! —exclamó riéndose como una

hiena—. Lo único que digo es que la vida está llena de tristes sucesos inesperados, y lamentaría mucho que una mujer como tú se quedase viuda tan pronto. Claro, que siempre tendrás mi hombro para llorar tu pérdida. Para eso están los «amigos».

Aquello era más de lo que podía soportar. Tenía que marcharme de allí o acabaría clavándole el cuchillo en la cara para borrarle aquella maldita sonrisa.

—Que te quede claro esto —dije levantándome de la silla—. Tú y yo no somos amigos, nunca lo hemos sido y jamás lo seremos. Como le hagas algo a mi familia iré a por ti, aunque para eso tenga que volver del mismísimo infierno. Quedas advertido.

—¿Ya te vas? Está bien, pero ya vendrás a mí cuando expire el plazo dentro de dos días —respondió con una lujuria que me dieron arcadas —. Te estaré esperando con los brazos abiertos.

Sin pensar en lo que hacía, agarré la copa de vino y se la tiré encima.

—Disfruta de la comida, Aitor. Yo invito —dije para que pudiese escucharme el sorprendido camarero que en ese momento traía el primer plato—. Mañana pagaré la cuenta, hoy tengo prisa. —En una equina vi que Casto me hacía un gesto de asentimiento. La discreción era una de sus cualidades profesionales.

Salí de allí con la satisfacción de ver a Aitor empapado, pero el miedo me impidió disfrutar de mi insignificante victoria. Siempre había sido un cobarde que se rodeaba de secuaces que hacían el trabajo sucio por él. Ahora contaba con la Orden de Salomón para ejecutar su amenaza. Una vez dentro de mi coche me derrumbé. Grité con desesperación arremetiendo contra el volante, dejé liberar la rabia y el dolor en forma de llanto ahogado. Aquel malnacido me había puesto contra la espada y la pared, y yo sabía que ganaría si no conseguíamos superar la prueba.

Porque Persi no iba a morir. Su vida significaba para mí mucho más que la humillación que Aitor me exigía. De eso no tenía ninguna duda.

CAPÍTULO 36

PATRI

Tardé en recuperarme, pero al final conseguí salir del coche con un aspecto más o menos presentable. Decidí dar un paseo. El aire en la cara me vendría bien para borrar las huellas que las lágrimas habían dejado en mi rostro. Durante más de una hora estuve dando vueltas sin rumbo fijo.

Seguía sintiéndome fatal. La realidad era que había desperdiciado la oportunidad de averiguar algo más sobre la Orden de Salomón. «Idiota. Ni siquiera se te ha ocurrido grabar la conversación», me recriminé. Aunque Aitor había tenido mucho cuidado de no decir nada que lo comprometiese, la amenaza disimulada contra Persi podría haberse usado en un futuro. Me había quedado claro que era un miembro de la Orden, pero ¿qué puesto tendría dentro de ella? Él había hablado de cambios en su organización, ¿sería eso lo que Marcos temía?

Pensé en mi marido y de pronto sentí una necesidad acuciante de verlo, de saber que se encontraba bien, a salvo. Regresé al coche y me dirigí hacia el nuevo edificio de la Asociación de Mayores. Sabía que a esa hora lo encontraría echando una partida de cartas con alguno de ellos. Persi iba allí los miércoles después de comer, decía que todo caballero debía tener un club al que asistir y ese era en el que más se divertía.

Lo encontré en la cafetería del Centro de Mayores, un espacio muy bien iluminado por las cristaleras que daban al patio. Estaba sentado en una mesa cuadrada con Antonio, Eusebio y Gerardo. Ensimismados en el juego, ninguno se había percatado de mi presencia y yo aproveché para recrearme en su visión, conteniéndome las ganas de abrazarlo con fuerza para asegurarme de que estaba bien.

Se le veía relajado, disfrutando de un rato de ocio entre amigos. Entonces me asaltó una duda. ¿Debía contarle lo que había pasado? Aquella había sido mi primera intención, pero tras pensarlo un momento comprendí que no podía hacerlo. En casa le explicaría lo que había descubierto sobre Aitor, eso sí debía saberlo, pero me callaría la amenaza que ahora pesaba sobre mis hombros. De nada serviría preocuparlo más con algo que solo yo podría resolver.

Me acerqué a ellos forzando una sonrisa casual que esperaba resultase convincente.

—Querida, qué maravillosa e inesperada sorpresa —dijo mi marido levantándose al verme—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tenía un hueco libre en la agenda y he pensado pasarme a veros —mentí. Esa noche me tocaría hacer horas extras en casa, pero ellos no tenían por qué saberlo.

—Pues llegas en el momento justo, porque yo tengo que irme —dijo Gerardo cediéndome su asiento enfrente del de Persi—. ¿Te apuntas? A ver si tú le das más suerte y sois capaces de remontar la paliza que nos están dando.

Mi cabeza estaba para pocos juegos, pero era una excusa perfecta para permanecer un rato más allí. Además, la compañía de dos personas como Antonio y Eusebio siempre era de agradecer. Ambos rondaban los ochenta años, pero su energía vital era contagiosa. Amigos desde la infancia, parecían dos polos opuestos cuando los comparabas. Mientras el primero todavía conservaba la esencia de lo que en algún momento debió de ser un cuerpo enjuto y una cabellera bien poblada, el otro era un hombre bajito y grueso, con una frente tan despejada que le llegaba casi hasta la coronilla. Sin embargo, la humanidad que reflejaban sus sonrisas era similar.

—¿Y para cuando los hijos? —preguntó Antonio con picardía mientras recogía las cartas de la mesa—. Que ahora las parejas se relajan y luego pasa lo que pasa. Cuando quieren darse cuenta ya se les ha pasado el arroz.

Me tensé al oírle. ¡Lo que me faltaba! Bastante revuelta venía yo, como para que sacasen a relucir ese tema.

—De momento estamos practicando todo lo que podemos —dijo Persi saliendo al quite con un guiño que provocó la risa socarrona de los ancianos—. Toda obra maestra requiere de un arduo trabajo previo y nosotros nos lo estamos tomando muy en serio.

¿Verdad que sí, querida?

—Es que mi marido es muy perfeccionista —dije intentando seguirles la corriente sin que se me notase lo mucho que me alteraba ese tema.

—Mejor que no dejes que este se duerma en los laureles —insistió Antonio—. Persi piensa demasiado y para este tipo de cosas es mejor un «aquí te pillo, aquí te mato». Y si no que se lo pregunten a la Tía Pachina.

Yo no tenía ni idea de quién era esa señora y Eusebio me explicó que era normal, porque aquella mujer había muerto hacía muchísimos años. Ni siquiera su padre la había conocido, pero en el pueblo todavía se contaban historias sobre ella.

—Decían que era hermosa como ninguna, pero más dura que las encinas del monte.

¡Diecinueve hijos tuvo! No te digo más.

—Uf, con tanto niño, tuvo que volverse loca —bromeé— ¡Qué horror!

—Yo creo que con dos o tres, vais bien —comentó Antonio.

—Pero que ninguno os salga como uno de sus biznietos, el Dioniso. ¿Os acordáis?

Se hizo muy famoso, pero por nada bueno. Su nombre salió en todos los periódicos —

continuó Eusebio— ¿Cuánto robó? ¿Casi 300 millones de pesetas de un furgón de seguridad?

—Sí, de eso ya hace treinta años —afirmó Antonio.

Me quedé sorprendida. Yo había oído algo sobre la historia de «el Dioni», como todo el mundo lo conocía, pero aquello ocurrió cuando yo era muy pequeña y nunca me imaginé que el personaje tuviese alguna relación con Boadilla.

—Hombre, pero no toda la familia fue así. ¿No decíais que fue Froilán, el hijo de la Tía Pachina, quien encontró restos de la ermita de san Babilés mientras estaba arando en el campo? —comentó Persi, y a mí me sorprendió lo mucho que sabía sobre la historia de nuestro pueblo. Sin duda, sus partidas de mus eran una fuente inagotable de anécdotas antiguas.

—Pero eso fue mucho antes. Yo diría que unos cien años, por lo menos —apuntó Eusebio.

—¿Y qué pasó? —pregunté intrigada. Aquel hecho no había sido documentado en ninguna de la excavaciones posteriores.

—Pues dicen que estaba con José Sevilla, el Después, cuando el dental de la reja del arado se partió con una piedra enorme que tapaba la entrada de acceso a la ermita de san Babilés. En el pueblo se contaba

que habían descubierto una especie de rampa escalonada y una anforita, pero el propietario del terreno mandó que siguiesen arando y que taparan el agujero. Tampoco fue nada del otro mundo, aquí mucha gente se ha topado con restos antiguos mientras trabajaban sus tierras.

—¿Y dónde está todo eso? —pregunté temiendo su respuesta.

—¡A saber! —confirmó mis sospechas encogiéndose de hombros—. Imagino que la mayoría se desecharon o se vendieron por dos perras a quien quisiera comprarlos, aunque no descartaría que todavía puedas ver alguna piedra en la casa de alguien.

—No sabéis lo frustrante que es oír estas cosas —dije apesadumbrada —. ¡Con los esfuerzos que estamos haciendo ahora por sacar a la luz la historia de nuestro pueblo!

Justamente, esta mañana he estado con el alcalde para inaugurar la campaña de excavaciones de este año en el cerro. La Hermandad no pierde la esperanza de que encontremos los restos de san Babilés.

—Pues yo creo que no lo vais a encontrar por mucha tierra que remováis —dijo Eusebio—. Mi abuelo decía que los franchutes dieron buena cuenta de lo que había allí.

—Pues el mío me aseguró que los que la dejaron hecha polvo fueron los de la guerra de antes —alardeó Antonio como si se tratase de una competición sobre cuál de sus antepasados sabía más.

—¿Qué guerra anterior? —pregunté picada por la curiosidad.

—La Guerra de Sucesión Española —respondió Persi con su tono habitual de enciclopedia andante—. A principios del siglo XVIII, tras la muerte sin descendencia del Carlos II, el trono iba a pasar al nieto del rey de Francia. El problema fue que el resto de las potencias europeas vieron como una amenaza la unión entre este país y el nuestro.

Así que Inglaterra, Portugal y las Provincias Unidas formaron una coalición contra los Borbones liderada por el Archiduque Carlos, que era un Austria.

—¡Ya sé qué pasó en esa guerra, Persi, no hace falta que me des una lección de historia! —exclamé ofendida.

—Querida, solo intentaba crear un contexto —respondió sin alterarse

con un brillo pícaro en los ojos. ¡Cómo le gustaba sacarme de quicio! —. Lo que iba a explicar es que no es de extrañar que el ejército se enzarzase con la ermita, porque para ellos era un símbolo de los católicos borbones y ellos eran «herejes». Al final ganaron las tropas francesas y Felipe V se convirtió en rey. Ya sabes, el padre de nuestro queridísimo infante don Luis.

—Lo que yo decía —afirmó Antonio orgulloso—. Mi abuelo no se equivocaba nunca.

—¿Y alguna vez te contó algo sobre un tesoro? —preguntó Persi y a mí me dejó tan descolocada como al resto. ¿A qué venía aquello?

—¿Tesoro? —Antonio se lo pensó—. Pues no que yo recuerde. ¿Por qué?

—Vaya, qué lástima —respondió chasqueando la lengua—. A mi sobrina le hubiese encantado conocer una buena historia sobre un tesoro escondido en Boadilla. Por un momento llegué a pensar que podría ganarme la medalla al mejor tío del mes.

—¿Y por qué no le cuentas la leyenda de la Cueva de la Mora? No hay tesoros, pero a todos los críos nos ha gustado siempre.

—¿Y esa cuál es? —pregunté yo que tampoco la conocía.

—Ah, es que en el pueblo siempre se ha dicho que a la ermita se podía llegar desde Villaviciosa de Odón por una gruta —contestó Eusebio encantado de tener un público tan entregado—. La leyenda es de la época de la Reconquista, cuando los moros vivían en Calatalifa.

Se refería a una fortaleza, ahora completamente en ruinas, ubicada en el municipio vecino. Según había leído, podía remontarse incluso a la época visigoda. Una pena que nadie estuviera haciendo nada por conservar aquel patrimonio. Eusebio continuó hablando ajeno a mis pensamientos.

—Dicen que allí vivía una mora llamada Azahara, hija del señor de Calatalifa, que se enamoró de Alfonso, el capitán de los soldados cristianos asentados en Boadilla. Se habían conocido en un arroyo mientras ella se bañaba, y desde aquel encuentro fueron inseparables. Su amor era tan grande que por las noches él recorría la gruta hasta llegar al otro extremo donde ella lo esperaba. Vivían en tiempos de paz entre ambos pueblos, pero un día ella se enteró de que los suyos planeaban atacar a los cristianos al amanecer y se lo contó para que se pusiese a salvo. Él le pidió que le acompañase en su huida, pues sabía

que sus tropas no eran rivales para las huestes musulmanas y no quería separarse de ella. Pero Azahara se negó. Su desaparición alertaría a los guardias y saldrían en su búsqueda antes de lo previsto, quitándoles un tiempo precioso para escapar. Allí se separaron jurándose amor eterno. Dicen que Alfonso jamás se casó con ninguna otra mujer y que, en su lecho de muerte, ordenó que le enterrasen con un ramillete de flores de azahar.

—¡A Valle le va a encantar! —exclamó Persi eufórico.

—Pero si termina fatal —murmuré.

—¿Qué esperabas, querida? —respondió él—. En aquella época tampoco es que pudiesen ir a casarse tranquilamente a San Cristóbal, como ahora.

—Y hablando de eso —cortó Eusebio para recuperar protagonismo en la conversación—. ¿Se puede saber por qué no os casasteis en esa parroquia como Dios manda en lugar de hacerlo por el juzgado? Que conste que no digo que la ceremonia no fuese bonita, pero no me esperaba que una pareja como vosotros, tan ligada a las tradiciones del pueblo, prefiriese un acto ateo. No señor. Aquí las bodas siempre se han celebrado en San Cristóbal por muy desastrosa que estuviese. ¡Cuánto más después de su restauración! Ha quedado preciosa.

No supe qué responder a eso. Me costaba trabajo confesarle que las bodas con sacerdote de por medio nunca me habían gustado. Era un poco absurdo, porque tampoco tenía nada en contra de la Iglesia, pero no podía evitarlo. Esas ceremonias me daban un repelús incomprensible.

Por suerte, ni Persi ni yo tuvimos ocasión de responder, porque Antonio contraatacó.

—¡Cómo puedes decir que ha quedado bien con esa escultura medio cortada que han plantado en mitad del altar! ¡Por favor, si al pobre pastor le falta la mitad del cuerpo!

—Pero mira que eres cateto, Antonio —respondió Eusebio—. Te lo he dicho muchas veces, a eso se le llama arte moderno. Persi, explícaselo tú, a ver si a ti te hace caso.

—Que no, que no me vais a convencer —negó Antonio categórico sin dejar hablar a mi marido—. Por lo menos en la capilla no han metido horrores como ese y sigue el cuadro de Cristo de toda la vida. Allí sí puedo concentrarme en mis oraciones antes de que empiece la misa de

los domingos.

Ambos ancianos discutieron un rato más sobre el tema. Yo no me atreví a decir nada, por si acababa saliendo perjudicada. Imaginé que Persi habría llegado a la misma conclusión que yo, porque lo vi sacar el móvil y consultar algo frunciendo el ceño.

—Caballeros, me temo que debo zanjar aquí esta encantadora velada. Acabo de recibir un mensaje que me obliga a ocuparme de otros temas menos ociosos. El deber me llama, pero ¡que me aspen si a veces no desearía estar ya jubilado como vosotros!

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté alarmada. Me parecía extraño que Persi tuviese que irse con tanta prisa.

—Nada de importancia, pero Claudia necesita que vaya a su oficina.

«Y tú acudes a su llamada como un perrito faldero», pensé molesta.

—Yo también debo marcharme —dije levantándome.

Ambos protestaron, porque con tanta charla ni siquiera habíamos empezado la partida. Nos despedimos de ellos y Persi prometió ser puntual a la cita del miércoles siguiente. Sin embargo, cuando salimos a la calle, su expresión cambió y percibí en él un nerviosismo poco habitual.

—Todavía no puedes irte a trabajar.

—Pero… —protesté.

—Querida, tengo que confirmar una cosa, pero creo que estos caballeros acaban de darnos la clave para superar la prueba de la Orden —dijo entusiasmado—. Nos vemos en la parroquia de San Cristóbal.

Me quedé tan confusa que no supe qué decir. Él tampoco esperó mi respuesta y salió con prisas hacia su coche.

¿Qué se me había pasado por alto en aquella charla trivial con mis abuelitos?

CAPÍTULO 37

PATRI

Dejé el coche en el aparcamiento del palacio y me dirigí hacia la parroquia de San Cristóbal. Aquel edificio de estilo románico-mudéjar, cuyo origen databa del siglo XIII y había sido remodelado con el paso de los tiempos, era uno de los emblemas históricos de Boadilla.

Una vez dentro de la iglesia busqué a Persi, pero no lo encontré en la nave central.

¿Qué habría descubierto para querer que nos reuniésemos allí? San Cristóbal había sido restaurada en la década anterior. Hileras de ladrillo y piedra en la parte superior, nacían desde el suelo formando arcos y culminaban en un artesonado de madera digno de admirar. Avancé por el pasillo lateral con la idea de ver la estatua de san Babilés mientras lo esperaba. Aquella era la imagen que se sacaba en procesión los días de romería.

—Estoy aquí.

Persi me llamaba desde el interior de la capilla de estilo barroco que había sido construida por la familia González-Uzqueda, los mismos promotores del Convento de la Encarnación en el que nos habíamos casado.

—¿Vas a contarme ya de qué va todo esto? —pregunté expectante cuando estuve a su lado. Por suerte, a esa hora no había ningún feligrés en la iglesia y podíamos hablar sin miedo a que alguien nos escuchase.

—¿Qué ves aquí? —me preguntó con un brillo en los ojos que confirmó mis sospechas. Persi sabía algo. La capilla del Santo Cristo de la Misericordia parecía un templo en miniatura, con una cúpula preciosa y el escudo de los González-Uzqueta en una de las pechinas de la bóveda. Pero ¿por qué me preguntaba eso?

—Déjate de historias y ve al grano —repliqué sin poder ocultar mi tensión—. ¿Qué tiene de especial este sitio? Te advierto que llevo un día muy duro y no estoy para jueguecitos de los tuyos.

—¿De verdad que todavía no te has dado cuenta? —me preguntó burlón—. Mira allí.

Se colocó detrás de mí dirigiendo mi cuerpo hacia el altar, con su

mano tomó mi barbilla y la elevó ligeramente. Sentí cómo su aroma inundaba todos mis sentidos y sin darme cuenta cerré los ojos para deleitarme en él.

—¿Lo ves ya?

Pues no. No había visto nada, pero cuando al fin observé lo que quería mostrarme tampoco lo entendí.

—No es más que un cuadro, Persi. Lleva aquí toda la vida, ¿qué tiene de especial?

—dije sin separarme de él.

Delante de mí tenía una representación del momento en el que Cristo acababa de ser bajado de la cruz y reposaba sobre una sábana sujetado por un hombre, mientras una mujer lloraba su pérdida y otros personajes los rodeaban. Entonces recordé que Antonio lo había mencionado en nuestra charla, instantes antes de que Persi me dijese que mis abuelitos podían habernos dado la clave para superar la prueba de la Orden.

Como si me hubiesen soplado la respuesta, de repente lo comprendí.

—«La sangre tiñó el suelo donde el hijo de Dios yacía custodiado por el Espíritu Santo. Mostradnos el símbolo de su victoria» —recité en voz alta el mensaje desencriptado que me había aprendido de memoria—. Pero…

No pude terminar, porque Persi elevó todavía más mi barbilla, haciendo que mirase por encima del cuadro y de unas enormes letras en las que se leía «D.O.M.»

¿Sería posible? Allí arriba estaba la imagen escultórica de una paloma con las alas extendidas rodeada por un haz de luz. ¡Ese era el símbolo del Espíritu Santo!

—¡Todo coincide! —exclamé girándome hacia él.

No fue una buena idea. Estábamos tan cerca que su boca acabó a pocos centímetros de mi cara y deseé con toda mi alma perderme en ella. ¿Y si lo hacía? ¿Y si lo besaba como si fuese un arrebato espontáneo debido a nuestro hallazgo? ¡Dios, qué ganas tenía de hacerlo! Había pasado tanto miedo con la posibilidad de perderlo que mi corazón me pedía a gritos dar aquel paso. Solo sería un instante que no cambiaría nada… «No, Patri, no sería justo». Como siempre, la

insufrible voz de mi conciencia me devolvió a la realidad. La odié por ello. ¿Por qué no me dejaba en paz? Persi ni siquiera se había apartado de mí, igual ese era el momento apropiado para cambiar el rumbo de nuestra relación. Elevé mi mirada hacia él con la vana esperanza de encontrar en sus ojos un indicio de que iba a hacer lo correcto, que, de alguna forma, Persi me correspondería.

Durante un segundo creí haberlo encontrado. Mi marido me miraba con una intensidad que hizo que me temblasen las piernas. ¿Latiría su corazón al ritmo desbocado del mío?

Quise comprobarlo, pero cuando mi mano se movió en esa dirección, él se apartó de inmediato poniendo distancia entre nosotros. Agaché la cabeza para que no pudiese ver la desilusión de mi rostro.

Por fortuna, él no debió de darse cuenta, porque se dirigió hacia el altar de mármol granate y verdoso que se erigía por debajo del cuadro.

—Puede ser esto, querida —me dijo señalando la cruz negra que se encontraba en el centro del altar—. Aquí el hijo de Dios yace custodiado por el Espíritu Santo. Este puede ser el símbolo que buscamos, el de su victoria. Dos mil años después de su muerte, la Cruz todavía sigue siendo adorada por millones de personas —continuó mientas sacaba su móvil y hacía una foto—. Lo único que no encaja es lo de la sangre que tiñó el suelo. La línea roja del costado lacerado de Cristo no gotea en la tierra. ¿Se te ocurre alguna idea?

Sangre.

Fue como un fogonazo, como si de repente apareciese en mi cabeza la escena de una película que ya había visto antes. En aquella misma capilla, Persi estaba rodeado por unos soldados con casacas rojas. Tenía la apariencia de otro hombre, uno moreno que vestía con sotana y se llamaba Agustín, pero para mí ambos eran la misma persona.

La pesadilla que había sufrido semanas antes se materializó en mi mente de forma tan nítida y angustiante que parecía un recuerdo y no solo un mal sueño.

Me giré hacia el confesionario de madera que descansaba enfrente de la capilla, en la nave derecha de la iglesia. No era el mismo, pero en uno similar era donde yo me había escondido, mejor dicho, donde Cristina se había escondido para que los soldados no pudiesen verla. Desde allí había contemplado con horror cómo aquella panda de salvajes golpeaba a Agustín hasta dejarlo tendido en el suelo con el

rostro lleno de sangre. En mi visión no entendía muy bien lo que decían, pero parecía que querían saber algo. Agustín se limitaba a negar con la cabeza, lo que provocó que le patearan sin piedad. Se burlaron de él, le escupieron pronunciando con odio una palabra que sí entendí: «católico».

Yo estaba paralizada por el pánico y el dolor de saber que no podía hacer nada para salvar al hombre que amaba, me desgarraba las entrañas. Perdí toda esperanza cuando entre dos soldados le obligaron a ponerse de rodillas delante del altar y un tercero le atravesó con su espada a la altura del corazón. Agustín cayó al suelo como si fuese un

muñeco de trapo y un charco de sangre comenzó a formarse alrededor de su cuerpo.

Estaba muerto.

—Querida, ¿me has oído?

La voz de mi marido me hizo regresar a la realidad, pero me sentía tan mareada que tuve miedo de caerme redonda allí mismo. Por suerte, había permanecido todo el rato de espaladas a Persi y antes de volver a girarme me dio tiempo a eliminar de mis ojos la humedad que aquel tormento me había provocado. ¿Qué demonios me había pasado? ¿Cómo podía afectarme tanto un maldito sueño? Sin embargo, había algo que me preocupaba todavía más. Marcos me había dicho que la Orden buscaba que los candidatos tuviesen que enfrentarse a un reto personal y, para mí, aquella visión lo había sido. Mucho más que cuando había soñado con ella. Pero ¿cómo iban a saber ellos nada de eso? La única persona a la que le había contado mi pesadilla era Sofí y ella quedaba completamente descartada. Era imposible que mi suegra estuviese relacionada con la Orden. Además, Persi y yo habíamos recibido el mensaje de la prueba mucho antes de que hablase con ella.

—Sí, sí —respondí intentando disimular mi desconcierto—. Es que estaba pensando en lo que has dicho.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó acercándose más a mí con el ceño fruncido.

Sospeché que en mi rostro todavía quedaban restos de la agonía que había pasado.

—Ya sabes que llevo mal lo de la sangre, y por un momento me he imaginado cómo sería verla en el suelo de la capilla. —En el fondo no era una mentira.

Vi cómo abría los ojos y su sonrisa se iluminó como si se le acabase de ocurrir una idea brillante.

—¡Eso es! —exclamó excitado—. Puede que la sangre no esté en el suelo del cuadro, sino en el de la iglesia. ¡Tiene sentido! Este es un edificio histórico con mucha antigüedad, quizá en algún momento alguien muriese o fuese asesinado aquí. Tenemos que preguntárselo a don Julio. Vamos.

Sin que yo pudiese decir nada más, agarró mi mano y me condujo a la sacristía donde encontramos al párroco. Un rato después, volvíamos a la capilla con él. Don Julio, como le llamábamos todos, era un hombre de sonrisa amable y cuerpo enjuto que llevaba más de veinte años de sacerdote en Boadilla. Era uno de los pilares del pueblo, y

su amor por nuestro patrimonio histórico nos había hecho coincidir en más de un proyecto.

Sin duda, él nos sería de gran ayuda.

La excusa que Persi se inventó para hacerle algunas preguntas sobre la historia de la parroquia, fue que quería documentarse con una buena fuente para un especial que estaba preparando en su canal de YouTube. Si don Julio dudó sobre sus intenciones no lo manifestó. Aquel era un tema que le apasionaba y se mostró solícito a responderle.

Cuando llegamos delante de un cuadro que estaba en la nave de la derecha, Persi me dirigió una sonrisa de complicidad. En la imagen, tres sacerdotes con sotana posaban delante del Convento de la Encarnación. «Ninguno de ellos es Agustín», pensé antes de recriminarme por tener una idea tan absurda. Él solo era un personaje que yo había creado en mis sueños, nada más.

Una pequeña placa situada en su parte inferior identificaba a los tres hombres:

«Melitón Morán, Miguel Talavera y Benjamín Sanz. Mártires de Boadilla del Monte en 1936».

Mientras don Julio nos contaba parte de sus vidas, yo comprendí por qué a Persi le había parecido tan interesante.

—¿Y murieron aquí? —preguntó mi marido—. Quiero decir, en la parroquia.

—No —respondió con pesar—. Los tres fueron arrestados y sacados del pueblo por los milicianos. Los restos de don Melitón y de don Benjamín los encontraron años después de la guerra enterrados en el Arroyo de los Meaques, en el término de Pozuelo.

De don Miguel no se sabe ni cómo murió ni dónde lo enterraron.

Persi y yo permanecimos en silencio como muestra de respecto. «Todas las guerras son una mierda», pensé mientras don Julio recuperaba su expresión habitual.

—¿Y ha habido otros sacerdotes que pudieron ser asesinados en el interior de la iglesia?

Don Julio me miró tan extrañado como yo me sentía de haber hecho semejante pregunta. Él pareció reflexionar un instante antes de contestar.

—Pues ahora que lo mencionas, el caso es que una vez me contó Manuel que, mientras se documentaba para escribir su libro, se topó con un rumor sobre algo así.

Pero no tenemos ninguna prueba que lo demuestre, claro —justificó con un movimiento de sus manos.

Yo conocía a Manuel, era uno de los mejores amigos de Arturo. El hombre había hecho grandes esfuerzos por recopilar la historia de Boadilla para las generaciones futuras. La de los archivos oficiales y la que todavía recordaban ancianos como Eusebio y Antonio. Una labor digna de mención.

—Suena interesante —dijo Persi para animarle a que continuase con su explicación.

—Lo que sí tenemos son unas crónicas antiguas que Manuel me envió. Las había encontrado digitalizadas en internet. ¿Cómo se llamaba aquel documento? —dijo tomándose su tiempo para recordarlo—. Algo así como « *Sacrilegios, profanaciones y excesos en lo sagrado cometidos por el ejército del archiduque Carlos*». Puedo enviártelo si quieres, seguro que te parecerá interesante. En él no solo se habla de lo que sucedió en Boadilla, también aparecen más pueblos del Arzobispado de Toledo y de otros obispados como el de Sigüenza y el de Cuenca. Fueron tiempos difíciles para las iglesias… De aquí explica que llegaron dos regimientos de infantería y caballería ingleses y portugueses. Asaltaron la parroquia en la que se había refugiado el cura con los feligreses. Rompieron la puerta y arremetieron con todo

lo que tenía de valor en ella.

Dinero, vestiduras, alhajas, lámparas, hasta las cortinas que estaban bordadas en plata se llevaron. Se cebaron con todos los símbolos católicos, desnudaron la imagen de Nuestra Señora y a otra que, según el documento, era de grandes dimensiones y representaba al Alumbramiento. Lo que no pudieron llevarse fue la corona de la Virgen que el párroco había entregado a las carmelitas del Convento de la Encarnación para que la escondiesen y así evitar su expolio.

—¿Y a ese sacerdote qué le pasó? —pregunté con un hilo de voz.

—En las crónicas se dice que los soldados volvieron en más ocasiones a la parroquia, pero no indica que le hiciesen nada a él. Pero…

—¿Pero? —insistió Persi.

—Aquí viene lo del rumor que os comentaba antes —respondió despacio, como si le costase dar crédito a esa historia—. Manuel me dijo que varias personas del pueblo le habían contado que de niños no querían entrar en la capilla del Santo Cristo de la Misericordia, porque decían que allí seguía el fantasma del cura que había muerto

atravesado por una espada cuando se negó a desvelar el paradero de la corona de la Virgen.

¿Un sacerdote muerto en ese mismo lugar atravesado por una espada? ¡Dios mío, aquello coincidía con lo que yo había soñado!

—Ya sabéis, las leyendas son solo eso —continuó—, pero no os voy a negar que a veces tienen algo de cierto. Por lo menos, lo de que el párroco escondió la corona sí está documentado. Además, esas crónicas también mencionan que los soldados saquearon y destruyeron la ermita de san Babilés, incluyendo el sepulcro que allí había. Una prueba más de que los restos de nuestro querido santo reposaron en él. Hay mucho incrédulo, pero yo sigo pensando que alguna vez los encontraremos.

Permanecimos un rato más con don Julio y, después de agradecerle el tiempo que nos había dedicado, salimos de la parroquia en silencio. No fue hasta que atravesamos la verja cuando Persi se giró hacia mí con aire triunfante.

—Lo tenemos, querida —dijo con la tranquilidad que da la certeza—. Ya no tengo dudas. Esta es la respuesta que espera la Orden. Si te parece, ahora mismo envío la foto de la cruz a mi padre para que se la

haga llegar.

Asentí con poca convicción. El nudo que sentía en la garganta me impedía emitir ningún sonido. Persi debió creer que se debía a la emoción por haber superado la prueba, porque me pasó su brazo por los hombros y me dijo:

—Vamos a celebrarlo. Nos lo hemos ganado. Esta noche te llevo a cenar al mejor restaurante de todo Madrid.

Pero se equivocaba. Yo no me encontraba en aquel estado por la posibilidad de haber superado la prueba. Todavía teníamos que confirmar ese hecho. No, lo que a mí me preocupaba era algo muy diferente, algo que no podía compartir con él, por lo menos no hasta haberlo analizado con más calma. Allí dentro se me había mostrado la posibilidad de que mi pesadilla sobre la muerte de Agustín hubiese ocurrido de verdad.

Me estremecí al pensarlo. Si eso había sido real, ¿lo serían también el resto de mis sueños? ¿Habría existido Cristina, la chica cuya vida yo estaba reviviendo cada noche?

Y, sobre todo, ¿por qué? ¿Por qué me estaba sucediendo algo así a mí?

CAPÍTULO 38

PERSI

Patri no quiso celebrar nuestra victoria. Me hubiese encantado pasar una noche diferente con ella, tener una cita en la que pudiésemos comportarnos como una pareja normal. Pero se negó. Ya en casa, me dijo que estaba muy cansada, que el día había sido más complicado de lo que yo suponía. Fue entonces cuando me habló de Aitor.

Me contó que era el nuevo responsable de patrimonio histórico de la Comunidad de Madrid y que había estado en el evento de esa mañana. Noté cómo la mención de aquel impresentable me ponía en tensión. ¿Por qué tenía que volver a aparecer en nuestras vidas? Todavía fue peor cuando me explicó que era uno de los miembros de la Orden de Salomón. Al principio no di crédito a lo que me decía. ¿Tantos años intentando identificar a uno de ellos y ahora él se presentaba así, sin más? No tenía sentido. ¿Por qué lo habría hecho?

Patri me dijo que quería ayudarla, que estaba preocupado por si no conseguíamos resolver a tiempo la segunda prueba. ¿Preocupado? ¡Ja! Aquel idiota engreído jamás se preocuparía por nadie más que por sí mismo. ¿Cómo no lo entendía ella? Lo comprendí cuando alegó que Aitor había cambiado, que lo hacía por la amistad que tuvieron en su adolescencia. «Tú tuviste con él algo más que una simple amistad», pensé mientras el recuerdo de aquellos años se me atragantaba en la garganta y los celos aletargados por el tiempo regresaban con todo su veneno.

Intenté mostrarme sosegado cuando le respondí que no podíamos fiarnos de él, que no sabíamos lo que de verdad podría querer para ofrecernos su ayuda. Aitor era una alimaña sin escrúpulos, por mucho que ella no quisiera verlo. Patri se revolvió ante mis palabras, y me dolió que lo defendiese. ¿Acaso todavía sentiría algo por él? Eso fue más de lo que pude soportar. Le dije que no quería saber nada de ese hombre y que, si a ella no le apetecía celebrar nuestra victoria, yo sí que pensaba hacerlo. Salí de casa dando un portazo que retumbó en el silencio del campo. Entré en mi coche y me desquité a golpes con el pobre volante como si fuese el maldito fantasma que había regresado a nuestras vidas.

Acabé deambulando por los jardines del palacio. A esa hora todavía estaban abiertos al público, pero la oscuridad de la noche avanzaba sobre el cielo recordándome que no podría permanecer mucho tiempo allí. Aquel lugar me ayudaba a aclarar mis

ideas. Era como pasear por un lugar mágico del que, hasta hacía algunos años, solo habían podido disfrutar unos pocos privilegiados.

La luces ya se habían encendido y creaban un halo perfecto para dar un toque de serenidad casi mística al ambiente. La restauración, que se estaba acometiendo por fases, había devuelto casi todo su esplendor a aquel paraíso creado por el infante don Luis en el siglo XVIII. Dejé atrás la fachada del palacio y avancé entre los parterres del nivel superior, hasta llegar a la balaustrada de estilo italiano que separaba aquella zona de las inferiores destinadas al cultivo y a la huerta. Desde allí dejé que mi vista se perdiera en la lejanía, contemplando el monte que servía de marco perfecto para tan bello paisaje.

«¿Cómo has llegado a esto, Persi?», me pregunté como si fuera un extraño que contemplase mi vida sin comprenderla. La cruzada en la que me había embarcado estaba aniquilando cualquier atisbo de felicidad en ella. Llevaba años poniendo toda mi energía en destruir a una organización que cada vez parecía más poderosa, dejándome la piel en representar a un personaje que solo me había traído sinsabores, ocultando mis sentimientos por la única mujer que de verdad había amado. Y ahora, encima, esto.

Cuando pensaba que por fin mi matrimonio con Patri estaba avanzando, que ella ya no me rechazaba con la firmeza de antes, que hasta me había parecido que sus ojos querían decirme algo en la capilla… Ahora llegaba Aitor, y con él la posibilidad de que tirase por tierra todo lo que había conseguido. ¡Dios, cómo odiaba a ese hombre! A pesar de los años que hacía que no lo veía en persona, sentía unas ganas irrefrenables de estamparle el puño en su despreciable rostro de chulo engreído, como debería haberlo hecho tantos años atrás. Quería gritarle que nos dejase en paz, que no se le ocurriera volver a acercase a Patri, que esta vez no iba a consentir que me arrebatase a mi mujer.

Pero no podía hacer nada de eso. Cualquier actitud hostil por mi parte despertaría sus sospechas y las de la Orden. Además, Patri ya me había dejado muy claro lo que opinaba al respecto. Sin embargo, sí había algo que podría hacer. Hablaría con Claudia para que le contase a Carles lo que habíamos descubierto, incluida la posibilidad de que el Tesoro del Santo fuese la corona de la Virgen. Sonreí con malicia. Aitor había dado un paso en falso delatándose como miembro de la Orden, y yo no pensaba dejar pasar aquella oportunidad. El inspector Caralps tenía los recursos para investigarlo, para descubrir los trapos sucios que escondía tras aquella fachada de buen samaritano que intentaba mostrar a Patri. Solo así ella dejaría de ponerlo en un altar.

Saboreé mi victoria por anticipado. Con esperanzas renovadas, cogí el móvil y llamé a Nacho.

—¿Me invitas a cenar en tu casa? El vino lo llevó yo.

A pesar de lo extraño de mi propuesta y de que yo sabía que al día siguiente tenía que madrugar, Nacho la aceptó sin poner ninguna objeción. Como siempre, me ofreció su hombro intuyendo que yo lo necesitaba.

Su amistad era un gran tesoro que tenía miedo de perder cuando descubriese la verdad sobre la muerte de su padre, pero era mi obligación protegerlo del peligro que suponía la Orden de Salomón. Ojalá ese día comprendiese que lo había hecho por lo mucho que él significaba para mí.

CAPÍTULO 39

PATRI

Apenas unos días después, comenzaron a sucederse una serie de acontecimientos que me mantuvieron alejada de lo que hasta ese momento me había preocupado. Fueron dos meses en los que mi mundo giró como una ruleta en la que yo saltaba una y otra vez del rojo al negro sin poder evitarlo. A principios de junio temí por la vida de mi madre. No por la Orden de Salomón, sino porque ella misma le pusiese fin.

Mi amiga Vera fue la protagonista de aquellos acontecimientos, pero esa es una historia que es mejor que cuente ella. Lo que sí puedo decir es que la verdad que descubrimos afectaba a mi madre y a su pasado.

De la forma más inesperada, por fin se reveló ante mí la mujer de la que me había hablado mi padre. «Ella no es como todo el mundo cree». Entonces lo comprendí. Su prepotencia, su altivez, y ese obsesivo rechazo hacia el sexo masculino, no eran más que una forma de protegerse para no volver a sufrir.

Mi madre se había pasado la vida ocultando los maltratos a los que su padre y después su primer marido la habían sometido. Y, cuando al fin había encontrado un hombre que pensaba que la amaba de verdad, este la había traicionado. Pero no desfalleció, al contrario, lamió sus heridas y transformó su dolor en una coraza a prueba de sentimientos. Encerró su corazón bajo llave y no volvió a permitir que nada ni nadie accediera a él. Ni siquiera yo. Ni siquiera mi padre que la adoraba con devoción. Poder, eso era lo único que le importaba, porque sabía que con él jamás volvería a estar sometida a nadie.

Sin embargo, toda esa fortaleza se derrumbó al descubrir la verdad. No había habido ninguna traición. Los sueños con los que había fantaseado podrían haberse hecho realidad si su primer marido no los hubiese aniquilado. Si ella no se hubiese dejado manipular por aquel demonio. Fernando no solo había conseguido que odiase al amor de su vida, sino que además la había convertido en testigo mudo de sus fechorías.

Mi madre se encerró en su habitación. De día y de noche permanecía en la oscuridad más absoluta y apenas comía. Casi no hablaba, y cuando lo hacía el llanto ahogaba su voz. A mí me destrozaba verla así. La mujer que yo consideraba un pilar inquebrantable, se había desmoronado al descubrir que los cimientos en los que había

erigido su vida eran una burda mentira. Y no solo eso. Su silencio había hecho mucho daño a personas inocentes. Aquello la torturaba.

La vi tan desesperada que tuve miedo de que cometiese alguna locura. Por eso pedí ayuda a Nacho. La prueba de lo débil que estaba fue que no opuso ninguna objeción a sus visitas. Creo que su instinto de supervivencia, ese que la había mantenido a flote durante toda su vida, le decía que necesitaba ayuda si quería salir de aquella situación.

Contraté a Lourdes por recomendación de mi amigo. Decía que durante esa fase convendría que mi madre estuviese atendida por alguien con experiencia en casos similares. Al principio pensé que se opondría a que una extraña viviese con ella en casa, pero me equivoqué. Mi madre aceptó a Lourdes cuando le explicamos que así yo tendría la seguridad de que no le faltase de nada.

Quizá también ayudó el hecho de que me mudase con ella para poder cuidarla mejor.

Sabía que estaba incumpliendo una de las reglas que nos había impuesto la Orden, pero me dio igual. Ellos no podían causarle más daño del que ya estaba sufriendo y, mientras permaneciera en su habitación no había forma de que atentaran contra su vida. Después de conocer la historia de mi madre, había llegado a plantearme si su condena no estaría basada en hechos reales. Me parecía demasiada casualidad que se hubiese quedado viuda tan solo dos meses después de los acontecimientos que yo acababa de descubrir. ¿Y si de verdad había matado a su primer marido? Me sorprendí comprendiendo que, aunque lo hubiese hecho, yo no pensaba juzgarla. Era mi madre.

Para mí, eso era lo único que importaba.

CAPÍTULO 40

PERSI

Echaba de menos a Patri. Desde el momento en que se mudó a casa de sus padres, la soledad de la nuestra se me hizo insoportable. Sabía que no tenía ningún derecho a pedirle que se quedase conmigo, pero su ausencia me resultaba asfixiante. Ya no desayunaba en casa, porque ella no estaría allí para comentar los proyectos de nuestro día; me entretenía por las tardes para no regresar a un hogar vacío; pedía la cena a domicilio, porque ya nadie se mofaría de mis platos sibaritas mientras saboreaba mis creaciones con glotonería. Pero lo que peor llevaba eran esos pequeños detalles que me recordaban que ella ya no estaba. Ver mi cepillo de dientes solo, en el baño que compartíamos, me mortificaba como si acabase de despertar de un bello sueño que quería continuar.

Sabía que tarde o temprano eso era lo que habría sucedido. Ella me lo había dejado muy claro cuando puso sus condiciones a nuestro matrimonio, pero jamás pensé que dolería tanto. Me sentí como Adán al ser expulsado del Paraíso. Aunque nuestra relación no fuese del todo la de una pareja de recién casados, había probado una pequeña muestra de lo que podría haber llegado a ser, y eso me torturaba aún más.

Me sentí como un idiota por no haber aprovechado nuestros momentos juntos para sincerarme con ella. Ahora ya no podía hacerlo. Patri se había encerrado en su mundo y lo único que le importaba era la salud de su madre. Ni siquiera había mostrado interés por el nuevo mensaje de la Orden de Salomón que apareció en el buzón de nuestra casa a principios de abril. Tres meses, ese era el nuevo plazo que nos daban. La tercera y última prueba, según decían, venía encriptada como la anterior. El resultado, una frase que estaba volviéndome loco, porque no tenía ni idea de cómo afrontarla: «Solo aquel que se arrodille delante del Tesoro del Santo, será digno de pertenecer a la Orden de Salomón».

Al principio me quedé sorprendido de que, aquel «Tesoro del Santo» del que hablaba el hermano de Claudia, fuese el mismo que ahora la Orden quería que encontrásemos. Pero ¿cómo íbamos a hacerlo sin más información? Durante años pensé que Alonso había errado en sus sospechas, porque no habíamos detectado que siguiesen vigilando a Arturo. Él insistía en que el tesoro no podía ser algo real, que no había hallado ningún documento que hablase ni siquiera remotamente de algo así, y

que nada en las excavaciones realizadas en el yacimiento de san Babilés podría considerarse un tesoro más allá de su valor histórico.

Pero ahí estaba de nuevo. El Tesoro del Santo debía de ser real, porque la Orden lo estaba identificando como un elemento clave para sus pruebas de iniciación. ¿Acaso nos estábamos equivocando con su significado? ¿Y si no era un objeto material? Ya no sabía qué pensar. En un intento desesperado, busqué la respuesta revisando un millar de libros, volví a preguntar a la gente del pueblo, investigué la historia de la corona de la Virgen, pero todo fue inútil. El plazo que nos había dado la Orden expiraba en quince días y yo seguía sin tener ni una sola pista de cómo encontrar aquello ante lo que Patri y yo tendríamos que arrodillarnos.

CAPÍTULO 41

PERSI

—Carles me dio esto anoche —dijo Claudia tendiéndome un *pendrive*.

No era algo extraño. El inspector Caralps nos mantenía informados pasándonos puntualmente la información sobre el caso. Utilizar un dispositivo externo a las redes evitaba su posible rastreo. Sin embargo, en aquella ocasión Claudia parecía más tensa de lo normal.

—¿Qué ocurre? —pregunté preocupado. Estábamos en el salón de mi casa y podíamos hablar con tranquilidad.

—Me ha dicho que hay un par de altos mandos que han empezado a hacer preguntas sospechosas. Su jefe está intentando que la investigación no salga de su ámbito de influencia, pero teme que, dada la magnitud del caso y de la relación con el robo de antigüedades, tengan que colaborar con otras unidades. Eso dificultaría el control que han mantenido hasta ahora sobre la operación y se incrementaría el riesgo de que algún infiltrado dé la voz de alarma.

—Era de esperar —respondí con resignación—. Bastante ha hecho ya para evitarlo.

Tenemos que confiar en que por lo menos nuestra participación permanezca en el anonimato.

—Creo que por eso no tenemos que preocuparnos —confirmó Claudia —. Carles me ha asegurado que ni siquiera su equipo lo sabe.

—Y hablando del inspector Caralps —dije con una media sonrisa—, ¿cómo va tu relación con él? ¿Os habéis acostado ya?

Mi amiga se tensó y por su comportamiento supe que había dado en la diana.

—¡Por supuesto que no! Entre Carles y yo la única relación que existe es la estrictamente profesional —respondió elevando la cabeza con desdén—. Lo soporto porque nos está ayudando, pero sigue siendo un engreído que no merece mi atención.

—Ya… —murmuré recordando que sus «citas de trabajo» cada vez se producían con más asiduidad. Claudia siempre se justificaba diciendo que era su tapadera, pero la conocía lo suficiente como para saber que

había mucho más debajo de aquella frialdad que se empeñaba en aparentar.

—Yo he hecho mi parte, ahora te toca currar a ti —replicó cortando a las bravas aquel giro de la conversación—. Tienes que empollarte los documentos que nos ha pasado.

—¿Qué te ha contado sobre ellos? —pregunté volviendo a centrarme en el caso —

¿Cómo los consiguió?

—Me dijo que se los había dado la viuda de Ernesto Maldonado, aquel anticuario que era amigo tuyo —me recordó como si fuese necesario. No quise reprochárselo para evitar una interrupción—. La mujer se está mudando de casa porque no soporta vivir allí sola y parece ser que, al desmantelar el despacho de su marido, descubrió una caja fuerte escondida tras un cuadro. Dentro había un registro de transacciones comerciales de los últimos dos años y varias fotos de antigüedades. Le llamó la atención porque, según ella, Ernesto guardaba toda la información relacionada con su negocio en la sala de subastas. Además, también encontró un mensaje escrito de su puño y letra en el que le pedía que entregase aquellos documentos a la policía si le sucedía algo —respondió Claudia del tirón—. Carles me ha dicho que la señora está colaborando en todo para encontrar a los asesinos de su marido. Incluso ha cumplido su última voluntad, aunque pueda salir perjudicada si esto sale a la luz. Por lo que han descubierto hasta este momento, esas piezas no entraron en el circuito legal del comercio de antigüedades.

Recordé las últimas palabras que Ernesto me había dicho: «Este negocio puede ser muy peligroso si te juntas con la gente equivocada. Mantente alejado de ellos». Para él ya era demasiado tarde.

—¿Y te ha comentado qué necesita que investigue yo? —pregunté alejando de mí esos pensamientos.

—Quiere que revises las fotos por si hay alguna pieza que te resulte familiar. Su equipo ya está comparándolas con objetos robados, pero me ha pedido expresamente que te centres en la última del inventario. Creo que me dijo que eran unas piedras negras con algo escrito en ellas —recalcó antes de levantarse del sofá—. Y ahora, te dejo para que te pongas manos a la obra.

Yo también me incorporé.

—¿No te quedas a cenar? Puedo prepararte algo rápido digno de un marajá —dije con una media sonrisa que no ocultaba lo mucho que odiaba tener que volver a quedarme solo.

—Lo siento mucho, hoy no puedo —respondió despacio, acariciándome la mejilla con su mano, leyendo en mis ojos la tristeza que me consumía—. ¿Hasta cuándo vas a seguir así, Persi? Habla ya de una puñetera vez con tu mujer y arregla esto. No tiene sentido que continúes torturándote. Ella tampoco se lo merece. Ahora te necesita más que nunca, pero no al hombre que cree que eres, sino al de verdad. Estoy convencida de que no te rechazará.

Cerré los ojos, agaché la cabeza y di un paso hacia atrás.

—Lo pensaré… —fue lo único que pude decir para no delatar lo cobarde que me sentía en ese momento.

Pero no lo hice. Cuando Claudia se fue, me refugié en mi estudio y aparté el recuerdo de Patri revisando la información de Carles. La hoja fotografiada era una especie de inventario en el que había diez registros, uno por cada pieza. En las sucesivas columnas se indicaba la fecha de adquisición, el vendedor, una pequeña descripción o algún dato relevante de lo que conocía sobre la procedencia del objeto, la fecha de venta y quién lo había comprado. Todos los artículos tenían un código numérico que coincidía con el que aparecía escrito a mano en el reverso de su foto correspondiente.

Comprendí por qué el inspector Caralps quería que me centrase en la última. Las

«piedras negras con algo escrito», como las había denominado Claudia, resultaron ser una colección de fragmentos de pizarras visigóticas. Restos como aquellos solían ayudar a los eruditos a comprender mejor una época de la que apenas se conservaba documentación original. Ernesto había registrado su entrada unas dos semanas antes de morir. Indicaba que fue un labrador de Boadilla del Monte quien las encontró allá por los años cincuenta del siglo pasado, y que después vendió a un coleccionista. Los nietos de este se habían desecho de ellas sin muchas contemplaciones a cambio de una buena suma de dinero. Las columnas sobre su posible venta estaban vacías, lo que hacía suponer que todavía se encontraban en posesión de Ernesto cuando murió. ¿Podrían tener esos fragmentos alguna relación con su asesinato?

Me pasé el resto de la noche intentando descifrar lo que había escrito

en ellos. Casi al amanecer, con los ojos hinchados, el estómago rugiendo y un dolor terrible de espalda por las horas en tensión, tuve la esperanza de que había dado con algo importante.

El contenido de aquellas veinte piezas, unas más grandes que otras y en mejor o peor estado de conservación, era muy variado. Mientras a duras penas conseguía comprender lo que decían, recordé un artículo que había leído hacía algunos años sobre el entorno en el que se encontraron otras similares, de manera fortuita o en yacimientos excavados del centro de la península ibérica. Lo busqué en internet para asegurarme. En él se explicaba que la hipótesis más extendida era que se trataban de archivos en piedra vinculados a iglesias de época postromana, aunque la documentación grabada en ellas solía ser propia de laicos. Información relevante para los habitantes de los alrededores.

A través de textos, dibujos o series numéricas, acercaban a la vida cotidiana de lugares concretos de la geografía española sobre los que escaseaban las noticias históricas.

Las que aparecían en las fotografías del inspector Caralps eran similares. En algunos fragmentos se podía intuir que hablaban sobre operaciones de compraventa, en otros sobre pleitos, pero el que llamó mi atención fue uno en el que pude leer unas palabras muy concretas: «Ordo Salomonis».

Aquel descubrimiento me dejó atónito. ¿Cómo era posible que aquella piedra que debía datar del siglo VI o VII contuviese ese nombre? ¿Sería una mera casualidad o la razón por la que habían asesinado a Ernesto? ¿Y si querían conseguirla por algo más que por su valor económico como antigüedad?

Con más ahínco, continué analizando lo que ponía en el resto de las pizarras a pesar de los estragos que el paso del tiempo había hecho en la mayoría de ellas.

Nombres de individuos, algunos hechos, palabras sueltas con las que al fin conseguí hilar una posible historia. Quizá solo fuera porque se había desarrollado en la misma zona en la que yo vivía, pero me resultó muy fácil reconstruir en mi mente lo que contaban. Hasta me imaginé con todo detalle a los personajes que se mencionaban en ellas.

Hablaban de un hombre de gran importancia. Se llamaba Eligio y su familia había dominado aquel territorio desde épocas remotas, por lo

que deduje que debían haber pertenecido a la antigua élite hispano-visigoda tan característica de las zonas rurales.

Aquel dato seguro que despertaba el interés de Arturo. ¿Habríamos encontrado por casualidad la identidad de los restos hallados en la tumba principal de la ermita de san Babilés?

Y lo más revelador, a Eligio se le mencionaba como el sumo guardián de la Orden de Salomón. De hecho, uno de sus nietos, un tal Liuva, había sido el encargado de sucederle en el cargo. El otro se llamaba Waville, pero las tablillas en las que se hablaba

de él y del padre de ambos estaban tan deterioradas que no fui capaz de obtener más información sobre ellos.

La historia me tenía fascinado. Sin embargo, lo que de verdad hizo que me diera un vuelco el corazón, fue descubrir en una que estaba en bastante buen estado, que la principal misión de esos hombres era custodiar un objeto sagrado que pertenecía al tesoro de los visigodos. No decía nada más sobre él.

Por su antigüedad, me resultaba casi imposible de aceptar que aquella Orden de Salomón tuviese algo que ver con la nuestra, pero el hecho de que protegiesen un tesoro me impedía descartarlo. ¿Y si ese objeto sagrado era el mismo que había estado buscando la actual, al que llamaban Tesoro del Santo, y que ahora tendríamos que encontrar Patri y yo para superar su última prueba?

Mi cerebro se volvió loco. Las ideas se arremolinaban en mi mente, pero ninguna parecía tener sentido. Lo único que me quedaba más o menos claro era que el santo en cuestión solo podía ser san Babilés, salvo que Alonso se hubiese equivocado al pensar que la Orden estaba vigilando a la Hermandad para descubrir su tesoro. Esto hizo que me plantease otra cosa. ¿Existiría alguna conexión histórica entre ambas de la que ni siquiera Arturo tuviese constancia?

Entonces recordé algo. Según la tradición, san Babilés no era oriundo de la zona donde se habían encontrado las pizarras, pero sí era visigodo. Aquello me alentó. Yo sabía que los monarcas que dirigían a este pueblo guardaban su tesoro en Toledo. ¿Sería también casualidad que el santo hubiese vivido allí antes de venir a Boadilla? Por esas fechas los musulmanes ya se habían apoderado de las riquezas cristianas, pero ¿y si alguien había logrado esconder ese objeto sagrado antes de que cayera en manos enemigas? Quizá fuera algo de pequeño tamaño, una joya o algo similar que no resultase difícil de

ocultar. ¿Y si el santo había descubierto su escondite o simplemente había llegado a sus manos por casualidad?

Sabía que todas aquellas hipótesis parecían una locura, pero no tenía ninguna otra pista que seguir y estaba desesperado. A pesar del cansancio, me sentí con fuerzas renovadas. Por muy descabellada que fuera, había encontrado una vía para salir del estancamiento que me estaba ahogando y no pensaba menospreciarla. Eso sí, necesitaba ayuda. Mis conocimientos sobre la época visigoda en España no estaban a la altura de lo que estaba buscando. Por suerte, conocía a un par de ancianitas que serían mi salvación.

CAPÍTULO 42

PATRI

Persi se presentó en casa de mi madre sobre las cinco de la tarde. No lo esperaba. Casi todos los días solía pasarse a hacerme una visita, pero no tan temprano. «Quizá tenga planes para esta noche de viernes», pensé con mal sabor de boca. Aunque, a juzgar por las ojeras que mostraban sus ojos, igual lo que tenía era una resaca. Se le veía un poco demacrado, pero eso no era una novedad. No quise mortificarme pensando en los excesos que estaría haciendo, él era libre para vivir su vida como mejor le pareciera. Yo había sido la primera que me había marchado de casa incumpliendo así el mandato de la Orden. ¿Qué derecho tenía a recriminarle nada?

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó al entrar.

—Igual —respondí resignada—. Nacho dice que es pronto todavía, que necesita tiempo para asimilar lo que le ha sucedido.

—¿Y tú?

—Bien.

Esa era la escueta respuesta que le daba siempre. ¿Para qué iba a agobiarle con mis penas? Sabía que él me escucharía ofreciéndome su apoyo, como ya lo estaba haciendo, pero era yo la que no quería permitirme esos momentos de debilidad o acabaría arrastrada por ellos. Con lo mal que lo estaba pasando, bajar la guardia con Persi podría llevarme a confesarle mucho más de lo que él quisiera escuchar.

—¡Estupendo, no sabes cuánto me alegro! —respondió con una radiante sonrisa que me dejó sorprendida. En ese punto de la conversación, él siempre mantenía un tono sosegado, nada que ver con el ímpetu animado con el que lo había dicho—. Así no podrás negarte al plan que tengo pensado para esta tarde. ¡Nos vamos a Toledo!

Lo miré como si acabase de decirme que se iba a hacer monje de clausura.

—¿Te has vuelto loco? Creo que la fiesta de anoche se te fue de las manos…

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta?

Ahora fue él quien me miró extrañado.

—Nada, olvídalo —respondí con un movimiento de la mano como si estuviese espantando una mosca—. ¿A santo de qué quieres que nos vayamos ahora a Toledo?

—Querida, has dado en el blanco tú solita —dijo acercándose a mí hasta que nuestros cuerpos se tocaron. Llevó sus labios a mi oído y me estremecí por el roce de su cálido aliento—. He encontrado una pista sobre el Tesoro del Santo y necesito averiguar algo allí. De camino te lo cuento.

Todavía estaba intentado asimilar lo que me había dicho, cuando oí los pasos de alguien bajando por la escalera. Supuse que sería Lourdes. Persi me rodeó con sus brazos por la cintura para disimular. No se vería como algo extraño un momento de intimidad entre un matrimonio separado por las circunstancias. Ojalá fuese así. Ojalá mi marido de verdad estuviese buscando mis caricias, porque las echase de menos. Ojalá pudiese girar mi cabeza para besarlo con las ganas que sentía en cada poro de mi piel.

Pero no, aquello solo era una farsa. Por eso tuve que contenerme, como siempre, pero sí aproveché la situación para abrazarlo. Aunque solo fuera por un instante, necesitaba el consuelo que su cuerpo me ofrecía. Aspiré su aroma, fresco y seductor, y me refugié en la ilusión de pensar que mi marido me correspondía.

Ante mi silencio, Persi entendió que estaba sopesando su petición, y movió la cabeza hasta que nuestros rostros estuvieron enfrentados.

—Por favor… —me suplicó susurrando, y en su mirada pude leer una desesperación que no me esperaba.

Quise acariciar su mejilla para borrar aquella expresión, sentir que el hombre que me abrazaba era real y no la imagen que recreaba por las noches en la soledad de mi habitación. Lo echaba de menos. Tanto, que me resultaba insoportable tener que aceptar la idea de que, por mucho que yo lo deseara, jamás podría compartir mi vida con él.

Nunca llegaría a casa sabiendo que él estaría allí para sacarme una sonrisa con sus comentarios extravagantes; nunca vería correr a nuestros hijos por el monte, o enfrascados en una lectura ajenos al mundo como hacía su padre; nunca envejeceríamos juntos. Seríamos amigos. Solo eso.

Pero esa tarde sí podía aprovecharla. Escapar por unas horas de

aquella casa que cada vez se me hacía más pequeña a pesar de su enorme tamaño. Ya no era la ausencia de mi padre lo que me asfixiaba, sino la de mi marido.

—Está bien, tú ganas —concedí al fin esforzándome en ocultar mis verdaderos sentimientos—. Espérame aquí. Voy a por el bolso y no vamos.

—Te prometo que no te vas a arrepentir —murmuró dándome un beso en la frente.

Aquel gesto provocó que me diera la vuelta con brusquedad y salí escopetada hacia las escaleras. Por nada del mundo quería que viese lo mucho que aquel gesto de amistad inocente me había dolido.

CAPÍTULO 43

PATRI

Durante el trayecto, Persi me contó por qué quería que le acompañase a esa repentina excursión a Toledo. Habían llegado a sus manos unas fotos en las que aparecían unas piedras de la época de los visigodos. En ellas se mencionaba a la Orden de Salomón. Y

no solo eso, en uno de los fragmentos se decía que aquellos hombres custodiaban un objeto sagrado perteneciente al tesoro real. Según Persi, podría tratarse del mismo que nosotros teníamos que encontrar. San Babilés había estado en Toledo después de que los musulmanes la conquistaran, pero ¿y si antes del ataque alguien lo hubiera escondido y él supiera dónde? A mí todo aquello me parecía rocambolesco. Marcos me había dicho que la Orden de Salomón era muy antigua, pero ¿tanto como para haber permanecido activa durante siglos? Además, seguro que había muchísimos santos cuyas vidas estuvieron relacionadas con reliquias antiguas, ¿por qué iba a ser precisamente el nuestro al que se refiriese la prueba? Yo jamás había oído que san Babilés tuviera nada que ver con ningún tesoro, todo lo contrario. A él lo que le interesaba era enseñar a los niños, no las riquezas por muy sagradas que fuesen. Sin embargo, me callé todas mis objeciones. Persi estaba tan ilusionado que no me apetecía desmotivarlo. Su compañía era lo único que me importaba en aquel viaje.

Aunque había algo relacionado con lo que había dicho que seguía sin atreverme a contarle. Cuando desciframos el mensaje de la última prueba de la Orden, me sorprendió lo que nos pedían. Arrodillarnos delante del «Tesoro del Santo». Yo había oído antes ese nombre. Eso era precisamente lo que buscaban los soldados ingleses que aparecían en mi sueño, en aquel en el que Cristina se suicidaba para no entregárselo. Lo recordaba bien. Como también recordaba la posibilidad de que hubiese ocurrido de verdad, al igual que la muerte de Agustín en la capilla de San Cristóbal. Si eso fuese cierto, querría decir que ella conocía el paradero de ese tesoro en su época. Pero ¿de qué nos servía eso? Cristina se había llevado el secreto a la tumba y, salvo que yo tuviese otro sueño en el que se mencionase, no había manera de avanzar por ahí. Ya lo había intentado investigando por mi cuenta para encontrar alguna prueba material que me confirmase que Cristina no era solo fruto de mi mente noctámbula.

Persi continuaba hablando de un personaje llamado Eligio y de lo que había descubierto sobre él. Entre otras cosas, que había vivido en el territorio de nuestra actual Boadilla.

—¡Te imaginas que fuese el hombre que se encontró enterrado en la ermita de san Babilés! —exclamó entusiasmado.

Entonces me di cuenta de dos cosas.

La primera, que si existía la más mínima posibilidad de que así fuera, era de vital importancia poder acceder a la fuente de Persi para que nuestro equipo de arqueólogos comparase esa información con los restos hallados en la ermita. ¡No podíamos pasar por alto aquel hallazgo! Sin embargo, cuando lo interrogué por el origen de esas pizarras, mis esperanzas cayeron en picado. Se trataban de objetos robados que nadie sabía dónde se encontraban, y la información de las fotografías que él había visto no se podía hacer pública. Por lo menos, no de momento, hasta que sus dueños nos diesen su consentimiento. Tampoco me reveló sus nombres. Según él, querían permanecer en el anonimato.

La segunda idea que me vino a la cabeza estaba relacionada con algo muy concreto.

—Si lo que has descubierto se confirma, es decir, que ese tal Eligio es el mismo hombre cuyos restos aparecieron en el enterramiento principal de la ermita y que además era el sumo guardián de aquella Orden de Salomón, entonces la estela que encontramos en su tumba podría tener connotaciones diferentes a las que pensábamos

—comenté despacio, intentando aclarar mis ideas.

—¿A qué te refieres?

—A que en ella aparecía una rosa dodecapétala similar al símbolo de la Orden.

Quizá por eso la enterraron con él.

El recuerdo amargo de Aitor burlándose de que, si el muerto era tan importante por qué había reaprovechado una piedra en lugar de costearse una nueva, regresó a mi mente y consiguió que me removiese incómoda en el asiento. Por suerte, no había vuelto a tener noticias suyas desde aquel día. Por lo menos, ninguna más allá de las estrictamente profesionales y siempre por correo electrónico.

—Tranquila, ya falta poco —comentó mi marido suponiendo que mi malestar se debía al viaje—. Te aseguro que va a merecer la pena. Si mi madre te parece de otro mundo, espera a conocer a sus primas.

De nuevo me callé lo que opinaba al respecto. Se me ocurrían un millón de planes más atractivos para esa tarde de mediados de junio, que pasarla en casa de unas señoras a las que yo apenas recordaba del día de la boda. Pero Persi estaba convencido de que

ellas podrían ayudarnos a resolver el enigma que planteaba la última prueba de la Orden y no me atreví a protestar.

—¿Has estado alguna vez en un cigarral? —me preguntó cuando llegamos a Toledo.

—No, la verdad es que no. He oído hablar mucho sobre ellos, pero nunca he tenido la ocasión de ver ninguno.

—Pues este te va a encantar—dijo sonriendo—. Los cigarrales son antiguas fincas de recreo que se sitúan en el lado izquierdo del Tajo, la mayoría han sido acondicionadas como hoteles o restaurantes de lujo, pero el de mis tías sigue tal cual. Ya verás cómo tienes la sensación de que has retrocedido en el tiempo.

Ojalá fuese cierto, ojalá pudiese regresar a la época en la que no existía la Orden de Salomón y mi padre todavía estaba conmigo.

—¿Y a tus tías no les importa que vayamos?

—¡Para nada, querida, y eso que la agenda social de este par de ancianitas parece la de un ministro! —exclamó con ternura—. Participan en todos los eventos culturales de cierta relevancia de Toledo y, en una ciudad como esta te aseguro que lo que les falta es tiempo. Pero yo soy su sobrino favorito, así que no han podido resistirse a mi petición.

Además, hace tiempo que me llevan diciendo que vengamos a verlas, que en la boda no les dio tiempo a conocerte como Dios manda.

—¿Y por qué crees que pueden ayudarnos?

—No conozco a nadie que sepa más sobre la época de los visigodos que ellas.

Llevan toda su vida estudiándolos, es su tema favorito. Ya lo comprobarás tú misma.

Lo que me faltaba, una sesión maratoniana de clase de historia. La tarde mejoraba por momentos.

Sin embargo, cuando llegamos tuve que tragarme mis palabras. Solo con contemplar aquella magnífica edificación situada en lo alto de una colina, el viaje ya hubiera merecido la pena. Rodeada de un frondoso arbolado que nos protegía del calor que todavía hacía a esas horas, las vistas desde allí eran espectaculares. El casco antiguo de Toledo se divisaba desde el jardín como si fuese una postal, un cuadro pintado por un artista de dedos mágicos.

—¿Te gusta? —me preguntó Isabel con dulzura colocándose a mi lado. Era la mayor de las dos, la de curvas más redondeadas, la que tenía el cutis tan blanco que parecía mimetizarse con su cabello y los ojos claros y vitales como los de Persi—. Este era el rincón favorito de nuestra madre. Solía pasarse horas aquí cuidando de sus flores, decía que eran el marco perfecto para tan bello paisaje. Ni mi hermana ni yo heredamos su amor por las plantas, ahora un jardinero se encarga de tenerlo todo como a ella le gustaba.

Había tanto cariño en aquellas palabras, tantos recuerdos, que me conmovieron.

Podía entender lo que sentía al contemplar aquel jardín. A mí me pasaba lo mismo con la música. Lo de componer o tocar algún instrumento no era lo mío, pero al escuchar alguna de las melodías preferidas de mi padre su memoria se hacía más presente.

—Isabel, no es momento para ponerse melodramática. Los chicos deben de estar deseando tomar algo dentro de casa, aquí todavía hace demasiado calor —replicó Mercedes.

Era bastante más joven que su hermana, aunque no tanto como Sofí, y aposté a que el coche que había aparcado delante de la casa lo conducía ella. Era alta y espigada, de cabellos más oscuros, rasgos afilados, y una mirada tan profunda que daba la sensación de que nada podría escapar a su escrutinio.

Para qué negarlo, me picaba la curiosidad comprobar cómo sería el interior de aquella edificación que desde fuera se veía muy antigua, aunque en perfecto estado de conservación. La fachada era blanca, con balcones en la segunda planta y ventanas de madera protegidas por unas rejas de hierro forjado. El acceso principal estaba adintelado en piedra, y una puerta maciza de dos hojas decoradas con cuarterones nos dio la bienvenida. ¡Lo que hubiese disfrutado allí Ventura!

El cambio de temperatura se hizo evidente cuando entramos. Sin duda, los anchos muros protegían el recinto del calor, y no quise ni

imaginarme lo que debía costar mantenerla caliente en invierno. Pero eso no fue lo que más me llamó la atención.

Aquella casa parecía haberse quedado aletargada en el tiempo, como un palacio de cuento en el que cada elemento permanecía en el mismo sitio en el que fue colocado siglos atrás. Tan solo algunas fotos actuales delataban el avance de los años.

Isabel y Mercedes nos hicieron un recorrido por su casa, orgullosas al mostrarnos lo que para ellas significaba no solo su vida, sino la de sus antepasados que también la habitaron. Yo no podía dejar de mirar a todos lados como si estuviese en un museo.

Cada estancia era más fascinante que la anterior. Muebles de estilo castellano de

madera maciza y cuero, techos artesonados, cuadros que parecían sacados del Prado, esculturas de santos que ya le hubiese gustado tener a don Julio en nuestra parroquia, hasta tapices había. ¿Cómo habían sido capaces de conservar todas aquellas maravillas en tan buen estado?

—Reconoce que te está impresionado —me dijo Persi con una pícara sonrisa.

—¿Bromeas? ¡Esta casa es increíble! ¡Apuesto a que los turistas harían cola para poder admirarla! —exclamé entusiasmada.

—¡Uf, eso es lo único que nos faltaba! —dijo Mercedes riéndose, pero se notaba que le había agradado mi comentario.

—Nosotras preferimos estar aquí, en la cocina —comentó Isabel abriendo una puerta—. ¿Te apetece tomar una cerveza fresquita o eres más de vino?

—Querida, te recomiendo que elijas la segunda opción. Mis tías tienen una bodega que sorprendería a muchos sumilleres.

—Somo viejas, pero todavía nos sigue gustando disfrutar de algunos placeres de la vida —argumentó Mercedes con un guiño—. Sírvete tú mismo, sobrino. Ya sabes dónde buscar.

—Yo también me apunto —respondí viendo cómo Persi se dirigía hacia una cava eléctrica que contrastaba con el resto de la cocina por su modernidad.

La estancia era amplia, muy acogedora, de estilo rústico similar a la de cualquier casa de campo, y estaba bien iluminada por unas ventanas con visillos a través de los que se veía una zona con árboles frutales. Otra puerta daba acceso directo a la parte exterior e imaginé que sería muy usada por ellas en su día a día. Se notaba que aquella cocina estaba pensada para pasar largas veladas alrededor de la mesa. En ella ya nos estaban esperando ricos platos repletos de jamón y queso.

—Ven Patri, siéntate con nosotras mientras Persi se encarga de las bebidas —dijo Mercedes—. En esta casa somos muy modernas y no hacemos distinción entre sexos.

—Principalmente, porque normalmente solo hay uno —bromeó Isabel colocándose al lado de su hermana, en el banco esquinero que estaba acolchado con unos cojines para resultar más cómodo. Yo me situé enfrente, en una de las sillas—. Pero dinos, Patri, ¿nuestro sobrino te trata bien o tenemos que tirarle de las orejas?

—¡Pero si soy un santo varón, tía! —exclamó Persi trayendo en sus manos las copas y la botella de vino como si fuese un experto camarero—. Confírmaselo tú, querida,

¿tienes alguna queja de tu devoto esposo?

«Solo una, pero el amor no es algo que se pueda forzar y mucho menos exigir».

—Absolutamente ninguna, «querido» —respondí dándole un toque de humor a mi comentario—. Aunque, ahora que lo pienso, quizá podrías ser menos presumido, sibarita, sabiondo, cursi… ¿sigo?

—Pero hombres así hay millones y yo soy especial, exclusivo, hasta me atrevería a decir, irrepetible —comentó agachándose de forma que su rostro quedó a escasos centímetros del mío. Su mirada brillaba con descaro y yo deseé que se desvaneciese la distancia que separaba nuestros labios. Lo único que conseguí fue un beso en la nariz antes de que se sentase a mi lado—. ¿De verdad preferirías tener un matrimonio aburrido con uno de ellos? La vida conmigo es una aventura, está llena de sorpresas y momentos excitantes. ¿O no?

—En eso tengo que darte la razón —dije pensando en todo lo que me había pasado desde el día en que supe que tendría que casarme con él.

—¡Brindemos por los matrimonios felices y duraderos! —exclamó Isabel que ya había servido las copas.

Me gustaban las tías de Persi. Eran un par de mujeres fascinantes, con unas historias de esas que se podrían novelar. Habían vivido según sus reglas en una época en la que eso suponía romper con algunos estereotipos sociales. Isabel era viuda por duplicado. Según ella, sus maridos habían sido hombres maravillosos que se marcharon demasiado pronto, pero que llenaron aquellos escasos años de su vida con mucho amor.

Mercedes, al contrario, nunca había sentido la necesidad de ligarse a nadie de esa forma. Ambas habían estudiado y vivido en el extranjero. Me explicaron que conocían la mayoría de los rincones del mundo que merecían la pena ser admirados, y por eso precisamente valoraban sus raíces y la casa que les servía ahora de remanso de paz.

Yo les hablé de mi trabajo, de los proyectos que estaba llevando a cabo, sobre todo de los últimos descubrimientos en el yacimiento de san Babilés. Ellas se mostraron muy interesadas y me llamó la atención que estuviesen informadas por la prensa de nuestros avances. Se notaba que, tal y como me había dicho Persi, eran grandes conocedoras de la época de los visigodos en España. Ahí fue donde él aprovechó para sacar el tema principal de nuestra visita.

—Por cierto, no os he contado que estoy documentándome para mi próxima novela y me vendría muy bien vuestra ayuda.

—Espero que sea menos comercial que la otra —le recriminó Mercedes—. No diré que esté mal escrita, pero me esperaba mucho más de alguien con tus conocimientos.

—No le hagas caso, Persi. A mí me encantó —contrarrestó Isabel—. Lo que pasa es que tu tía está acostumbrada a leer ensayo, y cuando la sacas de ahí nada le gusta. Pero dinos, ¿qué necesitas?

—Me gustaría saber si habéis oído hablar de algo que estoy investigando. La idea para la novela me la han dado unas fotografías que han llegado a mis manos de unas pizarras visigodas —comentó Persi con entusiasmo, como si estuviese contando la última película que había visto en el cine—. En ellas se menciona a un grupo de hombres que protegían un objeto sagrado del tesoro real. Se hacían llamar «Orden de Salomón». ¿No me digáis que no es un gran comienzo para un *best-seller?* —concluyó mi marido con un exagerado ademán de los suyos.

Pero ni Mercedes ni Isabel le siguieron la broma. Sus rostros se habían quedado serios de repente, con una expresión de sorpresa e

incredulidad en sus ojos que me hizo suponer que no era la primera vez que oían ese nombre. Se miraron la una a la otra durante un instante, comunicándose entre ellas en silencio, en un lenguaje perfeccionado con los años de convivencia juntas. Entonces, Isabel asintió con la cabeza dando su aprobación para que Mercedes hablase.

—Persi, ya va siendo hora de que te mostremos algo —dijo esta última poniéndose en pie—. Acompañadnos.

Ahora fuimos nosotros los que nos miramos sin decir nada. ¿Qué podían saber ellas para haber reaccionado así al mencionar a la Orden de Salomón?

CAPÍTULO 44

PATRI

—¡Madre mía! —exclamé anonadada al contemplar la enorme biblioteca situada en el piso superior. Por un instante me sentí igual que Bella cuando Bestia abrió la puerta de aquel paraíso repleto de libros. La sala era tan grande como el salón principal de abajo, pero sus paredes estaban forradas de estanterías del suelo al techo. Los únicos huecos entre ellas eran los que ocupaban los ventanales que daban acceso a los balcones de la fachada. Y no solo eso, también había ejemplares en varios armarios bajos con puertas de cristal distribuidos por el centro de la habitación.

—¿Adivinas por qué es este mi lugar favorito de la casa? —me preguntó Persi con expresión soñadora—. Siempre me ha parecido mágico. Este olor a papel, a encuadernación antigua, me trae tantos recuerdos…

—A mis padres les encantaba reunir a la familia en el cigarral en cuanto llegaba el buen tiempo, pero él siempre se las ingeniaba para pasarse horas aquí dentro —me explicó Isabel mirando a su sobrino con cariño—. Cualquier otro niño de su edad hubiese aprovechado para escabullirse entre los cultivos sin ningún adulto que le vigilase, pero él prefería la compañía de los libros. Lo lleva en la sangre.

—Lo que mi hermana quiere decir es que nuestra familia proviene de una estirpe de impresores de Toledo y coleccionistas de libros que se remonta a principios del siglo XVI. Como puedes ver, nosotras también hemos heredado esa pasión. Aquí es donde pasamos la mayor parte de nuestro tiempo —me explicó Mercedes señalando a un par de enormes escritorios de madera situados al fondo de la sala.

—Los conocimientos de mis tías son muy demandados entre los libreros de viejo, sobre todo en ejemplares impresos entre los siglos XV y XVI —apuntó Persi mostrando en su voz la admiración que sentía por ellas—. Te sorprenderías de las maravillas literarias que se esconden entre estas cuatro paredes, querida. Verdaderas joyas por las que algunos coleccionistas pagarían una fortuna, de ahí las medidas de seguridad que has visto por toda la casa. ¿Te he contado alguna vez que en Stanford tuve un profesor que había trabajado en la Hispanic Society of America de Nueva York y me perseguía por los pasillos cuando supo que era familiar de las famosas hermanas Ayala?

—Impresionante —dije cada vez más asombrada. Quién podía

imaginar que aquel par de mujeres de apariencia austera y algo santurrona, se codeaban con la *crème de la crème* del mundillo literario a nivel mundial.

—Pero el tiempo pasa —dijo Isabel enlazando su brazo con el de su hermana. Esta lo recibió con unas palmaditas de afecto—. Nuestra salud ya no es lo que era y, por mucho que nos apasione lo que hacemos, cada vez nos cuesta más encontrar la energía necesaria para gestionar todo esto. Estamos solas. No tenemos hijos, pero sí alguien al que queremos como si lo fuese. Por eso…

No pudo continuar. La voz se le ahogó antes de llegar a pronunciar el resto y se aferró con fuerza a Mercedes buscando la firmeza que a ella le faltaba.

—Por eso hemos decidido que seas tú nuestro heredero —concluyó Mercedes con solemnidad—. Los demás solo ven en esta casa y en estos libros los beneficios económicos que su venta podrían aportarles, pero estamos seguras de que tú sabrás encargarte del legado de la familia como corresponde.

¿Sospecharía Persi que sería el elegido? No, definitivamente no. Lo supe cuando noté cómo se apoyaba en mí como si necesitase sostenerse a algo para no caer desplomado al suelo.

—Pero, pero… —balbuceó.

—Pero nada —cortó Mercedes—, está decidido. Ya puedes ir poniéndote al día con todo esto, porque algún día será tuyo.

Persi recorrió la habitación con los ojos a punto de escapar de sus órbitas y, a juzgar por el vaivén acelerado de su pecho, supuse que le estaba costando trabajo asimilarlo.

—¿No te hace ilusión, sobrino? —preguntó Isabel temiendo que su reacción se debiera a otros motivos.

Creo que la preocupación de su tía fue lo que consiguió calmarlo dando paso a otro sentimiento mucho más profundo. Se acercó a ellas muy despacio, erguido como un soldado instantes antes de recibir una medalla.

—Cómo no me va a hacer ilusión semejante regalo —respondió con emoción contenida—. No podéis ni imaginar lo que esta casa, esta biblioteca, significan para mí.

Tener vuestra confianza para continuar la labor que habéis hecho es algo que jamás me

he permitido soñar y que a la vez me aterra. No sé si seré capaz de estar a la altura, pero os juro que me dejaré la piel para que os sintáis orgullosas de mí.

Reconozco que sus palabras me conmovieron, y comprobé que no había sido la única cuando Isabel se lanzó sobre su sobrino estrechándolo con fuerza entre sus brazos. En su rostro se dibujó una tierna sonrisa de serenidad humedecida por las lágrimas que no había podido contener. El «gracias» que susurró me llegó al alma. Una sola palabra que expresaba el enorme alivio que sentía al saber que, lo que tanto amaba, estaría en buenas manos cuando ella se marchase.

—¡Bueno, bueno, dejaos ya de escenitas! —interrumpió Mercedes, pero su carraspera delataba que a ella también le había afectado la respuesta de Persi—. Ni Isabel ni yo pensamos abandonar este mundo sin dar todavía mucha guerra. Además, antes de que ese día llegue, tenemos que enseñarte algunos secretos de la profesión y de la familia.

—¿Secretos de la familia? —preguntó mi marido con una mueca de extrañeza.

De nuevo, las hermanas se comunicaron sin palabras. Mercedes volvió a esperar la aprobación de Isabel antes de comenzar a hablar, mejor dicho, a susurrar como si temiese que alguien pudiese escucharnos.

—Lo que voy a contaros es confidencial y espero que seáis conscientes de la importancia que tiene.

—Espera, espera —la interrumpí sintiéndome de repente una intrusa en aquella conversación privada—. Creo que será mejor que yo me vuelva a la cocina.

Ella miró a Persi extrañada.

—¿Y se puede saber para qué quieres ir allí ahora? —bromeó él acercándose a mí.

—Yo no debería…

—Chsss… —susurró rozando mis labios con su dedo—. Tu lugar está aquí, a mi lado. Sea lo que sea lo que vayan a decirnos, lo escucharemos juntos.

«A tu lado». Hoy sí, pero ¿por cuánto tiempo más? «¿Por qué quieres que oiga un secreto de tu familia si yo no pertenezco a ella de verdad?». El humor había desaparecido de sus ojos y ahora me miraban serios, con una profundidad que me

estremeció. El contacto de su mano deslizándose suavemente por mi mejilla desmanteló cualquier réplica por mi parte.

—Ya va siendo hora de que se acaben los secretos entre nosotros.

No supe cómo interpretar sus palabras. ¿Eran solo una forma como otra cualquiera de pedirme que me quedara o significaban algo más?

—Por favor, tía, continúa —indicó a Mercedes.

—Pues bien, como ya sabéis, nuestra familia se ha dedicado siempre a los libros, pero hay uno especial que hemos ocultado desde hace generaciones —prosiguió ella ajena a mis emociones—. Nadie más conoce de su existencia. Isabel y yo pensamos que es un ejemplar único, porque no hemos encontrado ninguno similar ni siquiera por referencias. Lo imprimió uno de nuestros antepasados con tipos móviles de letras de metal góticas. Creemos que no fue un encargo, sino algo que hizo para conservar un texto anterior, uno que estaba manuscrito y era más antiguo. Desde entonces, su contenido ha trastornado a muchos de nuestros antecesores haciéndolos perder la razón tras la búsqueda de una quimera. El último de ellos fue nuestro hermano Eduardo.

¿Persi tenía otro tío? Nadie me había hablado de él y yo no recordaba haberlo visto en la boda.

—Por eso, desde que él murió hace ya veinticinco años, no hemos vuelto a sacarlo de la caja fuerte en la que permanece a salvo —continuó Mercedes como si le costase pronunciar esas palabras—. Quizá haya sido una señal divina que esas fotos llegasen a tu poder, Persi, y que hoy estés aquí queriendo saber algo más sobre la Orden de Salomón. En ese libro se cuenta su historia, quiénes fueron, qué custodiaban.

Sentí como si aquella mujer hubiera detonado una bomba delante de mí. ¿Sería posible? ¿Tendrían ellas la respuesta que tanto habíamos buscado?

—¡¡Mercedes!!

El grito desgarrado de Isabel me sacó de mis pensamientos. Mientras

su hermana nos contaba la historia, ella se había alejado hacia una esquina de la sala. Cuando todos miramos en su dirección, vi que había quitado los libros de un estante dejando al descubierto la puerta de una caja fuerte que ahora estaba abierta.

—¡¡No está, no está!! ¡¡Nos lo han robado!! —sollozó llevándose una mano al corazón. Los tres salimos apresurados hacia ella temiendo que pudiese darle un infarto.

Persi la sostuvo en sus brazos dirigiéndola hacia unos sofás que estaban al lado. Su lamento se había convertido en llanto y su rostro había perdido por completo el poco color que ya tenía de por sí.

—Tranquila, seguro que hay una explicación para que no esté ahí —dije apretando su mano sin saber qué más podía hacer.

—¡Es un castigo por haberlo alejado de nosotras durante tanto tiempo! —gimió Isabel.

—¡No digas tonterías! —exclamó Mercedes—. Sabes que hicimos lo correcto. Su recuerdo solo nos ha traído dolor.

La tía de Persi apretaba los puños con fuerza mirando hacia la caja fuerte como si estuviese poseída y, aunque la respiración agitada elevaba con frenesí su pecho, permanecía de pie tan rígida como una estatua de mármol.

—Pero ¿cómo es posible que alguien haya entrado a robar sin que os dieseis cuenta? ¿No habéis echado en falta nada más? —preguntó Persi extrañado.

—¡Cómo han podido hacerlo! ¡Hasta las chicas de la limpieza tienen prohibida la entrada a esta biblioteca! ¿Y las alarmas? ¿Por qué no saltaron? ¿Y por qué los ladrones solo se llevaron ese libro? Si querían ejemplares caros, en la biblioteca hay muchos más y no hemos echado ninguno de menos —barboteó Isabel sin consuelo.

Me dio mucha pena verlas así. Perder algo que significaba tanto para ellas debía de ser horrible y más sin saber si quiera cómo ni cuándo había sucedido. Para nosotros también era una mala noticia. La oportunidad de averiguar la historia de la Orden de Salomón se nos había escapado como agua entre los dedos.

—Aquí no ha entrado nadie —aseguró Mercedes con voz grave sin cambiar su expresión ausente—. Hasta hoy, solo tres personas conocíamos la existencia de esta caja fuerte y su contenido. Nosotras y

mi hermano. Él fue el último que tuvo entre sus manos el libro y me temo que nunca llegó a devolverlo a su sitio.

—¿Por qué dices eso, Mercedes? Pensaba que fuiste tú quien lo dejó allí antes de que decidiésemos no volver a sacarlo —gimoteó Isabel.

—Supuse que lo había hecho él la mañana del día en que desapareció —respondió ella con la mirada perdida. Se tomó su tiempo antes en continuar y luego lo hizo muy despacio, como si le costase un tremendo esfuerzo hablar—. Tuvimos una discusión.

Me mortificaba verlo obsesionado por algo que ya había traído antes la desgracia a otros miembros de nuestra familia. Pero no me escuchó. Me gritó que le dejase en paz, que aquel libro haría que nos sintiésemos orgullosas de él. Yo intenté advertirle de que lo que estaba allí escrito podía ser tan solo la fantasía de su autor, nada real, pero se negó en rotundo a aceptarlo. Cuando comprendí que era inútil razonar con él, me marché esperando encontrar otra oportunidad para convencerlo. —Mercedes hizo una pausa. Sus ojos ya estaban anegados de lágrimas—. Jamás hubiera pensado que esa sería la última vez que lo vería con vida. Cuando lo encontraron en el río días después, todo indicaba que se había suicidado. Desde entonces vivo con la culpa de haber sido yo quien le incitó a hacerlo.

Se hizo el silencio. ¿Qué podíamos decir ninguno de nosotros para aliviar su dolor?

Fue Isabel quien se acercó a ella y la abrazó. Mercedes aceptó su consuelo aferrándose a su hermana como si fuese un salvavidas. Ahí me di cuenta de la verdadera simbiosis que existía entre ellas, dos mujeres con personalidades opuestas que se complementaban a la perfección en los momentos críticos de su vida.

—¿Por qué nunca me has contado esto? —preguntó Isabel acariciando el pelo de Mercedes como si fuese el de una niña pequeña. A pesar de la diferencia de altura, el rostro de esta permanecía oculto en su cuello.

—Dolía demasiado… Tuve miedo de que tú también me responsabilizases de lo que sucedió.

—Pero ¿cómo se te pudo ocurrir algo así? —murmuró Isabel con la dulzura de un ángel—. Eduardo tomó su decisión, y no creo que ninguna de las dos hubiese podido hacerle cambiar de opinión. Ya sabes cómo era. El hombre con el corazón más bondadoso del mundo y la cabeza tozuda de un mulo. No tiene sentido que sigas

atormentándote por lo que pasó.

Aquellas palabras debieron reconfortarla, porque instantes después se incorporó un poco más calmada. Respiró profundamente y retiró sus lágrimas con la palma de la mano.

—Ahora creo que he estado equivocada —dijo con los hombros hundidos y el semblante demacrado—, que permití que ese dolor no me dejase ver las cosas con claridad. Me obsesioné pensando que nuestro hermano había decidido acabar con su vida por todo lo que le dije, pero ¿y si no fue así? ¿Y si ese día salió de casa con el libro y por eso ahora no está en la caja fuerte?

—Pero no lo llevaba encima cuando lo encontraron —negó Isabel.

—Eso es lo que intento decir. Si esa mañana no lo devolvió a su sitio, y tampoco lo tenía con él cuando se suicidó, ¿dónde está? ¿A quién se lo dio o, mejor dicho, quién se lo quitó? ¿Y si alguien lo arrojó por el Puente de la Cava para ocultar que se lo había robado?

—No, no quiero pensar que algo así pudo suceder. La vida de nuestro hermano valía mucho más que cualquier libro —dijo Isabel gesticulando con desesperación—.

Prefiero dejar las cosas como están. Ya no me quedan fuerzas para volver a pasar otra vez por todo aquello.

—Tienes razón —respondió Mercedes con resignación—. Si en su momento la policía no encontró ninguna pista, ¿de qué serviría ahora remover el pasado? Ya da igual. Lo único que ese maldito libro ha traído a esta familia ha sido sufrimiento. Nada de lo que podamos hacer nos devolverá a Eduardo.

Isabel volvió a sentarse y yo temí que tantas emociones acabasen pasándole factura.

Algo me decía que su salud no era tan buena como nos habían hecho creer.

—Recuerdo al tío. Yo debía de tener unos diez años la última vez que lo vi —dijo Persi despacio, intentando animarlas un poco después de sentarnos todos en los sofás—

. Me encantaban las historias épicas que me contaba. En la mayoría siempre aparecía un valiente caballero que luchaba por su rey o para defender el honor de alguna dama.

—Sí, ese era su tema favorito desde niño. Tu madre y él tenían casi la misma edad, y a ambos les apasionaban las leyendas artúricas, aunque imagino que eso ya lo sabes por el nombre que te puso —dijo Isabel con añoranza—. Pero lo de mi hermano iba más allá, se pasaba el día jugando con espadas de madera y llegó a tener toda una colección de buen acero toledano cuando se hizo mayor. Le costaba trabajo encajar con los demás chicos. Se burlaban de él, porque veía el mundo con los mismos ojos de alguien que hubiese vivido en el pasado. Honor, lealtad, valentía y justicia, esos eran los pilares que le guiaban. Siempre he creído que aquel fue el motivo por el que le impactó tanto el libro de la Orden de Salomón.

Ahí estaba de nuevo. Me moría de ganas de preguntarle algo más sobre él, pero cómo hacerlo sin que resultase extraño. Por suerte, Persi encontró la manera.

—A mí también me llamó la atención cuando leí sobre ellos en las pizarras visigodas que os he mencionado antes y reconozco que me encantaría conocer su

historia. Ya solo por curiosidad. Lo de escribir sobre ellos en mi novela queda descartado.

—Al contrario —dijo Mercedes al lado de su hermana. Sus movimientos eran lentos, pesados, como si su cuerpo hubiese perdido de repente la agilidad y la firmeza que la caracterizaban—. Quizá esa sea la mejor forma de apaciguar a nuestros demonios, sacar por fin a la luz la verdad que la soberbia familiar se empeñó en mantener oculta. Se lo debemos a la memoria de esos hombres, si es que existieron alguna vez.

—¿Quiénes eran? —pregunté sin poder contenerme por más tiempo. Por lo que Mercedes nos había contado sobre Eduardo, me costaba trabajo creer que «nuestra»

Orden de Salomón tuviese algo que ver con la que aparecía en ese libro. ¿Honor? Los cobardes que habían atentado contra la vida de mi madre no tenían ni idea de lo que esa palabra significaba.

—Hace ya muchos años desde que nosotras leímos el libro, pero todavía recuerdo que se centraba en la historia de una familia —comenzó a contar Mercedes—. No especificaba su lugar de procedencia, por eso no me interesé en ellos desde un punto de vista académico. Hubiera sido como buscar una aguja en un pajar —aclaró —. Lo que sí daba a entender era que siempre habían estado ligados a

las tierras de las que eran propietarios. Algo bastante habitual, por otra parte. En aquella época, muchas familias de antiguos terratenientes hispano-romanos acabaron ocupando altos cargos en la corte real y en las sedes episcopales visigodas —especificó y me alegré al comprobar que su voz sonaba más animada, se notaba que hablar de un tema profesional aliviaba su tensión—. En el caso de estos, se habían posicionado muy bien, por eso algunos de sus miembros no solo fueron dignos de pertenecer a la Orden de Salomón, sino que también la lideraron.

—Pero ¿qué hacían? ¿Cuál era su misión? —preguntó Persi mostrando su interés con el cuerpo a punto de salirse del asiento.

—Según se decía en el libro, al rey le debían obediencia, pero su verdadera función era custodiar el Tesoro Antiguo, por eso solo eran elegidos los aristócratas que demostraban ser dignos de ello por su valor y honradez —aclaró Mercedes—. Pero es importante que tengáis en cuenta que esta Orden no aparece en ningún documento oficial que se haya encontrado hasta la fecha. Quiero decir que, o bien nunca existió, o su cometido era secreto.

Por un momento se me pasó por la cabeza la imagen de los *Men In Black* al estilo visigodo.

—¿Recordáis el nombre de alguno de ellos? —preguntó Persi—. En las pizarras se mencionaban tres: Eligio, Liuva y Waville. Quizá esta sea la prueba definitiva para validar su historia.

Menos mal que estaba sentada al oír aquello. ¿De verdad había dicho «Liuva»? ¡Así se llamaba el guerrero con el que yo había soñado, del que había presenciado su muerte como si fuese real! Me quedé inmóvil esperando haberme equivocado.

—¡Sí! —exclamó Isabel emocionada—. Lo recuerdo bien porque intenté buscarlos por si aparecían en otras fuentes. Eligio era abuelo de los otros dos. El padre se llamaba Witerico, pero en el libro se decía que había muerto en una partida de caza cuando ellos eran todavía unos niños. Por eso fue Liuva quien sucedió a Eligio como sumo guardián y después también murió junto a la mayoría de los miembros de la Orden cuando los musulmanes les atacaron. ¿No lo recuerdas, Mercedes?

Aquello iba de mal en peor. En mi sueño aparecía la escena que había mencionado Isabel, el momento de la lucha entre ambos bandos que había terminado con la vida de Liuva, la de su mujer y la de los

hombres que peleaban junto a él. Sentí que todo daba vueltas a mi alrededor. Al igual que me había pasado con la escena de la muerte de Agustín en la iglesia, lo que Isabel estaba diciendo podía confirmar que aquel sueño también había sucedido en la vida real. En una muy lejana, pero no por ello menos dolorosa para los que la sufrieron. Pero ¿qué relación tenía todo eso conmigo? Soñar con Cristina, una mujer que había vivido en la misma casa que yo, todavía podía tener alguna lógica por muy inverosímil que me pareciese, ¡pero con unos visigodos de Toledo!

—…, decía que Liuva también era el *Comes Thesaurorum,* un cargo dentro de la administración central que se responsabilizaba de custodiar los tesoros reales.

La conversación había continuado sin mí. No tenía ni idea de lo que Mercedes estaba contando, pero intenté hacer un esfuerzo para volver a centrarme y no perderme algo que fuese importante.

—Dentro del tesoro regio, los visigodos hacían dos grandes diferencias —especificó Isabel—. Por una parte, estaba el que los monarcas podían utilizar durante su reinado, monedas y joyas principalmente. Pero el más importante era el que llamaban Tesoro Antiguo o Sagrado. Este no pertenecía a la persona que ocupase el cargo de rey, sino a

la institución que representaba como líder de los visigodos. En la mentalidad germánica primitiva era un símbolo material de lo que ellos llamaban el *adel*, la nobleza guerrera de una familia o de una tribu, y se transmitía de generación en generación en virtud de las hazañas y méritos de cada una. Por eso era tan importante para los monarcas conservarlo. Tenía un simbolismo especial, representaba el prestigio y la dignidad del pueblo, pero también fortalecían a sus poseedores de manera espiritual legitimándolos en el trono.

—Eso explicaría por qué se creó la Orden de Salomón —apuntó Persi.

—Sí, pero como os he dicho antes —insistió Mercedes—, ese hecho no consta en ninguna de las fuentes oficiales de la época.

—¿Y qué contenía el tesoro exactamente? —pregunté con inquietud. Según Persi, una de esas piezas podría ser el objeto sagrado que estábamos buscando, por muy increíble que pareciese.

—Las reliquias más antiguas y valiosas que puedas imaginar —dijo Mercedes—.

Piensa que los visigodos fueron un pueblo guerrero que cruzó casi

toda Europa en su avance hasta Hispania. Obtuvieron muchas riquezas en territorio aquitano y luego se apoderaron del copioso tesoro de los reyes suevos cuando anexionaron su reino. Pero, sin duda, el botín más preciado fue el que consiguieron en el saqueo de Roma en el año 410.

—Porque allí estaban los objetos sagrados que los romanos se habían llevado del Templo de Jerusalén… —murmuró Persi.

—Exactamente, el futuro emperador Tito aplacó la rebelión judía en el año 70 y se apoderó de todo lo que allí había —continuó ella dirigiéndose a mí—. Si has estado en Roma, seguro que has visto el arco del triunfo que se erigió en honor de esa victoria. En su interior hay una representación tallada del desfile que hicieron los soldados para mostrar al pueblo las riquezas que traían. Hay dos objetos que se identifican fácilmente: el candelabro de oro con siete brazos, que los judíos llaman Menoráh, y la Mesa de los Panes.

—Esta última es la que provocó la obsesión de nuestro hermano y la de otros antes que él —dijo Isabel apretando la mano de Mercedes—. El libro no solo habla de la Orden de Salomón, también cuenta que ese era el objeto más sagrado que debían proteger y cómo hicieron para ponerlo a salvo cuando los musulmanes entraron en

Toledo. Eduardo estaba convencido de que él podría encontrarlo siguiendo las pistas que dejaron.

—¡¡No!! —exclamó Persi con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Sí —afirmó Mercedes con voz pesada, cerrando los suyos.

—¡Pero es imposible que todavía exista! —replicó.

—Probablemente, pero él sí lo creyó —insistió ella—. ¿Entiendes ahora por qué estábamos tan preocupadas? ¿Por qué nos angustiaba verlo perseguir un mito por el que tantos otros habían perdido la cordura?

—Perdón… —interrumpí con la sensación de haberme quedado fuera de juego de repente—, ¿alguien me puede explicar de qué estamos hablando?

Por un momento, los tres callaron. Persi estaba muy inquieto, nervioso como nunca lo había visto. Me miró con tal desconcierto que me asusté.

—Lo que mi tío estaba buscando es una mesa, pero no una corriente —dijo con voz grave, sometida al torbellino de emociones que leí en sus ojos—. Esta es de madera de acacia y está revestida de oro puro. La mandó construir el mismo Yahveh, el dios de los judíos, para que en ella se depositasen los panes de la proposición. Desde entonces, ha sido una de las reliquias más valiosas de toda la humanidad…Y también la más buscada, aunque el mundo la conoce por otro nombre.

—¿Qué nombre, Persi? —pregunté con el alma en la boca.

—La Mesa de Salomón.

CAPÍTULO 45

PATRI

La «Mesa de Salomón». Yo conocía su leyenda, era una de las favoritas de Valle desde que la abuela Sofí se la contó en una cena familiar. Un cuento para niños y adultos sobre el que se habían escrito innumerables novelas. En ella se decía que los visigodos la habían escondido antes de que los musulmanes pudiesen arrebatársela, y que seguía en algún lugar esperando a que alguien la encontrase.

Se me vino el mundo a los pies. Si de verdad aquella mesa era el «Tesoro del Santo», ya podíamos dar por perdida cualquier posibilidad de superar la última prueba de la Orden. ¿Cómo íbamos a hallar una reliquia semejante? ¿Qué relación podía tener con nosotros algo que llevaba perdido desde hacía siglos y que tal vez ya ni siquiera existiese? ¿Qué sentido tenía que nos pidiesen algo así? Sería absurdo por su parte…, salvo que su verdadera estrategia fuese precisamente esa. Mi padre les había convencido de que me dieran la oportunidad de entrar en la Orden, pero con un reto imposible de superar se garantizaban mi fracaso. Aquella posibilidad me hundió todavía más.

Tenía tres opciones. Rendirme a la evidencia, aferrarme a la idea de que el Tesoro del Santo podía ser otro objeto diferente, o intentar descubrir algo adicional a través de la información que las tías de Persi nos estaban dando sobre aquella antigua Orden de Salomón. Ya que estábamos allí, esta última parecía la menos deprimente.

—Pero ¿por qué el tío pensaba que podría hallarla? —preguntó Persi sin poder ocultar su inquietud. Quizá él también había llegado a la misma conclusión que yo—.

Aunque el mito más arraigado sea que nunca salió de nuestro país, incluso ni siquiera de Toledo, la mayoría de las crónicas árabes afirman que el tesoro visigodo fue llevado a Damasco. De hecho, es muy conocido el enfrentamiento que hubo entre los líderes musulmanes por adjudicarse el mérito de haberlo conseguido.

—¿Qué pasó? —pregunté para no perderme ningún detalle.

—Muza era el gobernador del norte de África cuyas tropas entraron en la Península, y Tariq, el jefe de su ejército que llegó a Toledo —me explicó Persi—. El primero se atribuyó la hazaña llevando hasta el califa la Mesa de Salomón. Pero, según algunos de los historiadores árabes, Tariq demostró quién había sido el verdadero

conquistador del tesoro visigodo mostrando la pata que le faltaba y que él mismo había desmontado cuando la capturó.

—Tienes razón, Persi —afirmó Mercedes—, pero esa no es la cuestión. Está claro que los musulmanes enviaron a su señor una mesa del tesoro visigodo, la pregunta es:

¿cuál fue?

—No comprendo…—murmuró él.

—¿Nunca te has planteado por qué las crónicas son tan dispares al describir la Mesa de Salomón? —continuó ella—. Casi todas coinciden en que era de oro, pero ahí acaban las semejanzas. En unas se dice que estaba adornada con partes de plata, en otras que lucían perlas sobre ella y, la versión más común, que su contorno estaba rodeado de jacintos, aljófares y esmeraldas. Ni siquiera se ponen de acuerdo en el lugar en el que fue encontrada. Todo hace pensar que no había una sola mesa, sino varias y que, por la opulencia de sus piedras preciosas, pudieron causar confusión entre los invasores.

—Pero, según las leyendas medievales posteriores, la auténtica era más importante por su valor espiritual que por su riqueza. Con ella se podían realizar profecías, incluso milagros —apuntó Isabel—. Salomón no solo habría recibido de Dios el don de la sabiduría, sino también el conocimiento del nombre secreto de Yahvé, el *Shem Shemaforash,* que no se debía escribir ni pronunciar. Para que no se perdiese hizo grabarlo en la mesa, disimulado en un complejo dibujo geométrico que solo podía ser descifrado por cabalistas cuya sabiduría y piedad les hiciese dignos de él. Estos eran el sumo sacerdote y su ayudante. Una vez al año accedían a la parte más sagrada del Templo y, ante el Arca de la Alianza, susurraban la palabra secreta renovando así el pacto de Yahvé con el pueblo judío.

—De hecho —continuó Mercedes con la explicación—, algunos eruditos creen que la mesa recibe el nombre de Salomón por esto, pero que no la creó él, sino que la original sobre la que grabó el nombre secreto de Dios era mucho más antigua. En el Éxodo se describe cómo Yahvé dio a Moisés indicaciones precisas, incluidas sus medidas, para construir una mesa litúrgica en la que perpetuamente se le ofreciesen los panes de la proposición. De ahí, que también la llamen así, como decía antes Persi.

—Entonces, ¿vosotras creéis que la verdadera Mesa de Salomón o de Moisés, me da igual cómo se llame, nunca llegó a Damasco y que

alguien la escondió? —pregunté para confirmar que estaba siguiendo el hilo de la conversación.

—Probablemente —respondió Mercedes.

—Pero ¿por qué estás tan segura de ello? —insistió Persi.

Esta vez fue Isabel quien habló.

—Hay un cronista árabe llamado Ibn ‘Abd al-Hakam que escribió una versión diferente a las que dicen que sus soldados la habían encontrado en Toledo. Especificó que los visigodos consiguieron evacuar el tesoro fuera de la ciudad antes de la llegada de las tropas de Tariq. Su destino fue un castillo llamado Firâs, a dos días de la capital, que estaba gobernado por el hijo de una hermana del rey Rodrigo. El jefe musulmán lo descubrió y los atacó. Allí no solo había riquezas, sino también un gran número de familias refugiadas entre sus murallas que buscaban la protección del ejército cristiano.

Por eso el visigodo pidió el *amán* para él y para los suyos, es decir —explicó Isabel mirando hacia mí—, el perdón de sus vidas a cambio de la rendición. Al-Hakam indica en su crónica que Tariq accedió, pero que reclamó la «mesa» para sí.

—Pero, si lo he entendido bien, este historiador estaría confirmando la versión de que Tariq consiguió la Mesa de Salomón, que luego llegó a manos de su califa, aunque no fuera en Toledo, ¿verdad? —pregunté temiendo que me estaba perdiendo algo.

—No exactamente —contestó Mercedes—. Es probable que se llevara una mesa, pero no la auténtica.

—¿Qué es lo que todavía no nos habéis contado? —preguntó Persi entornando los ojos—. Apuesto a que vosotras sabéis algo más de todo esto.

Ambas afirmaron con la cabeza.

—Creemos que la historia que cuenta este cronista es cierta, porque coincide con la que se narra en el libro que nuestra familia tenía —dijo Isabel—. Según leímos en él, fue Liuva quien se encargó de liderar a los soldados que pusieron a salvo el Tesoro Antiguo. Sin embargo, ni él ni la verdadera Mesa de Salomón llegaron nunca a Firâs.

Por el camino tuvo que tomar la decisión de separarse del resto de la comitiva para protegerla del avance de las tropas musulmanas que les

perseguían de cerca. La fortaleza no estaba lejos, pero no podía arriesgarse. Por eso, junto a su esposa y a los soldados de la Orden de Salomón que lo acompañaban, tomó otro camino para ocultarla. El libro dice que lo consiguieron, aunque no especifica dónde, pero después fueron sorprendidos por el enemigo que los superaba en número y murieron sin desvelar el secreto.

Yo había visto aquella masacre. A Liuva atravesado por dos espadas, a su mujer protegiéndolo con su cuerpo de la daga que le había lanzado el traidor que las tías de Persi no habían mencionado. Pero también había presenciado otra escena que ahora cobraba un significado más importante del que yo le había dado cuando pensé que era un simple sueño. El momento en el que la Orden de Salomón enterraba el arcón que seguramente contenía la Mesa de Salomón desmontada. ¿Seguiría allí, en esa cueva? Me removí en el asiento sin poder disimular mi nerviosismo. Aquello era una pista, quizá insignificante porque yo no tenía ni idea de dónde podía estar ubicada, pero ya era mucho más de lo que teníamos antes. Miré a Persi, que parecía absorto en la explicación de Isabel, y comprendí que no iba a tener más remedio que contarle de una vez por todas lo que me estaba pasando. Ya eran demasiadas casualidades para ignorarlas. En mis sueños aparecían personas que habían estado relacionadas, o bien con la Mesa de Salomón o con el Tesoro del Santo, pero estaba claro que existía alguna conexión en todo aquello.

—Aunque no sepáis el paradero exacto de dónde escondieron la mesa, sí es posible acotar la zona en base a lo que habéis dicho —dijo Persi —. Los musulmanes les perseguían de cerca, por lo que no pudieron avanzar mucho antes de que los atacaran.

Y esa fortaleza, Firâs, tampoco estaba lejos. Ese puede ser el punto de referencia del que partir.

—El problema es que nadie sabe dónde está —respondió Isabel—. La ubicación de ese nombre no aparece en ninguna fuente, el único dato que tenemos es que estaba a dos jornadas de Toledo, y eso puede ser en cualquier dirección. Hay muchas teorías, pero ninguna prueba.

Persi parecía decepcionado, pero yo sabía que su mente no dejaba de buscar algún resquicio que nos fuera de utilidad.

—Hay algo que sigo sin entender —dijo frunciendo el ceño—. Si decís que todos murieron allí, ¿quién contó entonces lo que había sucedido?

—Es que la historia no termina ahí —respondió Mercedes—. Antes de

partir con la mesa, Liuva envió a uno de los miembros de la Orden de Salomón para que buscase a su hermano que vivía en la actual Pamplona. Creemos que ya se imaginaba que podía perder la vida en su misión, y por eso nombró a Waville su sucesor como sumo guardián de la Orden.

—¿Has dicho Pamplona? —interrumpió Persi.

—Sí, Pompaelo en aquella época —confirmó Isabel—. Parece ser que tenía un cargo eclesiástico allí, pero cuando los musulmanes llegaron a su ciudad, se trasladó a Toledo de incógnito para averiguar qué había sucedido. Creemos que él fue el autor del libro original que luego nuestro antepasado imprimió siglos después para que no se perdiese su contenido.

La mirada de Persi se cruzó con la mía y supe que estaba pensando lo mismo que yo. ¿Sería solo una casualidad? ¿Cuántos religiosos habrían viajado desde Pamplona a Toledo en aquellas fechas? ¿Iría san Babilés con él?

—¿Descubrió Waville dónde estaba escondida la Mesa de Salomón? —preguntó mi marido despacio, con un tono de voz que anticipaba las posibles consecuencias de la respuesta.

—Creemos que sí—afirmó Mercedes—, pero en ningún momento menciona su localización en el texto. Se limita a decir que, en los tiempos convulsos que vivía, era preferible que la mesa permaneciese oculta. Su idea era transmitir aquella información de forma oral a alguien que estuviese preparado para recibirla. Lo que no sabemos es si llegó a hacerlo. La única pista que dejó escrita fue que el símbolo de la Orden de Salomón marcaba el lugar en el que estaba la mesa.

La imagen de Liuva grabando la rosa dodecapétala en la pared de la cueva volvió a mí con total claridad. Hasta ese detalle coincidía. ¿Qué más pruebas necesitaba?

—El símbolo era un círculo en cuyo interior había una rosa dodecapétala y un punto en el centro —confirmó Isabel—. Estaba dibujado en el libro y tallado en una medalla de plata que también teníamos en la caja fuerte. Pensamos que era el distintivo de los miembros de la Orden.

Yo había tenido entre mis manos una como esa, la de mi padre. Ese hecho solo podía significar una cosa. Por muy increíble que me pareciese, la Orden de Salomón actual estaba vinculada con la antigua. Seguía sin poder creérmelo, ¿cómo era posible que lo que

empezó como un grupo de hombres que creían en unos ideales de honradez y lealtad, hubiese acabado convertida en una panda de asesinos? ¿Acaso lo estaba enfocando mal? Lo único que sabía de ellos era que querían castigar a mi madre, porque la culpaban de la muerte de mi tío Fernando. Por primera vez le encontré algo de lógica.

Unos hombres que se regían por unos códigos de conducta tan rígidos no perdonarían a quien cometiera un crimen contra uno de sus miembros más destacados. Harían justicia a su manera.

Pero ese hombre era un demonio. ¿Serían todos así o también a ellos los habría engañado? No, no podía ser eso. Pretendían tomarse la justicia por su mano al margen de la ley, habían intentado matar a mi madre. Para mí seguían siendo una panda de asesinos. «Pero no lo hicieron. Solo te asustaron para que aceptases participar en las pruebas», me recordé. ¿Por qué? ¿Por qué iban a querer que yo fuese uno de sus miembros si después me exigían que afrontase un reto imposible de lograr? Además, llevaban años chantajeando a Marcos. Y también estaba Aitor. Un ser sin escrúpulos que tampoco encajaba en la imagen de perfecto caballero de Liuva. Aunque el muy miserable me había dicho que las cosas dentro de la Orden estaban cambiando, ¿se referiría a eso? ¿Que unos nuevos líderes todavía peores a los anteriores se estaban imponiendo en ella?

La cabeza me daba vueltas, y la incertidumbre de no saber absolutamente nada de a lo que tenía que enfrentarme hizo que me dieran escalofríos.

—¿Sabéis algo más sobre ese Waville? —preguntó Persi.

—Apenas —respondió Isabel negando con un gesto—. No recuerdo que hablase de su vida, el foco de la narración era la Orden.

—Lo que me sorprende es que nuestro antepasado tuviese el libro y la medalla.

¿No os habéis planteado que fuese un miembro de la Orden? —continuó Persi—.

Quiero decir, supongamos por un momento que Waville traspasó sus conocimientos a otro, y ese hiciese lo mismo hasta llegar a nuestro familiar. Tendría sentido que hubiese utilizado los medios a su alcance para que no se perdiese la información tan valiosa que aparecía en el libro original. Ese debía estar manuscrito y muy deteriorado por el paso de los siglos.

—Es posible —respondió Mercedes—, pero eso nunca lo sabremos. En la familia lo único que se ha transmitido es la importancia que tiene por su antigüedad, nada más.

—Yo sí me lo he planteado —dijo Isabel—, aunque todo parece apuntar a que nuestro antepasado no tenía ninguna relación con ellos. ¿Por qué si no ocultó a sus descendientes algo tan importante? Quizá mi teoría te parezca descabellada, pero creo que el libro original y la medalla llegaron a sus manos por casualidad. A lo mejor los encontró sin saber si quiera a quién pertenecían.

—¡Que los «encontró»! —exclamó Mercedes—. Venga ya, Isabel, no me seas cándida. Nadie va por la calle y se encuentra con algo así. Para mí que los adquirió sabiendo que eran artículos robados, de ahí que nunca revelara su origen.

Isabel la miró con tristeza.

—Quizá por eso solo nos han traído desgracias —murmuró.

—Lo que está claro es que esa historia ya es parte del pasado. El libro ha desaparecido y con él todo el peso que recaía en nuestra familia —zanjó su hermana.

Luego se dirigió a Persi—. Ahora solo depende de ti que quieras sacarlo a la luz en forma novelada.

Mercedes no tenía ni idea de que lo que nos habían contado solo era la punta del iceberg. La Orden de Salomón no había desaparecido como ella suponía. Al contrario, probablemente se había hecho más fuerte que nunca, y nosotros teníamos que ser la mano ejecutora que acabase con ella para siempre. Ese sería el mejor final para la supuesta novela de Persi.

CAPÍTULO 46

PATRI

—Tenemos que hablar —me dijo mi marido cuando salimos del cigarral—. Ya es tarde. ¿Por qué no nos quedamos en Toledo esta noche y aprovechamos para comentar lo que hemos descubierto mientras cenamos?

Aquel plan me sonó a música celestial, pero debía volver a casa.

—Llama a Lourdes y pregúntale cómo está Julia —propuso sin que yo hubiese dicho nada—. Esa mujer sabe lo que se hace. Nos avisará en caso de que te necesite.

Era verdad. Por una noche mi madre no me echaría de menos y yo necesitaba un lugar tranquilo para explicarle lo de mis sueños. Aunque, para qué negarlo, lo que realmente quería era pasar más tiempo con él y Persi me había proporcionado una buena excusa para acallar mi conciencia.

—Está bien —dije sacando el móvil—. Pero ¿a dónde vamos?

—No te preocupes por eso. Yo me encargo.

Me hubiese encantado que las circunstancias fuesen diferentes, estar allí para disfrutar de una velada romántica con mi marido en un hotel tan bonito y elegante como ese. Por desgracia, la realidad se hizo patente cuando Persi pidió dos habitaciones a la recepcionista. Ya vivíamos separados, así que daba igual intentar mantener las apariencias. Nos fuimos directos al restaurante. La decoración era exquisita y la carta habría hecho las delicias de cualquier comensal que no estuviese tan nervioso como yo.

¿Cómo iba a explicarle lo de mis sueños sin que me tomase por loca? Pero no lo estaba, ahora tenía pruebas que lo confirmaban.

—¿Qué te ha parecido la charla de hoy? —me preguntó después de que nos sirviesen el primer plato.

—Si te digo la verdad, estoy hecha un lío. Me parece imposible que tengamos que buscar esa mesa, pero parece lo más evidente, ¿no crees? —respondí con desánimo.

—Me siento como un estúpido por no haberme dado cuenta antes de que podría tratarse de eso —dijo molesto consigo mismo—. Pensaba

que sería algo importante, pero ni mucho menos una reliquia que ha buscado tanta gente desde hace siglos. ¡Hasta los nazis mandaron a la Orden Negra de Himmler a España para encontrarla! Es comprensible que mi tío se dejase llevar por algo así.

—Pero ¿qué pudo averiguar que le hizo estar tan convencido de poder hallarla?

Persi me miró, pero no respondió de inmediato, como si estuviese evaluando lo que iba a decir a continuación.

—Tengo una sospecha. Quizá te parezca inaudita, pero me inclino a pensar que es cierta.

Hizo otra pausa que a mí me desesperó.

—¡Dilo ya, por favor! —bufé.

Esperaba algún comentario mordaz por su parte, pero cuando no lo hizo, todavía me preocupé más.

—Ya has oído que el libro debió escribirlo Waville, el hermano de Liuva, quien después le sucedió como sumo guardián de la Orden. Esto confirmaría que él también fue uno de sus miembros. Pero lo que me ha llamado la atención es que tenía un cargo eclesiástico y, a juzgar por la posición aristócrata de su familia, no debía de ser uno cualquiera. Además, luego se trasladó a Toledo desde Pamplona. ¿No te suena eso de algo?

—Sí, he visto las coincidencias con san Babilés —argumenté—. Es probable que Waville también aprovechara la libertad de religión en Toledo para venir aquí y así poder descubrir lo que le había pasado a su hermano y al resto de la Orden. ¿Crees que pudieron conocerse, que habría alguna conexión entre ellos?

—No, Patri —respondió arrastrando las palabras—, lo que yo creo es que eran la misma persona.

Ahora fui yo quien se quedó en silencio.

—Pero eso es solo una hipótesis, no puedes demostrarla —murmuré anonadada.

—Quizá.

—¡Persi, por Dios, cuéntame por qué piensas algo así! —exploté.

—¿Sabes cómo se pronuncia Waville? Dilo despacio. «Va-vi-le» Ahora piensa cómo pudo evolucionar ese nombre a lo largo de los siglos. En latín, la V ante vocal era en realidad una semiconsonante, como la W inglesa, y en Hispania pasó a ser el fonema *-B*.

A este fenómeno se le llama betacismo. Así, palabras como *vulterem, versuram* o *vota*, derivaron en buitre, basura y boda. —Persi clavó sus ojos en mí—. ¿De verdad te parece tan sorprendente que «Va-vi-le» terminase como «Ba-bi-les»?

Me quedé de piedra. Intentaba asimilar lo que acababa de decir, porque, de ser cierto, el impacto que tendría en mi vida, en la historia de Boadilla, sería brutal. De repente, san Babilés podía convertirse en un hombre de carne y hueso, con una familia, con un pasado que hasta el momento desconocíamos.

—Y hay más —continuó al ver que yo no reaccionaba—. Mis tías han dicho que Firâs estaba a dos días de Toledo, y que los miembros de la Orden tomaron otro camino cuando estaban cerca de ella. ¿Imagínate que esa fortaleza fuese la Calatalifa de Villaviciosa de Odón, la que después se quedaron los musulmanes para su propia defensa y que ahora está en ruinas? Mientras ibas al aseo lo he comprobado en Google Maps y las distancias coinciden. Piensa que transportaban una carga muy pesada, que apenas pudieron avanzar mucho más rápido que si fuesen a pie. ¿Y no te parece demasiada casualidad que san Babilés se instalara en Boadilla después de pasar por Toledo? Puede que esté equivocado, pero me atrevería a decir que lo hizo porque sabía que Liuva había escondido la Mesa de Salomón en esa zona. Es más, creo que ese era el territorio en el que siempre había vivido su familia y que mis tías no han sabido situar.

De ser cierto, nuestro san Babilés sería un personaje mucho más relevante para sus vecinos de lo que pensábamos, por eso su muerte, junto a la masacre que la acompañó, causó tanto impacto en el pueblo. Quizá, ese fuese el detonante que la motivó.

¿Sería posible? ¿Sería san Babilés el guardián de la Mesa de Salomón y por eso la llamaban el «Tesoro del Santo»? ¿Estaría oculta en nuestro municipio, en la cueva que yo había visto? ¿Continuaría la Orden de Salomón protegiéndola? Entonces, una idea me asaltó.

—¿Crees que fue la Orden quien mató a tu tío para hacerse con el libro y borrar así su rastro?

—Es una posibilidad —afirmó.

—Pero ¿por qué utilizan la mesa para las pruebas de iniciación?

—Yo tampoco acabo de comprenderlo. Me parece raro que esperen que encontremos una reliquia como esa sin darnos ninguna pista. Es una búsqueda imposible, podría estar en cualquier sitio.

«Está en una cueva». Había llegado el momento de que me sincerase con él.

—Persi, tengo que contarte algo y, aunque te parezca una locura, necesito que me escuches con atención.

Me temblaban las manos. Respiré profundamente para darme ánimos, pero no funcionó. Sentía la garganta seca y el corazón acelerado. Bebí un poco de vino, mientras Persi me observaba expectante sin comprender mi comportamiento.

—¿Recuerdas la noche que te quedaste a dormir en mi casa y tuve una pesadilla? —

Él asintió.

—Esa noche soñé con la muerte de Liuva.

A partir de ahí, ya no paré de hablar hasta que le solté todo lo que había visto en sueños. Y no solo la parte de los visigodos, también la de Cristina, la de su vida y su muerte. Cada detalle que recordaba, cada frase pronunciada. Necesitaba liberarme por fin de esa carga, por muy disparatada que pareciese. Persi no me interrumpió en ningún momento, se limitó a escucharme como yo le había pedido. Pero al finalizar, supe que algo no iba bien.

—¿Y se puede saber por qué has esperado tanto tiempo para contarme esto? —me preguntó con el semblante rígido. Aunque trataba de disimularlo, su mirada delataba que estaba muy enfadado conmigo.

—Ni yo misma puedo creerlo todavía, ¿cómo iba a decírselo a nadie? —dije intentando justificarme.

—Yo no soy «nadie». Soy tu marido. Si no confías en mí para compartir algo así,

¿qué esperas que piense?

No llegué a contestar. Su móvil sonó en ese instante y el nombre de Claudia apareció en la pantalla.

—Con permiso —dijo levantándose antes de salir de la sala para hablar con ella.

Sentí que me quemaba por dentro de pura rabia. ¡Es que esa mujer no podía dejarnos en paz! ¿Por qué tenía él que responder a su llamada? ¿Por trabajo? ¿A esas horas? ¡Ja! Yo estaba hablando de algo importante, trascendental para nuestra investigación, pero Persi prefería atenderla a ella. Y el muy cretino encima me echaba en cara que no hubiese confiado en él. Me acabé la copa de un trago.

Cuando regresó, mi cabreo no había hecho más que aumentar. Los celos me corroían y no fui capaz de frenarlos por más tiempo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó despacio con el ceño fruncido al ver que le fulminaba con la mirada.

—Mejor dímelo tú. ¡Cómo tienes la desfachatez de recriminarme nada! ¡Te haces el ofendido porque no he confiado en ti, cuando tú llevas ocultándome tu relación con Claudia desde el principio! —le escupí sin poder contenerme—. ¿Te crees que soy idiota? Se te llena la boca diciendo que eres mi marido, pero es mentira. No lo eres. Tu mujer no soy yo, sino ella. ¿Vas a explicarme de una puñetera vez a qué estás jugando?

Mejor dicho, ¿a qué estáis jugando los dos? ¿Por qué accediste a casarte conmigo si está claro que la amas a ella? ¡Hasta un ciego podría verlo!

Detecté en su rostro el impacto que habían tenido mis palabras. Estaba horrorizado, como si acabase de toparse con un fantasma o con un vampiro que le hubiese chupado toda la sangre en un instante. Me daba igual. Ya iba siendo hora de poner las cartas sobre la mesa. Yo había aceptado que estuviese liado con ella, pero no le iba a permitir que se comportara como un devoto esposo dolido por no haber confiado en él.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —dijo al fin con la mirada afilada de un homicida. Casi me dio miedo.

—Ah, ¿no? —Si pensaba que podía intimidarme estaba bien equivocado—. ¿Acaso vas a negarme que no tienes una relación especial con Claudia más allá del trabajo?

—Eso es cierto —afirmó sin mover apenas los labios.

Yo lo sabía, pero oír la confirmación de sus labios me destrozó. Sentí

que algo dentro de mí se desgarraba como una tela ajada por el uso, deslucida, rota como mi corazón. Cerré los ojos intentando controlar las lágrimas que me escocían de pura impotencia. Cualquier esperanza que hubiese podido tener sobre nuestro futuro, acababa de ser aniquilada con esas simples palabras.

—Claudia y yo nos conocimos en Stanford…

—No quiero saberlo —le corté. No me sentía preparada para escuchar su historia de amor sin venirme abajo, sin dejar aflorar todo el dolor que sentía en ese momento.

—Me da igual —contestó con voz autoritaria—. Hoy te he dicho que se acabaron los secretos entre nosotros, y eso es exactamente lo que va a ocurrir. Esta farsa ya ha durado demasiado.

¿Farsa? ¿Se refería a nuestro matrimonio? ¿Iba a pedirme el divorcio allí mismo?

—Nunca te he mentido sobre Claudia —continuó—. Es verdad que entre nosotros existe un vínculo especial, pero no el que tú crees. ¿De verdad piensas que hubiera accedido a casarme contigo si estuviese enamorado de ella?

—¿Y qué otra cosa puedo pensar cuando os veo juntos? No intentes hacerme creer que lo vuestro es solo una amistad, porque no es cierto. Sé perfectamente que me ocultáis algo, que intentáis disimular lo que sentís el uno por el otro cuando yo estoy delante. ¿Por qué no has sido sincero conmigo, Persi? ¿Por qué has accedido a ayudarme de esta forma, a meterte en un lío como este dejando de lado tu vida con ella?

—¿Es que todavía no te has dado cuenta, Patri? Tan ciega estás que eres incapaz de ver más allá de las apariencias, de olvidar todo lo que tú y yo hemos vivido desde que nos conocemos —respondió con vehemencia—. Es verdad que no he sido sincero contigo, y te juro que ahora me arrepiento en el alma, pero lo único que quería era mantenerte a salvo.

—¡Mantenerme a salvo! —exclamé fuera de mí—. ¡Ya no soy una niña que no pueda entender que estás enamorado de una mujer como Claudia! Tú mismo me lo dijiste cuando me la presentaste. ¿Acaso crees que lo he olvidado? Ella es quien ha hecho realidad tus sueños, la que te comprende y apoya todos los días, sin la que no serías nada. No te culpo por quererla y acepto que compartas su cama. Cuando nos casamos dejamos claro que tendríamos libertad, lo que me duele es que no me lo hayas contado.

—¡Quieres dejar de hablar de Claudia! —explotó—. ¡No me he acostado con ella ni con ninguna otra mujer desde que estamos casados! Aunque te parezca imposible, nuestro matrimonio me importa mucho más de lo que imaginas. ¿Todavía piensas que mi única motivación en nuestra noche de bodas fue conseguir pasar una maldita prueba? ¡Despierta de una vez, Patri!

Lo miré sin saber qué decir. No me atrevía a afrontar lo que esas palabras podían significar, no quería hacerme ilusiones que después se despeñaran haciéndome sufrir más. Sentí vértigo, un miedo atroz a haberle comprendido mal, a que continuase hablando y tirase por tierra la esperanza que acababa de nacer en mí.

—Es tarde. Creo que será mejor que me vaya a dormir —dije levantándome de la mesa—. Ha sido un día muy largo.

—Patri, por favor… —me suplicó agarrando mi mano—. No te marches ahora.

Tienes que escucharme.

—Buenas noches, Persi.

Salí del restaurante sin mirar hacia atrás. Él no me siguió. Me sentí como una cobarde. Yo, que me vanagloriaba de enfrentarme a cualquier conversación por difícil que fuera, hui con el rabo entre las piernas ante la posibilidad de que Persi me hiciese más daño. Necesitaba tiempo para pensar, para controlar la espiral de emociones que sus palabras me habían provocado. ¿Le habría malinterpretado o de verdad quedaba alguna esperanza para salvar nuestro matrimonio?

CAPÍTULO 47

PERSI

Patri estaba en todo su derecho de enfurecerse conmigo por no haber sido sincero con ella. Y eso que todavía no sabía hasta qué punto le había ocultado la verdad. ¡Maldita fuera! ¿Cómo había podido fastidiarlo todo de aquella manera? Tanto tiempo esperando y casi le confieso mis sentimientos de la peor forma posible. ¿Por eso había huido? ¿Porque sospechaba lo que iba a decirle y no quería escucharlo? Probablemente.

¿Qué otro motivo podría tener?

Ya en la habitación, ni el agua fría de la ducha conseguía aplacar mi desesperación y el recuerdo de la cena seguía atormentándome sin piedad. Algo no encajaba. Si Patri creía que yo estaba liado con Claudia, hubiera podido hacerme cualquier comentario al respecto sin darle mayor importancia. Ella misma había impuesto esa condición a nuestro matrimonio. «Libertad». El día que lo dijo tuve que disimular mi orgullo herido haciéndole creer que yo también buscaría el placer en el cuerpo de otras mujeres y para crear esa farsa Claudia era perfecta. Tan perfecta que Patri se lo había creído a pies juntillas. Pero ¿por qué no me había dicho nada antes? ¿Por qué había reaccionado de forma tan brusca cuando yo le había recordado que era su marido y que podía confiar en mí? Parecía como si estuviera… ¿celosa?

No, eso era imposible. Algo así supondría que sentiría algo por mí más allá de una amistad y nada en su comportamiento lo delataba. Era verdad que ya no me trataba con el menosprecio de antes, que nuestra relación se había dulcificado con la convivencia, con los retos que habíamos tenido que afrontar juntos. Pero de ahí a pensar que sus sentimientos hubiesen cambiado había un mundo. No podía hacerme ilusiones. Mucho menos en ese momento, cuando al día siguiente moriría definitivamente cualquier atisbo de esperanza para mí. Lo quisiera o no, Patri iba a tener que escucharme. Le contaría lo que sabía sobre la Orden de Salomón, le explicaría por qué me había convertido en el hombre que ella aborrecía y, de una vez por todas, le confesaría mi amor. Patri se merecía saber todo aquello, y yo el desprecio que vería en su rostro. Su perdón estaba fuera de mi alcance.

Salí de la ducha y el espejo me devolvió la imagen de un hombre derrotado. Mi silencio absurdo me había llevado a aquella situación. ¿Por qué no le había confesado la verdad cuando tuve la oportunidad

de hacerlo, cuando ella se sinceró conmigo contándome sus razones para querer ingresar en la Orden? ¿Por qué me había obcecado

en mantenerla al margen de algo que era tan importante para ella? Claudia me lo había advertido, pero yo no quise escucharla. ¿Por qué? ¿Por qué no había luchado por conseguir que se enamorase de mí y en lugar de eso solo había puesto más barreras entre nosotros? ¿Por qué tenía esa extraña sensación de que si estábamos juntos ella sufriría? Yo jamás le haría daño. ¡Cómo iba a hacérselo a la mujer que quería más que a mi vida! ¡Cómo había podido renunciar a ella sin ni siquiera intentarlo! Por desgracia, ahora ya era demasiado tarde para reparar mis errores.

El sonido de unos golpes en la puerta interrumpió la vorágine de pensamientos dañinos en los que había caído. Imaginé que sería una confusión del servicio de habitaciones, así que me envolví la toalla a la cintura y de mala gana abrí para aclarar el malentendido.

Pero no era un camarero quien estaba al otro lado de la puerta, sino Patri, con el pelo algo mojado y un albornoz cubriendo su cuerpo. Me quedé tan sorprendido que fui incapaz de hablar.

—¿Puedo pasar? —preguntó al ver que no reaccionaba.

—Sí, por supuesto —conseguí decir al fin, apartándome para dejarle paso.

Ella cerró la puerta tras de sí. De repente, la intimidad de aquella habitación se me hizo insoportable y noté cómo mi corazón comenzaba a bombear sangre hacia una zona de lo más inapropiada dadas las circunstancias.

—Dame un momento, enseguida me pongo algo de ropa y podremos hablar —dije saliendo disparado hacia el baño para evitar que la toalla me delatase.

—¡No!

La urgencia de su orden hizo que me parase en seco. Me giré sin comprender y su mirada me inmovilizó como una red invisible. Pero fueron sus manos las que me volvieron loco cuando poco a poco comenzaron a desatar el nudo que mantenía cerrado su albornoz, cuando este cayó al suelo dejando ante mí la imagen de la diosa Afrodita convertida en mujer.

—Esta noche no quiero hablar. Te quiero a ti —dijo en un tono

desafiante, con el rostro alzado y la dignidad de una reina—. Quiero que me demuestres que nuestro matrimonio tiene alguna posibilidad de ser real.

Fui incapaz de reaccionar. Verla desnuda delante de mí me dejó sin respiración.

Aquello solo podía ser un sueño del que no quería despertar. Su voluptuoso cuerpo me tenía hechizado, transformándome en un ave rapaz que deseaba con codicia cada palmo de su piel. Lentamente se acercó a mí con el paso firme de una guerrera, con la seducción de Circe en sus caderas. Con el orgullo altivo de una emperatriz en su pecho y la mirada felina de una pantera. Tuve que tragar saliva para no ahogarme por la impresión. Cuando llegó hasta mí, pasó sus brazos alrededor de mi cuello y se elevó en puntillas hasta que su boca quedó a la altura de la mía. Me quedé absorto contemplando sus labios, cautivado por la sensualidad de su lengua cuando se los humedeció.

Luego me besó.

Un ligero roce que se propagó por todo mi cuerpo como agua bendita. Cerré los ojos. Necesitaba atesorar aquel instante mágico con todo mi ser. Patri estaba besándome por voluntad propia, sin excusas, liberándome al fin de la promesa que me había condenado durante tantos años.

Pero entonces se separó de mí de forma abrupta y abrí los ojos con terror a que se hubiese arrepentido.

—Lo siento, perdóname —dijo agachando la cabeza—. No debería haberte obligado a hacer algo que no deseas.

¡De qué demonios estaba hablando! Cuando vi que se daba la vuelta para marcharse, algo explotó dentro de mí haciéndome perder la razón. Aprisioné su muñeca y rodeándola por la cintura pegué su cuerpo al mío para que no pudiese escapar. El contacto de su piel convirtió la mía en un volcán a punto de estallar.

—En toda mi vida he deseado nada como te deseo a ti —confesé atrapando su nuca, enfurecido conmigo mismo por haber permitido que ella pensase lo contrario.

Mi boca se apoderó de la suya sin clemencia. La besé con desesperación, con el hambre de un lobo en invierno, devoré cada rincón de aquel paraíso prohibido que se me había negado durante tanto tiempo. Mi lengua buscó la carnosidad de la suya, exploró cada

rincón de su interior, ávida, insaciable como un conquistador combatiendo por conseguir su preciado botín. No podía controlarme, no quería hacerlo. La necesidad contenida que sentía por ella era más fuerte que yo, y ya nada podía pararme. ¿Por qué Patri estaba cumpliendo mi sueño? ¡A quién le importaba! En aquel momento la razón había quedado doblegada ante el instinto animal que me consumía. El único

pensamiento lúcido que tenía era marcar sus labios con los míos, demostrarle que jamás nadie la había besado como yo. Mi boca le pertenecía solo a ella. Mi alma y mi cuerpo eran suyos. Siempre lo habían sido.

Y ella me estaba aceptando sin reparos. Enredando sus dedos en mi pelo, aferrándose a los músculos de mi espalda como si necesitase confirmar que fuesen reales, deslizando sus manos hacia la toalla que nos mantenía separados y que me arrancó de un tirón. Aquella liberación me provocó un gemido de placer.

—Te juro que no te he mentido antes —murmuré tomando aliento—. Llevo demasiado tiempo esperándote.

Un tiempo que había concluido. Una espera que había llegado a su fin. Con un gruñido ronco apreté su trasero empujándolo contra mi virilidad y la elevé del suelo con el ímpetu de un semental en celo. Ya no podía quedarle ninguna duda, la dureza de mi miembro clamaba a gritos lo mucho que la deseaba.

Volví a besarla mientras mis pasos se dirigieron hacia la pared. Sentí cómo se excitaba al notarla en su espalda, cómo sus piernas se ceñían a mi cintura con más fuerza. Aquel gesto hizo que se arquease y yo aproveché para saborear la delicada suavidad de su garganta. Inhalé su aroma. El rastro a perfume de violetas que la ducha no había podido desvanecer, se entrelazaba con su esencia de mujer enloqueciendo mis sentidos como un afrodisíaco.

Mi lengua serpenteó la senda de diminutas pecas que se extendían como estrellas en el firmamento, que guiaban mis pasos hacia la exquisita y provocadora elevación de sus pechos. Una ofrenda que yo recibí inclinándome ante ellos, reverenciando su redondez, reclamando para mí el sabor de su piel hasta alcanzar la cima que coronaba uno de ellos. Mi boca lo apresó con gula, desesperada por apoderarse de ese pequeño y delicado fruto que ataqué sin compasión. Después el otro. Toda su piel.

Pero no era suficiente. Necesitaba mucha más. «Todavía no», me recriminé a pesar de las palpitaciones dolorosas con que me castigaba mi dureza masculina. Sabía que en cuanto estuviese en su interior no podría contenerme por mucho tiempo, y necesitaba saciarme del sabor de su cuerpo antes de que la verdad me lo arrebatase. El peso de la culpa cayó sobre mí como una losa. Al día siguiente Patri me odiaría por lo que estaba pasando entre nosotros esa noche. ¿Debería parar y explicarle todo? ¿Renunciar a tenerla cuando ella quería que continuase? «Sí, también podrías cortarte el cuello y pretender seguir viviendo», me burlé de mí mismo. Era inútil platearme algo así en ese

momento. Tenía el resto de la vida para pagar con creces mi silencio. Perderla sería mi mayor castigo.

Sentía todos los músculos en tensión, el corazón palpitando a ritmo marcial y la entrepierna endurecida a punto de estallar. Llevado por el más puro instinto primario, el más básico de la naturaleza que unía a hombre y mujeres desde los orígenes de la humanidad, penetré en el interior de Patri de una sola embestida. Ella me recibió con un gemido de placer, sin ninguna oposición, capturando la rigidez de mi cuerpo entre la sedosa y cálida suavidad de la suya. Tuve que recordarme que aquello no era un sueño, que estaba sucediendo de verdad, que debía contenerme todo lo posible para que no acabase. Pero en lugar de calmarme, la frustración de saber que al día siguiente la perdería hizo que mis movimientos fuesen más posesivos y me hundí en ella con desesperación clavándola contra la pared. Una y otra vez. Cada vez más rápido, más profundo. Ella respondía con la misma fogosidad que la mía, su cuerpo estaba tenso, excitado, cubierto de una fina película de ardiente humedad que abrasaba mi piel.

Quería recordarla así, entregada por completo a mí, codiciando el placer que nuestra unión le estaba provocando. Quería que de verdad tocase el cielo sabiendo que era yo quien lo ponía a sus pies.

No me quedaba mucho tiempo y quería llevarla hasta la cama para verla mejor.

Caímos en el lecho devorándonos el uno al otro, y me coloqué de forma que ella pudiese tomar el control. La observé deseando ser capaz de grabar aquel instante para siempre en mi memoria. La visión que tenía ante mí era mágica, hipnótica, la de una mujer reclamando por derecho propio el placer que mi cuerpo le proporcionaba. Con el pelo en movimiento, los ojos brillantes, sus pechos erguidos. Patri era la viva imagen de la orgullosa reina de las amazonas que siempre había sido para mí.

Supe que el momento de mi liberación había llegado cuando la piel aterciopelada de su interior se ciñó más a mí temblando con violentos espasmos. Eché la cabeza hacia atrás y, con un rugido que me salió de las entrañas dejé que todo mi apetito salvaje se saciase por fin en una última embestida. Patri se pegó a mi cuerpo con un grito tan febril que enardeció mi ego masculino. Exploté en un torrente de puro delirio. Fui yo quien tocó el cielo, quien estalló en mil pedazos, quien se aferró al placer más intenso sabiendo que el amor de mi vida me acompañaba en aquel ascenso al paraíso.

Un poco después, ambos respirábamos exhaustos tendidos en la cama, recuperándonos del torbellino de sensaciones que habían arrasado nuestros cuerpos.

Pero yo quería más, necesitaba confirmar que esta vez Patri había comprendido.

Necesitaba oírselo decir.

—¿Te ha parecido suficiente prueba de que quiero que seas mi mujer de verdad o tendré que demostrártelo otra vez? —pregunté sabiendo que no era una bravuconería por mi parte. Empezaba a sospechar que me iba a resultar muy difícil mantener mis manos alejadas de ella si se quedaba a mi lado.

Se tomó su tiempo para responder. Sujetándose sobre un codo se giró hacia mí, y en su rostro apareció una sonrisa pícara y lasciva que me secó la garganta.

—¿Crees que serías capaz? —me retó con voz seductora.

—No me tientes si pretendes dormir algo esta noche —respondí con el propósito de dejarle claras mis intenciones.

—El caso es que no tengo sueño…

No necesité más argumentos para volver a besarla.

CAPÍTULO 48

PATRI

Cuando desperté al día siguiente no me atreví a abrir los ojos. Temía que las paredes de mi habitación revelaran que lo que había sucedido entre Persi y yo solo hubiese sido un sueño, como tantos otros. Pero este era real, la agradable sensación de regocijo de mi cuerpo lo delataba. El lado de la cama en el que mi marido había estado aún guardaba su calor. Hubiera preferido encontrarlo allí para poder acurrucarme junto a él, pero el sonido del agua me confirmó que estaba en el baño.

Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Había sido una noche increíble. Aquel recuerdo hizo que me estirase entre las sábanas como un gatito satisfecho con ganas de ronronear. Por fin estaba segura de que entre Persi y Claudia no podía existir la relación que yo había imaginado. Era imposible. Él me lo había demostrado con creces. No había dicho exactamente que me quería, pero me bastaba con saber que podría llegar a hacerlo. El sexo compartido me daba esperanzas de conseguirlo y esa idea renovó mi energía a pesar de las pocas horas que había dormido.

Estaba hambrienta. Debía de ser cerca del mediodía, así que decidí escaparme a mi habitación para ducharme y poder bajar a comer algo lo antes posible. Ya estaba arreglada cuando oí unos golpecitos en mi puerta y supuse que sería él. Abrí ilusionada como una adolescente en su primera cita. En el fondo era algo similar, el comienzo de algo importante. Con suerte, del resto de una vida en la que podría disfrutar de muchas más noches como esa.

Pero la expresión de Persi no era la que yo esperaba y eso hizo saltar mis alertas.

Me negué a pensar que se hubiese arrepentido. Se le veía preocupado y temí que se debiera a alguna mala noticia.

—¿Qué ha pasado? —pregunté dejándole pasar. Me hubiese gustado recibirlo con un beso de buenos días, pero el hombre apasionado de la noche anterior había desaparecido. En su lugar, otro cabizbajo y serio se sentó en la cama que seguía intacta.

Yo lo hice en la silla del escritorio. Algo me decía que sería mejor mantener las distancias.

—Todavía tenemos una conversación pendiente, Patri.

¿Qué conversación? Intenté recordar, porque nada me parecía tan importante como lo que había sucedido entre nosotros. ¿Sería eso? Pero entonces, ¿por qué lo veía tan apenado cuando yo estaba eufórica? Se me hizo un nudo en la garganta y rogué para que no me soltase que había sido un error. No podría soportarlo.

—¿Qué te parece si bajamos al restaurante y lo comentamos mientras comemos algo? Estoy muerta de hambre —propuse intentando ganar tiempo.

—No, lo que tengo que decirte es privado y no quiero que nadie nos interrumpa.

Aquella respuesta fue todavía peor. Ahora sí que estaba preocupada.

—Está bien —asentí tragando saliva—. Tú dirás.

—Anoche quise hablarte de lo que me unía a Claudia…

Sentí que el suelo temblaba a mis pies. ¿Por qué tenía que seguir hablando de esa mujer? No quise interrumpirlo esta vez. Persi necesitaba contarme algo y yo debía escucharlo. Confiaba en él. La noche anterior me había asegurado que no estaba enamorado de ella, así que debía de ser otra cosa. Volví a asentir para que continuase.

—Claudia no es solo una amiga, es como una hermana para mí. Desde que la conocí siempre ha existido un vínculo especial entre nosotros, pero no el que tú suponías.

Así que se trataba de eso. Pero entonces ¿por qué no me lo había dicho antes?

Quizá porque pensaba que era algo evidente. Me sentí como una idiota. ¡Cuánto tiempo perdido! Yo solita me había montado en la cabeza esa película que me había mortificado tanto.

—Estábamos en Stanford cuando a su verdadero hermano, Alonso, lo asesinó la Orden de Salomón. Desde entonces, ambos juramos que no descansaríamos hasta destruirla.

Sus palabras tardaron en tener sentido en mi mente. Llegué a pensar que no le había entendido bien. ¿Cómo iba a decirme que conocía la existencia de esos criminales antes de que Marcos le pidiese que se casase conmigo? ¿Que me había ocultado la muerte del hermano de

Claudia? ¿Que durante tanto tiempo había guardado silencio sobre algo tan importante?

—Pero… —balbuceé—. Es imposible que tú…

—No lo es, Patri —me cortó con voz pausada—. Hay muchas cosas sobre mí que desconoces, y otras de la Orden que no te he contado. Al principio porque pensaba que tú querías ser parte de ellos, que harías cualquier cosa para pasar sus pruebas de iniciación.

—¡Yo! —exclamé horrorizada—. ¡Cómo pudiste creer algo así!

—Aceptaste casarte conmigo aun sin soportarme —sentenció agachando la cabeza—. Lo siento, pero mi mente no pensaba con claridad. Había demasiado en juego y no podía arriesgarme. Por favor, permíteme que hoy te cuente la verdad.

El pulso me latía con fuerza. Persi no había dudado en condenarme sin plantearse siquiera que pudiese tener otros motivos para hacerlo.

—Alonso era periodista —continuó al ver que yo no decía nada—. Se topó con la existencia de la Orden de Salomón tras el fallecimiento de su compañero de piso y comenzó a investigar por su cuenta. Así descubrió que se dedicaban al tráfico ilegal de antigüedades y que no dudaban en aniquilar a todos los que se cruzaban en su camino.

Él mismo fue uno de esa larga lista. Cuando Claudia y yo averiguamos esto después de su muerte, decidimos que teníamos que acabar con ellos. Por eso regresamos a España, pensamos que desde aquí sería más fácil destruirlos. Inventamos una tapadera para que no sospechasen. —Mi cabreo iba en aumento con cada frase que pronunciaba—. Yo me convertí en el hombre que no soportas. Rico, pomposo, engreído. Un títere petulante al que no le interesaba nada más que su ego. Llevo casi seis años aguantando las burlas y el desprecio de la gente para ocultar mis verdaderas intenciones, pero te aseguro que habrá merecido la pena si con ello conseguimos nuestro objetivo. —Tomó aire como si le faltase la respiración. La mía estaba cada vez más acelerada—. Ya estamos muy cerca.

Tenemos un contacto en la policía que nos está ayudando. Ahora solo nos queda descubrir quiénes son, y eso podremos hacerlo superando la última prueba gracias a la información de mis tías y a lo que tú me contaste ayer sobre la cueva. —Persi hizo una pausa y me miró como un cordero camino del matadero—. Siento en el alma haber dudado de ti, haberte ocultado todo esto incluso después de que tú me explicases lo que te estaba sucediendo. Sé que no merezco tu perdón,

pero ten por seguro que lo hice porque te amo más que a mi vida y no podía soportar la idea de ponerte en peligro.

La cabeza me daba vueltas. Me sentí traicionada. Yo confiaba en él y el muy miserable me había engañado. Ni siquiera se había dignado a contarme la verdad cuando le confesé que lo hacía por mi madre. La ira se apoderó de mí. Sus razones me daban igual, lo único que me importaba era saber que me había mantenido al margen de todo aquello sabiendo lo que significaba para mí. ¡Tan estúpida me consideraba para

dar por hecho que no lo comprendería, que no podría ayudarle a conseguir lo que yo deseaba más que él!

—¡¡Vete a la mierda, maldito hijo de puta!! —le grité encolerizada—. ¡Cómo te atreves a decir que me amas después de esto! ¡Si de verdad lo hicieses habrías confiado en mí como yo lo hice contigo!

Cerró los ojos y su cuerpo se encogió derrotado, como un muñeco de aire al que hubieran desinflado de repente.

—Te quiero, Patri. Siempre te he querido. Para mí nunca ha existido otra mujer más que tú.

—¡Lárgate ahora mismo de mi habitación! —No soportaba oírle decir algo así. Lo que yo tanto había deseado y que ahora me resultaba imposible de creer—. ¡No quiero volver a verte!

—Sé que me lo merezco —pronunció con voz lánguida—. Debí haberte contado todo esto hace mucho tiempo, pero algo que ni yo mismo entiendo me lo impedía. Te aseguro que la barrera que he creado entre nosotros ha sido un infierno para mí. ¿Sabes cuántas veces he querido mandarlo todo al diablo y confesarte la verdad? Me muero por estar a tu lado, que me mires y me desees como anoche, que te sientas orgullosa de ser mi mujer cada día, pero sigo teniendo la extraña sensación de que eso te pondrá en peligro. No puedo pedirte que me perdones, tan solo que no te rindas cuando estamos tan cerca del final. Encontremos juntos la Mesa de Salomón, salvemos a tu madre y te juro que luego desapareceré de tu vida.

—Adiós, Persi —respondí sin compasión.

Él inhaló profundamente asintiendo con la cabeza y se dirigió hacia mí. Luego sacó unas llaves de su bolsillo y las dejó en el escritorio.

—Llévate mi coche. Pediré a alguien que vaya a recogerlo a tu casa.

—No lo necesito.

—Por favor. Concédeme esta última petición.

Tuve ganas de decirle por dónde podía meterse las llaves, pero mi resentimiento me hizo saborear la idea de que tuviese que utilizar el transporte público. Aunque quizá no le importase tanto como yo imaginaba. Ya no sabía quién era en realidad el hombre

que tenía delante, el que la noche anterior me había hecho soñar con un futuro juntos y ahora acababa de destrozarlo con sus falsedades. Le odié por herirme tanto.

—Lo siento, Patri. Nunca quise que terminásemos así —dijo antes de salir por la puerta—. Espero que consigas la felicidad que te mereces.

Cuando se marchó, lancé las llaves contra la pared, descargué mi rabia arremetiendo contra los folletos del hotel que había encima de la mesa, y un grito desgarrado dio paso al llanto que por fin explotó dentro de mí. ¡Cómo había podido hacerme algo así! ¡Yo le amaba!

¡Que fuera feliz, me había dicho! ¡Cómo iba a serlo después de haberlo perdido!

Lágrimas de amargura se desbordaron por mis mejillas hasta dejarme tirada en el suelo.

Ahogándome. Estrujando con un puño de acero mi malherido corazón. «¿Por qué tuve que enamorarme de ti, Persi?»

Ojalá no le hubiese conocido nunca. Ojalá pudiese borrar de mi memoria todos los recuerdos que me torturarían a partir de entonces. Ojalá él me hubiese amado lo suficiente para evitarme el infierno que me esperaba

CAPÍTULO 49

PATRI

Una semana después seguía sin poder recuperarme. Vagaba como un alma en pena por la casa de mi madre, intentando ocultarle el dolor que me estaba consumiendo. Sabía que en otros tiempos me hubiese sermoneado sin compasión. «¡Cómo has podido caer en la trampa del amor después de todas mis advertencias!», me hubiera dicho. Ahora no lo tenía tan claro. Ella estaba cambiando. Poco a poco comenzaba a salir de la oscuridad y su forma de hablar y de comportarse no era la misma. Parecía una mujer que se hubiese desprendido de una carga pesada, de la coraza que la mantenía rígida y distante. Empezamos a hablar como nunca lo habíamos hecho. Por primera vez sus comentarios sobre mi padre estaban llenos de cariño. Me reconoció que nunca lo había amado como él se merecía, pero que se había dado cuenta de todo lo que significaba en su vida. Lo echaba mucho de menos. Era su compañero y lo había perdido demasiado pronto. Entre sollozos me confesó que había llorado muchas noches después de su muerte, pero que aquello la humillaba tanto que no quería que nadie lo supiese, ni siquiera yo. Sentirse débil era lo que más odiaba en el mundo. Ahora comprendía que había sido una estupidez. Me pidió perdón por no haber compartido conmigo la tristeza que nos ahogaba a las dos.

—Persi te quiere de verdad, hija —dijo apretando mis manos entre las suyas—. Lo sé porque te mira con la misma adoración que yo veía en los ojos de tu padre. No cometas el mismo error que yo menospreciando ese regalo. Ya es hora de que vuelvas a casa con tu marido.

Jamás hubiera pensado que aquellas palabras saldrían de su boca. Su impacto fue demoledor. Todo el dolor que había intentado ocultarle se precipitó sobre mí sin posibilidad de pararlo por más tiempo. Me abracé a ella como una niña pequeña, buscando el consuelo materno que nunca había tenido y que por fin encontré. Lloré.

Dejé escapar la angustia que me ahogaba mientras ella me acariciaba el pelo con su mano. Su contacto eran el mejor de los bálsamos para mi maltrecho corazón. Había perdido a Persi, pero al menos ahora la tenía a ella.

CAPÍTULO 50

PATRI

Al día siguiente no paraba de darle vueltas a la conversación con mi madre. Había estado tentada de sincerarme con ella, de explicarle lo que me había pasado desde que entré en el despacho de Marcos hacía ya más de seis meses. Pero era demasiado pronto, todavía no se había recuperado lo suficiente para soportar una impresión como esa. Lo último que necesitaba era saber que alguien quería atentar contra su vida y que la mía estaba destrozada por haber perdido a Persi.

Seguía mortificándome la idea de que él me hubiese engañado de aquella forma. Yo siempre le había contado la verdad. «Siempre, no», me recriminó la voz de mi conciencia. Tuve que reconocer que tenía razón. Al principio le había ocultado deliberadamente lo que sabía sobre la Orden de Salomón para que no se negase a ayudarme. Aquello no había sido muy honorable por mi parte. También le había mentido sobre Aitor, haciéndole creer que esa rata de cloaca era nuestro aliado, que actuaba de buena fe. Me dolió en el alma verlo salir de casa cabreado, pero eso era mejor que preocuparle todavía más.

En ese momento sonó el timbre y al rato apareció Martina en la habitación de mi madre.

—Tienes una visita —dijo dirigiéndose a mí. Eso me sorprendió. Era la primera vez que alguien me buscaba allí desde que Persi había dejado de hacerlo.

—¿Quién es? —pregunté confusa levantándome para ir al recibidor. Sin embargo, me quedé inmóvil cuando dijo su nombre.

—Me ha dicho que se llama Claudia.

—¿Claudia? —pregunté anonadada—. ¿Estás segura?

Ella asintió con un gesto. Tuve que reaccionar para que mi madre no sospechara.

—Imagino que querrá saber cómo te encuentras —justifiqué.

—Llévala al salón de invitados —comentó con desgana—. Por favor, encárgate tú.

No me apetece ver a nadie.

Salí de allí sabiendo que era bastante improbable que ese fuese el motivo de su visita. Claudia me había preguntado a menudo por el estado de mi madre, pero nunca había ido a verla. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Habría sucedido algo?

Nos sentamos en el salón y pedí a Martina que nos trajese unos cafés. Yo estaba bastante nerviosa y la expresión de Claudia tampoco era muy halagüeña. Su arrogancia habitual había desaparecido, hasta su ropa parecía más sobria. Con ese traje de chaqueta negro cualquiera diría que venía de un funeral. Creo que por primera vez no sentí una punzada de celos al verla. Aunque, para qué negarlo, tampoco tenía muy clara mi posición hacia ella después de lo que había descubierto.

La conversación comenzó de forma trivial. Se interesó por la salud de mi madre y yo respondí mordiéndome las ganas de preguntarle directamente por qué narices había venido a verme. Cuando Martina regresó con las bebidas, y al fin nos quedamos solas, supe que el momento de las banalidades había concluido.

—Persi me ha contado lo que ocurrió la semana pasada y quiero saber cómo estás tú.

Aquello me sorprendió. ¿Qué le importaban a ella mis sentimientos?

—¿Tú qué crees? —pregunté con amarga ironía—. ¿Te parece plato de buen gusto que me dejara al margen de lo que vosotros sabíais?

Claudia no me respondió. En lugar de eso, buscó algo en su bolso y sacó de él un taco de fotografías. Luego, esquivando la bandeja, las desplegó encima de la mesa como si fuesen cartas del tarot, hasta que la superficie estuvo completamente ocupada por ellas. Todavía quedaban algunas en su mano cuando dijo:

—Míralas, Patri.

¿A qué venía eso? En ellas aparecían personas que yo no conocía de nada.

—A toda esta gente la ha asesinado la Orden de Salomón.

Me quedé muda. Allí había más de cuarenta fotos, sin contar las que todavía permanecían en su mano. Esas las dejó encima del sofá. Entonces, tomó la primera que había colocado en la mesa y me la mostró para que pudiese observarla mejor.

—Este es Alonso, mi hermano —dijo con un ligero temblor en su voz

—. Era divertido, cariñoso y un fuera de serie en su trabajo como periodista. Ellos me lo arrebataron. La Orden de Salomón lo mató a sangre fría, porque estaba investigándolos.

De eso hace ya casi seis años.

Sentí el dolor agudo que su expresión delataba. El mismo que me ahogaría a mí si fuese mi madre la que apareciese en esa foto.

—Yo tengo la culpa de que Persi haya renunciado a su vida por ayudarme a vengarlo. A él, y a todos los demás, incluido este —dijo sacando otra foto de su bolso—.

¿Recuerdas quién es?

Me quedé helada. En la imagen aparecía el padre de Nacho, Fermín. Pero aquello era imposible, la Orden no tenía nada que ver con su muerte. Él había fallecido en un incendio provocado por la explosión de una caldera.

—Te equivocas —aseguré deseando tener razón.

—No, no lo hago —respondió tajante—. Hemos descubierto que la Orden siempre envía a sus víctimas una pintura grabada el día anterior a ejecutarlas. En ellas aparecen un demonio y un ángel. Creemos que es una especie de ritual que está relacionado con un libro antiguo llamado *Testamento de Salomón*. Hay un policía que nos está ayudando y ha comprobado que en todos los asesinatos ocurrió lo mismo. En el caso de Fermín también. He hablado con Nacho y me lo ha confirmado. Su padre se lo mostró el día anterior al incendio.

No quise creerla. Sin embargo, la sola idea de que algo así hubiera podido suceder me horrorizó.

—¿Lo sabe Nacho? —pregunté con un hilo de voz.

—Persi no quiere contárselo hasta que hayamos acabado con la Orden. Dice que no soportaría verlo sufrir más. Yo le he dicho que se equivoca, que también lo perderá a él cuando se entere, pero el muy cabezota no quiere hacerme caso. Insiste en soportar esa carga con tal de protegerlo.

—Pero ¡quién se cree que es para tomar esas decisiones por nosotros! —exploté—.

¡Lo único que consigue ocultándonos la verdad es hacernos más daño!

—Lo sé —respondió con pesar—. Y estoy harta de decírselo, pero no me hace caso.

Os quiere demasiado, y esa es su forma de demostrároslo. Te juro que tiene un sentido

del honor y de la lealtad que ni yo misma comprendo. No sabes lo que está sufriendo por ello, lo que ya ha pasado desde que aceptó unirse a mí en esta lucha. Regresamos a España no solo para investigar a la Orden, sino también para proteger a Arturo.

—¿Arturo? —pregunté incrédula—. ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Mi hermano descubrió que le estaban siguiendo. La documentación que me dejó hablaba de él, aunque Alonso no sabía la relación que lo unía a Persi. Decía que la Orden estaba buscando algo llamado el Tesoro del Santo y que la Hermandad de san Babilés podría saber dónde se encontraba. Por eso avisamos a Arturo y a Sofí.

Afortunadamente, no sucedió nada. Pensamos que, o bien descartaron la idea de que él pudiese conocer su paradero, o ellos mismos lo descubrieron.

—¿Mi suegra y Arturo están al corriente de toda esto?

—Sí. Desde entonces hemos trabajado los cuatro juntos para desenmascararlos.

Aquello iba de mal en peor. Ya no me quedaban fuerzas para protestar por el hecho de haber sido excluida de esa manera. Y no solo por Persi, sino también por aquel matrimonio que ahora consideraba parte de mi familia. Claudia debió intuirlo.

—Yo no te conocía y acepté sin cuestionar la noticia de que querías formar parte de la Orden, porque buscabas el poder que te podría proporcionar —dijo categórica—.

Pero ellos no lo hicieron. Desde el primer momento insistieron en que tendrías otro motivo, que debíamos averiguarlo antes de condenarte. Te pido perdón por no haberlos escuchado.

Sus palabras provocaron en mí tal frustración que una risa floja cargada de amargura escapó de mi garganta.

—Pero él sí me conocía —dije tragándome aquel resentimiento que

escocía tanto como una herida curada con alcohol—. ¿Cómo pudo creer algo así de mí?

—A veces, el dolor nos deja ciegos a lo evidente —justificó con calma —. Persi lo ha pasado muy mal todos estos años temiendo a cada momento que nos descubrieran, que nuestras vidas siguiesen la misma suerte que la de todas estas personas que ves en las fotos. Tuvo que hacerse pasar por un personaje que odiaba cada segundo del día.

Renunció a sus sueños, a su brillante futuro por el que había peleado tanto, pero lo peor fue tener que ocultar sus sentimientos por ti. Le dolía en el alma tu desprecio, pero lo soportaba para no arrastrarte en su posible caída. Por eso, la noticia de que tenía que casarse contigo para que entrases en la Orden le rompió en mil pedazos. Estaba

destrozado. Imagina que tú descubrieses que el hombre que has amado toda tu vida quisiera formar parte de lo que más odias. Y, aun así, no podía dejar de hacerlo. A mí me lo confesó la noche de vuestro compromiso. Hasta ese momento lo había sufrido en silencio para no preocuparnos a los demás, para mantener el juramento que me había hecho en Stanford. Es a mí a quien debes culpar por todo lo que ha pasado.

Las palabras de Claudia me estrangularon el corazón. No quería pensar en Persi como una víctima más de aquella historia, necesitaba descargar en él todo el dolor que sentía, porque si dejaba de hacerlo ya no me quedaría nada para que el miedo y la debilidad me vencieran.

—Entonces, ¿por qué no se sinceró conmigo cuando supo mis motivos? —repliqué intentando contener mis lágrimas—. ¿Por qué continuó con el engaño?

—Para no atormentarte más de lo que ya lo estabas. Una cosa es imaginar que a tu madre podría ocurrirle algo, y otra muy distinta tener la certeza de que correría la misma suerte que todas estas personas. Te aseguro que algunas de sus muertes han sido atroces. Pensó que así te evitaría un tormento innecesario. Yo le dije que se equivocaba, que tú eres fuerte, que pasaría esto cuando descubrieses la verdad. Lamento muchísimo no haberme equivocado.

—¡Evitarme un tormento innecesario! —exclamé dolida—. ¡Su engaño me ha herido muchísimo más que cualquier atrocidad cometida por la Orden!

—Su intención era buena, pero ya conoces a los hombres. A veces son

más testarudos que una mula —refunfuñó—. Como se obcequen en algo es imposible hacerlos entrar en razón, aunque ellos mismos sean los perjudicados. Persi te quiere.

Siempre te ha querido, desde que erais niños. Jamás he conocido a nadie que ame tanto a otra persona, por eso prefirió perderte a hacerte sufrir. Creo que nunca imaginó que tú pudieras corresponderle, por eso no se planteó que su silencio te haría tanto daño.

¡Cómo podía ser tan idiota un hombre con su inteligencia! ¡Tan difícil era intuir que me había enamorado de él! «¿Acaso hiciste algo para que lo supiera?». De nuevo, la voz de mi conciencia atacaba donde más dolía. «Pero yo pensaba que él quería a Claudia.

¡Cómo iba a confesarle mis sentimientos sabiendo que su corazón pertenecía a otra mujer!», me justifiqué. «Entonces no hagas a Persi responsable de todo lo que ha ocurrido. Tampoco tú fuiste sincera con él. Tu orgullo y tu cobardía tienen tanta culpa como su afán de protegerte».

—Ahora está pagando con creces su error —continuó Claudia ajena a mis pensamientos—. Cuando te mudaste aquí ya estaba mal. Te echaba de menos a todas horas y no soportaba la soledad de vuestra casa. Lo de ahora es mucho peor, jamás lo he visto así. Apenas come ni duerme y ha dejado de lado su trabajo. A duras penas consigo mantener su tapadera reutilizando grabaciones anteriores para que la Orden no sospeche nada. Lo último que necesitamos es que descubran lo que os está pasando.

¿Persi había sufrido cuando yo me mudé? ¿Sería por eso por lo que le había visto tan demacrado y no por sus salidas nocturnas como yo suponía?

—No he venido a pedirte que lo perdones —dijo cambiando el tono de su voz por otro más terminante—. Si yo estuviese en tu lugar, probablemente tardaría mucho en hacerlo. Te he contado esto, porque necesitas saber toda la historia antes de tomar una decisión sobre lo que vas a hacer a partir de ahora. Con tu matrimonio y con la última prueba de la Orden.

«La última prueba». Apenas quedaba una semana para que venciera el plazo, y yo no había hecho nada para avanzar en ella. Me había limitado a esconderme, a lamerme las heridas sin tener en cuenta lo que todavía estaba en juego.

—Persi me contó lo de tus sueños, espero que no te lo tomes a mal —

dijo al ver que yo no contestaba—. Reconozco que nunca he creído en esas cosas, pero a estas alturas me agarraría a un clavo ardiendo con tal de descubrir dónde se esconde esa maldita mesa. Él está buscando la cueva siguiendo tus indicaciones, yo misma lo he acompañado en alguna ocasión por el monte. Ha revisado mil archivos y preguntado a todos sus conocidos, pero nada. Ni rastro.

—Yo sé que existe —aseguré.

—No digo lo contrario, pero quizá algún movimiento de tierra taponara su entrada hace siglos —respondió con pesar.

—También yo la buscaré por el campo. —Ya iba siendo hora de que hiciese algo de provecho—. Para mí puede ser más fácil reconocer el lugar o los alrededores.

—Gracias.

—No lo hago por vosotros, sino por mi madre —dije intentando mantener las distancias. Todavía me costaba aceptar lo que me había contado.

—En cualquier caso, te estoy agradecida por ello —respondió levantándose del asiento. Yo hice lo mismo. No teníamos nada más que decir.

La acompañé hasta el recibidor, pero una vez allí se acordó de algo.

—Por cierto, Arturo y Sofí volvieron ayer de sus vacaciones y Persi los puso al corriente de la situación. Esta mañana he hablado con tu suegra y le he dicho que iba a venir a verte. Me ha pedido que la llames cuando puedas. Ella no quiere molestarte, pero me da la sensación de que necesita decirte algo importante.

Asentí con un gesto. Claudia abrió la puerta.

—Sabía que Persi se equivocaba contigo. Fue una estupidez por su parte intentar protegerte, alguien con tu entereza no lo necesita —dijo atravesando el umbral. Pero antes de irse se giró y me miró con tristeza—. Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, Patri. Creo que podríamos haber llegado a ser buenas amigas.

Luego se marchó, dejándome todavía más confusa de lo que ya estaba.

CAPÍTULO 51

PATRI

Salí del trabajo y llegué a casa de mi suegra sin saber muy bien cómo iba a afrontar aquella conversación. Sofí me había confirmado que necesitaba hablar conmigo para enseñarme algo. Yo me debatía entre el resquemor que todavía sentía y el cariño por ella que no podía obviar. Según Claudia, la madre de Persi confió en mí, en que algún motivo me habría obligado a querer entrar en la Orden. Por lo menos le debía el esfuerzo de ver lo que quisiera mostrarme.

Ella me esperaba en el umbral de la puerta. Detuve mis pasos a un metro de la entrada y la observé. La sonrisa con la que siempre me recibía ya no estaba. En su lugar, una expresión de desconsuelo me partió el corazón. Eché de menos su cálido abrazo de bienvenida y supe que no se atrevía a dármelo por miedo a que lo rechazase.

Había llegado hasta allí con el firme propósito de no permitir que me hablase de su hijo, de no dejarle ver todo el dolor que sentía. Fue inútil. Aquella mujer tenía un don especial para desnudar mi alma con una sola mirada. En sus ojos vi pena, pero, sobre todo, una bondad infinita que traspasó mi coraza y me obligó a contemplar el enorme vacío que la pérdida de Persi había dejado en mí. Desolación, eso era lo único que me quedaba sin él. Aquella certeza hizo que me desmoronase, que los muros que había levantado para protegerme cayeran de golpe. Noté mis labios temblando y cómo la humedad de las lágrimas velaba mi visión. En ese momento, Sofí tendió sus brazos hacia mí y yo me refugié en ellos buscando aliviar parte de mi congoja.

Ella me recibió con un amor inmenso, acariciando mi espalda con sus cálidas manos sanadoras, calmando el llanto que ya no pude contener.

—Lo siento, cariño. Siento mucho por lo que estás pasando, pero no ocultes ni guardes este dolor dentro de ti. Déjalo libre para que no se haga más fuerte y acabe consumiendo tu corazón.

Yo escuchaba su voz angelical como si fuese un bálsamo, el remedio a todos los males que me ahogaban. Estaba cansada de exigirme ser fuerte, de imponerme una y otra vez que el dolor no me venciera, de ocultar mis miedos tras un escudo de valentía que no existía. Ya no podía más. Necesitaba ese momento de debilidad para poder

renacer de mis cenizas. Igual que mi madre lo estaba haciendo. Sofí

me había mostrado el camino.

Un rato después, me noté más tranquila y pude separarme de sus brazos. Ella limpió con ternura las huellas húmedas de mis mejillas, mientras su sonrisa de ninfa regresaba para darme ánimos.

—Gracias —dije tomando aire profundamente, luego lo solté de golpe. Me sentía diferente, como si una energía purificadora hubiera recorrido mi cuerpo llevándose consigo la ponzoña que lo corroía.

—Acompáñame adentro, tenemos que hablar —dijo Sofí cogiendo mi mano.

La seguí hasta el salón pensando que conversaríamos tranquilamente, solas. Me equivoqué. Para mi absoluto desconcierto, allí nos esperaban Nacho y Persi. Se levantaron al verme y por su expresión comprendí que mi presencia les había sorprendido tanto como a mí la suya. Fijé mi mirada en Nacho, que me la devolvió arqueando su ceja en busca de una explicación que yo no podía darle. No quise mirar a Persi. Todavía no estaba preparada para hacerlo, pero por el rabillo del ojo vi cómo agachaba la cabeza apesadumbrado.

—Ha llegado el momento de que hablemos de algo que os afecta a los tres —dijo Sofí invitándonos con un gesto a que tomásemos asiento. Así lo hicimos. Yo ocupé el sofá junto a Nacho. Mi suegra y Persi los sillones. Los cuatro quedamos enfrentados dos a dos con la mesita baja como línea de separación. Entonces me fijé en que los ojos de Nacho tenían un color raro, algo enrojecidos y más brillantes de lo habitual. ¿Qué había sucedido antes de que yo llegara?

—Les pedí que viniesen hace una hora, porque quería que por fin Persi contase a Nacho la verdad sobre lo que le ocurrió a Fermín. Necesitaban ese tiempo a solas —me aclaró Sofí—. Hoy se van a acabar los secretos en esta familia. Ya han causado suficiente daño.

Me quedé sorprendida y busqué a Nacho con la mirada.

—¿Tú lo sabías? —me preguntó afligido—. ¿Sabías lo que esa maldita Orden de Salomón le hizo a mi padre?

—Ella no sabía nada de eso —respondió Persi antes de que yo pudiese hacerlo.

En otras circunstancias hubiera protestado por su intervención, pero todavía sentía los efectos apaciguadores del abrazo de Sofí y decidí pasarlo por alto. Me preocupaba más saber cómo se había tomado

Nacho aquella noticia.

—Me resulta difícil de creer lo que me ha contado Persi —dijo respondiendo a la pregunta que yo le había hecho. Estaba alterado y se atusaba el pelo como si en ese gesto pudiese encontrar algo de su habitual serenidad—. ¿Cómo es posible que alguien quisiese matar a mi padre? ¿Por qué? Me niego a pensar que pudiese estar involucrado en algún negocio sucio de esos. Parece una historia sacada de una novela y, aun así, me duele que no hayáis confiado en mí ninguno de los dos para contármela hasta ahora.

¿Tan difícil era explicarme el verdadero motivo por el que os casasteis? Podría haberos ayudado. Tú Patri, ni siquiera sabías lo de mi padre, ¿por qué lo hiciste entonces?

—Lo siento —dije avergonzada—. Tenía miedo de involucrarte en algo así, era muy peligroso. Yo solo quería protegerte.

Oír de mi boca aquella frase tuvo el mismo efecto que una bofetada. Contundente, dolorosa, pero con la capacidad de hacerme despertar de repente. Fue entonces cuando lo comprendí. No se trataba de que no confiara en Nacho, ni que no lo viera capaz de ayudarnos, lo que me había llevado a ocultarle la verdad era el miedo a que le pudiese suceder algo por mi culpa. No hubiese podido soportarlo, le quería demasiado.

Cerré los ojos para asimilar aquella revelación. Cuando los abrí, mi mirada se entrelazó con la de Persi. Le había condenado por algo que yo misma había hecho con Nacho.

—Ahora te toca a ti contarles la verdad, Nacho —dijo Sofí mirándolo con ternura.

—¿A mí? —respondió él extrañado—. Yo no les he ocultado nada.

—Sí lo has hecho, llevas toda la vida haciéndolo —insistió—. Tú también tienes derecho a quitarte de encima ese secreto que te ha hecho sufrir tanto. Ellos deben saberlo.

Yo no entendía nada y, por la expresión de Persi, él tampoco. ¿Qué secreto podía tener Nacho? Él siempre había sido como un libro abierto para nosotros. Llevaba una vida tranquila dedicada a sus pacientes, sin excesos ni complicaciones.

Pero Nacho ocultó el rostro entre las manos y agachó la cabeza.

—Ni siquiera sé cómo has podido averiguarlo tú, pero no me pidas que se lo cuente. Por favor, Sofí, no puedo —suplicó con un hilillo de voz apenas perceptible.

—Te mereces hacerlo, Nacho. Tienes que soltar de una vez esa carga que te impide avanzar.

—Si lo hago, todo se romperá.

—Ten confianza.

—¡No puedo! —se lamentó negando con la cabeza una y otra vez.

Persi y yo continuábamos en silencio. Ninguno nos atrevíamos a decir nada, porque tampoco sabíamos de qué iba esa conversación sin sentido para nosotros. Lo único que estaba claro es que Nacho lo estaba pasando fatal. Me acerqué más a él para consolarlo, pero me rechazó. Se separó de mí como si aquel contacto le hubiese quemado.

—Está bien. Tómate tu tiempo —cedió Sofí—. Quizá te ayude escuchar lo que voy a decir.

A esas alturas yo ya no sabía qué podía esperar.

—Persi nos ha dicho que estás teniendo sueños que parecen tan reales como los que me contaste sobre esa chica llamada Cristina —dijo mirándome. Asentí sin saber por qué sacaba un tema como ese en aquel momento—. Hoy me gustaría hablarte de algo que me sucedió a mí. Yo también tuve sueños como los tuyos y otras visiones que me hicieron suponer que estaba loca. ¿Sabías que durante muchos años estuve ingresada en un hospital de salud mental?

Negué con un gesto.

—Creía que era uno corriente, que sufrías algún tipo de enfermedad que te impedía hacer una vida normal —murmuré.

En aquella época Persi nunca hablaba de ello y yo no quería preguntarle, porque sabía que ese tema le incomodaba. Él solo decía que Sofí estaba enferma.

—Desde que era una niña me había sentido diferente a los demás, pero intentaba ocultarlo para que no me tratasen como a un bicho raro. Con la edad, todo fue a peor.

Entre otras cosas, yo también tenía sueños impactantes que no

comprendía, pero en mi caso muchas de aquellas pesadillas acababan haciéndose realidad. No podía contárselo

a nadie para que no me tomasen por una lunática. Imagino que conocerás el mito de Casandra, la princesa troyana que tenía el don de la profecía, pero que nunca podía hacer nada para cambiar los horrores que veía. Eso mismo me pasaba a mí. Todavía me pasa, pero con ayuda aprendí a aceptarlo y a canalizarlo con el amor que un don como ese se merece.

La miré sin atreverme a emitir ni un sonido. Me costaba asimilar lo que me estaba diciendo. O mi suegra estaba como una puñetera cabra, o acababa de descubrir que Sofí era de verdad el ser especial que aparentaba ser. Decidí no tomar decisiones precipitadas hasta haber escuchado el resto.

—Las visiones no solo llegaban de noche —continuó—. De día era peor. Las imágenes de mi vida real quedaban anuladas por otras que no tenían nada que ver con lo que me rodeaba. Y no todos eran sucesos que todavía no habían ocurrido. En algunas ocasiones parecía que retrocedía en el tiempo y me encontraba en épocas pasadas, en lugares que ni siquiera hubiera sabido situar en un mapa. No podía controlarlo. Tenía mucho miedo, porque al no ser consciente de lo que sucedía a mi alrededor, estuve a punto de sufrir varios accidentes que podrían haberme costado la vida. En uno de ellos, Persi estaba conmigo. Mi niño pudo morir por mi culpa.

Real o no, lo que estaba claro es que aquello le había hecho sufrir mucho. Mantenía la tranquilidad que la caracterizaba, pero en sus ojos vi el dolor que esos recuerdos seguían produciéndole.

—Ese fue el motivo por el que decidí ingresar en el hospital de forma voluntaria.

Necesitaba ayuda y no sabía a quién recurrir. A Marcos le costó trabajo asimilarlo, pero al final aceptó. Durante años estuve recluida allí, ajena al mundo, segura. En ese tiempo Persi vino a verme regularmente. Me hablaba de él, de sus cosas, de Nacho, pero sobre todo de ti. Por eso sé lo mucho que has significado siempre en su vida.

Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había puesto en la garganta y mi mirada buscó la de Persi. Él la mantuvo firme, como si con aquel gesto quisiese confirmar las palabras de su madre.

—Los médicos estaban desesperados conmigo, porque no encontraban ningún motivo aparente para lo que me sucedía —continuó sin alterar

el ritmo pausado—. Pero entonces comenzó a trabajar allí Fermín, el padre de Nacho. Él tenía su consulta privada, y solo trataba a unos pocos pacientes entre los que me incluyeron a mí. Aquel cambio me gustó mucho, porque me permitía tener más información de lo que ocurría en la vida de mi hijo. Fermín trajo consigo terapias menos convencionales. Luego supe

que había sido discípulo de un revolucionario psiquiatra americano llamado Brian Weiss. Aquel hombre me cambió la vida. En una de las sesiones, Fermín dijo que quería probar conmigo algo nuevo que llamó «regresión». Se utilizaba para que el paciente recordase algún acontecimiento de su pasado que pudiese estar afectándole en el presente. Lo acepté sin reparos. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que me permitiese ser lo suficientemente normal como para volver al lado de Persi. Él ya no me necesitaba, se había ido a estudiar al extranjero, tenía una nueva vida, pero yo quería dejar de ser un lastre en ella.

Nunca me había planteado lo que todos esos años tuvieron que suponer para Sofí.

Era algo que había dado por hecho, estaba enferma y necesitaba atención médica. Sin más. Ahora, me admiraba saber que fue el amor por su hijo lo que le hizo tomar aquella decisión, pero también lo que le dio la entereza para no rendirse.

—Fermín comenzó la sesión de ese día como si fuese una meditación guiada —

continuó Sofí—. Yo estaba tumbada en una camilla mientras él hablaba, pidiéndome que regresara a algún momento en el que había sentido miedo por ser diferente a los demás. Me concentré en su voz y poco a poco empecé a relajarme. En ningún momento perdí la consciencia. Sin embargo, en mi cabeza comenzaron a aparecer imágenes como si fuese la protagonista de una película. Él me iba preguntando lo que veía, quién era en esa visión. Así fue cómo le expliqué que vivía en un pueblo pequeño rodeado de montañas. Estaba sola. A mi marido y a mis cuatro hijos se los había llevado una epidemia. Yo sobrevivía a duras penas, pero por lo menos me sentía útil ayudando a mis vecinos con los conocimientos para sanar que se habían transmitido de madres a hijas en mi familia. Todo cambió cuando el hijo de uno de los hombres más poderosos del pueblo enfermó y yo no pude salvarlo. Transformó su dolor en odio hacia mí.

Convenció a mis vecinos de que era una bruja que adoraba al diablo y

que por eso no había muerto junto al resto de mi familia.

Sofí hizo una pausa, su mirada estaba perdida en algún lugar muy lejano. Luego regresó a mí.

—No quiero entrar en detalles de lo que sucedió después, pero puedes imaginártelo. Sin embargo, gracias a las indicaciones de Fermín, no viví aquella muerte que sentía como mía con el sufrimiento que hubiera sido de esperar. Al contrario, algo dentro de mí encontró su equilibrio, como una pieza que por fin encaja en el puzle y el resultado armoniza el conjunto. Cuando terminamos aquella primera sesión, Fermín me explicó que lo que habíamos hecho era una regresión a una de mis vidas anteriores.

Según él, el alma es única e inmortal, y se va reencarnando en diferentes cuerpos a lo largo de los siglos. Para una mujer como yo, educada en un acérrimo catolicismo,

aquello me sonó casi a herejía. Sin embargo, la paz que sentí después de nuestra sesión me alentó a continuar.

Yo estaba completamente absorta en lo que Sofí decía. ¿Existirían de verdad eso de las vidas anteriores? Entonces, una duda comenzó a instalarse en mi cabeza mientras ella continuaba hablando.

—En otra de sus sesiones visualicé un momento mucho más agradable. Vivía en una casa preciosa rodeada por un monte lleno de encinas. Me encantaba mirar las puestas de sol desde la ventana de mi habitación. Tenía un marido, una hija pequeña y otro bebé en mi vientre que intuía sería una niña. Mi salud era bastante delicada, pero en mi hogar se respiraba mucho amor. Mi marido trabajaba nuestras tierras con otros hombres que le ayudaban en las labores del campo. Yo era la partera del pueblo, por eso supe enseguida que algo no iba bien cuando empezaron mis contracciones. Luego comprendí que solo una de las dos sobreviviría y tuve clara mi decisión.

Las palabras de Sofí resonaron en mi mente con tal intensidad que se me erizó la piel. Su relato me sonaba demasiado familiar.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora, Sofí? —pregunté en voz baja temiendo su respuesta.

—Sé que no le encuentras explicación a los sueños que has tenido, que no comprendes por qué revives por las noches episodios que sucedieron hace mucho tiempo. La razón es que tú estuviste presente cuando ocurrieron y la memoria de tu alma no los ha olvidado. Tú

fuiste Cristina y vivías en la casa que ahora compartes con Persi. En la misma que yo también habité junto a mi marido y a mi hija antes de morir en el segundo parto.

—Pero… eso es imposible…

—Patri —dijo con voz suave—, ¿tenía tu padre solo cuatro dedos en la mano derecha, porque el índice se lo había cortado al construir la cuna de tu hermana?

Ni siquiera tuve que responder.

La expresión de mi rostro le confirmó que era cierto. Mi mente me repetía que aquello no podía ser real, solo una casualidad, pero en lo más profundo de mi ser las piezas encajaron con absoluta precisión.

—Lo que estás soñando son recuerdos de un pasado que ya has vivido y que deberían haber permanecido ocultos en tu memoria. Esa casa ha sido lo que los ha despertado. Sé que es difícil de aceptar, porque tampoco a mí me resultó fácil asimilarlo. Pero si algo he aprendido en todos estos años es que hay muchas cosas que escapan a la comprensión del ser humano, pero no por ello dejan de ser ciertas.

Pensamos que somos de carne y hueso, que eso es lo que nos hace fuertes, pero es el alma lo único que perdura. Aunque no seamos conscientes, una y otra vez regresa para aprender de sus errores pasados y suele hacerlo con otras que la acompañan a lo largo de muchas vidas. En algunas de ellas, creamos lazos con almas afines que nos retienen junto a ellas en las siguientes. Repetimos patrones, mantenemos miedos y promesas que se hicieron en vidas pasadas, aunque eso nos haga sufrir en la actual.

Esto último no me lo dijo a mí. Su mirada estaba clavada en Nacho.

—Sofí, lo que estás diciendo no se puede demostrar —respondió el aludido colocándose las gafas, nervioso, incómodo con sus palabras—. Me consta que mi padre utilizaba la terapia de regresión en sus sesiones, él mismo me animó a leer la obra de Weiss, pero lo único que encontré de objetivo en ella fue que carece de rigor científico.

No digo que no ayude a algunos pacientes que se lo creen, el efecto placebo pude llegar a ser el mejor medicamento en algunos casos, pero de ahí a pensar que realmente tenemos vidas pasadas, hay un mundo.

Sofí le sonrió con cariño, sin ofenderse.

—No pretendo convencerte de nada, Nacho. Ni a ti, ni a ellos. Me limito a compartir lo que sé que es real en mi corazón. También creo que no es la primera vez que vosotros tres tenéis una relación especial en una vida. Persi me habló de ello.

—¿Yo? —respondió su hijo sorprendido tanto como los demás.

—Sí, lo hiciste cuando me contaste los detalles del sueño de Patri.

—Pero Sofí —dije alarmada—, cuando me preguntaste si conocía en mi vida real a alguien de los que aparecían en la de Cristina, solo te hablé de Vera. Te aseguro que Nacho no estaba allí.

—En aquel sueño había alguien más y tú lo sabes —respondió con una ligera sonrisa que me confirmó que ella intuía quién era Agustín—, pero no me estoy refiriendo a ese. Te hablo de la pesadilla que tuviste con la muerte de los miembros de la Orden de Salomón. Piensa en ellos, por favor. Concéntrate.

Mientras yo lo hacía, fue Persi quien habló.

—¿Quieres decir que ellos fuimos nosotros y que estamos repitiendo aquella vida?

¿Que yo soy Liuva y que Patri fue mi mujer, Wulmara? ¿Que volvemos a estar juntos por las promesas que se hicieron al morir? —preguntó azorado.

—Yo no he dicho eso, hijo —respondió Sofí muy despacio.

Persi la miró con una expresión apagada, rota. Luego cerró los ojos antes de hablar.

—Nacho fue Liuva, ¿verdad? —dijo encogiéndose como si hubiese recibido un golpe en el estómago—. Por eso ha existido siempre un vínculo tan fuerte entre él y Patri.

—¿Me puede explicar alguien de qué estáis hablando? —pidió Nacho sin entender una palabra.

Se hizo el silencio. Por la mirada de Sofí supuse que estaba buscado la mejor forma de dar respuesta a aquella pregunta.

—¿Recuerdas el sueño que tuvo Patri que parecía un enfrentamiento entre moros y cristianos? —dijo al fin—. Tú mismo nos has confirmado antes que te habló de él en una de vuestras sesiones. Pero

imagino que ella no te detalló las últimas palabras que Liuva y Wulmara pronunciaron antes de morir.

—No eran importantes —comentó Nacho encogiéndose de hombros.

—Al contrario —negó Sofí—. En ellas está la clave de todo. Liuva se culpó por no haber podido cumplir su promesa de proteger a Wulmara y ella juró que le amaría eternamente. A estos tipos de juramentos son a los que me refería antes, cuando os dije que dejan huella en la memoria del alma. No desaparecen con la muerte, se mantienen firmes buscando ser cumplidos en las siguientes vidas. El alma de Liuva siempre intentará proteger a Wulmara para compensar su fracaso. El de ella, está condenada a volver a amarle hasta que por fin se libere de esa promesa. Lo hará por encima de todo, con una entrega total y desinteresada, sin esperar si quiera ser correspondida. Creo que Persi estaba en lo cierto cuando al principio ha supuesto que él era Liuva, pero…

—Pero yo no fui Wulmara —sentencié. Al fin entendía lo que Sofí intentaba hacernos ver. Ella inspiró profundamente. Luego afirmó despacio, con un movimiento de cabeza pausado, pero categórico.

—¿Es verdad, Nacho? —susurré con voz temblorosa—. ¿Es verdad que amas a Persi?

Me destrozó ver la cara que puso al escucharme. El horror inicial de su mirada se transformó en pura vergüenza que escondió entre sus manos. Su cuerpo comenzó a balancearse como un muñeco, moviendo la cabeza de un lado a otro en un gesto desesperado.

No me atreví a tocarlo, a darle el consuelo que necesitaba por miedo a que volviese a rechazarme. Por mi cabeza pasaron todos aquellos momentos que debían haberme hecho comprender la verdad, frases que escondían mucho más de lo que yo supe ver, comportamientos de absoluto y desinteresado amor por Persi. ¿Acaso no había sido él quien permaneció a su lado cuando regresó de Stanford convertido en un personaje que ni yo misma soportaba? ¿Quien le apoyó siempre y le defendió de todos los que lo menospreciaban? Y nunca dijo nada. Ocultó sus sentimientos, los enterró bajo la apariencia de una amistad que tuvo que dolerle en el alma. ¡Cómo había podido estar tan ciega! ¡Cuánto daño le había hecho cuando le pedí que fuese nuestro padrino de boda! Aquello tuvo que ser un tormento para él. ¡Presenciar cómo el amor de su vida se casaba con otra persona!

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —repetía una y otra vez con voz

ahogada.

Iba a suplicarle que me perdonase cuando de repente se levantó. Huyó hacia la puerta sin que me diese tiempo a decir nada.

—¡Nacho!

Fue Persi quien habló. También él se había levantado y permanecía erguido como un soldado antes de presentar batalla. Me eché a temblar. Su voz había sonado más autoritaria de lo que yo le había oído jamás. Me entró el pánico. Aquel momento podría complicarse mucho si mi marido reaccionaba de mala manera.

Nacho se giró para enfrentarse a Persi, cabizbajo, tan abochornado que me dieron ganas de gritarle que no tenía motivos para estarlo, que un amor como el suyo era digno de ponerlo en un altar, no de avergonzarse por él. Me puse de pie. Sofí sorteó la mesita y se colocó a mi lado.

—Lo siento. Te juro que no tendrás que volver a verme —dijo Nacho sin elevar la cabeza—. Desapareceré de tu vida para que no te sientas incómodo cada vez que me veas.

Entonces Persi comenzó a andar hacia él con paso decidido. Yo contuve el aliento.

Hice ademán de moverme para defender a Nacho, pero Sofí me paró en seco sujetándome por el brazo. Lo que vi a continuación me dejó atónita.

Persi no se enfrentó a Nacho, no le recriminó nada. En lugar de eso, lo abrazó. Con todas sus fuerzas, en un gesto silencioso pero cargado de una emoción tan poderosa que ninguna palabra hubiera podido expresar mejor lo que sentía.

—Perdóname —suplicó con voz ahogada—. Perdóname por no poder corresponderte como te mereces. Ojalá pudiese hacerlo.

Me llevé la mano a la boca para sofocar la exhalación que escapó de mi garganta.

Por nada del mundo quería interrumpir aquel momento tan íntimo que solo les pertenecía a ellos.

Nacho había mantenido sus brazos inertes, pero al escuchar la declaración de Persi cobraron vida y se aferró a él. Comenzó a llorar.

Por fin liberó sus miedos, su vergüenza, la angustia que le había sometido por temor a que el hombre al que amaba lo despreciase. Persi era más alto que él y amoldó su cuerpo para que Nacho pudiese refugiarse en la protección de su pecho.

—Ni se te ocurra pensar que vas a librarte de mí saliendo por esa puerta. No me pidas que me aleje de ti, porque no lo haré —aseveró Persi con tal firmeza que me estremeció—. El amor es complejo, y el que yo siento por ti es diferente al tuyo, pero no por ello es menos auténtico. No me hagas renunciar a él, porque no lo soportaría.

Otro hombre en su lugar se hubiese sentido violento ante la revelación de que su mejor amigo estaba enamorado de él, pero mi marido demostró con aquel gesto tener mucha más hombría que aquellos que alardean de ella denigrando a personas como Nacho.

Creo que en ese momento lo amé más que nunca.

CAPÍTULO 52

PERSI

No recuerdo cuánto rato estuvimos Nacho y yo abrazados, ni con claridad las palabras que mi madre nos obligó a repetir para liberarnos del juramento que nuestras almas se habían hecho siglos atrás, en otras vidas. Ni se me pasó por la cabeza cuestionar nada de lo que ella dijese y, a juzgar por la reacción de Nacho, él tampoco.

Con las emociones un poco más controladas regresamos a nuestros asientos. Mi madre nos pidió que así lo hiciésemos, que no habíamos terminado, que todavía quería enseñarnos algo. Salió del salón después de ofrecerse a traer un té que todos aceptamos.

Patri aprovechó para acercarse a Nacho, para pedirle que la perdonase por haber estado tan ciega. Yo sí que lo había estado. ¡Cuántas veces le habría hecho sufrir sin quererlo! ¡Cuántos sábados le había arrastrado conmigo en busca de un par de desconocidas con las que pasar la noche! ¡Incluso le pedí a Claudia que le organizase una cita a ciegas con una chica de su agencia con la que estaba convencido iba a encajar!

¡Cómo pude ser tan pretencioso! Y él nunca se quejó, se mantuvo a mi lado ofreciéndome su hombro cada vez que lo necesitaba. Ni siquiera cuando le conté lo de su padre me rechazó. A pesar del dolor, intentó comprender mis motivos. Solo alguien como Nacho podría hacer algo así.

Mi madre regresó al poco rato trayendo la bandeja con el té y una carpeta de gomas marrón que parecía bastante antigua. Mientras nos servíamos, ella aprovechó para explicar que las almas son todas iguales, ni femeninas ni masculinas, tan solo la esencia de la energía vital.

—Patri —continuó, manteniendo su tono sereno—, ¿podrías decirnos quién eras tú en el sueño de antes?

Ella debía de estar tan concentrada en sus pensamientos como yo, porque comenzó a remover con la cucharilla el líquido de la taza sin haber echado todavía el azúcar en ella.

—Mi nombre era Hernán —dijo al fin—. Miembro de la Orden de Salomón y hermano de Wulmara. Liuva juró protegerla para siempre cuando se casó con ella, yo lo hice cuando murió nuestro padre.

De repente, al mirar a Patri, la imagen de ese hombre me vino a la cabeza con total claridad, como si ya lo conociera, como si formase parte de un recuerdo muy lejano que cobrase vida al mencionar su nombre. Vi a un guerrero corpulento, feroz, el mejor con la espada. Lo que sentí fue muy diferente.

—Hernán escondía un terrible secreto —continuó Patri—, uno que le remordía la conciencia, que hacía que se despreciase a sí mismo por tan terrible aberración de la naturaleza… Hernán amaba a Liuva.

—Y él le correspondía… —afirmé sin saber de dónde procedía aquella certeza por mi parte.

—¿Lo comprendéis ahora? —preguntó mi madre mirándonos a Patri y a mí—.

Cristina y Agustín, Hernán y Liuva. Vuestras vidas se han cruzado una y otra vez, pero no siempre pudisteis estar juntos. De hecho, me temo que en la mayoría de ellas sufristeis mucho y ese recuerdo ha quedado también grabado en vuestra memoria.

¿Sería cierto lo que decía mi madre? Entonces, abrió la carpeta y extrajo de su interior unos papeles. Parecían dibujos infantiles.

—¿Qué es esto, mamá? —pregunté tan sorprendido como los demás.

—Sé que no te acuerdas, pero cuando eras niño pasabas muchas horas haciéndolos en tu cuarto. Y no solo eso. Después venías a enseñármelos y me contabas historias increíbles sobre ellos. Algunas eran terroríficas, y yo me preocupaba pensando dónde habías podido oír semejantes atrocidades. Empecé a guardarlos para evitar que los recordaras al volver a verlos. Con el tiempo dejaste de hacerlos y yo los conservé por un tema sentimental. Luego los olvidé —dijo desplegándolos encima de la mesa para que pudiésemos verlos—. Hasta hace dos días, cuando me hablaste de lo que habíais descubierto en Toledo, de los sueños de Patri y de vuestra ruptura. No paraba de darle vueltas al hecho de que desde el principio evitases por todos los medios involucrarla en esta cruzada, que te hubieses negado en rotundo a contarle la verdad cuando pudiste hacerlo, que te obcecases en mantenerla apartada de algo que le afectaba incluso más que a ti. ¿Por qué? ¿A qué le tenías tanto miedo? Entonces fue cuando me acordé de esto

—concluyó mostrándonos uno de los dibujos.

Los trazos eran apenas líneas rectas y curvas, pero la crudeza de lo

que representaban me revolvió el estómago. ¿De verdad yo había dibujado aquello? Una habitación con las paredes pintadas de negro. Una mujer tumbada en el suelo con el rostro y los brazos llenos de puntos negros. Sus ojos cerrados. Pero lo que me hizo

sentir más horror fueron las ratas que la rodeaban, algunas incluso encima de su cuerpo. Debajo de ellas, unas manchas rojas.

Reaccioné demasiado tarde. Debería haberlo ocultado para que Patri no lo viera, su cara de horror lo decía todo. Sin embargo, no apartaba la mirada de él, como si estuviese hipnotizada, abducida por el dibujo que ahora sostenía con manos temblorosas.

—Persi hizo esto con cuatro años —dijo mi madre a media voz—. Era verano. Fui a su cuarto para ver si se había despertado de la siesta, pero no estaba en su cama. Lo encontré agazapado en una esquina, sollozando en el suelo, las lágrimas cubriéndole el rostro, pero sin dejar de apretar con rabia aquel lápiz de color negro que movía una y otra vez encima del papel. Intenté mantener la calma. No era la primera vez que lo veía en un estado parecido y sabía que la mejor forma de que mi hijo se recuperase era dejándole hablar, pidiéndole que me contase quién era esa mujer que había dibujado.

Me dijo que era su «esposa», tal cual. La llamó por un nombre que yo no había oído en mi vida y que fui incapaz de repetir por su difícil pronunciación. Él lo dijo sin inmutarse. Luego me contó su historia. Me partió el alma verlo llorar mientras lo hacía.

Quería abrazar a mi pequeño para consolarlo, quitar aquel tormento de su inocente cabecita, negarme a que continuase hablando, pero hice todo lo contrario. Sabía que debía dejar que se desahogara, que liberase su angustia expulsando aquel dolor tan grande de su corazón. Así fue como, utilizando palabras y expresiones que me resultaron imposibles para un niño de su edad, me contó que ella había muerto por su culpa. Que siendo jóvenes le pidió que se fugase con él a la ciudad y ella abandonó la seguridad de su familia para hacerlo; que una vez allí, él se enfrentó a unos hombres muy poderosos y tuvo que huir para salvar su vida, dejándola sola; que a su mujer la encarcelaron y la torturaron para interrogarla; que cuando supo lo que había pasado, se entregó; que fue demasiado tarde, la «muerte negra» ya se la había arrebatado.

Yo no recordaba aquel episodio infantil que comentaba mi madre, pero la historia en sí me removió hasta la médula.

—Al rato, estaba tan exhausto que se quedó dormido entre mis brazos —continuó mirando a Patri—. Cuando despertó yo ya había escondido el dibujo. Persi no preguntó por él, ni volvió a hablar más de aquel tema. Lo olvidó. Creo que cerró una puerta que no debió de haberse abierto nunca, el recuerdo de algo que os sucedió a los dos en otra de las vidas que habéis compartido y que de alguna forma os sigue condicionando en esta.

Se hizo el silencio. Ni siquiera Nacho puso esta vez ninguna objeción a las palabras de mi madre. Los tres estábamos ocupados en digerir todo lo que nos había dicho.

—Ya va siendo hora de que rompáis los vínculos que os mantienen encadenados.

Tenéis que perdonar los errores pasados, dejar atrás la carga que cada uno soportáis sin saberlo, renunciar al primer juramento de amor que os hicisteis y que, a pesar de las dificultades, os condenó a necesitar cumplirlo en las siguientes vidas. Solo así dejaréis de sufrir y permitiréis que vuestras almas avancen. Libres.

Las palabras de mi madre resonaron en mi cabeza como si un seísmo se hubiera cebado con ella. ¿Sería verdad lo que estaba diciendo? ¿Estaríamos Patri y yo condenados por algo que les sucedió a otras personas, en otro lugar, en otro tiempo?

Quería negarme a creerlo. Tendría que haberme aferrado a la idea de que todo eso era imposible, como hubiera hecho cualquiera en su sano juicio. Pero, o bien carecía a esas alturas de él, o la certeza de saber que mi madre no era como todo el mundo, que poseía un don especial para percibir y entender lo que para el resto nos estaba vetado, fue lo que me hizo dudar.

Miré a Patri. Ella parecía tan perdida como yo, pero ahora sus ojos estaban clavados en uno de los dibujos que había dejado mi madre encima de la mesa. ¿Qué tenía de singular? Este no era oscuro ni macabro como el otro. Al contrario, en él había un sol anaranjado detrás de unas montañas verdes, un río azul, una casa marrón, una pareja de espaldas con las rayitas que representaban sus dedos entrelazados, y un enorme corazón pintado de rojo en el medio. Una composición bastante corriente, cualquier niño podría haberla dibujado.

Entonces me fijé en un detalle y todo cobró sentido. Como si alguien me hubiese lanzado sobre aquellos garabatos, sumergiéndome en

ellos, transportándome a ese lugar que solo debía existir en lápiz, pero que de repente se volvió real en mi mente.

Vi aquel sol, ocultándose tras las montañas en cuya cima la nieve permanecía perenne todo el año. Junto al río, una casa modesta de madera que yo mismo había construido, con techos de tejas, aleros anchos y esquinas ligeramente elevadas para que el agua de la lluvia no la deteriorase. Estaba rodeada de flores, unas sencillas y humildes que simbolizaban toda una vida. La nuestra. Aquellas violetas fueron el detalle que me hizo recordar.

Había llevado a mi mujer hasta nuestro lugar especial en la ladera del monte Fuji.

Aquel en el que le había pedido que se casara conmigo, en el que me dijo que esperaba nuestro primer hijo, en el que nuestros nietos dieron sus primeros pasos. El tiempo

había pasado demasiado rápido y ambos sabíamos que pronto concluiría para mí.

Apenas me quedaban fuerzas, pero quería despedirme de todo lo que había amado, quería contemplar junto a ella esa última puesta de sol.

—Echaré de menos estos momentos contigo —dije con el corazón encogido, pasándole mi brazo por los hombros para acercarla más a mí, como cuando éramos jóvenes y teníamos toda una vida por delante.

Ella se giró y, a pesar de que sus ojos habían perdido la vitalidad de la juventud, me miró con el mismo anhelo que el día en que le di nuestro primer beso tantos años atrás.

—No será por mucho tiempo —respondió con seguridad—. Juro que te buscaré en nuestra próxima vida y en todas las demás. Nada ni nadie me impedirá amarte eternamente.

En ese momento comprendí que aquello no era el final, que la muerte no podría separarnos, que nuestro amor permanecería más allá de nuestros cuerpos terrenales.

—Y yo te esperaré —dije con firmeza, alentado por una nueva esperanza que nacía de lo más profundo de mi ser—. Eres y siempre serás el amor de todas mis vidas. Juro que nadie podrá ocupar jamás tu lugar en mi corazón.

CAPÍTULO 53

PERSI

Salí de la casa de mi madre como si me hubiese pasado por encima una apisonadora.

Demasiadas emociones condensadas en unas pocas horas cuya impronta tardaría en asimilar. Al igual que había sucedido con Nacho, mi madre nos pidió que formulásemos en voz alta unas frases para liberarnos del juramento que nos habíamos hecho tantos siglos atrás. Ni Patri ni yo nos negamos a hacerlo. Me costaba trabajo aceptar que aquello cambiaría en algo nuestra situación, que unas pocas palabras me ayudarían a paliar el dolor que sentía por haberla perdido definitivamente, pero si mi madre creía que al menos nuestro futuro no estaría condicionado por los errores del pasado, quién era yo para oponerme a hacerlo. Lo único que me importaba era que Patri pudiese ser feliz.

Ninguno de los tres hablamos después. Ella se marchó cabizbaja a su casa y yo a la nuestra. Me metí en la cama y estuve un día entero sin salir de allí, en un duermevela que poco a poco hizo que recobrase la sensatez. No tenía sentido que continuásemos con ese juego que nos quedaba tan grande. La policía vigilaba a Julia para que no le sucediese nada y el cerco que habían lanzado contra la Orden de Salomón se estaba estrechando. Carles nos había contado que la pista sobre Aitor comenzaba a dar sus frutos. Solo era cuestión de tiempo, al final conseguirían atraparlos. Era imposible que nosotros pudiésemos infiltrarnos en ella. Tan solo quedaban cinco días para que venciese el plazo que nos habían dado y seguíamos sin encontrar aquella maldita cueva.

Ya daba igual. Lo único que me quedaba por hacer era romper el último vínculo que mantenía a Patri ligada a mí. Cogí el móvil y llamé a mi abogado. Le pedí que empezase con los trámites del divorcio.

CAPÍTULO 54

PATRI

No fue fácil recuperarme de la sesión con Sofí. Estaba hecha un lío. ¿Cómo era posible que lo que nos había contado fuese verdad? ¿Vidas pasadas? ¿Juramentos de otras personas que condicionaban la nuestra? ¿Cómo aceptar todo eso si parecía el argumento de una película de bajo presupuesto? Y, sin embargo, algo dentro de mí me gritaba que tenía que ser real. Lo había sentido al ver aquellos dibujos infantiles, al revivir en mi corazón momentos que no deberían pertenecerme, pero que los sabía míos. Nuestros.

Estaba agotada. Al llegar a casa de mi madre me encerré en la habitación y me quedé dormida. Luego oí el sonido de mi móvil. Debían de haber pasado varias horas, porque la luz del sol ya no entraba por las ventanas. Sin pensar muy bien en lo que hacía, le di al botón de aceptar a pesar de no conocer el número que llamaba.

—Tic, tac. Tic, tac —dijo una voz masculina que me heló la sangre. Mi aletargamiento se esfumó de un plumazo.

—¿Qué quieres, Aitor? —respondí intentando ocultar mi nerviosismo —. Te advierto que ahora no estoy para estupideces.

—Patri, Patri…, no te alteres —dijo con sorna—. Solo llamaba porque estoy preocupado. Tengo entendido que esta semana va a ser difícil para ti y quería que supieras que puedes contar con mi apoyo.

—No lo necesito.

—¿Estás segura? —ironizó con suficiencia—. Sabes que yo puedo ayudarte, piénsatelo bien. Te quedan seis días. ¿Qué te parece si nos vemos antes? Digamos…, el viernes por la noche en el Room Mate Oscar. Me han dicho que tiene unas habitaciones espectaculares. Creo que allí podríamos tener una conversación íntima entre «amigos».

Ya me entiendes… Estoy deseando que me cuentes cómo se encuentra tu madre, su salud me inquieta mucho…

—¡Vete a la mierda! —respondí indignada antes de colgar. Pero mi estado de ánimo estaba a años luz de aquel arranque de soberbia. Me temblaba todo el cuerpo y lancé el

móvil sobre la cama con un gruñido de impotencia. Me negaba a aceptar que esa humillación fuese la única posibilidad que me quedara

para salvar a mi madre. Sabía que todavía no podía rendirme, pero la gravedad de la situación me estrangulaba como la soga de un ahorcado instantes antes de su final.

Necesité un par de días para recuperarme, pero me sirvieron para afrontar con más entereza la pesadilla en la que se había convertido mi vida. Quedarme de brazos cruzados no era una opción. Debía pelear hasta el final.

Organicé mi trabajo en el ayuntamiento y pedí el resto de la semana de vacaciones con la excusa de que mi madre había empeorado. Para el mundo ella había sufrido una extraña enfermedad que la obligaba a permanecer recluida.

Aquel tiempo antes de que venciera el plazo de la Orden era vital. Y lo primero que tenía que hacer era volver a mi casa, con mi marido. Me daba igual si Persi y yo habíamos tenido vidas pasadas o no. La única que me importaba era esta, en la que todavía tenía una oportunidad para estar con él.

Se lo dije a mi madre y estuvo de acuerdo conmigo. Se sentía mejor y creo que mi decisión la animó todavía más. Hice las maletas y después de comer me preparé para salir. Era miércoles, sabía que Persi estaría en su habitual partida de mus. Eso me daría tiempo para instalarme, para pensar con más calma qué le iba a decir al verlo.

Llegué a mi casa. No sabía cuándo había comenzado a pesar en ella con ese término de posesión, pero ahora la sentía así. Mía. Nuestra. Deseaba con toda mi alma tener en ella un futuro junto a Persi, una vida en la que la Orden no existiese. Pero antes debía encontrar aquella cueva que parecía ser la clave de todo. Saldría al campo y lo recorrería palmo a palmo, de sol a sol hasta encontrar algún detalle que me recordase dónde podía estar su entrada. Le pediría a Persi que me acompañase. Juntos lo lograríamos.

Subí la maleta a mi habitación, aquella cuya ventana me traía tantos recuerdos que no me pertenecían. O quizá sí. Ya no sabía qué pensar. La conversación con Sofí lo había cambiado todo. ¿Sería posible que en otra vida ella hubiese sido la madre de Cristina y yo su hija? A mi mente racional le resultaba muy difícil aceptar todo aquello, pero qué otra explicación podría haber. Sir Arthur Conan Doyle decía que, una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debía ser la verdad. Sofí parecía convencida y además lo que importaba no era el pasado, sino nuestro futuro, y este dependía de la conversación que tenía pendiente con mi marido. No sabía cómo iba a

afrontarla y tampoco podía descartar que él me rechazase después de las cosas tan horribles que le había dicho. Esa posibilidad me aterraba.

Entonces sonó el timbre del exterior y me sobresalté. No estaba yo precisamente para sustos. Me dirigí hacia la puerta de entrada y por el visor vi que era Marcos.

¿Habría sucedido algo? «No seas agorera, Patri», me recriminé. En caso de urgencia él me hubiese llamado por teléfono. Seguro que su presencia allí no tenía nada de particular.

Al verlo supe que me había equivocado. Marcos entró con una sonrisa, intentaba mostrarse tranquilo, pero algo en su mirada me alertó. Aquella no era una visita de cortesía.

—He ido a buscarte a casa de tu madre, pero Julia me ha dicho que habías vuelto con tu marido —dijo siguiéndome hasta la cocina para tomar el café que le había ofrecido. Allí tomó asiento alrededor de la mesa.

—Sí, parece que ya se encuentra mejor —comenté buscando las tazas —. Además, todavía no hemos resuelto el tema de la última prueba y viviendo juntos seguro que nos será más fácil hacerlo.

—¿Sabe Persi que estás aquí?

Esa pregunta me extrañó. No por la frase en sí, sino por el tono en el que lo dijo.

Apagado, decaído, como si le costase articular las palabras.

—No, quería darle una sorpresa —respondí quitándole importancia—. Esta tarde la pasará en su partida de mus de los miércoles. No le espero hasta la noche.

Serví el café y me senté.

—Entonces, no habéis hablado…

—¿Sobre qué teníamos que hablar? —pregunté llevándome la taza a los labios. No quería que se me notase que la conversación comenzaba a ponerme algo nerviosa.

—Fui a buscarte para preguntarte cómo estabas, pero ahora veo que todavía no lo sabes —dijo despacio, cabizbajo—. No soy yo quien debería decirte esto, pero…Persi ha comenzado con los trámites de

vuestro divorcio.

—¡Qué! —exclamé sin poder dar crédito a sus palabras. De la impresión derramé mi café encima de la mesa y él se apresuró a recogerlo—. No puede ser…

Marcos comprendió mi estado de incredulidad.

—Lo he sabido esta mañana por su abogado. También es el mío desde hace muchos años. Me lo ha comentado pensando que yo estaba al corriente de la situación y he tenido que mantener las apariencias. Imagínate, no me he atrevido a llamar a mi hijo hasta haber hablado primero contigo. ¿Qué ha pasado, Patri? —dijo mirándome con tristeza—. Sé que al principio vuestro matrimonio no fue fácil, pero ahora os veía bien.

Llegué a pensar que existía alguna posibilidad de que funcionara y eso me alegró mucho. Esta noticia me ha dejado hecho polvo.

No sabía qué decirle. Aquel jarro de agua fría acababa de arrasar la última esperanza que me quedaba. Me apoyé en el respaldo de la silla con la mirada perdida, vacía, derrotada. Todo había terminado. Persi había decidido apartarme de su lado y no podía culparlo por ello. Me lo merecía. No había sido justa con él y ya era demasiado tarde. Pensé con impotencia que la sesión con Sofí había tenido un efecto inmediato. El lazo que nos unía se había liberado y él podría rehacer su vida. Sin mí.

—Lo siento. No pensé que esto te iba a afectar tanto —dijo afligido. Luego se removió incómodo—. ¡Mi hijo vuelve a demostrar que es un completo idiota! ¡Cómo puede estar tan ciego para no ver la suerte que tiene de estar casado contigo!

—Ha sido culpa mía —respondí con un nudo en la garganta—. Fui yo quien le dijo que no quería verlo más.

—No te entiendo…

Quise explicarle todo lo que había pasado, que Persi no era lo que parecía, que me había ocultado lo que sabía sobre la Orden de Salomón, que por eso yo había reaccionado de la peor forma posible. Pero me sentía tan cansada, tan derrotada, que me limité a decirle que ya daba igual.

—Pero entonces, ¿qué pasa con tu madre? Si no termináis la última prueba, nada habrá cambiado. De momento ella permanece en casa a

salvo, pero ya la he visto mejor.

Será cuestión de tiempo que vuelva a exponerse al peligro. ¿Lo has pensado?

Cómo no hacerlo. También en eso había fracasado.

—Quizá no sea demasiado tarde —continuó para darme ánimos—. ¿Tenéis alguna pista? El divorcio puede tardar meses en hacerse efectivo. Para entonces tú podrías ser miembro de la Orden y Julia estar a salvo. Piénsalo. Todavía queda una oportunidad.

Lo único que yo quería era refugiarme en la cama, taparme la cabeza y olvidarme de todo. Ya no me quedaban fuerzas. La invencible Patri de la que mi padre se sentía

tan orgulloso hacía mucho tiempo que no existía. Él me había confiado algo que le importaba más que su propia vida y yo había fracasado. El peso de la culpa me asfixió, el recuerdo del juramento que le había hecho en su lecho de muerte me ahogó como cadenas estrangulando mi garganta.

Y entonces ocurrió.

Al igual que me había pasado en la capilla de San Cristóbal, cuando vi la muerte de Agustín, a mi cabeza llegó una escena que cobró vida y se materializó en mis pensamientos como si fuese real.

Vi a mi padre postrado en su lecho. Agonizando. Con la piel perlada por la fiebre y el semblante macilento. El olor asfixiante y nauseabundo a enfermedad empequeñecía las paredes de la habitación, oprimía mi corazón como una garra de hierro. Pero ese no era Mateo, sino el padre de Cristina. Se llamaba José.

—Todo va a salir bien, hija —dijo apretando mi mano—. Aunque yo ya no esté, tu futuro estará asegurado con Valentín. Cásate con él y tendrás una vida cómoda. Me iré más tranquilo sabiendo que no te faltará de nada, que no estarás sola.

Cristina asintió con un gesto. Yo asentí con un gesto. En aquel momento éramos una única persona. La angustia por la pérdida de su padre también era la mía.

—Pero antes de irme tengo que contarte algo muy importante. Algo que sucedió hace unos años, cuando tu hermana aún vivía —dijo despacio, con la lentitud de alguien a quien la vida se le escapa con

cada palabra—. Ella era especial, siempre lo mantuvimos en secreto para no dar pie a que el Santo Oficio la arrestase. Tenía visiones sobre lo que iba a suceder y, por desgracia, normalmente se cumplían. Tu hermana anticipó muchos de los sucesos más dramáticos del pueblo, incluida la terrible inundación de 1680. Gracias a eso nuestra familia sobrevivió.

Un ataque de tos lo interrumpió. Yo le acerqué una jarrita de barro con agua para que pudiera aliviarse. Luego continuó.

—En esa ocasión vio a unos soldados destruyendo nuestra querida ermita, mancillando todo lo que allí había, incluido el sepulcro de san Babilés. Me suplicó que lo pusiésemos a salvo, que no sabía cuándo, pero que esos hombres lo arrasarían todo.

Al principio me costó creerla. Decía que vestían con casacas rojas y el uniforme de nuestro ejército no lleva ese color. Pero me insistió tanto, la vi tan desesperada, que tuve que acceder a su petición. Además, no podía arriesgarme a que se cumpliera su profecía

—dijo inspirando profundamente—. El sepulcro del santo no solo contenía sus restos.

Junto a él reposaba un objeto sagrado que la Hermandad lleva custodiando desde hace siglos. San Babilés vino a esta tierra para protegerlo, por eso lo llamamos el Tesoro del Santo. Desde su muerte, siempre ha habido un reducido grupo de hombres que lo han mantenido a salvo y en secreto. Yo he sido uno de ellos, al igual que mi padre, y el padre de mi padre. Así ha sucedido desde hace siglos, nuestra historia está escrita en unas hojas que escondo en el hueco que hay debajo de aquella baldosa de la esquina —

dijo señalando el lugar sin apenas fuerza—. Uno de nuestros antepasados estuvo presente cuando sacaron el arcón que lo contenía. Estaba enterrado en la cueva que da a la cripta y lo escondieron debajo de los restos del santo, dentro de su sepulcro. La ermita ya se había convertido en un lugar digno de albergar una reliquia tan sagrada y los fieles devotos debían poder estar cerca de ella. Aunque no lo supieran.

Mi padre volvió a toser. Le pedí que descansase, que aquel esfuerzo no le estaba haciendo ningún bien, pero él se negó a hacerme caso. Decía que lo que tenía que explicarme era más importante que su propia vida.

—Cuando tu hermana me contó su visión, éramos cuatro los hombres

de la Hermandad que conocíamos el secreto. No sé cómo logré convencerlos, pero al final accedieron a esconder en otra ubicación los restos de san Babilés y su tesoro. Tu hermana también me dijo que jamás debían separarse, que cuando lo hicieran la desgracia caería sobre el mundo, que había visto a la muerte con una corona de hierro asolando la tierra, asfixiando a los hombres postrados ante ella.

Bebió un poco de agua antes de continuar. El tono de urgencia de sus palabras delataba lo mucho que significaban para él.

—Ahora yo soy el único que conoce dónde están escondidos. Estas malditas fiebres ya se han cobrado la vida de los otros tres y el secreto no puede morir conmigo. Tú serás la primera mujer de nuestra cofradía que lo sepa y deberás encargarte de protegerlo cuando yo ya no esté. No confíes en nadie de momento. Ni siquiera en el hombre que será tu marido, Valentín no pertenece a la Hermandad. Los tiempos son convulsos, la guerra que tanto temía tu hermana se acerca, y cualquiera podría utilizar una información así para beneficiarse.

Entonces mi padre apretó con fuerza mi mano y se irguió todo lo que sus mermadas fuerzas le permitían.

—Ahora eres tú la guardiana del secreto. Júrame que harás lo que tengas que hacer para protegerlo sin importar el sacrificio que eso conlleve —dijo con firmeza conteniendo otro ataque de tos.

—Lo juro, padre —afirmé llevándome la mano al pecho—. Juro que jamás te defraudaré.

Antes de morir, José me reveló dónde se hallaban los restos de san Babilés y el tesoro que custodiaba.

CAPÍTULO 55

PATRI

—Patri, ¿te encuentras bien?

La voz de Marcos me trajo de vuelta a la realidad. ¿Sería posible? ¿Por fin sabía dónde se ocultaba la Mesa de Salomón, ante la que tenía que arrodillarme para superar la última prueba de la Orden? La cabeza me daba vueltas, pero sentí que la esperanza recorría mis venas como un caballo desbocado y me levanté de un salto.

—¡Ya sé dónde está, Marcos! —exclamé eufórica—. Ha estado aquí todo este tiempo, en esta misma cocina.

—¿Aquí? —me preguntó y sospeché que estaba evaluando la posibilidad de que me hubiese vuelto loca.

—Sí, esta es la parte de la casa que menos ha cambiado en siglos.

Yo lo sabía bien. Aquello era precisamente lo que me agobiaba tanto los primeros días de mi estancia allí. Me recordaba continuamente el sueño que había tenido con aquellos soldados. Ahora sabía por qué Cristina había venido a la cocina para esconderse en lugar de escapar por el patio de los animales. Si hubiera llegado a tiempo, quizá ellos no la habrían encontrado.

Me dirigí hacia las tinajas de barro que estaban pegadas a la pared.

—Ayúdame a moverlas —le pedí. Aunque estuviesen vacías pesaban demasiado para mí sola.

Él accedió sin poner más reparos. Nos costó bastante trabajo moverlas porque eran de gran tamaño, pero el acceso a aquella pared, revestida con doce paneles de madera dispuestos en tres alturas, quedó liberado. Cuando Ventura hizo la remodelación de la casa los había conservado, dijo que estaban en buen estado y que no necesitaban cambiarse. Si lo hubiera hecho, hubiésemos ganado muchos meses en nuestra búsqueda.

Con las yemas de mis dedos recorrí una de las molduras que decoraban el panel inferior del extremo derecho, creando un rectángulo vertical que lo enmarcaba. El corazón me latía a toda velocidad y recé para que la visión que había tenido instantes antes fuera mucho más que el fruto de mi imaginación trastornada.

Pero no, allí estaba, no podía ser solo una casualidad. Aquella protuberancia en la madera era lo que estaba buscando. Al estar en el lateral izquierdo, casi pegado al suelo, era bastante difícil de localizar.

—¡Lo encontré! —exclamé emocionada dándome la vuelta. Agradecí que Marcos me dejase hacer sin cuestionar mi cordura, en silencio, pero sin apartar su mirada de mí.

Sus ojos también brillaban por la expectación.

Intenté mover aquel abultamiento como José le había dicho a Cristina. Hacia la izquierda, para que saliese el resto del estrecho y alargado canutillo de madera que permanecía oculto en el interior de la moldura, y que por el otro extremo penetraba en el muro haciendo la función de cerrojo.

No sucedió nada. El paso del tiempo debía haberlo dilatado, y tuve que arrodillarme para dar más fuerza a mi movimiento. Poco a poco noté cómo iba cediendo, cómo se desplazaba despacio, a trompicones, pero avanzando desde su posición inicial.

No hubo ningún clic, pero de repente el panel se separó de la pared dejando un hueco apenas perceptible por el lado derecho. Introduje mis dedos en él y con cuidado moví la madera hacia mí. Aquello no era un simple panel, era una puerta. Pequeña, de no más de medio metro de altura, pero una puerta, al fin y al cabo. Una que daba acceso a unas escaleras de piedra cuyo final no podía ver desde allí.

Me quedé en silencio, contemplando aquel descubrimiento con el corazón en un puño. ¿Y si después de tanto esfuerzo alguien había llegado antes que nosotros? ¿Y si ya no estaba allí el Tesoro del Santo? Pero no solo me preocupaba eso, aquella oscuridad también podría albergar otra cosa que cambiaría la historia de mi pueblo, algo que la Hermandad de san Babilés llevaba buscando desde hacía mucho tiempo. Sus restos. Los de un hombre que había entregado su vida por hacer aquello en lo que creía. Pensé en Arturo. Si algo de nuestro santo quedaba allí abajo, debería ser él quien realizase aquel hallazgo.

—¿Quieres que baje yo primero?

La voz de Marcos me hizo darme cuenta de que no podíamos esperar. Además, prefería hacer yo misma las comprobaciones antes de ilusionar a Arturo con algo que podría quedar en nada.

—Tranquilo, ya sabes que siempre he querido hacer de Indiana Jones —bromeé para quitar tensión al momento.

—Eso me imaginaba —respondió devolviéndome la sonrisa—. Pero ten cuidado, tu madre me mataría si te ocurriese algo.

Saqué el móvil del bolsillo de mis vaqueros y pulsé el botón de la lámpara antes de agacharme para atravesar la oquedad que había dejado el panel. El espacio de entrada era muy reducido, pero una vez dentro pude incorporarme sin dificultad. José me lo había explicado. Aquellas escaleras, que se curvaban hacia la derecha, habían servido en otra época para acceder a la bodega. Mientras descendía con precaución, recordé el momento en que Ventura se había extrañado de que una casa como esa no la tuviese cuando la inspeccionó por primera vez. Ahora sabía por qué estaba oculta. Noté los ladrillos de las paredes secos, pero fríos. La temperatura allí era bastante inferior a la del día soleado de finales de junio que nos esperaba fuera.

Por fin, la luz me mostró el último escalón y la elevé para ver lo que me rodeaba. El techo abovedado se declinaba hasta el suelo, dando forma a una estancia en la que todavía permanecían olvidados varios toneles apilados y el olor a uva añeja impregnaba el ambiente. Paso a paso avancé por la sala, adentrándome en ella con el corazón acelerado y la incertidumbre ahogándome la respiración. Empezaba a pensar que no encontraríamos nada, cuando descubrí que la bodega se abría en un lateral. Allí permanecían olvidadas las botellas de vino que se guardaron para su envejecimiento.

Ahora estaban cubiertas por una espesa capa de polvo acumulado por el paso de los siglos.

Pero también había algo más. Un enorme y profundo arcón que parecía no encajar con lo demás. No tenía ningún adorno, nada que lo hiciese especial, pero por su tamaño podría albergar lo que tanto habíamos buscado. Me acerqué a él despacio y mis dedos rozaron su cubierta con miedo a que pudiese esfumarse de repente, como un sueño del que despiertas en el momento más anhelado.

Marcos ya estaba junto a mí. También él lo acarició, pero luego sus manos se movieron con premura para deslizar la barra de hierro que en el frontal atravesaba los herrajes que mantenían cerrada la tapa. La levantó con gran esfuerzo, tenía la apariencia de ser muy pesada.

Aquel momento no lo olvidaré nunca.

El chirrido de las bisagras de metal dio paso a la imagen de un esqueleto intacto que reposaba sobre un paño grueso de terciopelo rojo. Su estado de conservación era mucho mejor del que yo me

hubiese atrevido a desear, y con la mirada recorrí cada hueso como si fuesen las piezas de un rico tesoro repleto de joyas, unas que el tiempo no había podido pulverizar esperando pacientes a que alguien las encontrase. Me quedé embobada contemplando aquel cráneo en el que un día hubo un rostro de carne, allí estuvieron sus ojos, su boca, su sonrisa, y sentí una paz imposible de describir. Quizá solo fue debido al afán que tenía de encontrarlo, pero en ese instante tuve la certeza de que me encontraba en presencia de san Babilés.

Por eso me sorprendió que Marcos no estuviese tan asombrado como yo, ni siquiera miraba hacia el interior del arcón. Con la luz de su móvil enfocaba una hoja de papel amarillenta y ajada que sostenía en la otra mano. A mí se me había pasado por alto. Entonces recordé que él no sabía a quién pertenecían aquellos restos. Iba a decírselo cuando soltó el papel de malas formas encima de los huesos. Aquello me molestó. ¡Pero qué le pasaba! Apenas me dio tiempo a leer las primeras palabras manuscritas con tinta marrón, «Aquí yace san…», cuando vi que intentaba levantar el paño sin ningún tipo de cuidado.

—¡No toques nada! —le ordené sujetando su brazo—. Cualquier movimiento por nuestra parte podría alterar este descubrimiento. Debemos esperar a que lo hagan los arqueólogos.

Pero él no me hizo caso. Con un gesto brusco se deshizo de mi mano y continuó con lo que estaba haciendo.

—¡Me estás oyendo! ¡No puedes tratar así los restos de san Babilés!

Fue entonces cuando enfoqué con la linterna su rostro y me quedé helada. Aquel no era Marcos. Aquel no era el mejor amigo de mi padre, el hombre que siempre se había preocupado por mí como si fuese su hija. Aquel tenía que ser un demonio salido del mismísimo infierno que se había apoderado de su cuerpo. Sus ojos destilaban fuego y sus manos parecían poseídas por una furia salvaje que acometía contra la tela roja sin importarle lo que había encima de ella.

—¡Basta! —grité empujándolo con mi cuerpo, intentando parar con mis manos sus movimientos—. ¿Te has vuelto loco?

Los dos nos quedamos inmóviles a la vez. El paño se había rasgado y la luz de los móviles se reflejaba en algo que estaba envuelto en la tela. Una superficie plana y dorada con piedras de colores incrustadas en ella. Los latidos ensordecedores de mi pecho apenas me permitían pensar con claridad. El descubrimiento de los huesos había sido tan

impactante que ya no me acordaba del motivo por el que estaba allí. La Mesa de Salomón. Por sus dimensiones, lo que veíamos podría ser la tabla superior y, a juzgar por la profundidad del arcón, no descarté que sus patas estuviesen debajo, desmontadas.

La última prueba. ¿De verdad había conseguido superarla? Sentí que me mareaba, que las piernas ya no me sostenían, y de forma involuntaria me hinqué de rodillas delante del Tesoro del Santo, tal y como la Orden había exigido. Cerré los ojos agotada.

—Por fin, todo ha terminado —susurré.

—No puedo estar más de acuerdo contigo —respondió Marcos en un tono irónico que no comprendí.

Abrí los ojos y entonces me topé con una imagen que parecía sacada de una de mis peores pesadillas. A mi lado estaba Marcos, apuntándome a la cabeza con su pistola, la misma que me había dicho que llevaba escondida detrás de la chaqueta para proteger su vida. Un escalofrío recorrió mi espalda al comprender sus intenciones.

—¿Sorprendida? Tranquila, será por poco tiempo. Como diría el fantoche de mi hijo, espero que te guste la decoración «querida» —dijo arrastrando sus palabras—, porque esta va a ser tu tumba.

CAPÍTULO 56

MARCOS

No existe mayor placer en el mundo que ver el miedo en los ojos de alguien que sabe que va a morir. Ni siquiera el sexo es tan gratificante. El poder sobre la vida y la muerte.

Ese instante en el que dejas de ser un hombre más y te conviertes en dios. Verlo en los ojos de Patri fue todavía mejor.

Tantos años planificando con meticulosa paciencia cada detalle habían dado sus frutos. La Mesa de Salomón ya era mía y tenía a Patri en el lugar en el que siempre debió estar: a mis pies.

Todo comenzó cuando yo tenía veinticinco años recién cumplidos y un futuro prometedor por delante. Gracias a la perfecta combinación de mis dos mejores cualidades, inteligencia y ambición, había sido capaz de mejorar la posición que por nacimiento me hubiese correspondido con unos padres que a duras penas llegaban a fin de mes. Un logro así era merecedor de ser mostrado con orgullo. Por eso me encapriché de la casa que el padre de Sofí tenía en el campo. Pero el viejo tozudo se negaba a vendérmela, decía que era especial para él. Pobre ludópata. Ni siquiera sospechó que hice trampas en la partida de cartas en la que se la arrebaté. Saber aprovecharme de las debilidades de los demás, también ha sido siempre otra de mis cualidades. Podría haber esperado a conseguirla después de casarme con Sofí, pero necesitaba que fuera completamente mía. ¡Juventud! En aquella época todavía no había aprendido lo poderoso que puede llegar a ser el don de la paciencia en manos de alguien como yo.

Sin embargo, cuando me mudé allí comencé a sentirme mal. No por haberla obtenido de aquella forma, sino porque por las noches tenía unos sueños rarísimos que me dejaban hecho polvo al día siguiente. Al principio no fueron pesadillas, pero tampoco me agradaban. Me molestaba soñar que era un hombre al que yo hubiese despreciado en la vida real. Todo en él me daba asco. Un pardillo de aspecto afeminado sin sangre en las venas. Su única virtud era poseer una gran fortuna. Eso sí me gustaba.

Por lo menos la había utilizado para casarse con la mujer que amaba. Era lo único en lo que se parecía a mí. Yo también estaba enamorado de Sofí. Ella era la princesa de mi cuento de hadas, mi premio, el que había ganado gracias a mi esfuerzo y a mi manera de entender que, cuando alguien quiere algo, debe hacer lo que sea necesario para

conseguirlo, aunque eso implique saltase la ley. En ese sentido, Fernando había sido un gran maestro para mí.

El hombre con el soñaba me tenía obsesionado. Se llamaba Valentín y vivía en una época diferente a la mía, pero en la misma casa que yo compartía ya con Sofí después de nuestra boda. Llegué a aborrecerlo. El pobre desgraciado se ilusionaba pensando que era cuestión de tiempo que su mujer, Cristina, le quisiese, que todo les iría mejor cuando naciera su primer hijo. Patético. No me extrañó que un día comenzase a sospechar que ella lo engañaba con otro.

Una noche soñé que Valentín la seguía a escondidas. Él le había ordenado que no saliese de casa. La guerra había llegado hasta allí y la presencia de los soldados enemigos era muy peligrosa. La muy perra no le obedeció. Prefirió poner su vida en riesgo con tal de reunirse con su amante, nada más y nada menos que el curita del pueblo, un tal Agustín.

Ahí fue cuando mi sueño se transformó en pesadilla. Valentín se había quedado en el exterior de la iglesia, consumido por la rabia y el odio, cuando apareció un grupo de casacas rojas que lo rodearon. Se burlaron preguntándole qué hacía allí una «dulce damisela» como él, sola, sin un hombre que la defendiera. Luego le robaron y comenzaron a golpearle en la cara. El muy cobarde se hizo pis encima. Por suerte, todo lo que tenía de blandengue lo compensaba con una gran inteligencia y comprendió que si quería salir vivo de aquello, debía ofrecerles algo más jugoso que una paliza.

Intentó convencerlos de que él no era su enemigo, que estaba de su parte, y para confirmarlo les contó que el cura sabía dónde se escondía el gran botín que buscaban, la corona de la Virgen. Cristina estaba allí dentro, pero le dio igual. Su vida valía más que la de aquella zorra que lo había traicionado. Si le ocurría algo, se lo tenía bien merecido.

Pero las cosas no sucedieron como él había planeado. Cuando los soldados regresaron, le tiraron al suelo vociferando que el párroco había muerto sin decir nada y que él también lo haría por mentirles. No mencionaron a Cristina, pero Valentín sabía que ella permanecía dentro. Su carro no se había movido de su sitio, y era imposible que hubiese vuelto a casa por otro medio. Al menos le quedaba la satisfacción de saber que habría visto morir a su amante.

Volvieron a golpearlo, a escupirle en la cara, a patearle las costillas. Notó el sabor metálico a sangre en la lengua y eso le dio una idea para

que no lo matasen. Su fortuna.

Valentín tenía familia en Madrid. Muy rica. Ellos pagarían una buena cantidad de oro por su rescate. Aquello pareció interesarles y lo encerraron en una celda de la cárcel del pueblo mientras esperaban la llegada de los lingotes de oro.

Allí estuvo pudriéndose durante dos días. El olor era insoportable, la comida apenas un mendrugo enmohecido, pero al menos estaba vivo. Hasta que la noticia de que el ejército debía continuar su camino sin dejar prisioneros volvió a sobrecogerlo.

A esas alturas, Valentín hubiera vendido a su padre por salvarse. Ya no le quedaba tiempo y tenía que encontrar algo que pudiese canjear por su vida, algo lo suficientemente beneficioso para que sus captores desobedeciesen las órdenes. Entonces se acordó de un retazo de conversación que había escuchado a escondidas entre Cristina y su padre cuando este estaba moribundo. Ahora se arrepentía de no haberse quedado hasta el final. Su ilusa decencia le había impedido averiguar dónde se escondía aquello que José llamó el Tesoro del Santo. En aquel tiempo a Valentín solo le importaba ella, no una reliquia que escondiese la Hermandad, por muy valiosa que fuese.

Pero, si de verdad tenía algún valor, los soldados no dejarían que se les escapase.

Por eso les dijo que los llevaría a su casa, que su mujer conocía el paradero de un tesoro que les compensaría por dejarle con vida. Ellos accedieron.

Por desgracia, sus llaves habían quedado tiradas en el suelo cuando le robaron delante de la iglesia, y los muy animales echaron la puerta abajo. A Valentín lo dejaron fuera, custodiado por un par de soldados mientras los demás entraban. Un rato después, regresaron y por sus caras supo que algo había salido mal. A empujones lo arrastraron hasta la cocina donde le obligaron a ver el cuerpo sin vida de Cristina.

Pensaron que eso le haría daño. Nada más lejos de la realidad, si no fuera porque aquella puta había preferido degollarse antes que revelarles su secreto. Eso significaba que él correría la misma suerte. Ya no le quedaba nada con lo que poder negociar.

Lo golpearon sin compasión, con una rabia salvaje y enfermiza que rompió todos sus huesos. Se burlaron diciendo que pensaban haber violado a su mujer, pero que ahora sería él quien ocupase su lugar. Era fácil confundirlo con una hembra con aquel cabello rubio y la piel

tan blanca y aterciopelada. Cuando terminaron, lo dejaron allí tirado, desangrándose. Antes de morir juró que, aunque fuese en el mismísimo infierno, algún día haría pagar a esa mujer todo el daño que le había hecho.

Aquel sueño me dejó tan conmocionado que tardé mucho tiempo en quitármelo de la cabeza. Quizá nunca llegué a hacerlo del todo. La casa en la que vivía me lo recordaba una y otra vez. Por eso, cuando Sofí se marchó al hospital, mandé construir otra nueva y me mudé allí con Persi. Una mansión moderna, digna de mi posición, de mi riqueza, de mi poder. A la otra ya no la soportaba, la hubiese quemado hasta los cimientos, pero sabía que eso haría daño a Sofí. Por eso dejé que se cayese a pedazos,

disfruté sometiéndola a esa lenta tortura por haberme provocado unos sueños tan horribles.

Además, yo debía concentrarme en mis negocios. Los ilegales, por supuesto. Los otros también me enriquecían, pero no me daban tanta satisfacción. Deshacerme de Fernando y ocupar su lugar fue una jugada maestra por mi parte, sobre todo porque nadie sospechó que su muerte no fue natural. En el fondo le hice un favor a Julia. De no haber sido por mí, jamás se hubiese convertido en la mujer triunfadora que una mente despierta y ambiciosa como la suya merecía.

Lo único que me faltaba en mi gran mansión era Sofí. Iba a visitarla habitualmente al hospital, intentando convencerla para que regresase conmigo, pero ella siempre se negaba. Otras mujeres ocuparon su lugar en mi cama, pero ninguna me servía más que para saciar mi apetito sexual. Sofí fue clave en mi vida, mucho más de lo que ella hubiese podido imaginar. Gracias a ella conocí a Eduardo.

Al principio, su primo me pareció un idiota fantasioso al que tenía que aguantar cada vez que íbamos de visita al cigarral de Toledo. Para mi mujer, su familia era importante y yo hacía de tripas corazón con tal de que no se disgustase. Luego, algo cambió. Me di cuenta de que Eduardo podría serme de utilidad en mi nuevo negocio de tráfico de antigüedades. Él conocía a mucha gente que poseía piezas de gran valor y, a diferencia de sus hermanas, era fácil de manipular. Así fue como poco a poco me gané su confianza. El pobre iluso no llegó nunca a saber que los robos en casa de sus amigos los había propiciado él mismo con la información que me daba. Decía que yo era como un hermano para él. En el fondo no se equivocaba del todo, también Caín y Abel compartían esa relación.

Un día en que mi mujer y sus primas bajaron a la misa de las fiestas de la Virgen del Sagrario y nos quedamos los dos solos, me habló de algo que me interesó mucho.

Me dijo que, como yo era parte de la familia, podía enseñarme un libro que sus antepasados habían ocultado y del que nadie, salvo él y sus hermanas, conocía su existencia. Así fue como oí por primera vez el nombre de la Orden de Salomón.

Lo escuché muy atento en cuanto pronunció la palabra «tesoro». Me confesó que andaba tras la pista de algo que aquel grupo de hombres habían escondido y que llamó Mesa de Salomón. Por aquel entonces yo no tenía ni idea de qué era eso, así que él me lo explicó con un tono de decepción que me molestó. Tuve que tragarme mis ganas de borrarle aquella expresión de la cara, cuando me dijo que se trataba de una de las reliquias más buscadas de todos los tiempos. Una mesa de oro decorada con piedras

preciosas. Comentó más cosas, pero yo había dejado de prestarle atención. Mi mente ya estaba imaginando los enormes beneficios que una pieza así podría reportarme.

Le ofrecí mi ayuda dejándole claro que mi única motivación era que consiguiese aquello que parecía hacerle tanta ilusión. Él pobre inocente sonrió encantado y me dijo que era justo lo que necesitaba, porque sus averiguaciones le habían llevado a pensar que estaba escondida en Boadilla y que la Hermandad de san Babilés podría saber algo.

Aquello me sorprendió todavía más. Yo era miembro de esa cofradía, no por convicción, sino porque a ella pertenecían algunos de los hombres del pueblo con los que me interesaba estar bien relacionado, y jamás había oído hablar de algo así.

No tuve más remedio que comentárselo, pero él no se desanimó. Al contrario, me dijo emocionado que había dado con aquella pista gracias a mi suegro. Años atrás, este había encontrado unos legajos escondidos debajo de una baldosa al hacer la reforma de la casa en la que en ese momento todavía vivía conmigo Sofí. Se los había regalado a Eduardo pensando que por su erudición sabría comprender aquel texto antiguo apenas legible. Luego me confesó un poco avergonzado que nunca llegó a decirle lo que había descubierto. Tampoco a sus hermanas, que por aquel entonces vivían fuera de España.

Solo él conocía el secreto. Eso me gustó.

Como un niño entusiasmado continuó diciendo que en aquellos papeles se narraba una historia fascinante. San Babilés había sido uno de los miembros de la Orden de Salomón. Su devoción le movía a ayudar a los cristianos sometidos por los musulmanes, pero que la decisión de escoger la actual Boadilla del Monte para hacerlo no había sido casual. Como sumo guardián de la Orden, tenía la misión de custodiar y proteger la Mesa de Salomón, uno de los objetos sagrados mandados construir por el mismo Dios.

Yo escuchaba aquella historia con escepticismo. Por un lado, deseaba que fuese cierta, pero por otro me resistía a creer que algo así hubiese podido suceder de verdad.

Eduardo siguió hablando sin percatarse de mis dudas. Me dijo que san Babilés no estaba solo, que le acompañaban otros tres miembros de la Orden, religiosos también como él. Fue el más joven de ellos quien sobrevivió a la masacre. Su líder le había pedido que se escondiese cuando llegaron los sarracenos, entregándole la medalla que portaba en su cuello. Aquel muchacho se encargó después de que sus restos no se perdiesen en el olvido. Otros hombres se unieron a él para mantener a salvo el objeto sagrado que con el paso de los años comenzaron a llamar el Tesoro del Santo. Siglos después, se formó la Hermandad de san Babilés, pero muy pocos de sus miembros llegaron a conocer su secreto. Por eso Eduardo quería adentrarse en ella, conocerla en profundidad para descubrir si todavía alguien sabía dónde estaba escondida la Mesa de

Salomón. Él no la buscaba por su valor material. Le bastaba con saber que existía, que no era una quimera como sus hermanas pensaban, ni él un ingenuo por soñar con imposibles.

El caso es que sí lo era. Había confiado en la persona menos indicada, en un lobo disfrazado de cordero que ya estaba maquinando cómo iba a convencerlo para que le entregase los dos libros, y la medalla que mi suegro también había encontrado debajo de la baldosa. No fue difícil. Conseguí que los sacase de la casa con la excusa de que conocía a alguien que podría ayudarnos. El pobre cayó en la trampa como un angelito.

Imagino que no llegó a sospechar de mí cuando un par de matones lo asaltaron en el puente para robárselos. Por desgracia, la cosa se complicó y tuvieron que deshacerse de Eduardo arrojándolo al río. Una pena, en el fondo me caía bien. También eliminaron al don nadie que contraté después para que transcribiese aquellos textos a algo legible para mí. No dejar cabos sueltos es mi especialidad.

El primer texto que leí fue el que había encontrado el padre de Sofí. Quería comprobar que Eduardo no hubiese pasado por alto ningún detalle importante en su relato. Lo que no dejaba de sorprenderme era que llamasen Tesoro del Santo a la mesa.

¿Cómo era posible que ese mismo nombre apareciese en los sueños que había tenido con Valentín? Me costaba trabajo encontrarle alguna explicación razonable.

Sin embargo, fue la historia del otro libro la que captó toda mi atención. La leí del tirón. En ella se contaba que la Orden de Salomón estaba formada por nobles y honorables miembros de la aristocracia visigoda. Pero en lugar de sentirme identificado con ellos, lo que me provocó leer sus aventuras fue un rechazo irracional contra ellos.

Esa noche me dormí malhumorado y tuve una pesadilla que parecía tan real como las que sufría con Valentín. Pero en esa ocasión, mi sueño recreó con todo detalle una de las escenas que se mencionaban en el libro. Al menos, esta vez yo era un guerrero en condiciones y no un alfeñique. Mi álter ego se llamaba Sisenando. Lideraba al grupo de soldados que luchaban contra los de la Orden de Salomón y odiaba a Liuva. Quería hacerle pagar por su arrogancia y aquella batalla sería su oportunidad para destruir todo lo que significaba algo para él, incluida su mujer. La que tenía que haber sido suya, si el padre de ella hubiera accedido a la oferta que Sisenando le había hecho. Pero la muy idiota le había convencido para que la casara con su enemigo. Su patético esfuerzo por proteger a Liuva le llenó de rabia. Muerta no podría demostrarle lo que era tener a un hombre de verdad entre sus piernas y, además, le había privado del placer que sería estrangularla después con sus propias manos. Lo peor vino cuando el hermano de esa tal Wulmara se echó encima de Sisenando y lo mató.

Durante mucho tiempo estuve obsesionado con aquel sueño, con esa maldita Orden que no podía apartar de mi cabeza. Luego pensé que igual aquello era una señal. ¿Por qué no aprovecharla en mi propio beneficio? Utilizaría su nombre para dar forma a la red de delincuentes especialistas en antigüedades que estaba organizando. Yo sería su líder. No como Liuva, sino como el mismísimo rey Salomón, el verdadero dueño de la mesa que estaba intentando encontrar. Poco a poco la idea se materializó. Mi poder creció cada vez más, tenía esbirros que acataban mis órdenes sin cuestionarlas, aunque no supieran quién estaba detrás de ellas. El rey en la sombra que movía los hilos. Me sentía tan identificado con aquel personaje bíblico, cuya inteligencia se equiparaba a la mía, que comencé a investigar sobre él. Leí todos los libros que lo mencionaban, incluso los menos ortodoxos

en los que se decía que había sido capaz de someter a los demonios haciéndolos trabajar para él. También en eso nos parecíamos.

Cuando llegaron a mis manos aquellas planchas desconocidas de William Blake, las tomé como otra señal de que iba por buen camino. Desdeñé el dinero que podrían haberme aportado en el mercado negro y decidí quedármelas. Incluso aprendí a usarlas.

No fue fácil, pero el esfuerzo mereció la pena. Cada uno de aquellos grabados era un símbolo de mi superioridad, de mi poder sobre la vida y la muerte de los incautos que se atrevían a oponerse a mis deseos. El toque maestro fue impregnarlos con mi firma, la sustancia que extraía de esa planta llamada Sello de Salomón, que cultivaba a escondidas en la casa a la que años después llevé a Patri y a Persi en su noche de bodas.

Una de mis obras se la envié a un anticuario con el que trabajaba desde hacía un par de años a través de terceros. Descubrí que había dado con unas pizarras visigodas en las que se mencionaba a la Orden de Salomón y supe que debía asegurarme de que no cayeran en otras manos que no fuesen las mías. Pero al muy imbécil de repente le salió la vena moral y se negó a vendérmelas. Por supuesto, no tuve más remedio que castigar su osadía. Un par de secuaces hicieron el trabajo sucio y yo guardé las piedras junto al resto de mi colección privada.

Sin embargo, la antigüedad que más ambicionaba seguía sin aparecer. Durante muchos años había intentado descubrir alguna pista entre los miembros de la Hermandad de san Babilés, pero todo fue inútil. En aquella época apenas se sabía nada de su historia, ni siquiera si existía de verdad la ermita de la que los más viejos del pueblo hablaban. Pero entonces, Arturo decidió ponerse a investigar sobre ello y me dio una alegría. A mí no se me había ocurrido pensar que todavía pudiesen quedar documentos antiguos desperdigados por los archivos estatales. Por eso envié a un hombre para que fuese su sombra. Bueno, no voy a negar que también lo hice por otro motivo más personal. Sofí se había casado con él y quería asegurarme de que la trataba como ella se merecía.

Ya llevábamos varios años divorciados cuando conoció a Arturo. Después de su salida de ese hospital para locos en el que ella nunca debió estar, nuestra relación no volvió a ser lo que era. Comenzó a interesarse por temas raros, a tener unas amistades todavía más extrañas y a querer conocer lugares del mundo que yo no habría pisado ni muerto. Sofí había cambiado y yo también. Por eso no me opuse cuando me dijo que necesitaba cerrar aquella etapa de su vida,

la de nuestro matrimonio, para dar comienzo a otra nueva. De alguna forma a mí me pasaba algo parecido. Ella siempre había sido mi mayor debilidad, y un hombre como yo no podía permitirse ninguna. Un año antes de nuestra separación, alguien me había enseñado el daño que podía hacerme aquel sentimiento de posesión que me ataba a ella. Aquel desgraciado había intentado arrebatármela y lo pagó muy caro.

Me di cuenta de lo que estaba pasando cuando una tarde fui a visitarla al hospital.

Abrí la puerta de su habitación despacio, sin hacer ruido por si estaba dormida.

Entonces los vi. Sentados en el sofá, juntos, a una distancia insignificante que hacía rozar sus piernas. Aquel maldito desgraciado sostenía las manos de mi mujer como si tuviese algún derecho a tocar lo que era mío, a mirarla de aquella forma que delataba el anhelo que sentía por ella. Confirmé que no me había equivocado cuando, al verme, se separó rápidamente de Sofí y agachó la cabeza avergonzado, agazapado como el gusano rastrero que era. Los celos me consumieron, mi instinto asesino quiso estrangularlo allí mismo, despedazarlo con mis propias manos. Miré a Sofí buscando alguna muestra de su infidelidad, pero ella parecía ajena a sus intenciones deshonestas y me sonrió como si no estuviese sucediendo nada relevante. Comprendí que no era consciente del deseo que, aquel que se hacía llamar amigo mío, sentía por ella. Eso hizo que me tragase la furia que ardía en mis venas y yo también me comporté con naturalidad. Mi mujer no tenía que presenciar lo que pensaba hacer a ese traidor.

Fermín pagó con su vida la vileza de querer arrebatarme lo que me pertenecía. Yo aprendí la lección. Debía anular el vínculo que me unía a ella para que nadie pudiese hacerme daño en el futuro. Sin embargo, mi vida volvió a dar un giro gracias a Sofí.

Sucedió durante el tiempo que vivió en mi mansión, después de decidir que ya había llegado el momento de abandonar el hospital. Descubrí que se interesaba bastante por unos libros que Fermín le había regalado. Su muerte le había afectado mucho, pero no con el sufrimiento que hubiera padecido si estuviese enamorada de él. Aquello confirmó mi primera suposición.

Le pregunté por qué le atraía tanto aquella lectura y ella me explicó algo que al principio me sonó a cuento chino. Decía que determinados

sueños pueden ser en realidad recuerdos de vidas pasadas y que asimilarlos ayudaba a sanar algunos traumas

de la actual. Me dolía que pensase estupideces como esa, pero Sofí insistió en sus argumentos y me preguntó si yo no había soñado nunca con alguna escena del pasado que pareciese tan real que me costase trabajo olvidarme de ella al día siguiente.

Aquello fue lo que me hizo dudar. ¿Y si fuera cierto? ¿Acaso yo había sido en el pasado ese guerrero visigodo llamado Sisenando, o el petimetre afeminado de Valentín? ¿Sería eso por lo que no soportaba a mi propio hijo? ¿Porque su aspecto me recordaba al que yo mismo había tenido en una vida en la que había sufrido tanto?

Sin embargo, todavía tuvieron que pasar unos años más para que comprendiera la verdadera razón por la que odiaba a Persi.

Cuando mi hijo regresó a España y vi cómo se comportaba, tuve ganas de vomitar.

Era vergonzoso que alguien pudiese relacionar a ese pusilánime fantoche conmigo.

¿Cómo era posible que algo de mi sangre corriese por sus venas? Fueron unos años en los que me costaba trabajo incluso mirarlo a la cara. Intentaba mantenerlo alejado de mí, pero a veces no me quedaba más remedio que hacer el paripé para guardar las apariencias. Fue precisamente en una de esas ocasiones en la que la verdad se mostró ante mí con total claridad.

Los padres de Patri nos habían invitado a cenar a las Tres Nueces para celebrar el regreso de su hija. A mí, aquella chica arrogante y prepotente nunca me había caído muy bien, pero tenía que tragarme mi opinión para no tener un disgusto con mis amigos. Sobre todo, con Mateo. Ella era su ojito derecho, su mayor orgullo, la niñita consentida de papá, cuando lo que debería haber hecho era ponerla en su sitio con una buena bofetada. Gracias a ellas, mi hijo siempre había sabido quién mandaba en casa.

Persi y Patri se habían sentado juntos, enfrente de mí. Ella alardeaba de que el alcalde le había propuesto que formase parte de su equipo de gobierno si ganaban las siguientes elecciones. Yo apenas escuchaba su insufrible verborrea. Por mucho que me esforzase, había algo en ella que no soportaba. Un rechazo irracional que cada vez me costaba más trabajo disimular, igual que me pasaba con Persi. Eran tal para cual.

Quizá verlos juntos, pensando que ojalá ninguno de los dos existiese en mi vida, fue lo que me hizo recordar parte de la conversación que había tenido con Sofí sobre aquellos libros extraños. Ella me había dicho que las almas siempre se reencarnan en grupos, que vuelven a encontrarse para tener la oportunidad de solventar errores del pasado. En ese momento supe que tenía razón. Lo sentí en las entrañas. Liuva y Hernán, Agustín y Cristina. Mi gran equivocación había sido no acabar con ellos cuando tuve la oportunidad. Aquellos dos habían sido responsables de mi muerte en

otras vidas, pero yo me encargaría de que en esta pagaran por ello, de que sufrieran un calvario antes de eliminarlos.

Pero ¿cómo hacerlo? Tenía que encontrar sus puntos débiles. Primero pensé en Persi y me desanimé un poco. A él no parecía que nada ni nadie le importase. Vivía una vida acomodada sin esfuerzos, sin metas, un completo idiota al que precisamente eso le hacía inmune a todo. Lo único sagrado para Persi era Sofí, y ella también era intocable para mí.

Y, de repente, él mismo me dio la respuesta. Fue solo un segundo, pero ese instante me bastó para darme cuenta de algo. Persi acababa de mirar a Patri de una forma extraña y eso me hizo sospechar que sentía por ella mucho más de lo que quería aparentar. ¿Sería posible? ¿De verdad le gustaban las mujeres? ¿Le gustaba ella? Por supuesto. La imagen de Agustín y Cristina me revolvió por dentro. La historia se repetía una vez más y, si no me equivocaba, Patri acabaría sintiendo lo mismo por él.

Era cuestión de tiempo. Tuve ganas de echarme a reír. En el brindis final choqué mi copa mucho más animado. Aquellos dos no tenían ni idea de que su futuro estaría en mis manos.

Durante los meses siguientes empecé a trazar mi plan. Patri sería el talón de Aquiles de mi hijo. La utilizaría para hacerle sufrir, porque estaba claro que de momento no lo soportaba. Pero tenía que pensar en algo para acercarlos, para forzar la situación, que ella también lo pasase mal por tener que estar junto a él de forma impuesta. Y de Patri quería algo más: quería a Cristina.

Todos mis esfuerzos por encontrar la Mesa de Salomón habían sido inútiles. Pero, cuando al fin acepté que mis sueños eran recuerdos de otras vidas, me di cuenta de que Cristina había sido la última que conocía su paradero. No le había dado mucha importancia, porque aquella mujer llevaba muerta desde hacía siglos. Ahora eso había

cambiado. Lo único que debía hacer era obligar a Patri a que recordarse igual que yo lo había hecho, pero para eso era necesario que viviese en aquella maldita casa. La idea del matrimonio con Persi llegó sola. Era perfecta. Pero ¿cómo obligarla a hacerlo? Ella nunca lo aceptaría de buen grado, bastaba con oírla alardear de su independencia. Se me ocurrió chantajearla, pero luego tuve que descartarlo. Por mucho que investigué, no encontré ningún trapo sucio que pudiese utilizar. Luego comprendí que su mayor debilidad era su padre. Marcos ya había enfermado y le quedaba poco tiempo de vida.

Esa sería una dura prueba para Patri. Ella, que se creía invencible, no iba a poder hacer nada para salvarlo. Entonces fue cuando se me ocurrió una idea brillante. Todavía le quedaba Julia. Nunca se habían llevado muy bien, pero yo sabía que la sola idea de perder también a su madre la doblegaría, la dejaría a mi merced. Necesitaba que Patri

creyese que Julia estaba en peligro y qué mejor mensajero que su propio padre en el lecho de muerte para conseguirlo. El impacto sería brutal.

Así fue cómo inventé una historia para Mateo. Aquella fue la peor parte. En el fondo me dolía utilizarlo de esa manera, él había sido el único amigo de verdad que había tenido nunca. Pero, a fin de cuentas, él ya no se enteraría de nada de lo que sucediese después.

Me resultó muy fácil engañarlo. Al pobre le quedaban apenas unas horas en este mundo y su cabeza ya no funcionaba del todo bien. Para montar mi historia utilicé algo que le sucedió a Julia años atrás, cuando tuvo que ir a declarar en un caso judicial en el que varias empresas se vieron afectadas. Una de las que estaban involucradas le pertenecía a ella. No fue nada de importancia, pero Mateo no lo sabía. Lo que sí recordaba, porque lo habíamos comentado en alguna ocasión, eran los nervios y el malestar de Julia por el incidente. En aquella época todavía era bastante novata en esos temas.

Le dije que estaba muy preocupado. Me inventé que un contacto me había filtrado parte del contenido del secreto de sumario que vencía al año siguiente, justo por esas fechas, y que la implicación de Julia en el caso era mayor de lo que nos había contado.

Unos documentos firmados por ella la incriminaban. Argumenté que salió indemne gracias a la declaración de una criada que confesó haber presenciado cómo Fernando la obligaba a firmarlos después de darle una paliza. Los malostratos eran una práctica habitual en aquella casa. Eso la exculpó, pero si aquella información se hacía pública

tendría repercusiones en la imagen de Julia. Y no solo eso, toda la angustia de los años pasados junto a su difunto marido volvería de golpe. La prensa se cebaría con una noticia tan sensacionalista. Julia no había sido precisamente muy amable con algunos periodistas de economía. «La mujer triunfadora que fue sometida a las vejaciones de su marido», podría ser uno de los titulares.

La historia estaba cogida con pinzas, pero Mateo se la tragó sin sospechar nada. A él los detalles no le importaban, lo único que le preocupaba era que Julia sufriese.

¡Cuánto amor desperdiciado en alguien que no le correspondía de la misma forma!

Yo interpreté a la perfección mi papel de protector. Haría todo lo que estuviese en mi mano para acallar los comentarios, pero llegado el momento, la única familia que le quedaría a Julia sería Patri. Ella tendría que ser fuerte por las dos. Su madre iba a necesitar de todo su apoyo para superar aquella vergüenza pública. Por eso insistí a Mateo en que Patri debía saber que tendría que ayudarla transcurrido ese año, pero solo

eso para no angustiarla antes de lo necesario. Por la misma razón, también era mejor que no le dijese nada a Julia. Bastante tendrían ambas con perderlo.

El único inconveniente de mi historia era que, si quería que coincidiera con los plazos de Mateo, me veía obligado a esperar todo un año para ejecutar mi venganza.

Aquello no me agradaba, pero por suerte ya había aprendido las ventajas de ser paciente. Como dice el refrán, siéntate en la puerta de tu casa, y verás el cadáver de tu enemigo pasar. Y verla muerta era justo lo que yo quería.

Cuando Patri llegó a mi despacho el día del aniversario de la muerte de su padre, tuve miedo de que Mateo no le hubiese trasladado bien mis indicaciones. Aquello me obligaría a improvisar, a idear otro plan para conseguir mi objetivo. Pero no. Me sentí satisfecho al comprobar que le había contado solo lo que yo le dije. Siempre se podía contar con él, incluso después de muerto.

Patri creyó a pies juntillas que su madre estaba en peligro. Se tragó aquel cuento sobre la Orden de Salomón, como una niña buena antes de dormir. Yo ya sabía que la parte más difícil iba a ser convencerla para que se casase con mi hijo, pero tenía recursos de sobra para

coaccionarla. Fui muy estricto cuando ordené que atropellasen a Julia. Si le ocurría algo más grave que un revolcón, el culpable lo pagaría con su vida.

Al final Patri accedió y yo saboreé por anticipado mi victoria. ¡Cómo iba a disfrutar viéndola padecer en cada prueba! Atacaría sus debilidades sin compasión. Las evidentes, como su repulsión a la sangre o el hecho de tener que acostarse con Persi, y las que solo yo conocía. La obligaría a recordar los momentos más dramáticos de su vida como Cristina. Volver a sufrir por la muerte de su querido Agustín sería mi mejor venganza por su traición.

Tampoco iba a ponérselo fácil a Persi. Necesitaba que les llevase mucho tiempo resolver los acertijos, eso le obligaría a estar cerca de ella y mayor sería su frustración por no poder tenerla. Las pruebas debían estar a la altura de mi hijo, porque, aunque para algunas cosas se había convertido en un completo idiota, tenía que reconocer que para otras le sobraba inteligencia. Quizá eso fuera lo único que había heredado de mí.

Por eso creé un grupo ficticio en internet, en el que inocentes eruditos amantes de los enigmas habían competido para alcanzar un gran premio. Por supuesto, todo rodeado de misterio para que mi anonimato estuviese garantizado. Y, además, tenía otro as guardado en la manga: Aitor.

La edad no había hecho que ese niñato madurase. Seguía siendo un engreído que se creía alguien, cuando solo era un pelele en las manos adecuadas. Las mías. Tuve más de

un año para engatusarlo, para hacerle creer que podría llegar a pertenecer a una red de hombres poderosos de los que sacar mucho partido. ¡Fue tan divertido! Él no tenía ni idea de que era yo quien de verdad lo manejaba. El imbécil hasta se dejó tatuar el símbolo de la Orden de Salomón en su antebrazo. Aquel sería un gran golpe de efecto cuando lo viese Patri. Mi objetivo era ponerla en más apuros, llevarla al límite, y Aitor era perfecto para eso. Yo mismo me encargué de mover algunos hilos para que le diesen el puesto que poseía, el que lo colocaría en una posición de poder sobre Patri. Si, además, Persi se enteraba de la relación que tenía su mujer con Aitor, la jugada sería apoteósica. La enemistad entre ellos venía de lejos. Bastaría con acercar aquella cerilla para que el fuego explotase. Sobre todo, si al final no conseguían resolver a tiempo la última prueba. ¿Accedería Patri a acostarse con Aitor para que le proporcionase la respuesta que tanto ansiaba? Pensar en la humillación que sería para ella me

producía un placer exquisito. Pero no podía olvidarme del otro asunto. Todavía necesitaba que recordase dónde se escondía la Mesa de Salomón y en ese sentido no había avanzado mucho. Ya estaba pensando en cómo seguir con el juego una vez que fallasen en la tercera prueba, cuando la providencia llamó a mi puerta.

Había sido una gran suerte que Patri tuviese aquella visión estando los dos solos en la casa que había dado origen a todo. Justicia poética, lo llamarían algunos. Por fin tenía al alcance de mi mano lo que tanto esfuerzo y tiempo me había costado conseguir. La Mesa de Salomón y a Patri arrodillada a mis pies con una pistola apuntándole a la cabeza. No podía desear un final más feliz para esta historia.

—Pero padre, ¿no me digas que has organizado una fiesta y no me has invitado?

CAPÍTULO 57

PERSI

—¡Marchaos de aquí! ¡Ya tiene la mesa! —gritó Patri antes de que mi padre amordazara su boca con la mano.

Aquel miércoles por la tarde no fui a mi habitual partida de mus. Nacho tenía la tarde libre y le pedí que la pasase conmigo en La Taberna. Era mi manera de demostrarle que por mi parte no había cambiado nada y que esperaba que por la suya tampoco, por lo menos en lo que afectaba a nuestra amistad. Me alegré al comprobar que así era. Al principio se mostró retraído, un poco avergonzado todavía, pero se fue relajando al ver que yo me comportaba con él como siempre. Incluso, me preguntó cómo me iban las cosas con Patri, le preocupaba la distancia que ambos habíamos mantenido en casa de mi madre. Según él, apenas nos miramos, como si quisiésemos ocultar la tensión latente que había entre nosotros. A Nacho no se le escapaba nada. Le conté lo que había sucedido y añadí mi decisión para que ella pudiese rehacer su vida.

—¡Que te vas a divorciar de Patri! ¡Pero tú estás tonto o qué te pasa! —me respondió enfadado—. ¿Es que no te das cuenta de que solo es cuestión de tiempo que comprenda por qué lo hiciste? ¿A qué vienen tantas prisas?

Iba a responderle cuando sonó mi móvil. Era el inspector Caralps. Me extrañó, porque él nunca se comunicaba conmigo directamente.

—Hemos arrestado a Aitor —me dijo con la sequedad que le caracterizaba, dando por hecho que sabría quién era—. Nuestros compañeros de la Brigada de Patrimonio Histórico han conseguido reunir las pruebas suficientes para que el juez emita una orden de busca y captura contra él. Ahora mismo le están tomando declaración.

Al oír aquello, dejé escapar el aire que retenían mis pulmones suspirando de alivio.

Por fin. El primer paso estaba dado. Aitor podría ser la punta del hilo que deshiciese la madeja.

—Hay algo más, Persi. El abogado ha propuesto un acuerdo de colaboración para que se tenga en cuenta la buena voluntad de su defendido de cara al juicio. Siento decirte esto, pero prefiero que lo sepas por mí —dijo con voz grave, algo no iba bien—.

Aitor ha confesado que quien maneja toda esa red de delincuentes llamada Orden de Salomón es Marcos.

—¿¿Mi padre?? —pregunté estupefacto.

—Sé que es duro para ti, pero esto pinta mal. Creo que la intención de Aitor era protegerse de cara a que algo como esto pudiese suceder. El tipo no es tan solo un fanfarrón como tú creías. Fue recopilando información y sus averiguaciones lo llevaron hasta tu padre. Nos ha dado hasta la dirección de una casa en la que, según él, Marcos guarda una colección de antigüedades ilegales. Unos agentes van para allá en estos momentos. No está a su nombre, sino a la de una empresa que llevamos investigando desde hace tiempo y que sí le pertenece. No he querido decirte nada antes por no alarmarte sin pruebas.

Me quedé en silencio. El impacto había sido demoledor. Mi mente solo pensaba en las implicaciones que esa noticia tenía. ¿Era mi padre el artífice de todo? ¿El asesino de tantos inocentes? ¿Quien había estado jugando con Patri y conmigo desde el principio?

Pero ¿por qué? ¿Qué ganaba él forzándonos a casarnos haciéndonos padecer la tortura de esas pruebas? Entonces lo comprendí. Mi padre buscaba la Mesa de Salomón. Pero lo que no tenía sentido es que pensase que nosotros podríamos llevarle hasta ella. A menos, que… No, eso era imposible. ¿Cómo iba a saber él que Patri tendría sueños sobre vidas pasadas en los que aparecía?

—Persi, hay algo más urgente que todo esto —dijo Carles en un tono que me heló la sangre—. Realmente ha sido por lo que te he llamado ahora. ¿Estás en tu casa? ¿Hay alguien allí?

—No, estoy con un amigo y la asistenta solo viene por las mañanas —respondí sin pensarlo mucho. Mi cabeza todavía estaba ocupada en asimilar el golpe.

—Acabo de recibir una llamada. No sé de quién, ni cómo ha conseguido mi número, pero una voz distorsionada de mujer me ha dicho que envíe agentes a tu domicilio. —La pausa del inspector despertó todas mis alertas—. Según ella, Patri está a punto de ser asesinada.

—¡¿Qué?! —Me levanté de la silla como si quemase. Pero no, era yo el que acababa de convertirme en un volcán en plena erupción. En uno que temblaba de pánico al pensar que pudiese ser cierto.

—Quizá solo sea una falsa alarma, pero en cualquier caso voy a

comprobarlo. Ya he avisado a un par de agentes para que se reúnan conmigo allí. Tú intenta localizarla por teléfono y si no lo consigues ve a casa de tu suegra. Si tu mujer está con ella, llámame.

Ahora tengo que dejarte.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Nacho preocupado.

No le respondí. En lugar de eso, llamé a Patri con la esperanza de que su voz me quitase de encima esa angustia que no me dejaba ni respirar. Pero ella no contestó y un repelente mensaje me dijo que su móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Era bastante improbable que estuviese en casa de Julia y yo no pensaba perder un tiempo precioso en ir a comprobarlo.

—Tengo que irme —respondí a Nacho—. La policía acaba de decirme que Patri podría estar en peligro, que alguien les ha llamado diciendo que van a asesinarla en mi casa.

Lo dije a borbotones, con la voz tan desesperada que apenas me salía del cuerpo.

Jamás en mi vida había tenido tanto miedo. Saqué el dinero de mi cartera y lo dejé encima de la mesa esperando que hubiese de sobra para pagar la cuenta.

—Voy contigo —dijo Nacho poniéndose en pie.

—No —respondí parándome en seco—. Esto puede ser muy peligroso. Si quieres ayudarme, llama a Julia o a cualquiera con quien pueda estar a estas horas.

—¡Quieres dejar ya de protegerme de una puñetera vez! —exclamó enfadado—. ¡Ni se te ocurra pensar que voy a quedarme de brazos cruzados si es la vida de Patri la que está en riesgo!

Tenía razón. Ya iba siendo hora de que cambiara mi actitud hacia él. Asentí y ambos salimos en dirección a su coche. Temía que mi estado de nervios nos hiciese sufrir un accidente si el que conducía era yo. No dejaba de atormentarme pensando en qué sucedería si llegábamos demasiado tarde.

Abrí la puerta de mi casa con el mayor sigilo posible. No se oía nada, y eso me alegró y me sobrecogió a partes iguales. Cuando entramos en la cocina, y vi el panel de madera abierto, supe que algo no iba bien.

Nacho y yo bajamos aquella escalera de piedra sin atrevernos siquiera a utilizar la linterna del móvil para no delatar nuestra presencia. Luego, una tenue luz procedente

de un lateral nos dio algo de claridad y pudimos avanzar por aquella estancia que parecía una bodega olvidada hacía mucho tiempo. Escuchar la voz de Patri me devolvió el ánimo. Hablaba con alguien, mejor dicho, discutía con alguien a juzgar por su tono alterado, pero lo más importante era que todavía estaba viva. Me apoyé en el muro que hacía esquina y con mucho cuidado me asomé un poco para ver lo que estaba sucediendo. La oscuridad de la sala principal jugaba a mi favor para que quien estuviese con ella no detectase mi presencia. Cuando vi la escena que tenía delante, el corazón se me paró. Patri estaba arrodillada en el suelo, de espaldas a mí, y mi padre apuntaba a su cabeza con una pistola. Sentí que me flaqueaban las piernas de puro terror cuando oí lo que le dijo.

—¿Sorprendida? Tranquila, será por poco tiempo. Como diría el fantoche de mi hijo, espero que te guste la decoración «querida», porque esta va a ser tu tumba.

Habíamos dejado la puerta de mi casa abierta para que el inspector Caralps pudiese entrar cuando llegase. La comisaría no estaba lejos, pero iba a necesitar un poco más de tiempo para reunirse con nosotros. Y eso era justo lo que Patri no tenía. Tiempo. Salvo que yo se lo proporcionase. Costase lo que costase, tenía que atraer la atención de aquel malnacido sobre mí.

—Pero padre, ¿no me digas que has organizado una fiesta y no me has invitado?

Salí de mi escondite despacio, forzando el tono despreocupado que habría utilizado

«Percival» a la llegada de cualquier acto social de postín. Patri reaccionó de inmediato al reconocer mi voz. Se puso de pie dándose la vuelta, y me gritó que me marchase, que mi padre ya tenía la mesa. No sé cómo pude contenerme para no lanzarme hacia él cuando, a punta de pistola, la obligó a ponerse de rodillas de nuevo, cuando se colocó detrás de ella y le tapó la boca. Vi el miedo en el rostro de mi mujer. Solo un segundo.

Después aparté los ojos de ella y los centré en los de mi padre. Si la miraba sería incapaz de hacer lo que tenía que hacer.

Entonces apareció Nacho y todo se complicó. Seguro que había visto

la escena y pretendía hacer una locura para salvar a Patri. Yo mismo lo derribé de un puñetazo cuando vi que mi padre dirigía la pistola hacia él. Le di tan fuerte que cayó desplomado en el suelo, otra cosa más que apuntar a la lista de todo lo que tenía que perdonarme.

Pero, al ver la cara de incomprensión de mi padre, tuve una idea. Si quería vencerlo, debía sorprenderlo, ser más listo que él. Y para ello iba a necesitar de todo mi ingenio.

—Este idiota siempre ha estado enamorado de Patri y pretendía hacerse el héroe para salvarla —dije con fastidio.

—¿Y tú no pretendes hacer lo mismo? —me preguntó sin cambiar el gesto, pero su voz delataba que le había desconcertado mi reacción.

—¿Yo? —respondí riéndome con sarcasmo—. Ay, padre, algunas veces me sorprende lo cándido que puedes llegar a ser. ¿Por qué iba a impedir que te la cargues?

¿Ya no te acuerdas de que tuve que casarme con ella por obligación? De esta forma me ahorrarás muchos problemas.

—¡No intentes jugar conmigo! —exclamó malhumorado—. Sé que estás enamorado de Patri.

—¿Enamorado? ¡Cómo se te ha ocurrido pensar algo así! Es verdad que me he esforzado mucho para que lo pareciese, creo que hasta ella se lo ha creído, pero te aseguro que estos meses han sido insoportables.

—¿Ahora vas a decirme que ni siquiera disfrutaste en tu noche de bodas? No fue esa la impresión que me dio.

Tuve que disimular el impacto con una ligera carcajada, tragarme las ganas que tenía de borrarle aquella sonrisa obscena que me dio náuseas. Debía contraatacar con un argumento más fuerte. Tomé aliento. Patri jamás me perdonaría lo que iba a decir.

—Vaya, vaya, así que tengo que agradecerte a ti aquel polvo rápido —respondí con desgana—. Pues siento informarte de que no fue nada del otro mundo, quizá las cortinas no te dejaron verlo bien y tu imaginación ha hecho el resto. Pero, oye, no conocía yo esa faceta tuya de voyerista. Si lo que te gusta es mirar, te recomiendo que instales una cámara en la habitación de Claudia. Allí sí me verás disfrutar del sexo a lo grande. Igual no lo has probado nunca, pero te aseguro que cuando te acuestas con una mujer como ella la

experiencia es apoteósica. ¡Ese cuerpo, ese culo, esos pechos que mis manos no son capaces de abarcar! Solo de pensarlo ya me excito —dije gesticulando con lascivia—. ¡A Patri le falta tanta creatividad, tanto fuego! Sinceramente, creo que la palabra pasión ni siquiera está en su vocabulario.

Me negué a mirar a mi mujer. Si veía el horror que sus ojos debían tener, sería incapaz de continuar con aquella farsa. Por eso me fijé en los de él. Mi padre parecía contrariado, como si algo incomprensible le estuviese molestando.

—Pero entonces, ¿por qué accediste a casarte con ella? —me preguntó entornando la mirada sin fiarse todavía de mí.

—Por la Mesa de Salomón, ¿por qué si no? —respondí encogiendo los hombros con hastío.

Después de mi conversación con el inspector Caralps, había llegado a la conclusión de que él tenía que estar buscándola.

—Lo que he tardado en averiguar es que a ti también te interesaba. Una lástima. ¡El tiempo que nos hubiésemos ahorrado trabajando juntos desde el principio! Aunque no creas que te reprocho nada —dije moviendo las manos de forma exagerada—. En el fondo creo que fue culpa mía. Cuando regresé a España no supe apreciar tu potencial para ayudarme en mi lucrativa empresa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó extrañado.

—Es verdad, lo siento, todavía no te he contado nada. Pero, en fin, eso es algo que pienso remediar ahora mismo. Tenemos que recuperar el tiempo perdido —dije comenzando a andar lentamente como si estuviese concentrado en mi discurso, distrayéndolo para que no se percatase de que poco a poco, de forma sutil, me acercaba más a él.

Entonces, gracias a la luz de los móviles que ya ninguno tenía en la mano, vi el esqueleto que contenía el arcón y la tabla dorada debajo de él. Patri lo había conseguido, había logrado encontrar aquella legendaria reliquia tan codiciada desde hacía siglos. Ni siquiera pensé en lo que su descubrimiento supondría para el mundo. El mío había quedado reducido al espacio entre aquellas paredes. Salvar la vida de mi mujer era lo único que me importaba.

—Lo primero que debes saber, padre, es que te estoy muy agradecido por pagarme la *belle vie* que disfruté en Stanford. Eso sí salió de tu bolsillo, ¿verdad? —comenté para ganar tiempo. Necesitaba

inventarme una historia creíble para convencerlo—. Allí conocí a un pobre desgraciado que me habló de un antiguo manuscrito familiar. Según él, lo había heredado de su padre cuya procedencia era española. Me lo enseñó por si yo podía entender lo que decía y valorar su precio en el mercado. Confió en mí sin plantearse que pudiese engañarlo. Al muy ludópata el dinero era lo único que le importaba. De hecho, fue así como se lo gané, en una partida de cartas. Hubiera podido comprárselo por dos duros, pero qué quieres que te diga, me gusta seguir las tradiciones familiares. Seguro que sabes a qué me refiero... —ironicé guiñándole un ojo—. El caso es que fue todo un acierto por mi parte hacerme con él. ¡A veces, yo mismo me sorprendo de mi agudeza para algunos «negocios»! Resulta que en ese libro se contaba la historia de un grupo de visigodos, llamados la Orden de Salomón, que

escondían un gran tesoro. Para alguien tan listo como yo, fue fácil atar cabos. Por eso volví aquí. Mi única motivación para hacerlo fue encontrar esa mesa que me proporcionaría una fortuna inimaginable, si no ni muerto regreso.

—Es imposible que tengas ese libro, hace años que es mío —dijo cayendo en mi trampa. Acababa de confirmar que fue él quien orquestó la muerte de Eduardo para arrebatárselo o, por lo menos, que después se lo compró a esos criminales.

—Mira que me extraña —dije con menosprecio—. El tuyo será una burda copia. El mío es el original. Te lo aseguro porque está que se cae a cachos. Solo alguien tan hábil como yo hubiese podido ser capaz de leer algo en él. La letra de quien quisiera que lo escribiese era patética, por no hablar de la tinta, apenas visible después de tantos siglos.

¿El tuyo es así?

No, no lo era, porque el suyo no estaba manuscrito, sino creado en una imprenta.

Mi padre no respondió y supe que había dado en el blanco.

—Eso me imaginaba —continué—. Pero no te preocupes, te dejaré que le eches un vistazo para que puedas comprobar que te estoy diciendo la verdad. Aunque te advierto que por sí solo no me sirvió de mucho. Si no hubiera sido por lo que descubrí en Boadilla, me hubiese quedado con las ganas de hallar el tesoro. Menos mal que soy un tipo listo y sé codearme con las personas adecuadas. ¿No te has preguntado

nunca por qué perdía mi tiempo todos los miércoles con esos aburridos ancianos?

Mi padre me escuchaba con mucha atención. Eso era bueno.

—Fue uno de ellos, ya no recuerdo su nombre, quien me confesó una leyenda de su familia. Eso sí, haciéndome jurar primero que no se la contaría a nadie de la Hermandad y mucho menos a Arturo. ¡Como si yo fuese a compartir una información tan jugosa con ese viejo engreído! —me burlé—. Me explicó que varios hombres, entre ellos un antepasado suyo, habían desenterrado del interior de una cueva un enorme arcón con un tesoro en su interior, y lo llamaron el Tesoro del Santo por alguna relación que debía tener con este —maticé—. Pero lo mejor vino después. ¡Adivina mi sorpresa cuando me dijo que, según esa leyenda, lo habían escondido en la casa antigua de mi padre! Apuesto a que el carcamal me lo contó para sacar algún pellizco de todo aquello si yo lo encontraba. Por supuesto, no tengo ninguna intención de agradecérselo. Aquí el único que ha sufrido para conseguirlo he sido yo —afirmé contrariado—. Y tú tampoco me lo has puesto nada fácil. ¿A quién se le ocurre no dejarme entrar en mi propia casa?

Menos mal que al final rectificaste. Lo malo es que me obligaras a hacer un sacrificio que me ha traído tantos quebraderos de cabeza. ¡Que sepas que solo acepté casarme con

Patri, porque mencionaste a la Orden de Salomón! Fue una lástima que no me contases la verdad. Los malos ratos que podría haberme ahorrado si hubiésemos hablado antes.

Nos ha faltado comunicación.

Mi padre seguía embelesado con mis palabras, y me atreví a ir un paso más allá.

Necesitaba obtener información.

—Pero, como dice el refrán, nunca es tarde si la dicha es buena. Y para que veas mi buena voluntad, voy a reconocer públicamente que admiro tu trabajo —dije inclinándome hacia él haciendo una reverencia—. Esos detalles exquisitos, como los grabados que envías a tus enemigos, son los que marcan la diferencia. ¡Qué clase tienes, padre!

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó arqueando las cejas. Bien, había picado.

—¡Por favor, no me subestimes! ¿A estas alturas todavía no te has dado cuenta de que soy un hombre de recursos? —respondí haciéndome el indignado—. Y, por cierto, lo del último anticuario me molestó mucho. Ya casi lo tenía convencido para que me vendiese las pizarras visigodas, cuando tú te me adelantaste. Como te he dicho antes, nos ha faltado comunicación. Espero que en el futuro solucionemos ese problemilla.

Antes de continuar, miré a Nacho que seguía inconsciente. Menos mal. Odiaría que escuchara lo que iba a decir a continuación.

—Lo que no acabo de entender es por qué te cargaste a Fermín. ¿También tenía algo que deseabas?

—Todo lo contrario —respondió malhumorado—. Fue él quien intentó arrebatarme a Sofí.

Ese dato me pilló desprevenido. ¿Fermín había estado enamorado de mi madre?

¿Lo sabría ella?

—¿Y lo consiguió?

—¡Por supuesto que no! —exclamó encolerizado—. Tu madre ni siquiera se dio cuenta de sus intenciones.

—Uf, no te fíes… Yo creo que ella también nos ha estado engañando a todos con su carita de niña buena. —Aunque me doliera en el alma, tenía que mantener mi papel hasta las últimas consecuencias.

—¡No te consiento que hables así de tu madre!

—¡Mi madre! —exclamé fingiendo irritación—. ¡Esa mujer no se merece que la llame de esa forma! Yo también la tenía en un altar, menos mal que en el extranjero comprendí todo lo que me había hecho. ¡Nos dejó a los dos solos y prefirió vivir su vida en un hospital! Siento decírtelo, pero a saber lo que hizo allí todos esos años. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo para pensar que te fue fiel durante tanto tiempo?

—¡Cállate! —me ordenó con un grito.

Así lo hice al ver cómo apretaba la mandíbula con ira. Si le alteraba más, podía acabar disparando la pistola sin darse cuenta. Debía relajar mi actuación.

—Está bien, está bien, no te sulfures. Pero entiende que hay cosas que me sacan de quicio. Te aseguro que si no necesitase su dinero, no me vería el pelo. Y, hablando de dinero, la Mesa de Salomón está dentro de ese arcón, ¿verdad?

Él no me respondió y yo sonreí con complicidad.

—Muy bien, padre —dije en un tono que sonaba a alabanza—. ¿Así que Patri sabía dónde se encontraba y no me dijo nada? Debo de reconocer que en esto has sido más listo que yo. Me inclino ante el maestro. Está claro que todavía tengo mucho que aprender de ti. Ya ves, unos padres enseñan a sus hijos a jugar al fútbol y tú me das lecciones sobre cómo engatusar a una mujer para conseguir una fortuna. Ahora mismo eres mi ídolo.

El ego se reflejó en su cara. Iba por buen camino.

—¿Y has pensado en cómo vas a sacar esto de aquí? Algo tan grande es difícil de disimular, salvo que… ¡ya lo tengo! Un camión de mudanzas sería perfecto. La casa no me sirve de nada ahora, así que la venderé y tus chicos podrán trasladar el arcón como si fuera un mueble más. Nadie sospechará nada. ¿A que es una idea genial? Y para que veas mi buena voluntad, repartiré contigo los beneficios. Serán una miseria comparados con los de la venta de la mesa, pero algo es algo.

—¿De verdad crees que quiero venderla?

—Y si no, ¿para qué la buscabas? ¡No me digas que te has tragado todos esos cuentos que dicen que es especial por algo más que por el oro y las piedras preciosas que tiene! Por favor, padre, no me seas crédulo —dije con desdén—. Si tú no tienes a

nadie en mente, yo conozco a un par de judíos que me darían absolutamente todo lo que les pidiese por conseguirla. Te dejo elegir a ti el precio. Sé que no me defraudarás.

—La Mesa de Salomón solo será mía —aseguró en un tono tan posesivo que hubiese dejado a Gollum a la altura del betún.

—Nuestra, padre, nuestra. ¿Por qué sigues insistiendo en dejarme fuera de los negocios de la familia? Sabes que deberíamos trabajar juntos, formamos un gran equipo.

Si me conocieses mejor, estoy seguro de que por fin te sentirías orgulloso de mí. No sabes a cuántos incautos he estafado con esta cara

bonita. ¡Ni se imaginan que detrás hay una mente brillante y perversa como la tuya! Los genes son los genes, qué otra cosa puedo decir. De verdad, creo que deberíamos recuperar el tiempo perdido. Pero para eso, antes debemos deshacernos de estos dos. Imagino que tu idea es volarles la cabeza y dejarles aquí dentro, ¿me equivoco?

—Chico listo.

—¿Ves como me necesitas? Imagino que se te ha ocurrido sobre la marcha, que estás improvisando, porque un plan tan malo como este no es digno de ti. Piénsalo.

Julia sabe que su hija está aquí. Nacho ha hablado antes con ella y me lo ha dicho. ¿No te parece que le sorprenderá mucho si simplemente desaparece? Y ya sabes cómo es.

¡Menuda suegra me buscaste! Eso no se le hace a un hijo. Pero, en fin, sigamos con lo importante, te decía que deberíamos pensar en algo mejor.

Y eso era justo lo que yo estaba haciendo. Ideando a toda prisa un plan para sacar a Nacho y a Patri de aquella bodega con vida.

—¡Ya lo tengo! —exclamé eufórico—. Acabo de tener una idea brillante ¿Qué te parece si los metemos en el coche de Nacho y hacemos que se estrellen juntos? Me consta que no es la primera vez que haces algo así. Tu experiencia me da garantía, seguro que sale bien. Yo luego podría dar a entender a mis fans que sospechaba que estaban liados. Les daré tanta carnaza que no podrán dudarlo. El morbo siempre vende.

¡Va a ser genial!

—¿De verdad harías algo así? ¿Reconocerías públicamente que tu mujer te ponía los cuernos con tu mejor amigo? —me preguntó asqueado.

—Con tal de aumentar mi audiencia y mis beneficios, diría que tú me sodomizaste cuando era niño —me burlé—. Por suerte, todavía no he necesitado llegar a esos extremos. Pero no hablemos de eso ahora. Tenemos que centrarnos en cómo ejecutar

nuestro plan. Creo que nos convendría que Patri colaborase, y mucho me temo que no va a estar por la labor. Podría darle un puñetazo como a Nacho, pero, qué quieres que te diga, para algunas cosas sigo siendo un caballero —dije justificándome—. Se me ocurre que hay

otra forma de conseguir que se desmaye. ¿Qué te parece si la obligamos a ver sangre? Pero no la suya o nuestra historia no será creíble cuando encuentren su cadáver. Me ofrezco a dar la mía. Tómatelo como una compensación por haberte fastidiado aquella escenita de la noche de bodas. De verdad que lo siento, si llego a saber lo que pretendías, no se me hubiese ocurrido proponerle que cerrase los ojos.

¡Venga! —lo animé—. Dispárame a mí, aguanto mucho mejor el dolor de lo que piensas.

Pero, eso sí, hazlo en una zona que no deje secuelas. Doy por hecho que cuentas con los medios para sacarme luego la bala sin tener que ir a un hospital. Eso sería muy sospechoso.

—¿Quieres que te meta un tiro? —preguntó mi padre cada vez más estupefacto.

—A ver, querer, lo que se dice querer, no quiero, pero qué remedio me queda —dije haciéndome el resignado—. ¿Te parece bien dispararme en el brazo? En el izquierdo, no vaya a ser que tu puntería no sea muy buena y la liemos. Creo que será mejor si lo haces desde más cerca.

—Hablas demasiado, hijo —me cortó en seco—. No voy a decir que no me guste tu idea, pero prefiero la mía. Es más rápida. Di adiós a esta perra. Le ha llegado su hora.

Todo sucedió demasiado rápido.

—¡Policía Nacional! Baje el arma —gritó Caralps apareciendo en escena.

Pero mi padre no le hizo caso. En lugar de eso, dirigió la pistola hacia él y disparó.

Carles consiguió protegerse a tiempo. Un tiempo que también aprovechó Patri para deshacerse de su captor y dejarlo desprotegido. Entonces comprendí lo que iba a suceder. El inspector no fallaría el tiro y todo acabaría mal. En ese mismo instante, la visión de una batalla llegó a mí como un fogonazo, la imagen del que era mi enemigo caído en el suelo, su cuello cercenado por una daga. Ese hombre, ahora era mi padre.

No fue él quien recibió el impacto de la bala. Mi cuerpo sirvió de escudo protector al lanzarme contra el suyo para que no le alcanzase.

No sentí dolor. Tan solo el líquido caliente que comenzaba a escapar de mi costado, y una debilidad que me impidió permanecer en pie. Noté que me caía, pero unos brazos me sujetaron. Luego vi el rostro de mi padre transformado en una máscara de horror, de incredulidad.

—¿Por qué…? —balbuceó—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has salvado la vida arriesgando la tuya?

Sonreí.

—Porque esta vez la historia no se repetirá, padre. Esta vez vas a vivir. Quedas libre y nosotros también.

Cuando los dos agentes lo esposaron, ni siquiera se resistió. Su mente parecía perdida en un lugar muy lejano, abstraída de lo que sucedía a su alrededor, como un muñeco carente de raciocinio. ¿Sería posible que hubiese comprendido mis palabras? Ya me daba igual. Sobre todo, porque los brazos de Patri me rodeaban con desesperación.

—¡Ni se te ocurra morirte ahora, maldito idiota! —me gritó entre sollozos—. ¡Como te mueras, te mato!

Tuve ganas de reírme por aquella incongruencia, pero luego recordé las barbaridades que me había oído decir y necesité explicárselo. Quizá no tendría otra oportunidad para hacerlo.

—Te juro que nada de lo que he dicho iba en serio. Solo quería distraerlo, ganar tiempo hasta que llegase la policía.

—Ya lo sé. No hace falta que me digas más —dijo arremetiendo contra las lágrimas que le caían por las mejillas—. En ningún momento he dudado de ti, sabía que tenías un plan. Eres el hombre más listo que he conocido en mi vida, ¡pero también el más bobo por exponerte de esa manera! ¡Te dije que te marcharas! ¿Por qué no me hiciste caso?

—Porque te amo —respondí tranquilo—. No lo olvides nunca.

—Aguanta, Persi —dijo Carles interrumpiéndonos—. Una ambulancia ya está de camino.

—Gracias —susurré sin fuerzas para decir otra cosa.

—No me las des a mí, sino a la mujer que nos avisó de que esto iba a suceder.

Eso fue lo último que escuché antes de que la oscuridad se cerniese

sobre mí.

CAPÍTULO 58

LIDIA

—Prepara al equipo —ordené al agente que había estado presenciando conmigo lo que ocurría en casa de Persi. Una vez más, las cámaras y micrófonos que yo misma había colocado en todas las habitaciones, con la excusa de decorarlas, nos habían proporcionado la información que necesitábamos. Nuestra misión estaba a punto de concluir.

Salí de aquella sala que durante cuatro largos años nos había servido de centro de operaciones, con el excitante sabor de la victoria endulzando mi estado de ánimo. Por fin lo habíamos conseguido. Después de tantos siglos, mi pueblo recuperaría lo que por derecho legítimo le pertenecía: la Mesa de Salomón.

Nuestra andadura había comenzado varios años atrás. La unidad del Mossad especializada en la búsqueda secreta de objetos sagrados israelitas, había detectado en España las actividades ilegales de una red de tráfico de antigüedades llamada Orden de Salomón. No la consideraban un riesgo aparente, pero su afán por hallar una de nuestras reliquias más veneradas hizo que le prestasen especial atención y alguien decidió que se mantuviese vigilado de cerca a su líder. El muy presuntuoso pensaba que podía permanecer en el anonimato. Recibí la orden de que me infiltrase en su vida, que controlase sus movimientos bajo la apariencia de una inocente y delicada mujer que él podría dominar. Pobre angelito. Cayó en mi trampa sin imaginarse que dormía con alguien a quien le hubiese bastado su dedo meñique para aniquilarlo.

Mi tapadera era perfecta. Una joven e indefensa viuda que buscaba a un marido que gestionase por ella la fortuna heredada de su familia. ¡Cómo iba Marcos a resistirse a semejante caramelito!

Durante los primeros años pensé que estábamos perdiendo el tiempo con él. Su red de secuaces iba creciendo cada vez más, pero nada en sus negocios sucios nos acercaba a lo que buscábamos. Hasta que descubrí unos textos antiguos que había logrado ocultarme hasta ese momento. Aquella información nos hizo replantearnos muchas cosas. De ser cierta, también lo sería la teoría de que la Mesa de Salomón jamás llegó a salir de estas tierras. Un motivo adicional para buscarla con más ahínco.

El tiempo pasó sin muchos avances, pero a finales de noviembre del 2018 saltaron nuestras alarmas. Gracias a los micrófonos camuflados

en el despacho de Marcos, pudimos oír las conversaciones que mantuvo con Patri y con su hijo. ¿Con qué fin habría inventado semejante historia sobre la Orden de Salomón? ¿Una sociedad secreta actual? ¿Unas pruebas de iniciación que debían superar juntos? ¿Qué pretendía conseguir jugando con ellos de aquella forma?

Esos dos me caían bien. Sobre todo, Persi. Reconozco que a veces me resultaba cargante su forma de hablar, tan anticuada y pomposa, pero en el fondo era un gran tipo. Cualquiera en su lugar me hubiese tratado con desdén, sin embargo, él siempre se mostró respetuoso conmigo a pesar de la enorme diferencia de edad que me separaba de su padre. También Patri fue amable, pero lo que más me gustaba de ella era su valentía. En algunos aspectos me recordaba mucho a mí.

Por eso preparé aquel enigma escondido en la caja de cartón. Yo misma lo escondí en el aparador, instantes antes de entrar en su casa por primera vez. No podía arriesgarme a que descubriesen mi tapadera, pero pensé que darles ánimos sería una forma de agradecerles que me hubiesen facilitado la vida. Luego tuve que hacer algo más que eso.

Nuestro equipo descubrió el juego de enigmas que Marcos había montado en internet tiempo atrás, pero en aquel momento no supimos relacionarlo con nada importante. Después comprendimos que los quería para encriptar los mensajes de las futuras pruebas. Tanto esfuerzo y planificación, ¿para qué? ¿Qué objetivo perseguía haciéndoles pasar por todo aquello? La única forma de averiguarlo era llegar hasta el final.

Y eso no sucedía. Empecé a impacientarme y pensé que necesitaban algo de inspiración. Entonces se me ocurrió utilizar a Valle. Regalé a la niña aquel libro sobre códigos históricos, y sugerí a su padre que crease un divertido pasatiempo para que no se aburriese en la siguiente celebración familiar. Sabía que ella pediría ayuda a Patri. Mi plan salió a la perfección.

Durante ese tiempo no nos perdimos ninguna conversación de las que tuvieron lugar en casa de la parejita. Mis agentes se turnaban para hacer guardia de día y de noche. Por eso supimos que la policía española también andaba tras la pista de la Orden de Salomón, incluso investigamos al inspector Caralps, no resultase ser un topo y nos complicase la operación.

Pero seguíamos sin comprender qué motivos tenía Marcos para montarles aquella farsa. Hasta que descifraron la última prueba: «Solo

aquel que se arrodille delante del Tesoro del Santo, será digno de pertenecer a la Orden de Salomón». Reconozco que nos sorprendió. ¿Por qué pensaba Marcos que ellos serían capaces de hallar el paradero de la Mesa de Salomón? Eso sigue siendo un misterio para mí. El caso es que Patri lo consiguió. Cuando la escuché decir a Marcos que ya sabía dónde se encontraba lo que buscaban, que estaba allí mismo, supe que había firmado su sentencia de muerte.

Por eso llamé al inspector Caralps. Mi equipo no podía intervenir, era necesario que la policía se encargase de aquel asunto. Además, ya tenían las pruebas que incriminaban a Marcos, y que nosotros mismos habíamos «facilitado» a Aitor para que las utilizase contra él. Si conseguía salvar la vida de Patri, mi misión sería todo un éxito.

Durante mucho rato no oímos ni vimos nada. Fueron unos momentos de tensión contenida. ¿Habría llegado el inspector Caralps a tiempo? Ver cómo los agentes se llevaban esposado a Marcos no me tranquilizó, ni oír a otro de ellos pedir una ambulancia, pero sí lo hizo la conversación que escuchamos después. Uno de los policías explicaba por teléfono lo que habían encontrado. Era nuestro turno de actuar.

Apoderarnos de la Mesa de Salomón sería sencillo para un equipo de expertos como el mío.

Por fin, la mesa sagrada estará donde siempre debió estar, de donde nunca debió salir, en el Templo de Jerusalén. No en el original de Salomón, pero sí en el Tercero, cuyo proyecto de construcción está en ciernes de ser aprobado por el gobierno israelí.

Este se levantará de espaldas a la Cúpula Dorada, evitando los conflictos que han asolado esa zona durante tantos años. El Instituto del Templo ya lo tiene todo preparado para cuando ese día llegue. Planos, formación de los sacerdotes, incluso las réplicas de los objetos sagrados que serán mostradas al público. Los verdaderos permanecerán ocultos, protegidos por fuertes medidas de seguridad, custodiados en la tierra a la que pertenecen.

Después de siglos vagando por el mundo, la Mesa de Salomón regresará a casa.

CAPÍTULO 59

PATRI

Aquellas horas fueron una agonía para mí. Persi se debatía entre la vida y la muerte, y lo único que yo podía hacer era esperar. Esperar con el corazón encogido a que el cirujano saliese del quirófano y nos diese una mala noticia.

Me negaba a creer que nuestra historia pudiese terminar de aquella forma, que Persi muriese sin saber lo que de verdad sentía por él. Y de eso, la única culpable sería yo. ¿Por qué no le había confesado mis sentimientos cuando tuve la oportunidad? ¿Por qué siempre había encontrado una excusa para no hacerlo? ¿De qué me servía ahora el orgullo, cuando el amor de mi vida podría desaparecer de ella?

No estaba sola. Nacho había avisado a Sofí y al poco rato llegó acompañada por Arturo y por Claudia. La que durante mucho tiempo había considerado mi enemiga se volcó conmigo. Intentó animarme diciendo que todo iba a salir bien, que Persi era más duro de lo que parecía. Ella no había visto su cuerpo cubierto de sangre como yo.

Todavía me sorprendía haberlo hecho sin que me afectase su visión. ¿Acaso mi suegra tenía razón? Sofí nos había contado que las fobias pueden tener su origen en acontecimientos impactantes ocurridos en vidas anteriores. Que si los aceptamos pierden su influencia sobre nosotros. Quizá todo lo ocurrido estuviese ayudándome a superar las mías, pero poco me importaba eso en aquel momento.

Cuando el cirujano salió por fin, todos escuchamos con el corazón en un puño lo que iba a decirnos. Yo ni siquiera me atreví a respirar.

—La operación ha ido bien. Hemos tenido que extraerle el riñón izquierdo, pero eso no le impedirá hacer una vida normal en el futuro.

Sentí un alivio tan grande que la tensión de mi cuerpo se convirtió en flojedad y tuve que sentarme para no caerme.

—Ya está, ya ha pasado todo —dijo Nacho a mi lado rodeando mis hombros con su brazo. Parecía tranquilo, pero no lo estaba. Él había sufrido tanto como yo durante esas largas horas de espera.

Un rato después, nos dijeron que un familiar podía pasar a ver a Persi. Mi primer instinto fue salir corriendo hacia donde estaba mi marido, pero luego recordé que había alguien que tenía más derecho que yo a ocupar ese lugar. Miré a Sofí. Ella entendió lo que me ocurría, unió

sus manos con las mías y me habló con un gesto de comprensión.

—Ve tú, cariño. Estoy segura de que mi hijo está deseando verte.

No me salía la voz del cuerpo, pero la abracé para que supiera lo mucho que se lo agradecía. Luego, seguí a la enfermera deseando comprobar por mí misma que Persi se encontraba bien. Me llevó hasta una cama situada en un extremo de la UCI, aislada del resto apenas por una cortina, y rodeada por un millón de monitores, aparatos y cables que me sobrecogieron.

Me acerqué a su lado. Persi parecía dormido y pensé que le habrían dado algún sedante para calmar su dolor. Me bastaba con saber que respiraba, que estaba vivo, que se recuperaría. Su rostro se veía demacrado y, aun así, todavía parecía que había sido esculpido por la mano de un gran artista. Pero en esa perfecta armonía me faltaba la luz verde cristalina de sus ojos y la calidez de su sonrisa.

Sin darme cuenta, comencé a hablar en voz baja, susurrando las palabras que me ardían en el corazón. Aunque él no pudiese oírlas, necesitaba sacarlas fuera de mí, materializarlas en sonidos para que dejasen de atormentarme.

—Por favor, no me dejes. Olvídate de nuestro divorcio. No me separes de ti, porque no podré soportarlo. Te amo.

Por fin lo había dicho. Dos palabras tan simples, y a la vez tan poderosas, que durante tanto tiempo había silenciado y que ahora suponían una liberación para mí.

Fue como abrir la caja de Pandora. Los recuerdos se agolparon en mi corazón y no pude retenerlos. No quise.

—Te amo, Persi —repetí con más ímpetu—. Desde aquel día en que me besaste por primera vez. Ese beso cambió mi mundo y eso me aterrorizó. Oculté mi miedo tras una fachada de orgullo, ahora lo sé. Siento no habértelo dicho nunca, no haberte pedido perdón por mi comportamiento. Ojalá lo hubiera hecho, ojalá hubiera comprendido lo importante que eras en mi vida, lo que sufriría cuando te marchaste. Ni el paso de los años borró tu recuerdo de mi corazón, ningún hombre consiguió ocupar tu lugar en él.

Comenzaba a tener los ojos velados por las lágrimas otra vez, pero me dio igual. El tiempo de imponerme una fortaleza que no sentía había terminado.

—No sabes lo que he sufrido pensando que querías a Claudia. Los celos me devoraban y me repetía una y otra vez por qué no era yo la mujer a la que amabas.

Pero, cómo ibas a hacerlo, si lo único que encontrabas por mi parte eran palabras frías y distantes. Nunca me atreví a pelear por mis sentimientos, me inventé mil excusas para no hacerlo por temor a que me rechazases. La gran guerrera que siempre decías que era yo, fue tan cobarde que se retiró de la batalla incluso antes de su comienzo por miedo a la derrota. —Respiré profundamente antes de continuar. Esta vez no me rendiría—.

Pero eso va a cambiar, Persi. Si es necesario me arrodillaré ante ti, te suplicaré, no pararé hasta conseguir que me des otra oportunidad. Te amo más que a mi vida y pienso demostrártelo.

—¿Te importaría repetirlo todo desde el principio para que pueda grabarlo? Creo que desde el «por favor, no me dejes», estaría bien.

—¡Persi! —exclamé emocionada al ver en su rostro una sonrisa pícara que me caldeó el alma. Luego abrió los ojos, me miró con ese brillo vivaz que yo tanto adoraba, y sin poder contenerme lo abracé. Necesitaba tenerlo pegado a mí, sentir en mi pecho su respiración, pero me esforcé para no presionar su herida por miedo a causarle más dolor. La piel cálida de su cuello me pareció el mejor de los refugios.

—Lo digo en serio. Mañana me gustaría tener pruebas de que esto no ha sido un sueño. Yo tampoco podría soportarlo, Patri —dijo envolviéndome con el brazo que tenía sin vía—. Llevo toda mi vida queriendo oírte decir que me amas. Desde que éramos solo unos críos y tú la chica más increíble del mundo. No soportaba que te gustasen otros chicos, me estaba volviendo loco, por eso te besé. Quería demostrarte que yo también existía. No son excusas, sé que jamás debí comportarme como un salvaje. Por eso juré que no volvería a hacerlo hasta que tú me lo pidieras. Y te aseguro que contenerme ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

En ese momento comprendí por qué el destino de su boca era siempre mi frente, por qué había disimulado con el ramo de violetas el día de la propuesta de matrimonio, por qué sus dedos ocuparon el lugar de los labios al finalizar nuestra boda. Persi se sentía culpable y eso era algo que yo no podía consentir. Entonces me incorporé un poco para verlo mejor, para que él pudiese escuchar mis palabras con total claridad.

—Reconozco que aquel día me sorprendí cuando me atrapaste contra el saco de boxeo. Pensaba que querías utilizar tu superioridad física para acobardarme, por eso te rechacé. Ni se me había pasado por la cabeza que tu intención fuese besarme. No puedes pedirme perdón por un beso en el que yo también participé, por un recuerdo que he atesorado toda mi vida. No sabes las noches que pensé en él antes de dormirme

cuando tú ya no estabas, cuando sabía que te había perdido para siempre. Incluso, años después, cuando regresaste me hizo albergar la ilusión de que podría volver a haber algo entre nosotros.

—Y esa ilusión murió en el mismo instante en el que conociste al hombre en el que me había convertido —dijo con voz grave, ahogada —. Lo siento muchísimo, Patri, pero necesito que comprendas que lo hice para protegerte. Significabas demasiado para mí.

—Fue culpa mía no ver más allá como lo hizo Nacho. Debí imaginar que no habías podido cambiar tanto. Soy yo la que tiene que pedirte perdón, la que te suplica que le des otra oportunidad para reparar mis errores. Por favor, Persi, bésame. Demuéstrame que todavía existe un futuro para nosotros.

—Te aseguro que si no estuviese como estoy, haría mucho más que eso para que no te quede ninguna duda de lo que pienso hacer el resto de mi vida. Ven aquí —dijo capturando mi mano para atraerme hacia él.

Cuando me besó, sentí el calor de su piel arropándome el alma. Mis labios se unieron a los suyos como si en ellos estuviese la respuesta a todas mis preguntas, la pócima que sanaría mis heridas, el hogar del que no deseaba marcharme jamás. Aquel que construiríamos Persi y yo.

Juntos.

EPÍLOGO

Ese domingo, 1 de junio de 2025, el cielo soleado se hizo eco de la festividad que todos celebrábamos en el cerro de san Babilés. Por primera vez, la romería de nuestro santo tenía lugar alrededor de la nueva ermita. Había costado mucho trabajo verla finalizada, pero allí estaba, por fin. Erigida en ladrillo, con sus tejas rojas, su espadaña, una cruz de piedra y una campana de las que ya pocas iglesias lucían con tanto orgullo como la nuestra. Se había intentado mantener la distribución de la original, y en el sótano, un osario albergaba los

restos de todas las tumbas encontradas durante los anteriores años de excavación en el yacimiento. Aquellos hombres y mujeres habían regresado a su tierra. Incluido Eligio, el personaje distinguido que se había hecho enterrar con el símbolo de la Orden de Salomón tallado en piedra, y del que ahora ya conocíamos su historia. Su nieto Waville, al que todos llamábamos san Babilés, ocupaba un lugar preferente en nuestra ermita, en la capilla principal, donde sus restos volvían a ser honrados por el pueblo que, a pesar del transcurso de los siglos, nunca lo había olvidado.

Lo que no supimos fue qué pasó con la Mesa de Salomón. Después de que la policía se hiciese con ella y con los restos de san Babilés, desapareció durante uno de sus traslados en el otoño del 2019. Nadie pudo explicarse cómo sucedió. A lo largo del 2020, yo no dejaría de pensar en las consecuencias.

El recuerdo de la visión en la que José le explicaba a Cristina la profecía de su hermana se me hizo muy presente: «El Tesoro del Santo nunca deberá separarse de él, o la desgracia caerá sobre el mundo. La muerte, con una corona de hierro, asolará la tierra asfixiando a los hombres postrados ante ella».

Eso fue exactamente lo que sucedió. La pandemia del coronavirus mantuvo en jaque a la mayor parte de la humanidad. Marcos fue una de sus primeras víctimas.

Murió en la cárcel durante los meses de confinamiento. Solo. Ni siquiera pudimos estar presentes cuando lo incineraron. Su tiempo en esta vida había concluido muy lejos de nosotros. Por suerte, no hubo ningún caso grave adicional en el resto de la familia.

Miré a mi alrededor. Aquellos días de miedo habían quedado atrás y la gente parecía feliz. Mesas de camping se distribuían por todo el cerro repletas de comida y bebida. Familiares y amigos se reunían allí para mantener vivas sus tradiciones.

En una de las sillas, alrededor de nuestra mesa, estaba sentada Claudia acompañada por su marido. La pobre llevaba fatal los primeros meses del embarazo.

Las náuseas se cebaban con ella de día y de noche, y había perdido mucho peso. Sin embargo, al recién nombrado inspector jefe Caralps, no parecían afectarle sus continuos cambios de humor y se desvivía por ella con la paciencia de un santo. «Este niño va a ser tan puñetero como su padre», repetía Claudia, pero en el fondo todos sabíamos que

estaba encantada con la vida que habían construido juntos. Mi relación con ella también había cambiado. Por fin entendí por qué mi marido la apreciaba tanto. En esos años me había demostrado que su amistad era un gran regalo que yo valoraba mucho.

Mi otra mejor amiga, Vera, también había encontrado su camino junto a Ventura.

Su hijo, Javier, acababa de cumplir cinco años y era el ojito derecho de su hermana Valle. Ella lo era para mí. Mi ahijada seguía enamorándome con su dulzura y su mente despierta. Ver juntos a los cuatro me llenaba de felicidad.

En ese momento, Valle hablaba con «sus» abuelas. Con Sofí y con Julia, a la que había incluido dentro de esa categoría. Ninguna de las dos lo eran por sangre, pero ese pequeño detalle a ella le daba igual. Tampoco lo había sido Lidia y siempre la trató como tal. Ella ya no estaba con nosotros. Al poco tiempo de que Marcos entrase en la cárcel, Lidia le pidió el divorcio y luego regresó a su país. Allí también vivía Nacho desde hacía dos años. Le echábamos muchísimo de menos, pero nos alegrábamos de que al fin hubiese encontrado a alguien con quien compartir su vida. Todavía no habíamos podido conocer a Liam en persona, un estadounidense de origen escocés que a mí me recordaba mucho al protagonista de *Outlander*. Y lo mejor de todo era que, según Nacho, su relación funcionaba muy bien. Incluso, estaban pensando en dar el siguiente paso. Nuestro amigo por fin había encontrado a la persona adecuada para él, y eso nos hacía felices a nosotros.

De Lidia no habíamos vuelto a saber nada, pero yo estaba convencida de que una mujer como ella no habría tenido ningún problema para volver a rehacer su vida. Igual que lo había hecho mi madre. Todavía me sorprendía lo mucho que había cambiado.

No voy a decir que de vez en cuando no le saliese su vena controladora conmigo, pero se había relajado lo suficiente como para que nuestra relación se pareciese mucho a la de cualquier madre con su hija. Sobre todo, después de que nacieran sus nietos. A veces, me daba envidia el cariño con el que los trataba. Ojalá hubiera sido así conmigo durante mi niñez. Por suerte, yo había tenido a mi padre. Muchas veces pensaba en él.

Agradecía que se hubiese marchado sin conocer el daño que Marcos nos había hecho.

Hubiera sido un duro golpe para él, igual que lo fue para mi madre. Mi único consuelo por no tenerlo a mi lado era imaginarme que, de alguna forma, él podría verme ahora, con mi marido y mis tres hijos.

Persi y yo no habíamos perdido el tiempo. Dos mellizos de cuatro años, Mateo y Nacho, y la pequeña Vera, a la que su padre había llevado a dar un paseo en el carrito con la esperanza de conseguir dormirla. Pobre iluso. Aquella niña había salido tan impetuosa como su madre, quizá fuese porque también había heredado el gen pelirrojo de las mujeres de mi familia. Con poco más de seis meses ya volvía loco a mi marido y hacía con él lo que le daba la gana. En cambio, los niños eran mi devoción. Mucho más tranquilos, sobre todo Mateo, cuyo nombre parecía haberlo dotado también de una sensibilidad especial para la música. Sin embargo, lo que le gustaba a Nacho eran los cuentos. Tan pequeño y ya sabía leer perfectamente. Mi hijo tenía la inteligencia excepcional de su padre. Ambos eran rubios, pero Nacho era el que más se parecía a Persi. A veces, le miraba sin que se diese cuenta, y recordaba a aquel otro niño que se había convertido en el mejor compañero de vida que yo hubiese podido soñar.

—¡Nada, que no hay forma de dormirla! —refunfuñó Persi regresando sin haber podido concluir su misión.

—Anda, déjamela a mí —dijo Sofí cogiendo los mandos del carrito—. Ven con la abuela, tesoro, y deja que los papás se diviertan un rato. Te voy a contar una historia increíble. ¿Has oído alguna vez hablar de la Mesa de Salomón?

Sí, ella sí conseguiría que se durmiera. Vera siempre se relajaba al escuchar la voz de su abuela, la paz que transmitía era eficaz incluso con los mayores. Vi cómo se alejaban con una sensación de gratitud. Sin duda, había sido una suerte para mí poder contar con una suegra como Sofí.

—Pues ya has oído a mi madre. Vamos a divertirnos —dijo Persi colocando su mano en mi cintura con disimulo. Luego me susurró al oído con voz seductora—. ¿Qué te parece si tú y yo nos escapamos un rato solos?

Aquella proposición me sonó a música celestial. La vida con tres hijos pequeños dejaba mucho que desear en cuanto a relaciones maritales se refería, pero no por eso renunciábamos a tener nuestros momentos. A veces, la realidad se imponía y los planes quedaban frustrados por el reclamo de atención de alguno de los niños. Aun así, manteníamos una complicidad de pareja que ambos intentábamos fortalecer en la

medida de lo posible. Ninguno de los dos olvidábamos la suerte que teníamos de poder estar juntos. El camino para conseguirlo no había sido fácil, pero quizá por ello valorábamos más lo que teníamos.

—Me parece fantástico —respondí acariciando su mejilla—. Pero me temo que tendremos que posponerlo un poco, apuesto a que esta noche los niños van a caer rendidos. No han parado en todo el día.

—Y tú, ¿cómo estás? —dijo acariciando mi mano con ternura.

Nuestras miradas se cruzaron y, al ver el anhelo en sus ojos, supe que ya no hablaba de ese momento, sino de nuestra vida juntos. Aquella que había comenzado siendo tan solo unos críos y que, después de superar muchas pruebas, había llenado de amor nuestro hogar. Sin promesas ni juramentos eternos. Sin lazos que nos uniesen, salvo los que Persi y yo creábamos día a día. Libres para amarnos sin las cadenas de lo que fuimos o lo que podríamos ser si nos reencontrásemos después de esta vida. Lo único que importaba era el presente.

No dudé al darle mi respuesta. La que nació en mi corazón y tomó forma al llegar a mis labios convertida en absoluta certeza.

—Aquí y ahora, estoy feliz.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A Manuel Gómez, comisionado principal del archivo de la cofradía de la Hermandad de san Babilés. No tengo palabras suficientes para agradecerte todo lo que has hecho por mí y por esta novela. He intentado mostrar tu gran labor de investigación a través de Arturo, personaje que se apropió de tu incansable tesón por sacar a la luz los restos del santo y de nuestra ermita. Espero que no te moleste el pasado que he creado para el patrón de Boadilla, pero sabes que lo he hecho con todo mi cariño y admiración por ti.

A Patricio Fernández, autor «boadillano», como él mismo dice. Gracias por tu gran labor de recopilación del pasado de Boadilla para las generaciones futuras y para los

«boadillenses» que, como yo, llegamos a esta tierra sin saber nada de su historia. Tus libros han sido una gran fuente de documentación e inspiración para mí.

A José María, juez de paz de Boadilla. Gracias por dedicarme tu tiempo para explicarme en detalle cuál es el proceso previo que hay que seguir en una boda civil.

¡Ah, y por casar a Patri y a Persi!

A Pilu y a Pepe —mi primer lector cero masculino desde *La Maldición de los Luján*—por presentarme a vuestras tías. Y, a vosotras, Carmen y Valle Vaquero (hermanas Ayala en la novela), por acogerme en vuestro cigarral de Toledo, por mostrarme esa maravillosa biblioteca que es un sueño para cualquier amante de los libros, pero sobre todo, por ser la inspiración de unos personajes a los que adoro: Isabel y Mercedes.

A Carmen. Tú mejor que nadie sabe lo que esta novela significa para mí. Los años que lleva en mi cabeza y lo mucho que me ha costado sacarla a la luz. Gracias por leerte borrador tras borrador, por aguantar mi perfeccionismo, por tu apoyo y cariño incondicional. Si lo que dice Sofí es cierto, que las almas vuelve a encontrarse, espero y deseo que tú estés presente en todas mis vidas futuras.

A mi familia. Sin vosotros, nada de lo que escribo tendría sentido. Vuestro amor es la mejor inspiración para crear historias desde el

corazón.

A ti que has llegado hasta estas palabras. Gracias por darme la oportunidad de seguir soñando con misterios del pasado, con personajes inolvidables, con la esperanza de haber conseguido hacerte sentir un poco más feliz.

ACERCA DE LA AUTORA

Una ingeniera de Telecomunicaciones que escribe novelas de misterio y amores secretos no es algo común. Tampoco lo son sus historias.

Ditar de Luna ganó su primer certamen literario nacional con diecisiete años (Ministerio de Cultura). Después de muchos años sin dedicarse a la escritura, retomó su afición en forma de relatos, por los que recibió varios premios, como el otorgado por el Ayuntamiento de Tarifa. En 2016 fue finalista del II Premio Titania con su primera novela *La maldición de los Luján*.

A esta autora le apasionan todas las facetas relacionadas con la cultura, descubrir lugares con leyendas y misterios del pasado que todavía perviven en la memoria de sus gentes. También ciertos temas que a veces escapan a la razón y que siempre dan un toque especial a sus obras.

Si a ti también te atrae todo esto, no dudes en leer su anterior novela: *La profecía de la Rosa de Venus.* La historia de Vera, que transcurre durante los dos meses de los que Patri no ha querido hablar en *Lo que el alma no olvida*.

¿Te apetece descubrir qué ocurrió? ¿Qué hizo que Julia descubriese ese gran secreto que cambió su vida? Si es así, escanea este código QR que te llevará a una nueva aventura.